Voces de liderazgos indígenas en México

Estanislao Arias Torres · **Marisol Berlín Villafaña**
Alejandro Cruz López · Carlos Chablé Mendoza
Martín Equihua Equihua · **Virginia Flores Flores**
Romel González Díaz · Margarita Gutiérrez Romero
Gaudencio Mejía Morales · **Hilario Molina Amarillas**
Sofía Robles Hernández · David Ruiz Aguilar
Margarito Ruiz Hernández · **Cecilio Solís Librado**
Abelardo Torres Cortez · Patricia Torres Sandoval
Julián Valdez Manuel · **Juana Vásquez Vásquez**

Margarita Warnholtz, coordinadora
Araceli Burguete Cal y Mayor, prólogo

Voces de liderazgos indígenas en México

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Programa Universitario de Estudios de la Diversidad Cultural
y la Interculturalidad

Voces de liderazgos indígenas en México

Margarita Warnholtz Locht

Coordinadora

México 2021

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas
Nombres: Warnholtz Locht, Margarita, editor.
Título: Voces de liderazgos indígenas en México /Margarita Warnholtz Locht (coordinadora).
Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2021.
Identificadores: LIBRUNAM 2118689 | ISBN 978-607-30-5461-4
Temas: Indios de México – Relaciones gubernamentales | Indios de México – Derechos civiles | Indios de México – Condición jurídica, leyes, etc. | Indios de México – Condiciones sociales | Movimientos sociales – México.
Clasificación: LCC F1220.V63 2021|DDC 972.00497—dc23

Primera edición: 30 de noviembre de 2021

D. R. © 2021 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México
Programa Universitario de Estudios de la Diversidad Cultural
y la Interculturalidad de la UNAM.

ISBN: 978-607-30-5461-4

D. R. © Imagen de portada: *Solidaridad con el CIG en tierras zapatistas*, de Inés Durán Matute. El PUIC agradece el permiso otorgado por la autora para el uso de la imagen.

Diseño de portada: Gabriela Lavín Maciel.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Índice

Prólogo. Luchas indígenas en gramática autonómica: una generación de liderazgos en México
Araceli Burguete Cal y Mayor 9
I. El contexto de las voces 16
II. Protagonistas de una generación: luchas en gramática autonómica 22
III. ¿Cambio de estafeta? 48
IV. A manera de reflexión final 52
V. Referencias bibliográficas 53

Introducción
Margarita Warnholtz Locht 57
Síntesis de la historia del movimiento indígena en México 61

Margarito Ruiz Hernández 71

Margarita Gutiérrez Romero 113

Cecilio Solís Librado 125

Gaudencio Mejía Morales 145

Martín Equihua Equihua 171

Abelardo Torres Cortez 195

Virginia Flores Flores 205

Hilario Molina Amarillas 219

Sofía Robles Hernández 229

Alejandro Cruz López 241

Julián Valdez Manuel 261

Juana Vásquez Vásquez 275

Marisol Berlín Villafaña 285

Carlos Chablé Mendoza 299

Estanislao Arias Torres 327

Romel González Díaz 341

Patricia Torres Sandoval 349

David Ruiz Aguilar 361

Siglas y acrónimos 377

A Martha Sánchez Néstor
In memoriam

Luchas indígenas en gramática autonómica: una generación de liderazgos en México

Araceli Burguete Cal y Mayor*

En el año 2010 publiqué un capítulo de un libro intitulado *Autonomía: la emergencia de un nuevo paradigma en las luchas por la descolonización en América Latina*.[1] En el texto realizo un recuento de cómo caminaron en el ámbito internacional los derechos de autonomía, desde la Segunda Guerra Mundial, en un proceso lento pero consistente en la ruta de la descolonización, abriendo paso al reconocimiento de los derechos colectivos de los pueblos indígenas. Hoy, al poder elaborar el prólogo de este libro intitulado *Voces de liderazgos indígenas en México,* tengo la oportunidad de bajar la escala del análisis y dar cuenta de rostros y voces de actores relevantes que participaron en las luchas autonómicas, en un momento clave en la historia del proceso de reconocimiento de estos derechos y la institucionalización de un Estado pluricultural, establecido en el artículo 2º constitucional en 2001.

Un prolífico cuarto de siglo entre 1975 y 2001 es el tiempo de la emergencia indígena autonómica. Irrumpen en el territorio del Abya Yala un conjunto de actores políticos indígenas, hombres y mujeres, que orientaron sus acciones hacia la articulación de organizaciones locales, regionales, nacionales e internacionales, dirigidas hacia el reconocimiento y ejercicio de los derechos de libre determinación y autonomía. Desde siempre, los territorios indígenas han sido espacios de contestación y

[1] Araceli Burguete, "Autonomía: la emergencia de un nuevo paradigma en las luchas por la descolonización en América Latina", en *La autonomía a debate. Autogobierno indígena y Estado plurinacional en América Latina*, Miguel González, Araceli Burguete y Pablo Ortiz (coords.), México, Flacso, 2010, pp. 63-94.

* Profesora-investigadora, titular del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), Unidad Sureste.

no son nuevas las resistencias, pero la diferencia con el periodo que se estudia es que este es un momento nuevo, cuando ocurre una articulación de agendas y una gigantesca acción colectiva en todos los ámbitos, desde lo local a lo continental, cuyo propósito era el reconocimiento del derecho a la libre determinación y autonomía. Este recorte de tiempo configura un momento de siembra, de reverdecimiento de las identidades indígenas en la construcción de un nuevo imaginario para verse, imaginarse y construirse como un pueblo originario, para quitar la maleza que impedía mostrar las huellas de quienes habían precedido.

Las luchas autonómicas se alimentan de procesos particulares de resistencia en los territorios donde sujetos individuales y colectivos los despliegan, mismos que suelen ser enunciados por personas que participan en esos movimientos con un protagonismo visible. El libro que aquí se prologa se integra con 18 relatos biográficos que Margarita Warnholtz Locht compiló mediante entrevistas a liderazgos visibles de luchas indígenas. Quienes aquí hablan retratan un momento, su momento, que permite una aproximación a la comprensión de una época y, lo más relevante, nos permite ver las particularidades de las luchas locales y cómo se enuncia la gramática autonómica en ellas. Las luchas en gramática autonómica a las que aquí me refiero son todas aquellas acciones políticas que enmarcaron su accionar apelando a un marco de derechos de libre determinación y autonomía, derechos que estaban a debate en el campo del derecho internacional y nacional en las tres últimas décadas del siglo XX.

Se trata de un fenómeno de época que se desarrolló desde la segunda mitad de los años 70 hasta finalizar el siglo XX. Su punto de partida se marca en 1975, cuando se constituyen las primeras organizaciones indígenas como el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI) en México y el Consejo Mundial de Pueblos Indígenas (CMPI) en Canadá. En esa ocasión se celebró la Primera Conferencia Internacional de Pueblos Indígenas en Port Alberni, Columbia Británica, Canadá, convocada por George Manuel, entonces presidente de la Hermandad India de Canadá, quien conjuntó la presencia de liderazgos indígenas de 19 países de Norte, Centro y Sur América, del Pacífico y la región Sami. El propósito era lograr la integración de una estructura internacional de pueblos indígenas dirigida a promover los derechos y a preservar las culturas de los pueblos indígenas de América, el Pacífico sur y Escandinavia. Así nació el CMPI, el 31 de octubre de 1975. En la reunión se desplegó

una estrategia para el reconocimiento de su condición política como pueblos indígenas, como sujetos del derecho a la libre determinación para alcanzar la descolonización en el marco del derecho internacional, por lo que la arena de disputa, la gramática de sus luchas, era el campo de lo jurídico. En los años 70 se había debatido en la ONU el derecho a la libre determinación para todos los pueblos del mundo. Después de largas batallas en el marco de la Guerra Fría, el 16 de diciembre de 1966 se aprobó el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, que reconoce en su artículo 1º:

> 1. Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación. En virtud de este derecho establecen libremente su condición política y proveen asimismo a su desarrollo económico, social y cultural.
> 2. Para el logro de sus fines, todos los pueblos pueden disponer libremente de sus riquezas y recursos naturales, sin perjuicio de las obligaciones que derivan de la cooperación económica internacional basada en el principio del beneficio recíproco, así como del derecho internacional. En ningún caso podrá privarse a un pueblo de sus propios medios de subsistencia.
> 3. Los Estados Partes en el presente Pacto, incluso los que tienen la responsabilidad de administrar territorios no autónomos y territorios en fideicomiso, promoverán el ejercicio del derecho de libre determinación, y respetarán este derecho de conformidad con las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas.[2]

Pero, en esa época, los indígenas no eran considerados "pueblos"; para los Estados eran grupos culturales a los que llamaban "grupos étnicos", "grupos indígenas" o "minorías étnicas".[3] El pacto entró en vigor el 23 de marzo de 1976. En 1977 las organizaciones no gubernamentales adscritas al Consejo Económico y Social (ECOSOC) de las Naciones Unidas organizaron la Primera Conferencia Internacional sobre los Pueblos Indígenas en Ginebra, Suiza. Ese mismo año, en Panamá, se constituyó la Coordinadora Regional de Pueblos Indígenas de México, Centroamérica y Panamá (CORPI), como referente regional del CMPI, preparándose

[2] Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, celebrado en Nueva York el 16 de diciembre de 1966, disponible en https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/ccpr.aspx.

[3] La genealogía de este debate en el derecho internacional puede encontrarse en Burguete, A., 2010.

para asistir a la Segunda Reunión de Barbados, celebrada del 18 al 28 de julio de 1977.[4] La II Declaración de Barbados es un parteaguas que se inscribe en un momento en el que los actores políticos indígenas comienzan a ser visibles en los espacios políticos nacionales e internacionales. Estas reuniones tenían en la mira dos batallas: el reconocimiento como pueblos y el ser sujetos del derecho a la libre determinación.

Después de 1975 y al concluir el siglo XX los foros de debate entre actores indígenas se multiplicaron. Al curso de los años 90 prácticamente todos los países de la región con población indígena fueron territorio de nuevas formas de movilización, protesta y resistencia, construyendo una genealogía continental compartida de luchas en gramática autonómica. Las organizaciones indígenas del continente se coordinaron en las cumbres indígenas para planear acciones políticas conjuntas, como el Primer Encuentro Continental de Pueblos Indios, realizado del 17 al 21 de julio en 1990 en Quito, Ecuador, y los que le siguieron, desde donde se proyectó la estrategia continental para desplegar acciones en torno al rechazo a la celebración gubernamental por el quinto centenario del "descubrimiento" de América, lo que dio lugar al Movimiento 500 Años de Resistencia Indígena. En esta etapa las luchas por la libre determinación y autonomía ya estaban claramente definidas.[5] En México, el Senado de la República aprobó el Pacto Internacional el 18 de diciembre de 1980 y entró en vigor el 23 de junio de 1981; dado su carácter vinculante, los derechos que compilaba eran exigibles; sin embargo, los indígenas en México eran tratados como "comunidades indígenas" en proceso de disolución a través de las políticas de integración desde el indigenismo.

En esos años muchos de los liderazgos que dan su palabra en este libro participaron en las discusiones tendientes a modificar el Convenio 107 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) con un enfoque integracionista y cuyo nombre era Convenio sobre poblaciones indígenas y tribuales (1957). Como resultado de las luchas indígenas a lo largo del continente, finalmente se modificó y se renombró como Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales, que por primera vez les llamó "pueblos" y dejó de nombrarlos "poblaciones". Fue adoptado el

[4] Guillermo Bonfil Batalla, "La declaración de Barbados II y comentarios", *Revista Nueva Antropología*, vol. II, núm. 007, UNAM, diciembre de 1977, pp. 109-118.

[5] Araceli Burguete, "Cumbres indígenas en América Latina. Resistencia y autonomía", *Memoria*, núm. 220, CEMOS, junio de 2007, pp. 39-47.

27 de junio de 1989; toda una conquista de varios años de negociaciones, acuerdos y cabildeos. Pero, aunque se les reconocía con la categoría de "pueblos", en el artículo 1.3 se estableció con claridad que: "La utilización del término 'pueblos' en este Convenio no deberá interpretarse en el sentido de que tenga implicación alguna en lo que atañe a los derechos que pueda conferirse a dicho término en el derecho internacional." Con este posicionamiento quedó cerrada la posibilidad de interpretar dicho derecho para pueblos que podrían formar un Estado en luchas de secesión –para aquellos pueblos indígenas que así lo estaban planteando–, por lo que la única ruta que quedó planteada fue el reconocimiento del derecho a la autonomía de los pueblos indígenas en países independientes, como una forma de materialización del derecho a la libre determinación. Las luchas indígenas se dirigieron entonces a la batalla por el reconocimiento a la autonomía en las legislaciones nacionales.

Pareciera innecesario recordarlo, pero para los años 70 y 80 del siglo XX esta noción de pueblo indígena no estaba presente en los movimientos ni en la producción académica. En esos años los actores de los territorios luchaban por la tierra. Armando Bartra (1977)[6] escribió un texto en donde realiza un recuento de "seis años de lucha campesina" (1971-1976) y los pueblos indígenas no aparecen ni como sujetos ni como categoría. Por ello, el libro escrito por María Consuelo Mejía y Sergio Sarmiento con el título *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, publicado en 1987,[7] llamaba la atención sobre ir más allá de las clases sociales y dar cuenta de los nuevos sujetos que se movilizaban y que, si bien eran campesinos y luchaban por la tierra, además eran indígenas y luchaban por sus derechos particulares. Así lo hace notar Francisco López Bárcenas, quien afirma: "El fin del siglo XX y el principio del XXI estuvieron marcados por el signo de los nuevos movimientos sociales, dentro de los cuales sobresalen los movimientos indígenas [...] vemos surgir nuevos sujetos sociales con identidades particulares, reclamando sus derechos específicos".[8] Fue en los años 80 cuando se crearon las organizaciones indígenas nacionales en México, como la Coordinadora Nacional de

[6] Armando Bartra, "Seis años de lucha campesina", *Investigación económica*, vol. 36, núm. 141, Facultad de Economía, UNAM, pp. 157-209.

[7] María Consuelo Mejía Piñerosy Sergio Sarmiento Silva, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI, 1987.

[8] Francisco López Bárcenas, "Los movimientos indígenas en México: rostros y caminos", *El Cotidiano*, núm. 200, 2016, pp. 60-75.

Pueblos Indígenas (CNPI) –tras una ruptura con el gubernamental Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, también conocido como CNPI– y el Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI).

Había un reclamo por hacer visible al sujeto *pueblo indígena* y a sus derechos. En términos gruesos, a estas luchas generalizadas en América Latina y en otras regiones del mundo inscritas en procesos de descolonización –como África– se les llamó "luchas por el reconocimiento",[9] reclamos amplios inscritos en una "gramática moral de los conflictos sociales", de acuerdo con A. Honneth.[10] En este sentido M. Svampa refiere que en el análisis de los sujetos colectivos indígenas emergentes es necesario hacer visible la gramática de sus luchas, de tal forma que no queden inviabilizados en las grandes narrativas, dicho en sus palabras: "[....] un análisis de los sujetos colectivos y la emergencia de una nueva gramática de las luchas en América Latina no puede hacer la economía de este tipo de actores, en nombre de 'dos grandes protagonistas' [las clases sociales] o de las macroestructuras organizacionales [el Estado]".[11] Dicho todo lo anterior, las voces que hablan en este libro se inscriben en una genealogía de reclamos a su reconocimiento como pueblos indígenas autonómicos, y es en referencia a estos sujetos que yo he construido la categoría de luchas indígenas en gramática autonómica para hacer visible su particularidad como sujeto político.

La gramática autonómica también puede leerse en los Acuerdos de San Andrés Larráinzar de 1996. De hecho, el capitulado que integra los acuerdos y los reconocimientos allí incorporados son un catálogo escrito en una gramática de derechos por la libre determinación y la autonomía. En su redacción participaron la mayoría de los actores cuentan su historia en este libro, junto con otras y otros quienes, aunque no hablan en lo personal aquí, si están en la voz, los sueños y las exigencias de sus compañeros de la misma organización, así como de los liderazgos de otras regiones del país. La gramática autonómica es el

[9] Jesús García Ruiz, "Las luchas por el reconocimiento, o la identidad como fenómeno global en las sociedades contemporáneas", *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, núm. 12, pp. 151-195, disponible en https://revistasojs.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/942.

[10] Axel Honneth, *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Grijalbo Crítica, 1992.

[11] Maristella Svampa, "Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demandas de autonomía y giro eco-territorial", *Revista internacional de filosofía política*, núm. 35, 2010, p. 26.

quiebre que da cuenta de una nueva forma de lucha, de argumentación, de agenda y de propuestas; de una generación de liderazgos indígenas de aquellos que modificaron sus identidades campesinistas, proletaristas y clasistas, reconfigurándolas con la politización de su identidad étnica, en tanto miembros de un pueblo indígena; ellas y ellos son los protagonistas en las luchas indígenas del último cuarto del siglo XX.

¿Qué ofrece este libro? Recopila un conjunto de voces que marcan una trayectoria del movimiento indígena en México, de liderazgos que han accionado en distintas escalas, lugares y espacios sociales para contribuir a modificar el orden de las cosas. Testimonios de actores, mayoritariamente hombres, que en su práctica social y política, individual y colectiva, abrieron grietas a los proyectos integracionistas de los Estados nacionales, impulsando una agenda de derechos del sujeto pueblo indígena que se construía desde su particularidad cultural y política, lo que dio lugar a una diversidad de los mismos, ya fuera como personas individuales, desde la organización indígena o desde sus pueblos y comunidades. La mayoría de quienes aquí hablan comparten el hecho de haber sido mis compañeras y compañeros de lucha, con quienes compartí mi vida durante un cuarto de siglo, unidos por las mismas causas y los mismos procesos. Por eso yo, sin hablar como una voz autorizada en este libro y sin ser una voz protagonista en las biografías que integran este volumen, estoy allí presente, silenciosa, siempre detrás, en la formación política e ideológica, ocupada en el trabajo técnico, escribiendo documentos, tal cual era mi papel en ese momento histórico con las organizaciones con las que fui coadyuvante.

Fue una época de activismo intenso, de tiempo completo, comprometida con todos los procesos que impulsábamos con mi pareja, Margarito Ruiz Hernández, y con la compañía de nuestros tres hijos, Fidel Kalax, Camilo Chiltak y Karmen Zak Bel, con quienes compartimos la violencia y la represión que nos perseguía, viviendo muchas veces épocas de clandestinidad. Fue un momento de estar juntos y juntas en un caminar durante casi tres décadas, de coincidir en lo que hoy podemos llamar como la emergencia del movimiento indígena autonómico en México, alimentada por impulsos que se desplegaron en todo el país desde los años 70 del siglo pasado, hasta culminar con la reforma del artículo 2º constitucional de agosto de 2001, siendo el legado de esta generación. Agradezco a Margarita la oportunidad de elaborar el prólogo de este libro, que será fuente obligatoria para quienes quieran conocer las luchas

del movimiento indígena del último cuarto del siglo XX, en voz y letra de quienes fueron sus protagonistas.

I. El contexto de las voces

Las luchas indígenas que han estado siempre en resistencia desde el momento mismo de la invasión y colonización europea lo hicieron desde sus territorios, resistiendo para hacer permanecer su existencia. El sujeto político "movimiento indígena autonómico" que aquí nombro y las voces que en este libro hablan le dan contenido, se fueron configurando en un proceso que comenzó cuando el sujeto rompió los límites de la asamblea comunitaria, dio un paso más y comenzó a articularse con otros en torno a una agenda compartida, orientando sus pasos a caminar otros senderos que luego tomaron las carreteras y se encontraron allí; vivían en la calle, se movilizaron para mostrarse desafiantes y obligar al Estado a voltear a verlos, cuando antes habían sido siempre ignorados, reprimidos.[12]

Todos los autores que han estudiado los procesos de irrupción de las luchas indígenas en América Latina como un nuevo sujeto visible en el último tercio del siglo XX coinciden en señalar procesos de reconfiguración en la identidad de los sujetos.[13] Una característica de la época fue la construcción de una nueva subjetividad colectiva como pueblos indígenas; la coloración la daba el reclamo de reconocimiento de la particularidad étnica. Al poner de relieve sus reclamos en la identidad, estos ya no se agotaban en una agenda de bienes materiales o tangibles –aunque no se ignoraba–, sino que en la nueva etapa, la que aquí se documenta, la exigibilidad se dirigía hacia la política de reconocimiento de reclamos simbólicos que otorgaba nuevos significados a las viejas reivindicaciones clasistas o campesinistas.

[12] Aline Hémond, "Tomar la carretera y vivir en la calle. Representaciones y usos de las marchas indígenas", *Revista Trace*, núm. 39, 2018, pp. 67-78.

[13] Christian Büschges, "La etnización como recurso político. Etnizaciones y de-etnizaciones de lo político en la América andina y Asia del Sur", en *Etnicidad y poder en los países andinos*, Christian Büschges, Guillermo Bustos y Olaf Kaltmeier (comps.), Quito, Universidad Andina Simón Bolivar sede Ecuador / Universidad de Bielefeld / Corporación Editora Nacional, 2007, pp. 15-37.

En las décadas de los 70 y las siguientes, los movimientos por demandas sociales dirigidas al Estado benefactor cambiaron su centralidad hacia demandas de identidad al politizarlas.[14] La emergencia indígena se alimenta por ese nuevo pensamiento que se sostiene sobre un nuevo tipo de actor sociopolítico: las organizaciones indígenas. Todavía en 1978, Guillermo Bonfil se aproximaba a nombrar con timidez a este nuevo sujeto y les llamó: "las nuevas organizaciones indígenas".[15] Eran "actores emergentes", decía Rodolfo Stavenhagen.[16] Las organizaciones indígenas eran nuevos sujetos y se hicieron visibles, habían vivido invisibles bajo otras categorías como campesinos o proletarios. En estos años los debates al seno de las organizaciones indígenas dirigían sus esfuerzos a otorgar un nuevo sentido a sus luchas. Antes habían participado de manera visible en los movimientos campesinos, o incluso en los movimientos armados[17] y en esfuerzos por lograr gobiernos democráticos,[18] pero ahora lo hacían tomando a la identidad como su plataforma de politización.

Se trata de una coyuntura de "emergencia indígena"[19] en todo el continente, caracterizada por el "resurgimiento de la etnicidad";[20] con el "despertar de una nueva etnicidad"[21] al mismo tiempo que ocurre la

---

[14] Roberto Cardoso, "La politización de la identidad y el movimiento indígena", en *Indianismo e indigenismo en América Latina*, José Alcina Franch (comp.), Madrid, Alianza Universidad, 1990, pp. 145-161.

[15] Guillermo Bonfil Batalla, "Las nuevas organizaciones indígenas (hipótesis para la formulación de un modelo analítico)", *Journal de la Société des Américanistes Année*, núm. 65, 1978, pp. 209-219.

[16] Rodolfo Stavenhagen, "Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América Latina", *Revista de la CEPAL*, núm. 62, 1997, pp. 61-73.

[17] Marie-Chantal Barré, *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI, 1983.

[18] Donna Lee Van Cott, *The Friendly Liquidation of the Past: The Politics of Diversity in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000.

[19] José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2000.

[20] Natividad Gutiérrez Chong, "El resurgimiento de la etnicidad y la condición multicultural en el Estado-nación de la era global", en *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*, Leticia Reina (coord.), México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000, pp. 93-100.

[21] Christian Gros, "Ser diferente para ser moderno o las paradojas de la identidad", en *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*, Leticia Reina (coord.), México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000, pp. 171-195.

"nacionalización de la lucha de los grupos étnicos",[22] por lo que hay un reclamo "del indigenismo a la autonomía".[23]

Esta tendencia no se agotaba en México. Desde la Marcha por el Territorio y la Dignidad en 1990, que partió de las tierras bajas de Bolivia, así como de las movilizaciones a las que convocó el Movimiento 500 Años de Resistencia Indígena a nivel continental, fueron tejiendo propuestas y una agenda para la articulación del movimiento indígena autonómico en toda América. En esta etapa se configuran los movimientos panétnicos en la mayoría de los países de América Latina, sus luchas se orientan a lograr su visibilización política, a interpelar a los Estados nación y a los organismos multilaterales en la búsqueda del reconocimiento de derechos. Más tarde, con el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el ejército rebelde fue incorporando esta gramática de lucha en sus comunicados, mientras que antes de 1996 no estaban presentes,[24] ampliando su trascendencia hasta colocarla en las plataformas globales. El EZLN recogió los planteamientos de las luchas indígenas autonómicas y los hizo suyos porque además eran de todos los pueblos indígenas y con su liderazgo le dio un gran impulso nacional e internacional.[25]

Muchas de las voces que compila este libro son actores centrales en ese esfuerzo de construcción, que luego daría continuidad en la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA)[26] y en el Congreso Nacional Indígena (CNI),[27] de los cuales quienes aquí hablan fueron promotores y fundadores, dando pasos de gigantes de múltiples articulaciones, que regularmente se expresaban como péndulos de resistencia y organización, en constantes esfuerzos de articulación y rearticulación.[28]

---

[22] Héctor Díaz-Polanco, *La cuestión étnico-nacional*, México, Editorial Línea, 1985.

[23] Consuelo Sánchez, *Los pueblos indígenas: del indigenismo a la autonomía*, México, Siglo XXI, 1999.

[24] Héctor Díaz-Polanco, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1998.

[25] Maya Lorena Pérez Ruiz, ¡Todos somos zapatistas! Alianzas y rupturas entre el EZLN y las organizaciones indígenas de México, México, Conaculta, INAH, 2005.

[26] Consuelo Sánchez, "ANIPA: lucha por la autonomía en México", *Revista Memoria*, núm. 104, CEMOS, 1997, pp. 7-15.

[27] Araceli Burguete, "El Congreso Nacional Indígena (CNI) en México: emergencias y re emergencias", en *Estrategias descoloniales en comunidades sin Estado*, Lois, Maria y Ahmet Akkaya (eds.), Madrid, Los libros de la Catarata, 2020, pp. 135-163.

[28] Araceli Burguete, "Movimiento indígena en México. El péndulo de la resistencia: ciclos de protesta y sedimentación", en *Movimientos indígenas en América Latina. Resistencia y nuevos modelos de integración*, Ana Cecilia Betancur (ed.), Copenhage, IWGIA, 2011 pp. 12-40.

Todas estas corrientes y muchas otras decenas de luchas locales, comunitarias, municipales y regionales que se formaron cada una desde sus regiones y particularidades, irrumpieron y se tejieron en la protesta nacional contra la celebración festiva del V Centenario del Encuentro de dos Mundos, que incluía celebraciones y visitas de los reyes de España y del Papa Juan Pablo II en distintos lugares del continente. Los gobiernos nacionales –Carlos Salinas de Gortari en el caso de México– se habían sumado a celebrar "la fiesta de la hispanidad", generando un rechazo inmediato. Repudiaban, además, su agenda neoliberal que comprendió la reforma al artículo 27 constitucional, abriendo la puerta a la privatización de las tierras y a la apertura comercial a través del Tratado de Libre Comercio.[29] En México, las luchas de rechazo al V centenario pusieron la plataforma para la articulación. El 12 de octubre de 1992 no fue únicamente una coyuntura, sino la conjunción de propuestas para una agenda autonómica nacional. Esas articulaciones comenzaron a ser visibles en cuanto fueron escalando los niveles, pasando de lo comunitario a lo regional, a lo zonal y posteriormente a lo nacional e internacional, como nudos concéntricos de demandas y discursos políticos.[30]

Son muchas las organizaciones indígenas con proyección nacional e internacional que estuvieron presentes en los foros internacionales en la defensa de sus derechos, en su particularidad étnica. Se recuerda, sin ser los únicos, a la Unión de Comuneros Emiliano Zapata (UCEZ) con Efrén Capiz; a la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI) con Genaro Domínguez; a la Asamblea de Autoridades Mixes (ASAM) con Floriberto Díaz; a la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo (Ucizoni) con Carlos Beas; y al Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, con Sabino Estrada, Marcelino Díaz de Jesús, Pedro y Carlos de Jesús Alejandro y Martha Sánchez Néstor, entre muchos otros como la Coordinadora Regional de Organizaciones Indígenas de la Sierra de Zongolica (CROISZ) con Julio Atenco y el Consejo Mazahua Región Almoloya de Juárez con Mario de Jesús, además de quienes participan con su biografía en este libro.

---

[29] Sergio Sarmiento Silva (coord.), *Voces indias y V Centenario*, México, INAH, 1998.

[30] Margarito Ruiz Hernández y Araceli Burguete, *Derechos y autonomía indígena: veredas y caminos de un proceso. Una década: 1988-1998*, México, INI, 2003; Pierre Beaucage, "Zapatismo, Iglesia, ONG en Chiapas: la construcción de un nuevo imaginario de lo indio", *Revista del CESLA*, núm. 10, 2007, pp. 91-74; López Bárcenas, Francisco, 2016, pp. 60-75.

Quienes aquí hablan son parte de una generación. Este grupo etario fue definido por Gaudencio Mejía –que en paz descanse– como la "Generación del V Centenario". Así lo recogió Sergio Sarmiento en un texto que recuperaba la experiencia del Consejo Guerrerense 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, (CG500-años). En sus palabras:

> Parecería exagerado decir la gran importancia que alcanzó el CG500-años en la vida política estatal y nacional pero coincidimos con Gaudencio Mejía, uno de sus fundadores, cuando asegura que los líderes del Consejo eran parte de la generación del V Centenario. [...] La mayoría de los que impulsaron el CG500-años encontraron en esa coyuntura una veta nueva a sus procesos de organización pero sobre todo elaboraron un discurso político novedoso de grandes alcances.[31]

En esta contribución identifico que las personas entrevistadas corresponden a una generación de activistas, quienes se movilizaron en contra de la celebración del V centenario como primer punto de partida frente a la indignación que les generaba esa ofensa, por eso recojo esta idea de la Generación del V Centenario como un argumento que le da coherencia a todo este capítulo, pues la metáfora sirve para identificar a los liderazgos cuyas biografías se incorporan en este libro. Cuando me refiero a la gramática autonómica con la que enunciaban sus reclamos, hablo de una forma de nombrar la contestación en contra de la arrogancia del colonizador europeo y del colonialismo interno de los gobernantes nacionales.

Para la aproximación al contexto de la obra, es importante mencionar que algunos de los líderes que son autores de sus narrativas ya han reflexionado en documentos escritos su experiencia y existe una abundante bibliografía en la que han participado como referentes, pero no contábamos con un libro en el que el centro fuera su voz propia a través de una biografía, como se hace en este volumen, de allí su relevancia. Adicionalmente, varios de ellos ya habían escrito la experiencia de las luchas de sus pueblos en los capítulos del libro *México: experiencias de autonomía indígena*,[32] que coordiné en los años 90, resultado de un ejer-

[31] Sergio Sarmiento, "El movimiento indígena en Guerrero", *La Jornada*, 19 de agosto de 2004, disponible en https://www.jornada.com.mx/2004/08/19/oja88-guerrero.html.

[32] Araceli Burguete, *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, disponible en https://araceliburguete.academia.edu/

cicio colaborativo con varios de los liderazgos que hablan en este volumen, como Margarita Gutiérrez,[33] Margarito Ruiz[34] e Hilario Molina.[35] En el libro escriben otros actores compartiendo sus experiencias de organización autónoma tales como Marcelino Díaz de Jesús y Pedro de Jesús Alejandro;[36] Leopoldo De Gyves en Juchitán, Oaxaca;[37] Antonio Hernández Cruz, tojol-ab'al en Las Margaritas, Chiapas;[38] Marcelino Gómez en San Cristóbal de las Casas, Chiapas,[39] y Miguel Gonzáles y Elvia Quintanar, en la región autónoma norte de Chiapas.[40]

Como introducción a la lectura del libro, en las páginas siguientes de este prólogo expongo pequeños resúmenes de las narrativas biográficas de los liderazgos de las luchas indígenas, elaborados a partir del primer borrador del documento, buscando ponderar la gramática autonómica de los procesos que impulsaron. Al mismo tiempo, mediante estos resúmenes me propongo generar el interés por la lectura del libro, así como ofrecer el contexto situado de quienes hablan mediante sus historias de vida. Para su exposición, he seguido el orden establecido en el capitulado del índice. Las narrativas biográficas que aquí se compilan son piezas literarias de una gran riqueza y de trascendencia histórica. Además de agradecer a Margarita Warnholtz por invitarme a

[33] Margarita Gutiérrez y Nellys Palomo, "Autonomía con mirada de mujer", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 54-86.

[34] Margarito Ruiz Hernández, "La Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA). Proceso de construcción de una propuesta legislativa autonómica nacional", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 21-54.

[35] Hilario Molina, "Autonomías históricas: autonomía yaqui", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 103-123.

[36] Marcelino Díaz de Jesús y Pedro de Jesús Alejandro, "Alto Balsas Guerrero: una experiencia de lucha autonómica", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 143-170.

[37] Leopoldo De Gyves, "Juchitán: municipio libre y autonomía", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 124-142.

[38] Antonio Hernández Cruz, "Autonomía Tojol ab'al: génesis de un proceso", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 171-191.

[39] Marcelino Gómez Núñez, "Regiones Autónomas Pluriétnicas (RAP). Los muchos senderos de las autonomías de facto", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 192-209.

[40] Miguel González y Elvia Quintanar, "La construcción de la Región Autónoma Norte y el ejercicio del gobierno municipal", en *México: experiencias de autonomía indígena*, Araceli Burguete (coord.), Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 210-233.

elaborar este prólogo, sinceramente la felicito por tomar la iniciativa para recuperar estas conmovedoras historias de vida, de personajes, hombres y mujeres, que muchas veces renunciaron a su familia y a su vida cotidiana comunitaria, para comprometerse con la causa de emprender iniciativas dirigidas hacia la transformación de las relaciones de colonialismo interno en las que nacieron y crecieron, asumiéndolas como un bien mayor.

Desafortunadamente, algunos de los valiosos compañeros y compañeras ya han partido hacia otra dimensión. Julio Atenco (3 abril de 2019), Gaudencio Mejía (18 de agosto de 2020) y Martha Sánchez Néstor (30 de julio de 2021) ya no están, pero su legado es inmenso. Junto con quienes aquí permanecemos, contribuimos, en lo terrenal, a transformar la historia como herencia de gran valor para las nuevas generaciones, hijas e hijos que decidieron tomar la estafeta. Dos de ellos también hablan en este libro, como testimonio y reconocimiento a la herencia de sus madres y padres.

II. Protagonistas de una generación: luchas en gramática autonómica

1. Margarito Ruiz Hernández

El racismo, la discriminación, la exclusión sistémica y otros dolores que significa ser indígena en México han sido motores para la emergencia del activismo político indígena autonómico en el país. La historia de Margarito Ruiz Hernández es un encadenamiento de eventos de violencia racista que sufrió desde su niñez y adolescencia, en un contexto de dominación estructurada en una lógica colonial, en las fincas chiapanecas bajo relaciones de servidumbre. Pero estas condiciones no lo paralizaron; por el contrario, fueron impulsos que lo motivaron a su ruptura, no solo individual sino también colectiva, al convertirse en un líder tojol-ab'al en una época cuando asumir las identidades étnicas no era motivo de orgullo, como lo es ahora. Nació en el ejido Plan de Ayala, antes finca Jotanaj, municipio de Las Margaritas, Chiapas, y reconstituyó su identidad indígena cuando se incorporó en la lucha política indígena autonómica, abandonando las identidades campesinistas en las que se había formado, durante su militancia en la Central Independiente de Obreros y Campesinos (CIOAC).

La trayectoria de Margarito es de una siembra continua de dispositivos de organización social y política en cada sitio en el que se paraba. Lo hizo en múltiples lugares de su recorrido por ejidos y comunidades en la selva chiapaneca, lo mismo que en otras regiones del estado y del país, ya fuera como profesor comunitario o como activista de organizaciones campesinas y luego como impulsor de organizaciones indígenas autonómicas como el FIPI, misma que fundó y lideró durante varios años. Otras etapas de su vida llevaron a Margarito Ruiz a diferentes escenarios al concluir la década de los 80 del siglo XX. Por ejemplo, la formación en materia de derechos de pueblos indígenas que obtuvo al participar en talleres y cursos que organizaban universidades y organismos de derechos humanos, con docentes como Rodolfo Stavenhagen, María Teresa Jardí, Diego Iturralde, José del Val, Mariclaire Acosta, Héctor Díaz-Polanco, Consuelo Sánchez y Magdalena Gómez. En el intercambio, en la convergencia con otros activistas indígenas del mundo, participó en la elaboración de iniciativas a la Organización de las Naciones Unidas (ONU), para lograr avances en el reconocimiento de derechos colectivos como pueblos indígenas.

Desde la gramática de los derechos autonómicos, desde el FIPI, se trabajaban varios frentes, como el Comité de Apoyo y Defensa de los Derechos Indios (CADDIAC), instancia encargada de la formación política e ideológica de liderazgos indígenas desde la perspectiva de los derechos de autonomía. Desde allí se implementó un amplio proceso de formación autonómica estratégica y, para tales propósitos, se desplegó una Campaña Nacional de Alfabetización en Derechos de los Pueblos Indígenas que recorrió el país de norte a sur. El FIPI también desplegó una estrategia para la organización indígena mediante la formación de dispositivos para la articulación étnico-regional. Como se relata en las biografías de varios liderazgos que hablan en el libro, fueron varias las organizaciones indígenas regionales que se formaron promovidas por el FIPI. En el caso de Chiapas se impulsó la fundación del Consejo de Pueblos Mayas Tojol-ab'ales en el municipio de Las Margaritas y la Coordinadora de la Lucha de los Pueblos Mayas para su Liberación (COLPUMALI), en San Cristóbal de las Casas. Desde el campo económico impulsó proyectos de autodesarrollo como la creación de la asociación Maya´ik, Red de Turismo Alternativo.

Estas organizaciones subieron la escala de articulación de la iniciativa colectiva llamada Regiones Autónomas Pluriétnicas (RAP) –una declara-

toria de autonomía de facto– tomando e instalándose en las oficinas del Instituto Nacional Indigenista (INI) en San Cristóbal de las Casas. Esta organización articuló a actores y organizaciones que luchaban por la autonomía en Chiapas, por lo tanto era diversa en su integración, en una perspectiva de interculturalidad en donde compartieron tsotsiles, tseltales, tojol-ab'ales y mestizos; además había puertas abiertas a todas las iglesias. Estas organizaciones promovieron la marcha del 12 de octubre de 1992 en San Cristóbal de las Casas, y en coordinación con otras organizaciones derrumbaron la estatua de Diego Mazariegos, símbolo del colonialismo en esa localidad. En otra articulación de escalas participó en iniciativas para la formación de organizaciones nacionales como el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, la ANIPA y el CNI; en otra escala más, fue miembro fundador del Congreso de Organizaciones Indias de Centroamérica, México y Panamá (COI), con sede en Panamá. Adicionalmente, en 1995 y 1996 fue asesor del EZLN en los diálogos de San Andrés Larráinzar, Chiapas.

Entre 1988 y 1991, ocupó una curul como diputado plurinominal por el Partido de la Revolución Democrática (PRD). La Cámara de Diputados fue la plataforma desde donde impulsó reformas; propuso, entre otras, la creación de la VI Circunscripción Plurinominal Nacional Indígena. En el periodo en que fue diputado se logró la reforma al artículo 4º constitucional, aunque éste era de alcance limitado, era imperativa su aprobación para hacer posible la constitucionalidad del Convenio 169 de la OIT, con vigencia a partir de 1991. La Cámara de Diputados fue también la plataforma desde donde promovió al FIPI como una organización de carácter nacional. Sembrar una y otra vez estructuras de organización política indígena con una agenda en gramática de derechos autonómicos y articular niveles, desde lo local y lo regional hasta lo nacional e internacional, fue la misión de su vida, que asumió en un intenso activismo. En su relación con las organizaciones regionales adheridas al FIPI, a Maya'ik y las RAP, entre otras, realizaba gestiones de las demandas que más apremiaban a los compañeros, experiencia que lo condujo a ser delegado en Chiapas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) de 2000 a 2005.

2. Margarita Gutiérrez Romero

La narrativa biográfica de Margarita Gutiérrez Romero muestra a una mujer que desde muy joven se involucró en procesos de concientización mediante distintas herramientas de comunicación, con su propio idioma, el hñahñú (otomí), como su herramienta vital mientras permaneció en su región. Estudió comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, lo que daba cuenta de la voluntad de lograr metas de vida, ya que en su comunidad de origen –San Nicolás, Ixmiquilpan– los recursos formativos eran muy limitados. Desde allí fue progresivamente involucrándose en otros procesos y desarrollando capacidades pedagógicas en la formación. Se incorporó a la asociación civil Comunidades del Valle del Mezquital (COVAC) y, para obtener más herramientas hacia la escritura en su propio idioma, se formó en el Centro Editorial de Literatura Indígena, en Oaxaca.

La vocación de Margarita era la comunicación; relata la fascinación que le produjo estar en una cabina de radio desde donde, afirma, comenzó su activismo o, dicho en sus palabras, "así me nació la conciencia". Realizó cinco años de radio comunitaria y de allí se articuló con otros procesos comunitarios de organización y de alfabetización. Disfrutaba servir y ese era un espacio privilegiado siendo ella aún muy joven.

Otros acontecimientos la alcanzaron, dando un golpe de timón a su vida. A principios de los años 90 se involucró en los procesos de organización del Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, articulándose con liderazgos nacionales e internacionales. En 1993 participó en el Encuentro Indígena en Temoaya, México, en donde conoció los debates alrededor de los derechos colectivos de los pueblos indígenas, en particular el Convenio 169 de la OIT. En las tareas de alfabetización que realizaba en su comunidad comenzó a incorporar la agenda de los derechos de libre determinación y autonomía indígenas. Margarita ya había tenido algunas aproximaciones a la política, el Partido Verde la seducía para que ella perfilara un liderazgo; el dirigente nacional de ese partido le invitaba a realizar recorridos y promociones en las comunidades y la presentaba como un prospecto de diputada para ese partido. Pero en Temoaya, en la conversación que tuvo con los liderazgos del pueblo mapuche comprendió otra noción de lo que podía entenderse como política: la política indígena, la política propia, sin partido. En esta actividad conoció a los liderazgos del FIPI, posteriormente se trasladó a

vivir a Chiapas y se incorporó a esta organización, al mismo tiempo que trabajaba con la CIOAC como parte del equipo técnico, articulando con los liderazgos y actividades en la organización de las RAP en San Cristóbal de las Casas, cuando eran escasas las mujeres que participábamos en las luchas sociales indígenas.

En eso estaba cuando irrumpió el levantamiento armado del Ejercito Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), modificando todas las agendas. Margarita fue invitada por el EZLN como asesora en los diálogos de San Andrés, en la mesa de los derechos de las mujeres indígenas, comenzando su proceso de formación en esta materia. En el marco del conflicto armado en Chiapas y en los procesos de construcción de la paz participó con Alianza Cívica para las elecciones de 1994, ejercicio en el que colaboró con Ofelia Medina en trabajos de capacitación electoral, ya que los zapatistas habían accedido a que se realizaran en su territorio. Fue un momento complejo y su experiencia comunitaria, sería un capital que serviría en estas desafiantes tareas. Como parte del FIPI participó en Quito, Ecuador, en 1995, en el Encuentro Continental de Mujeres Indígenas; allí coincidió con Sofía Robles y con Martha Sánchez, quienes también iniciaban su incursión en la materia. Fue el inicio de la construcción de una agenda de la lucha de las mujeres por su autodeterminación con una gramática autonómica. Desde los lugares en donde ha estado posicionada, Margarita ha defendido los derechos colectivos de los pueblos indígenas y sus sistemas normativos indígenas, siempre y cuando estos no dañen la dignidad, la integridad y los derechos de las mujeres. Como mujeres con liderazgo dentro de la ANIPA, Margarita y Martha Sánchez Néstor dieron una dura batalla a favor de la participación de las mujeres y de que ellas pudieran ocupar cargos de representación dentro de la organización, pero encontraron mucha resistencia; había compañeros sensibles que las apoyaban pero la mayoría estaba en desacuerdo.

En reconocimiento a su liderazgo ocupó cargos de dirección de alto nivel, participó en el primer comité de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami) y fue la primera coordinadora de la ANIPA, cuyos estatutos habían establecido la alternancia de género en la presidencia. Al mismo tiempo trabajaba en la Cámara de Diputados, en coordinación con su pareja, el diputado maya tojol-ab'al Antonio Hernández Cruz. Sin omitir que es madre de tres hijos; dato relevante cuando hay que hablar de los dobles, triples y múltiples jornadas de las mujeres, que debemos de desarrollar cuando además somos activistas.

3. Cecilio Solís Librado

El descubrimiento y luego fortalecimiento de la identidad de los actores políticos al involucrarse en las luchas indígenas es un resultado bastante generalizado entre quienes dieron su palabra en las entrevistas que integran este libro. La historia de vida de Cecilio Solís Librado da cuenta de este proceso. En su narrativa biográfica relata una trayectoria que lo condujo al activismo por una ruta de aprendizajes personales, desde las experiencias urbanas y de los barrios, en una inesperada migración a la Ciudad de México desde su comunidad de origen, Acuaco, municipio de Zaragoza, Puebla. Aunque inició un exitoso camino en el emprendimiento, su vocación académica y compromiso social lo condujeron a involucrarse en el movimiento indígena, como miembro y parte del equipo técnico del FIPI y sus instancias operativas. Colaboró con el CADDIAC y también apoyó a Maya´ik, Red de Turismo Alternativo, una instancia para promover el auto desarrollo indígena con identidad. Adicionalmente, se sumó como activista en el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular y en la ANIPA. Su paso por el FIPI le dio herramientas para ver el mundo con lentes autonómicos; como parte del equipo técnico impartía talleres, elaboraba proyectos, acompañaba organizaciones y dibujaba un nuevo mundo con una nueva geografía en la que reiteradamente pensaba, ya que de profesión es geógrafo.

La experiencia del turismo alternativo en las regiones indígenas le abrió la mirada para explorar horizontes inéditos, en las relaciones con las comunidades que aspiraban a emprender actividades turísticas sin comprometer sus territorios. Cecilio cuestionaba el énfasis discursivo y jurídico del activismo político indígena sin traducciones prácticas. En respuesta, junto con otras compañeras y compañeros que coincidían en tales valoraciones, decidió impulsar iniciativas que incorporaran la reivindicación de derechos de libre determinación y autonomía aterrizados en la realidad, junto con el desarrollo económico, político, cultural y territorial, tejido con el derecho al desarrollo con identidad, al territorio, al consentimiento y a la libre determinación.

Comenzó a sumar esos intereses en un nuevo concepto a lo que se llamó Red Indígena de Turismo Alternativo (RITA). La propuesta se planteaba en una gramática autonómica que involucraba el control de los territorios y las decisiones. La propuesta no solamente implicaba beneficios

de carácter económico, sino que también se concebía como una estrategia para materializar los derechos autonómicos. El éxito de la experiencia RITA lo condujo a otros horizontes al fundar la Federación Indígena Empresarial y Comunidades Locales de México (CIELO), que se ha propuesto fortalecer empresas indígenas bajo los principios de los derechos autonómicos, el territorio, la libre determinación, la reivindicación cultural, el cuidado de la madre tierra y la participación de las mujeres.

4. Gaudencio Mejía Morales

La familia ha sido, en muchos casos, el lugar desde donde se han aprendido las lecciones de dignidad y resistencia, así como la defensa del territorio y los bienes comunes del colectivo étnico. Así comienza la narrativa de Gaudencio Mejía Morales, al rememorar a sus ancestros como referentes de la lucha autonómica que desplegaría a lo largo de su exitosa trayectoria. Nació en Tlapa, Guerrero, en una región conocida como La Montaña Roja, por su fuerte tradición de lucha de movimientos de izquierda. Fue un manantial de tradiciones políticas radicales de las que Gaudencio se nutrió y reconoce al profesor Othón Salazar como un referente ideológico, quien de manera temprana ya enunciaba a los pueblos indígenas como sujetos transformadores, al mismo tiempo que rechazaba las lacerantes condiciones de pobreza en la que vivía la mayoría de su población. La izquierda en la Montaña de Guerrero solía militar en los partidos políticos y Gaudencio acompañó a liderazgos del Partido Comunista Mexicano (PCM) como Arnoldo Martínez Verdugo y Heberto Castillo, del Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

Otra ruta de aprendizaje fueron los libros. Gaudencio era un hombre culto y un gran lector. En su biblioteca había colecciones de los clásicos de la literatura latinoamericana y de todo signo. Estudió su licenciatura en derecho en la Benemérita Universidad de Puebla, en donde fue dirigente estudiantil. Pero esos caminos que ofrecían oportunidades al joven Gaudencio fueron abandonados cuando, de manera inesperada, las luchas por la libre determinación y autonomía se cruzaron en su camino. Alguien le comentó que Margarito Ruiz, diputado indígena del PRD, buscaba un abogado indígena para que se incorporara como apoyo de una organización indígena que promovía.

El tema de los derechos colectivos de los pueblos indígenas le era desconocido, pero fue rápidamente aprendido en un intenso activismo en reuniones, talleres e intercambios internacionales. Estos aprendizajes le abrieron otra perspectiva del mundo, en particular le impresionaba el alcance de los derechos del Convenio 169 de la OIT y le indignaba la falta de promoción desde las instituciones gubernamentales, por lo que se comprometió a realizar numerosos talleres y conferencias en la materia. Además publicó ensayos y artículos y los divulgó por distintos medios, un gran aporte en una época de oscurantismo en la materia. Ganó tal dominio en el tema que en 1994 obtuvo el grado de licenciado en Derecho por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, acreedor a la Mención Honorífica con la tesis *Pueblos Indígenas: hacia un nuevo sujeto jurídico en el Derecho Internacional*. Fue además un militante político de las luchas indígenas. Tuvo una participación activa en el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena Negra y Popular, así como en la ANIPA. También participó como asesor del EZLN en los Acuerdos de San Andrés Larráinzar y en la conformación del CNI.

Además trabajó en la Misión de la ONU para la Paz en Guatemala (Minugua), para verificar los acuerdos de paz firmados entre la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y el gobierno de Guatemala (1996-2001) durante cinco años. Ingresó como asesor de la Comisión de Asuntos Indígenas en la Cámara de Diputados, espacio que obtuvo al ganar un concurso de oposición que convocó la unam. Pero esta exitosa trayectoria fue cortada el 18 de agosto de 2020 al no haber podido superar la infección del letal COVID-19. Para entonces trabajaba en el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI).

5. Martín Equihua Equihua

La coyuntura de 1992 fue un momento de reconfiguración de las agendas de un significativo número de organizaciones campesinas que comenzaron a identificarse como indígenas; lo mismo ocurrió con sus liderazgos, hombres y mujeres que participaron en las movilizaciones de protesta en distintos espacios en el territorio nacional en contra de la intención festiva del V centenario. Repudio e indignación explotó en las venas del México profundo, que no olvida. Liderazgos como el de Martín Equihua Equihua vivieron estas reconfiguraciones.

En realidad, antes de llegar a 1992 Martín ya había vivido otras mutaciones que asumió con voluntad y compromiso. En la narrativa biográfica se autorretrata como un joven entusiasta, nacido en Uruapan, Michoacán, que tenía metas académicas y estaba dispuesto a cumplirlas. Por este motivo se trasladó a Chilpancingo, a estudiar en la Universidad Autónoma de Guerrero. Sin militancia política previa se vio de pronto involucrado en el activismo radical, participando en grupos políticos que oscilaban entre la militancia guerrillera y los partidos políticos de izquierda beligerante, tan características en el estado de Guerrero de la época.

Su temprana paternidad, cuando aún no cumplía los 20 años, lo obligó a incursionar en el campo laboral en instituciones con oficinas en las regiones indígenas. Desde un puesto burocrático descubrió y potenció su vocación de servicio, al colocarse como un puente para servir a favor de las causas de los excluidos. En la Montaña de Guerrero era mucha la pobreza, por causa del racismo que había colocado a esas comunidades al margen de todos los beneficios sociales. Viviendo en la vida campesina descubrió que, más allá de los cursos académicos, la militancia que vivió en su paso por las aulas y sus compañeros militantes en Chilpancingo le habían proporcionado una fuerte capacidad de indignación frente a la injusticia, por lo que se negó a normalizarla.

Pero asumió que para enfrentar tal situación, las soluciones no estaban en sus manos como un individuo, por lo que desde su espacio burocrático bien posicionado incorporó a sus compañeros militantes de la corriente socialista dentro de la institución en la que laboraba e impulsó la formación de muchas organizaciones campesinas. El propósito era la articulación, crear organizaciones sociales amplias y con esas bases integraron la Sanzekan Tinemi y luego la Alianza de Organizaciones Campesinas Autónomas de Guerrero. En ese momento les movilizaba la autonomía económica, el rechazo al partido de Estado, al corporativismo y a los sistemas caciquiles de poder.

En el estado, estos años inician los preparativos de organización en contra de lo que se llamaba el V centenario. Rápidamente se sumaron al proceso organizativo que se gestaba, integrando el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (CG500ARI) junto con el Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, entre otros. Martín participó de manera activa en las movilizaciones que ya se desplegaban en una gramática autonómica como pueblos indígenas. Tuvo presencia en los Diálogos de San Andrés Larráinzar acompañando al proceso zapatista

y también contribuyó a formular propuestas, a tender vínculos desde donde podía y sabía. El liderazgo de Martín era reconocido, siendo su nombre propuesto y aceptado como candidato a diputado en la LVI Legislatura del Congreso de la Unión por el PRD en el periodo 1994-1997.

6. Abelardo Torres Cortez

En décadas pasadas el magisterio fue un espacio relevante de reclutamiento de profesionales indígenas, allí se formaron varios de los líderes de la llamada Generación del V Centenario. La trayectoria de Abelardo Torres Cortés, p'urhépecha originario de Pichátaro, municipio de Tingambato, se construyó en el terreno de la lucha sindical magisterial por la democratización del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y en los procesos de democratización de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en Michoacán. La lucha sindical fue cruenta en una época de represión, por lo que Abelardo y sus compañeros profesores fueron reprimidos y llevados a la cárcel. Aunque la organización indígena ya irrumpía en su estado y él era profesor indígena, ambos procesos no coincidían. Por un lado, en 1975 se conformaron los Consejos Supremos Indígenas a nivel nacional, impulsados por el presidente Luis Echeverría. En Michoacán se conformó el Consejo Supremo Purépecha, pero no había conexión con la lucha magisterial indígena. La relación con el gobierno era de confrontación.

En los años 80 su conciencia e identidad comenzaron a cambiar, al dar un giro de una identidad clasista hacia una conciencia de identidad indígena. La emergencia indígena en los años 90 movilizó a Abelardo y a varios de sus compañeros a formar el Frente Independiente de Comunidades Indígenas de Michoacán, el FICIM, pero rápidamente hubo rupturas. Un año después, en 1991, dio nacimiento a la Organización Nación Purépecha (ONP), con un claro enfoque de reivindicación de los derechos como pueblos-naciones indígenas, cuya narrativa quedó registrada en el Decreto de la Nación Purépecha que lo constituyó. En estos procesos tuvo una intensa formación al interactuar con otros movimientos indígenas del país y con académicas y académicos que compartían las mismas luchas. Para entonces sus compañeros de la ONP participaban intensamente en la organización de las movilizaciones en rechazo a la celebración festiva del llamado "encuentro de dos

mundos" y se movilizaban en Michoacán, pero también en la Ciudad de México, articulándose con el resto de sus compañeros y organizaciones que integraban el Consejo Mexicano 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular. En 1994 participó como parte de la ANIPA acuerpando al EZLN en los procesos de negociación en Chiapas, en San Andrés Larráinzar, y más tarde al Congreso Nacional Indígena. Fue fundador y dirigente de la Organización Nación Purépecha Zapatista (ONPZ), mientras que en 1999 fue parte de la dirigencia nacional del PRD.

Las luchas campesinas, indígenas, partidarias y populares, sobre todo el magisterio, cruzan los terrenos políticos en Michoacán. Abelardo ha estado presente en todos esos espacios políticos, además de que ha tenido un protagonismo relevante en impulsar la creación de nuevos municipios; más recientemente se ha sumado a la lucha por el presupuesto directo y la reivindicación de los derechos de sus paisanos migrantes. Además, dada la relevancia de la militancia femenina en los procesos de la organización, la reivindicación de los derechos de autodeterminación de la mujer indígena está presente, integrando una compleja agenda emitida en gramática autonómica.

7. Virginia Flores Flores

Nacida en la comunidad de Xoconostle, municipio de Mezquital del pueblo o'dam de Durango, Virginia Flores Flores ha desplegado un potente liderazgo en distintos espacios por los que ha transitado. Es una persona dispuesta al riesgo, por lo que su vida se ha desarrollado rompiendo paradigmas. Siendo una niña de apenas 12 años, se atrevió a tomar la decisión de salir a estudiar a un internado para formarse en el programa de promotores culturales bilingües, en Tepic, Nayarit. En su narrativa destaca que fue la única que se atrevió a ir al curso, cuando se preguntó tal decisión a un grupo mixto. Sorprende su capacidad de decisión, pero ella explica que en su escuela y en su casa vivió relaciones igualitarias, en donde ser mujer no la colocó en una condición de inferioridad.

Así, con unas alas enormes y poderosas que se ha dado, ha roto todas las fronteras. Ya en su retorno, en 1972, se desempeñó como maestra, continuó estudiando la secundaria y luego ingresó a la escuela normal básica en Tepic, luego a la normal superior y, como 30 años después, ya

con una beca, estudió una maestría, para ocupar posteriormente todas las jefaturas en el sistema docente. La vida de profesor o profesora en una comunidad puede ser asumida de forma pasiva, indiferente a los problemas de las personas o comprometerse con ellas; Virginia decidió defender los derechos de la comunidad. Le indignaba el comportamiento del comisariado comunal que era cómplice con la explotación forestal y el despojo a las comunidades. Advertía el saqueo de la madera y el involucramiento amañado de los funcionarios en todas las escalas, incluyendo a las autoridades de los bienes comunales. Abusaban de los indígenas y los empresarios que explotaban la madera eran quienes se quedaban con las ganancias; pensó que tal cosa ocurría porque no sabían leer y creía que si llegaba un maestro al comisariado las cosas iban a cambiar, pero después llegaron profesores al cargo y la cosa no se modificó. No era un problema de formación o información, sino de conciencia.

Un grupo de profesores se organizaron de manera radical deteniendo camiones e intentando impedir el robo de la madera. Pero era muy grande el reto y poca la incidencia. Decidieron entonces explorar que los comisariados fueran maestros y Virginia apoyó a varios de ellos. En ese escenario pensó que ella podría hacerlo mejor y se postuló, pero no recibió apoyo de sus compañeros. Fue en ese momento, relata, que se dio cuenta de que estaba en un campo exclusivo para hombres que no estuvieron dispuestos a apoyarla. No estaban de acuerdo en que una mujer fuera comisaria solamente porque era mujer; no dudaban de sus capacidades, sólo quedó explícito que una mujer no podía ocupar ese cargo sólo por ser mujer.

Virginia ha explorado, además, otros caminos, siempre volando más allá de los límites culturalmente marcados. Participó en la creación de la Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües, A.C. que se fundó en 1977 y fue parte de su directiva. Trabajó un proyecto sobre la escritura de la lengua o'dam con el propósito de definir un alfabeto, pues en su perspectiva es fundamental defender la lengua propia, que no se pierda, y por eso la escritura es clave. En cada uno de esos episodios de vida, la defensa de sus derechos como pueblos le ha inspirado. En un encuentro indígena conoció a Tupak Huehuecoyotl, quien le realizó una entrevista videograbada que llevaría a Arizona con los hermanos de allá. Virginia pensó que se trataba de personas migrantes y no de un pueblo originario. Tupak trasmitió la entrevista que fue escuchada por los tohono o'odham de Arizona y pidieron conocerla. La

invitaron a Estados Unidos y ha ido varias veces a visitarlos. Sus nuevas rutas de vuelo cruzan ahora las fronteras.

8. Hilario Molina Amarillas

Hilario Molina Amarillas, originario de la nación yaqui, tiene una larga trayectoria en las luchas autonómicas, que aprendió a flor de piel en su vida comunitaria. Nació en Pótam, Sonora, luego fue a vivir a Vícam para poder estudiar, ya que en su comunidad carecían de escuelas y no había educación secundaria. Hacerlo significaba un esfuerzo adicional, pues la distancia entre uno y otro poblado era de 20 kilómetros. Le correspondió ser la primera generación en Vícam.

Ha contribuido a la revitalización de su cultura propia desde distintos espacios. En 1993 se involucró en la elaboración de libros de texto de primaria en yaqui, solicitados por la Dirección General de Educación Indígena de la SEP, como autor de varios de ellos. Luego lo hizo con la música, que aprendió en su familia; su padre tocaba varios instrumentos y le enseñó. Exploró distintas experiencias musicales y actualmente es parte de los danzantes yaquis de pascola y matachín. Con los pascolas toca el arpa y con los matachines el violín. Es una tarea agotadora, ya que la actividad tiene una duración de todo el día y la noche.

Hilario –Lalo, como se le conoce– ha tenido una importante trayectoria en el movimiento indígena. En su narrativa refiere que su involucramiento con las luchas indígenas inició con Genaro Domínguez, por ahí de 1983, en la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios. La coordinadora surgió del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, que había sido creado por el gobierno federal en los años 70. Posteriormente Genaro, que era parte de ese consejo, se separó y formó la coordinadora. "El Jarocho", como se le conocía a Genaro, iba con frecuencia a hablar con las autoridades tradicionales yaquis, con el propósito de apoyar en el tema de la propiedad del territorio y que se respetara el decreto de Lázaro Cárdenas, ya que había sido violentado. Se sumó a las actividades que promovía y fue a la Ciudad de México a las movilizaciones del 12 de octubre cada año. Lo identifica como un liderazgo radical, ya que realizaban acciones para tumbarle la cabeza a la estatua de Cristóbal Colón.

Otras acciones se realizaban en las zonas arqueológicas. Llegaban a realizar ceremonias y desafiaban a los guardias, ya que entraban sin

pagar ni pedir permiso. La gramática autonómica de reclamo de derechos alentaba las decisiones. De su involucramiento en esas luchas surgió la aspiración de conformar una confederación de naciones del noreste, que articulara y sirviera de apoyo entre sí. La oportunidad se presentó en 1989, cuando conocieron a Margarito Ruiz, que visitó a la nación yaqui junto con Gaudencio Mejía. La primera acción fue el intento de articulación regional, cuando organizaron una visita con los mayos, los guarijíos, los pimas, los tarahumaras y también una parte de pueblos de Baja California. Rememora la relevancia de la visita con los mayos para invitarlos a que se reorganizaran otra vez con sus autoridades tradicionales, porque la relación se había deteriorado. Dentro de sus posibilidades apoyaron para que se reactivara la organización local. Valora que el logro fue positivo y considera que se hicieron surgir nuevamente a las autoridades tradicionales.

La lucha era activar el movimiento, motivar a los pueblos a la organización y la resistencia. Además las organizaciones debían de responder a las necesidades de las personas. Desde el consejo se hizo mucha labor de gestoría sobre las necesidades de las comunidades, sobre todo para cuestiones de salud. Preocupaba que las personas llegaban a los hospitales sin dinero y no los atendían. Además gestionaron recursos para proyectos, de los cuales se obtuvieron algunos logros. Aún con pocos recursos pudieron realizar varios encuentros entre las naciones y pueblos indígenas de Sonora. Lograron la creación del Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora, lo cual fue un gran esfuerzo de articulación regional.

Lamenta que únicamente haya quedado a nivel estatal, ya que la aspiración era sumar a los otros estados y lograr una confederación que articulara a las naciones incluyendo a los del otro lado, en los Estados Unidos, borrando las fronteras. La articulación era necesaria para hacer reciprocidad en las necesidades. Cuando los tarahumaras tuvieron problemas, asistieron al llamado como ANIPA y como Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora, para apoyarlos en la búsqueda de la unidad. El Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora se incorporó al Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, asistieron a la marcha del 12 de octubre de 1992 y tuvieron un rol importante en el proceso de formación de la ANIPA. Las autoridades yaquis, guarijías y tarahumaras que participaban revisaron con detalle la propuesta de reforma constitucional que la ANIPA estaba sometiendo

a consulta y reflexionaban sobre la autonomía yaqui. También participó en los diálogos de San Andrés Larráinzar y, entre 1997 y 1998, asistió a la ONU en Ginebra, donde se plantearon los problemas de los pueblos indígenas, en particular la expropiación que en 1997 hizo Ernesto Zedillo a la tribu.

De acuerdo con la percepción de Lalo, con el gobierno de Andrés Manuel López Obrador las cosas han mejorado para los yaquis. Desde que era candidato se comprometió a resolver el problema del despojo de aguas y territorios. Ahora que ya es presidente de la República, ha avanzado en el Plan de Justicia para el Pueblo Yaqui; el 28 de septiembre de 2021 visitó el territorio yaqui, pidió perdón por los agravios cometidos durante el periodo porfirista y dio seguimiento a ese plan. Por toda esta trayectoria de servicio a su pueblo, Lalo tiene el respaldo de las autoridades de la nación yaqui. Actualmente, Hilario Molina es director del Instituto Nacional de Pueblos Indígenas de la región yaqui Vícam Pueblo.

9. Sofía Robles Hernández

La lucha por la autodeterminación de los pueblos es muy demandante de tiempo, esfuerzo y recursos económicos. La mayoría de los testimonios de los liderazgos que se recuperan en las narrativas biográficas que integran este libro dan cuenta de momentos de incertidumbre, de precariedad económica y de dudas cuando exigencias familiares o de otra índole se los demandaban. La historia de vida de Sofía Robles Hernández retrata su compromiso desde muy joven y cómo le implicaba grandes sacrificios, en cuanto a que debía caminar prolongadas distancias para llegar a los pueblos y poder participar en las asambleas. Sofía se autoidentifica como zapoteca de San Francisco Cajonos y mixe de Tlahuitoltepec porque, afirma, pertenece a ambas comunidades, a una por nacimiento y la otra por adscripción; primero por adscripción marital al casarse con el antropólogo Floriberto Díaz y después por decisión propia.

Siendo muy joven tuvo su primer golpe de conciencia cuando en 1981 ingresó a trabajar como técnico en el programa de Coplamar (Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados), lo que le permitió problematizar una realidad que antes no había visto: la falta de caminos, de educación y de atención en

general. Conoció también los grandes esfuerzos que significaba ser autoridad en los pueblos de la sierra, ya que tenían que cruzar toda la cordillera para llegar a los lugares en donde se hacían las reuniones y la gestión. En los años 80 vivió y participó en los procesos autónomos de organización que impulsaron las autoridades de esos pueblos, dando origen a la organización que se denominó Asamblea de Autoridades Zapotecas y Chinantecas (AZACHI). Las reuniones se inscribían en un proceso autonómico más amplio que se gestaba y en 1982 participó en una reunión de la CORPI, que formaba parte del CMPI, celebrada en Costa Rica.

El trabajo que hacía Sofía fue muchas veces voluntario, sin dinero y siempre dejando pendientes en su familia. En 1983, mientras participaba en una reunión en la sierra que requería varios días de viaje caminando, cuando regresó a su casa, su señora madre había fallecido. En 1984 hizo pareja con Floriberto Díaz, se fue a vivir a Tlahuitoltepec y comenzó otro proceso de su vida. Debía comprender e incorporarse a la cultura mixe de su esposo y cumplir con los cargos asignados, además de ocuparse de los procesos de crianza de sus hijos. Pero estas obligaciones no impidieron que continuara participando en las agendas de las luchas indígenas. 1992 fue un año particularmente activo y se sumó a actividades que convocaba el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, A.C., un actor relevante en las movilizaciones en contra de la celebración del V centenario. En 1993 Tlahuitoltepec fue la sede del Simposio Indolatinoamericano.

Otros acontecimientos ocurrieron en su vida. En 1995 falleció su esposo y ella quedó al frente de varios procesos de organización. Ese mismo año fue a Quito, Ecuador, poco antes de la conferencia de Beijing, donde coincidió con Margarita Gutiérrez y Martha Sánchez Néstor; allí se acordó que el segundo encuentro se hiciera en México, mismo que se realizó en 1997. Previamente se constituyó en Oaxaca la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, la Conami, en un evento de una gran importancia al que acudió la comandanta Ramona. Posteriormente, el primero de enero de 2012, Sofía tomó posesión como presidenta municipal de Santa María Tlahuitoltepec, un cargo con un año de duración y sin remuneración económica. Sofía tiene un reconocido liderazgo en la defensa de los derechos de las mujeres indígenas.

10. Alejandro Cruz López

La Iglesia católica progresista produjo, a través de las comunidades eclesiales de base, un semillero de activistas que cuestionaban el orden existente de las cosas. Era una corriente de la Iglesia católica que se gestó desde la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Puebla en 1979. La nueva iglesia se posicionó en la orientación de la opción preferencial por los pobres. Sin haber tenido una formación sacerdotal en sentido estricto, Alejandro Cruz López pasó por un internado religioso, lo que le dio la oportunidad de tener una conciencia de servicio y comprometerse con la defensa de los derechos humanos. Nació en Santiago Xanica, un poblado zapoteca del distrito de Miahuatlán, Oaxaca. Como muchos niños indígenas de Oaxaca y del resto de los territorios indígenas del país, Alejandro careció de la oportunidad de estudiar en su comunidad, por lo que pasó su infancia y adolescencia en internados. Con dificultades concluyó los estudios secundarios y preparatorios, pero trabajó para poder estudiar como abogado.

Fue en el ejercicio de su profesión desde donde asumió la defensa de los derechos de las personas y comunidades que sufrían represión, persecución y violencia. En su relato, Alejandro retrata la situación de violación de derechos humanos persistente que en esos años sufrían los pueblos indígenas del país en lo general: despojos de tierras, intimidación, asesinatos, impunidad, guardias blancas y gatilleros de los caciques, contubernio con el ejército y las policías, complicidades con los funcionarios de gobierno y el partido de Estado, como recursos de poder para paralizar de miedo a los pueblos y someterlos, imponiendo autoridades ejidales y municipales bajo sus órdenes e intereses. Todo este cuadro prevalecía en el país.

Sin embargo, en los años 80 la denuncia de los organismos de derechos humanos y luchadores sociales comprometidos abrieron una ventana de oportunidad para ganar audiencia a nivel nacional de lo que ocurría en las regiones indígenas. En este contexto formaron una organización de defensa a la que llamaron Organizaciones Indias por los Derechos Humanos en Oaxaca, (OIDHO). Pero la defensa jurídica era insuficiente, por lo que la movilización y la denuncia eran parte de la estrategia para sacar a los presos de la cárcel, quienes regularmente eran luchadores agrarios con delitos inventados. Tal era el caso de Trinidad Yaveo cuando los terratenientes de Oaxaca y Veracruz se

apoderaron de las tierras, de lo que resultaron 15 personas asesinadas y 13 detenidas. Pese a las movilizaciones el gobernador se negaba a liberarlos, por lo que los familiares se instalaron en un plantón en las puertas del palacio de gobierno.

Finalmente obtuvieron su libertad, en una coyuntura que abrió los caminos hacía otras formas de lucha. Carlos Salinas iría a Oaxaca en 1992, en un contexto de los anuncios festivos del "encuentro de dos mundos". El gobernador solicitó a los activistas moverse del lugar que ocupaba el plantón; en respuesta, los presos y familiares radicalizaron su posición y declararon una huelga de hambre. El gobernador procedió a la liberación de los 13 presos.

11. Julián Valdez Manuel

En México se han cometido varios genocidios y etnocidios. El presidente Andrés Manuel López Obrador tiene la práctica de pedir perdón a los pueblos indígenas por motivo de los genocidios perpetrados; así lo hizo con el pueblo maya peninsular en diciembre de 2018 y lo ha hecho también con la Nación Yaqui, en septiembre de 2021, pero le faltan otros y uno se lo está demandando de manera reiterada: la deuda histórica con los pueblos mazatecos y chinantecos de Oaxaca que fueron arrasados por la construcción de las presas Miguel Alemán Valdés (Temascal) y Miguel de la Madrid Hurtado (Cerro de Oro), hace ya más de 70 años. El desplazamiento forzado se produjo en nombre del desarrollo de la nación, cuando en realidad se estaba beneficiando la ganadería extensiva. Así lo ha denunciado durante varias décadas Julián Valdez Manuel, mazateco de Piedra de Amolar, municipio de San Miguel Soyaltepec, Oaxaca, proceso que tiene documentado en un texto titulado "Las deudas históricas del Estado Mexicano". Julián ha dedicado su vida a denunciar el desplazamiento forzado de su pueblo, así como a exigir que se haga justicia y que el Estado asuma la obligación que tiene en ese etnocidio.

Julián se involucró en la lucha indígena porque los sentimientos de indignación en contra de la injusticia le quitaban el sueño y le indignaba la pobreza provocada por el despojo que produjeron las presas y otras injusticias en su entorno local. Sin saber por dónde canalizar su indignación un día, en 1993, tuvo noticias de que Margarito Ruiz, del FIPI, estaría por la región promoviendo la organización indígena para

unificar a los pueblos en torno a una sola lucha, para pelear la defensa de los derechos indígenas en el país, porque las injusticias eran palpables en todas partes. Margarito asistió y se realizó la reunión preparatoria; el paso siguiente fue hacer una asamblea y se acordó constituir el Consejo Regional Chinanteco, Mazateco y Cuicateco, CORECHIMAC–FIPI, adhiriéndose a esta organización nacional. Julián quedó como represente en su comunidad y desde allí desplegó una estrategia de articulación regional y de alianzas amplias con otras organizaciones en el estado.

Con la organización se avanzó en atender distintas demandas sociales que la comunidad había gestionado durante años, como infraestructura, caminos, drenaje, luz eléctrica, escuelas y clínicas; la gestión los llevó hasta ser atendidos por el gobernador. Ya con fuerza social se buscó ampliar la lucha hacia otros reclamos y empezaron en el ámbito municipal por transparentar el presupuesto, por lo que tomaron la Presidencia de San Miguel Soyaltepec, destituyendo al presidente municipal. La gestión les trajo otros beneficios. En el año 2000 Margarito Ruiz fue delegado de la CDI en Chiapas y desde esas instancias solicitó audiencia con el presidente Vicente Fox para que el Estado se hiciera cargo del etnocidio que habían cometido y del desastre que habían provocado. A mediados de 2003 Xóchitl Gálvez, entonces titular de la CDI, llegó a la región para conocer de cerca el problema de las presas, haciéndolo visible y canalizando apoyos para encausar algunas soluciones.

Julián realizaba su gestión en una perspectiva de politización autonómica. En 1995, como parte de la militancia del FIPI, participó en las mesas de trabajo que se llevaban a cabo en San Cristóbal de las Casas, en los cinturones de paz en apoyo al EZLN y en el diálogo de los Acuerdos de San Andrés. Un grupo de compañeros de la comunidad permanecieron en Chiapas hasta la firma de los acuerdos. También participó en la fundación de la ANIPA y en el CNI.

12. Juana Vásquez Vásquez

La historia de Juana Vásquez Vásquez recoge una trayectoria de vida de servicio a su comunidad de origen, Yalálag, en la sierra norte de Oaxaca. Es una escritora, traductora, paleógrafa, activista de derechos lingüísticos e investigadora zapoteca, forjada de manera autodidacta. Su narrativa biográfica relata una vida de sacrificios individuales por el bien

colectivo. Primero tuvo que hacer trabajo en tareas del hogar para pagar las deudas familiares. Más adelante esa vocación la condujo a tomar la decisión de abandonar su carrera de medicina en la UNAM, a la que con gran esfuerzo había logrado ingresar, para regresar a cumplir un llamado de servicio que le hizo su comunidad.

La invitaban a emprender junto con otras compañeras una batalla para salvar a su pueblo de los cacicazgos encriptados en el ayuntamiento municipal, que se habían coludido con los poderes del gobierno del estado. Lamentaban la subordinación de sus autoridades a los poderes externos, además de la carencia de todos los servicios, pero sobre todo la falta de una infraestructura de caminos, de centros de salud y educación. En 1974 un grupo de amigas decidió organizarse para promover la participación de las mujeres en las elecciones municipales, sentando precedente. Era la primera vez que tal cosa ocurría y, aunque el propósito no se consumó, ellas perdieron el miedo y pusieron la base para el trabajo organizativo posterior.

Juana había tenido muchas dificultades para concluir sus estudios primarios y secundarios en su comunidad, por lo que la preocupación por los temas de formación en los niños y las niñas y adolescentes fue un asunto recurrente que la movilizaba. Advertía que parte del problema era la falta de compromiso de las autoridades municipales, para quienes la educación no era prioritaria. Un grupo de ciudadanos, hombres y mujeres, decidieron participar en política y asistieron al plebiscito del 31 de diciembre de 1980, con el que pretendían recuperar su autodeterminación como pueblo y que el gobierno sacara las manos.

El plebiscito no se realizó porque no llegó el funcionario de gobierno que debía validarlo, para evitar dar legalidad al resultado. Inconformes, las mujeres se colocaron en un plantón; las de mayor edad habían determinado la toma pacífica del palacio municipal, lo que condujo a una negociación. En todo el proceso el papel de Juana fue de intermediación, como interlocutora y traductora con el exterior. Persistente en que el gobierno municipal debía cumplir con su pueblo, Juana ocupó el cargo de secretaria municipal en 1987.

Este grupo de mujeres organizadas fue la base para proceder a la constitución de la Unión de Mujeres Yalaltecas. Desde allí, desde el lugar situado de sus luchas locales por su autogobierno, argumentadas en una gramática de autodeterminación, en 1993 participaron en el Simposio Indoamericano que se realizó en Santa María Tlahuitoltepec, al

que había convocado el antropólogo mixe Floribero Díaz, como actividad en el marco de las resistencias a celebrar la carga colonialista de las celebraciones del 12 de octubre y continuar y profundizar las luchas por la libre determinación y la autonomía.

13. Marisol Berlín Villafaña

El relato biográfico de Marisol Berlín Villafaña tiene tal riqueza que su vida parece un *patchwork*, es decir una colcha con muchos retazos de diversos colores y consistencias. Tiene tantos episodios de vida y todos ellos apasionantes, que resulta un desafío retratar al personaje en una sola imagen, porque el intento mostrará únicamente un recuadro de aquella colcha. Así, aceptando que no pude hacer una síntesis de su perfil por las múltiples aristas que contiene, me centraré en los ejes de narración que he seguido con las anteriores biografías, esto es, sobre su incorporación a luchas en gramática autonómica, advirtiendo a la lectora o lector que la vida de Marisol Berlín es, toda ella, la de una persona que ha estado en la defensa y creación de la cultura maya como un acto político de vida.

Sofía Marisol Berlín Villafaña es originaria de la población de Tunkás, Yucatán, antigua zona henequenera cercana a Izamal. Su madre fue la primera guía de turistas del lugar y siendo niña la acompañaba en sus recorridos, de tal forma que muchas veces escuchó las historias de sus ancestros.

La vocación de Marisol es la comunicación. Desde muy joven participó haciendo radio, programas culturales, programas unitarios dramatizados de leyendas y otros temas históricos. Lo mismo trabajó en el Sistema Quintanarroense de Comunicación Social (SQCS) que en la Radio Chan Santa Cruz, emisora bilingüe con sede en Felipe Carrillo Puerto. Carlos Chablé, su pareja, también estaba en el campo de la comunicación y mucho del trabajo activista que realizaron durante esa época lo hicieron juntos. Son pioneros en la radio comunitaria y otras formas de comunicación en las comunidades, ofreciendo herramientas como las emisoras de altoparlantes, que contribuían a tejer comunidad. Desde la comunicación se inscribían en un proyecto político de revitalización de la cultura maya enunciado en una gramática autonómica. Para tales propósitos crearon el Centro Quintanarroense de Desarrollo (Ceqroode),

una asociación civil que trabajaba en proyectos de comunicación y de educación popular con las comunidades mayas en la región, con un programa de radio llamado Nuestra Tierra K-Lu'umi'.

En los años 90 se incorporaron a otros ejes de politización. Fueron invitados por el FIPI a San Cristóbal de las Casas a talleres de formación sobre los derechos de autonomía indígena, así como sobre el marco jurídico de los mismos, entre ellos el Convenio 169 de la OIT. En el taller participaron liderazgos de otros estados, comenzando a articular alianzas más allá del sur-sureste. Después de esas reuniones crearon la instancia de articulación: el Consejo Maya Peninsular 500 años. Una de las tareas inmediatas fue la promoción de la candidatura de Rigoberta Menchú al Premio Nobel, buscando firmas en las comunidades. El trabajo de Rigoberta era conocido y la respaldaron como una hermana más. Ceqroode tenía vínculos con algunas organizaciones de Guatemala, entre ellas el Comité de Unidad Campesina (CUC), donde militó el padre de Rigoberta y llegaba información de ellos cuando bajaban hasta las comunidades mayas masewales. Estos vínculos con Guatemala los pusieron en riesgo de ser reprimidos, ya que varias organizaciones miembros del Consejo Maya Peninsular sufrieron amenazas porque el Estado los vinculaba arbitrariamente con la guerrilla guatemalteca.

Como solía ocurrir con las otras expresiones organizativas que se articulaban en el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena Negra y Popular, en esos años las mujeres eran parte de la organización, pero no participaban en la toma de las decisiones ni encabezaban las marchas, sino que siempre eran relegadas a las tareas de apoyo. Tal vez por eso, reflexiona Marisol, las mujeres de la Generación del V Centenario fueron las que se juntaron para dar nacimiento a la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, la Conami, en 1997. Hoy Marisol forma parte de la Conami, una organización que tiene dos ejes: la lucha por los derechos de libre determinación y autonomía de sus pueblos indígenas y la lucha por la autodeterminación de las mujeres.

14. Carlos Chablé Mendoza

Carlos Chablé Mendoza es un reconocido intelectual maya; nació en Mérida, Yucatán, y se reconoce como parte de un linaje ancestral. Su interés en los temas políticos inició desde muy joven en su época de

estudiante, cuando aún no ingresaba a la preparatoria. Su abuelo fue su inspiración y de él aprendió la relevancia de la cultura propia encarnada en la historia regional, como la base para la acción política y el cambio social.

Carlos estuvo presente en las luchas más icónicas de la época. Comenzó con su incorporación en el movimiento estudiantil-popular que se radicalizó en 1974 en protesta por la desaparición y el asesinato de un líder sindical. Participó activamente en los movimientos sindicales y luego en el trabajo campesino, acuerpados en el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), retomando la experiencia del Partido Socialista del Sureste (PSS) que construyó Felipe Carrillo Puerto. En esa coyuntura se incorporó a la militancia partidista de izquierda, al mismo tiempo que inició trabajos en el campo de la comunicación, desplegando una exitosa carrera en diversos medios públicos e independientes. En este campo sufrió violencia ante la intolerancia política que violentaba sus derechos a la libre expresión.

En este contexto, con otros colegas y con Marisol Berlín, su pareja, fundaron el Ceqroode en 1989. Ese año Carlos asistió a distintas actividades a las que convocó el FIPI en Chiapas. Estuvo presente como testigo de la constitución de la asamblea que dio origen al Consejo de Pueblos Mayas Tojol-ab'ales en el ejido Plan de Ayala en el municipio de Las Margaritas, y más adelante a la constitución de la COLPUMALI, en San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Ya comprometidos con la agenda de protesta contra el V centenario, en agosto de 1990 convocaron a la primera reunión de lo que sería el Consejo Maya Peninsular 500 años de Resistencia Indígena y Popular. El consejo creció mucho y después, a iniciativa del FIPI, se creó la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo. Al mismo tiempo se coordinaban con Leopoldo Méndez y Domingo Hernández de la Asociación Maya Uk'ux B'e de Guatemala y del Comité de Unidad Campesina. Esta base organizativa trabajaba a favor de la reconstitución del pueblo maya en una lógica de descolonización, sin fronteras de los Estados. Estos jóvenes activistas de la nueva Generación del V Centenario, que contestaba y rechazaba el colonialismo interno, coincidían en una convergencia de acciones políticas sustentadas en el pasado histórico y la organización tradicional maya vigente, dinamizada por una acelerada politización de las identidades mayas contemporáneas.

Pese a la distancia, el 12 octubre de 1992, Carlos y un nutrido grupo de compañeros se trasladaron a la Ciudad de México para participar en la magna protesta contra el V centenario. El Consejo Maya Peninsular 500 años de Resistencia Indígena y Popular se adhirió a la ANIPA. La organización fue apropiada por los mayas y, actualmente, lo que quedó de la ANIPA a nivel nacional es solamente la ANIPA Quintana Roo, porque la retomaron a nivel estatal. Carlos mantuvo contacto con la ANIPA nacional hasta que Martha Sánchez Néstor fue su coordinadora, en 2006.

15. Estanislao Arias Torres

La experiencia de Estanislao Arias Torres del pueblo yokot'an (chontal) en el municipio de Nacajuca, Tabasco, remite al rechazo a las múltiples imposiciones que percibía. Desde su infancia, sentirse excluido por su origen étnico y la obligatoriedad de tener que cursar estudios primarios en un idioma que no le era propio, fue el inicio de su lucha. Después se inconformó en contra de la imposición de decisiones desde el corporativismo del Estado que imponía instituciones y liderazgos ligados al Partido Revolucionario Institucional (PRI) por elecciones fraudulentas. La inconformidad se cristalizó en rechazo a lo estatal, por eso fue en contra de todo lo que ello representaba. Entre otras cosas se movilizaron cerrando las instalaciones del INI, incluyendo la radio. Para entonces se adhirieron al liderazgo de Andrés Manuel López Obrador, quien tenía una fuerte presencia en la región, ya que él había vivido en las comunidades yokot'an entre 1977 y 1982.

Los chontales apoyaron con decisión el movimiento llamado Éxodo por la democracia, encabezado por Andrés Manuel, de Villahermosa a la Ciudad de México en 1991; posteriormente lo siguieron apoyando en todas las protestas que impulsó, presentes en las movilizaciones. En estos espacios de lucha conocieron a Margarito Ruiz, quien los invitó a sumarse a la lucha indígena nacional. El FIPI promovió que Nacujuca fuera la sede del Encuentro Americano de Pueblos Indígenas, que contó con muchas actividades culturales dirigidas a revalorar la identidad propia. Fue una magna actividad con una duración de tres días, con la presencia de muchas personas de México y otros países. Para entonces ya estaban adheridos al FIPI.

No pudieron sumarse a la marcha del 12 de octubre de 1992 en la Ciudad de México, pero ya habían asumido la perspectiva de los derechos autonómicos y la indignación frente a una pretendida conmemoración festiva. Posteriormente se sumaron a la ANIPA. Fueron a Chiapas y se incorporaron a las mesas de negociación como apoyo al EZLN y más adelante se movilizaron a favor de las reformas constitucionales comprometidas en los Acuerdos de San Andrés, apoyados en una relación personal con un sacerdote amigo del obispo Samuel Ruiz.

Para Estanislao Arias, una traducción concreta de las luchas que emprendían en gramática autonómica era crear instituciones educativas. Primero, en 1999 impulsaron la creación de la Universidad Indígena Latinoamericana y más adelante lograron una universidad intercultural. En su perspectiva, uno de los logros de las luchas autonómicas fue la creación de las universidades interculturales. Ya en el siglo XXI, Estanislao ha participado en distintos procesos autonómicos, en la lucha por la democracia y el buen gobierno. Adicionalmente, en distintos momentos se ha adherido a la Red Indígena de Turismo de México y comulga con la idea de crear herramientas e instrumentos para apoyar a los pueblos a organizarse económicamente, para trabajar y para aprovechar sus recursos naturales y centros ceremoniales. En su valoración ha confirmado la relevancia de los derechos autonómicos para la organización y el futuro de los pueblos.

16. Romel González Díaz

Muchos de los testimonios vertidos en este libro dan cuenta de que la acción colectiva por la defensa de la tierra y el territorio no sólo se refiere a la tierra rural, sino también a la tierra urbana, de los barrios y colonias de las ciudades, tanto de la ciudad capital como de los municipios conurbados. Esta es la experiencia de Romel González Díaz, quien desde sus mocedades participó en luchas que tenían un sentido político de democratización. En su relato refiere experiencias de represión y violencia en contra de su persona y sus compañeros, viviendo situaciones de encarcelamiento. Para Romel, las luchas urbanas fueron la oportunidad para incursionar en nuevos territorios y desde allí trabajó para tejer al movimiento urbano y al movimiento campesino e indígena en el estado de Yucatán, ampliándose después a todos los estados de dicha península.

Algunos acontecimientos condujeron a Romel a politizar su identidad, a partir de la búsqueda personal de sus raíces, tomando distancia de la identidad campesina, clasista y popular con la que se había construido. En 1992 participó en las movilizaciones de resistencia del 12 de octubre contra la conmemoración festiva del V Centenario y, aunque no se adscribió al Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia, asistió a talleres y reuniones en formación de derechos de pueblos indígenas, familiarizándose con el Convenio 169 de la OIT y su importancia en la defensa de los territorios. Esta formación le permitió modificar su enfoque campesinista sobre la tierra al resignificarla como territorio indígena. La reconfiguración de su identidad le hizo caer en cuenta de que eran más que ejidatarios, inició la búsqueda de sus raíces y, junto con sus compañeros, comenzó a revalorar los idiomas propios, las ceremonias religiosas y las costumbres; entonces comenzó un proceso de autoadscripción de identidad indígena, abriéndose a alianzas con organizaciones indígenas.

La represión a las y los activistas siempre está latente, ya que el reclamo autonómico cuestiona la legitimidad del poder frente a los reclamos legítimos de los pueblos. Romel relata eventos dramáticos que ocurrían en Xpujil, cuando, en 1995, hubo necesidad de movilizarse en la lucha por la vida. En la zona, el agua es escasa y el acceso al vital líquido no se resolvía, ya que se estaba sufriendo una situación de sequía extrema; había problemas de deshidratación e incluso una señora murió por eso. Era necesario hacer visible el problema ante la sordera gubernamental y decidieron cerrar la carretera.

El conflicto era latente. A Romel le tocó ir a hablar con el gobernador, Salomón Azar, con otros compañeros. Cuando estaban con él, amenazó con rudeza y dijo que tenía al comandante del batallón esperando su orden para comenzar a tirar si la gente seguía avanzando; que el desenlace sería su responsabilidad. Romel ponderó y prefirió evitar la represión. Era una época de impunidad en donde los gobiernos masacraban campesinos y comunidades, el escenario era probable, pudo haber ocurrido una masacre. Fue una situación muy difícil, así lo rememora Romel.

Fue una época de gran activismo. Irrumpieron nuevas formas de organización y lucha. En 1996, en Calakmul fundaron el Consejo Regional Indígena y Popular de Xpujil (CRIPX), además de la cooperativa Chac Lol en Muna. Desde las luchas por la identidad han impulsado procesos autonómicos autogestivos, como las iniciativas que han llamado turismo biocultural. Desde allí han desplegado múltiples articulaciones con

organizaciones con las que han compartido los campos autónomos, como RITA y CIELO. Para Romel González Díaz la identidad y la autonomía son perspectivas políticas que han permitido a las comunidades y los pueblos la defensa del territorio.

III. ¿Cambio de estafeta?

¿Son los hijos, hombres y mujeres, la estafeta natural del activismo de la madre y el padre, documentados en este libro para continuar con la lucha de las agendas de sus antecesores? ¿Las hijas y los hijos de los referentes de la lucha social buscan alejarse de lo que hacen su madre o padre activistas? ¿Se puede identificar una genealogía de liderazgos indígenas actuales, que abrevan por herencia de la lucha con la que sus madres o padres participaron en el movimiento indígena? Para responder puntualmente esta pregunta se requiere el recorrido metodológico que Margarita Warnholtz hizo en este libro: entrevistar a la hija y el hijo de liderazgos indígenas reconocidos y dar cuenta de los lugares desde donde se ha dado su accionar político y la relevancia que tienen las huellas de sus madres o padres para caminar sobre ellas y reanudar el camino. Ella misma concluye que el número de hijas e hijos en el activismo político indígena es limitado.

Sin embargo, ampliando la pregunta y la mirada sobre en dónde están las hijas y los hijos de estos liderazgos, quizá su activismo se expresa en otros lugares, no exactamente en los mismos en que se emplazaron sus madres o padres, pero que sí están en las batallas por la identidad y los derechos propios de otras maneras, en otros campos, floreciendo en otras rebeldías y resistencias, con su capacidad de indignación presente ante la injusticia, recuperando el legado de los valores éticos, de servicio y compromiso que muestran su herencia al accionar allí, en los espacios que se han abierto en la conquista de los derechos, con nuevas agendas, propias del siglo XXI en el que les ha tocado vivir. Aunque no repliquen el activismo familiar, son el punto y seguido del ejercicio de los derechos que quedó marcado después de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar y la reforma al artículo 2º constitucional.

Así, las dos narrativas biográficas que ahora se exponen, las de Patricia Torres Sandoval y David Ruiz Aguilar, ilustran un camino de esas herencias como parte de una floración que está y estará presente en las

nuevas generaciones, igual que lo estuvieron antes con los abuelos, abuelas, madres y padres.

17. Patricia Torres Sandoval

Patricia Torres Sandoval es una activista de la lucha indígena en la "doble mirada" de las mujeres que luchan simultáneamente por los derechos de libre determinación y autonomía de los pueblos indígenas y de la autodeterminación de las mujeres, por lo que su testimonio, en una perspectiva intergeneracional, retrata las rupturas y continuidades de las herencias de sus ancestros. En su palabra hace visible los quiebres que tuvo ese camino, en lo que ella quiso testimoniar a través de su narrativa biográfica.

El punto de partida es su identidad como mujer p'urhépecha de Pichátaro y Cucuchucho, lugares emblemáticos en la historia de este pueblo. Finca su origen al reconocerse como parte de una comunidad indígena desde muy temprana edad, en la formación que recibió desde su infancia con la familia y las enseñanzas del abuelo, autoridad comunal como juez de tenencia; en la etnogénesis del pueblo de Pichátaro, sus habitantes y cómo se constituyó la comunidad, en la historia de los lugares que marcan el territorio propio, como los ojos de agua y los linderos, entre otras lecciones transmitidas desde la tradición oral. Este aprendizaje lo adquirió a través del cuerpo al haber caminado y conocido su territorio, transgrediendo los límites culturales marcados por su padre, ya que le indicaba que las niñas no van al cerro. Con las tías y abuelas conoció otros ingredientes de su cultura a través de los alimentos, su preparación y el ritual del nixtamal hasta regresar del molino.

Patricia asume su identidad política como mujer p'urhépecha, como hija de madre y padre activistas, Abelardo Torres y Tomasa Sandoval, ambas personas referentes en el ámbito local, nacional e internacional, conocidas por su larga trayectoria en la lucha social, primero magisterial y posteriormente en defensa de los derechos de los pueblos indígenas y de las mujeres indígenas en Michoacán. La vena activista irrumpió siendo muy joven, militando en agrupaciones desde los centros de estudio referenciados en el ala izquierda de las luchas estudiantiles. Posteriormente ingresó a estudiar la licenciatura en Derecho, especialidad desde donde desplegó capacidades que le permitieron ofrecer

servicios de asesoría y como servidora pública municipal. Con esos fines, articuló en el 2011 la Red de Abogadas Indígenas.

La herencia directa del activismo le llegó por el cordón umbilical a través de su madre Tomasa, una activista en voz propia que participó en los diálogos de San Andrés Larráinzar, en donde interactuó con las mujeres zapatistas y de otros pueblos indígenas que luego participaron en la formación de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami). Patricia obtenía aprendizajes en gramática autonómica en la mesa del comedor de su casa.

La herencia materna puso las puntadas para que Patricia tomara el activismo a favor de las mujeres como un ejercicio de vida. Retrata a su madre con un gran reconocimiento y amor. Para ella, Tomasa Sandoval es mujer sembradora de sueños y proyectos, perseverante sembradora de caminos, docente, capacitadora, defensora de derechos individuales y colectivos, mujer valiente y contestataria. Tiene un liderazgo reconocido a nivel comunitario y es muy valioso lo que ha aportado en el empoderamiento de las mujeres p'urhépechas de Pichátaro. Valora que a través de los procesos emprendidos tuvieran acceso a la autonomía financiera por medio de talleres para aprender a elaborar medicina tradicional, jabones, nuevos diseños en punto de cruz, tortillería y panadería, entre otros.

Adicionalmente, Tomasa fue fundadora de espacios de participación de otras mujeres de otros pueblos en México y en el extranjero, como la Conami en México, que no sólo es una de las organizaciones indígenas más reconocidas a nivel nacional, sino además un referente a nivel internacional. Ella es reconocida como mayora de la organización por su sabiduría en el caminar de la organización y las mujeres. Patricia también es parte de la Conami, poniendo relevancia en la problemática de las juventudes y los desafíos que enfrentan hoy.

Además es estudiante de la maestría en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), con lo que agrega un ingrediente de fortalecimiento a sus capacidades profesionales. También es reconocida en el movimiento indígena nacional por su liderazgo en la Organización Nación Purépecha Zapatista (ONPZ). La estafeta de las luchas en gramática autonómica se ha trasmitido del abuelo y la abuela a su padre y su madre, y ahora a las juventudes del siglo XXI.

18. David Ruiz Aguilar

El relato biográfico de David Ruiz Aguilar nos muestra a un joven científico, profesional exitoso con diversas fortalezas; su conciencia crítica y su empatía con las personas en desventaja social son algunos de los rasgos que se pueden inferir de la lectura de su relato. El activismo político de tiempo completo de su padre, Margarito, tuvo como consecuencia la desatención a sus hijos, lo que le ocasionó dolor. Estos sentimientos condujeron al joven David a tomar distancia con las luchas que desplegaba su padre, pero más adelante realizó una reconsideración y reconciliación que sanó su corazón para poder hacer suya la herencia paterna y continuar con su legado. En su relato, David menciona que dos son los pilares de su formación política en su liderazgo tojol-ab'al: su madre, Delfina, y su padre, Margarito.

David es originario de la comunidad Jotanaj del municipio de Las Margaritas, Chiapas, y vivió su infancia y adolescencia en la cabecera municipal, en medio del racismo y la discriminación cotidianos en los centros escolares por los que transitó. El dolor le produjo una reacción de autorrechazo a su propio idioma, pero su madre, Delfina, lo orientó y lo hizo comprender la importancia de hacer prevalecer el aprendizaje y habla de su lengua materna. Siendo apenas un adolescente irrumpió el conflicto armado del EZLN; el primero de enero de 1994 algunos cuerpos heridos y otros muertos fueron los indicadores de que un combate armado se había realizado en las inmediaciones del centro de Las Margaritas. Horas después, la cabecera municipal estaba en manos del ejército rebelde, tomando por sorpresa a la población cuando se instalaron en el edificio municipal. Su madre hablaba con algunos de ellos y, al aproximarse, David se dio cuenta que algunos zapatistas eran sus conocidos y los identificaba por su nombre, así se dio cuenta de que "eran los compas", pero debían permanecer en la clandestinidad por seguridad. En apoyo, la familia de David organizó una rutina para llevarles alimentos, como naranjas de los huertos.

La experiencia estudiantil en la Universidad de Chapingo, a la que ingresó, favoreció la toma de conciencia, pero allí el énfasis era campesinista. Más adelante tuvo contacto con algunos talleres sobre pueblos indígenas y comprendió que tienen una permanencia histórica, que siempre han estado allí, que son los dueños ancestrales de los territorios de este país, aun cuando se les llame campesinos o se les ubique

como una clase social, lo que lo condujo a matizar sus posiciones iniciales. Por sus capacidades profesionales se incorporó como parte del equipo técnico del FIPI y de Maya'ik y apoyaba a quienes elaboraban los proyectos de gestión, lo cual le decepcionaba, ya que se dirigían a exigir o conseguir recursos, pero no advertía la relación entre estos proyectos de solicitud y la filosofía de los derechos autonómicos. Sin embargo, pensaba, era un problema de la formulación de los mismos, ya que, cuando escuchaba a su padre, él no hablaba de proyectos sino del proyecto, y ese proyecto eran los pueblos indígenas; hablaba de los derechos, de las RAP, de las experiencias en Nicaragua y en otros países.

Se vinculó con la ANIPA y se sumó a su equipo técnico y fue promovido para asistir a un taller sobre manejo básico de internet que impartía una organización llamada Servicios Profesionales de Apoyo al Desarrollo Integral Indígena, promovido y coordinado por Margarita Warnholtz. Por ser un alumno adelantado, Margarita contrató a David para que fuera a impartir capacitación a organizaciones indígenas del país y así conoció otras experiencias en Oaxaca e Hidalgo. Pero este no era el camino que David quería para sí, él quería ser científico e ingresó al Instituto Politécnico Nacional, a la Unidad Profesional Interdisciplinaria de Biotecnología. Luego ingresó a una maestría en el Instituto de Biotecnología de la UNAM, en Morelos. Entrar allí fue un desafío, ya que era un espacio de alto nivel, con mucha exigencia y demanda, cuyos docentes eran los más especializados del país. Concluyó la tesis de maestría e incursionó en la industria privada por casi cuatro años. Posteriormente regresó al campo de lo social, promoviendo distintos proyectos a favor de comunidades indígenas en Chiapas, y trabajó como docente universitario.

Al concluir la entrevista para este libro trabaja en la coordinación de Kintiltik, una organización indígena del estado de Chiapas mediante la cual se busca incidir para que las instituciones del Estado respeten los derechos de los pueblos y comunidades indígenas y afromexicanas, exigiendo pertinencia cultural en la difusión de información.

IV. A manera de reflexión final

Todas las voces que hablan en este libro realizan espectaculares relatos que intercalan narrativas sobre su vida personal, sus dilemas, sus dolores,

sus éxitos, sus riesgos, tejidos con una historia de lucha. Hoy, cuando la edad promedio de los protagonistas supera el medio siglo, en sus narrativas pueden leerse logros de satisfacción al haber conseguido colocar el tema de los derechos de libre determinación y autonomía en el centro de las discusiones del movimiento indígena nacional y de la agenda internacional, además de haber obtenido beneficios, resultados concretos para sus comunidades involucradas en las luchas.

La elaboración de los resúmenes que presento en este prólogo me permitieron mostrar una visión de conjunto sobre el momento histórico y el contexto en que los liderazgos irrumpen, con el rechazo a la celebración festiva del V centenario, la coyuntura que impulsó su organización. Por eso la metáfora de la Generación del V Centenario sirvió para dar coherencia al argumento del capítulo, aunque, ciertamente, no todas ni todos quienes dan su palabra en este volumen se incorporaron con la misma intensidad. La diversidad de perfiles y actores es el signo de este libro.

Lo que sigue es leer las biografías; son de una riqueza extraordinaria en donde los liderazgos que hablan lo hacen con sinceridad y desde el corazón, mostrando que el reconocimiento del pueblo a su liderazgo responde a valores éticos presentes, además de una gran firmeza y compromiso. Esta es la herencia para las nuevas generaciones.

V. Referencias bibliográficas

Barre, Marie-Chantal, *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI, 1988.

Bartra, Armando, "Seis años de lucha campesina", *Investigación económica*, vol. 36, núm. 141, Facultad de Economía, UNAM, 1977, pp. 157-209.

Becauge, Pierre, "Zapatismo, Iglesia, ONG en Chiapas: la construcción de un nuevo imaginario de lo indio", *Revista del CESLA*, núm. 10, 2007, pp. 91-74.

Bengoa, José, *La emergencia indígena en América Latina*, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Bonfil Batalla, Guillermo, "Las nuevas organizaciones indígenas (hipótesis para la formulación de un modelo analítico)", *Journal de la Société des Américanistes Année*, núm. 65, 1978, pp. 209-219.

Bonfil Batalla, Guillermo, "La declaración de Barbados II y comentarios", *Revista Nueva Antropología*, diciembre, año/vol. II, núm. 007, UNAM, 1977,pp. 109-118.

Burguete, Araceli, "El Congreso Nacional Indígena (CNI) en México: emergencias y re emergencias", en Lois, Maria y Ahmet Akkaya (eds.), *Estrategias descoloniales en comunidades sin Estado*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2020, pp. 135-153.

Burguete, Araceli, "Movimiento indígena en México. El péndulo de la resistencia: ciclos de protesta y sedimentación", en Betancurt, Ana Cecilia (ed.), *Movimientos indígenas en América Latina. Resistencia y nuevos modelos de integración*, Copenhage, IWGIA, 2011, pp. 12-40.

Burguete, Araceli, "Autonomía: la emergencia de un nuevo paradigma en las luchas por la descolonización en América Latina", en González, Miguel, Araceli Burguete y Pablo Ortiz *et al.* (coord.), *La autonomía a debate. Autogobierno indígena y Estado plurinacional en América Latina*, México, Flacso, 2010, pp. 63-94.

Burguete, Araceli, "Cumbres indígenas en América Latina. Resistencia y autonomía", *Memoria* núm. 220, CEMOS, junio de 2007, pp. 39-47.

Burguete, Araceli, *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, disponible en https://araceliburguete.academia.edu/.

Büschges, Crhistian, "La etnización como recurso político. Etnizaciones y de-etnizaciones de lo político en la América andina y Asia del Sur", en Büschges, Christian, Guillermo Bustos y Olaf Kalmeier (comps.), *Etnicidad y poder en los países andinos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolivar sede Ecuador / Universidad de Bielefeld / Corporación Editora Nacional, 2007, pp. 15-37.

Cardoso, Roberto, "La politización de la identidad y el movimiento indígena", en Alcina Franch, José (comp.), *Indianismo e indigenismo en América Latina*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, pp. 145-161.

De Gyves, Leopoldo, "Juchitán: municipio libre y autonomía", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 124-142.

Díaz de Jesús, Marcelino y Pedro de Jesús Alejandro, "Alto Balsas Guerrero: una experiencia de lucha autonómica", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 143-170.

Díaz-Polanco, Héctor, *La rebelión zapatista y la autonomía*, México, Siglo XXI, 1998.

Díaz-Polanco, Héctor, *La cuestión étnico-nacional*, México, Editorial Línea, 1985.

García-Ruiz, Jesús , "Las luchas por el reconocimiento, o la identidad como fenómeno global en las sociedades contemporáneas", *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, núm. 12, 2010, pp.151-195, disponible en https://revistasojs.ucaldas.edu.co/index.php/virajes/article/view/942

Gómez Núñez Marcelino, "Regiones autónomas pluriétncias (RAP). Los muchos senderos de las autonomías de facto", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 192-209.

González, Miguel y Elvia Quintanar, "La construcción de la Región Autónoma Norte y el ejercicio del gobierno municipal", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 210-233.

Gros, Christian, "Ser diferente para ser moderno o las paradojas de la identidad", en Reina, Leticia (coord.), *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*, México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000, pp. 171-195.

Gutiérrez, Margarita y Nellys Palomo, "Autonomía con mirada de mujer", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 54-86.

Gutiérrez Chong, Natividad, "El resurgimiento de la etnicidad y la condición multicultural en el Estado-nación de la era global", en Reina, Leticia (coord.), *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*, México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000, pp. 93-100.

Hemond, Aline, "Tomar la carretera y vivir en la calle. Representaciones y usos de las marchas indígenas", en *Revista Trace*, núm. 39, 2018, pp. 67-78.

Hernández Cruz, Antonio, "Autonomía Tojol-ab'al: génesis de un proceso", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 171-191.

Honneth, Axel, *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Grijalbo Crítica, 1992.

Lee Van Cott, Donna, *The Friendly Liquidation of the Past: The Politics of Diversity in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000.

López Bárcenas, Francisco, "Los movimientos indígenas en México: rostros y caminos", *El Cotidiano*, núm. 200, 2016, pp. 60-75.

Mejía Piñeros, María Consuelo y Sergio Sarmiento Silva, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI, 1987.

Molina, Hilario, "Autonomías históricas: autonomía yaqui", en Burguete, Arceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 103-123.

Pérez Ruiz, Maya Lorena, ¡Todos somos zapatistas Alianzas y rupturas entre el EZLN y las organizaciones indígenas de México, México, Conaculta, INAH, 2005.

Ruiz, Margarito, "La Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA). Proceso de construcción de una propuesta legislativa autonómica nacional", en Burguete, Araceli (coord.), *México: experiencias de autonomía indígena*, Copenhage, IWGIA, 1999, pp. 21-54.

Ruiz, Margarito y Araceli Burguete, *Derechos y autonomía indígena: veredas y caminos de un proceso. Una década: 1988-1998*, México, INI, 2003.

Sánchez, Consuelo, *Los pueblos indígenas: del indigenismo a la autonomía*, México, Siglo XXI, 1999.

Sánchez, Consuelo, "ANIPA: lucha por la autonomía en México", en *Revista Memoria*, núm. 104, CEMOS, 1997, pp. 7-15.

Sarmiento Silva, Sergio, "El movimiento indígena en Guerrero", *La Jornada*, 19 de agosto de 2004, disponible en https://www.jornada.com.mx/2004/08/19/oja88-guerrero.html.

Sarmiento Silva, Sergio (coord.), *Voces indias y V Centenario*, México, INAH, 1998.

Stavenhagen, Rodolfo, "Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América Latina", *Revista de la CEPAL*, núm. 62, 1997, pp. 61-73.

Svampa, Maristella, "Hacia una gramática de las luchas en América Latina: movilización plebeya, demandas de autonomía y giro ecoterritorial", *Revista internacional de filosofía política*, núm. 35, 2010, pp. 21-46.

Introducción

Margarita Warnholtz Locht

A principios de 2015 participé junto con José del Val –director del Programa Universitario de Estudios de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad (PUIC)– y mi colega Diego García, en una reunión con algunos líderes indígenas de diferentes estados, distintas edades y diversos tipos de organizaciones. Tras horas de conversación coincidimos en que era necesario recuperar la memoria histórica del movimiento indígena de los últimos 50 años; por un lado, nos dimos cuenta de que los jóvenes indígenas (no solamente los presentes, sino en general) tenían poco conocimiento de ella y, por otro, concluimos que la creencia generalizada en la sociedad era que la lucha indígena había iniciado con el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Asumí el compromiso de aportar algo al respecto, pero en ese momento estaba iniciando otro proyecto y no fue hasta inicios de 2019 que pude retomar el tema. Buscando y reflexionando sobre lo que podía hacer encontré el proyecto *Medio siglo de movimientos indígenas en América Latina*, en el que el PUIC está recopilando miles de documentos de organizaciones y movimientos indígenas. Por otro lado, varios antropólogos o sociólogos han escrito su versión de la historia del movimiento o de partes de ella, pero visto desde afuera: registrando la historia, pero no la memoria. Por lo tanto, recabar documentos o escribir mi versión no aportaría nada nuevo.

Entonces noté que realmente faltaba recoger los testimonios de los actores, de los participantes en los movimientos, de sus líderes. Eran ellos quienes tenían que contar la historia, su historia. Además, se sabe muy poco sobre sus vidas, se conocen sus nombres y parte de su trayectoria, pero no quiénes son verdaderamente, de dónde vienen, por

qué decidieron dedicarse a luchar por sus pueblos y cómo lo han hecho. Asimismo, al contar su vida relatarían también la historia de los procesos en los que han participado. Decidí que mi aporte podía ser una recopilación de historias de vida de algunos de estos dirigentes.

En una sentada hice una lista de más de 40 personajes y líderes que tendrían mucho que decir, a quienes había conocido a lo largo de 25 años de estar cerca del movimiento indígena, desde que trabajé en el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, cuando coordiné el proyecto de incorporación de organizaciones indígenas a internet o desde mi trabajo en la prensa. Buscando un poco más el número creció de manera considerable, pero evidentemente, por tiempos y recursos, no podía abarcar a tantos. Había que quitar a muchos, al menos por el momento. Pero, ¿cómo decidir a quiénes incluir y a quiénes no? Cualquier selección que hiciera terminaría siendo totalmente subjetiva y sería imposible responder a la pregunta de por qué a éste sí y a éste no. Lo mejor que podía hacer era seleccionar a los más representativos entre quienes se hubieran iniciado en la lucha por lo menos antes de 1994, aquellos cuya trayectoria conociera yo mejor, y de entre ellos empezar por quienes conociera más personalmente, pues sería más productivo el trabajo al haber una relación previa de confianza.

Partiendo de ese criterio, que no podía ser más que arbitrario, había que considerar que estuvieran representadas distintas regiones del país, así como distintos tipos de movimientos y de luchas. Había que incluir entonces a compañeros del sur, centro y norte, aunque evidentemente serían más los del sur, pues es donde hay mayor población indígena. Había que tomar en cuenta también si eran líderes de luchas locales, regionales o nacionales, pues son distintas las condiciones y las historias de quienes han recorrido el país y de quienes han luchado toda la vida por su comunidad y las cercanas, o quienes se han destacado en sus estados. Finalmente, también había que tomar en cuenta sus actividades y tipos de movimientos, pues la lucha indígena tiene diversas trincheras, desde quienes pelean por territorio hasta quienes se dedican a actividades culturales.

Así, hice una primera lista de 26 personas, de las cuales conocía personalmente a 22 y de otras cuatro sólo su trayectoria, o bien los conocía de vista y por sus participaciones en diversas reuniones. En ese listado final había más hombres que mujeres, porque la participación de las mujeres comenzó a crecer hasta finales del siglo pasado y, si bien actual-

mente su nivel de contribución y organización es muy grande e importante, en años anteriores eran pocas las que participaban y menos las que destacaban.

Comencé a contactar a las compañeras y los compañeros e inicié las entrevistas. Para ello, en la mayoría de los casos, había que trasladarse a sus lugares de origen o de trabajo. En mi plan tenía contemplado hacer una parte de los viajes en 2019 y otra en 2020, sobre todo por cuestión de recursos económicos, pero nunca pensé que habría una pandemia que impediría la posibilidad de moverme. Así, quedaron pendientes nueve de las historias que en un principio pensaba recoger, entre ellas las de dos líderes del norte del país, a donde ya no pude trasladarme, y las de Julio Atenco y Genaro Domínguez, quienes fallecieron antes de que pudiera entrevistarlos.

A varios de ellos ni siquiera llegué a hablarles sobre el tema, con otros tuve una primera sesión pero el relato quedó incompleto y por lo tanto fuera del trabajo final. Consideré la opción de terminar por lo menos esas entrevistas a distancia, a través de alguna herramienta de comunicación no presencial, pero pensé que el resultado sería muy diferente; por un lado, porque las condiciones de conexión y la posibilidad de concentrarse de los compañeros no serían las mejores; por otro porque, honestamente, no me siento cómoda con esa manera de interactuar, pues para mí a veces los ademanes, las miradas y hasta la vibra dicen más que las palabras y me permiten hacer un mejor trabajo. Preferí quedarme con las historias que logré acabar en persona.

No descarto la posibilidad de, si consigo los recursos necesarios, concluirlas más adelante e incluso agregar a más personas, pero por el momento quedaron 16 de las historias que aquí se publican. Ya iniciado el proceso de trabajo surgió la idea y la posibilidad de incluir a un hijo y una hija de dos de los líderes entrevistados para ejemplificar de alguna manera la continuidad de la lucha, pues si bien son relativamente pocos quienes han seguido el camino de sus padres, hay varios que ingresaron al movimiento y además son ejemplo de la trayectoria de muchos jóvenes que se han integrado en años posteriores.

Más que entrevistas, lo que tuvimos fueron conversaciones. No tenía un guión de preguntas, pues se trataba de que cada uno relatara lo que considerara conveniente o importante, yo solamente hacía preguntas para profundizar o aclarar algún punto, o sobre determinado asunto o evento que yo conocía y creía importante mencionar. También a veces

reencausaba la conversación a su historia, pues en muchos casos nos desviábamos del tema y de pronto estábamos recordando anécdotas, haciendo análisis de algún tema o hablando de literatura.

Con algunos de ellas o ellos tuvimos una sola sesión, en otros casos fueron varias en diferentes días, dependiendo del tiempo que necesitaron o quisieron destinarle a la entrevista. Hubo quienes de una sentada y en una o dos horas terminaron su relato y otros con quienes pasé varios días para completar hasta ocho horas de grabación, aunque no necesariamente la entrevista más larga resultó en la historia de mayor extensión, pues muchas veces se repetían cosas o hablábamos de otros asuntos. Algunos se explayaron en detalles, otros fueron muy precisos y escuetos. Hubo muchas risas y algunos llantos.

Al editar las entrevistas procuré conservar la forma de expresarse de cada quien, ordené los relatos cronológicamente y por temas, quité lo que se repetía, las partes que no tenían que ver con la historia y cotejé algunos nombres y datos. De esta manera, unas resultaron muy extensas y otras breves. Ya terminadas, a cada uno le envié la suya para que la revisara, agregara o quitara lo que quisiera. Algunos no hicieron ningún cambio y otros –Carlos Chablé, Martín Equihua, Virginia Flores y Patricia Torres– prácticamente la reescribieron.

Al final me di cuenta de que era necesario agregar al libro una síntesis de la historia del movimiento indígena, como referencia para quien no la conozca y para contextualizar las biografías recabadas, por lo que terminé incluyendo de manera muy breve mi versión de esa historia. Por otra parte, dado que todos los testimonios utilizan cantidad de siglas o acrónimos, muchos de los cuales se repiten varias veces, decidí incluir una lista de los mismos al final del libro para facilitar su consulta.

Las historias hablan por sí solas. Cada una es apasionante, muestra una realidad particular y, en conjunto, reflejan la realidad de los pueblos indígenas del país, así como la importancia de sus luchas. Además de aprender disfruté mucho escuchándolas y estoy realmente agradecida con cada uno de ellas y ellos por tenerme la confianza y acceder a compartir sus experiencias no solamente conmigo, sino públicamente, para que podamos aprender de ellas. Estoy segura de que quienes lean estas historias también van a disfrutarlas.

Síntesis de la historia del movimiento indígena en México

Los movimientos indígenas y las luchas de resistencia iniciaron desde que llegaron los invasores al continente. No se trata aquí de hacer historia desde esa época, basta recordar la Guerra de Castas de los mayas, las múltiples rebeliones de los yaquis o a Zapata hablando en náhuatl con su tropa.

Después de la Revolución el interés del Estado mexicano hacia los indígenas se centra en la integración de éstos a la "civilización", objetivo que pretende conseguir a través de la educación. Así, se crean internados para jóvenes indígenas en los que se prueban distintos métodos de enseñanza. Cuando Lázaro Cárdenas llega a la Presidencia crece ese interés por los pueblos originarios y se buscan otras opciones para mejorar las condiciones de este sector de la población, sin abandonar la línea integracionista. Es cuando se crea el Departamento de Asuntos Indígenas (DAI), en 1936, y comienzan a realizarse una serie de congresos indígenas regionales con la participación de líderes comunitarios, algunos de ellos realmente dirigentes de sus comunidades y otros escogidos por distintos funcionarios, quienes los consideran con potencial de liderazgo. Es también cuando se realiza el Primer Congreso Indigenista Interamericano, en Pátzcuaro, en el que se fortalece el indigenismo como una estrategia del Estado para relacionarse con los pueblos indígenas y se recomienda la creación de institutos indigenistas en los países latinoamericanos. De cualquier manera, inicia una interlocución directa entre dirigentes indígenas y el gobierno federal.

La principal demanda de los indígenas era acceder al progreso o al desarrollo, pedían carreteras, servicios y diversos medios de producción, poco se hablaba entonces de cuestiones culturales y menos aún de autonomía; tal vez porque no requerían apoyo externo para reproducir su cultura o porque eran ese tipo de cosas las que les ofrecían y por lo tanto lo que consideraban oportuno pedir.

Cuando entra Ávila Camacho a la Presidencia se reduce el interés en los pueblos indígenas y con ello el presupuesto y el personal del DAI. Es hasta 1948, ocho años después de la Convención de Pátzcuaro, en el periodo de Miguel Alemán, cuando se crea el Instituto Nacional Indigenista (INI). En esa época, en pleno auge del Milagro Mexicano y el crecimiento económico posterior a la Segunda Guerra Mundial, los indígenas, lejos de ser un tema prioritario para el Estado, se convierten en un estorbo

para el "progreso" del país. Un ejemplo de esto, el más conocido, es el brutal desalojo que sufrió el pueblo mazateco en la región oaxaqueña del Papaloapan para la construcción de la presa Miguel Alemán-Temascal, coordinado por el INI en 1953 y 1954.

En 1948 algunos de los indígenas egresados de los internados y demás escuelas rurales, quienes continúan sus estudios y se convierten en profesionistas, crean la Asociación Mexicana de Profesionales Indígenas e Intelectuales (AMPII) con un enfoque integracionista. En las siguientes dos décadas surgen algunos cuadros indígenas que, reclutados para trabajar en el gobierno, comienzan a cuestionar el sistema educativo para sus pueblos y las políticas indigenistas sin mayores resultados. En la década de los 70 empiezan a surgir poco a poco organizaciones y líderes indígenas que cuestionan las políticas del Estado y exigen cambios, es entonces cuando inicia, por así decirlo, el movimiento indígena contemporáneo. Hay varios factores que influyen en ello.

Por un lado, un grupo de antropólogos cuestiona fuertemente las políticas indigenistas integracionistas y paternalistas, así como el quehacer de la antropología a favor del Estado. El cuestionamiento no se da solamente en México sino también en toda América Latina y culmina con la Declaración de Barbados I, en 1971. Este documento surge de una reunión de antropólogos de diversos países –por parte de México asistió Guillermo Bonfil– en la isla con ese nombre para plantear una fuerte crítica al indigenismo, al papel de los antropólogos y de la Iglesia católica en la implementación de las políticas integracionistas en los Estados latinoamericanos. Presenta una serie de propuestas y exigencias para que se actúe a favor de las comunidades indígenas, se reconozca su capacidad y su derecho para contar con sus propios gobiernos y planes de desarrollo. En México, algunos antropólogos que laboraban en instituciones gubernamentales logran impulsar ciertos cambios en las políticas indigenistas.

Seis años después, en 1977, se realiza una segunda reunión en el mismo lugar, esta vez con la participación de un nutrido grupo de líderes indígenas de diversos países –de México asistieron Natalio Hernández, Víctor de la Cruz y Cirila Sánchez Mendoza–, quienes redactan la Declaración de Barbados II, en la que mencionan las distintas formas de dominación que sufren y una serie de estrategias para luchar por su liberación. Este documento fue de suma importancia para el movimiento indígena y es considerado por muchos como un parteaguas de la lucha de los pueblos originarios.

Por otro lado, los grupos de izquierda que surgen en el país después del movimiento de 1968 con distintos planteamientos ideológicos, desde los moderados hasta los radicales, cuya opción es la lucha armada, influyen en muchos estudiantes indígenas que vuelven a sus lugares de origen a encabezar los movimientos para mejorar las condiciones de vida de sus comunidades, a formar organizaciones regionales y a luchar contra los cacicazgos locales.

También jugaron un papel importante los maestros bilingües que, por un lado, llevaban nuevas ideas a las comunidades y, por otro, empezaron a organizarse a nivel nacional para pelear no solamente por sus derechos laborales, sino también por un sistema de educación bilingüe y bicultural. Además hubo algunos que actuaron como críticos dentro de la estructura gubernamental.

Otro factor importante que influyó en el surgimiento del movimiento indígena actual fue el acercamiento de la Teología de la Liberación y sus planteamientos a las comunidades indígenas. Esto se dio sobre todo en Chiapas y Oaxaca y tuvo su primera manifestación visible en el Primer Congreso Indígena de Chiapas, celebrado en San Cristóbal de las Casas en 1974, organizado por el obispo Samuel Ruiz con apoyo del gobierno estatal, que terminó retirándose del evento. A esa gran reunión asistieron más de mil delegados de los diferentes pueblos indígenas del estado y algunos invitados de otras partes del país. Planteado como un foro para discutir la problemática de los indígenas, terminó siendo un espacio de denuncia de las injusticias que vivían los pueblos. Fue tan grande y novedoso que atrajo la atención de los principales periódicos del país, que muy poco o nada publicaban sobre los indígenas.

A nivel internacional, es también en los años 70 cuando comienza a surgir un interés en la Organización de Naciones Unidas (ONU) hacia las poblaciones indígenas. En 1971 se solicita por primera vez la elaboración de un estudio sobre la situación de discriminación que sufren estos pueblos en el mundo, estudio que se encarga al ecuatoriano José Martínez Cobo, quien entrega el primer avance de su trabajo en 1981 y la versión final del mismo se registra en la ONU hasta 1986. En 1982 se crea dentro de la ONU un grupo de trabajo sobre poblaciones indígenas y es a partir de entonces cuando el tema comienza a tratarse de manera seria en este organismo, aunque dista mucho de ser algo prioritario en la agenda mundial. En 1985 este grupo comienza a elaborar el proyecto de una declaración sobre los derechos de los pueblos indígenas, trabajo en

el que participan activamente indígenas de todo el mundo. La declaración sería aprobada hasta 2007.

Finalmente, otro elemento detonante del movimiento indígena en México fue la formación por parte del gobierno de Luis Echeverría del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI), formado dentro de la Confederación Nacional Campesina (CNC), como una estrategia del gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI) para corporativizar al sector indígena y controlarlo, al estilo de lo que hacía la Confederación de Trabajadores de México (CTM) con los obreros, o la misma CNC con los campesinos. Paralelamente, y como integrantes del CNPI, se crearon los consejos supremos indígenas, supuestamente uno por cada grupo étnico del país (Consejo Supremo Maya, Consejo Supremo Totonaca, Consejo Supremo Otomí, etcétera). Sin embargo, muy poco tiempo después de que se formaran estos espacios comenzaron a surgir disidentes entre sus filas, quienes pronto formarían sus propias organizaciones contrarias a las políticas y acciones gubernamentales o bien darían un giro a algunos consejos supremos en ese sentido.

Entre las primeras organizaciones independientes que surgieron se encuentran la Organización de Profesionistas Indígenas Nahuas, A. C. (Opinac), fundada en 1973, y la Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües, A.C. (Anpibac), creada en 1976. A partir de entonces comenzaron a formarse organizaciones indígenas regionales y estatales en diferentes partes del país; la mayoría de éstas surgen en la segunda mitad de la década de los 80 y la primera de los 90, con distintos objetivos, tendencias políticas y actividades, algunas con apoyo gubernamental y otras totalmente independientes. Surgen también algunas a nivel nacional, como la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI), el Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI) y Escritores en Lenguas Indígenas, A.C. (ELIAC).

Las principales luchas se dan por la defensa del territorio, contra los caciques, por mejorar las condiciones de vida de las comunidades –con servicios y obras básicamente–, por la reivindicación y defensa de las culturas y lenguas, así como por una educación bilingüe y bicultural.

A finales de la década de los 80 comienza a hablarse de autonomía, libre determinación y de los derechos de los pueblos indígenas. Inician también los preparativos para la conmemoración de los 500 años de la llegada de Cristóbal Colón al Abya Yala. Mientras que el gobierno mexicano prepara una visita del rey de España al país y toda una parafernalia

festiva, los pueblos indígenas se organizan no solamente para rechazar enfáticamente los festejos, también aprovechan la fecha para exigir sus derechos. Surge el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular e internacionalmente se forma la Campaña Continental 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular. Ambos iniciaron solamente como resistencia indígena, pero poco después se sumaron los negros y sectores populares.

El FIPI, en su carácter de organización nacional totalmente independiente del gobierno, cuyos fundadores y promotores habían recorrido el país y contaba ya con afiliados en los estados con población indígena, fue clave para la creación del consejo en cuestión, al que se adhirieron la gran mayoría de organizaciones, en muchos casos haciendo a un lado las diferencias entre ellas. Por primera vez se reunieron indígenas y organizaciones de distintas tendencias políticas, ideológicas, partidistas y culturales alrededor de una causa común: el rechazo a la celebración del quinto centenario. A partir de eso, si bien cada uno y cada organización siguió con sus luchas específicas y su visión particular del movimiento, se conocieron todos y continuaron aliándose en muchas ocasiones alrededor de problemáticas comunes y en general de la defensa de sus derechos.

En el plano internacional, en 1989 se aprueba el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes, que entra en vigor en los países que lo adoptaron –entre ellos México– en 1991. En este documento se plasman por primera vez los derechos de estos pueblos y se convierte en el referente más importante para los indígenas en la lucha por su reivindicación. En nuestro país se logra el reconocimiento de México como nación pluricultural con la reforma al artículo 4 constitucional que se da a principios de 1992, pero no fue sino hasta 2001 cuando se incluyeron algunos derechos de los pueblos indígenas en la Constitución.

Entre 1989 y 1992 se celebran varias reuniones nacionales a las que acuden representantes de los pueblos y las organizaciones indígenas de todo el país, entre las que destacan el Primer Foro Internacional sobre Derechos Humanos de los Pueblos Indios, efectuado en Matías Romero, Oaxaca, en 1989, al que asistieron más de 1,500 personas, así como un segundo encuentro en Xochimilco en 1990. El movimiento alrededor de los 500 años de resistencia culminó con una multitudinaria movilización en el Zócalo de la Ciudad de México, sin embargo, la lucha indígena continuó por todo el país.

Para el 1 de enero de 1994, cuando surge a la luz pública el EZLN, ya había más de 400 organizaciones indígenas en el país y un fuerte movimiento nacional que reivindicaba la autonomía y la libre determinación, así como el resto de los derechos establecidos en el Convenio 169, además de apoyar las demandas y luchas particulares de las regiones. Dentro del FIPI y con otras organizaciones se realizaban las primeras discusiones y encuentros para formar la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), aunque no quedaría formalmente constituida hasta principios de 1995.

El EZLN no surge como movimiento indígena ni hace mención a las luchas de este sector en particular hasta un año después de su aparición. Sin embargo, es evidente que está integrado en su mayoría por indígenas chiapanecos, por lo que las organizaciones no dudan en manifestarle su apoyo de distintas maneras; el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena fue el primero en hacerlo públicamente, con una gran marcha desde Chilpancingo hasta el Zócalo de la Ciudad de México con el lema "No están solos", en clara referencia a los zapatistas.

El levantamiento armado en Chiapas logró ubicar como prioritario el tema indígena en la agenda política nacional y llamar la atención de los medios de comunicación hacia este sector de la población. Si bien no eran esos los objetivos del EZLN, fue su mayor aportación al movimiento indígena y, al mismo tiempo, el interés que generaron hacia los pueblos originarios fue lo que hizo que los zapatistas tomaran como bandera la lucha por los derechos de éstos.

En octubre de 1995 inician los diálogos entre el gobierno federal y el EZLN en San Andrés Larráinzar, cuya primera etapa culmina en febrero de 1996 con la firma de acuerdos que después fueron desconocidos por el gobierno, por lo que no se llevaron a cabo las siguientes etapas programadas. En estos diálogos participaron decenas de delegados indígenas de distintas corrientes y posiciones políticas, algunos invitados por el EZLN y otros por el gobierno. A partir del rompimiento de las conversaciones, el "cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés" se volvió demanda generalizada y bandera de lucha de la mayoría de las organizaciones indígenas del país.

El 12 de octubre de 1996, en una magna asamblea convocada por el EZLN en el auditorio principal del Centro Médico Nacional Siglo XXI, se forma el Congreso Nacional Indígena (CNI). A ese evento asistieron alrededor de dos mil representantes de organizaciones y comunidades indí-

genas de todos los rincones del país y de distintas tendencias políticas, muchos antropólogos, sociólogos y demás intelectuales interesados en el tema, así como muchos reporteros de los medios de comunicación atraídos más que nada por la presencia de la comandanta Ramona del EZLN, quien presidió la reunión.

El CNI realiza su segunda asamblea nacional en septiembre de 1997 en la zona arqueológica de Cuicuilco, con la presencia de 1,111 zapatistas que llegan desde Chiapas hasta la Ciudad de México y alrededor de 4,000 miembros del CNI. La tercera asamblea se lleva a cabo en marzo de 2001 en Nurío, Michoacán, en el marco de la Marcha del Color de la Tierra, movilización que culminó con la llegada al Zócalo de milicianos del EZLN e integrantes del CNI encabezados por el subcomandante Marcos. En esa ocasión los zapatistas tomaron la tribuna de la Cámara de Diputados y dirigieron un mensaje exigiendo que se aprobara la ley de derechos indígenas conocida como la ley Cocopa –por haber sido presentada por la Comisión de Concordia y Pacificación–, que retomaba los Acuerdos de San Andrés.

Por su parte, la ANIPA realiza entre 1995 y 1998 seis asambleas nacionales y varias regionales en las que el tema principal es la autonomía y de las que surgen una serie de propuestas importantes. La lucha de la ANIPA pasa por buscar espacios de incidencia política, por lo que en 1999 se constituye como agrupación política nacional, aunque por otro lado mantiene la figura de asociación civil. Desde 1995 consigue tener varios diputados federales y estatales y en 2000 se logra que un indígena sea director del INI, aunque después, en 2003, este instituto se convertiría en la Comisión Nacional de Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) y cambiaría su dirección. La ANIPA tiene también una fuerte presencia en distintas zonas indígenas del país y apoya diversas luchas regionales y locales.

Si bien los integrantes de la ANIPA tienen una participación activa en los inicios del CNI, las diferencias entre ambas organizaciones son evidentes y se agudizan con el tiempo. Mientras que la ANIPA busca incidir y dar la pelea dentro del Estado, sin descuidar las luchas en contra de los abusos y la violación de los derechos indígenas, el CNI y el EZLN no quieren nada con el gobierno. Estas diferencias provocan una división en el movimiento indígena, tanto a nivel nacional como dentro de las comunidades, aunque por un tiempo hay organizaciones y cuadros que forman parte de ambos espacios simultaneamente. La ANIPA se pro-

nuncia siempre por el diálogo, mientras que el CNI lo rechaza e incluso expulsa de sus filas a algunos líderes que participan en la ANIPA o que militan en algún partido político.

En 2001 se aprueba en el Congreso de la Unión la reforma constitucional en materia de derechos y cultura indígena, con la modificación del artículo 2º de la Carta Magna. Si bien retoma algunos puntos de los Acuerdos de San Andrés y partes del Convenio 169 de la OIT, no expresa la totalidad del contenido de ninguno de éstos y se queda corta en relación con las demandas del movimiento indígena. El principal punto de desacuerdo es que, nuevamente, los pueblos indígenas quedan considerados como sujetos de interés público y no como sujetos de derecho.

El EZLN declara que llevará a cabo los Acuerdos de San Andrés y a ejercer la autonomía aunque el gobierno no la acepte, por lo que crea en 2003 los Caracoles zapatistas, comunidades donde no se permite la entrada de ninguna instancia gubernamental y que se rigen por sus usos y costumbres.

Por otro lado, en 1997 surge la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami), cuyas integrantes dejan de lado las diferencias entre las organizaciones a las que pertenecen y se unen para luchar por sus derechos como mujeres indígenas. Mientras que en la década de 2000 a 2010 el movimiento nacional pierde fuerza y tanto la ANIPA como el CNI se van diluyendo poco a poco, las mujeres se fortalecen y llegan a ser la parte más organizada del movimiento nacional. Además, pelean también dentro de sus organizaciones y comunidades por un trato equitativo y por el derecho a ocupar cargos. Desde entonces, cada vez son más las mujeres que presiden o dirigen organizaciones y que adquieren puestos dentro y fuera de sus comunidades. Además, realizan un gran trabajo de concientización y de apoyo a las mujeres directamente en las regiones y comunidades. Ejemplo de esto es la creación de las Casas de la Mujer Indígena (Camis) en distintos puntos del país.

A nivel internacional, en 2000 se establece el Foro Permanente de las Naciones Unidas para las Cuestiones Indígenas, cuyo papel es generar recomendaciones para el Consejo Económico y Social de la ONU. El foro sesiona cada año en Nueva York y sirve de espacio de denuncia para los pueblos de todo el mundo. En 2007 se aprueba la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, que no solamente fue producto de la labor de un grupo de trabajo, sino de la participación y la presión ejercida por líderes indígenas de todo el mundo.

Para 2006 el movimiento indígena nacional está ya debilitado, aunque comienzan a destacar una serie de luchas locales y regionales, sobre todo en defensa del territorio ante el embate de los megaproyectos y las concesiones mineras. Algunas son fuertemente reprimidas, como la lucha de los pobladores de Atenco contra la construcción del aeropuerto; otras son ignoradas, como la pelea del pueblo guarijío en contra del establecimiento de la presa Los Pilares en su territorio; otras logran detener ciertas obras, como el movimiento contra las mineras y las hidroeléctricas en la Sierra Norte de Puebla; otras más continúan, como la constante batalla de los pueblos del Istmo de Tehuantepec en contra de las empresas eólicas, el corredor transístmico y demás proyectos de supuesto desarrollo impulsados por el gobierno, en conjunto con empresas nacionales y trasnacionales.

En un intento por revitalizar la organización a nivel nacional se forman el Movimiento Indígena Nacional y posteriormente la Red Nacional Indígena; sin embargo, hasta la fecha ninguna de las dos se ha consolidado ni ha logrado alcanzar la capacidad de movilización o la influencia que tuvo el movimiento en los años 90.

Por otra parte, en diciembre de 2016 se lleva a cabo en territorio zapatista la quinta asamblea nacional del CNI, con la asistencia de menos de 400 personas[1] y en marzo de 2017 se realiza una segunda etapa de esta asamblea, en la que se decide participar en la contienda electoral presidencial de 2018, para lo cual forman el Consejo Indígena de Gobierno. Posteriormente queda elegida como candidata María de Jesús Patricio, nahua de Jalisco, quien recorre el país para promocionar al CNI y recoger las firmas necesarias para registrarse como candidata independiente, las cuales no consigue y queda, por lo tanto, fuera de la contienda electoral.

Cuando llega López Obrador a la Presidencia, en diciembre de 2018, crea el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI) en sustitución de la CDI y nombra director al dirigente mixe Adelfo Regino Montes. A partir de ese momento el INPI queda en manos de los indígenas y comienza a impulsar una serie de proyectos y reformas a favor de los pueblos, entre ellas una reforma constitucional que retoma muchas de las demandas históricas que quedaron fuera de la reforma de 2001, sobre todo la de considerar a los pueblos indígenas como sujetos de derecho. Actual-

[1] Dato obtenido de uno de los asistentes.

mente, a mediados de 2021, se lleva a cabo una consulta nacional para que se apruebe su propuesta de reforma y sea presentada al Congreso de la República. El EZLN, el CNI y varias organizaciones y cuadros regionales se mantienen en la oposición y persisten las luchas locales contra los megaproyectos.

Margarito Ruiz Hernández

Mi nombre es Margarito Ruiz Hernández, Hernández por una equivocación del registro civil porque mi madre se apellida Santis y mi madrina Hernández, pero así quedó. Nací en la comunidad Plan de Ayala, antes finca Jotanaj, municipio de Las Margaritas, el 20 de julio de 1955, así que ya estoy medio viejo. La comunidad es una comunidad muy grande, en donde desde muy pequeño aprendí a trabajar en el campo, normal, como campesino chiquito. Mi primer morral para sembrar, para la semilla del maíz, yo lo hice y así aprendí, quedó todo chueco pero yo lo hice. Luego mi padre se juntó con un señor que tenía varias yuntas de bueyes para arar la tierra y entonces aprendí a agarrar el arado desde muy chico.

En la escuela de la comunidad nada más había hasta el tercer grado. El primer año aprendí a leer pero era puro jugar y cantar con el maestro y no me gustó, entonces pedí que me pasaran a segundo y aceptaron. Yo aprendí a leer rápido y era muy bueno para las matemáticas, mis compañeros eran muy grandotes pero yo les hacía las tareas, ellos salían a jugar y yo no. Me pagaban con bolsas de canicas, tenía yo dos bolsas grandes de canicas. Cuando terminé tercero, como no había más seguí trabajando en el campo. Un maestro de la cabecera municipal le decía a mi padre que yo tenía que seguir en la escuela, él decía que no se podía porque no había dinero, el maestro ofreció dejarme vivir en su casa y darme de comer, pero no fue posible, mi padre no quiso.

Mi madre me contaba que cuando estábamos muy pequeños –fuimos siete hermanos–, mi padre tenía muchas tierras, entonces sacábamos muchísimo maíz, hasta vendíamos. Pero un día se enfermó el papá de mi padre, entonces gastó y gastó, luego se enfermó uno de sus

hermanos y gastó mucho otra vez, se endeudó y perdió un predio por no poder pagar a los prestamistas usureros. Luego se enfermó su hermana –ya no tenía hermanos, se quedó solo– y empezó a vender las tierras. Una de las personas a las que debía era un tal Mario Canter que tenía varios ranchos en Altamirano; por cierto, vive todavía el viejo en Comitán, tiene su veterinaria. Mi hermano mayor, Francisco, y mi padre fueron a trabajar 15 días al rancho de este señor, a mi padre no le pagaron porque su trabajo era para abonar a la cuenta y a mi hermano, que era un muchachito, tampoco le pagaron ni un peso para que trajera algo de dinero a la casa. Eso fue parte de la crisis, pero se debía, pues. Contaba mi mamá que un día que no estaba mi padre, cuando estaba la troje llena de maíz amarillo y blanco llegó un camión de este señor con su gente y se llevaron todo, todo el maíz, entonces mi padre entró en crisis, bueno, entraron en crisis, ya no había maíz para comer. Ahí empezó una etapa muy difícil de la vida. Se cosechaba poco y ya no alcanzaba para el consumo, me acuerdo muy bien, teníamos que salir a buscar dinero para comprar un poco de maíz, siendo todavía niños.

Yo tenía 11 o 12 años y mi padre nos mandaba a mi hermano y a mí a trabajar recomendados con unos adultos. Creo que fue en la finca de Chamic, que está sobre el río Grijalva, donde empecé, digamos bajo la asesoría y el acompañamiento de adultos. Me acuerdo muy bien, era pizca de maíz, hacía un calorón ahí y había mucho polvo; yo caminaba pizcando maíz tratando de alcanzar a los adultos porque quería ganar igual que ellos, no me acuerdo cuánto, pero eran dos o tres pesos, algo así. Un día estaba yo muy cansado y vi a dos niños a caballo allí en el terreno y le pregunté a uno de los señores: "¿Estos niños quiénes son?", y me respondió que eran los patrones, los dueños del terreno. Y en mi ignorancia dije: "Si son los dueños, ¿por qué no trabajan ellos?, ¿por qué estoy trabajando yo si es su milpa y no la mía?". El adulto se rió y me respondió que eran los patrones, los que nos pagaban. Yo no entendí, no estaba de acuerdo con que los muchachitos dueños del terreno no trabajaran. Creo que desde ahí empezaron mis dudas, ¿por qué?, ¿por qué?

Otro momento difícil fue una vez que llevábamos varios días en un trabajo, durmiendo debajo de un árbol y una noche me dice mi hermano: "tu ropa tiene animal". Chequé y sí tenía bastante, del llamado piojo blanco que no entra en la cabeza sino en la ropa. Y me dijo mi hermano que me la quitara, que no hacía frío y él en la madrugada la iba a hervir en una cubeta para que se muriera el animal y ya me la pusiera en la

mañana. Me acuerdo que hice una bolita con mi camisa y la dejé en un árbol que tenía una horqueta. Cuando despertó mi hermano vio que mi camisa era una bola de fuego y me despertó; algún adulto malvado, por pura maldad, quemó mi camisa. Mi hermano lloró y me dijo: vámonos porque aquí no nos quieren estos señores. Y ya nos regresamos solitos caminando, teníamos que cruzar un río. Llegamos hasta un lugar donde nos dieron aventón hasta Comitán y de ahí nos fuimos a pie hasta la comunidad, eran como 10 horas de camino. Además no nos pagaron porque, dijéramos, salimos huyendo. Eso nunca se me va a olvidar.

Muchos años después, cuando era delegado de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), Xóchitl Gálvez, la entonces directora, buena gestora, conseguía toneladas de ropa nueva y yo solicitaba bastante para repartir. Programé un evento en mi comunidad, que es muy grande, tiene una plaza grandísima, les dije que llevaría ropa para todos. Llegué con tres camionetas y el primero que se paró para agarrar ropa fue Emilio, el que había quemado mi camisa aquella vez. Agarró una chamarra grande, nueva. Entonces tomé el micrófono y dije: "Hermanos míos del gran pueblo de Plan de Ayala, hace algunos años cuando yo era niño quemaron mi ropa, fue uno de aquí que estaba en el trabajo, en el rancho, quien le echó fuego a mi ropa; y pido una disculpa, porque la ceniza de mi ropa se la llevó el viento, lejos, y me llevó muchos años para juntar la ceniza, pero la ceniza era mucha y ahora alcanzó para darle ropa a todos en esta ocasión, todos los niños tendrán ropa, todas las mujeres, todos los hombres tendrán. Y al primero que le voy a entregar es a don Emilio Santís". No sé si no entendió porque lo dije en tojol-ab'al, porque casi todos son tojol-ab'ales, pero nomás se me quedó viendo, agarró su chamarra y dio las gracias. Pero varios de ahí sabían que él había sido y después me comentaron que ni vergüenza tenía ese señor. Fue algo muy fuerte.

Antes de eso, estaba más pequeño todavía, otros adultos nos recomendaron que fuéramos a trabajar a una finca en el municipio de La Concordia, antes de que estuviera la presa. Siempre iba con mi hermano, Alejandro, quien ahora vive en los Estados Unidos, con papeles en regla. Esa vez me dio temperatura y me sentía muy mal; un señor más o menos buena gente me dio algo fresco, pero había que caminar porque decidieron que como ya había terminado el trabajo ya nos teníamos que ir. Eran como las cinco de la tarde e íbamos a pie, tuvimos que cruzar el río Chejel, hoy río Grijalva, pero la corriente era muy fuerte,

entonces ahí había gente que apoyaba con una cuerda muy larga, todo el mundo se iba agarrando y jalando. Pasamos el río pero yo ya no podía, estaba muy cansado y ya eran como las 11 o 12 de la noche, teníamos que llegar caminando hasta Zapaluta, hoy La Trinitaria. Había un cerro muy alto y yo tenía mucha sed, entonces le dije al señor que estaba ahí al pendiente: "Ya no puedo, tengo mucha sed". Además me había yo rosado todo, por el polvo y el calor. Y me dijo: "¿Tienes sed? Ahí hay un ranchito, pide agua". Y grité y me dijeron que no tenían agua, pero si pox. Fue la primera vez que tomé pox y ya me senté y dije: "Ya me siento bien". A las seis de la mañana llegamos a La Trinitaria y bueno, no llegué bolo pero casi.

En otra ocasión nos mandaron a la finca Prusia, una finca cafetalera alemana en el Soconusco. Igual iba con mi hermano e íbamos con adultos. La historia es que yo no estaba acostumbrado a cortar café, la mayoría era gente de Chamula, que son bien trabajadores. Pero el cafetal no era plano, era cerro y hasta arriba había un tanque grande donde medían cuánto café cosechabas. Ahí lo metían al tanque y por gravedad salía hasta cerca del patio de la finca. Un día me caí porque había llovido mucho y me resbalé, se abrió mi costal y se regó todo mi café en el monte. Ya era muy tarde, entonces ese día me quedé sin ingresos. Esa vez mi madre nos había dicho que como ya no teníamos ropa pasáramos de regreso a comprar a Comitán aunque no lleváramos dinero a la casa, porque había un poco de maíz y frijol, entonces con lo poquito que ganamos pasamos a Comitán y me compré un par de zapatos –primera vez en mi vida que compraba zapatos– una camisa, un pantalón y un cinturón negro, no se me olvida. Entonces llegaba a la cabecera municipal ya con zapatos y me empezaron a decir igualado, me lo dijeron varias veces. Yo no sabía por qué, hasta que me dijeron que me creía mucho porque tenía zapatos. Hasta que un día les dije: "¿Saben qué? No somos iguales, yo soy tojol-ab'al, soy original y ustedes son copia". Eso nunca se me va a olvidar, desde entonces mi rebeldía de ser yo, yo soy yo y soy mejor que cualquiera de estos, pensaba.

Así fueron varias aventuras difíciles, pero era el trabajo digamos obligado. Y fui teniendo más dudas, yo creo que a partir de todo eso fue que decidí que no quería seguir en la comunidad, en esa vida, porque yo veía que los adultos eran felices, contentos en la miseria, un desastre. Pensaba: yo no quiero ser así, cuando sea adulto no quiero esta vida pero ¿qué voy a hacer? Tampoco sabía. Empecé a tener problemas,

crisis, sin saber qué iba a hacer de mi vida porque no quería seguir así. En las noches, por ejemplo, cuando ya íbamos a descansar de tanta friega, a veces alguien llevaba un radio, escuchaban música, se reían y contaban cosas, contentos los adultos; y yo me les quedaba viendo y pensaba: ¿por qué están contentos si esto es una friega y nos pagan muy poquito? ¿Por qué están conformes?

Aquí hay una cosa muy importante, la gente que se organiza un poquito, que organiza lo que tiene y programa su tiempo para trabajar le va mejor. De repente va teniendo una vaca, un caballo o cualquier cosa y va mejorando. Pero hay gente en la pobreza total aun teniendo tierras, pero así está bien para ellos, así están contentos, o más bien conformes, porque a veces no están contentos porque no tienen nada que comer, pero igual no hacen nada. Pero yo me di cuenta después que eso no es solamente en los pueblos o comunidades indígenas, es en todas partes. Yo le digo a los jóvenes: "¿Ya terminaste la escuela? ¿Quieres trabajar? Hay que empezar de carga maletas o de chalán o lo que sea, pero si tú quieres ser algo más en la vida tienes que echarle muchas ganas y hacerlo bien para que vayas escalando". Pero si checamos, evaluamos, no importa si es una fábrica, una institución o lo que sea, la mayoría de la gente se queda conforme ahí donde llegó. Es parte de la llamada humanidad o de esta sociedad.

Yo ya estaba desesperado y quería salir de la comunidad. Un Domingo de Ramos, creo que fue en 1972, iba con mi familia al campo como es la costumbre, a buscar miel o a pescar al río, pero en el camino, como a las seis de la mañana, le dije a mi padre que me sentía mal y no quería ir. Me dijo que regresara a la casa, pero me quedé sentado en una piedra debajo de un árbol, a la orilla del camino, nunca se me va a olvidar. Como al medio día yo seguía ahí, una combi se paró donde yo estaba y se bajó una señora a preguntarme dónde quedaba la comunidad; le indiqué donde ya se veían las casas y me pidió que me subiera con ella para que la llevara a donde estaba el comisariado, porque quería hablar con él. Me dijo que estaba buscando jóvenes para que se capacitaran en teatro; no sabía yo qué era teatro pero le dije que yo me apuntaba. Me apunté y me dijo que escuchara la radio en determinada fecha, que por ahí nos avisarían cuándo teníamos que presentarnos en la cabecera municipal, a donde iría una camioneta por nosotros.

Platiqué con mis padres, mi padre nunca estuvo de acuerdo pero mi madre sí, y decidí lanzarme. Llegamos a San Cristóbal, éramos seis

tojol-ab'ales, dos de Veracruz y tres de Jotanaj, y nos internamos para empezar y que nos informaran de qué se trataba. Finalmente se formaron brigadas: la brigada tojol-ab'al, la brigada tseltal y la tsotsil. Era un curso de un mes o de dos meses, no me acuerdo, un curso general para ubicar tu diagnóstico: quién eras, qué pensabas, para conocer tus habilidades exactamente. Terminando nos dijeron que regresáramos a nuestras casas y que en un mes escucháramos de nuevo las noticias en la radio, y si daban nuestro nombre volviéramos a San Cristóbal. Y al mes sale mi nombre en la radio, que sí. Esa fue la primera etapa, desde luego iniciamos en San Cristóbal con comida, con casa, con gastos cubiertos –cada sábado nos daban un extra en efectivo– y había una combi por brigada y un chofer. A las seis de la mañana empezaban las actividades, hacíamos ejercicio, mucho ejercicio. En la tarde y en la noche estudiábamos economía política y esto y lo otro. Nos dieron el *Libro Rojo* de Mao Tse Tung y poco a poco fui entendiendo de qué se trataba. Teníamos un maestro de teatro, otro de economía, uno de historia y otro de entrenamiento físico, o sea, nos estaban dando una formación integral. Oficialmente era un programa de la Comisión Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo), pero en realidad era para entrenar y formar guerrilleros con filosofía maoísta.

Una vez nos rebelamos, bueno, en realidad no, porque como brigada teníamos la autoridad para decidir qué íbamos a hacer, pero decidimos ir a la selva sin rumbo. Le dijimos al chofer que nos dejara en Campo Alegre –en el municipio de Altamirano– porque hasta ahí llegaban los carros. Nos bajamos, cargamos la mochila y agarramos camino. A los ocho días ya nos estaban buscando por todos lados. Fue una aventura impresionante, caminamos y llevábamos tambores, entonces los tocábamos en cada comunidad a donde llegábamos, éramos un grupo de chamaquitos. Llegamos a una comunidad que se llama Guadalupe los Altos y nos dijeron que nos quedáramos dos días porque iba a llegar don Samuel, el obispo, y querían que tocáramos para recibirlo. Nos quedamos y luego seguimos y fuimos a salir por las lagunas de Montebello. Fue una aventura interesante. En ese tiempo también terminé la primaria, cuando todavía estábamos en Chiapas.

Pasó el tiempo y nos fuimos a México, nos internaron en el Estado de México, creo que en Tenango del Valle; ahí ya salíamos a los bosques a entrenar. El día que mataron a Salvador Allende nosotros estábamos en el aeropuerto, íbamos para Chile como jóvenes voluntarios, iban

muchos jóvenes mexicanos y ya estaba todo arreglado, pero nos avisaron que siempre no, ¡la salvadota que nos dimos! Como al año o dos años –no recuerdo bien– se acabó el programa aunque siguió el movimiento. Después formaron en Chiapas grupos armados y vinieron asesores del norte, Hugo Araujo, Javier Gil y otros que después fueron senadores por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Pero cuando se acabó el programa, creo que porque se acabó el dinero, ya no nos insistieron que siguiéramos con la otra vaina y cada quien se fue a su casa.

Poquito después salió la convocatoria para promotores bilingües biculturales del Instituto Nacional Indigenista (INI), fueron a Las Margaritas a buscar jóvenes y me apunté. Me dieron una comunidad para trabajar, Santa Rita Sonora, que queda cerca de Plan de Ayala rumbo a Altamirano, en la cañada tojol-ab'al. Me fui para allá y estuve enseñando en una casona del casco de la finca, ahí era la escuela y yo era el maestro del grupo. Como a finales del tercer año o del segundo, no recuerdo, el supervisor del programa en Las Margaritas informó que en la comunidad de San Carlos del Río, en la selva, iban a cerrar la escuela porque eran muy religiosos y no permitían que se enseñara el himno nacional, ni los honores a la bandera, ni siquiera hacer deportes. Yo me paré y les dije: "No cierren la escuela, yo voy", y me contestaron: "¿Cómo que vas a ir, si tú estás aquí donde entran carros y eso está en la selva?". "Lo sé –dije–, conozco la selva". Me insistieron que no fuera y yo insistí en ir. Les dije que no iba a salir hasta que lograra algo, que guardaran mi cheque y ya iría a cobrar después.

Fue impresionante, fueron a recogerme en mula, cruzamos el río y como ya era tarde ahí dormimos y al otro día temprano seguimos. Llegamos y estaba toda la comunidad reunida esperando a ver qué decía el nuevo maestro. Entonces les dije: "Aquí estoy, pero no voy a hacer nada mientras ustedes no ordenen, yo voy a trabajar con ustedes, ustedes son mis patrones y los patrones deciden qué hace el trabajador, y yo soy trabajador de la comunidad, vengo por los niños". Hubo una gran discusión y después me dijeron que no iba a abrir la escuela, que ahí estaba mi casa, una casita de lámina y varas, y que iba a comer un día en cada casa, sin pagar. Bueno, me instalé en la casita y esperé. Una semana después me preguntaron si quería ir al templo. "Pues si ustedes me invitan, sí voy", dije. Me dieron mi Biblia, fui y me hice amigo de los pastores o los jefes de la iglesia. Me preguntaron qué hacía todos los días, les respondí que iba al río con los jóvenes que me acompañaban. Luego me invitaron

a cazar venado y acepté. Pasados como 20 días convocaron a una reunión y decidieron abrir la escuela porque, según dijeron, sí nos íbamos a entender. Les dije que primero había que hacer el censo y la lista de los niños y que íbamos a izar la bandera tal día; me preguntaron que cómo se hacía eso y les expliqué, quisieron participar también los padres y así fue. Pasaron otros 15 días y les dije: "Qué creen, necesitamos que los niños hagan algo de deporte. Como no hay mucho espacio vamos a hacer una cancha rústica de basquetbol, pero necesitamos que vaya una comisión a Comitán a comprar esto, esto y esto", y me dijeron: "Bueno".

Cuando llevaba yo ya como dos meses y medio allá, envié a una comisión de la comunidad para hablar con el supervisor y le mandé una cartita, proponiendo que se llevara a cabo un evento deportivo en Jerusalén, donde había un albergue escolar de la región. El supervisor no lo creía, pero se hizo y fuimos a jugar, quedamos en segundo lugar. Yo estaba feliz y a partir de ahí ya empezó a funcionar la escuela normalmente. Yo casi no salía de la comunidad, no tenía necesidad de ir a la ciudad. Empecé a invitar a gente de la comunidad, jóvenes y autoridades principalmente, a visitar otras comunidades, los viernes, sábados y domingos; a hacer trabajo de información y organización en comunidades de la región. Me prestaban la mula para ir y me acompañaban dos o tres. Algunos maestros empezaron a decir que yo no trabajaba, que nomás estaba paseando. Entonces fueron a levantar un acta de abandono de empleo, ¡que la iba a firmar la comunidad! Les dijeron que el maestro trabaja de domingo a domingo y no pudieron levantar el acta.

Ya para que no hubiera tanta bulla me cambié de comunidad, a La Constitución, cerca de Nuevo Huixtán, municipio de Las Margaritas. Igual hice trabajo ahí un año, luego bajé a Nueva Poza Rica, una comunidad de gente proveniente de Poza Rica, Veracruz, por eso se llama así. Ahí me quedé, pero ya estaba con la desesperación, ¿cómo hacía para el trabajo organizativo con la gente? O sea, me gustaba lo que hacía, me gustaba enseñar, pero esa no era mi misión. Estaba yo en Nueva Poza Rica pero mi centro de operación estaba en Amparo Agua Tinta, un ejido donde siempre entraba carro. Ahí ya tenía yo una familia, o sea, era casi como miembro de la familia, ahí llegaba a la hora que fuera, entraba a la cocina, todo normal, como en mi casa. Estaba ahí una tarde y me avisaron que había llegado alguien de México con el doctor Roberto Gómez Alfaro, que en esa época era director del hospital de Comitán, y que estaban invitando a una reunión. Y resulta que esa

persona de México era del Partido Comunista Mexicano (PCM) y también era de la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, la CIOAC. Fui a la junta y me gustó. Después nos reunimos en la noche y me invitaron, les dije que sí me iba a integrar. Preguntaron cuándo y les dije que desde hoy. "¿Seguro?", ¡Seguro! "Pero mañana nos vamos a Tuxtla". Pues mañana nos vamos a Tuxtla. "Te vamos a comisionar a Huitiupán, a Simojovel". ¡No sé a dónde, donde digan, pero hoy!, respondí. Nunca regresé por mis cosas, nunca informé a la comunidad, nada. Me decidí, era mi oportunidad, me fui a Tuxtla y días después me llevaron a Simojovel. Estuve un tiempo ahí y después de nuevo en mi región, más bien iba y venía a donde se necesitara, fueron años en que se dio un proceso importante de recuperación de tierras en distintas zonas del estado.

En Simojovel estaban durísimos los problemas, eran puras fincas cafetaleras y ganaderas y todavía ejercían el derecho de pernada, eran esclavos, había tiendas de raya, con unos libros inmensos, eso era por ahí de 1978. Estaba yo ahí con otra persona, había primero que organizar a la gente, para que ya no se dejara tanto, pues. Casi toda la gente era de la Confederación Nacional Campesina (CNC) y era como entrar al infierno o a la boca del lobo, para decirles que la CNC no iba a resolver nada, que llevaban 30 o 40 años gestionando cosas y no avanzaban, explicarles lo que nosotros queríamos hacer. Como el 80% eran jornaleros agrícolas, la CIOAC nacional intentó registrar un sindicato, pero ni en México, ni en Tuxtla ni en ningún lado nos aceptaron registrar un sindicato de jornaleros agrícolas. Como no se pudo, la gente decidió tomar las tierras. Comenzaron las matanzas, las persecuciones, las guardias blancas, entró la policía, entró el ejército, a los hombres los llevaron rumbo a Villahermosa, a las mujeres las dejaron encerradas en las iglesias de la cabecera municipal. Fue impresionante, tiraban a los niños en medio del río, un poco como pasaba en Guatemala con los kaibiles. Esto fue ya en 1983.

Se organizó una marcha, primero una concentración en Tuxtla Gutiérrez; no se pudo negociar nada y entonces decidimos plantearle a la gente ir a la Ciudad de México caminando, y eso hicimos. Presentamos un pliego petitorio ante la Secretaría de Gobernación, el jefe de la CIOAC era Ramón Danzós Palomino. El primer punto del pliego petitorio eran armas. "¿Cómo que armas?". "Pues sí, nos están matando y como mexicanos tenemos derecho a defendernos y no tenemos para comprar, por

eso queremos armas". Claro que no nos dieron, ni dinero ni armas. Lo único que logramos fue que se retirara el ejército de la región. Se retiró y la gente se concentró nuevamente y se organizó. Declaramos el primer territorio autónomo en esa época. Se decretó la región autónoma con guardias las 24 horas en diferentes puntos. Nadie entraba y nadie salía, ni los patrones ni la policía. Fue una cosa impresionante, además la mayoría de esas fincas ya estaban pagadas por la Comisión Federal de Electricidad porque iban a hacer una presa en Huitiupán, pero logramos correrlos. Ya estaba la maquinaria, ya había casas modelo para la gente que sería desplazada, lo tumbamos todo, levantamos la maquinaria y se canceló el proyecto.

También por ahí de 1978 tomamos las tierras en Pujiltic, formamos la Unión de Ejidos 28 de Septiembre, porque fue un 28 de septiembre la toma. Igual ya eran tierras pagadas por el gobierno federal pero no salían los exdueños, que eran los Orantes principalmente. También teníamos que recuperar tierras comunales de Soyatitán, de Villa de las Rosas y más, con miles de hectáreas de caña, allí alrededor del ingenio de Pujiltic. Incluso a quienes el gobierno ya les había pagado las tierras iniciaron un proceso de persecución a líderes del movimiento, ellos detonaron la violencia, nosotros queríamos recuperar tierras, no sembrar la violencia de la que fuimos objeto. Pues seguimos, se formó el ejido, una cosa impresionante. La mayoría de la gente de Simojovel, de los que ya no quisieron seguir allá, se reubicaron por Pujiltic, pero sabían cuidar ganado y cortar café, no cortar caña. El primer año de zafra los enemigos incendiaron todo el cañal, le metieron fuego en todos lados. Entonces fuimos a la casa del pueblo en Carranza, porque ya estaba también la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) o algo así, y en el pueblo de Villa de las Rosas y en Teopisca teníamos mucha gente y bajaron a cortar la caña, a ayudar. Ya estaba cortada la caña, pero ¿cómo la cargábamos? El ingenio de Pujiltic tenía un montón de carretas que se jalaban por tractores, pero no nos dieron ni una. Pues se logró con las camionetitas, hasta donde se pudo y ahí José Rodríguez –uno de los coordinadores de la CIOAC en Chiapas– dijo que no podíamos seguir así, entonces se integró una comisión con Ramón Danzós en México; fueron a la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH) y no sé a dónde más y conseguimos crédito para camiones, tractores y alzadoras. La gente no sabía manejar, pero pues tuvo que aprender. En menos de 30 días los

compas ya andaban con sus grandes camiones. Una cosa impresionante, felices.

A los tres años la gente ya tenía sus casas, ya tenían camionetas y todo. Pasó otro año y cuando fui me encontré a los compas en su hamaca, con su cerveza y me dijo uno: "Acompáñame, voy a ver a mis trabajadores". ¿Qué? Ahorita ya ni están organizados, tienen dinero, tienen casa en Tuxtla, en Comitán, interesante experiencia. Mientras tanto, en mi región ya estaban los maoístas avanzados, con la Unión de Ejidos Lucha Campesina, con la Unión de Ejidos Tierra y Libertad, pero era mi región. ¿Y ahora qué hago?, pensé. Yo ya era del Partido Comunista, yo era de la CIOAC, yo ya no era maoísta, pero me llevaba bien con ellos, con René Orantes Gómez, Martha Orantes y otros que en esa época eran los asesores. Entonces hicimos un acuerdo: trabaja donde puedas. Entonces yo me metí en el municipio de La Independencia porque ya estaba ocupado el resto de la región. Allí formamos la Unión de Ejidos Estrella Roja y de ahí me regresé a la selva, otra vez a Amparo Agua Tinta, en el centro, entonces organicé toda la región.

En esa época, por 1982, cuando estaba yo en la región fronteriza llegué solo, únicamente con el acompañamiento de quien era entonces mi pareja, Delfina Aguilar, y mi hijo David Ruiz, a quien desde pequeño le tocó recorrer conmigo la zona. Hoy me sigue acompañando, él y otros de mis hijos han retomado el proyecto de la autonomía para alcanzar el reconocimiento pleno de los derechos de los pueblos indígenas. También en ese tiempo Roberto Gómez Alfaro seguía siendo el director del hospital y también era miembro del partido, entonces nos reuníamos para hacer el trabajo en la región. Pactamos con los maoístas que cada quien seguiría haciendo su trabajo, me invitaban a sus reuniones y yo los invitaba a las mías, y así caminamos juntos.

Cuando Arnoldo Martínez Verdugo fue candidato a la presidencia por el Partido Socialista Unificado de México, el PSUM, aunque los maoístas no creían en los partidos políticos, como ya teníamos el pacto, en una gran reunión de autoridades de toda la región, en Bajucú, una comunidad central de la cañada tojol-ab'al, me dieron chance de invitar a la gente a votar. Los asesores decían que ellos no iban con partidos, pero ya había la costumbre de que las autoridades consultaran con su comunidad para definir y en una siguiente reunión comunicaban los acuerdos, entonces en la siguiente la mayoría decidió que sí iban a votar. Fue un problema porque se dividió la Unión de Ejidos Lucha Campesina

entre los que siguieron controlando ellos y los que se fueron con nosotros. Fue un problema fuerte, incluso hubo muertos. Después esos maoístas que no querían saber nada de partidos políticos se volvieron priistas y entonces fue más difícil la división.

Pasaron varias cosas. Teníamos un jeep que nos había donado la Unión Nacional de Crédito Agropecuario, Forestal y de Agroindustrias, de Ejidatarios, Comuneros y Pequeños Propietarios Minifundistas, S. A. de C. V. (UNCAFAECSA) de México y en él visitábamos las comunidades. Un día iban Alejandro, que le decíamos la Momia, Enrique, que le decíamos el Memín –todo mundo tenía apodos por cuestiones de seguridad, a mí me decían San José– y otros dos compañeros de regreso de unas comunidades y en la cañada los emboscaron. El pobre jeep quedó balaceado por el frente y atrás. Había un trozo de árbol atravesado en la carretera pero lo lograron brincar; si no, ahí hubieran muerto todos. Sólo al Memín lo hirió una bala, pero no fue muy grave. Estaba difícil la situación.

También en esa época, cuando andábamos recuperando tierras, sacaron varias órdenes de aprehensión contra mí, en eso tuvo que ver Ernesto Castellanos, hermano de Absalón,[1] que eran los viejos finqueros de la región. Un día estaba yo en el parque de Comitán, vi que venían los policías y pensé: me van a detener, si corro pues me alcanzan, mejor aquí los espero. Y sí, directamente llegaron y me quisieron agarrar, les dije: "No me agarren, yo voy a la comandancia con ustedes". Llegamos y ya estaba ahí sentado Ernesto Castellanos y me dijo: "Muchacho, conozco a tu padre, ¿qué estás haciendo?, deja de hacer chingaderas, y dime qué es eso de la CIOAC". Y le dije: "Ya la conocerás con el tiempo, porque la CIOAC llegó para quedarse, no se va a ir nunca". Más se encabronó. Ya me metieron a la cárcel, todavía era la cárcel chiquita que estaba en el palacio municipal, en Comitán. Estaban varios en un cuarto chiquito. Entonces la gente supo que me habían detenido y empezaron a llegar con café, cigarros, cobijas, y los que estaban ahí decían: "¿Pues quién eres pues, vos? ¿Por qué estás aquí?". "No pues porque estoy quitándole tierras a los ricos". "Ay compita, nunca vas a salir". "No lo sé, no importa". Toda la noche estuve platicando con los presos. Al día siguiente teníamos una reunión con Juan Sabines el viejo, que era el gobernador, y llegó José con el equipo y preguntó por mí. Cuando le dijeron que estaba en la cárcel le habló no sé a quién o qué hicieron,

[1] Político del PRI que fue gobernador de Chiapas de 1982 a 1988.

pero el caso es que llamaron por teléfono y me sacaron para que contestara y era el gobernador. "¿Qué estás haciendo?", me dijo, a lo que respondí: "Pues no sé, aquí me tiene Ernesto Castellanos". "Hijo de la chingada", dijo, "una camioneta te va a recoger y te vienes a la junta". "Está bueno, nomás denme chace de despedirme de mis amigos de la cárcel". Ya dejé las cobijas y les dije: "Ya me voy compas". Estaban sorprendidos. Y ya me llevaron en la camioneta hasta Tuxtla.

No fue la única vez que estuve en la cárcel, en otra ocasión un compañero estaba detenido, quién sabe por qué; fui a la comandancia a ver qué pasaba con él y me preguntaron: "¿Tú eres Margarito Ruiz?", cuando dije que sí, me metieron a mí también. Igual no tardé en salir, ya sabían quién era yo. Cuando salí de la cárcel me mandaron a Cuba a un curso, fue un curso intensivo para seguir con mi formación y después estuve un tiempo en Nicaragua; ya después regresé varias veces, cuando estaban allá Gilberto López y Rivas y Héctor Díaz Polanco como asesores del gobierno sandinista. Recuerdo que teníamos grandes discusiones con Mirna Cunningham sobre la autonomía, que Mirna no aceptaba, pero ya después nos dio la razón y dijo que iba a dar la pelea dentro del sandinismo para que aceptaran la autonomía, que finalmente se aceptó.

También en 1982 fue cuando se creó, dentro de la CIOAC, la UNCAFAECSA. Yo quedé como presidente en la sucursal de la región, pero se necesitaba un gerente y quedó Andulio Gálvez. Andulio era un abogado de Motozintla que trabajaba en el INI y Fernando Aceves –el Caballo viejo, que por cierto murió hace poco–, entonces delegado estatal del INI, lo comisionó para que tomara el puesto. Los dos venían también del Partido Comunista. Andulio le entró muy duro al movimiento, no como un simple abogado, sino liderando y atendiendo cosas. Lo mataron en 1985, frente a las oficinas en Comitán. Estábamos varios en la lista de que nos iban a matar y esa vez le tocó a él. Siguió el problema.

En esa misma época –entre 1982 y 1986, más o menos, no recuerdo bien las fechas de cada cosa– hicimos un mitin en Villa de las Rosas. Estaba yo con José Rodríguez, éramos como cuatro o cinco arriba del kiosco con el micrófono cuando empezó la balacera. Alguien se acercó y nos dijo que habían matado a don Miguel, un viejo líder tseltal de allí, y nos bajamos. Había balazos por todos lados. Finalmente se calmó porque también cayó uno de ellos, uno de los caciques de Las Rosas, que fueron los que nos dispararon, los terratenientes de allí junto con los del PRI. Hubo como 60 heridos, una cosa terrible.

Después tomamos la presidencia municipal [de Villa de las Rosas], la teníamos tomada ya varios días cuando nos avisaron que iba a entrar el ejército, entonces nos reunimos con todo el pueblo, bueno, el pueblo organizado; se decidió no abandonar la presidencia y defendernos. Por cierto, la que nos pasaba la información era una diputada local por el PRI, lideresa de la CNC estatal. Juntamos las armas que había por ahí, puras escopetas viejas, reunimos como 60; preguntamos quién sabía hacer bombas molotov y un chavo poblano que le decíamos el Chino dijo yo, e hicimos muchas. Formamos tres grupos y echamos un volado a ver a cuál le tocaba estar en la entrada, a cuál a medio camino y quién se quedaba en la presidencia. El grupo que yo encabezaba se quedó en la presidencia. A las 12 de la noche nos avisaron que ya el ejército estaba en Pujiltic y que entrarían al pueblo a las dos de la mañana. Llegaron, se pararon en la entrada del pueblo y como a las siete de la mañana se fueron, porque se dieron cuenta de que iba a haber muchos muertos.

Después de eso me tocó ir a descansar una noche a Las Margaritas, en una casa que supuestamente era segura, pero como a las seis de la mañana entraron a garrotearme en la cama. Lo bueno es que mi cabeza estaba pegada a la pared y ahí quedó la mancha de donde llegaba la punta de los garrotes, pegué el grito y se fueron. Luego en mi plato de desayuno, unos huevos con caldo, encontré un montón de cositas que brillaban, unas bolitas. Las aparté en una servilleta y se las llevé a una amiga química que tenía en Comitán. Me dijo que era veneno, ¡era mercurio! No dije nada, en la tarde regresé y me sirvieron un caldo de res otra vez con bolitas de esas y ya salí corriendo. Me querían matar ese día, primero con los garrotes y luego con el veneno. Poco después de eso, en la banqueta frente a mi casa en Comitán, dos veces en una semana encontramos una cruz con chile, huevos y no sé qué tanta cosa. Me querían chingar, yo decía, esos brujos. Araceli Burguete, mi compañera, se daba cuenta. Ella es una mujer muy comprometida también, nos conocimos en 1983 en la marcha que se hizo a México. Ella estaba como periodista y desde entonces coincidimos en muchas cosas y empezamos a andar juntos.

Pasaron muchas cosas en ese tiempo. Cuando estábamos en la zona central de Carranza, Pujiltic y Las Rosas un día me comisionaron para ir a la zona fronteriza. Teníamos una camioneta y salimos de Comitán

a las seis de la mañana Antonio Hernández,[2] otro compañero, una compañera y yo, íbamos por el barrio la Pila en una bajada y de repente sentí un golpe fuerte; nos golpeó un camión grande, la camioneta pegó en una casa y rompió la pared. La compañera quedó tiesa con medio cuerpo afuera y yo me di cuenta que un brazo se me había volteado en el volante. Se sumó la gente y se acercó una vecina, me llevó a su casa, me dieron una botella de pox y ahí mismo me jaló y me compuso el brazo.

Una vez llegué a Comitán bien cansado y con hambre, de la friega de andar caminando y sin comer, se paró una camioneta y el conductor me preguntó si yo era Margarito. "Sí", le contesté, y me dijo: "Qué tal, mucho gusto, yo soy Fulano, te invito a comer". Le di las gracias y me subí a la camioneta. Era el hijo del propietario del primer predio que recuperamos en la región, en La Trinitaria, que hoy se llama Leningrado –como éramos muy marxistas leninistas así le pusimos–, está pegado a la presa de la Angostura. Me platicó toda su historia, me dijo que estaba estudiando en Chapingo y que estaba de acuerdo conmigo, que entendía la situación; que el predio de junto al que tomamos iba a ser de él y que estaba dispuesto a que se organizaran los trabajadores y tuvieran escuela y demás. Comimos, tomamos dos cervezas y me quedé dormido en la camioneta. Ya después me llevó a donde me quedaba yo. ¡Estaba en manos del enemigo! He tenido muy buena suerte.

En otra ocasión, en el municipio de La Trinitaria habíamos recuperado otro predio y salí solo de la comunidad a pie. Venía una camioneta pickup y era del propietario. Me subí sin pensar, atrás en la góndola, yo no sé si era muy ingenuo, no tenía ninguna precaución de a dónde o con quién iba, yo agarraba mi camino. Le dije que me bajara en la entrada de Comitán y no paró; entonces me di cuenta de que era el dueño del predio. Se paró frente a la comandancia haciéndole señas a la policía de que me traía –seguía yo con órdenes de aprehensión– pero no le hicieron caso. Yo ahora reflexiono que en todo ese proceso, sobre todo al principio, mucho rato estaba yo solo. Solo, sin dinero, menos podía tener un carro, entonces andaba yo a pie, de pueblo en pueblo, donde se hacía de noche ahí me quedaba y seguía al otro día a otro pueblo. A veces me confundían con un sacerdote en el camino, me decían: "Padrecito, que Dios lo bendiga". Por eso ahora le reclamo a algunos compa-

[2] Joven dirigente tojol-ab'al que en los años 90 fue líder estatal de la CIOAC y diputado federal.

ñeros de Comitán que, cuando hay que ir a atender a la gente a La Independencia o a otro lado, donde a cada rato entran combis, me dicen: "Es que no encontré cómo ir porque el compañero que tiene carro no pudo". Pero hay transporte, yo me iba caminando a donde fuera. Después, ya cuando estábamos en el movimiento indígena, unos ancianos del Estado de México en una ceremonia me llamaron y me dijeron: "Has tenido muchos problemas, pero tú estás acompañado siempre".

La persecución era por todos lados, pero la decisión era morir o cárcel, es decir, no había de otra, la decisión estaba tomada. Pero de repente había muchas épocas de miseria total. Mientras yo vivía en la comunidad, pues ahí comía lo que fuera, con la gente, pero te sales y no tienes ni un peso. En Comitán durante un buen rato me daba posada un maestro, poblano, por cierto, y de repente tenía algo de comida, pero un día llegué, abrí el refrigerador y nada. Yo no había comido en todo el día, tuve que ir a la basura, me encontré tortillas tiradas y con esas comí. De repente visitaba yo a mis padres y cuando me preguntaban cómo estaba les decía que bien, no tenía por qué contarles porque ellos no eran responsables, era una decisión personal y tenía que apechugar, seguir la vida. Ni siquiera cuando estuve en la cárcel les avisé.

Una vez, en otra toma de predios cerca de la frontera con Guatemala, terminando mi turno estaba durmiendo en un campamento con la gente, todo sucio y ya traía mis zapatos bien viejos. Tenía que ir a Tuxtla al otro día a una reunión y la gente me cooperó para que fuera y para que me comprara unos zapatos, no me acuerdo cuánto era, el dinero valía más. Llegué ya de noche y la reunión era al día siguiente. Tenía tanto tiempo sin tomarme una cerveza que cuando llegué me fui a un bar y me tomé mi cerveza, sabroso. Salí a las 12 de la noche del bar, me sentí bien, relajado y recuperado; ya no compré los zapatos pero me recuperé emocionalmente.

Tuvimos situaciones muy difíciles. Había un compañero, Alfredo Morales, que era de los líderes fuertes de Las Rosas; en una época yo vivía allí y todos los días bajábamos a ver a los trabajadores agrícolas, a los cortadores de caña, a seguir organizando a la gente. José Rodríguez me decía que ya no anduviera yo con él porque lo iban a matar y si andábamos juntos me iba a tocar a mí también, pero yo no podía decirle que ya no fuera conmigo, era compañero y yo era el que traía el carro. Poco después de eso lo mataron, salió de su casa para ir a donde nos habíamos quedado de ver y caminando por la calle lo asesinaron. Y así pasaron dos o tres asuntos en diferentes momentos.

Siempre decía que a mí no me pasaba nada, la vida seguía. Después de toda esta cuestión y después de un atentado contra Araceli, que estaba embarazada, nos trasladaron como familia a la Ciudad de México, pero yo seguí regresando a Chiapas. Fue cuando ya se cerró la etapa de puramente tomar tierras, que se complementó luego con la unión de créditos. Ya había tierras, en algunos lados teníamos maquinaria y hasta se compró una casa en Comitán y dos camionetas; por cierto, después vendieron la casa y ni siquiera me avisaron, cosa que lamenté mucho, porque construyes y construyes, te vas porque es necesario, llega otro y destruye, así ha sucedido varias veces. Estando en México empecé a reflexionar más sobre la cuestión indígena y a plantear el tema en las reuniones y en la directiva de la CIOAC pero no entendían, me decían que estaba loco. Yo insistía en que era necesario, entonces dijeron que iban a buscar un antropólogo para que les explicara. Yo les dije que buscaran antropólogos, pero yo iba a seguir. Finalmente, en un congreso nacional logramos que se abriera una Secretaría Indígena en la estructura, eso fue como en 1987.

A finales de 1986 un día estábamos Antonio Hernández y yo platicando que ya la gente tenía tierras, teníamos la UNCAFAECSA, crédito para fertilizante e insumos, pero la gente estaba triste, sobre todo los grandes. Decían que ya no se tocaba música, ni los tambores, que ya no iban a las cuevas a hacer sus ceremonias. Entonces me cayó el veinte de que no solamente eran campesinos, sino indígenas, con sabiduría, tradición propia y urgía recuperar y reorganizar todo eso. Decretamos toda la cañada como tojol-ab'al, creamos el Consejo de Gobierno Tojol-ab'al y decretamos la autonomía. Fue difícil porque ya estaba el Consejo Supremo Tojol-ab'al, formado por la CNC, pero como ya había división logramos que la mayoría de la gente quedara integrada a nuestro consejo, pero también hubo balazos porque no aceptaron fácilmente que habían perdido. Formamos el consejo de gobierno, integrado por comisariados, agentes municipales, parteras, curanderos, rezadores y todos. La idea era recobrar la estructura de los pueblos. Empezamos a recuperar los cerros para los rezos e hicimos un gran evento en Plan de Ayala –mi comunidad– al que fueron miles de personas, hombres y mujeres y duró cuatro o cinco días. Entró la policía pero teníamos retenes y ahí los desarmamos, les dimos su recibo para que recogieran su pistola cuando salieran; los dejamos entrar, que fueran a la fiesta y a comer, pero sin armas.

Estando en ese proceso, de repente en Comitán, en La Castalia, un centro católico de capacitación de catequistas, empezaron a hablar en contra del Consejo de Gobierno Tojol-ab'al, decían que estaba regresando la brujería, que iba a haber matanzas y lanzaron a cientos de jóvenes de las comunidades en contra del gobierno tojol-ab'al. Dijimos, no pasa nada, respetamos a los cristianos pero queremos que respeten nuestro proyecto, y así estuvo un buen tiempo la unidad tojol-ab'al. Después se debilitó el gobierno autónomo, empezó a haber algunas contradicciones porque la iglesia era muy fuerte, tenía mucha presencia. De todas formas la gente siguió unida mucho tiempo pero ya sin la estructura, aunque funcionaba la ley tojol-ab'al. Por ejemplo, cuando había un muerto la gente resolvía como juez para levantarlo y se hacía el acta y todo, no intervenían las leyes digamos del gobierno. Fue una gran experiencia, hoy lo lamento mucho, la Cañada está hecha pedazos, todos enfrentados, encontrados, fuerte. Yo todavía tengo la esperanza de que haya diálogo y se vuelvan a unir los tojol-ab'ales, pero lo veo difícil, hay muchos intereses de grupos.

En ese tiempo, 1988 más o menos, fue cuando comencé a participar en unos cursos y encuentros que organizaba Rodolfo Stavenhagen, a los que venían también indígenas de Centroamérica. Ahí encontré finalmente una ruta a todo lo que yo venía batallando solo o casi solo. Entonces ya íbamos a reuniones en Panamá, en Guatemala, Costa Rica, y empezamos a formar organizaciones indígenas internacionales. A principios de 1989 formamos el Congreso de Organizaciones Indígenas de Centroamérica, México y Panamá, con sede allá en Panamá. Por cierto, cuando los gringos invadieron estábamos allá, en la oficina de los kunas y ahí nos quedamos no sé cuántos días, no podíamos salir. Lo bueno es que había bastante despensa y cervezas. También en ese tiempo fue cuando logramos abrir la puerta de Naciones Unidas en Ginebra, donde se planteó en la Comisión de Derechos Humanos la necesidad de una estructura indígena. Yo iba casi cada año, pero éramos tan pobres que los indios de Canadá y de Estados Unidos eran los que nos financiaban la comida y el hotel, ellos nos apoyaban. Finalmente se logró que se formalizara el Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas y que lo aceptaran los Estados, pero fue hasta el año 2000 que se instaló. Es un espacio que ha servido mucho porque se plantea la voz indígena, los gobiernos se comprometen y después se revisa si están cumpliendo o no.

De septiembre de 1988 a octubre de 1991 fui diputado federal plurinominal. En esa época Eraclio Zepeda era miembro del consejo político del Partido Mexicano Socialista y él fue quien me propuso en el seno del partido. Ya que la CIOAC había aceptado la cuestión indígena, dije: pues vamos a formar una organización y formamos el Frente Independiente de Pueblos Indios, FIPI, Araceli fue la asesora principal. Como ya tuve dinero porque era diputado –era poco pero alcanzaba– recorrí el país para formar el FIPI, desde Sonora hasta Quintana Roo. Para eso sirvió el dinero de la Cámara y además tenía yo tres personas de apoyo, entre ellas estaba Gaudencio Mejía y ya después se integró Cecilio Solís al FIPI.

En esos viajes llegaba a las comunidades con las autoridades y me presentaba como del FIPI; primero escuchaba –o escuchábamos cuando iba con alguien más– sus problemas, sus necesidades; luego empezábamos a explicar que nosotros no éramos dueños solamente de nuestras parcelas o de nuestra casa, por eso no solamente íbamos a solicitar la tierra, la tierra la daba la reforma agraria, algunas hectáreas, pero que éramos dueños de todo, el río, las montañas, las cuevas, los vientos. Porque nosotros siempre estuvimos aquí, por miles de años y los que llegaron después se hicieron dueños, por eso nuestra lucha ya no solamente iba a ser que nos dieran un pedazo de tierra para sembrar, sino que iba a ser para recuperar nuestro territorio. Y la gente decía: "Ah pues sí es cierto, si de por sí éramos de aquí entonces todo es de nosotros". Cuando le llegas a la gente rápidamente, de corazón, te dicen: tienes razón, vamos a organizarnos.

A veces me pregunto ¿cómo llegaba yo con la gente? Pues quién sabe, el asunto es que yo llegaba. Por ejemplo, ¿cómo me presenté en Quintana Roo, cómo nos encontramos con Carlos Chablé?, tendría que recuperar un poco la memoria de eso, no me acuerdo cómo fue, pero me aceptaron los generales mayas, me integré con ellos, entré a sus iglesias, descalzo, porque ahí no permiten que entres con huaraches o zapatos, me llevaron a los diferentes centros ceremoniales, fue una cosa impresionante. Ahí también me ayudó un anciano sacerdote maya de Guatemala que conocía, se juntaban los sacerdotes en la ceremonia y me decían que era bienvenido y que ojalá volviera para ir allá o acá. Ese sacerdote maya vivía –espero que viva todavía– en Totonicapán, le decíamos Tata Tino porque creo que se llama Agustino, íbamos seguido allá a verlo y después vino a Palenque y a Tulum, porque hacíamos ceremonias en Chiapas y en varios lados, para fortalecer la espiritualidad maya dentro del pro-

ceso de autonomía, porque tienes que recuperar tu historia, tu raíz, o sea, saber de dónde vienes para saber a dónde vas. También hicimos varios eventos con los generales mayas de Quintana Roo. En medio de toda esta cuestión, ya con la espiritualidad en vivo, actuando y no imaginando, teníamos más sabiduría, más fortaleza y más decisión de seguir adelante.

Me acuerdo también de las primeras relaciones con los yaquis, ellos nunca se abrían, eran una agrupación interna y no se abrían al mundo, pero nosotros logramos entrar. Yo estuve mucho tiempo viviendo con ellos, no de forma permanente pero fui muchas veces. Me nombraron como secretario de los gobernadores y ahí sigue mi lugar. Me llevaron a recorrer una parte del desierto y de su territorio y les conseguí 400 rollos de alambre de púa para que terminaran de cercar su territorio. Fue muy interesante. Hasta la fecha la estructura yaqui sigue en comunicación conmigo. Cuando terminé de ser diputado lo único que me quedó fue un Volkswagen blanco. Me acuerdo cuando me regalaron un reloj, un reloj de oro o no sé qué, un Rolex; me acuerdo cuando la gente estaba enfrente de la Cámara gritando: "¡Queremos frijoles, no Rolex!". A los tres meses de que salí de la Cámara no teníamos ni para la leche de los niños; fui al Monte de Piedad a dejar mi reloj y cuando vieron que estaba grabado con mis iniciales me dijeron que no, que así no se vendía. Les pedí que me dieran lo que fuera, no me acuerdo cuánto fue, pero nunca pude recuperar el reloj. No me arrepiento, era parte del plan, parte del trabajo.

Siguió el trabajo con el FIPI y se formó en todos lados. No sé de dónde conseguíamos recursos, una parte nos financiaba el INI con proyectitos y también en varios momentos tuvimos financiamientos internacionales, por eso es importantísimo que las cosas se administren bien, para tener autoridad y seguir gestionando, pidiendo, porque si administras mal ya no te dan, ¿con qué autoridad vas a acudir?. Entonces hay que hacer las cosas tal cual de acuerdo con el proyecto, que de ahí sale para que tomes pozol, pues sí, pero tienes que administrar bien.

Hicimos diferentes organizaciones en las regiones, cooperativas, grupos de mujeres, grupos de jóvenes. Por ejemplo, dentro del FIPI surgió Maya´ik, que nació en Yucatán porque ahí se registró su acta constitutiva, pero estuvo en varios lados. Desde Maya´ik construimos una ruta turística que llamamos la ruta de Zapata, hicimos un buen trabajo en Xochimilco con los ajolotes, en Chiapas hubo varios grupos y en

otras partes. También se firmó un convenio con el Instituto Politécnico Nacional para que los jóvenes fueran a asesorar, a apoyar la formación de grupos de Maya´ik, principalmente en Tabasco. Cecilio Solís trabajó mucho en Maya´ik y de ahí formó después la RITA, la Red Indígena de Turismo de México. No sé dónde haya todavía grupos de Maya´ik, creo que sólo en San Cristóbal sigue, pero quedaron nada más con transporte urbano. De vez en cuando voy a sus reuniones y estoy planteando retomar el objetivo central de la organización, que era la recuperación territorial, con la protección del medio ambiente, el turismo alternativo, turismo ecológico y con las artesanías, la música, el arte en todos sentidos.

Ahora tengo claro que el proceso del FIPI creó condiciones para que se formara el Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular. Desde 1990 empezamos a plantear el asunto, fue un movimiento internacional, acordamos lo de los 500 años de resistencia cuando los gobiernos hablaban del encuentro de dos mundos. Aquí en el país hicimos un recorrido por todos lados y fue muy interesante porque se sumaron muchos sectores, no solamente los indígenas, sino jóvenes, sindicatos, universitarios y diversas organizaciones, por eso el nombre fue 500 años de resistencia indígena, negra y popular. Fue un evento muy fuerte y muy interesante, a nivel nacional e internacional, porque abrió mucha perspectiva. Hablar de la historia, de que nos invadieron, nos quitaron, nos mataron, destruyeron nuestros templos, nuestra sabiduría, se hicieron dueños de todo y después nosotros quedamos como esclavos en nuestras propias tierras, hizo que la gente reflexionara. Entonces surgieron diversas reacciones porque de alguna manera la gente en muchas partes del país estaba organizada, principalmente como campesinos, pero les faltaba la parte indígena; cuando empezamos a resaltarla hubo un nuevo despertar, la gente se daba cuenta de que era así, de que no solamente sabía sembrar, sino que sabía muchas otras cosas.

También el asunto de los 500 años fortaleció la organización internacional. Se amarraron contactos, proyectos y creamos organizaciones y estructuras internacionales. Cada organización llegaba con planes y proyectos, y ya quedaban los contactos para darle seguimiento a todos los asuntos. Cuando se acercaba el 92 hice varios viajes porque muchas organizaciones no gubernamentales y fundaciones, sobre todo de España, nos invitaban a hacer recorridos, conferencias con jóvenes, con trabajadores, con organizaciones y con todo el mundo. Recorrí casi toda

España en varios viajes. En el último de esos viajes –yo era diputado– me invitaron como conferencista al curso de verano de la Universidad Complutense en Madrid. Fue un evento de 10 días que se llevó a cabo en el Escorial y mis compañeros o colegas, digamos, eran exembajadores, exfuncionarios, intelectuales de diferentes partes del mundo, cada quién llevaba su tema y yo era el único indígena. El coordinador era Desmond Tutu, sacerdote y abogado de Nelson Mandela, hablamos horas y horas, una cosa impresionante. Todos usaban traje y corbata pero yo nunca he usado corbata ni saco en mi vida. Para las comidas había una mesa especial, con vino especial y todo para los ponentes o maestros; a unos metros estaba la mesa de los estudiantes con otro tipo de vino. Muchos eran gitanos, yo llegaba antes que los maestros, me invitaban a sentarme a su mesa y pues yo comía ahí, convivía con ellos. Los organizadores me decían: por favor, la mesa de usted es allá, pero yo les decía que prefería comer ahí.

Para la clausura del curso fue el rey de España y me dijeron que por favor llevara identificación porque iba a pasar con todos a saludar a "nuestra majestad", pero yo les dije que no quería estar ahí. Y no lo saludé, me subí a otro piso y desde ahí estuve viendo. Siempre fui rebelde en ese sentido, yo respeto pero que respeten también mi decisión. Por cierto, en ese curso me pagaron ocho mil dólares, muchísimo dinero por estar ahí 10 días y con todo pagado. También fui a Alemania a dar conferencias y además estuve 15 días haciendo un recorrido en toda Inglaterra; fui hasta Escocia, siempre dando conferencias, aunque eso ya fue unos años después. Fue muy interesante, yo no hablo nada de inglés pero me mandaban solo en los trenes, nomás me decían a qué lugar tenía que llegar y ya bajando del tren había alguien esperándome. Uno se acostumbra.

Otro viaje importante fue en 1992 a la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, fui con Marcelino Díaz y Pedro de Jesús[3] a la cumbre paralela. Allí estuvieron también compañeros de Guatemala, de Colombia, Luis Macas de Ecuador, los kunas, que nunca fallan en los eventos internacionales, Rigoberta Menchú, había representantes indígenas de todos lados. Integramos una comisión y todos los días insistíamos en meter

[3] Líderes del Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, de Guerrero, organización reconocida porque logró detener la construcción de una presa en su región. Dirigentes también del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena.

nuestra propuesta a los gobiernos, y lo único que conseguimos fue el famoso artículo 8J del Convenio sobre la Diversidad Biológica,[4] que fue un gran logro.

El viaje más largo que hice –no recuerdo en qué año, pero ya fue después de 1992– fue a la India, a Nagpur. Esa vez me fui primero a Panamá, ahí nos vacunaron no me acuerdo para qué y viajamos a Londres. Estuvimos una semana porque teníamos ahí una oficina de La Alianza Internacional de los Pueblos Indígenas y Tribales de los Bosques Tropicales, una organización a la que pertenecíamos, con la que se hizo el viaje. De Londres tomamos otro avión a Kuwait, al desierto. Fue una cosa impresionante, brillaba todo de limpio, los pisos, los edificios y casas, y la gente también muy limpia, en el vil desierto. Estuvimos ahí varias horas y ya salimos para la India. Llegamos a una ciudad que no recuerdo su nombre pero ya está en la selva, llena de moscas y basura, los policías traían puras escopetas viejas, todo estaba lleno de mugre, una gran diferencia con Kuwait.

Llegamos ya cansados después de tantas horas de viaje y nos dijeron que teníamos que dormir dos personas en cada cama; preguntamos por qué y nos dijeron que así se acostumbraba. ¡Nosotros no teníamos esa costumbre! Tuvimos que contratar otra habitación. Al otro día tomamos otro avión para llegar a Nagpur, donde fue el evento. Ahí sí estuvimos en un gran hotel, cada quien en su habitación, pero no había baño, nomás había un hoyo, así como en la cárcel. No había papel ni toalla, sólo una cubeta de agua al lado del hoyo; o sea, te limpiabas con el dedo y te lavabas ¿o qué? Esa misma tarde nos rebelamos y no sé cómo le hicieron pero a media noche nos llevaron toalla, papel y jabón. Además, cuando llegamos estaba todo limpio, pero luego no limpiaban. El mantel, por ejemplo, fue manchándose, pasaban los días y más se manchaba, terminó bien mugroso. El salón donde nos reuníamos tenía unos aparatitos para la traducción simultánea y estaban llenos de polvo, todo estaba lleno de tierra. Dos o tres días llegué temprano y estaban limpiando pero nada más los papeles, ni barrían ni trapeaban, nada. Fue una aventura muy interesante.

Pasado el 92 muchos de los grupos que se habían sumado se retiraron, pero la mayoría de los indígenas seguimos porque el movimiento

[4] Único inciso del convenio que se refiere a las comunidades indígenas y sus conocimientos sobre la conservación de la biodiversidad.

indígena no era algo coyuntural de un solo evento. La gente estaba entonces esperando a ver qué se hacía, qué seguía. Entonces fue cuando nació el proyecto de la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, la ANIPA. Surgió a partir de iniciativas regionales pero por el trabajo del FIPI y del consejo de los 500 años; los principios, los objetivos y toda esa cuestión vienen del FIPI. La iniciativa de reformas constitucionales en materia de derechos indígenas fue una propuesta emanada del FIPI y planteada durante mi gestión como diputado. Con la ANIPA se continuó la lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. Así cambió el rumbo del movimiento campesino agrarista a un movimiento indígena, que ya no luchaba por el fertilizante sino por su territorio, por sus derechos políticos, por su autonomía, por su libre determinación; dio la vuelta. Todavía en las organizaciones campesinas pedían que les explicáramos de qué se trataba y les decíamos que se trataba de que nosotros no éramos campesinos de ayer, sino los primeros dueños de estas tierras. Cuando vino la invasión europea nosotros estábamos aquí, teníamos nuestro gobierno, nuestra estructura, nuestros palacios, nuestros templos, nuestras montañas, nuestros vientos, todo. Iniciaron una guerra y digamos que ganaron, nos quitaron todo pero no lograron exterminarnos.

Teníamos pocos recursos, la propia gente de las regiones buscaba cómo trasladarse porque no es que les dieran para sus pasajes. De repente encontrábamos apoyo para un café o algo, pero los compañeros se movían porque estaban convencidos y hacían un esfuerzo por acudir a las reuniones, a las asambleas. Por eso los resultados que ahora tenemos son producto de varias consultas y debates en las regiones y en los estados con las autoridades tradicionales, porque no se hizo una iniciativa de ley por hacer, sino a partir de la realidad de los pueblos y eso nos da autoridad de decir que nosotros lo hicimos con los propios pueblos.

Cuando hicimos el primer recorrido como ANIPA por todo el país yo estuve al frente. Cuando empiezan las cosas es difícil porque no hay estructura, no hay dinero, faltan muchas cosas; estoy seguro de que si no hubiera sido así la situación hubiera sido más difícil, porque alguien tiene que estar jalando y entonces la gente se suma. Yo me siento contento con eso y por eso a veces digo: yo ya hice, mejor ya síganle ustedes. A veces me critican, dicen que me siento el dueño y no sé qué cosas, pero no saben cuánto tiempo nos llevó que existiera este movimiento y

cuánto nos costó, porque nosotros llevamos la información a las montañas más lejanas. Lo que hice ahí está.

La ANIPA era una estructura fuerte, tenía presencia en muchos espacios a nivel nacional e internacional y teníamos alianzas con otras organizaciones. Cuando surgió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) hubo una relación con ellos y participamos en los diálogos de San Andrés, pero a eso me referiré más adelante. Por otro lado, se pactó con el Partido de la Revolución Democrática (PRD) para que tuviéramos uno o dos diputados plurinominales indígenas cada trienio, así fue como entraron en 1994 Martín Equihua, de Guerrero, y Antonio Hernández, tojol-ab'al, y después otros. Unos años después se abrió la Secretaría Indígena en el PRD y yo fui secretario, formé parte del comité nacional del partido. Después de un tiempo desapareció la Secretaría Indígena, se rompió esa alianza y se fue debilitando la relación de los pueblos indígenas con el PRD porque ya no había espacios. Una vez nos reunimos directamente con Cuauhtémoc Cárdenas y le planteamos el proyecto. Nos dijo que si no hubieran llegado los españoles de todas maneras hubieran llegado otros. Le hablamos sobre los derechos indígenas y la autonomía y su respuesta fue: "¿Para qué? Están bien así como están".

Hubo varias asambleas regionales y nacionales de la ANIPA y cuando nos dimos cuenta de que había condiciones, en 1999, hicimos una agrupación política nacional (APN), entonces teníamos la ANIPA AC y la ANIPA APN. Como APN ya teníamos recursos, entonces volvimos a recorrer el país. Se hizo una revista, se daban capacitaciones y se abrieron oficinas en 22 estados, alcanzaba el dinero para eso, aunque en la Ciudad de México no se pagaba renta porque la oficina estaba en una parte de mi casa. Yo planteé siempre que la ANIPA también tuviera una estructura que se sentara con el gobierno a gestionar ante las distintas dependencias las demandas de los pueblos y comunidades, como hace cualquier organización, pero eso nunca se hizo, más bien la ANIPA siguió un trabajo más de organización política, organización autonómica y de estructura indígena. Cuando fue la campaña presidencial en 2000 solicitamos una reunión a todos los candidatos; el único que aceptó fue Vicente Fox y fue el que ganó. Parte de los acuerdos que hicimos con él fue que el INI lo dirigieran los pueblos indígenas y por eso Marcos Matías llegó a ser el primer director indígena.

La ANIPA se mantuvo fuerte por unos 10 o 12 años, hasta que se fue deteriorando el asunto organizativo porque no se administraron bien

los recursos, finalmente se terminó y se cerró. Fue un gran trabajo que se consolidó pero después acabaron con todo y quedó sin estructura nacional. Si se hubiera administrado bien, el movimiento indígena en México sería otra cosa. Yo lamento mucho el destino de la ANIPA porque inclusive se llegó a plantear la posibilidad de crear un partido político nacional indígena, si lo hubiéramos hecho todo sería diferente. Pero esto depende mucho de quién encabece las cosas, es muy difícil que la gente cuide lo sagrado, piensa que todo es fácil, pero un peso que se desvíe afecta a todo el gran proyecto.

En la misma época en que se estaba formando la ANIPA regresé a Chiapas y empecé a formar las Regiones Autónomas Pluriétnicas (RAP). Seguía recorriendo el país pero a la vez trabajando en Chiapas. Araceli y yo trazamos las rutas de las regiones autónomas, se reencontró y reorganizó la gente, tomamos las instalaciones del INI en San Cristóbal, pusimos una manta que decía que era territorio recuperado, territorio autónomo, y decíamos que habíamos mandado a los del INI a sus vacaciones más largas. Pero no fuimos violentos y además les dejamos una parte de las oficinas. Ahí en lo que eran las casitas del INI pusimos un salón de eventos, un dormitorio y un restaurante, además de nuestras oficinas; funcionó bien por un buen tiempo, lamentablemente ahorita está hecho basura. Hicimos todo lo que teníamos que hacer, se formó el Cecadepi (Centro de Capacitación para el Autodesarrollo de los Pueblos Indígenas), conseguimos equipo, conseguimos recursos, después se formó el fondo para el desarrollo, otra asociación civil, formamos dos o tres. Era muy interesante, la gente pagaba la luz, pero en la sede de las RAP.

Cuando surgió el EZLN estábamos empezando el trabajo para formar las RAP y la ANIPA. Ya teníamos documentos y teníamos cada vez más claro el asunto de la autonomía, los derechos de los pueblos indígenas y toda esa cuestión. Nosotros ya teníamos conocimiento de lo que estaba pasando desde antes de que explotara el asunto, teníamos muy claro cómo estaba la situación. Desde que se formaron las uniones de ejidos ya había entrenamiento, cuando yo pacté con los asesores –los maoístas– claramente ellos tenían una ruta militar y nosotros una ruta de movimiento social abierto, pero había comunicación. Por otro lado, una parte de la CIOAC decidió integrarse de manera formal a la milicia zapatista. Cuando nosotros fuimos a la primera reunión, en La Realidad, ya teníamos grupos organizados, tanto campesinos como indígenas, y em-

pezamos a discutir la cuestión de la autonomía con Marcos. No aceptaba, decía que ellos eran una guerrilla popular para el pueblo, no indígena.

Cuando Marcos llegó a Chiapas ya estaba la estructura militar, él llegó mucho después. El que estuvo desde el principio fue Samuel Ruiz. Desde que éramos FIPI teníamos discusiones con él, decía que primero estaba la Iglesia. "¿Cuál iglesia?", le preguntaba; "La Santa Madre Iglesia", me respondía. "¿En serio? Tu iglesia llegó a matar, a violar, a destruir a nuestros pueblos. No estoy en contra, qué bueno que esté la Teología de la Liberación, qué bueno que estén trabajando y acompañando, pero primero no es tu iglesia", le contesté. Desde entonces nos distanciamos, yo nunca pensé en respaldar a don Samuel, pero había respeto mutuo por el trabajo y hubo coordinación donde se pudo.

Antes del EZLN ya se había dado el movimiento de los 500 años, ya estaba el FIPI y la primera ANIPA, se venía avanzando sobre la autonomía y la libre determinación de los pueblos indígenas. Vino el 94 y ¡Pum! Explotó el volcán, toda la gente volteó a ver de qué se trataba y entonces la ANIPA quedó de alguna manera a un lado. Pero la ANIPA siguió actuando, siguió viva con su proyecto, con sus actividades, y además participó en los diferentes espacios y foros del EZLN. Por otro lado, como Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular recibimos a mediados del 94 un premio, la Medalla Roque Dalton 1994 y se lo entregamos a la comandancia zapatista como reconocimiento, porque con el EZLN hubo un nuevo despertar y hay que reconocer esa parte, independientemente de que no estaba en su agenda la cuestión indígena. Si nos damos cuenta, en la primera declaración de los zapatistas no estaban los derechos indígenas y tanto la ANIPA como el movimiento indígena internacional –del que éramos parte– insistimos en que el EZLN debía meter en su agenda la cuestión indígena y se logró finalmente que aceptaran. Cuando le entregamos el premio Marcos hizo un reconocimiento y se mantuvo un tiempo digamos la confianza, entre comillas. Con las diferencias que teníamos, pero había diálogo de una u otra manera.

Cuando se formó la mesa de diálogo de San Andrés Larráinzar nos integramos. Aportamos lo que se pudo aportar, aunque algunos decían que cómo era posible que yo estuviera allí, si era del PRD. Estaban con pasamontañas pero yo los conocía, eran mis compañeros. Siempre la división, en lugar de sumar esfuerzos, los rechazos baratos sin objetivos. Se logró avanzar pero hubo grandes discusiones. Una parte de

nosotros, los de ANIPA, estábamos proponiendo dejar un acuerdo techo, porque ya sabíamos que después en el Congreso lo iban a bajar. Ahí empezó la discusión entre Gilberto López y Rivas y Héctor Días Polanco. Gilberto y Magda Gómez coincidían en que quedara un acuerdo de piso y después pasó lo que pasó: se llegó al sótano. En la revisión de los detalles finales de los acuerdos ya no había más que seis u ocho indígenas entre michoacanos y oaxaqueños, pero ninguno de Chiapas. Eso por parte del EZLN, porque por parte del gobierno no quedó ninguno. La parte gubernamental estaba encabezada por Magda Gómez, que estaba en el INI y después se hizo muy zapatista. Al final aceptaron el texto que todos conocemos y la comandancia ya no estuvo de acuerdo.

Después de los diálogos de San Andrés vino un enfriamiento de la relación entre la ANIPA y el EZLN, pero en medio estaban los asesores, entre ellos Luis Hernández Navarro –el de *La Jornada*–, Gilberto López y Rivas y algunos curas que no recuerdo bien. Ellos fueron los que empezaron a hacer a un lado a la ANIPA, la descalificaban, la golpeaban, porque nosotros siempre planteamos una reforma legal y pacífica para el reconocimiento de los pueblos indígenas. Luego crearon el Congreso Nacional Indígena (CNI). En todo ese proceso Marcos no quiso fortalecer una relación con la ANIPA. Nosotros humildemente decidimos acompañar también al CNI, estuvimos en diversos eventos aportando lo que nosotros sabíamos, porque el CNI era nuevo en toda esa cuestión; seguíamos insistiendo en la autonomía pero en las discusiones que teníamos no aceptaban. Había pocos líderes indígenas en el CNI y había asesores no indígenas, como Hernández Navarro. Entonces nosotros dijimos: respetamos su rumbo, su ruta, pero nosotros vamos a seguir por nuestro lado. Cuando nos distanciamos más fue cuando se convocó al Frente Zapatista de Liberación Nacional. Muchísima gente se estaba sumando, pero cuando los zapatistas declararon que ahí no tenía entrada nadie que fuera simpatizante o militante de algún partido político, pues nosotros éramos del PRD. Yo lamento lo que pasó en la relación con el EZLN y lamento mucho el debilitamiento de la ANIPA, si su aparato hubiera seguido funcionando las cosas serían diferentes.

Cuando ya estaban las RAP funcionando, no recuerdo en qué año, entré en crisis, emocional y físicamente. Me enfermé, fui a consulta pero no tenía dinero. Tenía que ir a Brasil a un evento, ya tenía el boleto, pues la mayoría de esos viajes son pagados por algún organismo. Me fui al aeropuerto en una camioneta con Óscar, un compañero chilango

que nos apoyó un tiempo. El aeropuerto que operaba era el de Terán y la carretera no era la de ahora, de varios carriles, sino la angosta. Ya era tarde, entonces fui manejando rápido. Ya cerca del aeropuerto se paró una combi, uno de los pasajeros quiso cruzar y que lo atropello. Yo pensé que se iba a quedar ahí nomás, además era un gordote, más gordo que yo, pero voló y la señora venía atrás. Me acerqué, vi que estaba vivo y me cayó el veinte. Le dije a Óscar que nos fuéramos y le mandáramos a un médico. Llegando le dije: "Ten la camioneta, súbela en ese camino de terracería, déjala allí y ten para tu pasaje para que te vayas a San Cristóbal". Alcancé a subir al avión y Óscar se quedó ahí. Llegó la señora con la policía, lo agarraron y lo llevaron a la cárcel. Llegué a la Ciudad de México y me llamó Araceli, que me regresara, que Óscar estaba preso. Yo estaba enfermo físicamente e igual emocionalmente estaba en crisis, pero tenía que cumplir ese viaje, esa misión, entonces le dije que no iba a regresar. Que me aguantara y yo me entregaba regresando.

Ya cuando iba al avión para Brasil me encontré un libro que se llama *Un punto en el infinito*. Me subí al avión y empecé a leer. Una cosa impresionante, el autor es un hindú, no recuerdo cómo se llama. Aprendió la medicina indígena de la India, después vino a México y aprendió la medicina maya y después se fue a Brasil y aprendió la amazónica. Al leerlo empecé a recuperar espiritualmente mi energía, el libro me decía: tienes problemas pero eres fuerte, estás enfermo pero te vas a curar. Terminé el libro en el viaje y llegué a Brasilia recuperado espiritualmente, me sentía bien. En la oficina donde me recibieron tenía un fax pidiéndome que regresara porque Óscar estaba desesperado, contesté que por favor aguantara. Me dijeron que Fernando Aceves ya lo sabía, que iba a estar pendiente y a atender el asunto. Fernando era entonces subdelegado de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) en Tuxtla, éramos camaradas y él agarró el paquete. El señor estaba en el hospital, le dieron seguimiento y a los ocho días nos dijeron que no iba a morir ¡qué salvadota! Óscar iba a salir de la cárcel, pero tenía que firmar el compromiso de cubrir todos los gastos aunque Sedesol iba a pagar todo. Y pensé: el libro me está cobrando o me está diciendo que voy a tener apoyo aquí, allá y en todos lados, no sé qué cosa me dio el libro.

Tomamos otro avión y luego un barquito no sé cuántas horas, hasta que llegamos a un punto en la selva, en una parte de la Amazonia. Bajamos del barco y ya estaban los ancianos con su música, nos recibieron, comimos, entró la noche y estaban con los tambores, nos invitaron a una

ceremonia más tarde. Era una reunión de medicina tradicional, con indios de Canadá, ancianos principalmente, varios de Centroamérica y yo de México. Llegamos y había una gran fogata debajo de un gran árbol y una bebida sagrada llamada ayahuasca. El que hacía la ceremonia nos explicó cómo funcionaba; cada quien estaría en su hamaca y nos iban a pasar medio vaso de la bebida; a quien quisiera más, le darían más. Nos dijo cuál sería la reacción: si te concentras, la medicina te va a ayudar a recorrer el pasado, a ver el futuro, pero sobre todo, si alguien está enfermo con eso se va a curar, espiritual y físicamente. Pues va, era mi segunda medicina. No sé cuánto tomé, un vaso, vaso y medio. Recorrí el pasado, recordé todos los sueños, antes yo soñaba todas las noches con una persecución de la fregada, en las grandes montañas yo corría y corría hasta que los perdía o nos enfrentábamos y yo siempre ganaba. Una vez me alcanzaron a medio río, un río grande, hubo una batalla impresionante y gané. En mis sueños siempre me estaban persiguiendo y eso en la vida real era cierto, pero además –y no he entendido por qué– dormía en cualquier lado pero en las noches me movía mucho, en mi sueño me movía y chocaba con las paredes, me tenía que despertar para ver qué estaba pasando, me volvía a dormir y otra vez lo mismo, no sé por qué, no estaba yo tranquilo.

Después de una semana o 10 días de que estuvimos ahí salí totalmente de la crisis. Estaba contento porque ya me sentía espiritualmente bien. Llegando a México recibí la noticia de que Óscar ya había salido y el señor ya estaba bien. Regresé a San Cristóbal, gracias a Dios, Óscar ya estaba integrado a las actividades otra vez. Fue otra aventura muy impresionante para mí, porque el libro me ayudó muchísimo y se complementó con la ceremonia sagrada de la ayahuasca y todo eso.

No fue mi primera ceremonia, ya había participado en algunas con el anciano de Guatemala, con los ancianos del Estado de México que me decían que siempre estaba acompañado y en mucho lados. Una vez en el desierto de Arizona me invitaron a una ceremonia con temazcal, pero el temazcal de los indios del norte es diferente a los de aquí, es redondo y tienes que estar sentado, en el centro está el fuego y tarda mucho tiempo. Hay mucho calor y estás sude y sude, tienes que fumar dos o tres veces la pipa de la paz o algo así y cada fumada tienes que echar un rollo y dura horas, ya eran como las cinco de la mañana cuando salimos. Yo estaba tan cansado que tenía que concentrarme porque ya no aguantaba, ya me dolía todo de estar sentado y si estiraba mis pies

me quemaba, pero resistí. Saliendo del temazcal, de repente te bañan con una manguerota con agua helada. Después nos dijeron que era una prueba, para ver si estabas firme en lo que hacías. Pero se sentía chingón, estar sude y sude y luego la manguera. Fue otra aventura.

Estuve en otra también en el desierto, con peyote y con sangre y carne de venado. Un marakame, creo que de Nayarit, fue el que encabezó la ceremonia allá. Igual había gente de Canadá y dos o tres de Centroamérica. Como a las 10 u 11 de la noche empezó la preparación, una gran fogata. El marakame nos explicó que había que hacer un gran círculo alrededor del fuego y me dijo que me sentara con él, que yo le iba a ayudar y me dio un manojo de plumas, como de águila o no sé de qué. Había dos o tres que no entraron al círculo y me explicó que hay quienes no respetan la medicina sagrada y dicen que es pura pendejada, se burlan de la medicina, entonces se quitan la ropa y se avientan al fuego; por eso alguien tiene que quedar fuera, para amarrar al que se pusiera loco y evitar problemas. En el círculo quedaba un espacio para entrar o salir, por si alguien quería ir al baño y advirtió que no fueran lejos. Me dijo que fuera yo detrás de él limpiando a la gente, aventando el aire o el espíritu. Como a la una o dos de la mañana comenzó una lloradera de las mujeres y cuando le pregunté por qué lloraban me dijo que le preguntara a ellas. "Es que entró una serpiente", dijeron, el anciano respondió que ya lo sabía. Después de un rato las mujeres comenzaron a cantar, puras mujeres, no sé por qué. Cuando pregunté por qué cantaban dijeron que ya había entrado la venada al círculo; yo no veía nada, pero ahí estaba la venada. Digamos que en un momento no obedecí y me alejé del círculo para ir a orinar, pero me dio un miedo terrible y regresé corriendo. El anciano me preguntó por qué me iba, que ahí afuera estaban los enemigos y no les gustaba lo que estábamos haciendo.

Al otro día temprano me dijo el anciano: ¿te acuerdas a dónde fuimos anoche? Le dije, pues claro, estuvimos aquí toda la noche. No, dijo ¿no viste unas piedras que se movían como escalera eléctrica? Y me sorprendí, era cierto, sí las había visto. Y me dijo: es que fuimos a visitar a tu abuelo, a Palenque. Yo no conozco físicamente ahí, pero te llevé a la tumba de Pakal y las escaleras de piedra son las que estábamos viendo. No supe en qué momento había sido, creo que fue cuando me quedé un rato dormido, sentado. Después me dijo que teníamos que ir físicamente a Palenque, que lo organizara yo. Al mes fuimos y se hizo una gran ceremonia, muy interesante. En todos esos eventos sagrados yo me llena-

ba de energía, de fuerza, toda la medicina, el espíritu, la transformación y toda esa cuestión; además, leí el libro *Las enseñanzas de Don Juan*. En todos los sentidos, todo eso me daba más sabiduría para seguir.

A finales de los 90 creamos una organización en la Ciudad de México: el Consejo Restaurador de los Pueblos Indios (Corepi). Fue una organización fuerte, logramos integrar a varios jefes de los danzantes mexicas, uno de ellos Andrés Segura que además es curandero, cura rápido y cualquier cosa. Recorrimos todas las comunidades y barrios, creamos estructura y presentamos una iniciativa de ley para que se reconocieran los derechos de los indígenas de la ciudad. La llevamos a la Asamblea Legislativa del Distrito Federal y se la entregamos a Martí Batres, él nos recibió; es el tipo de gente que de alguna manera acompañaron el proceso, como Pablo Gómez, desde luego Arnoldo Martínez Verdugo y dos o tres más de la vieja guardia de la izquierda, como Amalia García que era de la CIOAC y también venía del PCM, varios de los viejos que comprendieron la importancia que tenía la cuestión indígena. En esa época fue cuando estuve en la Secretaría Indígena del PRD.

Al mismo tiempo estaba yo en Chiapas encabezando otra vez el proyecto de las RAP, me eligieron de nuevo coordinador. Se hicieron muchas cosas, estaba el CECADEPI funcionando, venían jóvenes de diferentes municipios y distintas regiones una semana por mes para formarse como técnicos comunitarios. Les llamábamos así pues la idea era que, a partir de las necesidades o problemáticas que tuvieran en su comunidad, se informaran y acompañaran a la comunidad para iniciar un proceso de transformación, de mejoramiento en todos los sentidos, cuestiones de salud, de educación; algo a lo que le aposté mucho fue a la recuperación del maíz, de los cuatro colores del maíz criollo. Teníamos también la Organización de Médicos Indígenas del Estado de Chiapas, la OMIECH, fui parte de su proceso desde el principio y se consolidó por un tiempo. También conseguí dinero para construir un supermercado, el Súper RAP, que se hizo de loza y grande, en terrenos de las RAP; además conseguí para una bodega con maquiladora de café, secadora, molino y envasadora que también se instaló allí. Se hicieron convenios con la Universidad Nacional Autónoma de México, con la Universidad Autónoma de Chiapas, con varias otras universidades y con El Colegio de la Frontera Sur (Ecosur), para acompañar el proceso del centro de capacitación.

De Ecosur me invitaron a que fuera asesor pero no se pudo, porque estaba yo ocupado en muchas cosas. Además, poco después se enfriaron

las relaciones con ellos porque, como toda la vida, científicos propios y extraños llegaban a los territorios indígenas a investigar lo que fuera y vinieron unos doctores –marido y mujer– de la Universidad de Georgia a hacer una investigación de plantas medicinales. Hicieron un convenio con Ecosur para entrar a las comunidades, pero no pidieron permiso ni a la OMIECH ni a las RAP, entonces hubo una discusión con Ecosur, que siempre había estado muy cerca de nosotros. Se hizo una gran ceremonia sagrada maya ahí con ellos y con gente del Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias. Cuando tuvimos la reunión con esta gente de Georgia y con Ecosur queríamos negociar, llegar a un acuerdo de cuáles serían los compromisos y cómo debían entrar a las comunidades, les dijimos que tenían que pedir permiso. Entonces se paró la mujer y preguntó que desde cuándo los científicos tenían que rendir cuentas a la indiada de lo que hacían. En ese momento nos levantamos y le dijimos a Ecosur que pensara qué iba a hacer con esa gente porque nosotros no nos hacíamos responsables de lo que pasara en la comunidad. Ecosur rompió el convenio con la Universidad de Georgia y se fueron. Nosotros queríamos negociar, finalmente la ciencia es beneficio para todos, pero había que crear las condiciones para que no fuera un robo más de la sabiduría de los pueblos indígenas. Nosotros siempre hemos estado abiertos a estar presentes con el resto de la sociedad, con la sociedad racista, con sus instituciones, con sus gobiernos, siempre hemos querido dialogar para llegar a acuerdos, pero con respeto.

Desde las RAP convoqué a un encuentro del maíz, porque los granos están dispersos en esta larga noche y los granos de maíz somos nosotros, urge que el maíz se haga mazorca; necesitamos fortalecernos a partir del maíz, el maíz es el alimento principal de la gente y si llamas por el maíz la gente va. Yo diseñé el evento, convocamos a los ancianos, sabios, rezadores y responsables del maíz, con sus tambores y sus banderas; se pidió que cada quien llevara maíz colorado, negro, blanco, amarillo y muchas flores, la idea era recuperar también las visitas a las montañas, a las cuevas para pedir agua y permiso a los cerros, toda esa cuestión. Lo convocamos a nivel estatal. Mandamos a hacer la cruz maya y por respeto a los cristianos, que son muchos, pusimos también la cruz cristiana, entonces había dos cruces, una con la pata más larga y la otra, la maya, en partes iguales. Construimos un gran altar, había cientos de mazorcas de maíz de los cuatro colores y flores de diferentes regiones.

Fue algo impresionante y yo estuve muy contento. Al año se hizo el segundo encuentro, le llamé: "Juntemos los granos perdidos en la oscuridad". Llegamos hasta el cuarto encuentro, aunque para el tercero yo ya no era coordinador porque fui nombrado delegado del INI en Chiapas a finales de 2000 o principios de 2001, cuando quedó como director Marcos Matías.

Cuando salí de las RAP se creó una nueva estructura, estaba todo instalado y equipado. Después empezaron los detalles, los problemas, yo todavía como delegado de la institución seguí aportando al centro de capacitación. La nueva directiva empezó a poner trabas y a desviar el rumbo. Llegó el tiempo de cambiar la directiva y los de la dirección saliente no estuvieron de acuerdo, no quisieron abandonar el puesto. Yo empecé a averiguar por qué, sin pensar y honestamente diciéndoles que había que cambiar, que eso decía la gente y era sano. Pero resulta que había un apoyo económico anual del gobierno del estado, no recuerdo cuánto pero era dinero y como ellos lo administraban no quisieron abandonar el puesto, ahí empezó la maldad. Se hizo una asamblea para discutir el asunto pero ellos manipularon a varios representantes y ganaron la votación para que no se cambiara la directiva. Los que sí querían que hubiera un cambio, los que yo apoyaba, se sintieron traicionados y se fueron retirando, entonces se debilitó la estructura de las RAP. Cuando se hizo el último encuentro del maíz ya no me invitaron a pasar a la mesa principal digamos a explicar, a saludar, a agradecer. Ya no querían caminar conmigo.

Un día me dijeron: "¿Qué crees?, vamos a repartir Las Peras" –así se llamaba el terreno porque había muchos árboles de pera–, eran dos hectáreas baldías. Decidieron repartir porque había un grupo que quería entrar, tomarse el terreno. Yo les dije que mejor dialogáramos con ellos pero no querían dialogar, ya lo habían dividido y me ofrecían mi pedazo personal. No lo quise, no quise un pedazo personal. En menos de un año los compas estos se distribuyeron el terreno, el grupo que quería entrar lo supo y entonces no solamente se tomaron Las Peras, sino todas las instalaciones, muebles, archivos, computadoras, el dormitorio, el restaurante, el centro de capacitación, la bodega, la tienda, todo. Todavía me invitaron a las reuniones para analizar el problema y les dije que habían cometido un error, que había que llamar a esos grupos a que se integraran, porque finalmente también eran indígenas de la región aunque no fueran de las RAP, que se tenía que llegar a un acuerdo. No acep-

taron, se dividieron y el resultado fue que aquéllos ocuparon todo, pero no para un proyecto sino para repartirlo y después comenzaron a venderlo por pedazos.

Yo había impulsado un proyecto, había convencido a Xóchitl Gálvez –ya el INI se había convertido en la CDI y ella era la directora, pero yo seguía como delegado– de que se construyera ahí un centro cultural maya para que, en lugar de que los artesanos estuvieran en las calles o todos apretados en la plaza de Santo Domingo, se hiciera un centro cultural donde la gente pudiera trabajar la madera y la piedra, pudiera tejer, bordar y todo; que el andador turístico llegara hasta la OMIECH, pasando por el centro cultural. Ya se había hecho el proyecto, habíamos conseguido un terreno y habíamos hablado con el presidente municipal, pero se vino el cambio y se paró todo. Fue algo lamentable. Un proyecto en el que se había avanzado muchísimo terminó en un fracaso total y ahora es una colonia en la miseria. Pero por una parte yo me siento bien, porque al menos la mayor parte de las veces que he tenido iniciativas las cosas avanzan, se consolidan; como dice el dicho popular, "Dios pone y el diablo descompone". Es muy complicado, por eso cuando la gente cree que sostener una organización a larga vida es fácil, es falso; es sumamente difícil pero no es imposible, caminas, caminas, encuentras problemas, los vas resolviendo, vas dialogando, acordando y sigues caminando.

Como delegado del INI y después de la CDI estuve cinco años. Fui el único de los que entraron con Marcos Matías que estuvo tanto tiempo, los demás estuvieron un año o meses. Yo ya conocía la estructura y cómo funcionaba, veníamos trabajando con la institución bajo convenios de diversas actividades, principalmente capacitación, cultura y proyectos productivos. Llegué y no era un espacio desconocido, aunque no sabía bien cómo estaba la estructura de los trabajadores del sindicato y los de confianza pero fui conociendo; empecé a hacer recorridos a los centros coordinadores y me encontré gente que ya me conocía, la mayoría. Me felicitaban y decían que ahora sí íbamos a trabajar, que a los delegados anteriores no les interesaba que funcionara bien la institución, que ellos llevaban muchos años ahí y querían que las cosas caminaran. Yo les decía que ahora sí habría más trabajo y más dinero, porque era la verdad, sí hubo más dinero y más trabajo. Pero también estaban los otros, los que reclamaban que era mucho trabajo, los que decían que tenían un horario y no podían salir de la oficina porque regresarían

tarde; otros, sobre todo los técnicos, se quejaban de "la indiada" y decían que sólo estaban ahí porque no tenían otra opción.

Hubo dinero, casi dos mil millones de pesos anuales. Algunos me preguntaban que cuánto iba a aprovechar de ese dinero, que todo el mundo robaba. Pues sí, pero yo no. Araceli me preguntaba cómo iba a administrar y si yo también iba a robar. A administrar, pues peso por peso bien etiquetado, pero ¿robar? Todo lo que hemos hecho en nuestra vida ha sido para que las cosas salgan bien, cómo iba yo a cometer una pendejada para después estar mal con mi conciencia, repitiéndome: robé, robé, robé, ¡no! Aprendí mucho sobre lo que hay que hacer para que las cosas se apliquen bien y por eso tuve problemas con el gobierno del estado. Había proyectos que estaba ejecutando la Secretaría de Asuntos Indígenas, primero el secretario era Porfirio Encino, que era miembro de las RAP; el movimiento indígena había acordado que fuera él y el gobernador, Pablo Salazar, aceptó, pero en marzo de 2003 se cayó la avioneta en la que iba y murió. Entonces quedó en el cargo Juan Vázquez, también integrante de las RAP y dijimos va, vamos a coordinar. Iniciamos bien. Había un convenio entre el gobierno estatal y la CDI de transferencia de recursos a la secretaría que se modificaba dos o tres veces al año. Si se necesitaba más dinero yo lo pedía y me lo daban; transferíamos más a la secretaría y nosotros también recibíamos más. Mientras en otros estados había subejercicio de recursos y sobraba dinero, aquí necesitábamos más porque seguíamos ejecutando más y más proyectos.

Xóchitl me preguntaba por qué salía tanto los fines de semana, le decía que para estar con la gente, seguía visitando las regiones y a la gente le daba gusto, visitaba también los centros coordinadores de la institución para ver cómo iban. Lo entendió, pero primero pensaba que era sólo para tener viáticos.

Después empezó a haber problemas porque comencé a cancelar algunos proyectos en Ocosingo. Siempre iba a verificar la existencia de los grupos de trabajo, a preguntar si estaban informados y cómo estaban preparados para ejecutar y administrar los recursos, pero encontré grupos de mujeres y hombres que no estaban enterados de que ya se les iba a entregar el cheque y cancelé algunos proyectos. Juan Vázquez se me vino encima y se quejó con el gobernador, pero yo les dije que no iba a ser cómplice de esas cosas. Donde lo pude evitar lo evité. Pasaron varias cosas así y hubo varios cheques que no quise entregar hasta que se rompió el asunto, con un proyecto grande en Benemérito de las

Américas. Se quejaron con Xóchitl y me llamó, pidió que fuera a México a explicarle. Me dijo que el gobernador le había hablado para decirle que estaba yo interrumpiendo el proceso de desarrollo porque no entregaba los cheques, entonces le expliqué la situación: había un proyecto muy bonito de poner una gasolinera para trailers, con un restaurante, un cajero automático y otros servicios; pero resultó que los dueños no eran las personas de las comunidades sino el secretario de gobierno, el de turismo y otros tres tipos medio narcos o algo así. Le dije que no quería pelear, que me diera un documento oficial en el que me autorizara a entregar el cheque y lo entregaba. Entonces mandó una comisión a averiguar cómo estaba el asunto; después me llamó y me felicitó. Aceptó que tenía yo razón, levantó el teléfono, marcó al secretario de gobierno y le dijo: "Lo lamento mucho pero no se va a poder ejecutar el proyecto de Benemérito porque no cumple con los requisitos". Luego me dijo: "Prepárate porque no te van a querer en Chiapas". Me ofreció que me fuera a Campeche uno o dos años mientras se calmaba el asunto, pero no acepté porque se atravesaron las elecciones y me ofrecieron una candidatura a diputado federal. Lo discutí con mi familia y Araceli me dijo que por qué me iba a correr el gobernador, que aceptara la candidatura; renuncié a la CDI y la acepté.

Salí bien, sólo tuve que devolver 10 mil pesos ya en la cuenta final porque apoyé a la CIOAC para un congreso –había un fondo para eventos de ese tipo con los indígenas– y de 60 mil pesos que les di sólo comprobaron 50 mil, pero ya se me había olvidado. Tres meses después de que salí me llamaron, que tenía que devolver ese dinero porque yo lo había entregado. Me dio risa, fui a buscar los 10 mil pesos y los devolví. Aprendí mucho en la institución y ahora me llevo bien con la mayoría de la gente de la CDI. Cuando salí dejé un montón de proyectos de infraestructura básica pendientes que ya tenían aprobado el recurso y un paquete con otros para tramitar. Unos meses después la gente me preguntaba si ya estaba autorizada su obra y cuando pregunté al nuevo delegado –un viejo indigenista que conocía bien porque fue asesor de la vieja CIOAC– me dijo que ya habían decidido que no los iban a mandar a México porque era mucho problema, mucho trabajo. Cuando yo estaba pedíamos más para hacer más cosas, me salí y decidieron mejor quedarse con lo que había.

Acepté la candidatura y perdí. Saqué como 40 mil votos y el otro 42 mil. Perdí en parte porque hubo un error al nombrar representantes de

casilla a ciudadanos que no tenían experiencia y el día de las elecciones 30% de los representantes estaban bien bolos, como decimos aquí; además había algunos grupos del PRD que estaban en contra de mi candidatura, un grupo de Altamirano, dos grupos de Oxchuc y los de Chana que se vendieron. Me quedé otra vez sin dinero y sin trabajo, entonces me integré al Comité Ejecutivo Estatal del PRD para tener algún ingreso. Estuve ahí un tiempo y seguía trabajando con la gente, toda la vida he trabajado con la gente.

Cuando estaba yo en campaña, José Luis Escandón, responsable estatal del PRD, me dijo que él ya se iba, que ya le tocaba salir y quería que yo me quedara como presidente estatal del partido y dejara la candidatura, pero no quise, entonces pusieron ahí a otro cualquiera. Pero después de tres años, ya con Juan Sabines como gobernador, había un problema con el PRD, entonces desde México, por la fuerza que yo tenía en Chiapas, me pidieron que encabezara el PRD en el estado. El comisionado en México, Miguel Barbosa, me llamó a preguntarme si le entraba; le dije que sí, pero que el gobernador no estaba de acuerdo. Me respondió que no había que pedirle permiso al gobernador si el PRD era el PRD, que el gobernador era otra cosa y si yo aceptaba siguiéramos adelante. Entonces se consensó con toda la estructura y se llamó a un congreso para formalizar el asunto, pero Sabines puso otro candidato, aunque por acuerdo yo era el único. Sarahi Osorio –apodado el Picudo– que además de ser del PRD era de la CIOAC y ya la había dividido, acordó con Sabines traicionarme, metieron a la asamblea a gente que ni siquiera era delegada y ya no dejaron entrar a los delegados. Sabines había incluso mandado gente armada. Impusieron a otro, entonces nosotros nos reunimos en otro lado, protestamos e hicimos un llamado al Comité Ejecutivo Nacional para que atendiera el asunto. Dos meses después los Chuchos[1] avalaron la maniobra esa, ya habían pactado con el gobernador. Amarraron compromisos con el gobierno a partir de sus intereses, con convenios hechos por debajo de la mesa en lugar de consolidar la estructura y las bases del partido e impusieron candidatos en todos lados. Sabines aprovechó para meter a su gente priista avalado por la cúpula nacional del partido. Después de eso abandoné el PRD, no tenía yo nada que hacer ahí, nada.

[1] Nombre que se le da coloquialmente a una fracción del PRD encabezada por Jesús Zambrano y Jesús Ortega.

Entonces nació el Mosol, Movimiento Social Nuevo Sol, por el sexto sol. Comencé a conectar grupos, organizaciones, comunidades, pero otra vez estaba sin dinero y aunque uno diga que el dinero no es importante, te resuelve y te acompaña en muchas cosas para poder hacer planes y proyectos. Registramos el Mosol como sociedad civil y se empezó a trabajar con algunos programas de la Sedesol y con la CDI; yo tenía contactos con la CDI y eso facilitó la gestoría para capacitación, para la cuestión de género, proyectos productivos y algunos de infraestructura, siempre con la gente. De ahí recorrí otra vez las regiones del estado y se fue consolidando. Ahora el Mosol tiene trabajo en diferentes municipios, se están construyendo nuevas estructuras, grupos de trabajo, organizaciones, y está presente y pendiente de lo que está pasando en el país. Me concentré mucho en Comitán para conectarme con gente de la región porque la había dejado hacía tiempo. Tuve la idea de conformar consejos indígenas, pues aunque el trabajo de Mosol era global había que hacer organizaciones locales y comunitarias. Así surgió el Consejo Indígena de Comitán para atender principalmente ese municipio, pero en realidad es regional.

Hicimos un ejercicio y le planteamos al ayuntamiento priista la idea de impulsar la parte indígena del municipio. Le dijimos que había que iniciar con un censo y nos llevamos una sorpresa, porque históricamente hay cinco o seis poblados grandes tseltales y el resto es tojol-ab'al, pero en el censo empezaron a aparecer indígenas en la mayoría de los barrios de Comitán, no solamente tojol-ab'ales sino de varias lenguas, encontramos tsotsiles, choles, chujes, mam, canjobales y otros. Con el censo queríamos demostrar la necesidad de bajar mayores recursos al municipio para atender a la población indígena. Le propusimos al presidente municipal hacer un evento y aceptó hacer uno grande. Le dijimos que serían entonces unas cuatro o cinco mil personas y tenía que apoyar con la gasolina y la comida de la gente. Donó como cuatro o cinco vacas, hubo mucha comida y yo propuse otra vez la idea de los tambores y las banderas, ¡llegaron como 200 tambores! Nos organizamos para preparar la comida, darle de comer a cinco mil personas es un paquetote. La propia gente se organizó y hubo hasta cohetes. El primer día se hizo una ceremonia en la casa de la cultura de Comitán, asistieron las autoridades para anunciar la creación del Consejo Indígena y hablamos de su recuperación, de la autonomía y la libre determinación. El gran evento se hizo en el área de la feria, que es un espacio muy gran-

de y con salones. Allí comió la gente y llegó el presidente municipal a verificar y a echar su rollo.

Al otro día la autoridad municipal llamó a la directiva del consejo para saber qué iba a hacer como Consejo Indígena. Yo no fui parte de la directiva, mi papel era acompañar el proceso. Se le explicó que queríamos consolidar la organización, que el cabildo tenía que reconocer formalmente que Comitán era de población indígena para que las instituciones federales lo reconocieran e inclusive se reconociera a nivel internacional. Preguntó cuáles eran las demandas principales y entonces le hablaron de la autonomía, la libre determinación, etcétera. Dijo que no entendía nada de eso pero que había que hacerlo. Se le plantearon varias cosas, entre ellas que se tenía que atender la zona norte del municipio porque no tenía agua y que había que atender el problema de la laguna Juznajab que estaba bajando de nivel porque sacaban agua. También se habló de que Comitán era Pueblo Mágico y se necesitaban crear condiciones atractivas para los visitantes; había que darle vida y crear las condiciones de servicio para atender a la gente.

Todo iba bien, pero como a los dos o tres meses uno de los asesores del presidente municipal nos dijo que ya no estaba de acuerdo en apoyar el proceso, porque le habían dicho que estaba apoyando a un monstruo, que Margarito Ruiz no era del PRI, era un monstruo que lo iba a llevar por otro lado. Le dije a la directiva y se llamó a una reunión; se habían nombrado dos consejeros por cada comunidad, barrio o ranchería. Decidimos formalizar el consejo como asociación civil para que tuviera vida propia, ruta e historia propia y poder buscar apoyo. Ahora ya es una asociación civil, pero la directiva se debilitó porque no tienen un salario y dicen que hay muchos gastos, aunque algunos son maestros jubilados y tienen su pensión. Yo les digo que hay que buscarle. Ahora está la estructura en un momento complicado, pero la gente está bien y el trabajo sigue.

El actual presidente municipal es del Movimiento de Regeneración Nacional, Morena, cuando era candidato le dijimos que Comitán no parecía Pueblo Mágico y le propusimos recuperar el barrio de La Pila, que se convirtiera realmente en un centro atractivo, con vida nocturna, que los fines de semana fuera un centro cultural para niños y jóvenes, con los ancianos, que haya música, poesía, arte, de todo, con un centro de capacitación para que los ancianos tambores enseñen a las nuevas generaciones. Y que esté presente el maíz; yo siempre con lo del maíz. También

planteamos que debía haber una dirección indígena en la estructura municipal. El barrio de La Pila es históricamente un centro de concentración tojol-ab'al, porque en una época en que la mayoría del cabildo era tojol-ab'al llegó un cura católico racista y ordenó que los quitaran a todos, no podía haber indios en la presidencia municipal y tampoco les iba a permitir la entrada a la iglesia de Santo Domingo. Entonces le dieron San Caralampio a "la indiada", que era el santo de La Pila. Desde entonces quedó como un centro de concentración tojol-ab'al. La Pila tiene mucha historia para mí, muchos recuerdos, porque cuando era pequeño y salía a trabajar en las fincas con mi hermano, de ida o de regreso dormíamos ahí en el kiosco, sobre un pedazo de plástico.

Desde que tomó posesión el presidente no nos ha vuelto a recibir. Pero sí se nombró a alguien como responsable de la cuestión indígena en el ayuntamiento, sobre todo por la presión de uno de los regidores, pero todavía –seis meses después– no tiene dónde atender; un compañero que no es indígena pero sí es del movimiento. Finalmente se acordó hacer un censo, lo estamos haciendo pero no me han dado para la gasolina, voy yo con mi camioneta y dos o tres compañeros más, aunque ya me estoy desesperando, estoy a punto de darle las gracias al presidente y seguir trabajando con la gente. Hay que seguir construyendo y construyendo, es muy complicado pero es lo que sé hacer. Por otro lado, durante varios meses estuve trabajando en la organización de un congreso estatal intentando reunir de nuevo a la gente; finalmente se logró que se instalara en agosto de 2019 el Congreso Estatal de los Pueblos Indígenas y Afromexicanos de Chiapas.

En cuanto al movimiento nacional, me preocupa que los diferentes liderazgos ahora están dispersos, la gente sigue en sus regiones pero no hay un centro de coordinación y comunicación. Hace como tres años surgió el Movimiento Indígena Nacional (MIN) y luego la Red Nacional Indígena (RNI); los dos están sobreviviendo de alguna manera. Muchos viejos ya no están, lamento mucho el fallecimiento de Julio Atenco, él fue parte de todo el proceso, tanto de la ANIPA como del Consejo Mexicano 500 Años y del MIN, con su organización en Veracruz. El proceso está complicado, difícil, y hay divisiones; pero me da mucho gusto que haya jóvenes integrados, digamos que comprometidos, pero no sé hasta dónde. Yo estoy contento porque se hizo lo que se hizo, hice lo que hice. Falta mucho pero ya hay hombres y mujeres preparados, es cuestión de acompañarlos un poquito, de estar un poco pendiente, no siempre están

puestos y dispuestos a escuchar observaciones, creen que ya saben todo y cuando dicen que ya saben todo quiere decir que no saben nada, porque aquí todos los días hay que aprender, todos los ratos, día, noche y tardes hay que aprender.

Margarita Gutiérrez Romero

Soy Margarita Gutiérrez, nací en San Nicolás, una comunidad del municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo, que ahora se considera un barrio de la cabecera municipal porque ya creció. Soy de origen otomí y hablante de otomí, o de hñahñú, porque desde 1994 nos reivindicamos como hñahñús, así nos llamamos. Fuimos ocho hermanos, somos seis ahora. Soy la mayor y por tradición la mayor tiene que poner el ejemplo y hacerse cargo de sus hermanos, yo me hacía cargo de mis hermanos menores, tenía que hacerles la comida y las tortillas antes de irme a la escuela, entonces terminé la primaria con mucho trabajo. Cuando ya había que entrar a la secundaria mi mamá dijo que ya no me iban a apoyar y mi papá decía que para qué estudiaba: lo tradicional de las comunidades. El parámetro que teníamos de vida era casarnos y llenarnos de hijos, desarreglarnos, ir al campo a llevarle la comida al marido y que te golpearan, pero yo no quería eso para mí, no quería ser una niña más en la comunidad.

Mi mamá era heredera de una hectárea de terreno porque mi difunto abuelo fue presidente municipal y compró algunas tierras, pero lo mataron justamente por repartir tierras. Siempre que teníamos una necesidad mi mamá alquilaba el terreno, entonces le dije que lo alquilara y me ayudara porque quería seguir estudiando, que yo le iba a cumplir y a demostrar que era buena estudiante. Aceptó pero mi padre no lo vio muy bien, ya después no dijo nada y se fue adaptando. Fue difícil. Ya para entrar a la preparatoria me dijeron que ya no podía mi mamá seguir apoyando económicamente, que si quería seguir estudiando yo tenía que ver cómo le hacía.

Yo no sabía qué hacer con mi vida, quería ir a Panotla, Tlaxcala, a presentar examen para estudiar para ser maestra, fui y conocí el lugar pero no me gustó, entonces no presenté el examen. No sabía qué quería, pues era todavía una niña. Me fui con unas tías a la Ciudad de México pero tampoco me gustó, me daban miedo los semáforos, me daba miedo la ciudad. Me di cuenta que quería seguir estudiando pero dentro de mi municipio. Yo era muy cercana a la Iglesia católica y mis primas, unas solteronas, tenían un grupo de jóvenes en la iglesia y un día en una reunión después de misa escuché que estaban solicitando traductoras para trabajar en la radio. No dije nada pero me fui a la cabecera municipal y preguntando llegué a la radio. Cuando entré a las cabinas me dio mucha alegría y me pareció muy bonito, ¡allí era donde se hacían las novelas que yo escuchaba con mi mamá! Oíamos *Chucho el Roto*, *El Ojo de Vidrio* y toda la publicidad que pasaban por radio. La radio era magia para mi mamá y para nosotros porque nunca tuvimos televisión.

Me pusieron frente a un micrófono y me pidieron que leyera un texto en español y después lo tradujera al hñahñú. Estaba en una cabina muy grande con unas máquinas y estaba fascinada, nunca me imaginé estar en ese mundo. Volví como a los 15 días, me hicieron un examen de dicción y me explicaron cómo tenía que leer y demás. Dijeron que me iban a llamar para avisarme si quedaba yo en el trabajo, pero pasaba el tiempo y no me llamaban y a mí se me hacía una eternidad, quería definir si iba a quedarme o no porque el trabajo era para seguir estudiando. Entonces fui otra vez y ya me pasaron a una entrevista con el director, había otras 12 mujeres buscando ese trabajo. El director era un hombre de la Universidad Iberoamericana, un buen comunicólogo. Me hizo muchas bromas y yo estaba muy cohibida, pero me dijo que tenía yo buena lectura, voz radiofónica, que hablaba bien el español y mi idioma y que me iban a dar el trabajo. Fue el día que cumplía 15 años, fue el mejor regalo, yo sentí mucha alegría porque con eso podía pagar mis estudios. Entonces me inscribí en la preparatoria. Para mí fue maravilloso porque yo ganaba muy bien, entonces ayudé a mis papás, ayudé con los gastos de la casa.

La radio era del gobierno del estado y formaba parte de un proyecto más grande del gobierno federal, conocido como Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital en el que participaban varias fundaciones internacionales, por lo que había muchos recursos para trabajar. Allí empezó mi activismo, me nació la conciencia. Hice cinco años de radio comuni-

taria y también participé en el trabajo comunitario de organización y de alfabetización en lo que fue el Centro de Educación para Adultos. Este centro fue una propuesta de la fundación alemana Friedrich Ebert. Empecé haciendo traducciones nada más pero después fui productora de programas de radio, pasábamos los mensajes de la gente y hacíamos radionovelas. Recuerdo que hice una adaptación de la novela *La Nube Estéril* de Antonio Rodríguez, sobre un pleito entre dos comunidades que se disputaban el agua, que es muy escasa en la zona. Después fui teniendo más oportunidades y me fui a organizar a la gente a las comunidades, me involucré más en los programas y proyectos, y en la alfabetización con el modelo de autodidactismo solidario. Viendo cómo se trabajaba en las comunidades y cómo hacían sus asambleas se me ocurrió hacer foro casetes para trabajar con la gente, porque era más dinámico pues se podían usar láminas y otros materiales, grabar lo que la gente hablaba y reflexionar sobre distintos temas. Hablábamos de salud, de economía, de política, de derechos, de la lengua indígena, entre otros. También se organizaron algunas cooperativas, como La Flor del Valle. Cada quien tenía su espacio pero era como un gran ámbito; los lechuguilleros del Alto Mezquital se organizaron para conseguir la perforación de pozos y tener agua, había préstamos, proyectos de vivienda y otras cosas. La radio era un instrumento para todo eso.

Con el tiempo fui aprendiendo cada vez más e involucrándome en la cuestión social de la organización. Siempre fui ayudante y tuve muchas oportunidades de capacitación. En el proyecto participaba mucha gente de otros países, entonces desde esa edad empecé a involucrarme con gente de fuera y poco a poco fui transformándome y fortaleciéndome, porque yo fui una niña muy tímida, que me mandaban a comprar cosas y regresaba con la bolsa vacía porque yo no hablaba. Cuando estaba en todas esas actividades conocí al papá de mi hija, me casé y fui mamá, pero seguí estudiando. Entré a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales a la cuestión de comunicación. Tuve una formación básicamente marxista, muy interesante y compleja, conocí el ambiente de la universidad, que era bonito. Después me trasladé al sistema abierto porque se me complicaba asistir a clase y así terminé la carrera, aunque me tardé mucho porque estaba haciendo muchas otras cosas. La relación con el papá de mi hija no funcionó porque no le gustaba lo que yo hacía, decía que era demasiado idealista y que no iba a cambiar el mundo, que me

dejara de tonterías y me dedicara a organizar mi hogar. Me sentía oprimida y nos separamos, mi familia me ayudó con mi hija.

Seguí trabajando en mi región y fui involucrándome cada vez más, sobre todo en la alfabetización y con el comité directivo de la asociación civil Comunidades del Valle del Mezquital, A. C. (COVAC). A través de esa organización me fui a Oaxaca a vivir nueve meses, a hacer una formación en el Centro Editorial de Literatura Indígena. Fui a estudiar, a escribir en mi propia lengua y sobre las costumbres de mi pueblo. Con ese trabajo hice una retrospección que me permitió entender muchas cosas de mi idioma y revalorar mis raíces. Por ejemplo, me di cuenta que la palabra que se usa en hñahñú para diferenciar a los que no son hñahñú, quiere decir "hombre que ladra", entonces entendí el impacto cultural que significó para los hñahñú la llegada de los españoles. También cuando empecé a escribir recordé cosas como el trabajo solidario, cuando alguien construía su casa no pagaba albañil porque todos iban a ayudar en la construcción, por lo menos entre familiares y amigos cercanos; a eso se le llamaba "presta fuerza", porque te prestaban eso, el trabajo, y tú estabas obligado a devolverlo en la construcción de otra casa o en algún otro evento. Recordé y revaloré también las enseñanzas de mi abuela y de mi madre, por ejemplo, cuando nos decían que había que pedirle permiso al dios todopoderoso y a la tierra para hacerle cambios, o los signos solares y la importancia de la luna; a la menstruación se le llama luna y cuando una mujer está embarazada no se le pregunta cuántos meses lleva, sino cuántas lunas. Empecé a descubrir también lo que es la dualidad, el significado de tener noche y día, hombre y mujer, sol y luna; y la importancia de la complementariedad, de que nadie es menos sino que debe haber reciprocidad y respeto mutuo. Hice un libro que nunca publiqué, se llamaba *Descubramos o desenterremos nuestras raíces*.

La estancia en Oaxaca fue también muy interesante porque me ayudó a fortalecer mi identidad como indígena. Conocí a muchos compañeros y compañeras indígenas y también muchas regiones del estado, porque los fines de semana viajaba para relacionarme con las comunidades. A principios de los 90 me involucré con el movimiento indígena nacional porque en COVAC me delegaron a participar en los eventos de la cuestión de los 500 años, a veces iba con los coordinadores y otras yo sola. Allí conocí a todos los del movimiento, a Margarito Ruiz, Araceli Burguete, Gaudencio Mejía, Marcelino Díaz, Julio Atenco, Martín Equihua, a Antonio Hernández Cruz –el papá de mis hijos– y muchos otros. En un

encuentro continental que se realizó en Temoaya, como parte del movimiento de los 500 años, conocí a muchos líderes, entre ellos a los mapuches, a Jorge Nahuel y Nilo Cayuqueo, de Argentina, y a Aucán Huilcaman de Chile. A través de ellos, particularmente de Jorge, conocí el Convenio 169 de la OIT, cuando México estaba en proceso de ratificarlo. Me pareció fundamental y lo vi como una perspectiva a largo plazo, que nos daba la pauta para continuar con la lucha. Empecé a hablarle a mis hermanos hñahñus del convenio y a alfabetizarlos en nuestra lengua.

En ese tiempo, el Partido Verde nos andaba enamorando allá por el Valle del Mezquital, porque hablaba de los conocimientos autóctonos; Jorge González Torres me invitó a participar y a hacer giras con él y con otros hermanos indígenas. Hablaba de la recuperación y el fortalecimiento de los valores indígenas, los rituales, los bosques, las aguas y los ríos y del movimiento verde en Europa. En una gira por Ixmiquilpan fuimos al mercado, vio a alguien vendiendo en la calle y decía: "ella puede ser la diputada", entonces yo pensaba que no discriminaba y comenzó a convencernos con esas ideas. Yo estaba inquieta con eso e hice una propuesta sobre la cuestión de la sustentabilidad, de los recursos naturales, la lengua y los conocimientos tradicionales para el Partido Verde, pero se la enseñé a Jorge Nahuel y la destrozó, me dijo que no servía para nada, que era darle autoridad a un partido político y que nosotros éramos más que un partido. Me aleccionó y empecé a entender también qué era la vida partidaria y qué era la política social ya en la práctica.

Mi formación fue de lleno en el movimiento indígena, digamos que mi formación universitaria fue marxista, pero la verdad los mapuches fueron mi referente en cuanto a política indígena. Cuando conocí lo que era la libre determinación y la autonomía se me abrió el panorama, me pareció que eso era para todas las generaciones y para una recomposición de los pueblos indígenas, porque sentía que la cuestión cultural, en la que trabajaba, tenía un tiempo determinado y yo no tenía una perspectiva más amplia.

Con COVAC y el Centro de Educación para Adultos teníamos un intercambio de experiencias sobre el tema del autodidactismo solidario con algunas organizaciones de Chiapas. Allí conocí a Manuel López Ángel que era un líder chamula, a Porfirio Encinos que era de la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC) y de la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) y a otros compañeros.

También conocí a Antonio Hernández de la CIOAC, a través de Margarito Ruiz. Para mí Chiapas era muy emblemático y en 1992 me fui a vivir para allá, por un lado por la relación con las organizaciones y por otro por mi relación personal con Antonio Hernández, un proyecto de vida. Por un tiempo seguí en contacto con mi organización y con las comunidades del Valle del Mezquital, pero a la larga ya era muy difícil sostener la relación y se fue perdiendo. Tuve a mis dos hijos y ya me quedé de lleno en Chiapas. Mi hija se quedó con mis padres en Hidalgo.

En Chiapas milité en el Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI) y trabajé con la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), porque Antonio era el secretario general estatal y yo estaba a la par con él viviendo intensamente el proceso de la CIOAC. Era como su asistente, escribía las cosas que él decía y entre los dos hacíamos documentos, por ejemplo, hicimos varios sobre las Regiones Autónomas Pluriétnicas. Pero nunca me afilié a la CIOAC porque no me sentía en sintonía con ellos, era una organización más campesina que indígena. Recorríamos las regiones y las comunidades para hablar del Convenio 169 y de los derechos indígenas. Sin embargo, al principio me costó mucho trabajo vivir en Chiapas, porque hay discriminación de pueblo a pueblo y hay endogamia, entonces que llegara alguien de fuera era raro y era difícil que te aceptaran. Además yo no era reconocida allá, el líder era Antonio y yo me subsumí, pero como tenía un cúmulo de experiencia y era inquieta me involucré con las organizaciones.

Vivir desde Chiapas el levantamiento armado zapatista fue muy emocionante, todos los días pasaba algo diferente, todo el tiempo estábamos ocupados, viajando a la selva y a otras regiones. Cuando se hizo, por ejemplo, la Convención Nacional Democrática, a mí me tocó moderar con Antonio una mesa de unas tres mil personas. La convención fue una cosa hermosa y muy grande, eran como 10 mesas con la misma cantidad de personas. De allí emanó la Convención Nacional Indígena. Me involucré también con Alianza Cívica para las elecciones de 1994, que fueron poco después de la convención. Estuve trabajando con Ofelia Medina y me encargué de la capacitación en las comunidades, porque los zapatistas accedieron a que se hicieran elecciones en su territorio. Estuve en Vicente Guerrero, en Guadalupe Tepeyac y en otros lugares, prácticamente viví en la selva en ese tiempo. Implementamos toda la capacitación para la cuestión electoral y nos dimos cuenta de que realmente las comunidades no habían votado en mucho tiempo. También participé

en todo el trabajo de lo que se llamó el gobierno de transición del difunto Amado Avendaño.

Por otro lado se creó el Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas, que aglutinó a 280 organizaciones de todos los colores, para hacer eco del movimiento zapatista pero también para parar el fuego, poner una barrera entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el gobierno e intervenir para que se diera una negociación. Queríamos que se estableciera un diálogo y dejar muy claro lo que los indígenas estaban proponiendo en ese momento; un alto a la discriminación y a la negación de sus derechos, etcétera. Aprovechamos el movimiento zapatista porque ellos al principio no hablaban de los indígenas, sino de la lucha de liberación nacional; como movimiento indígena les dimos esa perspectiva, aunque no lo reconozcan. Recuerdo bien cómo les entregamos documentos con nuestras reflexiones sobre la libre determinación, la autonomía y esos temas. Yo estuve muy activa en todo eso. Estaba muy difícil la situación porque había un cerco militar y persecución de líderes. También en ese tiempo Antonio fue diputado federal y desde la Cámara operamos otra vez la cuestión de la organización, pudimos hilar, hacer redes y fortalecer a las organizaciones. Por esa época se constituyó la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA) y yo fui de las primeras promotoras. Luego fui la vicecoordinadora y después asumí la coordinación general.

Para los diálogos de San Andrés me invitó el EZLN como asesora de la mesa de los derechos de las mujeres indígenas. Me mandaron la invitación como parte del Centro Editorial de Literatura Indígena de Oaxaca, porque, como había estado allá, me relacionaron con ellos. Me sorprendí, porque yo no sabía nada sobre los derechos de las mujeres indígenas; empezábamos a reivindicar los derechos de las mujeres en general, así como los derechos indígenas, pero no los derechos particulares de las mujeres indígenas. Pero acepté el reto y llegué hasta la conclusión de los Acuerdos de San Andrés y la elaboración de la iniciativa de la Cocopa. En los diálogos de San Andrés nos quedó muy claro que había que respetar los usos y costumbres, siempre y cuando no dañaran la dignidad y la integridad de las mujeres y no fueran una violación de los derechos humanos reconocidos universalmente. Eso se me quedó muy metido en la cabeza y fue importante para mi trabajo con las mujeres.

En 1995 fui a Quito, al encuentro continental de mujeres indígenas, previo a la cuarta conferencia mundial sobre la mujer. Fui como repre-

sentante del FIPI y allá me encontré con Martha Sánchez, Sofía Robles y una chica de San Mateo del Mar, fuimos las cuatro mexicanas que asistimos a ese evento. Nos dieron la tarea de hacer el segundo encuentro en México y se programó para 1997. La ANIPA aglutinó a las mujeres indígenas, ya había un proceso pero estaba todo disperso. Cuando discutíamos los estatutos de la ANIPA el tema que llevaba más tiempo era el de la participación de las mujeres porque empezaron a exigir sus espacios. Me acuerdo de una exclamación que hizo Pedro de Jesús, que dijo más o menos: "¡No chinguen compas! Escuché la mesa de las mujeres y es algo muy triste lo que están platicando, una señora denunció que vivió mucha violencia familiar con su marido y después dijo que gracias a Dios ya estaba muerto. Imagínense que esperan a que muramos para estar tranquilas".

Siempre peleé con mis compañeros, les decía que no era posible que hablaran de los derechos de las mujeres cuando no había espacios para mujeres y no las reivindicaban. Igual en la parte personal yo les decía que me permitieran llegar más tarde a las reuniones, porque tenía que salir corriendo con mi hijo y de eso se trataba la lucha de las mujeres, que era una lucha diferenciada porque teníamos otro tipo de necesidades y tenían que ver esas particularidades. También tuve conflicto con algunos compañeros porque decían que éramos unas traidoras del movimiento, que no podíamos hablar de la debilidad de los pueblos indígenas, que el tema de las mujeres no era importante en ese momento porque primero había que fortalecer el movimiento y visibilizar a los indígenas.

Fue un gran reto coordinar un espacio de mujeres indígenas. Hicimos un encuentro nacional en Oaxaca donde se creó la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas, la Conami; después fue el continental en la Ciudad de México, fue muy rápido todo. Para el evento en Oaxaca me coordiné con Sofía y tuvimos una gran discusión sobre quién iba a convocar, si la organización de Sofía o la ANIPA y al final decidimos mejor convocar como mujeres para aglutinar a más. Tuvimos el acompañamiento de Kinal Anzetik con Nellys Palomo,[1] que fue fundamental. Asistieron muchas mujeres de todo el país y de diferentes movimientos, fueron como 900; participaron también mujeres de las bases de apoyo

[1] Nellys Palomo (Colombia, 1957 - México, 2009) fue feminista, psicoterapeuta, activista y luchadora social, fundadora de la organización Kinal Antzetik desde la cual formó promotoras comunitarias especializadas en salud sexual y reproductiva, asesora de diversas organizaciones, entre ellas la Conami (de la cual fue fundadora) y el ECMIA.

del EZLN y la comandanta Ramona, fue muy bonito. Recuerdo que quien llevó a las zapatistas fue Adelfo Regino con otros compañeros de Servicios del Pueblo Mixe. Creo que la creación de la Conami fue como una síntesis de la madurez que tenía ya el proceso de las mujeres. Esa parte del trabajo de mujeres me llenó muchísimo, para mí fue un reto que asumí. El acompañamiento de Nellys Palomo fue fundamental en mi vida, porque yo a veces me cansaba, sobre todo porque había mucha grilla, tanto con mis compañeros hombres de la ANIPA como con las mujeres de la Conami. Yo llevaba un doble rol porque fui la primera coordinadora de la Conami y era primero la vicecoordinadora de la ANIPA y después asumí la coordinación, entonces tenía dos cargos. También fue importante Nellys porque teníamos gastos, sobre todo para movernos, y ella apoyaba para conseguir recursos y nos ayudaba también a sistematizar los informes.

Recuerdo que una vez decidí retirarme porque había muchas envidias y muchos problemas; escribí una carta muy fea que iba a enviar a las compañeras pero se la enseñé primero a Nellys y ella me convenció de que no la mandara, de que no me retirara. Me dijo que yo era la mujer que estaba abriendo brecha, que eso costaba mucho y que las chicas apenas estaban formándose. En otra ocasión tenía que ir a Ginebra, porque el Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (ECMIA) me había elegido como la coordinadora o tutora de las mujeres que iban a estar allá en un curso, pero Antonio, el papá de mis hijos, no quería que fuera. Me dijo que ya andaba yo en mi carrera internacional y que si seguía así me iba a dejar. Tuvimos un montón de problemas y había decidido no ir, pero cuando le dije a Nellys me habló muy fuerte, como que me sacudió. Me dijo que si estaba yo tarada, que me habían elegido y no era un juego, tenía que cumplir; que si ese hombre me quería iba a estar conmigo aunque me fuera, pero si no, con cualquier pretexto iba a dejarme de todas formas. Lo pensé y sí fui. Ya estando allá, viendo todo el contexto y la responsabilidad que tenía con las mujeres que iban de América –incluido México– pensé: "¡Qué error iba a cometer si no venía!". Creo que a la par de nosotras siempre hay alguien que nos apoya y eso es muy importante, porque solas a veces flaqueamos.

En Ginebra estuve como becaria en un curso de diplomacia y redacción de documentos, para luchar por los derechos de los pueblos indígenas en la ONU. Buscábamos un relator para nuestros pueblos y peleábamos por la declaración de Naciones Unidas sobre los derechos de los pue-

blos indígenas. Fui varias veces a las sesiones de lo que era la Comisión de Derechos Humanos. En 1998 se logró una resolución y en 1999 una declaración de la Subcomisión de Derechos Humanos. Con la lucha que dimos allá, junto con indígenas de todo el mundo, se consiguió que se creara la figura de relator especial sobre los derechos de los pueblos indígenas, el primer relator fue Rodolfo Stavenhagen en 2001. También se logró que se creara el Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas que empezó a funcionar en 2002 y la declaración, que salió hasta 2007. Hacíamos de todo, hacíamos de políticas, de diplomáticas, de relatoras y hasta vendíamos artesanías allá, con Martha Sánchez.

Hemos hecho muchas cosas realmente, hay todo un trabajo en la cuestión de derechos humanos en Naciones Unidas. Mary Robinson, la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas (ONU), vino a México en 2000 por iniciativa de la Conami. Queríamos hacer en Acteal el encuentro nacional con ella, donde fue la masacre en 1997, pero los asesores de Acteal no quisieron, entonces lo hicimos en la Ciudad de México. Allí ella dijo: "Veo un mosaico de esperanza en estas mujeres de la Conami." Después, en una sesión del Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas de la ONU (creo que fue en 2004, no recuerdo), ella habló de las mujeres indígenas de México y pidió que se reconociera su contribución al mundo y con eso sentó las bases para ello. Después le pedimos a Rodolfo Stavenhagen que hiciera un estudio sobre la discriminación hacia las mujeres indígenas. Uno a veces piensa que las cosas ya están hechas y dichas y no es cierto, las vamos construyendo, son cosas que ya nadie recuerda que se hicieron.

Más o menos desde 2001 me decidí por el trabajo local. Creo que es importante y es un gran reto, porque no se puede llegar a una comunidad y violentar un proceso. He caminado mucho por la región de Los Altos de Chiapas, allí me incrusté. Es la más tradicionalista, la que aglutina a más pueblos indígenas y es muy compleja. Por ejemplo, en Zinacantán las mujeres terminan la primaria y ya no estudian, sino que se preparan para el matrimonio y romper eso cuesta mucho. Tengo muchas ahijadas y, cuando les pregunto por qué no estudian, dicen que hacen mucha falta en la casa y tienen que quedarse.

También hay mucha violencia hacia las mujeres, nos damos cuenta cuando hacemos talleres. Se necesitan muchas psicólogas y abogadas para enseñarles a ser ellas y a defender sus derechos, a no depender tanto de sus esposos. Muchas veces la dependencia es económica y

otras es emocional, por la cultura de que eres alguien en torno a ser la esposa de alguien o la mujer objeto de alguien, eso pesa mucho socialmente. Pareciera que es algo del pasado, pero aquí es muy vivencial, yo lo veo todos los días en Zinacantán, en Chamula e incluso en San Cristóbal de las Casas.

En 2001 pude involucrarme con el gobierno de Pablo Salazar a través de la Secretaría de Pueblos Indios (Sepi). Me comisionaron a encabezar un equipo de juristas para analizar una iniciativa de ley y también me tocó discutir en representación del secretario la creación de la Universidad Intercultural de Chiapas, que ahora es una realidad. Fui a darle con todo para analizar las carreras que se impartirían, sobre todo que hubiera de derechos indígenas y de medicina tradicional, pero nunca entendieron; ahora por fortuna ya existe la de derecho intercultural. Además, me encargaba todos los años de posicionar la agenda política indígena a nivel estatal, regional y municipal. Después me retiré para incursionar en la vida partidaria, fui parte del Comité Estatal del Partido de la Revolución Democrática, como secretaria de Capacitación y Formación Política. En 2012 regresé a lo que era la Sepi –le habían cambiado el nombre y ya era la Secretaría para el Desarrollo Sustentable de los Pueblos Indígenas– como jefa de departamento. Todo esto fue muy satisfactorio y pude contribuir desde la base de los conocimientos adquiridos en la esfera universal y nacional.

También apoyé mucho la trayectoria de una expresidente municipal de Chenalhó, Rosa Pérez, que ganó las elecciones en 2015 y la destituyeron de su cargo. Me fui con ella a tribunales, lo cual implicó poner en riesgo mi vida misma. Fue una experiencia interesante y pude ver que, si se hace un trabajo sistemático, ordenado y se persevera hasta sus últimas consecuencias, sí se puede. A Rosa le regresaron el poder y pudo retomar y terminar el cargo, con todo lo que implica ser mujer y tener un puesto de ese nivel en un municipio indígena y con costumbres muy tradicionales.

He sido también parte de la base local de la COEMICH, la Coordinadora Estatal de Mujeres Indígenas de Chiapas. Ha costado muchísimo trabajo pero ya las compañeras están caminando, las nuevas generaciones son muy jóvenes y están en el proceso; me da mucho gusto porque a final de cuentas uno está de paso. Yo les dije:

> Agarren su rumbo porque ahora no puedo estar con ustedes. Lo que les pueda servir de mi conocimiento, de mi experiencia, adelante, ahí está, asúmanlo porque hay muchas cosas que hacer. No se peleen, vamos a avanzar, vamos a caminar por el crecimiento personal de cada una, pero también de la organización y no deben ser egoístas, porque la que es líder suma y abre puertas, y el que es jefe más bien da instrucciones y órdenes pero no suma. Hijitas, tienen que respetarse si quieren que las respeten, porque es una cadenita, todos vamos de paso, esto es un tren de la vida.

En eso tengo la satisfacción también de haber aprendido del movimiento, y de varios compañeros y compañeras, que hay que ir sumando, no te puedes cerrar porque tampoco es un club. Si hay un compromiso social tienes que involucrar a mucha gente.

Ahora estoy en un espacio de administración pública, como directora de Servicios Públicos Municipales de San Cristóbal de las Casas. Es un reto muy fuerte y más como mujer, porque es la cara del municipio. Tengo entendido que muy pocas mujeres han llegado a este espacio; vivo y hago frente a la violencia política de la que es objeto la presidenta municipal, Jerónima Toledo Villalobos, por no ser de San Cristóbal por nacimiento y por ser mujer.

Siempre cada espacio ha implicado un reto muy importante y también ha implicado renuncias. Renuncias a tener una pareja estable y renuncias con los hijos por las ausencias y los vacíos que se van creando. Todo tiene un costo y uno decide qué hacer en la vida, pero uno tiene la convicción de hacer algo. Amo intensamente a mis hijos Diana Xóchitl, Toj Balam y a Óscar Inatt. Al menos yo he vivido intensamente las cosas, he vivido al cien y con compromiso; hago lo que hago con pasión, convicción, con la vocación de servir y dar lo mejor. Hemos logrado muchas cosas, pero hay muchas más por hacer. Sin duda me siento una de las autoras y actoras de los tiempos de sueños de democracia, libertad y lucha contra la discriminación; soy parte actuante de los instrumentos internacionales, nacionales y locales de reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y por supuesto del respeto a las mujeres indígenas; en una sociedad racista, clasista y discriminatoria, donde la diferencia debería de enorgullecernos y hacernos encontrar el punto de fuerza para ser un municipio, un estado y un país más fuerte, democrático, incluyente y pluridiverso con todo lo que eso implica.

Cecilio Solís Librado

Tengo tres actas de nacimiento, en la primera soy hijo de mi abuelo, en la segunda soy niña y en la última ya soy Cecilio Solís Librado. La primera se perdió cuando me inscribieron a la primaria en el Estado de México, la traspapelaron y jamás se recuperó; entonces mi mamá me fue a registrar nuevamente a la Ciudad de México, pero ella no sabía leer ni escribir y no se dio cuenta, hasta que tiempo después en la escuela un día me dijeron que yo no era yo, sino una niña. Para entonces ya tenía 12 años y a esa edad me vuelve a registrar mi mamá, ya con los apellidos con los que circulo actualmente porque vio a mi papá, le preguntó si podía ponerme su apellido y él aceptó, entonces soy Cecilio Solís Librado. Nací en Acuaco, municipio de Zaragoza, Puebla, en 1964. De allí salí a los casi siete años. Me acuerdo porque poco antes, cuando me iban a inscribir a la escuela fui con mi abuelo, iba yo en su burrito y recuerdo muy bien ese día porque la casa de mi abuelo –donde vivíamos mi mamá y yo– estaba metida entre los montes, las casas estaban muy distantes una de otra y para mí ver niños era muy raro, sólo los veía cuando íbamos al pueblo, al tianguis, esa fue la primera vez que vi muchos niños y yo dije: "¿Esto qué es?". Llegamos a hablar con el director, como se acostumbraba, y nos dio la fecha para inscribirme. De regreso le pregunté a mi abuelo si iba yo a ir hasta allá, porque era muy lejos, como dos horas caminando.

Mi madre fue madre soltera y yo hijo único. La figura paterna que yo tengo es la de mi abuelo, él me enseñó muchísimas cosas. Era su nieto menor, el tzocoyote,[1] su nieto consentido, entonces me llevaba a todas

[1] Tzocoyote o xocoyote es un término nahua para nombrar al hijo menor.

partes. Me enseñó mucho a participar en la comunidad, con él aprendí el tema de la faena, sobre todo en la parte de limpiar el río, el monte, todo ese trabajo que era gratis, el tequio que se le llama. Me enseñó a trabajar en el campo, a seleccionar semillas, un poco a leer las nubes, el tiempo, era un buen viejo, hablaba con la gente y organizaba. También me enseñó a trabajar para otra gente, trabajábamos para el hacendado en época de siembra y cosecha de papa, me acuerdo de que fue el primer sueldo que tuve: tres pesos, tres pesotes por toda una semana. Yo le chingaba igualito que los adultos, iba detrás del abuelo y del tío, rascando, rascando. Para que te pagaran había que formarse en el casco de la hacienda, era una fila bien larga, llegabas y estaba un señor con un altero de billetes y una señora. Cuando llegué el señor me dio dos pesos, la señora se me quedó viendo y me dio un peso más. Ese fue mi primer empleo pagado y estaba yo feliz, ¡tenía tres pesos! Tres pesotes de a de veras.

Me acuerdo que en el pueblo había un pantalón que me gustaba mucho, me encantaba, un pantalón café con rayitas blancas y corazoncitos, y unos zapatos de plástico que también me gustaban. Entonces pensé que con mis tres pesos alcanzaba para comprarlos y hasta sobraba para comida. Llegué muy emocionado con mi mamá a decirle que ya podíamos comprar el pantalón, mi mamá vio el dinero y esbozó una sonrisa. Al día siguiente fuimos y pues resultó que no, no alcanzaba ni para el bendito pantalón. Mi mamá dejó los tres pesos y le dijo al de la tienda que el resto se lo pagaba con haba, porque en sus ratos libres o en las noches pelaba habas para la misma tienda donde tenían el pantalón, que era la más grande del pueblo. Entonces salimos con el pantalón y la carga de habas para pelar.

Mi abuelo, José Librado, nació en Tlamanca, municipio de Zautla, en la sierra nororiental de Puebla. Siendo muy pequeño sus padres migraron a Cuetzalan buscando trabajo y tierras, allí lo bautizaron y vivieron algunos años. Posteriormente, en la búsqueda de alternativas, llegaron a Zaragoza, donde finalmente consiguieron tierras en Acuaco. Allí hizo familia mi abuelo. Hablaba náhuatl y era un viejo místico; me enseñó, por ejemplo, a entrar al bosque pidiendo permiso y antes de cortar un árbol siempre hacía una oración. Vivíamos en una casita de paredes de barro con piedra, con zacatón en lugar de lámina, una casa muy vieja, con su zarzo, su garabato, su santuario al fondo, justo abajo del zarzo donde se acomodaban los costales, la herramienta y a un lado

el espacio donde estaban la mula, el caballo y el burro, era una casa muy relajada.

Un día hubo un problema familiar fuerte. Mi madre era la única mujer de la casa, los demás éramos todos varones: el abuelo, dos tíos y yo; ella era el ama de casa, la que hacía las tortillas, la comida, la que lavaba la ropa y todo eso, y pues era madre soltera y joven. Había un tipo al que le gustaba mi mamá, un día la fue a visitar y el abuelo se enojó y lo corrió a machetazos, me acuerdo muy bien. El tipo se fue y días después mi mamá me mandó a llevarle comida a mi abuelo y a mis tíos a la parcela, recuerdo que era época de siembra porque yo sembraba con ellos. Fui con la olla, los cajetes y las tortillas en mi morralito y mi abuelo, muy encabronado, me aventó la comida y me dijo: "Esto no sirve, sabe mal". Yo me espanté, me di la vuelta con mi morralito y me eché a correr a la casa, la parcela estaba como a media hora caminando. Llegué con mi mamá, le platiqué lo que había pasado y me dijo: "Pues vámonos, hijo, vámonos a México" y le dije que sí. Estaba muy decidida y ya una de mis tías estaba en la ciudad. Esa noche el abuelo llegó bien servido y teníamos mucho temor los dos. Era bueno el viejo, pero pues era su hija más chica, la quería e imagino los celos de padre, a saber qué cosas pensaba.

Al día siguiente se levantaron mi abuelo y mis tíos y se fueron a trabajar. Mi abuelo me quería llevar pero mi mamá le dijo que no, porque le iba yo a ayudar a algo en la casa. Entonces nos escapamos por la barranca con nuestro veliz desechable –una caja de detergente Roma con su lazo– y salimos hasta el otro pueblo, la barranca nos protegía de que nos vieran. Llegamos a la carretera, pasó el camión y nos fuimos a México. Fueron mil horas para llegar, parábamos en cada pueblo, para mí fue un viaje eterno. Recuerdo que pasamos por Puebla, vi los volcanes y se me quedaron grabados, después tenía yo sueños con los volcanes, muy recurrentes, y siempre decía que allá atrás de los volcanes estaba mi casa. Llegamos a la Ciudad de México ya atardeciendo, ya cayendo la luz del día, a la casa de mi tía que habitaba en esas viejas vecindades de la calle de Correo Mayor.

El choque a la llegada fue muy, muy cabrón. Fue poco tiempo el que vivimos allí y después nos fuimos a Ciudad Nezahualcóyotl; allí el choque fue más cabrón, porque en esa época, principios de los 70, era puro lodo y tolvaneras y un ambiente propio del espacio y el tiempo, todos éramos migrantes, en la sección donde estábamos había gente de

Michoacán, Oaxaca, Puebla, Veracruz y Guerrero principalmente, y pues era sobrevivir. Te apendejabas y te quedabas. Recuerdo que cuando llegué todavía andaba de huarache y sombrero; los chamacos agarraban mi sombrero de platillo volador, eran unos cabroncitos bien hechos. Pero allí tenías que aprender a defenderte en todos los sentidos y pues aprendí, poco a poco me fui acoplando. Dejé el sombrero y cambié los huaraches por unas botas de plástico para el lodo y allí fui creciendo.

Me acuerdo que había mucho activismo político allí en Neza, sobre todo de gente de Oaxaca que se reunía justo frente a donde vivíamos. Tenían un comité no sé de qué y había un chaparrito que era un orador extraordinario, hablaba muy bien y de corrido, me encantaba ir a verlo, me encantaba escucharlo. No entendía de qué hablaban pero me gustaba oír, eran tiempos de mucha organización de colonos allá; uno de los temas era la regularización de los terrenos y había mucho movimiento, mucha efervescencia política. Además le hacía mandados a los que estaban en la reunión, de pronto querían cigarros o cualquier cosa de la tienda y pues yo me apuntaba para ir a comprárselos porque la tienda estaba muy cerca y me daban un veinte o un quinto, me ganaba mi lanita.

Después el tipo se fue con todo y su comité. Ya para entonces había yo entrado a la primaria, casi a los ocho años porque llegué tarde al ciclo escolar. En mi familia nadie sabía leer y escribir, entonces reprobé, no por culpa de ellos sino porque nomás no aprendía. Esa parte fue muy extraña porque ¿a quién te acercas? Nadie sabía leer y además mi mamá trabajaba todo el día. Ya después, en mi segundo primero de primaria, tuve un maestro excelente, paciente pero enérgico, nos metía las letras a reglazos, a punta de chingadazos. Se llamaba Heriberto, estuve tres años con él y aprendí mucho, era un tipazo. Él fue quien se dio cuenta de que en mi acta de nacimiento aparecía como niña. Resulta que mi mamá fue a pedir el acta a la escuela para apuntarme en el seguro social, porque había conseguido un trabajo con seguro, y pues mi acta no estaba, entonces me registra en la Ciudad de México, y regreso y cuando le doy el acta al maestro me dice: "Pero eres niña ¿qué no leíste?" Y me da un reglazo. Le dije a mi mamá y fuimos a Chimalhuacán a registrarme otra vez, porque alguien le dijo que allí era más rápido, y ya me registró con el apellido de mi papá. Para entonces ya tenía yo como 12 años, por eso cuando saqué mi pasaporte por primera vez me di cuenta que era extemporáneo, entonces me pidieron el acta de matrimonio de mis papás, una copia del acta de nacimiento de mi

hermano o mi fe de bautizo y pues no tenía yo nada de eso. Fue todo un lío sacar el pasaporte.

Llegó un momento en que mi mamá hizo las paces con el abuelo y entonces, ya en mis vacaciones largas de la primaria, las de verano, me iba para Acuaco. Me gustaba mucho ir pero regresar me costaba demasiado, eran lágrimas y lágrimas, no quería. Recuerdo que el abuelo tenía un huerto de manzanas y llegaba el coyote a comprar, bueno, a robar más bien, porque nadie sabía leer o escribir; el hombre llegaba, pesaba las manzanas y les decía cuántos kilos eran, todos le creían. Siendo yo todavía muy chavalito un día mi abuelo le pidió que me pesara y no sé cuánto le dijo que pesaba yo, pero era mucho, entonces mi abuelo me levanta y le dice: "Nos estás chingando". Esa escena se me quedó grabada, entonces ya cuando sabía yo leer y escribir, en esos ires y venires, cuando llegaba el coyote a comprar ya no nos engañaba tanto. Entonces mi abuelo me decía que qué bueno que me había ido a México y que estuviera estudiando. Cuando iba a verlo me llevaba un libro para leer con él y con mis tíos, les gustaba mucho que les leyera yo, recuerdo que nos poníamos alrededor del tecuil y me escuchaban.

En la escuela me encantaba pasar al frente en el homenaje a la bandera, me aprendía poesías y el maestro me pasaba. La primera vez que agarré un micrófono fue un impacto fuerte, estar frente a todos y con micrófono, te atornillas ¿no? Después ya lo manejaba bien y me encantaba ver a los chamacos poniéndome atención. Me encantaba la poesía, me gustaba mucho Amado Nervo, por ejemplo. Como decía, había mucho activismo en Neza y ya empecé a entender un poco más. El maestro Heriberto era también activista y nos hablaba sobre los problemas que había de los estudiantes y esas cosas; aparte yo siempre me juntaba con gente más grande porque no me gustaba mucho escuchar a los niños, me parecía aburrido, jugaba igual que todos pero cuando veía adultos platicando iba y me metía, así como con los señores de Oaxaca. Además, había mucha música de protesta y se hablaba de Cuba y el Che Guevara y todo eso me influenció. Ya en sexto de primaria hice mi primer ensayo y al maestro le pareció muy bueno, hasta preguntó si alguien más me lo había hecho, pero no, solo leí y lo hice.

Cuando salí de la primaria ya con toda esa influencia y entré a la secundaria –casi a los 15 años–, me encontré con un maestro que nos hablaba de la Revolución cubana ya de una forma seria y quedé impactado. Fui con un amigo que le decían el Indio, que ya estaba en la vocacional,

y le pregunté de qué se trataba todo eso. Era un tipo que sabía mucho, me explicó y luego fui con otro amigo que estaba en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), el buen Geras, que también sabía mucho de esos temas y me dio un libro sobre el Che y la guerrilla muy chingón; con todo eso pensé que esa era la línea a seguir, ese camino era para mí.

Recuerdo que en la materia de español de tercer año había que montar una poesía coral con todo el grupo y la maestra dijo que la hiciéramos sobre la primavera, entonces yo propuse que mejor hiciéramos algo más fuerte, más vinculado con la realidad. Su respuesta fue: "Hagan lo que quieran". Entonces me puse al frente del salón y les dije que montáramos un homenaje al Che Guevara, contestaron que sí, siempre y cuando yo hiciera el trabajo de poner la obra. Yo ya había leído sobre el tema y había escuchado mucha música de la que llaman de protesta, entonces el fin de semana saqué música, saqué fragmentos de un libro, un poco sobre la vida del Che y armé la obra. La entrada era por los cuatro puntos, todos vestidos de negro y con una boina, con una manta con el Che, una metralleta, un dedo y un fragmento de una poesía de Benedetti que dice: "Incineraron toda tu vocación menos un dedo, basta para mostrarnos el camino para acusar al monstruo y sus tizones para apretar de nuevo los gatillos". Monté la obra, había compañeros que sabían tocar la guitarra, otros que cantaban y fui organizando todo, me encantó. Un día entró la maestra y preguntó qué era eso, entonces le expliqué que era un homenaje al Che, un hombre que había aportado, cambiado, etcétera. Casi me corre pero al final nos dejó hacerla y nos dejaron participar, pero nos descalificaron porque era una obra de protesta y decían que eso estaba prohibido. Después de presentarla nos fuimos al salón, todos tristes, las chicas llorando, algunos chicos también, muchas emociones.

A los tres días me mandaron llamar de la dirección y me llevaron con el psicólogo de la escuela, que era también el encargado de trabajo social. Me dice: "Cecilio ¿tú qué? ¿Por qué montaste eso? ¿Sabes quién es?". Le dije que yo había escrito la obra, por lo tanto sí sabía. Me preguntó a qué se dedicaba mi papá, le respondí que no tenía papá. Que qué hacía mi mamá, le dije que trabajaba en un restaurante haciendo tortillas. Me preguntó qué quería yo hacer cuando fuera grande, le respondí que todavía no sabía, pero que me gustaría ver algo diferente. Me preguntó si trabajaba yo, le dije que sí, en ese tiempo trabajaba yo

pintando casas o haciendo cinturones. Finalmente me dijo que leyera yo más y me dejó ir.

Esa etapa de mi vida fue muy cabrona porque me quedé huérfano muy joven, tenía 15 años cuando se murió mi mamá; mi papá era un hombre que se dedicaba a los negocios, tenía uno o dos restaurantes y lo vi sólo un par de veces en mi vida. Estaba en primero de secundaria y pues comencé a trabajar, había que chingarle porque ya no tenías quien te diera. Vivía yo con mi tía Lupe, mis dos primas –Gloria y Rocío– y mi primo Alejandro. Mi tía me quería mucho pero me dijo que no me podía dar estudios. Recuerdo que un día, poco después de que había fallecido mi mamá, de manera muy cándida me acerqué a ella y le dije que necesitaba dinero para una libreta, me dijo: "Ay hijo, yo no tengo dinero, pero toma". Entonces entendí que no tenía dinero ni obligación de darme. Agarré el dinero, fui por mi libreta, hice mi tarea y me fui a la escuela. Al siguiente día terminé la tarea y me salí de la casa, recuerdo que estaba parado recargado en la pared –hay cosas que se te quedan muy grabadas–, salió un vecino que hacía cinturones y me ofreció que trabajara con él.

Así saqué los tres años de la secundaria, entraba a las siete de la mañana al taller y trabajaba en los cinturones hasta las 12, como se usaba mucho cemento para pegarlos salía yo bien pacheco de allí; luego me bañaba y comía rápido para entrar a la una a la escuela y salía a las siete u ocho de la noche, pero siempre sacaba el tiempo para ir a escuchar a los comités. También pintaba yo casas, nos íbamos a una obra y a mí me gustaba pintar, era menos pesado y más artístico. Siempre que veo un edificio en construcción me detengo porque me recuerda muchas cosas y me gusta ver cómo se construye, es muy artístico y creativo, admiro a los albañiles. Apliqué para entrar a la preparatoria en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y quedé en mi primera opción, la prepa 7 que está en La Viga. Igual la saqué trabajando y estudiando, dejé lo de los cinturones y me conseguía más chambas de pintura y otras cosas. El primer año reprobé álgebra, agarré mi libro y me fui al pueblo para estudiar allá. Mi abuelo y mis tíos estaban trabajando, yo los veía y me daban ganas de ir con ellos, pero pues tenía la necesidad de aprender. Estaba entre que si seguía con el libro o iba a ayudarles en el trabajo cuando el abuelo deja el arado, se me acerca y me dice: "No creas que estamos muinos contigo porque no te hablamos, lo que pasa es que estás estudiando". Me sentí muy mal, sentí como una

puñalada, estaba estudiando porque había reprobado. Peor me sentí cuando el abuelo me dijo que siguiera estudiando más para que aprendiera, regresara y ya nadie nos engañara. Sentí que se me venía el mundo encima, pensé: no estoy en chinga con ellos, tengo este pinche librote porque reprobé ¿qué voy a hacer?, ¿dónde? Fue un momento muy cabrón, un golpe muy fuerte. Regresé, pasé álgebra y me apliqué a seguir estudiando.

Cuando estaba en la prepa me encontré con grupos culturales y con gente ya con más preparación, varios hijos de profesionistas o de activistas y aprendí mucho con ellos. Me llevaban al bosque de Chapultepec con los del Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística (CLETA), con el Llanero Solitito y compañía; empecé a escribir algunas cosas y se las enseñaba. Aprendí mucho. Ya en tercero de preparatoria me metí más de lleno a un comité en ciudad Neza, al Centro Cultural Acolmixtli, un centro cultural y político ya con un pensamiento más dirigido que me gustaba mucho.

En ese inter, entre el último año de prepa y el pase a la universidad, decidí estudiar geografía y conocí a mi compañera. Tuvimos un bebé y dejé la carrera por un año, porque había que trabajar más. Un día me di cuenta de que era muy difícil sin tener preparación; entré a trabajar a Vanity –una fábrica de ropa– y a otros lugares, donde viví la vida del obrero. Entonces pensé que eso no era para lo que yo quería esforzarme, era justamente contra lo que quería yo luchar. Le dije a Hilda, mi compañera, que iba a regresar a la universidad, pero le preocupaba de qué íbamos a vivir. Finalmente la convencí de que de alguna forma nos las arreglaríamos. Fue muy complejo, vivíamos de cualquier cosa, de vender limones, cajitas de cerillos, playeras, brasieres o lo que fuera, yo tenía que darme el espacio para estudiar, ser papá y llevar el gasto a la casa; fue extremadamente complejo.

Recuerdo que un día no tenía yo para el boleto del metro de regreso de la universidad a mi casa. Había un torniquete allí en Copilco que no servía e intenté meterme por ahí pero el policía se dio cuenta; le alegué y quise convencerlo de que me dejara pasar pero se negó. Entonces uno de mis amigos se regresó y me dio un boleto. Ese mismo amigo, un día que estábamos en clase y se acabó la tinta de mi pluma me regaló una, una pluma Bic; bendita pluma, no se fue de mí hasta que se agotó. Fueron tiempos muy muy difíciles, la crisis económica era el pan de cada día de los mexicanos, pero yo seguía entre la universidad, vender en el

tianguis, el centro cultural y ser papá. Fueron como tres años así. Dejé de ir al pueblo porque no había ni para el pasaje; en ese inter murió mi abuelo y no pude ir a despedirlo. Todo ese tiempo me mantuve activo en el centro cultural, no había paga pero sí mucho activismo político. Mi compañera me decía que mejor me metiera a trabajar en otra cosa porque allí daba clases y apoyaba pero no sacaba nada de dinero, pero yo decía que no. Después de un tiempo desapareció el centro cultural porque el coordinador tenía ya otros intereses. Entonces en una reunión les dije: "Pues si va a desaparecer que desaparezca, pero yo voy a fundar otro". Yo era el más joven de todos y me cuestionaron que dónde o cómo lo iba a hacer. Todos eran mis grandes amigos, hombres y mujeres muy pensantes de quienes aprendí mucho, pero ese día los mandé a la chingada y me salí muy enojado.

Como un mes después me reuní con unos amigos y algunos compañeros del Acolmiztli y les propuse que fundáramos otro centro. Conocía yo a una señora que tenía una casa que no habitaba y podíamos pedirle que nos la prestara. Estuvieron de acuerdo y la señora aceptó. Había visto un lugar por el metro Pantitlán donde tenían butacas y pizarrones botados, entonces fui y los pedí para el centro. El tipo con el que hablé primero se rió de mí, me preguntó qué edad tenía y qué hacía yo metido en eso tan joven. Ya le expliqué y entonces sólo me pidió que llevara una carta y me dieron todo eso. Fui con un amigo que tenía una camioneta y nos apoyó para trasladar todo; así fundamos el Centro Cultural Ixtlamaxilixtli, que significa en náhuatl "enseñar sin ver el rostro de quién". Quedamos ya con sangre nueva, con nuevos compañeros hombres y mujeres. A la fecha el centro sigue, pero ahora sesiona en una iglesia porque un par de años después de que se fundó la señora nos pidió la casa.

En esa época me metí más al activismo político. Me metí más con el CLETA, luego me contactó un maestro de secundaria y me invitaron a participar en cuestiones más serias. Les dije que sí y participé como un año y medio, pero después me salí porque consideré que ese no era el camino, al menos el mío. Para entonces el que había sido coordinador de Acolmixtli estaba muy bien posicionado, era parte de una plantilla de maestros del Centro Cultural Juan Diego, una escuela experimental del Valle de Chalco apoyada por los jesuitas, y me ofreció trabajo. Tenían un método de enseñanza de lectoescritura impresionante que me gustó mucho y había otra parte interesante: ahí ya pagaban. Cuando conocí ese centro en Chalco ya tenía yo un negocio, había levantado una pequeña

empresa con la que saqué los dos últimos años de mi carrera. Yo vendía en los tianguis, un día me senté al lado de una chava que tenía un puesto en el piso y vendía unas flores envasadas en tubos de vidrio muy bonitas. Nos pusimos a platicar y me dijo que las flores las hacía su cuñado, que era mudo y de eso vivía. No me quería decir cómo las hacían, pero después de un rato le saqué la fórmula: las hacían con tubos de tungsteno, esos que se usan como lámparas; los cortaban y limpiaban y con eso formaban los estuches para las flores. No me quiso decir cómo los cortaban pero se me quedó la idea.

Ese mismo día, como por arte de magia, de regreso de la escuela me encontré unas lámparas tiradas de un señor que acababa de cambiarlas. Llegué con ellas a mi casa y al día siguiente no fui a vender, sino que me la pasé intentando cortar los tubos. Después de varios intentos lo logré, compré el resto del material que se necesitaba y pude hacer mis primeros estuches con flores y venderlos. A partir de eso fue como el cuento de las manzanas: tengo una y la vendo, con eso compro dos y las vendo y así me seguí. Luego pensé que tenía que hacer algo diferente a lo que ya vendía el otro señor, entonces las decoré, les puse una base de vidrio e hice varios modelos. Una vez que ya no tenía lámparas mi tío me comentó que en su trabajo iban a cambiarlas e iban a tirar como tres cajas. Fui y me las dieron, las amarré con mi cinturón y me fui caminando. Intenté subirme al transporte colectivo pero no me dejaron, entonces me fui caminando hasta mi casa con ellas; desde el metro Pino Suárez hasta Ciudad Nezahualcóyotl. No pesaban mucho pero con la distancia se hacían más pesadas. Lo bueno es que era yo joven y me gustaba caminar, además mi abuelo era muy bueno para andar y le aguantabas o le aguantabas, así que con él aprendí.

Con ese material hice muchos arreglos y me fui a venderlos a los tianguis. Un día pasó una señora, le gustaron y me compró todas las que tenía, porque ella trabajaba en una feria y allí las pensaba revender. Entonces caí en la cuenta de que podía vender por mayoreo y busqué la manera de producir más. Recordé que en Ciudad Universitaria había muchas lámparas de esas que en algún momento se cambiaban, como tenía amigos que trabajaban en intendencia les pregunté qué se hacía con ellas. Fui al almacén de bajas, donde me dijeron que las guardaban, y pregunté si me podían regalar unas dos cajitas. ¡Resultó que tenían toneladas de tubos que rompían y tiraban! Entonces pedí que me regalara todas, pero el administrador dijo que no: "Las cosas en este mundo

no se regalan, todo cuesta". Total que me cobró dos pesos por cinco toneladas, conseguí que un amigo me prestara un camión y me las llevé. Hablé con mi tía –vivíamos en su casa–, le pedí que me prestara un cuarto que había en obra negra y lo acondicioné como taller. Pasé de vender 50 flores a producir cientos o miles de adornos. Tenía como seis trabajadores, todos estudiantes. Me gustaba que fueran estudiantes porque les echaba el rollo; les pagaba bien pero les ponía como condición que siguieran estudiando. Empecé a vender ya sólo por mayoreo, conseguí una camioneta y distribuía en La Merced, en Correo Mayor y con los vendedores ambulantes del metro. Producía en promedio mil quinientos arreglos por semana y para cuando llegó el 14 de febrero tenía yo 50 mil arreglos.

Estaba a punto de terminar la carrera cuando me ofrecieron trabajo en el Centro Cultural Juan Diego en Chalco. Entonces rematé toda la mercancía en las temporadas de febrero y mayo; me quedé con bastante dinero y con una camioneta. Un día, en 1992, llegó un gran amigo, Primo, y me dijo que venía una marcha muy grande por los 500 años, que necesitaban mucho apoyo. Le dije que sí, que con gusto ayudaba, con la camioneta, con mi casa y lo que se necesitara. Recuerdo que se hicieron muchas reuniones allí en Neza para preparar la llegada de los compañeros que venían por el lado de Puebla. Había que organizar que hubiera albergues, comida, agua y lo necesario; a mí se me daba muy fácil, andaba con la camionetita de un lado al otro. Llegaron al centro cultural de la colonia Las Vírgenes y allí conocí a Margarito Ruiz, a Araceli Burguete y a muchos compañeros. Me quedé sorprendido, vi a un señor parecido a mi abuelo, era mucha gente, y pensé: esta es mi familia. Me acuerdo que saludé al Márgaro, me lo presentó Primo y andaba en 50 cosas; Araceli me pareció una mujer muy interesante, en todos los sentidos. Apoyé en todo lo que pude, los escuché hablar y me sorprendí, me quedé prendido. Me recordaban al compañero de Oaxaca del comité de Neza, al del centro cultural, a mi abuelo y me proyecté, como que de pronto pasó toda una película por mi mente. Luego vino la movilización en el Zócalo, las concentraciones, todo el movimiento y me emocionó mucho.

Poco después Primo me invitó a la oficina de ellos, la oficina del Frente Independiente de Pueblos Indios, FIPI. Era una oficinita pequeña, en una parte de la casa de Margarito y Araceli. Allí estaban ellos, estaba Thaayrohyadi, Pedro de Jesús, Marcelino Díaz, Carlos Chablé, compañeros de Michoacán, un compañero de Guatemala, otros del norte

del país, había una reunión grande en la sala de la casa. Me quedé en la entrada escuchándolos y me interesó mucho. Yo había llevado la materia de geografía humana, donde te enseñan los pueblos indígenas de México, entonces oía yo que mencionaban a los purépechas y pensaba: ah, sí, esos son de Michoacán, o hablaban de los yaquis y ya ubicaba yo que estaban en Sonora. Me sorprendía que estuvieran allí tantos y de diferentes partes, me encantó y me impactó fuerte. Hablaban de autonomía, libre determinación y todo eso; terminando la reunión, cuando todos se empezaron a ir, me quedé a platicar con Márgaro y me invitó a trabajar con ellos. Dijeron que no había dinero pero iban a llegar unas becas en algún momento. Acepté, pero tenía yo que terminar primero el ciclo escolar allá en Chalco, entonces iba seguido al FIPI pero seguía dando clases y además todavía no terminaba la carrera, entonces partía mi tiempo. Ya después terminó el ciclo en Chalco, acabé la carrera y me integré de tiempo completo al FIPI, aunque las becas no llegaron. Esto fue en 1993.

Dejé todo y mi compañera me cuestionó porque otra vez iba yo a trabajar sin pago, pero le dije que no se preocupara, con los ahorros que tenía estaríamos bien, para entonces ya teníamos dos hijos, Miguel Ángel y David Ricardo. En esa época ya comíamos mejor, ya estábamos mejor económicamente, hasta que se acabaron los ahorros y vino otra crisis. Vendí mi camioneta para aguantar un poco más y después salieron las becas, pero eran siempre becas muy pequeñas. El FIPI estaba en una crisis muy cabrona, no había un peso y si no había, no había para nadie. Cuando por fin entró algo de dinero Margarito se compró unos zapatos –los que traía ya estaban bien jodidos– y lo poco que había se repartió entre todos. Eso me convenció más de que el movimiento era real, de que no luchaban por su bien personal sino por el colectivo; eso me hizo comprometerme más. Un día me dijo Márgaro: "Las becas ya están, hay que ir por ellas". Me dio los papeles que había que llevar, me dijo a dónde y con quién había que ir y que me quedara allí hasta que me dieran las becas, que me llevara unas tortas porque tal vez no me recibieran rápido. Llegué con mis tortas y mi chamarra: me dijeron que la licenciada con la que tenía que hablar no estaba y que no iba a llegar. Les dije que yo esperaba. Había llegado como a las 11, dieron las dos, se fueron a comer, regresaron y yo seguía allí. Otra vez me dijeron que la licenciada no iba a llegar y les contesté: "No se preocupen, ya comí mis tortas y traigo mi chamarra, entonces aquí me voy a quedar a esperarla".

Por fin llegó la señora, me recibió y le expliqué que iba de parte del FIPI, que Margarito me había dicho que no me fuera de allí sin las becas. Recuerdo que dijo: "Hijos de la chingada, ustedes no cambian ¿verdad?". Me pidió que fuera Márgaro al otro día, fuimos y salieron las becas. Esa fue la primera gestión que me tocó hacer.

Después ya se vino todo el trabajo, Margarito me llevó a Chiapas, me presentó a mucha gente y participé en muchas reuniones. Araceli siempre muy inteligente y siempre enseñando y Márgaro más práctico, eran esas dos partes. Un día Mario de Jesús, un compañero del Estado de México, me preguntó si yo era indígena. Me quedé pensando y otra vez me pasó toda la película en la mente. Le contesté que creía que no y me cuestionó por qué no, que de dónde venía, que viera la cara que tenía. Otro día, estando en Zacapoaxtla, me encontré a una amiga, Cecilia, y me dijo que era igualito a la gente de allá, que era indígena. Otra vez la película, como de golpe. En ese momento reivindiqué todo y asumí que era indígena. Recordé al abuelo que platicaba en náhuatl, las palabras que me enseñó y la mística, esa parte de las semillas, del tiempo, de pedir permiso para entrar al bosque. Además del bagaje cultural tenía yo las enseñanzas de Margarito, de Antonio Hernández, de Pedro de Jesús, de Martín Equihua y varios otros compañeros, eran momentos de muchas reuniones y de foguearse; yo andaba como pez en el agua, sentía una aceptación muy natural de los compañeros, entraba sin mayores trámites y todo eso me daba confianza, me revaloraba y hacía sentir bien.

Yo tenía una ventaja y es que había estudiado geografía y eso me daba elementos para aportar, complementaba muy bien con el trabajo. Me fui metiendo más y más, apoyando en lo que hiciera falta. Ya en 1994, cuando Margarito se fue casi de manera permanente a Chiapas, me tocó hacerme cargo de la gestión ante las instituciones, hacer proyectos, tramitarlos, etcétera. No sé cómo le hice, el Márgaro ya me había enseñado el camino y ya se me hacía fácil. Se ve que fue buen maestro, porque ahora ya hay hasta maestrías y doctorados de gestión cultural, quién sabe qué les enseñen. También iba yo muy seguido a Chiapas, a distintas reuniones de todo tipo. Otra cosa que me tocó hacer fue dar talleres en las comunidades, por diferentes partes del país. Primero iba con Araceli y así me fui fogueando. Recuerdo cuando fui a dar el primer taller a la sierra con mis paisanos, les hablaba sobre los derechos indígenas y se quedaban pensando, preguntaban si eso de

verdad existía. Ahora, ya con el paso de los años, vemos todo lo que hay y que ya la gente conoce un poco más de sus derechos, pero ese fue el origen, cuando como FIPI íbamos a las comunidades.

Participé también en Maya´ik, una organización que se creó desde el FIPI en Yucatán y después se amplió a otros estados. Maya´ik se concebía como una empresa de turismo de los mayas, era como una propuesta alternativa al programa gubernamental Mundo Maya. Uno de los objetivos que tenía era la creación de empresas comunitarias manejadas por los propios indígenas, a partir de una serie de principios que tuvieran como elemento fundamental el respeto a su cultura, no como folclor, sino como cultura actual. El otro objetivo tenía que ver con el tema del territorio, que debía ser aprovechado por los propios mayas para su beneficio y de manera sustentable. En esa época no existía todavía el término del buen vivir ni se hablaba del desarrollo con identidad, pero ya íbamos en ese camino. A mí me parecía un proyecto muy interesante, porque como geógrafo me permitía hacer muchas cosas, además de que como organización o movimiento podían hacerse en la práctica muchas reivindicaciones y como empresa permitía competir de una forma diferente en el mercado del turismo.

Desde el FIPI se vino toda la corriente autonomista y de reivindicación de derechos, que se compartía con los yaquis en el norte, con gente como Julio Atenco en Veracruz, Carlos Chablé en la península de Yucatán, Pedro de Jesús en Guerrero y muchos otros en distintas partes del país. También se vino toda la parte de la incidencia en políticas públicas, de hacer gestión y conocer al Estado. Había una parte intelectual fuerte de investigación y lecturas –creada en mucho por Araceli– y otra parte práctica, pragmática, que venía de ir a las comunidades a estar, escuchar, ver y hacer talleres. Una carga teórica y práctica fuerte que venía de las mismas entrañas de los pueblos. De todo eso surgió la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, la ANIPA, que fue el espacio donde encontró nido todo aquello. En sus documentos básicos se trataban temas como la cuarta circunscripción electoral y la reforma constitucional, con una base jurídica internacional que les daba sostén. En la ANIPA, además de participar de manera muy activa, me fui formando, se formó mucha gente que después dio origen a otras organizaciones y estructuras que de una u otra forma están vinculadas y colaborando, tendiendo puentes.

Luego, por otro lado, vino todo el tema del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y del Congreso Nacional Indígena (CNI). El origen del EZLN era otro, pero después de la Segunda Declaración de la Selva Lacandona reivindicaron el tema de los derechos indígenas, ya con asesoría de compañeros como Margarito, Julio Atenco o Antonio Hernández; luego formaron el CNI. Yo no participé en los diálogos de San Andrés, participaron más bien los viejos dirigentes –no viejos por edad, sino en términos de experiencia– como Adelfo Regino, Francisco López Bárcenas, Carlos Beas, Julio Atenco, Margarita Gutiérrez, Carlos Chablé y varios más. Otros nos quedamos viendo desde afuera, observando y a veces tratando de entender y con una lectura diferente. Teníamos acceso a algunas reuniones a las que no todo el mundo podía entrar y a veces metíamos ruido que permitía la reflexión.

Después se dio una ruptura, un distanciamiento muy fuerte con el EZLN. Marcos estaba acostumbrado a mandar, los aniperos a no recibir órdenes y menos línea política; menos cuando muchos de ellos habían sido los precursores intelectuales de toda la línea de la autonomía que después se apropiaron los zapatistas. En un encuentro en Michoacán, en una de las giras del EZLN, Marcos no quiso recibir a la delegación de la ANIPA, ejemplos como ese hubo varios. No querían nada con la ANIPA, era una actitud de "estás conmigo o estás contra mí", mientras que la ANIPA intentaba sumar. Pero Marcos sabía manejar los medios y todo el mundo se volcó para allá, aunque fuera a tomarse la foto.

Dentro del trabajo del FIPI, luego como parte de la ANIPA y después de otras organizaciones, me tocó hacer varios viajes fuera del país. La primera vez que salí fue a Nicaragua, a Siuna, un poblado metido en la selva. Recuerdo muy bien que me recibió Mirna Cunningham, fue una reunión rara, medio clandestina y medio abierta; me recibieron muy bien porque iba de parte del FIPI, enviado por Margarito. Fue una reunión más que nada de la cuestión organizativa, para seguir tejiendo la relación entre los pueblos indígenas de América Latina, más de la región mesoamericana. También se habló del tema de la conservación de recursos naturales y ese era uno de mis fuertes. Allí conocí a varios compañeros del movimiento indígena de otros países. Creo que hice un buen papel, porque después me dieron la oportunidad de darle seguimiento.

Después de eso se abrió la oportunidad de viajar a Alemania, a una reunión del Convenio sobre la Diversidad Biológica. Fui como FIPI y

ANIPA; creo que algo hice bien porque de allí me sumaron a toda esa agenda internacional y le di seguimiento. Era mucho cabildeo e incidencia política a nivel de Naciones Unidas en todo lo relativo al tema. Me metí a fondo en el asunto y eso me permitió ser copresidente del caucus indígena en muchas ocasiones, entre otras en la Séptima Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP7) y la COP16.

A raíz de eso pude viajar a muchas partes, fue muy interesante porque tenías que escuchar las diferentes voces de los pueblos indígenas de todo el mundo y llegar a consensos; aprendí muchísimo. También aprendí el lenguaje diplomático de Naciones Unidas y los Estados miembro, los ritmos y todo el funcionamiento de esos espacios. Me gustó también conocer y observar otros países, los niveles de desarrollo humano y de infraestructura que han alcanzado. Por ejemplo, llegabas a Noruega y veías un mundo, llegabas a Alemania y era otro, llegabas a Sudáfrica y decías: "¡En la madre! ¿Qué pasó aquí?". Cuando regresabas a tu realidad en México, tratabas de rescatar lo que fuera positivo para tu trabajo e implementarlo en el país y te preguntabas ¿por qué estamos en estas circunstancias?

Por ahí de 1996 un día salí a pasear con mi familia en un cochecito que tenía. Fuimos a Chalco, luego pasamos por Tulyehualco y llegamos a Xochimilco. Cuando vi Xochimilco me pareció que estaba en el paraíso, me encantó y me quedé prendido. Después regresé ya yo solo, me metí por ahí y conocí a unos compas que me invitaron a pasar a sus chinampas, así a la primera, entre ellos Lalo. Le empecé a hablar del movimiento indígena, de los derechos y demás y le interesó, propuso que hiciéramos algo allí, que él podía convocar gente y tenía una cabañita donde nos podíamos reunir. Así empezamos a hacer trabajo y un día fuimos a la montaña, al ejido San Lucas porque había un problema allá, a ver cómo podíamos apoyar. Allí me presentó a otros compañeros, platiqué con ellos y les comenté algunas cosas sobre el problema que tenían. Les gustó y armamos toda una red. Luego conocí a Nicho –Dionisio Estrada– y a otros de la parte de abajo y con ellos empecé a armar la organización Umbral Axochiatl, que existe hasta la fecha. Es una organización para la conservación y el rescate de la zona del lago, las chinampas, los ajolotes y demás, también dedicada al turismo local.

Al mismo tiempo viajaba mucho a Puebla y seguía en contacto con el resto del país. En Puebla, en la sierra, dimos origen a algo que fue

muy efímero, la Organización Indígena Campesina de la Sierra Norte de Puebla, hicimos ahí algunos pininos. Después formamos una red más amplia, la Coordinadora Regional de Desarrollo con Identidad, CORDESI, ahí en la sierra nororiental. Para entonces ya Margarito estaba más metido en las Regiones Autónomas Pluriétnicas en Chiapas y Araceli estaba más dedicada a la cuestión académica, entonces yo empecé a trabajar más por mi cuenta, precisamente en Xochimilco y en la Sierra Norte de Puebla, aunque seguía utilizando la oficina del FIPI con toda confianza, viajando a Chiapas y manteniendo el contacto con compañeros de todo el país.

El trabajo con Umbral Axochiatl me permitió madurar muchas cosas. Detoné un proyecto piloto de turismo que resultó bastante bien y proyecté que podía ser replicable en muchas partes del país. Ya traía yo toda la filosofía y la experiencia de Maya´ik, del FIPI y de ANIPA; además tenía contactos con compañeros de todo el país, que era la parte más interesante. Empecé a dibujar algo más grande, me puse a escribir y nació la Red Indígena de Turismo de México, la RITA. Comencé a hablarle a los compañeros para explicarles la idea y a la mayoría le pareció buena, pero era todavía un sueño. También se la comenté a Ana Hilda Ramírez, que estaba en el INI; me dijo que la presentara y ella me apoyaba. Y sí, nos apoyó para la asamblea constitutiva, que fue en octubre de 2002.

La RITA nació, en su momento, con una filosofía y unos principios que van más allá de la empresa comunitaria de turismo. Ser una empresa de turismo indígena es la parte más visible hacia afuera, digamos; pero detrás de eso contiene la reapropiación del territorio con base en el derecho a su uso y usufructo, la reivindicación de la tierra y el territorio como un bien invaluable. No solamente implica un beneficio de carácter económico, es como un puente para hacer realidad la autonomía, porque la autonomía no es únicamente discursiva y política, sino que tiene varias aristas, es económica, política, cultural, territorial. Una empresa comunitaria permite ejercer en los hechos los derechos, el derecho al desarrollo, al territorio, al consentimiento, a la libre determinación, sin pedirle permiso a nadie. Lo que hace RITA es que antes de entrar al negocio se afianza en los compañeros el tema de sus derechos, del territorio, la revaloración cultural y otras cuestiones como la sustentabilidad o el cambio climático y la biodiversidad, que están intrínsecas pero son como temas satélite. Sin todo eso serían empresas comunes y

corrientes, pero considerando todo se vuelven un cerco invisible que permite la reapropiación del territorio, de la cultura, de la lengua, y además la parte económica se vuelve una alternativa para la mitigación de la migración.

Si tú llegas con un funcionario y le hablas de la autonomía o le dices que se necesitan recursos para la libre determinación te va a decir: "Pues felicidades pero aquí no es". En cambio, si entras por atrás, con todo el asunto del derecho al desarrollo y les presentas un proyecto de turismo en comunidades indígenas, con cabañas bien hechas en las que la gente va a pasarla bien, va a conocer el lugar y a comer lo típico de la región, te dicen: "Oye, qué bonito". Aunque al principio nos mandaban a la chingada y nos decían que eso no existía o era imposible, poco a poco fueron comprando la idea y metiendo recursos. Incluso ahora ya se apropiaron del tema y ya hay un programa gubernamental de "paraísos indígenas".

RITA fue un éxito, fue entrando poco a poco y la fueron reconociendo. Primero fue el reconocimiento interno, fue increíble cuando los compañeros captaron toda la parte de reapropiación del territorio y de la revaloración cultural, cuando se dieron cuenta de que iba por ahí. Después incluso hubo un reconocimiento fuera de México y se multiplicó la idea en otros países. El inicio costó trabajo, algunos compañeros me criticaban y decían que eso era capitalismo, pero yo les decía que no, que precisamente se trataba de arrebatarle las tierras y territorios al gran capital para que no pasara lo que pasó, por ejemplo, con el Mundo Maya en Quintana Roo, donde fueron despojando –y siguen– poco a poco a los mayas hasta posesionarse del territorio. Con el tiempo se demostró que la idea era buena y caminamos bastante bien. Empezamos con 32 empresas, más del 60% de ellas apenas iniciando, y al final tejimos redes impresionantes de circuitos turísticos en la zona maya, en el centro, en el occidente y en distintas regiones del país, ya con más de 120 empresas. Además RITA tuvo varios reconocimientos nacionales e internacionales y con el proyecto obtuve en 2006 una beca de Ashoka, una red internacional de emprendedores sociales.

En 2008 más o menos, ya que RITA tenía mucha aceptación e iba caminando, en un viaje recapacité sobre la importancia de abrir el abanico, porque había varias empresitas comunitarias que querían sumarse a RITA pero no eran de turismo. Entonces pensé que era mejor que RITA siguiera su camino de fortalecimiento de empresas turísticas

y crear otra instancia donde cupieran las otras empresas, bajo los mismos principios del derecho, del territorio, de la revaloración, etcétera; entonces surgió la idea y el objetivo de formar una cámara empresarial indígena y en octubre del 2014 nació la Federación Indígena Empresarial y Comunidades Locales de México que abreviamos como CIELO. Ha sido un reto y no termina de pulirse, pero ya está trabajando. Iniciamos con 84 empresas y ahora son 216, ya muchas comercializando, varias con imagen corporativa, planes de negocio, algunas exportando y ya con tratos empresariales muy serios, pero siempre bajo el principio de los derechos al territorio, la libre determinación, la reivindicación cultural, el cuidado de la madre tierra, la participación de la mujer, etcétera.

El maestro León Portilla nos citó en uno de sus libros, uno que se llama *Independencia, Reforma, Revolución, ¿y los indios qué?* Nos cita como uno de esos esfuerzos diferentes, pero que caminan hacia la libre determinación de los pueblos. Hay otras publicaciones donde también nos citan. Finalmente, el aporte a la autonomía y libre determinación tiene diferentes aristas y el camino que yo he seguido es solamente uno más. Otros compañeros le suman desde la movilización con marchas inmensas –hemos participado también en algunas–, otros desde la lucha contra los caciques y ahora contra el narco, otros se dedican a escribir, cada uno contribuye de alguna manera.

En síntesis, ese es el aporte que he hecho desde el inicio en el FIPI, luego Maya´ik, ANIPA, etcétera. Recorriendo el país, desde lugares tan alejados como Batopilas en Chihuahua, tan metidos como la Chinantla en Oaxaca o Santa Catalina en Baja California, tan seductores como la selva maya. He contribuido con diversas organizaciones dentro y fuera del país; hay una parte que me gusta mucho que es mantener el trabajo en las comunidades, no despegarte de allí, porque cuando pierdes esa capacidad estás jodido. Muchos compañeros la han perdido y han hecho bien en retirarse e irse a trabajar al gobierno o a otra cosa. A mí me gusta lo que hago, me gusta desde siempre. Me han invitado a participar en algún espacio gubernamental pero no he aceptado, porque creo que desde afuera aporto más y lo hago lo mejor que puedo. No sé si mañana piense diferente, espero que no.

Gaudencio Mejía Morales

Gaudencio no pudo revisar su historia porque falleció por Covid en agosto de 2020 y todavía no estaba editada. Probablemente le hubiera agregado y cambiado algunas cosas, sobre todo porque le gustaba escribir y era bueno para ello; sin embargo, después de 25 años de amistad –y por lo conversado los días que hicimos la entrevista–, sé que tenía yo su voto de confianza para publicarla.

En mi familia hay antecedentes de rebeldía, de lucha por la igualdad, por así decirlo. Potoichán,[1] el pueblo de donde era originario mi padre, era muy rebelde, similar al pueblo yaqui en cuestión de resistencia, de lucha contra el gobierno. En épocas del porfiriato se declaró autónomo junto con unas 180 comunidades y mi tatarabuelo fue de los más activos cuando inició la Revolución. Mi abuelo me contaba muchas historias, cuentos, yo me desarrollé con mucha historia oral de él y de mi papá, que tenían muy buena memoria. Yo nací en 1964 en Tlapa, Guerrero. Mi padre tuvo un problema y tuvo que salir de Potoichán con mi mamá. Anduvieron a salto de mata hasta que se instalaron en la parte de arriba de Tlapa. Allí armó mi papá una casa con pura hoja de plátano, buscó en el río una piedra adecuada para el metate y otra para moler, se las llevó a mi mamá y eso era todo lo que tenían. Inició la vida de la nada.

Vivíamos una situación de pobreza extrema, muchos hermanos, un padre que se dedicaba a endosar sombreros y ganaba como tres pesos a la semana. Cuando estaba en la primaria, en tiempo de lluvias teníamos

[1] Comunidad ubicada en el municipio de Copanatoyac, Guerrero.

que ir todos a trabajar, a chingarle al campo, porque mi papá decía que teniendo maíz, frijol y calabaza no te morías de hambre. En la casa teníamos cantidad de calabaza, frijol y costales de maíz, para comer todo el año. Para la ropa y las cosas de la escuela sacaba de los sombreros, mis hermanos y yo le ayudábamos.

De hecho, comencé en el movimiento desde niño, cuando estaba terminando la secundaria en 1979, cuando llegó Othón Salazar a hacer un mitin en Tlapa como candidato. Fui a verlo y me identifiqué, fue una cosa impresionante su oratoria, su personalidad y lo que decía. Él contextualizó mucho su discurso con la situación que se vivía, la situación de los pobres, los desfavorecidos, y realmente en ese tiempo en la región de La Montaña había unas carencias impresionantes. Cuando lo escuché me quedé con el ojo cuadrado, porque tenía un discurso de mucho contenido y muy radical para ese tiempo, antisistema, anticaciquismo, antipriista, todo este esquema de represión que se vivía. Además siempre tuvo la idea de la lucha indígena, reivindicaba mucho esa parte. Aprendí mucho de él, fue el maestro político de muchos allá en La Montaña y ahí empecé a participar. Cuando teníamos que decidir quién sería el padrino de nuestra generación de secundaria, una compañera propuso a Othón y todos estuvimos de acuerdo, pero después el director propuso a un capitán del ejército que era de Tlapa y convenció a muchos; quedó el capitán, aunque la diferencia fue de pocos votos. Era obvio que la dirección no iba a aceptar a Othón, con todo el priismo del SNTE (Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación) y la CNC (Confederación Nacional Campesina).

Para entrar a la preparatoria fui a la Ciudad de México a hacer el examen para ingresar al CCH (Colegio de Ciencias y Humanidades) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), recibí mi carta de que había sido aceptado y me puse feliz, era un triunfo porque no era fácil entrar. Estuve en el CCH Vallejo un semestre, pero no me pude sostener. Estaba muy complicado porque estaba yo solo y apenas tenía 15 años, entonces me regresé a Tlapa y allá terminé. Me tocó toda la parte del movimiento, la lucha política que se daba en los distintos grupos y además fui consejero universitario. Comencé a leer mucho, porque para mí la lectura es supernecesaria, no tanto leer textos políticos, sino literatura. Estando en la preparatoria participé mucho en las actividades de lo que era el PCM (Partido Comunista de México) y después el PSUM (Partido Socialista Unificado de México). Estuve con

Arnoldo Martínez Verdugo cuando fue candidato y recorrió varios municipios de La Montaña y también con Heberto Castillo cuando iba por allá; eran grandes personajes. El PCM y el PSUM fueron para mí una escuela política.

En 1983 entré a la Universidad Autónoma de Puebla a estudiar Derecho. Fui allá porque la universidad de Guerrero estaba en crisis; no le entregaban el subsidio porque el secretario de Educación decía que era un semillero de guerrilleros. En cambio en Puebla hasta había posibilidad de vivir en una casa para estudiantes, porque había varias casas abandonadas que los estudiantes se tomaban, casas del pueblo les llamaban. Cuando recién me había inscrito en la universidad de Puebla era secretario general Daniel Cazés y un día fue a Tlapa invitado por Othón. Aprovechamos para pedirle que nos apoyara a legalizar una casa que nos habíamos tomado, se comprometió a ayudarnos y sí, legalizó esa casa.

En la universidad fue un intenso aprendizaje, había una formación y una conciencia social muy fuerte. Realmente es importante estudiar en la universidad, ahí es donde cambia uno radicalmente la visión, la vida, más en universidades que se dicen de izquierda, como lo era la de Puebla en esa época. Allí encontré muchos compañeros que me enseñaron mucho. Se aprende más en la plática y la convivencia que en el aula. También creo que es cuando más leí en mi vida, era un desvelo, tanto para las materias como para otras lecturas. Me leí completo el primer tomo de *El Capital* y me acuerdo mucho de eso, porque se me quedó obviamente todo lo que decía Marx, del manejo del dinero, el trabajo y todo, pero siento que me inclinaba más por la literatura; hay un poema de William Shakespeare que habla del papel del oro, Marx también hablaba del papel del oro, de que es maleable, dúctil y brilla, pero Shakespeare decía más o menos: "oro precioso, rojo y fascinante, con él se torna blanco el negro, valeroso el cobarde, noble el ruin, y aparta del altar al sacerdote, le encuentra pareja a la vieja, a la encorvada, a la viuda", y termina: "oh, maldito metal, vil ramera de los hombres". Y eso es cierto. Me inclinaba más a leer novelas, leí todo de García Márquez y me aprendí partes de memoria, leí a Benedetti, libros de autores rusos y poetas como Jaime Sabines y Pablo Neruda. También escuchaba mucha música latinoamericana, a Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Víctor Jara, Violeta Parra, Carlos y Enrique Mejía Godoy y toda esta línea de música. Junto con otros compañeros de la universidad y muchachos

de la preparatoria de Tlapa organizábamos festivales, sin un peso. Hicimos uno en Olinalá, otro en Huamuxtitlán y otro más en Tlapa.

Estando en la universidad, viendo situaciones de otros países como Nicaragua y El Salvador, estuve tentado a irme a la guerrilla. Un día le pregunté a Othón sobre eso y me dijo, palabras más palabras menos:

> Mira, Gaudencio, yo ya viví esa parte, estuve a un paso de irme a la guerrilla, pero alguien me dijo que era más valioso en la lucha política, porque en la guerrilla dejas tu identidad, a tu familia y estás enfrentando la muerte. Muchas veces el Estado no solamente se va contra ti sino contra tu familia, y uno es más valioso vivo siempre, sobre todo aquellos que tienen más preparación, más conciencia social y capacidad de convencimiento; mi vida ha sido en la lucha social y finalmente estamos despertando conciencias, ese es nuestro trabajo.

Cuando él me dijo eso decidí definitivamente no meterme a la guerrilla.

Tuve muchos maestros muy buenos, ahí conocí a Severo Martínez, el guatemalteco que escribió *La patria del criollo*; él estaba trabajando en la escuela de antropología que me quedaba muy cerca, yo iba mucho para allá porque me gustaba la biblioteca y allí lo veía a él, a Daniel Cazés, a Marcela Lagarde y a algunos amigos de La Montaña que estudiaban ahí. La antropología era una cuestión muy acompañante de mi formación. También estuve cerca del proceso de El Salvador, contactamos a una salvadoreña que era del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), la habían mandado a México para formar grupos de solidaridad y formamos uno en la casa del pueblo de los estudiantes de Guerrero.

Terminé la universidad y me regresé a Tlapa, pero no encontraba posibilidades de trabajo. Lanzaron una convocatoria para el Ministerio Público y postulé para ser secretario, pero entraban sólo los recomendados. Luego me metí a litigar pero me contactaron con un abogado que tomaba mucho, entonces iba a comer con él y a echar cerveza, pero me salí porque si no iba a terminar alcohólico. Lo que me convenía era entrar de actuario o de oficial mayor, donde nada más se reciben las demandas porque era más fácil, y ya después hacer carrera, eso tenía planeado. También di clases un semestre sustituyendo a un maestro en la preparatoria donde estudié y luego en la UPN (Universidad Pedagógica Nacional).

Después de eso fue cuando cambió radicalmente mi vida. Llegó un abogado del PCM que siempre andaba con Othón y me preguntó si me interesaba el movimiento indígena. Le dije que sí, entonces me comentó que un diputado, Margarito Ruiz, estaba formando un movimiento indígena y que si quería trabajar con él. Acepté y me fui inmediatamente a la Ciudad de México, a la Cámara. Tenía como 25 años. Llegué y encontré a Araceli Burguete, me dijo que ya me estaban esperando porque eran muy poquitos y había mucho trabajo. Estaba también Mayolo Olivera y Margarito andaba en Chiapas. Me dijeron que me preparara porque al otro día nos íbamos a un curso taller sobre derechos humanos y derechos indígenas a San Cristóbal de las Casas. Fue el primero de muchos, fui a talleres por todas partes, prácticamente me formé en esos talleres.

En San Cristóbal confluyeron muchos compañeros que conocí allí, porque la idea del Frente Independiente de Pueblos Indios, el FIPI, era invitar a todas las organizaciones. Estaban, por ejemplo, Carlos Chablé y Marisol Berlín de Quintana Roo, Antonio Hernández de Chiapas, había compañeros de Veracruz, Tabasco, Oaxaca y otros estados; yo era el único de Guerrero. De Oaxaca fueron muchos y estaba, entre otros, Floriberto Díaz, de la Asamblea de Autoridades Mixes (ASAM), a él yo lo admiré y respeté mucho, y sigo reconociendo su trabajo porque él sí se fue a la comunidad en todos sentidos, hizo el planteamiento de la comunalidad, que ahora se lo apropiaron otros en Oaxaca. Estaban también los de la Organización de Médicos Indígenas del Estado de Chiapas y desde entonces aprendí que eran médicos de cuerpo y alma. Me enfermé en esos días y me curaron con unos tés. También nos acompañó mucho Domingo Hernández, un maya kiché de Guatemala que estaba más en la cuestión de la espiritualidad indígena. De él aprendí mucho, me compartió muchas lecturas y me habló del proceso en su país, era un tipo impresionante.

Héctor Díaz Polanco, que era conocido de Araceli de mucho tiempo, dio una plática. Él y Gilberto López y Rivas contribuyeron mucho en un principio a la parte ideológica del movimiento. Hicimos también un análisis de contexto, en ese tiempo se vivía un mundo de violencia, lo que denunciaba la mayoría era violencia y más violencia, que habían matado al dirigente tal en Chiapas, a otro en Veracruz, etcétera. Hidalgo, por ejemplo, ¡era una carnicería! Los únicos que llegaron además con otro planteamiento, más comunitario y más de tequio, como de una

construcción social diferente, fueron los de Oaxaca, sobre todo los de la ASAM.

Se habló mucho de la construcción de un proyecto nacional, que esa era la idea del FIPI; si no había una organización a nivel nacional era muy difícil lograr cambios, pues no hay cambios si no hay un movimiento social que los demande. Y en esa época en la sociedad, entre los académicos y los partidos políticos, el tema indígena era de una pobreza impresionante, todavía se hablaba, por ejemplo, de grupos étnicos y no de pueblos indígenas. Fue un taller muy formativo, muy ilustrativo, fue una especie de explosión de la conciencia indígena. Estuvimos tres o cuatro días en el Instituto Nacional Indigenista (INI) de San Cristóbal y allí se formó también la Coordinadora de Organizaciones en Lucha del Pueblo Maya para su Liberación (COLPUMALI). Después vinieron los talleres con la Academia Mexicana de Derechos Humanos, donde estaban al frente Rodolfo Stavenhagen y Mariclaire Acosta. Venían compañeros de Panamá, Guatemala, Nicaragua y El Salvador y aprovechábamos para reunirnos entre nosotros, como organizaciones indígenas.

En esa época yo sabía poco todavía sobre el tema indígena y una vez Araceli me dijo que íbamos a estar en un foro para tratar el asunto de una reforma constitucional sobre derechos indígenas. Me preguntó qué sabía yo sobre eso como abogado y le respondí que nada, entonces me dijo que allí me iba a formar, en los hechos, y me mando al foro a coordinar una mesa. Había pura lumbrera en el evento y tuve que participar sin tener ni idea del tema y sin saber ni con quiénes estaba, porque todavía no los conocía. En otra ocasión me dijo también Araceli que íbamos a hablar del artículo 107 en una reunión, que nos habían invitado para que diéramos nuestra opinión. Me dio toda una explicación y me pidió que lo leyera. Empecé a leerlo y era sobre los juicios de amparo y no entendía yo qué tenía que ver con lo que estábamos haciendo nosotros, sólo pensé: no cabrón, todavía no entiendo esto. Y nos fuimos a la reunión, en el Instituto Indigenista Interamericano con Óscar Arce Quintanilla, que era el director, Diego Iturralde, Stavenhagen y pura gente así. ¿Qué iba yo a hablar si no sabía qué decir? Mejor me quedé calladito y escuchando de qué se trataba. ¡Era sobre el Convenio 107 de la Organización Internacional del Trabajo y yo había leído el artículo 107 de la Constitución!

La idea era reformarlo porque tenía un contenido propiamente indigenista, de integración y paternalista y había que quitarle todo eso. No

tenía relación con la agenda de derechos, de territorio, cultural, sistemas de justicia, en fin. Se acercaba una reunión en Ginebra para cambiar el convenio porque ya había muchas protestas sobre su contenido, que venían más que nada de Sudamérica, eran los que estaban más avanzados en eso. ¿Cómo era posible que hubiera un convenio así y nadie lo conociera? Al INI, por ejemplo, no le interesaba promocionarlo, sino al contrario. Ya lo leí y tenía muchos planteamientos y toda una conceptualización de derechos que uno no conocía, con todo y lo que había que cambiarle tenía cosas que se podían reivindicar. Estuvimos en varias reuniones sobre el tema hasta que se aprobó el Convenio 169, que sustituyó al 107. En México se aprobó en 1991. Cuando leí el 169 vi que había un cambio impresionante. Comenzamos a usarlo como referencia porque en la Constitución no había nada en materia de derechos indígenas. Había toda una discusión sobre si era o no ley; en términos jurídicos lo era porque el Senado lo había aprobado, pero ni los ministros ni los jueces ni nadie lo reconocía. Invocabas el 169 y te preguntaban qué era eso, pero nosotros lo tomamos como bandera y contra viento y marea hablábamos de él como una agenda de derechos.

Para entonces yo ya estaba muy entusiasmado y muy claro, decidido a participar en el movimiento indígena. Estuve en posibilidad de ser dirigente regional del PRD pero decidí que eso no me interesaba, porque pensaba que en el movimiento indígena había un discurso, una agenda y que eso iba a crecer, siempre tuve la esperanza y a la vez la seguridad de que crecería. Otro taller importante en mi formación fue uno que se hizo en Metepec, Puebla. Ahí comprendí mucho más el tema indígena con la presencia de los panameños, entre ellos Atencio López, que estaba muy metido en la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Ginebra. Estaban muy avanzados en los planteamientos, hablaban mucho de la autonomía y la libre determinación, eso yo lo veía como irreal en ese momento. Se hablaba hasta de nacionalidades, eso lo metieron los ecuatorianos. A ese taller fueron también compañeros misquitos de Nicaragua, José Carlos Morales de Costa Rica y varios de Guatemala. También llegaron más compañeros del norte, entre ellos algunos jornaleros agrícolas de San Quintín. Estuvieron líderes importantes de las distintas regiones indígenas del país.

Como ese hubo muchos talleres y foros. Recuerdo uno en Tlaxcala, como a finales de 1991, donde llegó también el equipo de Stavenhagen y Magda Gómez, allí la conocí. También estuvo Jacinto Arias de Michoacán,

el primer antropólogo indígena de México; era priista pero coincidíamos en el tema indígena. Además fueron los yaquis, los tenek de San Luis Potosí y un compañero tohono o'odham. A todos ellos nosotros los habíamos invitado, yo había estado con los tohono o'odham poco antes, allá en la frontera con Estados Unidos. La formación era muy fuerte, era encerrarse tres o cuatro días y había debates, ejercicios e intervenciones; esa fue la escuela que tuve realmente, no estudié antropología, ni historia ni nada de eso, pero ahí teníamos a los mejores maestros, aparte de los líderes importantísimos que asistían. Como FIPI ya estábamos metidos en la campaña de los 500 años de resistencia, prácticamente la dirigíamos porque muchos no entendían el tema, pero logramos meterlo. Estábamos en la idea de preparar una buena movilización para el 12 de octubre de 1992, algo en grande, y muchos se empezaron a sumar. Margarito se emocionaba y decía que había que llevar a los tamborileros tojol-ab'ales, que son algo imponente, como música de guerra, y que lleváramos también a las bandas y danzas.

Un evento que marcó historia fue el Primer Foro Internacional sobre Derechos Humanos de los Pueblos Indios, que se hizo en 1989 en Matías Romero, Oaxaca; Carlos Beas estuvo muy metido en la organización. Fue impresionante, llegaron como mil 300 personas de casi todos los estados con población indígena y algunos delegados de otros países. Hubo muchas denuncias de violaciones a los derechos humanos en todas partes: que habían matado a Fulano en un estado, que Zutano estaba encarcelado en tal pueblo, que le habían quitado las tierras a los de alguna comunidad, ¡era de lloradera! Allí estuvo también Rosa Rojas, la periodista de *La Jornada* que era prácticamente la vocera del movimiento indígena y nos acompañó por muchos años; creo que se le debe un buen homenaje. También estuvo apoyándonos Carlos Cortés de la Universidad Autónoma Metropolitana. Para ese evento ya había una relación con los procesos que se estaban dando en Colombia, Ecuador, Perú y otros países para lo de los 500 años.

En 1990 hubo un segundo foro en Xochimilco, yo participé mucho en su organización. Fue allí porque la idea era darle una cobertura política y apoyar la lucha que sostenían contra un plan de Camacho Solís, regente del Distrito Federal en ese tiempo, que quería hacer una "Venecia mexicana". En ese foro metimos la agenda de los pueblos indígenas completa; dividimos las mesas en temas de territorio, libre determinación, cultura, desarrollo, etcétera. También se discutió el asunto de si

éramos pueblos indios o pueblos indígenas, eso se discutía en cada reunión porque llegaba gente nueva; nos quitaba mucho tiempo. A Xochimilco llegaron también compañeros de casi todos los estados y de otros países. A la par del foro programamos otra reunión, aprovechábamos esas coyunturas para avanzar en nuestra agenda particular, porque a los foros asistía gente de ONGs, universidades, académicos, campesinos y de todo tipo; nosotros estábamos en la idea de hacer una gran organización indígena nacional. Allí lanzamos la idea de crear un frente nacional de pueblos indios.

Además de esos eventos había foros, encuentros y reuniones todo el tiempo y en diferentes partes, tanto en México como en otros países, era muy intenso. La idea era que se conformaran consejos en los estados, donde participaran todas las organizaciones posibles y preparar la gran movilización para el 12 de octubre de 1992. Ese era el objetivo central, hacíamos trabajo de promoción, de organización, conferencias y pláticas. En octubre de 1991 hicimos una reunión en Milpa Alta. Como nuestro principal interés era formar una organización nacional invitamos a gente de todas las corrientes, hasta de la CNC. Allí ya se constituyó el Frente Nacional de Pueblos Indios, Frenapi, una organización que no duró mucho, por problemas internos. Para entonces yo estaba en la coordinación del Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena y la organización de ese evento cayó prácticamente en mí, estuve haciendo invitaciones por teléfono y viendo toda la parte operativa. También me tocó ir a Sonora a invitar a los yaquis y llegaron cuatro, entre ellos Hilario Molina y María Elena Pérez, que era monja. A ese evento fuimos pocos, como 150, pero eran delegados de diferentes partes del país, hubo un buen avance e hicimos una declaración sobre los 500 años. Estuvo también Rigoberta Menchú, que ya era candidata al Premio Nobel de la Paz y allí nos pusimos de acuerdo para el enlace con ella. La reunión remató con una marcha grande el 12 de octubre e hicimos un evento cultural en el Zócalo. Coincidió con la visita de un muchacho kuna de Panamá que habían invitado a un evento de jóvenes, entonces le dije que se vistiera de kuna y fuera al Zócalo con nosotros. Resulta que llegó con un taparrabos y estuvo recitando sus poemas.

Cuando visité a los yaquis nos fuimos a ver a los seris y hasta la frontera con los o'dam. Yo fui incluso hasta Arizona, donde están ellos, ya en Estados Unidos, y de ahí nos fuimos hasta San Francisco, donde se hizo un encuentro en una universidad. Allí llegaron indígenas de

Canadá y de varias partes de Estados Unidos y nos coordinamos para lo de los 500 años. Poco después del evento en Milpa Alta hubo un encuentro internacional muy grande en Quetzaltenango, Guatemala, al que asistimos representantes de casi 50 pueblos del continente. Rigoberta me pidió que ayudara en la organización, pero estaba muy ocupado con todo lo que estábamos haciendo en México.

También asistí a una reunión de coordinación continental en Colombia entre líderes de muchos países y fue prácticamente una escuela para mí escucharlos. Allí conocí a Luis Macas y a Luis Maldonado, dirigentes importantes de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie), que había hecho un levantamiento indígena histórico en su país. También a Francisco Rojas Birry, que fue parte de la Asamblea Constituyente de Colombia cuando se incluyeron derechos de los pueblos indígenas en su constitución. Me impresionó que hubieran llegado los indígenas al Senado porque en México no había ese proceso, aquí había una cerrazón política y un analfabetismo en el tema indígena, incluso en las organizaciones sociales. Colombia estaba más avanzado en esos temas porque se incluyeron derechos indígenas en la nueva constitución, la de 1991. Esos procesos de Colombia y Ecuador fueron los que marcaron la pauta a nivel continental, porque tenían muchísimo más clara su lucha, la lucha de sus derechos y ya tenían conquistas importantes.

Alrededor de los 500 años había de todo: conferencias, presentaciones de libros, incluso el salsero dominicano Juan Luis Guerra compuso una canción relacionada con eso y muchos estaban comprometidos con el tema. Intelectuales como León Portilla, Eduardo Galeano, Elena Poniatowska y otros escritores conocidos contribuyeron también con ensayos sobre el tema. Fue un proceso muy interesante. Mientras tanto, los gobiernos estaban planeando que viniera a México el rey de España, iban a llegar a Veracruz réplicas de las carabelas de Colón y las iban a esperar los presidentes latinoamericanos, cosas así. Pero se generó un fuerte movimiento de rechazo a todo eso y finalmente se detuvo la visita del rey Juan Carlos con todo ese festejo. En todo ese proceso se empezó a generar un ambiente solidario de una gran expectativa y de gran compromiso con la causa indígena. Logramos eso porque anduvimos por todas partes, es lo que los académicos y otros que conformaban el consejo 500 años nunca supieron, porque no les compartimos nuestra agenda, nosotros teníamos nuestra propia agenda y nuestra propia idea.

Hicimos encuentros en muchos estados, entre ellos recuerdo uno grande en Nacajuca, Tabasco, donde había una movilización fuerte de los chontales y les habían cerrado la radio del INI, entonces hicimos un evento allá para apoyarlos. Cuando lo propusimos los compañeros nos dijeron que primero teníamos que hablar con Andrés Manuel López Obrador, porque él tenía que dar la anuencia, en esa época era el dirigente estatal del PRD. Diógenes, uno de los dirigentes chontales, nos dijo que ellos estaban "como los pollitos", que todavía no tenían experiencia, pero al que reconocían como su único líder era a López Obrador y si él decía que sí, le entraban todos.[2] Fuimos Margarito y yo con Diógenes a verlo a su casa; había que llegar antes de las seis de la mañana, porque empezaba su día muy temprano. Llegamos como a esa hora y ya estaba saliendo, pero nos escuchó y fue atento; dijo que no veía ningún problema en participar en esa lucha. Cuando Diógenes escuchó que daba su visto bueno se metió de tiempo completo en el asunto.

Desde finales de 1990 estuve yendo a Guerrero para hacer contactos con diversas organizaciones y formar un consejo estatal. Con Renato Ravelo se hicieron las primeras reuniones, él empezó a contactarme con otras personas. Fuimos, por ejemplo, con Armando Chavarría –a quien asesinaron en 2009–, que estaba en extensión universitaria de la UAG, para ver si nos ayudaba para incorporar a los estudiantes, no tanto para la movilización, sino para un proceso de reflexión. Fuimos también al sindicato de la universidad y a un sindicato de redactores de prensa, la prensa era muy importante para nosotros. Había varias organizaciones que estaban con la idea de incorporarse a la campaña de los 500 años. Entre ellas estaban la Alianza de Organizaciones Campesinas de Guerrero, donde estaba Martín Equihua; la Sanzekan Tinemi que recién se había creado en Chilapa, algunas organizaciones productivas de la Costa Chica y el Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas (CPNAB), que estaba en la lucha contra la construcción de una presa. Con los del CPNAB ya había hablado varias veces, había asistido a algunas reuniones con ellos para solidarizarnos con su movimiento y les había planteado que había grandes posibilidades de detener la presa, siempre y cuando se involucraran en todo el proceso nacional y continental. Marcelino Díaz de Jesús, líder del CPNAB, quería ser diputado en ese

[2] En la historia de Estanislao Arias se detalla la relación de los chontales con López Obrador.

tiempo, pero lo convencí de que dejara eso para después y mejor se concentrara en el proceso, porque teníamos la fuerza del movimiento y además una cobertura internacional. Y sí se logró parar la presa y ahora Marcelino reconoce que fui yo quien lo incorporó a todo el movimiento.

La idea era convocar a medio mundo, universitarios, académicos, todos cabían ahí, en torno al 92. La cuestión de que no podíamos festejar una fecha infausta, como los 500 años, sí pegó. Logramos hacer una muy buena reunión en Chilpancingo, en el auditorio Juan R. Escudero de la universidad. Fueron representantes de muchas organizaciones regionales y estuvieron también los de la Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación de Guerrero (CETEG), algunos académicos como Mario Martínez Rescalvo y Renato Ravelo, gente del sindicato de la universidad, Joaquín Flores y muchos más. En esa reunión se formó el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (CG500ARI). Fue el 14 de septiembre de 1991. Lo cierto es que a la mera hora de la marcha a la Ciudad de México, en octubre del 92, ninguno de ellos asistió, ni siquiera para despedirnos; fueron solamente los de las organizaciones campesinas indígenas. A la hora de la salida en Chilpancingo había poca gente, pero se fueron incorporando más en el camino. Felipe Ortiz Montealegre era presidente municipal de Metlatónoc y nos apoyó con un camión de redilas para que fuera una banda de música de allá y fueron también varias bandas de otras regiones. Fue una marcha simbólica y muy importante para ese tiempo. Recuerdo un discurso de Cirino Plácido en Cuernavaca que hizo llorar a la gente, él siempre tuvo la casta de buen orador y de estructurar muy bien sus ideas. También tuvimos cobertura de prensa, sobre todo de *La Jornada*.

El plan era que salieran marchas de todas partes, de distintos puntos del país y confluir en el Zócalo, pero los únicos que cumplieron eso fueron el CG500ARI y la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo (Ucizoni), con Carlos Beas. Los demás fueron llegando después al Zócalo. Otro contingente salió de La Villa, porque hubo una misa como de 30 sacerdotes solidarios, de la Teología de la Liberación, que allí pidieron perdón como pastores de la Iglesia católica por todo el daño a los pueblos indígenas. En ese contingente venían los de algunas organizaciones del movimiento popular de la ciudad, como la Asamblea de Barrios con Marcos Rascón –en ese tiempo era Superbarrio– y la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, de Clara Brugada. También llegaron las organizaciones campesinas de Milpa Alta y Xochimilco.

Fue algo impresionante, se llenó el Zócalo. Para mí el 92 fue el éxtasis del movimiento indígena, logramos lo que queríamos después de todo el trabajo que hicimos.

Después de la marcha vino la parte de la negociación. Cada quien traía cantidad de demandas, de tierras, de créditos, de libertad a presos políticos, de construcciones, etcétera. Las comunidades estaban muy abandonadas en ese tiempo, fue cuando se conformó el Programa Nacional de Solidaridad, el Pronasol, que de cierta manera quitó a los presidentes municipales los proyectos de sus manos, porque las comunidades iban directamente a Pronasol con sus solicitudes y les respondían. Fue todo un éxito para Salinas, porque le dio un escape al vapor que estaba llenando la olla. Mientras todos estaban esperando que los atendiera el INI para sus peticiones, yo estaba con Felipe Ortiz en Palacio Nacional con el secretario de Sedesol, Carlos Rojas. Como un mes antes lo había visto en la Cámara de Diputados; Roberto Zamarripa, el periodista de *Reforma*, me lo presentó, pero le dijo que yo era el presidente municipal de Metlatónoc para que hablara conmigo. Entonces me hice pasar por el presidente y le pedí cita para una reunión el 12 de octubre, porque ya sabía que en esa fecha íbamos a estar en la ciudad. Le había dicho a Felipe que se preparara para pedir diferentes obras para el municipio, pero cuando Rojas le preguntó qué necesitaba le dijo que solamente quería que le arreglaran la carretera de terracería; su preocupación era esa porque por un deslave estaba prácticamente cerrado el acceso al municipio. Rojas le ofreció más dinero del que pedía para el arreglo, le preguntó si de verdad no quería nada más y Felipe dijo que no. Yo todavía metí mi cuchara y propuse que se hicieran algunos proyectos productivos pero Felipe no quiso. Cuando salimos le dije que la había pendejeado porque no había pedido más y me contestó que era muy difícil comprobar mucho dinero, entonces prefería dejarlo así.

Para 1993 el CG500ARI ya estaba consolidado y queríamos hacer un congreso para su aniversario en septiembre, un congreso que fuera masivo, no sólo de delegados. Por otro lado había muchos compromisos del gobierno que no se habían cumplido, de las negociaciones del año anterior. No habían resuelto prácticamente ninguna de las demandas que habíamos presentado. Entonces decidimos tomarnos las oficinas centrales del INI en Avenida Revolución, que en ese momento dirigía Guillermo Espinosa, para exigir el cumplimiento de las demandas pendientes y que nos pagaran el congreso con dinero del área de fortalecimiento a

iniciativas indígenas, que era para ese tipo de cosas. Nuestra idea era hacer acciones espectaculares, no anunciar sino llegar de imprevisto. Eso lo aprendí de los ecuatorianos, decían que las marchas se tenían que hacer con cuidado y al estilo indígena, sin decir nada, sino acordar y salir a la acción. Teníamos recursos de algunos proyectos y contratamos como cuatro o cinco autobuses, de esos nuevos que recién habían salido, con televisión y todo; salimos para llegar a las cinco de la mañana al INI, éramos como 150 personas. Antes de eso preparamos otra cuestión porque necesitábamos que la toma saliera en la prensa, pero como tenía que ser temprano no iba a salir ese mismo día y nosotros queríamos que saliera cuando estuviéramos ahí, que ya la prensa del día saliera calientita con la noticia. Entonces hablamos con periodistas que confiaban en nosotros, varios de medios locales, Rosa Rojas y un reportero de *El Día*. Y sí nos hicieron caso, nomás que nos decían que les asegurábamos que sí lo íbamos a hacer, porque si no iban a dar un borregazo. El caso es que cuando llegamos ya estaba la nota en la prensa.

Hicimos grupitos para que fueran entrando al edificio sin levantar sospechas. Cuando llegó Guillermo Espinosa, bien puntual a las nueve de la mañana, se asombró porque ya había leído la noticia en el periódico. Nos preguntó si era una toma pero habíamos acordado no manejar ese término, sino decir que íbamos a ver al director para platicar con él por las demandas que estaban pendientes. Se pusieron en la puerta unas mujeres bien chonchas y nos dijo Espinosa que sí era una toma porque estábamos cerrando el paso; dijimos que no, que las mujeres estaban esperando a que estuviera él disponible para el diálogo. Empezó a darse un roce fuerte. Yo no estaba en ese momento allí, llegué poco después y lo saludé, ya me conocía porque había estado en reuniones de Margarito con él, entonces se tranquilizó. Le repetí que no era una toma, que la idea era platicar y ponernos de acuerdo. Entonces se abrió el paso y entramos. Estábamos allí y entró una llamada del delegado del INI en Guerrero, José Manuel Figueroa, y Guillermo abrió la bocina para que escucháramos. Dijo que estaba preocupado porque en los periódicos decía que se había tomado el INI, pero quería informarle que no pasaba nada. "Pendejo, no es allá, aquí los tengo y te están escuchando", le dijo Guillermo, y todos nos reímos.

Finalmente platicamos con él, estuvo muy atento y le explicamos que había pendientes del 92, que queríamos visibilizarnos ante el gobierno estatal, porque finalmente por ahí pasaban los recursos que

mandaba la federación y sólo eran aplicables con el visto bueno del gobernador. Dijo que coincidía con nosotros y que tenía la mejor disposición de apoyar, que con gusto nos conseguía una reunión de trabajo con el gobernador, Rubén Figueroa Alcocer, sólo nos pedía que no entráramos en confrontación con él. En ese momento le marcó a Figueroa y le dijo que lo llamaba de parte del presidente de la República, que le había dado instrucciones de atendernos y pedíamos una reunión con él. Nos dio la cita para pocos días después. Se hizo la reunión en Casa Guerrero, muy al estilo del gobierno, con una mampara impresionante que decía: "Reunión de trabajo del gobierno del estado de Guerrero con el CG500ARI". Nosotros nos preparamos para no confrontarnos, porque nuestra idea siempre fue esa, buscar mecanismos para un diálogo constructivo y movilizarnos pero sin provocar desorden. Como los símbolos siempre son importantes, se nos ocurrió sembrar un ahuehuete, que tiene un simbolismo en el *Popol Vuh*, ahí en la Casa Guerrero, "para que floreciera como debían florecer los derechos indígenas". Decidimos que Cirino se sentara al lado del gobernador; de relajo decíamos que como iba a estar uno que se veía malo –el gobernador– pues le poníamos junto a otro con cara de malo, pero fue porque había hecho muy buen papel en la marcha. Yo hice el discurso para ese día y le agregué lo del ahuehuete. Decía algo así como:

> Gracias señor gobernador, grande es su corazón –así se saluda en mixteco– por recibirnos, hemos venido a la casa del pueblos de Guerrero a tratar de que nuestra palabra se una, y como símbolo de que honramos nuestra palabra le vamos a entregar un árbol de ahuehuete y a sembrarlo juntos, que si este árbol crece, será frondoso como deben ser los derechos de los pueblos indígenas.

Y así seguía en ese tono, estaba muy bien estructurado. Obviamente debía haberlo leído yo, porque yo lo había escrito, pero se decidió que lo leyeran otros compañeros, Enriqueta y Marciano, que empezara ella y terminara él. Entonces se lo di a Marciano y lo perdió. Como todavía había tiempo, ahí a mano lo rehice más o menos, pero a la hora de leerlo Marciano cambió lo del ahuehuete y dijo "entregamos este árbol para que sea el símbolo de su buen gobierno". Al final lo del ahuehuete no salió como lo habíamos pensado. Se acordó que se harían más adelante mesas de trabajo para ir resolviendo los pendientes y el gobernador no cumplió, pero conseguimos el dinero para el congreso, lo puso el INI.

El congreso lo hicimos en Chilpancingo y fue muchísima gente, más de tres mil. Había autoridades ejidales y comunales; como queríamos que fueran autoridades las que encabezaran el evento, lo inauguró Sabino Estrada, que era presidente municipal de Copalillo. Conseguimos que viniera una kuna de Panamá y una compañera de Quetzaltenango, Guatemala, y otros invitados. No había salones donde cupiéramos todos, entonces ocupamos prácticamente los espacios del gobierno. Era una locura, las bandas de música tocando en el Zócalo, las danzas, muchas danzas, algunos echando cohetones que iban a dar a las ventanas del palacio de gobierno; la gente de Chilpancingo y los comentaristas de la radio estaban sorprendidos, prácticamente estaban descubriendo que había indígenas en Guerrero. Hicimos una demostración de fuerza y de organización impresionante. De ahí salió un documento que se llamó "Declaración de Chilpancingo", yo lo redacté en la madrugada del penúltimo día para leerlo al final del evento y tuvo mucho impacto. Varios periódicos la publicaron completa e incluso René Juárez Cisneros, que en ese tiempo era secretario de Planeación del gobierno, me dijo que estaba muy chingona y lo había convencido; después la mandó hacer en un cuadro grande que pegó en la pared de su despacho.

A partir de ese congreso la gente del gobierno cambió su actitud hacia nosotros, fue como un parteaguas del movimiento, por la fuerza que demostramos. Desde entonces empezaron a fluir los recursos a los municipios. Después me ofrecieron un cargo en el gobierno, la dirección de la Procuraduría Social del Campesino y Asuntos Indígenas, y a Martha de Jesús le ofrecieron otro en Comunicación Social. Nos aventaron el gancho como para desarticular la organización, pero obviamente no aceptamos, por una cuestión ética y porque la lucha estaba en pleno apogeo.

En octubre de ese mismo año asistí a una cumbre mundial de pueblos indígenas que hubo en Oaxtepec, con Rigoberta Menchú. Fue un evento con gente de mucho nivel y de varias partes del mundo. Estuvo, por ejemplo, Augusto Willemsen, del Centro de Derechos Humanos de la ONU, compañeros de la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (COICA), líderes de Perú, Chile, Canadá, de todas partes. Fue realmente un encuentro de gente seria que estaba metida en el tema indígena. Allí en Oaxtepec me encontré con Floriberto Díaz, me invitó a un simposio internacional indoamericano que estaba organizando y asistí. También amarré una relación con la Procuraduría

General de la República (PGR), con la gente que trabajaba en el área de derechos humanos, cuando Jorge Carpizo era el comisionado. Uno de ellos –se llamaba José pero no recuerdo el apellido– se me acercó y me dijo que le interesaba establecer una relación con nosotros, el CG500ARI, e incluso firmar un convenio de colaboración. Por supuesto que se me prendió el foco y pensé que nos serviría mucho, sería un paraguas de protección. Inmediatamente le dije que sí. Propuso que hiciéramos un evento como pueblos indígenas, que fuéramos con bandas de música, danzas y artesanías a algunos lugares de la Ciudad de México, como el Museo de Antropología, Tlalpan o Coyoacán, ellos ponían el dinero. Decía que el indígena no estaba en la conciencia popular, no había permeado en la colectividad. Incluso me ofreció cinco charolas de la PGR para nosotros.

Regresando a Guerrero le comenté a los compañeros y estuvieron de acuerdo, entonces nos coordinamos con José para la firma del convenio, ahí en Chilpancingo. Llegó a nuestra oficina, mandó llamar al delegado de la PGR en el estado y le avisó de la firma, al tipo no le gustó nada esa iniciativa. También llamó a los policías judiciales federales y llegaron varios, grandotes y armados. Les dijo que nos conocieran porque iban a trabajar con nosotros, los policías estaban sorprendidos y se veía que tampoco les gustaba la idea. Yo preparé un discurso y cuando lo leí una muchachita de San Luis Acatlán que estaba con nosotros se puso a llorar y a José lo entusiasmó mucho. Era muy sentido, hablaba de que necesitábamos una justicia que tuviera ojos y oídos, que había que construir una justicia que atendiera a los pueblos indígenas. En ese momento me dijo José que se le había ocurrido que se hiciera una fiscalía indígena y quería que yo la encabezara. Yo todavía no me titulaba, por andar de arriba para abajo, entonces me dijo que me daba cinco meses para que sacara el título y que fuera preparando ideas para la fiscalía desde la perspectiva indígena, que iba a servir para liberar presos y apoyar a los indígenas. Me fui a hacer los trámites pero tardaron muchísimo. La tesis ya la tenía hecha, sobre el tema de los pueblos indígenas y la conformación de sus derechos en el sistema internacional; presenté el examen y saqué mención honorífica. Cuando le hablé para avisarle me felicitó pero me dijo que ya no estaba en la PGR, o sea que ya no se iba a hacer nada.

Después vino el 94, con el levantamiento zapatista. El 1 de enero yo había pasado la noche en casa de Felipe Ortiz y cuando vimos la noticia

inmediatamente hablamos con los demás compañeros del consejo, para reunirnos y ver qué pensábamos de eso. Pocos días después nos encontramos en casa de Guillermo Álvarez. La prensa manejó que los del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) eran indígenas, no se dijo que era un movimiento armado indígena, pero sí que todos los que estaban muertos eran indígenas. Nos preguntábamos quiénes dirigían el movimiento y cuáles eran sus pretensiones, evaluamos la información que teníamos y pensamos que había que apoyarlos, pronunciarnos a su favor, pero había que convocar a una reunión con autoridades de las comunidades para someter a su consideración la información que teníamos y con ellos decidir qué hacíamos. A la reunión llegaron por lo menos 160 autoridades y se decidió mandar una carta a los zapatistas. Se hizo y se nombró una comisión para que la llevara a Chiapas, en la que estaban Marciano Guzmán, Roque Nava, Librado Gálvez y otros dos compañeros, no recuerdo quiénes. Se fueron en el vocho azul que teníamos en el consejo. Se entregó y hubo una rápida contestación, una carta muy sencilla pero muy profunda, con mucho sentimiento y mucho empate con lo que sentía la gente. Entonces decidimos preparar una marcha que llamamos "No están solos", porque los zapatistas decían: "no nos dejen solos".

En ese momento no sabíamos si el contexto político nos favorecía o no, había un riesgo muy grande de que nos reprimieran, de que se generalizara la represión por el levantamiento. Por otro lado la prensa estaba centrada en Chiapas y no le importaba ningún otro estado. Además del apoyo a los zapatistas llevábamos entre las demandas que se resolvieran las obras que nos habían ofrecido desde 1992 y no habían cumplido. Ya había descontento y coraje en las comunidades por eso. La marcha fue impresionante. Llegó mucha gente de todas partes, mucho más de la que esperábamos. Hasta una mujer que recién había parido se fue con el niño en brazos, lo tenía en su rebozo y ella estaba toda desnutrida. Cuando la vi me dio cierto miedo, era una situación de mucha responsabilidad para nosotros y se nos podía ir de las manos. Yo esperaba que llegara gente dispuesta a enfrentar cualquier cosa que pasara, pero había mucha gente que venía porque en su comunidad habían acordado que fuera quien quisiera. En el camino teníamos que enfrentar situaciones como que alguien ya no pudiera caminar o se sintiera mal, entonces tenía que haber un carro para llevarlos; había que garantizar la comida para todos y estar pendientes de cualquier

cosa. Después se generaron más complicaciones porque medio mundo le regalaba cosas a las mujeres, ropa y zapatos sobre todo; llegó un momento en que muchas ya no podían caminar porque iban cargando todo eso, pero no querían dejarlo. En Cuernavaca tuvimos que conseguir un camión para que llevara todas esas cosas y pudiéramos seguir caminando. Fue también una marcha de alegría, en las noches bailábamos con la música de las bandas y se nos olvidaba el cansancio.

Alguien a quien hay que recordar, que recuerdo con admiración y respeto, es Francisco Guerrero, el periodista de Morelos. Cuando estábamos en Iguala llegó con una caja con tortillas y cantidad de chicharrón, queso y aguacate, todo el mundo comió. Dijo que cuando llegáramos a Morelos él se hacía cargo de nosotros. Yo soy muy incrédulo y dudé, pero efectivamente se hizo cargo y se dedicó a darnos todas las facilidades para la comida, cobijas y de todo. Creo que tenía contacto con diferentes organizaciones civiles, entre ellas la de su hermana Flora, que siempre fue de izquierda. En Cuernavaca había cantidad de mujeres güeras dándole masaje a la gente de la marcha; se sentía mucho cansancio en los pies, servía para reponerse y poder caminar bien, los señores y las señoras estaban felices. Ahí nos quedamos varios días y nos acompañaron algunos periodistas. Hicimos un gran mitin en el Zócalo y Francisco Guerrero estaba sorprendidísimo, decía que nunca había visto la plaza llena, que sólo la había llenado Emiliano Zapata. Nos quedamos varios días en Cuernavaca porque allí estuvimos negociando con el gobierno federal y estatal. Me tocó estar en la mesa de negociación junto con la mayoría de los compañeros del equipo operativo del consejo. Nos pedían que nos regresáramos, no querían que llegáramos a México. De hecho ya estaban todas las demandas conseguidas y José del Val nos dijo que la información que tenía era que había que regresarnos.

En realidad estábamos contentísimos por haber llegado allí con todo el movimiento que habíamos generado, pero entrar a México era el triunfo total y eso no estaba sujeto a negociación, porque a final de cuentas estábamos respondiendo a un llamado del EZLN. Además, la idea era que el presidente firmara el acuerdo al que se había llegado ahí en Cuernavaca, era la única garantía de que pudiera cumplirse. El problema para el gobierno era el impacto que iba a tener la marcha llegando a México. Mucha gente nos apoyaba y nos estaba esperando en la ciudad, entonces seguimos. Llegamos a San Pedro Mártir y nos recibieron con todo, se hizo ahí una misa. Al otro día llegamos al Zócalo y hubo

una concentración muy grande, nos estaban esperando organizaciones sociales y populares. Allí me tocó hablar a mí, una parte del discurso que incluso salió en *La Jornada* decía más o menos así: "Que se acuerde el presidente, que se acuerden las instituciones, que se acuerde el Estado mexicano que no sólo en Chiapas hay indígenas; que los pueblos indígenas estamos en todo el país, y estamos abandonados y somos los pobres entre los pobres".

Nos quedamos en plantón en el Zócalo, esperando a que nos recibiera el presidente, pero no quería. En el fondo creo que era porque si nos recibía iban a llegar otras marchas y todos iban a querer verlo. Beatriz Paredes era presidenta de la Comisión Nacional de Desarrollo Integral y Justicia Social para los Pueblos Indígenas, que acababa de crear Salinas, estuvo horas platicando con nosotros en el Zócalo y finalmente fue ella el contacto para que el presidente se reuniera con nosotros. Nos dijeron que podíamos ir 30 a la reunión pero insistimos en que estuvieran presentes las autoridades de las comunidades para que fueran testigos de los acuerdos y eran como 150. Aceptaron, nos mandaron varios autobuses y dos coches del Estado Mayor Presidencial. Salieron los autobuses, Martín Equihua y yo nos quedamos porque estábamos terminando de redactar el discurso que daríamos frente a Salinas. Estábamos apuradísimos pero era complicado, teníamos que pensar bien cada frase y ver bien en qué tono iba. Los de Presidencia nos estaban apurando, finalmente nos llevaron en un coche y fueron abriendo camino con patrullas, para que llegáramos a tiempo.

Habíamos acordado que Martha Sánchez leyera el discurso, pero se había ido en un coche aparte con Amador Cortés y se perdieron, nunca llegaron, entonces lo leí yo. Viéndolo bien, no era un discurso muy fuerte, era un poco punzante pero muy puntual y políticamente correcto, por así decirlo. Al principio le daba las gracias a Beatriz Paredes y a los hermanos del Val, porque Enrique del Val y su gente fueron los que encabezaron la negociación desde Sedesol y José del Val era director en Culturas Populares y estaba en la comisión de Beatriz Paredes, nos apoyó mucho desde Cuernavaca. Después hablaba de que queríamos que se generaran condiciones para que los niños ya no murieran de diarrea y pudieran ir a la escuela; ahí cambió el semblante del presidente, pero inmediatamente cambiaba de tono y decía que estábamos dispuestos al diálogo y demás. La reunión fue todo un éxito. Allí sacó también Marcelino un documento sobre la presa y le pidió al presidente

que firmara para que se suspendiera, aunque quedó en el aire, porque nunca vimos el documento y no supimos si firmó la suspensión de la obra o firmó sólo de recibido. Regresamos a Guerrero y nos reunimos con el gobernador. Nos dijo que lo de las obras lo teníamos que ver con el delegado de Sedesol, Ramón Cárdenas, y nos dio cuatro camionetas de seis que le pedimos para poder movernos por las regiones.

En agosto nos fuimos a Chiapas, a la selva, a la Convención Nacional Democrática que convocó el EZLN. Después supimos que Figueroa estaba encabronadísimo porque nos habíamos llevado las camionetas. En la convención yo quedé en la presidencia colegiada como representante de Guerrero, junto con una compañera de la CETEG y después me tocó asistir a todas las reuniones del comité permanente de la convención. Las primeras fueron para evaluar las elecciones. El 14 de septiembre vino la represión en Guerrero, nos dieron una madriza afuera de la oficina del consejo, con caballos y todo. Hubo muchos heridos, a doña Florentina, una señora ya grande, le dieron de toletes en las rodillas y quedó toda hinchada, a Getulio Ramírez, el de Copalillo, le dejaron la cabeza toda cuarteada, le pegaron a Cirino, a medio mundo. La prensa estatal nos criticó muchísimo porque ninguno de los dirigentes más conocidos (salvo Cirino) había resultado herido, pero lo que pasó fue que cada uno se fue a buscar a la gente que no podía llegar a Chilpancingo, porque el gobierno había cerrado todas las entradas a la ciudad.

A mí me tocó ir a Chilapa por un carro para recoger a los compañeros que estaban detenidos en Tixtla. La Sanzekan Tinemi me prestó una camioneta y me fui con Marco Antonio Miranda, la idea era decirle a la gente delante de la policía que se retirara, para luego recogerlos en otro punto, como la camioneta era cerrada y traía logotipo de Conasupo pensamos que no nos iban a parar. Ese día se celebraba en Tixtla la fiesta de la Virgen de la Natividad, entonces a otro grupo le dijimos que se subieran a un autobús y se fueran calladitos, y si los paraban dijeran que eran peregrinos. El problema fue que cuando pasaron en el autobús, una jovencita que estaba entre los que no dejaban pasar reconoció a Roque Nava, el compañero de Atzacoaloya, y le habló justo cuando los estaban dejando pasar, entonces los descubrieron. A nosotros tampoco nos dejaron pasar con la camioneta, solamente llegaron a Chilpancingo los que se fueron caminando.

Seguían sin cumplirse nuestras demandas, soltaban los recursos a cuentagotas y no estaban en la idea de cumplir, entonces decidimos

hacer un plantón frente a las oficinas de la ONU, una huelga de hambre. A mí me tocó ir a Chiapas a la sesión del comité de la Convención Democrática, allá estaba muy tensa la situación; Marcos mandó una carta diciendo que se suspendía el diálogo. Llamé por teléfono a los compañeros y me avisaron que ya estaban en la ONU, hice el anuncio ahí y todo el mundo lo celebró. Éramos los únicos que realmente hacíamos acciones concretas, los demás estaban esperando a que dijera el EZLN qué hacer. Nosotros ya existíamos desde antes del EZLN y teníamos nuestra propia agenda. Llegué a México, a la ONU, e inmediatamente me pusieron mi pulserita de huelguista, ya todos llevaban un día ahí. Muchas cosas que pasaron en la huelga de hambre fueron de risa, la gente no estaba acostumbrada a ese tipo de lucha, preguntaban: ¿Cómo que no vamos a comer? ¿Nos vamos a matar solos? Habían puesto unos baños móviles y ahí nos dábamos cuenta de que la gente estaba comiendo a escondidas, llevaban sus totopos o sus galletitas. Les explicábamos que eso era fraude pero costó trabajo que entendieran. Fue una huelga de 36 horas, la idea era que fuera corta, una acción de impacto que permitiera que rápidamente fuéramos foco de atención. Y así fue, llegaron los funcionarios, otra vez se firmaron acuerdos y salieron varias obras y proyectos.

Cuando tomó posesión el presidente Ernesto Zedillo, el 1 de diciembre de 1994, fui a Palacio Nacional. No recuerdo por dónde me llegó la invitación, creo que Martín Equihua, que era diputado, me la pasó. Hasta me compré un pantalón y una chamarra nuevos para ir, pasé a saludar al presidente y a darle una carta. Allí me encontré a Hugo Sánchez y a un montón de personajes. Después, como en enero o febrero de 1995, fui otra vez a un evento con Zedillo, invitado por Magda Gómez, que estaba en el INI. Me dijo que como éramos una organización representativa quería que yo fuera el orador frente al presidente. Me preparé dos discursos, uno muy formal que llevaba en la chamarra y otro, el que iba a decir, que metí en mi zapato, porque estaban revisando mucho a la entrada de Palacio Nacional. Cuando llegué me dijo Magda que habían decidido que otra persona diera el discurso; sólo dio las gracias al señor presidente. Estaba ahí Rosa Rojas y se dio cuenta, entonces le di mi discurso –que ya había sacado de mi zapato– y sacó una nota con parte de lo que decía. Ahí fue donde usé por primera vez la frase "México, nunca más sin nosotros", que después se apropiaron los zapatistas.

Participé también en el proceso de creación de la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, la ANIPA; fue un trabajo de ir a los

estados a hablar con la gente y de preparar reuniones. Ya constituida se hicieron varias asambleas nacionales grandes y se venía consolidando, pero después dejó de ser la organización a que se aspiraba, porque la convirtieron en Agrupación Política Nacional para buscar puestos en el gobierno.

En 1995 se hizo otra marcha del CG500ARI, pero a mí me pareció que no era el momento indicado para hacerla. Había varias comunidades que no estaban comprobando los recursos que se les habían entregado para las obras; las obras sí se estaban haciendo pero el problema era la comprobación, a veces no tenían de dónde sacar facturas o no sabían qué documentos se necesitaban. Eso pasaba como en 15% de los casos y no se cuidó, no hubo un seguimiento técnico por parte de la organización. De ahí se agarraba el gobierno para no darnos más. La marcha fue difícil, nos tocó un viento muy fuerte en Morelos, nació un bebé en el camino y hubo varios problemas así. Tampoco pudimos negociar nada, el gobierno no tenía la intención de soltarnos recursos y realmente nos regresamos con las manos vacías. Nos mandaron con el gobierno estatal y varios funcionarios nos dijeron que la línea era ya no darle nada al consejo, porque además los recursos ya no se darían a las comunidades directamente, sino que sería a través de los municipios porque Zedillo quería fortalecer la federación.

En ese tiempo se me concentraron a mí muchas responsabilidades, era prácticamente el único que estaba de tiempo completo en el consejo. De vez en cuando llegaban Pedro o Marcelino, pero cada 15 días o los fines de semana. En las reuniones de lo que fue el comité de la Convención Democrática algunos planteábamos sacar el tema indígena de Chiapas, había que mandarlo a otros estados. Se hizo un gran debate y ganamos, entonces se decidió convocar a un gran evento nacional en el que se fundó el Congreso Nacional Indígena (CNI). Había una gran expectativa porque se especulaba que llegaría Marcos o alguien de la comandancia del EZLN. Llegó la comandanta Ramona y fue la figura central de la reunión, que se hizo en el auditorio del Centro Médico Nacional. Ya estaba muy enferma, venía cansada y apenas podía hablar. Era muy chiquita, menudita y casi no se veía detrás de la mesa. Llegó con Josefina Bravo, quien ahora está en la Comisión para el Diálogo con los Pueblos Indígenas de México, en la Secretaría de Gobernación.

A mí me tocó ser el maestro de ceremonias. Hubo mucho debate porque había mucha gente, de chile, de dulce y de manteca, de distintas

corrientes y posiciones del movimiento indígena. También había muchos intelectuales, antropólogos y sociólogos, por ejemplo Gustavo Esteba, que estaban con la gente pero con actitud de "estos son mis indígenas y detrás de ellos estoy yo"; tiraban línea. Fue complicado pero muy interesante. Cuando terminó el evento, después del acto que se hizo en el Zócalo salí para Guatemala. Allá estuve trabajando en Naciones Unidas. Araceli me comentó de ese trabajo cuando la situación en el CG500ARI estaba difícil, nadie iba a la oficina, había muerto Sabino Estrada, ya no teníamos las becas de apoyo económico y yo estaba sin un peso. Ya había nacido mi primer hijo, mi esposa me estaba presionando por la cuestión económica y en la ONU pagaban bien. Lo pensé mucho pero el trabajo era interesante y con población indígena, se trataba de acompañar el proceso de reorganización, porque Guatemala acababa de salir de una guerra y estaba en un proceso de paz, había que fortalecer la institucionalidad y las organizaciones indígenas. Le dije a Araceli que sí quería ir, pasé por todo el proceso de selección, quedé en el cargo y firmé contrato.

Llegué a Guatemala el 12 de octubre, mala fecha porque era día festivo y la ciudad estaba vacía y gris, ya me estaba arrepintiendo. Yo estaba en mi mejor momento, más bonito y más grandioso y ya estaba comprometido con ese trabajo. Era un contrato de seis meses, pero me quedé cinco años. Me fui solo, no llevé a mi familia, pero venía prácticamente cada tres meses a visitarlos, porque como trabajaba los fines de semana acumulaba días libres. Trabajar para una institución como Naciones Unidas fue una experiencia muy grande, implicaba mucho compromiso y seriedad. Sentí que llegaba a otro momento de mi vida, ya de madurez profesional. Me tocaron temas difíciles, por ejemplo observar un proceso de justicia contra un paramilitar que había humillado y matado a muchos indígenas, muchas viudas estaban allí. Rendimos un informe de inmediato porque era un caso emblemático.

Regresé a México cuando estaba Marcos Matías de director del INI y Pedro de Jesús de delegado en Guerrero. Pensé que con la experiencia que ya tenía podría conseguir un espacio de trabajo pero no fue así, estaban cerradas todas las puertas. Entonces me ofrecieron un trabajo en Ecuador, también con Naciones Unidas, por lo que había yo hecho en Guatemala. Me fui para allá pero sentía que me estaba alejando, que estaba como exiliado. Después de un año me ofrecían que me quedara pero ya no quise. No me apasionó mucho Ecuador, estaba en una situación

de crisis nacional y el trabajo no era tan interesante como en Guatemala. Cuando regresé, en 2003, entré a trabajar a la Cámara de Diputados como asesor. Entré porque gané un concurso que organizó la UNAM y estuve allí hasta 2015. En ese tiempo también colaboré con el periódico *El Sur de Acapulco* y di clases en la UNAM, en la materia México Nación Multicultural que daba el Programa Universitario México Nación Multicultural. Después estuve trabajando un tiempo en la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades del Distrito Federal y en otras cosas. Ahora estoy en el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, como subdirector de Autonomía y Libre Determinación de los Pueblos Indígenas.

Martín Equihua Equihua

Soy de Uruapan, Michoacán y, a pesar de mi descolorida piel y mi pelo quebrado, soy purépecha, por raíz sanguínea y cultural, pero sobre todo por conciencia y derecho. Gran parte de mi familia vive en las comunidades de Nurío, Aranza, Huécato, Tingambato, Pomacuarán y otras más de la sierra. Si tuviera que resumir mi infancia diría que fui inmensamente feliz; muy travieso, muy diablo; aunque mi papá siempre fue muy duro en su disciplina con nosotros, teníamos libertad para andar en cerros, ríos y, por supuesto, explorando los rincones de la ciudad. Crecí en el barrio Agua Blanca, un barrio con mucha hermandad o solidaridad, con espíritu colectivo, barrial, pero donde siempre hubo mucha violencia y droga. Allí aprendí a fumar marihuana y hasta a inhalar solventes, pero no hice adicción, no me gustó la dependencia a las drogas, pero me hacía parte plena de la pandilla barrial. Fui un chamaco amante del futbol, del beisbol, del boxeo y del rock. No crecí en un marco de conciencia indígena o política, que no la había en mis padres; mucho menos crecí mirando ejemplos de militancia de izquierda, ni nada parecido. Acaso, crecí en un ambiente familiar religioso y un entorno barrial agradable.

Estudié en Uruapan hasta la preparatoria; cursé el bachillerato de Ciencias Agrobiológicas y estaba destinado a estudiar Agronomía, porque era la única facultad que había en la ciudad, pero no me gustaba. En la preparatoria conocí la Filosofía y de inmediato supe que era lo que quería estudiar; entonces fui a Morelia, con la pretensión de instalarme en la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana, pero no me aceptaron porque mi bachillerato era de ciencias. En Guadalajara pasó lo mismo; me encontraba un poco decepcionado, cuando un compañero

preparatoriano, que ya se había inscrito en Acapulco, me dijo que fuera a la Universidad Autónoma de Guerrero (UAG), que allá no había mayor problema de ingreso y hablara con el director de Filosofía, Serafín Núñez, que era amigo de su hermano, también catedrático de la UAG. Cinco horas después de que me lo dijo, estaba saliendo para Chilpancingo, con la plena decisión de estudiar Filosofía. Llegué a la UAG, hablé con el director de la escuela y, sin necesidad de que le dijera que iba de parte de su amigo, me invitó a que pasara de una vez a clases. No llevaba yo los papeles ni nada pero no le importó, porque tenían el concepto de universidad abierta, universidad-pueblo. Entré a clases al día siguiente de haber salido de mi casa. Pasé el tronco común y decidí seguir en Sociología porque me pareció que tenía un sentido más práctico que la Filosofía.

En el grupo escolar que me tocó éramos más o menos 20 y al momento de ingresar yo era el único que no tenía una militancia política. Era una universidad muy politizada. Unos estaban en el Partido Comunista, otros en la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, en el Partido Revolucionario de los Trabajadores o en la Organización Marxista de la Emancipación del Proletariado, que para entonces estaba transitando hacia lo que fue la Corriente Socialista. Entre estos últimos estaban mis grandes amigos, Marco Antonio Miranda, Rogelio Alquisiras, Homero Castro, Javier Flores y otros, quienes me impresionaron con sus dotes oratorias y por la claridad de sus ideas. Pronto me sumé a esa organización que venía saliendo de la clandestinidad, fundada por ex guerrilleros, como el aún vigente y persistente Camilo Valenzuela. De ser Corriente Socialista –tras debates y escisiones nacionales que me impactaron por su intensidad– nos convertimos en el Partido Patriótico Revolucionario (PPR), que después entró en fusión con otras fuerzas para resultar en el Partido Mexicano Socialista (PMS), el que años después cedería su registro para el surgimiento del Partido de la Revolución Democrática (PRD). En ese trayecto formé parte de una primera célula donde aprendí lo que realmente es ser un militante político de izquierda: reunirse en círculo de estudios periódicamente para discutir teoría y coyuntura política y, sobre todo, para evaluar y decidir el trabajo político, es decir, nuestra inserción en distintos sectores sociales.

Estaba yo en todo eso cuando conocí a mi pareja y muy pronto nació mi hija; entonces tuve que ponerme a trabajar. Aún no cumplía 20 años y ya era padre, estudiante, trabajador y militante político a la vez. Entré

a la Comisión Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) como supervisor rural de las tiendas Diconsa (Distribuidora e Impulsora Comercial Conasupo) y tuve la fortuna de que me asignaran la zona de la Costa Chica. Me mandaron allá de castigo, porque en el curso de capacitación de ingreso expresé alguna rebeldía y no me pudieron correr prematuramente, porque había sacado la primera posición en la evaluación final. Lo tomé con agrado, pues allá estaba mi hija, era la tierra de su mamá. En aquella región descubrí el mundo indígena. Me asignaron a la zona amuzga y a parte de la tlapaneca que colinda con Oaxaca. Visitaba algunas comunidades a las que sólo se llegaba caminando; me dio un enorme gusto porque desde chico me gustaban los cerros. Mi trabajo consistía, entre otras cosas, en realizar asambleas comunitarias, en principio para que la población estuviera al pendiente del abastecimiento de productos básicos, pero era evidente el potencial organizativo de estas asambleas multitudinarias y más cuando las carencias materiales de las comunidades eran tan impresionantes.

Me acuerdo bien de una comunidad, La Ciénega, en donde un día me dijeron: "Oye, tú que vas a Chilpancingo, por favor ayúdanos, porque un maestro no ha venido". Les dije que sí, al fin que iba cada 15 días para allá. Entonces fui a la Secretaría de Educación y la respuesta fue que sí había, según ellos. Cuando les expliqué que venía de por allá y les aseguré que no había maestro dijeron que yo por qué me metía, que no era mi asunto. Decidí ir a Radio Universidad –yo colaboraba allí en un programa de la facultad–, denuncié la falta de maestro y pronto enviaron a uno. Como vieron que se resolvió ese asunto, enseguida me pidieron que ayudara también a conseguir medicamento, porque no había nada en la clínica. Fui a la Secretaría de Salud y pasó lo mismo, dijeron que tenían garantizado el cuadro básico; les insistí en que no y les dije que iba a llevar una carta a los medios de comunicación; entonces mandaron medicinas.

Pronto se corrió la voz y cuando me di cuenta, un día equis, había en mi casa un montón de gente buscándome para que les ayudara. Yo vivía en una casita que tenía un gran solar enfrente; me la había prestado mi querida ahijada Petrona de Jesús, una lideresa amuzga. Después de hacer mi recorrido por las comunidades, en el que a veces tardaba ocho días, una buena tarde al llegar vi a mucha gente en el solar, ropa tendida, fogones, casitas de hule, eran más de 50 personas en grupos de cuatro o cinco. No sabía yo qué pasaba y Petrona me dijo que me estaban espe-

rando porque querían que les hiciera un favor. Eran de Cabeza de Arroyo Nuevo, de Arroyo Serpiente, Arroyo Pájaro y otras comunidades; me acuerdo de algunos nombres porque son muy poéticos. Yo no entendía qué pasaba hasta que comenzaron a darme peticiones; me decían que, ya que yo iba a Chilpancingo, les hiciera favor de llevar las letras peticionarias de sus necesidades.

Así empecé, casi como por accidente, como jugando. Después, y por mucho tiempo, mi casa era un hervidero de gente. Comencé a improvisar bancas y me conmovía ver cómo iban pasando los señores con el sombrero en la mano; empecé a sentirme increíblemente útil, aunque sólo era un chamaco y en realidad no tenía nada de importante. Llevaba las solicitudes a Chilpancingo, a la oficina que correspondía, y les daba seguimiento. Me empecé a dar cuenta de que tenía la posibilidad de servir a la gente del presente, no sólo a la idea de una improbable sociedad socialista del futuro. Lo poquito que aprendía en la universidad, a ellos les servía significativamente. No era de meterle mucha cabeza, ni mucha ideología; más bien era convencerlos de que ellos lo podían hacer sin mí y por derecho; entonces empecé a invitarlos a la capital del estado.

Después, ya con un cargo estatal, fui a la región de La Montaña. Alguna vez visité Acatepec, con Antonio González, que después fue el primer presidente de ese nuevo municipio; él fue compañero mío en la universidad. Y en especial, fuimos a una comunidad cuyo nombre no recuerdo, era grande y era domingo de mercadito. El nivel de carencia material de la gente era increíble, desde la estatura de las personas hasta el pantalón de mil años. Habían bajado a comerciar de las comunidades vecinas y todos estaban en una pobreza terrible. Era puro intercambio, de habas por frijoles, por ejemplo, aunque obviamente había algunas monedas por ahí, pero era gente que bajaba a comprar pedacitos de cebo para echarle a los frijoles o a los chipiles, pura grasa que vendían a cinco pesos el pedazo y la gente se peleaba para obtenerlo. Creo que esa fue una experiencia de gran impacto para mí. Estuve también en Copanatoyac, en Metlatónoc y toda esa parte, y no daba crédito del nivel de pobreza que había; nunca había visto algo así, ni en la zona amuzga. Era otro mundo, brutal, algo que ya no te puedes quitar, que nunca más en la vida puedes ni debes olvidar.

En esa época era papá, era estudiante, gestor de las comunidades, trabajaba y era militante. Lo que articulaba todo era la militancia, yo creía en la revolución socialista y en todo su preparativo. Cuando entré

a Conasupo entraron otros tres amigos del PPR, entre ellos Marco Antonio Miranda y Rogelio Alquisiras, y formamos nuestra célula del partido. Los líderes nos decían que teníamos que ser los más responsables y los más chingones en el trabajo, para que nadie sospechara de nosotros; entonces éramos muy cumplidos y eso nos permitió afianzarnos. En tanto, en la universidad los maestros me dieron facilidades. Tenía el programa de estudio, grababa las lecciones en casetes y las escuchaba en mis traslados; luego presentaba mis trabajos. Tenía pocos libros, mi primer "buscador" fue un *Pequeño Larousse* que me costó media quincena. Obviamente no terminé la carrera a tiempo, me tardé dos años más y me costó mucho trabajo, pero no la dejé. No me pude titular porque se me pasó el plazo, pero terminé todo el programa de estudios y me titulé años después a través del Ceneval (Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior).

En Conasupo empecé a hacer cosas más allá de lo que era estrictamente el trabajo. En el diseño original de Diconsa, y de hecho desde Coplamar (Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados), se decía que con los camiones que llevaban productos básicos se debía ayudar a la gente a que trasladara sus productos, algo que nunca se hacía, pero yo lo intenté y funcionó. Empecé con los alfareros de San Cristóbal, una comunidad mixteca del municipio de Ometepec; empezamos llevando sus ollas a algunas ferias regionales, como Cuajinicuilapa o Huehuetónoc. Después se hizo con otros y funcionó. Había 13 camiones e intentamos un uso racionalizado, no sin problemas con funcionarios menores. Le mandaba por escrito mis propuestas al gerente estatal y después de un tiempo me puso a cargo de la unidad de capacitación y comunicación estatal y, con ello, en la decisión de quiénes entraban a campo.

A los 21 años ya tenía dos secretarias, un equipo humano, camioneta, viáticos y decidía quiénes entraban a trabajar a campo y quiénes no; entonces metí a varios compañeros del PPR y de la universidad y fortalecimos toda la cuestión social. El gerente estatal me decía: "Flaco, yo sé que eres bien trabajador y todo, y sé que se están posicionando muy bien. Yo sé que eres de la corriente socialista y hacen lo que están haciendo por la gente, me queda bien claro, nada más no me metas a mí en broncas". Estábamos haciendo trabajo social, creyendo en todo lo que creíamos. De allí apoyamos la creación de muchas organizaciones campesinas, porque desde entonces le apostamos a eso, a crear organi-

zaciones sociales amplias, aunque en esa época era más la línea campesina que la indígena.

Cuando cambiaron al gerente estatal y se dieron cuenta de que teníamos una red muy fuerte, en un movimiento de rechazo a una nueva administración, funcionarios nacionales pidieron también mi salida, a cambio de atender otras salidas: salían ellos pero yo también y así fue, pero ya había quedado instalada una red de compañeros y de organizaciones. Esto fue hacia 1989. Salí y junto con otros compañeros fundamos la Sanzekan Tinemi;[1] yo me fui para allá y desde la Sanzekan nos sumamos a otras organizaciones y compañeros para crear la Alianza de Organizaciones Campesinas Autónomas de Guerrero. Durante dos años, 1989 y 90, estuve en la Sanzekan y en la Alianza. No tenía sueldo, pero mis compañeros que se habían quedado en Conasupo y otros me apoyaron para que me dedicara de tiempo completo al trabajo con las organizaciones, me "profesionalizaron" entre ellos; algunos no fallaban, cada quincena o cada mes, con su aportación. A veces no tenía dinero, pero llegaban compañeros con cosas a mi casa, por ejemplo, Roque Nava llegaba con cajas de ajos y cebollas, otros con calabacitas, etcétera. Hubo un tiempo en que me preocupé por esa falta de ingreso regular y me metí al periódico *El Sol de Chilpancingo,* como reportero y corrector, pero me di cuenta que no quería hacer eso en ese momento y me salí. Después nos integramos a la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) y nos apoyaron con un proyecto de fortalecimiento organizativo que permitió seguir empujando la organización.

Por un tiempo trabajé la comunicación en la Alianza, hacíamos un periódico mural, uno impreso, videos y cosas así; también estuve en la parte de derechos humanos. Los compañeros de la Alianza se quedaron mucho en el terreno economicista; por ejemplo criticaban que en algunas reuniones nacionales de UNORCA pidiera que se incluyera el tema indígena en la agenda de la organización. La UNORCA tenía una línea también muy economicista, de organizarse para la producción y la comercialización, pero no planteaban el tema de derechos ni la cuestión indígena. Yo traté de meter siempre el tema, porque se acercaba el quinto centenario de la invasión. Otros decían que lo importante era la

[1] La Sansekan Tinemi, Sociedad de Solidaridad Social, es una organización de productores indígenas y campesinos con sede en Chilapa, Guerrero.

lucha de clases; entonces yo me enfoqué más en la cuestión indígena. Había quienes estaban en el otro extremo; sólo planteaban el tema de los derechos y la cultura indígenas y no abordaban las necesidades concretas del momento. Yo traté de articular las dos caras de esa moneda. Por ejemplo, en la Costa Chica le entramos a organizar la producción de melones, ajonjolí, la pesca y a partir de allí, con un cuerpo social, una mínima organización y estructura, entraba la otra reflexión, casi de manera natural. Digamos que, de 50 personas, 10 hablaban de derechos, injusticias, invasión española y maltrato histórico; los otros 40 estaban más en la cuestión de la producción, pero esos 10 empezaban a influir, porque estaban juntos. Así se fue dando eso, en una mezcla de ejes concretos y reivindicaciones históricas.

Desde la Alianza y con apoyo de la Sanzekan impulsamos el trabajo para crear el Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena (CG500ARI). Con Armando Zavala, compañero mixteco de San Luis Acatlán, recorrimos buena parte de las zonas mixteca y tlapaneca; hicimos largos recorridos por comunidades para hablar del consejo; luego recorrimos la zona amuzga con otros compañeros y nos conectamos con Marciano Guzmán. También fuimos a la radio *La Voz de la Montaña* y a muchos lugares. La Alianza de Organizaciones Campesinas fue la que respaldó financiera y organizativamente ese trabajo en su primera etapa; la Sanzekan Tinemi me daba a mí una beca para poderme mover y hacer contactos. Fue mucho trabajo previo, que no se ve.

En ese proceso entramos en contacto con Gaudencio Mejía y Marcelino Díaz de Jesús. Los conocí en reuniones del Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena y Popular, a las que fui como representante de la Sanzekan y de la Alianza. Allí estaban también Margarito Ruiz, Araceli Burguete, Carlos Beas y otros compañeros. Marcelino y Gaudencio vivían en la Ciudad de México, pero Marcelino estaba con todo el trabajo de la zona del Alto Balsas, en lucha por detener la construcción de una presa. Gaudencio no tenía realmente un trabajo social de base, sino que era más un mixteco intelectual, pero estaba en eso. Cuando llegué me vieron con desconfianza, pero yo siempre fui en buen plan y entendieron que había un trabajo importante. A partir de allí nos coordinamos y pusimos fecha para constituir el CG500ARI el 14 de septiembre de 1991, básicamente con organizaciones campesinas. La reunión formal de constitución fue en el auditorio de la universidad y la presidimos Ranferi Hernández, líder del PRD en ese tiempo, Gorgonio

Flores de la URECCH –la Unión Regional de Ejidos de la Costa Chica–, que era un mixteco de esa región (a los dos los mataron después, a Gorgonio en 1992 y a Ranferi en 2017), el escritor Renato Ravelo y yo. Fue muchísima gente, representantes de más de 30 organizaciones regionales y de decenas de comunidades de los cuatro pueblos indígenas del estado (amuzgo, mixteco, náhuatl y tlapaneco). El auditorio estaba lleno a reventar y no cupieron todos.

Yo coordiné la asamblea y la idea fue dar juego a los discursos, pero sin que se desviara el tema de una declaración central que unificara y señalara claramente el rechazo a cualquier intento festivo del quinto centenario; apostando, además, por constituir una real organización y no un nuevo membrete de discursos. La idea fue poder armar rosarios de demandas, junto al rechazo festivo. Ya después siguieron otras reuniones y la estructuración de la organización. Pronto logramos conseguir algunos apoyos, por ejemplo, con Jesús Rubiel, funcionario que conocía desde Diconsa, quien nos apoyó con un proyecto para becar a algunos compañeros y formar un equipo operativo, con gente que pudiera dedicarse de tiempo completo al trabajo del consejo. Esa fue la primera preocupación que tuve, porque íbamos agarrando cuerpo. Después logramos conseguir un proyecto de fortalecimiento organizativo con el INI y eso fue lo que nos permitió consolidar la organización.

La base organizativa no empezó desde cero, sino en el contacto de líderes clave. Esa fue, por así decir, la metodología política, aprendida desde el PPR, aunque yo me había salido desde la constitución del PMS porque me pareció que la izquierda tradicional estaba lejos de entender la dinámica indígena. Así fuimos captando a compañeros como Amador Cortés y Luis Zacarías, que habían sido mis compañeros en la universidad. Amador es tlapaneco, fue del PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) y era clave; Luis entró a trabajar a Culturas Populares y hablaba siempre con un sentimiento muy fuerte de lo tlapaneco. Armando Zavala también era un cuadro clave y a través de él conocimos a Cirino Plácido y lo jalamos, y así fue con muchos compañeros. La zona amuzga fue la más complicada porque estaban enfrentados varios liderazgos, pero las demás regiones estaban relativamente vírgenes, por así decirlo, y fue fácil conectar con líderes y organizar. En el caso de la región del Balsas ya estaba muy armado el liderazgo y el movimiento; tenían un protagonismo importante y ya formaban parte del Consejo Mexicano, por lo que fue más fácil asociarse con ellos y que

aceptaran el reto de ser parte de una organización estatal. La idea siempre fue que no podíamos usurpar nada, ni ser unos cuantos los protagonistas, sino darle su lugar a los viejos y a las autoridades de las comunidades; ponerlos siempre por delante. Se trataba de soltar el micrófono, que todo mundo usara su voz, que todos pudieran hablar, ese era de alguna manera el método y los compañeros que por su propia naturaleza eran más protagonistas, lo entendieron. Por ejemplo, la claridad que tenía Marcelino o los discursos que elaboraba Gaudencio eran muy buenos, pero la profundidad con la que hablaba Cirino te conmovía mucho más.

Para 1992 ya estábamos estructurados. Como consejo nunca dudamos de la marcha del 92. Sabíamos que teníamos gente; te digo que nunca dudamos porque en las reuniones del Consejo Mexicano, hay que decirlo, había muchos que eran generales sin tropa, no representaban más que su propia voz y no llegaron a la gran movilización nacional de octubre de 1992 porque no tenían a quién llevar, o llegaron solos, muy tranquilos. Como estructuras, que yo recuerde, llegamos nuestro amigo Carlos Beas, con la gente de Ucizoni (Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo), otros de Oaxaca y nosotros. Los compañeros de Chiapas habían llegado un día antes, pero al Zócalo de la Ciudad de México entramos casi al mismo tiempo y nos fundimos en abrazos. Veníamos todos madreados por casi 20 días de marcha, recuerdo que también se unieron algunas colonias y organizaciones de la Ciudad de México, como movimiento popular. Se percibía un espíritu de sincronía que daba voz, por primera vez de manera nacional, a los más olvidados de la patria.

La marcha fue algo impresionante. Yo había participado antes, casi recién llegado a Guerrero, en dos marchas de Chilpancingo a la Ciudad de México con los sindicatos universitarios y me había impactado mucho. Fuimos caminando de pueblo en pueblo y vi cómo tenían calculado el recorrido, pues había comisiones claras desde antes para preparar todo. En esas marchas universitarias iba yo en el montón y nunca pensé que algún día esa experiencia serviría a la causa indígena; y aunque el esquema de comisiones sirvió, la verdad es que fueron cosas diferentes, pues con los universitarios había casas de campaña y fluían recursos de alguna manera; la marcha indígena era la necesidad cruda, a flor de piel. En nuestra estructura de marcha organizamos todo muy bien desde antes, con comisiones para todo, para los mínimos detalles; que no

faltara agua, comida ni alojamiento y si faltaba que tuviéramos un plan B; que hubiera, además, encargados de la seguridad del recorrido, así con todo. Fue un esquema que trabajamos por semanas. La militancia de izquierda me preparó para eso y por ningún motivo se podía fallar.

Habíamos calculado llevar unas 500 personas, pero llegaron más de 1500. Pensamos que era mucho y que iban a rebasar nuestra capacidad de alimentación y de todo, pero nos dimos cuenta de que no, de que mientras funcionara la maquinita que habíamos armado podíamos salir adelante. Trabajamos mucho la solidaridad con víveres en los lugares por donde pasaríamos. Todo el equipo operativo se entregó en cuerpo y alma, sobre esa maquinita funcionó todo. Avisamos a la gente que ya no éramos 500 sino como dos mil, pero de todas maneras hubo comida. En Xalitla, por ejemplo, ni se diga, porque eran compañeros nuestros. Antes de llegar a Iguala sí pasamos hambre un rato, porque nos quedaron mal con la comida en alguna parte y se nos estaba desmoralizando la marcha, porque además era el lugar más caluroso del mundo. Entonces Xalitla tuvo que hacer otro esfuerzo para apoyarnos, así como colonias de Iguala, lideradas por Martín Aceves y otros compañeros del PPR que estaban por ahí; y de manera significativa, la gente del Consejo Comunitario de Huitzuco, con su joven líder Pancho.

En algún momento uno de sus enlaces me puso al teléfono al gobernador de Guerrero, el cacique Rubén Figueroa Alcocer, y directamente me reclamó que quisiera "ir a exhibir la pobreza de Guerrero a México", que las demandas ya estaban resueltas –según él– y que dejara, "michoacanito", a los guerrerenses hacer las cosas a su manera. Que si algo faltaba le pasara nuestro pliego petitorio y nos resolvía todo, pero que no fuéramos a exhibirnos a la capital. Yo le dije que, si creía que estaba mejor que se quedaran en la montaña, donde nadie los viera, se equivocaba; que yo no quería exhibir nada pero que, además, era mexicano y tenía derecho de moverme por todo el país, como todos los demás; que por lo pronto sólo queríamos llegar a la Ciudad de México porque ese era, además, nuestro derecho. El gobernador y miles sufrieron con la pobreza andante; algunas imágenes resultaban insoportables, como la bandera nacional en personas descalzas y de ropas raídas.

Siempre pensamos que no teníamos por qué molestar a gente que no tenía nada que ver con nuestros asuntos. En todas las marchas –porque hicimos otras más adelante– nos íbamos por la orilla de la carretera para no bloquear, e incluso a veces pedíamos disculpas en las ciudades,

por si estorbábamos; por eso la gente nos aplaudía, llenaba las banquetas, se volcaba en solidaridad y lloraba al vernos pasar por Iguala, Cuernavaca o México. Cuando había tramos muy largos y no alcanzaba el tiempo para llegar al siguiente pueblo, la policía de caminos nos ayudaba a detener camiones para que nos acercaran; pero en una de las marchas –no recuerdo cuál– nos negaron la ayuda, con el pretexto de que no servía su radio. Entonces decidimos tirarnos en la carretera; la paramos y no habían pasado 10 minutos cuando ya les funcionó el radio. En realidad, sí nos preocuparon los terceros. Cuando pasamos la parte más dura, la más caliente de Iguala, y empezamos a subir hacia la más fresca de Morelos, sentimos que nuestro movimiento era irreversible. Recuerdo que a los cuatro o cinco días ya todos los del equipo operativo traíamos unas enormes ojeras, no podíamos dormir bien por el sentido de responsabilidad, teníamos que ver primero que todo mundo estuviera bien, que todos hubieran tomado agua y comido, que todos tuvieran un sitio para dormir; ya después de todo eso medio nos dormíamos un rato. Fueron marchas muy bonitas, en especial la primera. En cada plaza hablaban diferentes personas y siempre hubo música de bandas, eso fue impresionante. También había danzas y cuetes; llevábamos algo de mezcal que nos ayudaba a relajarnos, aunque tomábamos poco, obviamente no podíamos emborracharnos en el camino.

Me preocupé siempre, y lo hicimos como equipo, de que la gente que iba a una reunión, a una marcha o a una huelga de hambre supiera exactamente a qué iba, que nadie fuera porque lo llevaban. Y les pedíamos que, si alguien les preguntaba la causa, contestaran, pues no íbamos a inventar ni a ocultar nada. Toda la gente que participaba llevaba una demanda, sabían que iban por un camino o una escuela, por una clínica o un conflicto agrario. O por una máquina de escribir, los que tenían un discurso más elaborado iban contra la injusticia de 500 años o lo que fuera. La demanda de la máquina de escribir fue emblemática. La llevaron compañeros de la comunidad de Guadalupe Mano de León, querían que la máquina se las diera el gobierno y nadie más. Querían que el presidente se las entregara porque querían pedir cosas con esa máquina, porque tal vez por hacer papeles a mano era que no les hacían caso. Ese era su razonamiento y eso es lo que fueron a pedir. Esa fue la marcha del 92. Después hicimos otras, no recuerdo si en el 93, pero luego fue año tras año y ya la gente preguntaba cuándo iba a ser la siguiente.

En una llegaron más de cinco mil personas, se veían las filas interminables en la carretera.

Siempre nos monitoreaban agentes de la Secretaría de Gobernación. Algunos compañeros estaban en contra de ellos, pero la mayoría éramos de la idea de que no importaba que estuvieran allí, ¿qué iban a escuchar? No ocultábamos nada, por eso le decíamos a la gente: si alguien les pregunta a qué van, digan a qué van, no digan que no saben. No había nada bajo la mesa, era muy relajado el asunto. Una vez nos encontramos con ellos cerca de Iguala y les hablamos, les pedimos que contaran lo que veían, que no inventaran que llevábamos armas o cosas así. Luego, en Puente de Ixtla, por el altavoz pedimos un aplauso a los de Gobernación y toda la gente aplaudió y se rió. En otra ocasión llegaron buscándome en la madrugada con una camioneta; cuando me encontraron resultó que traían un montón de costales de naranjas, sólo me pidieron que no le dijera a nadie, que era "aquí entre compañeros". Se dieron cuenta de que no éramos "los pinches izquierdosos de siempre", sabían a qué iba la gente y habían captado la dimensión del olvido.

En septiembre de 1993 hicimos nuestro primer congreso estatal. Quedamos en que para la inauguración y el cierre hablaran los más viejos de cada lengua y sus discursos fueron lo más impresionante que yo he oído en mi vida. Florentina, amuzga de Xochistlahuaca, dijo algo así: "Ni ellos son mejores que nosotros ni nosotros somos mejores que ellos, somos una sola familia, la familia humana". Habló también un viejito tlapaneco de 90 años, le dijimos que se dirigiera a los pueblos indígenas de Guerrero que estaban ahí representados y su discurso fue conmovedor, nadie lo podía haber hecho mejor que ellos, que hablaron además en su idioma, siempre con traductor. Desde que se formó el CG500ARI decidimos que no hubiera una dirigencia, sino un equipo operativo; el nombre mismo era darle cierta humildad, por así decirlo, para que nadie creyera que iba a estar por encima de las autoridades de las comunidades o de los ancianos; eso era imposible, los líderes eran todos ellos y ellas.

Poco después de ese congreso me metieron a la cárcel. El gobierno vio que estábamos tomando mucha fuerza y me aplicaron una denuncia que había en mi contra de años atrás, de una vez que tomamos las oficinas de Conasupo. Pero la fuerza y la capacidad de negociación que teníamos en ese momento era enorme, podríamos haber detenido varios municipios. Además, el día que me detuvieron íbamos a firmar un

convenio sobre derechos humanos con la Procuraduría General de la República. El gobernador inmediatamente dijo que él no tenía nada que ver e incluso ofreció pagar mi fianza, porque sabía la fuerza que teníamos. Me liberaron en tres días.

Cuando surgió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el 1 de enero de 1994, yo estaba en Iguala, donde escuché la noticia. Una semana después nos reunimos como consejo para hablar sobre eso y nos latió que era un asunto indígena, que iba por ahí, con todo y que su primera declaración era muy del discurso de la izquierda tradicional, pero después vimos la participación de la población indígena y no tuvimos duda. Consideramos que el asunto era algo extraordinario y convocamos a una gran asamblea de autoridades. Allí se firmó y selló un documento de apoyo al EZLN, con todos los riesgos que eso significaba, porque aún no era descartable que pudiera tratarse, digamos, de algunos maoístas trasnochados tipo Sendero Luminoso, pero decidimos hacerlo. En la carta les dijimos muy clarito que no compartíamos sus métodos, pero que las causas eran las mismas por las que nosotros estábamos luchando y, por lo tanto, que no estaban solos. Se titulaba así: "No están solos", era impactante, firmada y sellada por muchas autoridades. Se las hicimos llegar con una comisión que fue a llevarla hasta Chiapas.

Mandamos la carta por ahí del 12 o 13 de enero e inmediatamente organizamos una nueva marcha de Chilpancingo a México, que salió el 1 de febrero, a la que también llamamos "No están solos". La marcha fue mucho más numerosa que la de 1992, la hicimos también con mucha alegría y mucha gente se fue sumando. No se llenó el Zócalo pero hubo una muy buena presencia. Me parece que eso fue muy importante y el EZLN nos contestó y lo supo. Además de la consigna de apoyo al EZLN llevábamos a la marcha cantidad de demandas, muchas de las cuales eran las mismas que desde 1992 no se habían cumplido. Recuerdo que esa vez José del Val nos ayudó mucho, lo habían mandado junto con Beatriz Paredes como negociadores del gobierno. Ella era muy grilla pero él, con mucha claridad, nos ayudó a aceitar las cosas e incluso nos dijo en corto qué se podía y qué no, para que no nos enredáramos. Esa vez terminamos reuniéndonos con el presidente, Carlos Salinas de Gortari, y se comprometió a darnos 23 millones de pesos para las obras, las bandas de música y demás.

Cuando el EZLN convocó a la Convención Nacional Democrática de Aguascalientes invitaron a dos personas por organización, pero decidimos

ir 100 del CG500ARI, con banda de música y cuetes; llevábamos hasta una estufa y un tanque de gas. Para entonces ya teníamos tres camionetas que nos había dado el gobernador como parte de las negociaciones de la marcha. Primero no nos querían dejar pasar y mandamos decir a los zapatistas que si no entraban los 100 no entraba nadie, pues la mayoría eran autoridades de pueblos. Dijimos que nos quedaríamos en el kiosco de San Cristóbal de las Casas, pero muy pronto nos autorizaron "de excepción" a esa delegación. Recuerdo que algunos "colectivos" se burlaban de nosotros por todo lo que llevábamos, pero cuando cayó la tromba, tumbó la lona y todo el mundo estaba mojado, nosotros salimos de entre los hules, prendimos lumbre, hicimos una gigantesca olla de café y la banda comenzó a tocar. Todo el mundo se acercaba, éramos la fiesta en Aguascalientes en ese momento. Llevamos una manta que decía: "México: nunca más sin nosotros", esa proclama yo la vi por primera vez en Tlapa, no la había escuchado antes en ningún lado y después el EZLN la tomó como propia y la hizo su lema.

El 14 de septiembre del mismo 1994 íbamos a celebrar nuestro aniversario, pero como ese día se conmemoraba también la promulgación de los Sentimientos de la Nación en Chilpancingo, el gobierno del estado nos negó cualquier espacio para nuestro evento, la gente comenzó a llegar desde las regiones y estaban todos parados en la calle, afuera de la oficina. Como, además, el gobernador no había cumplido con acuerdos que ya habíamos firmado, no estábamos en el mejor ánimo de aceptar una negativa de espacio público. En realidad el gobierno estatal nunca tuvo la intención de abrir un diálogo sistemático con nosotros, de aprovechar y atender las demandas históricas pendientes con los pueblos; si lo hubieran hecho otra cosa hubiera sido, porque eso era lo que buscábamos. Pensaban que era cosa de darnos atole con el dedo, pero no, ya la gente estaba en otro plan. Entonces se decidió parar la calle frente a las oficinas, que estaban en la Avenida Juárez, una de las principales de la ciudad. No era nuestra intención molestar a la gente que no tenía nada que ver, entonces, aunque nos tomamos la calle, abríamos el paso cada media hora. Nunca mandaron a nadie a negociar con nosotros, nunca lo intentaron, cuando menos en ese momento. Sólo nos dijeron que nos quitáramos, pero dijimos que no, ¿a cambio de qué nos íbamos a quitar? Lo que estaba en el fondo era ese sentimiento racista de que la gente afeaba la ciudad, más todavía porque era día de fiesta y había un gran evento con el gobernador y su esposa, era una cuestión de desprecio.

Comenzó a rodearnos la policía con caballos y todo, el tipo del gobierno que estaba allí me dijo en corto: "Equihua, la decisión es: o se quitan o los madreamos". Entonces yo agarré el micrófono, le dije eso a la gente y la respuesta fue que no nos quitábamos; entonces las bandas, seis u ocho bandas de música, comenzaron a tocar el Himno Nacional, pero les valió madres y se nos fueron encima. Después redacté una carta pública para decirle al gobernador: "Una bandera rota, un himno interrumpido y sólo porque queremos beber el agua que sus hijos beben".

Me acuerdo muy bien que a mí deliberadamente no me pegaban, como tampoco a otros compañeros de los más visibles. Yo estaba allí y veía a policías montados en caballos, pegándole al que estaba al lado mío y se hacían señas y me sacaban la vuelta. Se veía la intención de espantar a la gente para que se fuera y nos dejara ahí solos, pero no fue así, aunque muchos sí se fueron corriendo. Algunos que incluso dábamos por desaparecidos llegaron tres o cuatro días después a Metlatónoc o a sus comunidades en las montañas, se fueron caminando por las viejas rutas por las que antes bajaban a la capital. Recuerdo también a una señora a la que golpearon que decía "no fue el señor, fue el caballo", como disculpando a los policías. Al día siguiente nos dio cita el gobernador pero no fuimos los del equipo operativo, fueron los que más habían sido golpeados para que viera cómo habían quedado, porque hubo muchísimos golpeados y heridos, fue muy fuerte. Por esa época el gobernador Rubén Figueroa, a través de su secretario particular, me ofreció microbuses con todo y su permiso para operar como transporte público, para que me retirara del consejo, me decía que pensara en mis hijos y demás; evidentemente los mandé a la chingada.

También en 1994 Marcelino estaba interesado en ser diputado federal. Con ayuda de Gaudencio estaban negociando con el PRD un lugar en la lista de candidatos plurinominales, que para el movimiento indígena. No habían comentado nada al respecto al equipo operativo, hasta que un día llegaron a decirnos que ya estaba avanzado el asunto, creo yo que con la intención de que sólo diéramos el visto bueno. Pero el equipo cuestionó que fuera Marcelino el candidato, alguien dijo que en todo caso debía ser Equihua y finalmente la decisión unánime fue que yo era quien debía estar en esa lista. El mismo Marcelino estuvo de acuerdo, porque yo me dedicaba las 24 horas del día al consejo, no trabajaba en otra cosa ni vivía en otro lado. Primero no acepté, pero después vi que

podía ser un espacio importante, además ya estaba avanzada la negociación y los compañeros me eligieron; entonces dije que sí.

Tuvimos que ir a México a hablar con la comisión de candidaturas del PRD, en la que estaban Porfirio Muñoz Ledo, Lázaro Cárdenas Batell y no recuerdo quién más. A Lázaro le llamó la atención mi apellido porque era de Michoacán; estuvimos platicando un rato, me preguntó cómo estaban las cosas en Guerrero y le comenté, como él era antropólogo se interesó y tenía idea del asunto indígena. Cuando aparecieron las listas resultó que ocupaba un lugar más o menos de privilegio. Ya a la postre, considero que fue un error haber aceptado en ese momento una candidatura, pues como movimiento nos metimos en esa aventura para la que grupalmente no habíamos trabajado, ni el consejo estaba diseñado para eso. Pienso que desde un principio debimos habernos vacunado contra esa tentación, por lo menos los del equipo operativo. En todo caso, se debió haber pensado en una estrategia que implicara, ante todo, una verdadera consulta entre los integrantes del CG500ARI. A mí me hubiera gustado que llegara alguno de los compañeros más viejos, por ejemplo. Creo que a partir de allí se resquebrajó un esquema de trabajo muy interesante que teníamos. Para bien o para mal, me había convertido en un punto de equilibro entre los liderazgos locales que formaban el consejo, porque no era de allá y porque, como comenté anteriormente, había echado mano de cierta metodología política partidaria para armar el equipo. A partir de que salí para asumir la diputación empecé a sentir que el trabajo organizativo mermaba y se fue generando un vacío.

También sentí que estaba latente entre el equipo esa idea de que quienes llegan al Congreso se corrompen, no sirven y no hacen nada. Entonces, evidentemente empecé a tener problemas con algunos compañeros. Se había acordado que asumiera la diputación y a la mitad del periodo legislativo le cediera el cargo a Pedro de Jesús, que era mi suplente, pero el acuerdo implicaba también que se mantuvieran las condiciones de trabajo organizativo, sistemático y constante, eso no se dio. El trabajo aflojó y no me pareció conveniente pasarle el cargo a Pedro. Lo consulté con varios compañeros, con gente de La Montaña, de Chilapa, de la región amuzga y con compañeros como Víctor Guzmán, José Pacheco y varios más, que estuvieron de acuerdo en que continuara, incluso tengo todavía guardados varios documentos con un chingo de firmas de apoyo en ese sentido. Por otro lado, también se

había acordado que yo tenía que aportar una parte de mi sueldo como diputado al consejo, pero yo veía que algunos no estaban trabajando, entonces le aportaba directamente a los que estaban en campo, organizando, y eso causó mucho conflicto.

Como diputado me tocó una legislatura en la que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) tenía mayoría y decidía cualquier cosa. Era esa etapa del México de la antidemocracia y la corrupción, lo que había era una simulación de democracia. No había discusión política, sino una mayoría mecánica. En la Comisión de Asuntos Indígenas fui protagónico; hablaba, me escuchaban y me decían que sí, que estaban de acuerdo con lo que decía, incluso en otros espacios, por ejemplo en una visita a Canadá, los mismos diputados del PRI y del Partido Acción Nacional (PAN) sugerían que fuera yo quien hablara. El caso es que, a la hora de votar, votaban en contra de lo que yo había propuesto.

Por otro lado, el tema indígena no era importante en la dinámica del Congreso. Incluso en las reuniones de la fracción del PRD era un tema muy marginal en términos de lo que representaba dentro del conjunto de intereses del partido. Con Antonio Hernández –el otro diputado indígena, era de Chiapas– comentábamos que no se podía hacer nada. Creo que lo único que logramos fue un acuerdo para que se incrementara 100% el presupuesto a los municipios más pobres del país, pero realmente nada sustantivo. Sin embargo, estuve en todo el proceso de Chiapas; estuve en los diálogos de San Andrés como diputado invitado del EZLN, participé en las mesas y en todo lo que se dio allá. Después me invitó la Cocopa a colaborar en la redacción de la iniciativa de ley y también me tocó toda la discusión que se dio para que se abriera la tribuna a los zapatistas en 1996, cuando estuvo en la Ciudad de México la comandante Ramona. Pero realmente nunca hubo las condiciones políticas para influir en el cambio de normatividad del país.

En ese sentido, haber aceptado la diputación fue una pérdida para el consejo. De haber continuado en la organización como veníamos, hubiéramos avanzado más, hubiéramos fortalecido el trabajo en la región de los negros –que se incorporaron al consejo a principios de 1995– y podríamos haber conseguido el fondo estatal para el desarrollo de los pueblos indígenas. Ese fondo era algo que ya habíamos planteado e implicaba un salto importante, porque era una estructura más elaborada que tenía que ver con toda la discusión de la autonomía. Se trataba

de que fueran los propios pueblos, a través de sus delegados, quienes decidieran de manera colectiva en qué se invertiría su presupuesto.

En general, como CG500ARI, nos faltó capacidad para capitalizar la fuerza social que se alcanzó, para beneficio de las comunidades. Al gobernador le salió barato el recurso que nos dio, las camionetas y las obras que se hicieron. Teníamos la fuerza para movilizar a decenas de miles de personas si nos lo hubiéramos propuesto, pero no aprovechamos eso, tal vez por la euforia, la inexperiencia o la juventud. Como a mediados de 1996 me salí del CG500ARI, ya las condiciones de seguridad, con una organización debilitada, habían cambiado. Empecé entonces a preparar mi regreso a Michoacán, por varias razones que se juntaron. Por un lado la presión de algunos compañeros, principalmente de la zona del Alto Balsas, que insistían en el tiempo compartido de la diputación, pues habían sido los que más interés tenían en esa representación desde el principio y hasta después, cuando finalmente Marcelino obtuvo un espacio en la legislatura siguiente. Como ya comenté, ni a mí ni a muchos de los compañeros de otras regiones nos parecía que eso fuera conveniente, pero hicieron una supuesta asamblea del consejo en la que no estuvieron presentes los compañeros amuzgos ni muchos de La Montaña, pero sí mucha gente del Balsas. Fue una reunión muy dura, tal vez la parte más dura para mí y querían sacarme de la organización, se vino el rompimiento. Yo ya tenía otro tipo de arreglo con otras regiones para continuar y seguí yendo a esas partes, pero ya se había perdido el equilibrio en la organización. Algunos me dijeron que había que reconstruir el consejo y podría haberlo hecho, contaba además con el apoyo de la Sanzekan Tinemi pero no quería peleas, no quise caer en eso.

Por otro lado, ya no sentía condiciones de seguridad. Dentro de todo, no he sido descuidado en cuanto a mi seguridad personal, a propósito de las enseñanzas de la militancia de izquierda; por ejemplo, nunca daba mucho a saber dónde vivía ni hablaba de mi familia; en ese tiempo hubo algunos periodicazos en que se me acusaba de ser el comandante Vicente del EPR (Ejército Popular Revolucionario). Llegaron a poner mi foto junto a la de un tipo con pasamontañas al que no se le veían más que los ojos y decían que era yo, que eran mis ojos, entonces no quise arriesgarme ni arriesgar a mis hijos. Incluso, ya que vivía en Uruapan, hubo durante un tiempo una partida militar cerca de mi casa y estuvieron siguiéndome, hasta que hablé con el subsecretario de Gobernación

y le dije que yo no tenía nada que ver con movimientos violentos ni ilegales.

Después de mi salida del CG500ARI todavía estuve casi un año en Guerrero, con la posibilidad de que me reintegrara a alguna organización, como la Sanzekan Tinemi, pero sentí que ya había dado lo que tenía que dar y quería un cambio en el propio sentido de lo que seguía en mi vida. Me había ido a Guerrero con boleto de regreso, no tenía fecha pero siempre pensé en regresar; iba por cinco años a estudiar y me quedé 17 años. Me fui sin decirle a nadie porque, aunque no lo aparente, soy muy sentimental y no me sentí capaz de despedirme; sólo le di vuelta a la página. Me dolió mucho pero me fui bien porque di parte de mi vida, nunca le quité nada a nadie, todo lo que hice fue de buena fe y no me arrepiento de nada, ni siquiera de haber dejado pendiente mi formación personal, mis estudios que hasta ahora estoy continuando. Fue la etapa más bonita de mi vida.

Cuando pensé en regresar a Michoacán lo primero que vi fue el escenario de mi barrio, Agua Blanca. Soy de la teoría, por así llamarle, de que los que queremos transformar el mundo tenemos que empezar por nuestro entorno inmediato. El barrio está a cuatro cuadras del centro de Uruapan y una de las veces que fui, cuando era diputado, en un tramo de 100 metros por la casa de mi mamá conté más de 70 tipos metiéndose cualquier cantidad de drogas y alcohol. No es que antes no hubiera, pero no eran tantos y eran de allí mismo. Uno sabía que fulano se drogaba pero que era incapaz de hacerle daño a los vecinos, porque era del barrio y los conocía; pero luego llegaron otros que empezaron a vender de todo y otros más que iban a comprar, se ponían locos y atracaban a la gente que se les atravesaba.

En mi niñez algunos adultos nos pusieron a jugar beisbol, futbol o a practicar boxeo, entonces cuando vi cómo estaba la situación empecé a hacer eso mismo. Todavía estando en la Cámara me llevé un equipo de beisbol de puros chamacos lacras del barrio a jugar contra la Liga Maya de la Ciudad de México. Los llevé en avión y, antes de que subieran, les dije que la condición para hacer el viaje era que tenían que comprometerse con ellos mismos a portarse bien el resto de su vida. Hice dos viajes así y junto con el señor que nos enseñaba a jugar cuando yo era niño, don Ricardo, armé otro equipo, les conseguí los uniformes y todo lo necesario. Así empezamos con la idea de recuperar los deportes, una probada manera de alejarse de los vicios.

Volví y seguí con eso, es un trabajo que he mantenido hasta ahora. Les llevé un ring de boxeo y se empezaron a hacer funciones increíbles en la calle, con réferi y todo; de allí surgió un boxeador profesional, Habacu Alfaro, que iba a pelear a otras partes del país y conseguíamos un autobús para que fueran los del barrio a echarle porras. Llegó a tener un contrato para pelear en Japón pero se enamoró, se casó y dejó el box. Llegamos a tener el Foro Cultural Agua Blanca en un terreno de más de mil metros cuadrados, que era un viejo molino de café abandonado, y lo rentamos barato. Con todos los chavos se quitó la maleza, se pintó de cal y entre todos se arregló. Hasta salió un chamaco que hizo un mural. Allí llegamos a tener grupos de teatro, danza tradicional, jazz, rondalla, beisbol y futbol con la participación de más de cien jóvenes, hombres y mujeres. Llevaba además grupos e instructores de la casa de la cultura de Uruapan. La única regla dentro de ese espacio es que no podía haber drogas ni alcohol.

Fui con el presidente municipal, que en ese momento era Rafael Elvira Quezada, y le pedí apoyo. Primero puso las lámparas y otras cosas; luego le propuse que comprara el terreno para que fuera patrimonio municipal y aceptó, pero cuando los dueños se dieron cuenta de que lo iba a comprar el municipio le subieron el precio de 400 mil a casi dos millones de pesos y ya no se pudo comprar. Además, de 300 pesos que yo pagaba de renta mensual la subieron a más de mil y ya no tuve dinero para pagarlo. La idea era darle un nuevo roce a los chavos, para que vieran que el camino de la droga y la violencia no conduce más que al panteón, al hospital o a la cárcel y que no hay familias felices atrás de eso. Logramos bajar mucho la delincuencia, no tengo estadísticas pero creo que cuando menos se redujo a la mitad. Aunque sigue habiendo gente que vende droga y se arregla con la policía estatal, todos sabemos dónde están pero los policías se hacen pendejos y contra eso no se puede competir. Seguido matan a algún chavo o se mueren por exceso de droga; hace unos años desaparecieron a Daniel, que era un joven modelo en el sentido de que era muy estudioso y trabajador. También mataron a un amigo, el Conejo le decíamos, que yo había casi adoptado como a un hijo porque su papá, que era de mi generación, murió de una sobredosis. Yo lo rescaté, por así decirlo, cuando tenía como cinco años, le compraba lo que necesitara para la escuela y estaba pendiente de él pero, como se dice coloquialmente, nunca se enderezó. Ahora usamos un terrenito de 100 metros cuadrados que nos presta mi mamá y ahí les

tengo una canchita con un aro de basquetbol y unas porterías chiquitas de futbol. Le conseguí por un tiempo una beca a una joven, Lorena, que desde niña participó en el grupo de teatro, se entusiasmó con el proyecto y ahora es la que atiende el espacio y consigue cosas, aunque ya se acabó su beca. Ese trabajo ha sido muy gratificante para mí porque es el lugar donde crecí.

Otra cosa que hice fue volver a vincularme con mi familia, con toda mi vena familiar purépecha en las comunidades. Empecé a ver con más ganas a mi abuelo y visito a mis tías y parientes de Huécato, de Aranza y de Nurío. Algunos de ellos han sido luchadores por sus tierras. También, junto con el padre Francisco Martínez –un sacerdote muy activo y comprometido con las comunidades– hicimos algunas gestiones con Lázaro Cárdenas Batell cuando era gobernador y logramos trabajar muchos proyectos con niños y jóvenes. Poco después de llegar a Michoacán estuve participando en la primera radio purépecha por internet, Radio Xiranhua Kuskua Internacional, junto con Pedro Victoriano. Esta radio llegó a tener un impacto muy importante dentro de los purépechas, sobre todo en los que están del otro lado de la frontera; hacíamos programas de distintos temas, poníamos música purépecha, pasábamos mensajes y contactábamos a gente de distintos pueblos con sus familiares que estaban fuera del país. Desde entonces hemos colaborado en la creación distintas radios comunitarias, la mayoría ligadas a la celebración del Año Nuevo Purépecha, porque en cada comunidad sede se constituye una radio. Entre ellas están la de Jarácuaro, Conguripo, Patamban, Nurío y San Lorenzo.

También participo desde hace muchos años en este movimiento cultural del Año Nuevo Purépecha, que inició hace unos 40 años como iniciativa de un grupo de intelectuales purépechas y otros, entre ellos Ireneo Rojas, Pedro Márquez Joaquín, Juan Ignacio Cárdenas y un sacerdote que estuvo en Janitzio, el padre Agustín García. Ellos leyeron la *Relación de Michoacán* y ubicaron algunas ceremonias prehispánicas importantes, entre ellas la del Fuego Nuevo, que era el término de un ciclo agrícola y el inicio de otro. Decidieron recuperarla y hacer de nuevo la representación, como un motivo para incentivar la identidad y la reflexión identitaria, entonces cada año se lleva a cabo en un pueblo diferente.

Hay un consejo de cargueros de las comunidades que ya fueron sede de la ceremonia y les tocó ese cargo; cada año se reúnen y deciden

dónde será la siguiente sede, se procura que cada vez sea en una región purépecha diferente de las cuatro que hay: el Lago, la Cañada de los 11 Pueblos, la Ciénega de Zacapu y la Sierra. Cada año el fuego se lleva a pie desde la sede anterior hasta la nueva por los viejos caminos, por los cerros; a veces son caminatas muy largas, hasta de 200 kilómetros. Yo he hecho casi todos los recorridos y siempre he cubierto para la prensa el trayecto y todo el evento. También he hecho una gran cantidad de fotografías, algunas publicadas en distintos medios. Es una ceremonia realmente hermosa; de pronto se apaga todo y empieza un gran fuego que va circulando en varitas de ocote, luego hay música y fiesta. Asisten miles de personas, es cada vez más multitudinario y se han agregado cada vez más cosas al programa, siempre centrado en lo cultural. Hay danzas, bandas de música, una ceremonia para el agua y otras cosas que se rescataron también de la *Relación de Michoacán*.

Alrededor del 2000 o 2001 impulsé la creación de una unión de productores forestales purépechas. Logramos jalar a mucha gente de algunas comunidades, pero no tuvimos la capacidad de sentar a las autoridades para que se pusieran de acuerdo. La intención era conseguir proyectos para las comunidades, especialmente para aquellas que estaban etiquetadas como talamontes, pero lo más que logramos fue tener un espacio de coordinación para proteger a algunos compañeros a los que les habían detenido sus camionetas. Fue un esfuerzo que quedó trunco porque no logramos concretar una organización sólida.

Por otro lado estuve muchos años en el periodismo, en *La Jornada Michoacán* y en algunos diarios locales. Mi tema central era el de las comunidades indígenas, cubría sobre todo los conflictos agrarios porque hay una problemática muy fuerte en el estado. Muchas veces se da esa perversidad en los del departamento agrario, que mueven la frontera entre una comunidad y otra simplemente para mantenerlos entretenidos peleando; yo le daba luz a esos conflictos, sobre todo para emplazar a la autoridad. Después de eso fui funcionario de la Universidad Intercultural Indígena de Michoacán. Desde allí hicimos muchas cosas, entre otras promoví la reflexión sobre la interculturalidad, en el sentido de que no fuera nada más una nueva forma de dominación, sino que se abrieran más espacios para la participación indígena, sobre todo de los jóvenes. También logré, en coordinación con el INALI (Instituto Nacional de Lenguas Indígenas), reunir a los que tienen las cuatro o cinco

propuestas de gramática purépecha para que se pudiera trabajar su unificación, pero ha sido difícil porque no quieren soltar su trabajo.

Parte del tiempo que estuve en la Universidad Intercultural viví en Pichátaro, porque ahí está su sede principal y junto con algunas personas del pueblo instalamos un museo comunitario. Por allá hay sitios prehispánicos que están totalmente abandonados, hay gente que tiene piezas en su casa y algunos están muy interesados en eso, entonces fuimos varias veces a donde están los vestigios arqueológicos, sobre todo con un maestro, Fernando. Allá tomé fotografías e hicimos también una lista de quienes tenían piezas en sus casas. Con ese material hicimos hace unos ocho años una exposición en el marco de la fiesta del pueblo, en agosto. Juntamos las piezas con las fotografías que tomé y agregamos fotos viejas de la gente del pueblo, de los ahora viejitos cuando eran niños; por ejemplo, había una en que estaban unos chamaquitos en la primera rueda de la fortuna que llegó a la comunidad, todavía de madera. Recorrimos casa por casa con un equipo que formamos, con una buena cámara digitalizamos las fotos que tenía la gente y las imprimimos para la exposición. Después con todo ese material hicimos el museo en la jefatura de tenencia, hoy oficina del Concejo.

Cuando dejé el trabajo en la universidad entré como funcionario a la Comisión Estatal para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, donde llegué a ser subdirector. Estuve allí un año y meses, siempre busqué cómo incidir en las políticas públicas en concreto. Presentamos un proyecto para la zona más marginada –la costa nahua– y empezamos por Ostula, en el municipio de Aquila. Constituimos una sociedad de producción rural de jamaica, hicimos varias asambleas muy grandes y la gente estaba feliz con el proyecto, también los contacté con los productores de Guerrero, de la parte de Ayutla y Tecoanapa. El problema fue que el gobernador, Silvano Aureoles, desvió el dinero de la comisión para la campaña de 2018; además nos exigían aportar votos y ese tipo de cosas. Como me negué a todo eso, me corrieron. Entonces me quedé comprometido con la gente de Ostula y con otras comunidades, donde también se constituyeron sociedades de producción rural. Incluso en Huécato los productores habían pedido dinero prestado para constituir la sociedad y arrancar con el trabajo, pero los dejaron colgados. Todavía estoy buscando la manera de retomar esos proyectos. Después constituimos, hace más o menos un año, la Convención Estatal indígena, con la idea de darle seguimiento a los proyectos organizativos que

habíamos iniciado desde la comisión estatal, pero había varios líderes más interesados en la parte electoral y no les importó la otra parte, entonces me zafé de allí.

Ahora estoy viviendo en San Jerónimo Purenchécuaro, estudiando un doctorado en línea, colaborando en la formación de una radio comunitaria y en otras actividades de la comunidad. Finalmente siempre he estado en lo mismo pero desde distintos ángulos y responsabilidades, en la promoción de organización y más enfocado en la cuestión cultural. Todo lo he hecho por voluntad, algunas veces las cosas salen bien y otras no tanto, pero mientras se hagan con voluntad de por medio y buen corazón, no importa. Los únicos que no se equivocan son los que no hacen nada.

Abelardo Torres Cortez

Me llamo Abelardo Torres Cortez, nací en 1948 y soy originario de la comunidad indígena de Pichátaro, municipio de Tingambato, que está en plena meseta purépecha del estado de Michoacán. Dentro de las partes importantes que marcaron mi vida, mi camino, es que salí muy temprano de mi comunidad, a los seis años. Viví en Paracho, corazón de la meseta purépecha y tuve la fortuna de continuar mis estudios, después de la secundaria, en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la que ahora se conoce como Preparatoria 1 de esa universidad o como Colegio de San Nicolás de Hidalgo. Muy joven, a temprana edad, me enrolé en el activismo político, ingresé a un grupo de izquierda cuando entré a la preparatoria. Me tocó el movimiento de 1966 y la represión de ese año en Morelia, que fue un antecedente del movimiento de 1968 en el que también participé.

Por necesidades económicas comencé a trabajar en 1969 como maestro de educación indígena y de ahí, en 1972, impulsamos la Organización Nacional de Promotores Culturales Bilingües, antecedente de varias luchas indígenas en diversos estados. Dentro del magisterio michoacano participé en el Movimiento de Liberación Política Sindical y en la Comisión Promotora de Lucha Magisterial, que fueron precedentes de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en Michoacán. En 1975, cuando ya militaba en la lucha sindical, se conformaron los consejos supremos indígenas a nivel nacional, a instancias del entonces presidente Luis Echeverría. En Michoacán se conformó el Consejo Supremo Purépecha y lo encabezó Juan Chávez Alonso; desde entonces ya teníamos relación, él en la lucha indígena y yo en la parte magisterial.

En 1979 se fundó la CNTE y nosotros nos integramos como Comisión Promotora de Lucha Magisterial, aunque en Michoacán éramos totalmente débiles en cantidad como parte de la CNTE. Sin embargo, dimos la batalla ahí y poco a poco fuimos creciendo, a tal grado que participamos en el movimiento magisterial a nivel nacional ya en 1988 y 89. En esos años se dio el movimiento más grande en todo el país y se logró la caída de Jonguitud Barrios como dirigente del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), gracias a la presión de todo el movimiento magisterial democrático nacional, pero luego el presidente Salinas de Gortari impuso a Elba Esther Gordillo. Después, en el caso de Michoacán, como magisterio democrático logramos el control del sindicato de maestros en todo el estado y yo fui parte de la dirigencia.

Desde 1988 teníamos tomadas las instalaciones del sindicato en Morelia y en julio de 1990 se dio la represión más fuerte que ha tenido el movimiento magisterial democrático en Michoacán, toda la dirigencia de esa época fue encarcelada, 17 compañeros y compañeras; el único maestro indígena que llegó a prisión fui yo, los otros 16 eran de otros niveles. En ese tiempo destacaba yo bastante en la lucha indígena magisterial. Cada uno de los compañeros fue saliendo en libertad, dependiendo de los delitos de los que los acusaron. Yo duré poco tiempo y otra compañera también, no duramos más de ocho días. Otros compañeros duraron 15 días, otros un mes y el resto dos meses. Pero quiero referir que la presión para la liberación de los presos fue constante y permanente, con participación no sólo de gente del magisterio, sino de campesinos, estudiantes y también del sector religioso. Hubo movilizaciones en la capital de Michoacán para que se lograra nuestra liberación, pero fuimos cesados de nuestro trabajo, aunque un tiempo después lo recuperamos y continuamos con esa lucha. Yo seguí trabajando como maestro hasta que me jubilé.

En los primeros años, cuando éramos maestros disidentes no reconocidos, se decía que los maestros rebeldes, los que estaban impulsando lo que ahora es la CNTE, eran los maestros flojos, los faltistas, los poco preparados, los que tenían los niveles más altos de alumnos reprobados porque los descuidaban, etcétera. Entonces nosotros, los pioneros del movimiento sindical independiente en Michoacán, teníamos que demostrar que no era así, teníamos que ser puntuales, teníamos que preparar nuestras clases y teníamos que formarnos académicamente para no quedar rebasados en algún momento. Yo había terminado mi

carrera de maestro en educación primaria en cursos intensivos y después logré estudiar y terminar la especialidad en pedagogía en la Escuela Normal Superior de Ciudad de México, en San Cosme. Esa escuela fue también la cuna de la CNTE, la mayor parte de los dirigentes que hubo después en la coordinadora salió de los que estábamos allí, junto con otros de la Escuela Normal de Guerrero.

Tengo que reconocer que en mi experiencia personal en los años 60, 70 y parte de los 80 no conocía o no era parte de mi formación política el tema indígena. Aun como maestros de educación indígena y siendo indígenas, estábamos muy alejados del tema de los derechos de nuestros pueblos. No sabíamos nada de lo que se manejaba como autonomía, libre determinación, territorio, normatividad de usos y costumbres, etcétera. No teníamos eso en nuestra formación laboral ni política. En nuestra lucha sindical como maestros hablábamos del proletariado, del campesinado como un sector de clase; en todo caso, lo indígena se abordaba igual como un sector de clase, pero no como algo específico. No eran visibles esas luchas porque no se consideraban luchas proletarias. Pero a mediados de los 80 tuve contacto con teóricos de la Teología de la Liberación y con algunos hermanos indígenas que manejaban el tema de los derechos de nuestro pueblos.

En la Teología de la Liberación ya había estudios y propuestas teóricas en las que se hablaba de las luchas específicas y cuáles eran esas luchas que no eran abordadas por otros estudiosos en los marcos tradicionales de los paradigmas europeos; las luchas de los indígenas, los negros, los migrantes y las mujeres no aparecían, quedaban como sumergidas o incluidas en otras y dentro de esa inclusión quedaban ocultas. La Teología de la Liberación le dio el reconocimiento a todas estas luchas en su justa dimensión y eso generó no solamente debate, sino sobre todo claridad en los luchadores, en los dirigentes. Comencé a asistir a cursos en el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, el Cenami, en la Ciudad de México; allí conocí a algunas personas cercanas a la Teología de la Liberación y sobre todo al tema de la libre determinación y la autonomía de los pueblos indígenas. Allí conocí muy fugazmente al hermano mixe Floriberto Díaz Gómez, que para mí fue uno de los principales teóricos de estos temas, sobre todo de la cuestión de la autonomía. Él abordó la cuestión educativa, cultural y sobre todo el tema de la libre determinación. Un hermano indígena antropólogo que falleció muy pronto. Allí también conocí al obispo

Samuel Ruiz, al obispo Arturo Lona Reyes y a varios hermanos del país, de Chiapas, Veracruz, Guerrero, del Estado de México pero, cosa curiosa, casi nadie de Michoacán; no tuve el gusto de conocer activistas de la Teología de la Liberación en Michoacán, salvo tres personas con las que nos movimos por algún tiempo.

A finales de los 80 tuve la fortuna de participar como brigadista en Centroamérica, estuve un tiempo en Nicaragua. Cuando regresé de allá ya manejaba el tema indígena, la cuestión de la Teología de la Liberación y muchas otras cosas; conocí a sus grandes teóricos, como Pablo Richard, Raúl Vidales, Franz Hinkelammert y Hugo Assmann. También pude convivir con compañeros de otros países, de Colombia, Chile, Argentina, Canadá, Nicaragua, Costa Rica, el Salvador y Panamá. Toda esa experiencia la pusimos después al servicio de las comunidades, del movimiento magisterial campesino e indígena y de la Organización Nación Purépecha, a la cual me referiré más adelante.

Yo nunca había pertenecido a ningún partido político, pero en 1988, en el proceso electoral en el que se cometió fraude al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, mucha gente simpatizaba con ese movimiento, muchos compañeros y sobre todo muchos hermanos indígenas tenían la esperanza en el PRD (Partido de la Revolución Democrética), entonces en 1989 me afilié por iniciativa propia a ese partido. Para fines de 1990 logramos integrar, junto con otros compañeros, un espacio de lucha llamado Frente Independiente de Comunidades Indígenas de Michoacán, el FICIM. Este movimiento fue de alguna manera una batalla política ideológica porque había un sector que orientaba al FICIM a otro rumbo –según nosotros– y dejaba de lado la lucha de los pueblos indígenas. Este conflicto derivó en un rompimiento de donde surgió unos meses después la Organización Nación Purépecha, la ONP, en donde nosotros –estoy hablando de fines de 1991– veíamos venir la reforma al artículo 27 constitucional, que permitía la privatización de las tierras comunales, de las tierras ejidales o de la propiedad social, y elaboramos y presentamos públicamente una posición en un documento que se conoce como el Decreto de la Nación Purépecha. Este documento representó un avance teórico y político-ideológico en la interpretación, el análisis y la visión de la problemática del campo en México, pero sobre todo tuvo una visión indígena. Hablábamos de dos maneras de ver la cuestión de la tierra, –en ese tiempo hablábamos de la tierra, todavía no de territorio– y veíamos que había una visión occidental del asunto y otra

visión indígena que consideraba y considera a la Madre Tierra como la dadora de vida, de donde surgimos nosotros los seres humanos.

Este documento me parece que todavía es actual; en él, de manera muy precisa, se rechaza la reforma al artículo 27 y se hace un llamado a las comunidades indígenas a no privatizar sus territorios. Me parece que esta es una de las cuestiones que para nosotros fue un avance; como decimos, fue un documento con camiseta indígena. Allí dejamos fuera una interpretación universitaria que se venía dando en el debate al interior del FICIN y como Organización Nación Purépecha continuamos la lucha más con esa visión indígena; para entonces ya en nuestro discurso se hablaba de los derechos de los pueblos indígenas, que fue la novedad. Me parece conveniente comentar que muchos de los textos elaborados como ONP fueron redactados principalmente por mí, ahora lo puedo decir con mucha sinceridad y también con mucho compromiso, porque el documento fue analizado de manera crítica y cualquier error o alguna cuestión que no sea muy entendible pudiera ser una responsabilidad mía, pero estoy hablando de 1991.

Desde 1990 ya estaba avanzando la estrategia de la conmemoración y de la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América. Conforme se acercaba el 92 se veían las oleadas de distintos movimientos indígenas que con fuerza venían impulsando eso justamente, lo que nosotros llamamos la lucha indígena, como una lucha específica. Es parte de lo que nosotros tuvimos que revisar, analizar, discutir y buscar algunas conclusiones fuera de los marcos tradicionales que por entonces movían a los distintos movimientos sociales. Es decir, siempre la lucha indígena había estado presente en todos los movimientos campesinos, pero nunca se le interpretaba, nunca se le daba el espacio justo. Entonces estaba inmersa en la lucha campesina y los estudiosos, los investigadores del movimiento campesino, tomaban la lucha indígena como una lucha campesina, lo cual poco a poco nosotros fuimos clarificando y sobretodo con el empuje de los movimientos del sur y del centro de América. Esa parte para nosotros fue de mucho avance, especialmente para nutrir la parte teórica y práctica de la ONP. Con este bagaje, con este digamos conjunto de conocimientos y experiencias, era lógico que nosotros, ya como ONP, nos incorporáramos al movimiento de rechazo al quinto centenario.

Mientras se acercaba el mes de octubre de 1992 crecía más el repudio; los movimientos populares, campesinos y sobre todo indígenas en

América, estaban en contra de esa celebración del Quinto Centenario; rechazamos la denominación de encuentro de dos culturas, rechazamos la celebración del descubrimiento de América y sobre todo el concepto del día de la raza. Nosotros levantamos la consigna del movimiento indígena como un derecho, como una lucha justa y particularmente como una lucha específica de los primeros habitantes de las tierras que hoy se conocen como América. Levantamos entonces ese tema, sobre todo para dignificar las luchas indígenas sin desconocer la lucha campesina; fundamentalmente los indígenas teníamos nuestras particularidades, nuestra realidad y no solamente levantamos la lucha por la tierra y el territorio. A partir de esta década de los 90, en México y Michoacán continuamos agregando a la lucha por la tierra la lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas.

En 1991 y principios de 1992 tuvimos varios acercamientos con otros movimientos indígenas de Guerrero, Oaxaca, Chiapas, San Luis Potosí y del norte de México, hasta llegar a conformar el Consejo Mexicano 500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular. Aquí hay que reconocer el trabajo que hicieron los hermanos del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena, hermanos de Oaxaca, del Estado de México y los del Distrito Federal o que vivían en la Ciudad de México; ellos fueron quienes se dieron a la tarea de impulsar el movimiento en rechazo a la celebración del quinto centenario y establecieron una red de contactos. En nuestro caso ya teníamos alguna relación con hermanos de Chiapas, de Guerrero y de Tlaxcala y ellos a su vez con otros; así se fueron estableciendo los lazos que se fortalecieron hasta llegar al 12 de octubre de 1992. Pero hubo muchas reuniones de preparación del evento y no imaginábamos la gran cantidad de hermanos indígenas y no indígenas que confluimos en el Zócalo ese día. Pensábamos que era todavía una señal de discriminación de la sociedad en México y que por tal razón iba a haber poca asistencia; pero no, fue al revés, fue muy grande la participación y sobre todo los compromisos, porque de ahí se continuó ya con una coordinación a nivel nacional. Yo no fui parte de la coordinación nacional, no por no querer sino por el problema de la lejanía, la mayor parte de los que integraron esta comisión eran cercanos al Distrito Federal, pero de alguna manera teníamos relación con todos y nos fuimos fortaleciendo como un espacio a nivel nacional, que sirvió para apoyar el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) a principios de 1994.

Cuando se dio el levantamiento armado del EZLN lógicamente nos incorporamos a brindar nuestro apoyo a los hermanos zapatistas, participamos en las movilizaciones con la sociedad civil hasta detener la etapa de la guerra y después se abrió la etapa de los diálogos. Cuando a las dos partes –gobierno y EZLN– les correspondió invitar a asesores a los diálogos de San Andrés Larráinzar, tuve la fortuna de ser tomado en cuenta como asesor del EZLN, al igual que Efrén Capiz, Juan Chávez e Ireneo Rojas. Fuimos los cuatro invitados de Michoacán. Para mí fue muy aleccionador y muy importante estar allí en la parte del debate y del análisis político, porque nos tocaba discutir con grandes pensadores e investigadores. Allí conocí a Gilberto López y Rivas, Héctor Díaz Polanco, Bárbara Zamora, Julio Moguel y muchas y muchos más, con los cuales tuvimos que dar el debate interno, porque a pesar de que todos éramos asesores del EZLN había un debate muy fuerte. Allí también conocí a líderes indígenas como Adelfo Regino, Aldo González, Julio Atenco y Marcelino Díaz. También me volví a encontrar con compañeros que ya conocía, como Margarito Ruiz, de Chiapas, y algunos del norte. Con la visión indígena fuimos fortaleciendo el debate y avanzando en la discusión con buenos elementos; para entonces ya todos manejábamos el tema de los derechos de los pueblos indígenas y podíamos dar el debate con los de origen universitario. De esa manera se llegó a los acuerdos de San Andrés que, como todos sabemos, no fueron aceptados ni reconocidos por el gobierno federal.

En esa época comenzamos a tener muchos problemas al interior de la ONP, sobre todo de carácter práctico y político. Había posturas en el sentido de que no debíamos tener ninguna relación con la gente de la Teología de la Liberación, que no había que abanderar el tema de género, que había que rechazar a los partidos políticos y otros temas que, finalmente, en lugar de unir nos separaron. Entonces, la parte que yo encabecé con otras hermanas y hermanos, nos deslindamos y nos levantamos como Organización Nación Purépecha Zapatista (ONPZ). Desde entonces hasta muchos años después fuimos la parte de referencia de Michoacán en el Congreso Nacional Indígena, el CNI; junto con Juan Chávez éramos los que teníamos presencia.

En 1999 fui parte de la dirigencia nacional del PRD. Estuve en el comité nacional que encabezó Amalia García y dentro de ese equipo logré ocupar la cartera de secretario de Movimientos Sociales. Cuando me eligieron estuvo fuerte el debate porque el otro que contendía por la

secretaría era un exdirigente del movimiento del 68 muy destacado, pero gané la votación. Allí me encontré con Saúl Vicente, que ocupaba la Secretaría de Pueblos Indígenas y entre los dos movimos todo el andamiaje posible para el apoyo al EZLN, sobre todo entre el sector indígena y los militantes de base del partido. Esa fue una de las tareas que logramos hacer sin mucho revuelo, sin mucho protagonismo. Ese cargo me afectó en lo personal como parte del equipo del CNI, porque de alguna manera fui muy señalado por ser del PRD, sobre todo por los compañeros de Michoacán. Supuestamente en el CNI no debía haber ningún integrante de un partido, pero yo conocí a varios que figuraban como independientes pero en sus estados tenían una militancia reconocida en algún partido. Por otro lado, empecé a ver que quienes tomaban las grandes decisiones del CNI eran gente que tenía mucho protagonismo pero no tenían base social y varios no eran indígenas. Nosotros nos matábamos para hacer todas las tareas y llegaban otros a ponerse los reflectores. Por todo eso me fui alejando poco a poco del CNI, aunque lo reconozco y respeto como un espacio importante.

Me retiré del CNI pero no de la lucha indígena. La prueba está en que tenemos presencia reconocida a nivel estatal, nacional e internacional como Organización Nación Purépecha Zapatista. Hay muchos conflictos porque en Michoacán la parte social y la parte indígena están muy politizadas. Hay muchos grupos haciendo su trabajo en las comunidades indígenas aparte de los grupos llamados oficiales, está Antorcha Campesina, la Confederación Nacional Campesina (CNC), el mismo PRD, Morena, etcétera. Además hay grupos culturales, asociaciones y demás que mueven todo en algunas comunidades y no permiten tener un espacio de encuentro; no hay claridad en sus demandas, sus objetivos o sus estrategias. Nosotros procuramos no enfrentarnos, no confrontarnos y seguir trabajando en lo que nuestra gente pide. Realizamos talleres sobre derechos de los pueblos indígenas, derechos de las mujeres, sobre la cuestión de género, los derechos de los niños, niñas y migrantes.

Tenemos seis puntos con los cuales guiamos nuestra lucha a nivel general. El primero es la lucha por el reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas y por una ley indígena en Michoacán. El segundo se refiere a la creación de municipios indígenas. El tercero es la lucha por el presupuesto para el desarrollo de nuestros pueblos. El cuarto es el tema de la educación y la cultura; estamos hablando de investigación, desarrollo y fortalecimiento de las lenguas y culturas

indígenas. El quinto es sobre los migrantes; Michoacán ocupa el primer lugar o uno de los primeros en migración hacia Estados Unidos, pero ahora ya vemos que aparte hay migrantes indígenas de otros estados que están en Michoacán, en Morelia, por ejemplo, hay varias colonias con población nahua, mixteca o zapoteca, lo mismo que en Lázaro Cárdenas. El otro punto es la cuestión de género, que la vemos de manera trasversal, además la mayor parte de quienes integran y participan en la organización son mujeres.

Por otro lado, también gestionamos e impulsamos pequeños proyectos de vivienda, de salud, etcétera. No estamos haciendo la revolución pero estamos respondiendo a las necesidades de la gente. A veces nos dábamos de topes, como se dice, porque eso no nos gustaba. Nos pasamos años dando cursos de alfabetización y talleres sobre derechos indígenas, nos reuníamos cada mes en alguna comunidad y platicábamos de la libre determinación, de la tierra y el territorio, hasta que en una ocasión la misma gente nos preguntó: "Profe ¿hasta cuándo vamos a andar así?" Tuvimos que preguntar a qué se referían y nos dijeron que no tenían ni una lámina para tapar un cuartito cuando llegaran las aguas, que el camino estaba en pésimas condiciones, y cosas así. Eso nos motivó a modificar la estrategia y ahora no solamente luchamos por los puntos anteriores, sino que atendemos también las demandas particulares de la gente, desde conseguir medicamentos que no hay en el mercado, entrarle a algún asunto de tipo penal o civil, gestionar la pavimentación de una calle o un pequeño proyecto de cría de pollos o marranos, un taller de carpintería o herrería, o la instalación de estufas y letrinas ecológicas. Quienes impulsan un cambio revolucionario dirán que nosotros ya nos atrasamos o que no estamos haciendo nada, pero lo estamos haciendo, muy calmadamente y sin aspavientos, sin protagonismo y con mucho cuidado; la gente lo está aceptando, se siente bien y nos está respondiendo.

A nivel nacional hemos mantenido contacto con varios compañeros indígenas. Hace unos tres años surgió la idea de crear una especie de red para mantenernos comunicados, compartir información, etcétera. A mí me invitaron cuando se conformó la Red Nacional Indígena (RNI), que es un espacio plural; también surgió el Movimiento Indígena Nacional (MIN), otro espacio al que asistí a una reunión que hubo en Paracho, pero ese hasta ahí quedó y los del MIN ya no participan en la red. La RNI se mantiene más que nada a nivel de comunicación y algunas tareas

muy puntuales, a veces asistimos a las reuniones y atendemos las tareas que nos dejan.

Virginia Flores Flores

Mi nombre es Virginia Flores Flores, soy de la etnia o'dam del estado de Durango, aunque nos conocen más como tepehuanos del sur. Nací en junio de 1958 en el centro poblacional de Xoconostle, municipio de Mezquital. Mi mamá me decía que como hija mayor era ejemplo de mis hermanos, entonces tenía que aplicarme y cuidar mi comportamiento. Era muy "entendida" porque cuando alguien me explicaba algo lo tomaba con rigurosidad y eso prevalece en mí hasta hoy en día. Viví en Xoconostle hasta los 12 años y esa etapa de mi vida fue muy importante porque me dio muchos elementos que valoro, como mi lengua y mi cultura. Estaba muy familiarizada con lo que pasaba en cada estación del año, porque las actividades cambiaban y yo sabía qué iba a suceder, cada estación era un disfrute. Aprendí a observar lo que me rodeaba, sabía cuándo había que pizcar la calabaza, el maíz, cuándo había hongos, cuándo había tunas, o cómo cuidar a los animales de una manera y luego de otra. Por ejemplo, en junio era el momento de sembrar, de arar la tierra y echar la semilla. También sabía cuándo eran las ceremonias, como el Xiotalh que es en mayo, una ceremonia muy representativa, los de afuera le dicen el mitote pero no tiene ese significado para nosotros. Era un gusto saber que iba a llegar esa fecha y hacer lo que se tenía que hacer, llevar flores, preparar los tamales y dejar de comer sal. Cada vez era novedad para mí porque a medida que iba creciendo lo vivía de manera diferente.

Mi generación fue la primera en terminar hasta sexto año de primaria. La escuela fue para mí primero una novedad, aprender a leer y escribir en español, y la historia, que hasta la fecha me sigue gustando. Pero hay otra parte y es que, cuando entré a estudiar, vivía en dos mundos

o en dos situaciones muy diferentes. Una era mi vida como la conocía, todo lo que se hacía en la casa, lo que había aprendido de mi abuela Aurelia y de la gente, y otra lo que aprendía en la escuela, que no tenía nada qué ver con mi vida. Era como que dejaba en mi casa lo que yo era y en la escuela era otra persona, ya después de adulta cuando analicé eso, me di cuenta de que era algo muy fuerte, decía yo que era como cuando la víbora cambia de piel, como que dejaba algo en mi casa y había algo que no me acomodaba, así lo viví. Ni siquiera se me dijo que hablaba una lengua diferente a la del maestro, los maestros eran mestizos que llegaban de fuera e iban a enseñarnos a leer y escribir en español, no importaba cómo. No recuerdo haber vivido lo que otros compañeros cuentan, que se les castigaba cuando hablaban su lengua, pero todo lo que nos decía el maestro era en español. En el grupo éramos dos mujeres y cinco hombres y al maestro le gustaba mucho que compitiéramos las niñas con los niños y eso me agradaba porque siempre les ganábamos. Ahora reflexiono que de alguna manera el maestro siempre nos impulsaba a las mujeres a participar, nunca dijo que no podíamos hacer algo por ser mujeres; también en casa colaboraba en todas las actividades, sembraba y cuidaba a los animales, igual que los hombres. Ya de adulta me han preguntado con cierta frecuencia cómo es que participo en actividades de hombres y yo digo que seguramente lo que hacía en mi casa y mi maestro tuvieron que ver, porque él era parejo.

Yo no crecí con mi papá porque abandonó a mi mamá, lo conocí ya grande. Mis hermanos eran hijos de la otra pareja de mi mamá y yo viví casi siempre con mi abuela porque así se estilaba, la hija que no tenía papá se iba con los abuelos. Fui a vivir con mi mamá cuando murió mi abuela, recuerdo que estaba entrando a quinto de primaria. Pero sí sabía quién era mi padre, porque desde niña me decían: ese señor que está allá es tu papá. Él era un líder reconocido en la región era "Don" Faustino. Recuerdo que cuando estaba en cuarto de primaria una señora –de esas que nunca faltan– me dijo que iba a ir mi papá a la comunidad, que iba a estar en la casa del pueblo y que debería de acercarme a saludarlo para que me diera dinero. Yo sí tenía curiosidad de ver quién era, de conocerlo pero no lo comentaba con nadie. Decidí que iba a ir a verlo, llegué y había muchos señores parados –en esa época no se acostumbraba que mujeres se presentaran en las reuniones– y en el fondo se veía una persona más o menos con las características de mi papá. Me quedé parada, tenía que atravesar todo el salón y pensaba: ¿qué tal

si llego a saludarlo y no me da la mano porque no sabe quién soy?, ¡qué vergüenza! Me fui de ahí, pero pensé: cuando sea grande yo también voy a hacer reuniones como él, y eso se me cumplió; muchos años después incluso luchamos juntos en algunos asuntos.

A los 12 años terminé la primaria y salí de la comunidad para seguir estudiando. Cuando estábamos terminando sexto año llegó un maestro que procedía de Tepic, Nayarit y nos explicó que se necesitaban jóvenes para que se fueran a capacitar y regresaran a los centros poblacionales a servir como promotores culturales bilingües. Cuando preguntó quién se interesaba en ir, volteé y vi a mis compañeros y nadie levantaba la mano, pero yo quería levantar no sólo una mano sino las dos. No pensé en que podía ser lejos o en que no conocía a nadie por allá, yo dije que sí. Mi mamá no quería dejarme ir, recuerdo que dijo que ni los hombres se habían animado, que quién me iba a acompañar, cómo iba a llegar porque entonces ni caminos había. Pasaron varios días en los que yo dormía y me imaginaba que cuando saliera de mi comunidad iba a llegar a un lugar con las casas blancas de techos rojos; así me imaginaba que eran otros lugares, tal vez porque lo veía en mis libros. Al final mi tío Evodio –que vivía conmigo en casa de la abuela Aurelia– influyó a mi mamá y sí me fui.

Nos llevaron a Tepic a capacitar, nada que ver con las casas blancas con techos rojos. De allí nos pasaron a un internado en Jalisco y nos dieron las técnicas y herramientas para atender a los niños, porque éramos promotores pero en realidad nos íbamos a desempeñar como maestros. Después de año y medio de capacitación regresé, pero ya no a Xoconostle, sino a Santa María de Ocotán, que está en el mismo municipio. Allí llegué en 1972 y trabajé como maestra, empecé con la formación de promotora y luego seguí estudiando mientras trabajaba, el mismo sistema de la Secretaría de Educación Pública (SEP) lo permitía. Hice la secundaria y después entré a la escuela normal básica en Tepic, siempre trabajando y estudiando. Así cursé también la normal superior y como 30 años después, ya con una beca, terminé una maestría en Sociología de la Educación, en el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación. En realidad estuve pocos años de maestra, casi todos en Santa María de Ocotán, aunque estuve también en una comunidad muy chiquita, que era un campamento maderero donde se formó una población alrededor de un aserradero. Después ocupé varios puestos: directora de escuela primaria, jefa de albergue, auxiliar de supervisora,

supervisora y después jefa del Departamento de Educación Indígena, entonces me tocaba recorrer toda la región indígena de Durango.

Estuve como 12 años en Santa María de Ocotán y siendo maestra me empezó a interesar una parte de la vida de la comunidad. En aquel entonces estaba en su apogeo la explotación de los bosques maderables, sacaban grandes cantidades y había dinero. Ahí en la comunidad de Santa Maria de Ocotán se llevaban a cabo las asambleas del comisariado de bienes comunales que eran de muchísima gente, cinco o seis mil personas. Yo me empecé a acercar y observé que las mujeres nunca participaban, sí asistían con sus esposos pero sólo votaban por lo mismo que ellos. Eso me llamaba la atención, pero en aquella época no sabía nada de la cuestión de género y eso, entonces yo misma me di una respuesta, pensé que las mujeres no participaban porque no se informaban, que para opinar había que estar al tanto de los asuntos. Comencé a participar en los asuntos de la comunidad y me enteraba cada vez de más cosas que sucedían desfavorables para los comuneros. Lo que más molestia y desánimo provocaba a la gente era el tema de la explotación forestal, pero no hallaban como abordarlo, porque había algunas instancias donde ocurría la corrupción. Yo veía cómo estaban tranzando a los comuneros indígenas, sacaban más madera de lo autorizado o el administrador no rendía cuentas claras. Los comuneros indígenas nunca recibían ganancias por la explotación del bosque. Entonces yo pensaba que era porque no sabían leer y creía que si llegaba un maestro al comisariado las cosas iban a cambiar, pero después me di cuenta que no era tan sencilla la solución. Ahora puedo decir que si no hay interés por el bien común, ni por los recursos comunales, no importa si sabes leer o no. Y eso es lo que he identificado que a mí me anima a hacer las cosas.

Después de apoyar a varios maestros para que fueran autoridad agraria, en un momento dado tomé la decisión de lanzarme para el comisariado de bienes comunales. Pensaba que se tenía que hacer algo, tenía yo que ver desde dentro qué estaba pasando, por qué no ponían remedio a los problemas e intentar entender las relaciones de poder. Entonces fue cuando me di cuenta de que estaba en un campo que era sólo para hombres y para ellos era un buen pretexto no aceptarme por el hecho de ser mujer. Ellos ya conocían mi trabajo, ya había hecho cosas a favor de los comuneros, ya sabían que me desempeñaba bien y con responsabilidad de lo que tenía encargado. En los usos y costumbres no se prohíbe la participación de la mujer, pero de todas maneras

no aceptaron mi participación. De todas formas unos años después logré ser parte del consejo de vigilancia, por el trabajo a favor de los comuneros ya realizado y porque le echaba ganas, le echaba hígado y bofe, todo. Pero hubo cuestiones muy difíciles, yo tenía que cumplir con los usos y costumbres de la comunidad, observar todo en la comunidad, cuidar mi trabajo como docente para que no me señalaran por incumplimiento y andar con pies de plomo. Tenía que demostrar mis elementos para la lucha, convencer, discutir y organizar a la gente, ganar el respeto y la confianza. Además había que dar la batalla también afuera de la comunidad, ganar presencia y tener elementos para la discusión. Seguimos con la lucha, esa no paraba ni ha parado hasta la fecha.

Por otro lado, fuera de la comunidad, participé en la creación de la Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües, A.C. (ANPIBAC) que se fundó en 1977 y fui parte de su mesa directiva. Eso lo hice de la mano del maestro Franco Gabriel Hernández que era mixteco de Oaxaca, un hombre muy crítico y analítico con una visión de largos alcances. Recuerdo que había cosas que desde mi inexperiencia yo no veía y él tenía muy claras; por ejemplo, criticaba a los antropólogos y lo que hacían con nosotros y yo no me daba cuenta de eso, lo mismo pasaba con otros temas. Desde que conocí al maestro en 1977 le seguí los pasos, era un gran hombre con muchas virtudes al que respeté mucho y con quien participé en varios proyectos como la Agencia Internacional de Prensa India, A.C. (AIPIN). Hasta antes de la descentralización de la educación teníamos que acudir a la Ciudad de México a veces hasta para lo más sencillo y entonces nos encontrábamos con otros maestros de otros estados; así fue como nos conocimos todos y se logró formar la alianza. Tuve la oportunidad de conocer a personas muy valiosas de aquellos años, muy comprometidas con los pueblos originarios, muy firmes en lo que pensaban y hacían, seguras y con mucha pasión. Ahorita no recuerdo sus nombres, pero entre ellos estaba el maestro Franco Gabriel, el maestro Ramón Hernández López y también don Efrén Capiz, líder social de Michoacán. Desde la ANPIBAC luchamos por la situación de los maestros, que tuvieran plazas y todo el asunto de la intervención del sindicato, había mucho trabajo que hacer. Hacíamos reuniones y asambleas en varios estados, recuerdo en particular un encuentro muy numeroso en Vícam, Sonora, al que llegaron compañeros de casi todas las etnias. Después hubo un punto en que se debilitó la alianza, cuando se descentralizó la educación. Yo no veía lo que había en el fondo, lo

que significaba para nosotros, pero el maestro Franco Gabriel sí. Era para desarticularnos, desintegrarnos, para que no siguiéramos organizándonos como indígenas. En ese momento se perdió un poco de fuerza pero seguimos; yo formé dos veces parte de la cartera de la dirección de la ANPIBAC. Primero totalmente inexperta, pero desde entonces manteniendo mi propósito de luchar, de informarme y conocer las relaciones de poder al interior de la SEP.

De Santa María de Ocotán salí en 1985. Fui a la ciudad de Durango porque iba a nacer una de mis hijas –tengo un hijo y tres hijas– y estando ahí me dieron un puesto como subjefa del Departamento de Educación Indígena y posteriormente, como jefa de dicho departamento. Asumí la responsabilidad en 1989 y estuve hasta febrero de 1995. Mientras estuve en ese cargo trabajé un proyecto sobre la escritura de la lengua o'dam con mucha convicción. En ese entonces había cuatro alfabetos y ninguno se consideraba oficial por la SEP. Cuando asumí la responsabilidad de la dirección del Departamento de Educación Indígena tuve la oportunidad de apoyar más el proyecto. Se hicieron varias acciones, desde constituir una mesa técnica de trabajo, seleccionar un equipo de maestros hablantes nativos del o'dam y hacer trabajo de campo. Eso fue algo que considero muy importante y desde donde esté lo sigo considerando así, porque la lengua es determinante para todo, hasta para entender la situación de la vida de las comunidades en todos los ámbitos. Yo estoy plenamente consciente de que es fundamental que la lengua no se pierda y por eso la escritura para ello es clave. No soy lingüista, pero desde entonces veía que era importante investigar, hacer un trabajo profundo, plasmar y registrar el conocimiento.

Durante mi gestión se firmó un convenio entre el Instituto Politécnico Nacional y el Departamento de Educación Indígena de Durango. Fue a través del Centro Interdisciplinario de Investigación para el Desarrollo Integral Regional. Recibimos una asesoría lingüística a cargo de la doctora Laura Campusano Volpe. Después de tres años de trabajo hubo un consenso entre los profesores bilingües sobre el alfabeto para la lengua o'dam y se elaboró un libro de texto para la enseñanza de la lengua en todas las escuelas primarias de la zona indígena del estado de Durango. También las aportaciones de otros lingüistas fueron determinantes en este proceso; se trata de los lingüistas Elizabeth y Tomas Willett, del Instituto Lingüístico de Verano. Yo siempre alenté a mis compañeros para ver si alguno se decidía a estudiar lingüística, para

seguir profundizando en el estudio de la lengua o'dam. Hasta la fecha es ese alfabeto el que se sigue usando.

Después de consensuado dicho alfabeto me propuse llevar a cabo un programa de capacitación para los maestros bilingües frente a grupo. Se llevaron a cabo varios cursos en poblaciones cercanas a los centros de trabajo que consistían básicamente en alfabetizar en o'dam. Considero que fue bien aceptada dicha capacitación. A la par se publicó un libro para el alumno de primer grado, el primero que se publica en el estado de Durango como parte de la descentralización. Además de este trabajo de carácter lingüístico también me ocupé de intensificar los programas de capacitación según la función desempeñada, como por ejemplo cursos para los supervisores de zona, cocineras de albergues, directores de escuela y profesores frente a grupo. También durante mi gestión se consiguieron becas para estudiar la licenciatura que ofrecía la Universidad Pedagógica para los profesores bilingües. Si mal no recuerdo, se fueron tres maestros a la ciudad de México. Como fui la primera indígena en ocupar ese puesto, eso mismo me dio la visión de ciertas oportunidades de mejora que los presupuestos asignados no habían incluido. Entonces, mucho tiempo lo dedicaba a gestionar recursos económicos para realizar actividades que fortalecían las prácticas pedagógicas que impactaban directamente a nuestra cultura. Para cerrar este punto, me gustaría decir que yo fui Jefa del Departamento de Educación indígena en una coyuntura que aproveché. La coyuntura se daba por lo siguiente: la descentralización de la educación tenía que llevarse a la práctica; el espacio de esa jefatura para que lo ocupara un indígena ya estaba en la agenda de nuestra lucha a nivel nacional y mi persona en particular, dada mi experiencia, podía dar respuesta a las necesidades vividas desde los 60 y así darle otro peso a nuestra cultura indígena en el aula. Yo me siento muy satisfecha de mis logros en ese puesto a lo largo de cuatro años.

En 1995 entré al Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación, en donde me aceptaron los estudios de la Normal para hacer una maestría. Antes de irme investigué qué opciones había para las que me dieran beca ya estando en mi plaza de maestra; había varias, pero tenía que tomar en cuenta cosas como el costo de la vida o dónde iba a estar. Conocía Michoacán porque nos habían dado allá un curso de capacitación en Paracho y nos habían llevado a Morelia, que me pareció muy bonito; cuando vi que había una opción allá esa elegí y entré a la maestría en

Sociología de la Educación. Me fui con mis hijos y un sobrino; mi esposo se quedó en su trabajo, él era supervisor de zona. Cuando empecé a estudiar me di cuenta de que los que teníamos preparación de maestros, de escuela normal, no dábamos el ancho, no entendíamos todas las lecturas. Recuerdo que teníamos un maestro que se llamaba Severo Iglesias y en verdad era severo. Era excelente, había quienes decían que la maestría valía la pena sólo por él. Los únicos que podían entablar diálogo con él eran compañeros que habían sido sus discípulos, que además tenían una licenciatura y algunos hasta otra maestría. No me costaba trabajo reconocer que a mí me faltaban lecturas, pero me sentía muy satisfecha por haber seleccionado esa maestría.

Me comentaron que después del primer semestre el maestro rasuraba el grupo. Muchos alumnos no pasaban la evaluación que hacía el maestro y había quienes temblaban de pensar en eso. El día en que se decidía quién se quedaba y quién salía yo estaba muy campante, hasta que empecé a ver caras de compañeras llorando. Cuando me tocó entrar a hablar con el maestro iba ya toda compungida y yo creo que se dio cuenta, porque fue amable conmigo. Me dijo que valoraba mucho mi esfuerzo, que sabía que me había ido con todo y mis hijos y que veía que cumplía, que siguiera adelante. Lloré pero de emoción, éramos 27 inscritos y quedamos solamente 18. El maestro era muy duro, pero valoraba el esfuerzo de cada uno.

Cuando regresé a Durango, en 1998, me encontré a un ingeniero que conocía y que sabía de mi trabajo; me dijo que me necesitaba para que lo acompañara en una aventura política, quería ser diputado local y que yo fuera su suplente, era del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El distrito electoral abarcaba la cuidad de Durango y otros municipios, ente ellos El Mezquital, donde vive la mayoría de la población indígena. Empezamos la campaña y yo ya tenía elementos para los discursos con todas las lecturas de mi maestría. Ganamos la votación y quedé de su suplente. El presidente municipal de Mezquital que ganó también era del PRI y en esa administración me dieron la responsabilidad de directora de obras públicas del municipio.

A la par de ser una funcionaria en el municipio yo seguía en mi activismo a favor de proteger nuestros bosques de una explotación desmedida y sin afán de retribuir a la etnia. Esa vez fue cuando participó mi papá conmigo, las principales personas de este movimiento civil fuimos él, el papá de mis hijos, otros dos compañeros y yo. En aquel momento estaba

la tala de nuestro bosque a todo lo que daba, había muchos intereses económicos y se movía una cantidad de dinero que nunca antes habíamos visto. Esto no quiere decir que los o'dam en su conjunto recibieran dinero. Nosotros pedíamos que se rindieran cuentas de lo que estaban extrayendo, había gente de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat) y la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (Profepa) con los que nos reuníamos. Los diputados Abraham Moreno García y Gustavo Nevárez Montelongo apoyaron nuestro movimiento. El asunto se divulgó en la prensa estatal y en otros medios. En esa etapa, de 1989 a 2001, se vivieron cosas muy fuertes, a uno de los compañeros que andaba al principio con nosotros lo mataron y cuando íbamos a salir a las comunidades a dar información nos echaban las luces y trataban de sacarnos del camino, o de repente del monte salía una camioneta y nos seguía.

Se convocó a una asamblea de comuneros y nosotros asistimos porque era nuestro derecho. Esta asamblea fue muy diferente porque, a pesar de la asistencia de los funcionarios mestizos, como nosotros les llamamos, decidimos hablar en o'dam y con ello conseguimos involucrar más a los comuneros en el cuidado y la explotación de los bosques. Todos los del movimiento tuvimos la palabra y así dimos a conocer los problemas para luego tomar decisiones. A los comuneros les gustó mucho que se hablara en o'dam porque así ellos se sentían con la confianza de tomar la palabra y expresar sus opiniones. Con esto logramos que muchos más comuneros se unieran al movimiento y quisieran estar informados. No logramos lo que queríamos, es decir que nos rindieran cuentas de la explotación del bosque, pero como respuesta a nuestra petición el gobierno estatal declaró una veda a la comunidad de Santa María de Ocotán y Xoconostle por 10 años. Desde mi punto vista esta fue una salida fácil, porque hacer cuentas claras es más difícil. Hasta el año de 2020 la asamblea de comuneros no ha autorizado una nueva explotación del bosque. Tampoco, en honor a la verdad, nosotros hemos implementado programas de reforestación de nuestro bosque.

Si me lo permite, ahora me gustaría platicar sobre algunos viajes internacionales que realicé y que ampliaron mi visión de la cuestión indígena. Con un grupo de maestras de nivel preescolar, en 2004, visité varias provincias de Argentina y lo que más me llamó la atención y además me dio nostalgia fue cuando recorrimos la parte donde vivieron pueblos originarios. En algunos centros educativos, por iniciativa de las

maestras o la directora, me tocó ver cómo estaban tratando de recuperar la vestimenta o la música tradicional, pero ya como historia nada más. En un lugar, por ejemplo, construyeron tambores con los niños siguiendo la técnica de los pueblos indígenas y les enseñaban a tocarlos; me gustó el interés que tenían las maestras para emprender proyectos de ese tipo. Pensé que nosotros, los o'dam, estábamos en la gloria, porque aún teníamos nuestra cultura viva. También en 2006 fui a un congreso mundial de educación para la paz en Albacete, España. Esta temática es muy relevante, tanto para la convivencia entre los grupos o'dam como entre los o'dam y los que mandan en México en general. Es una temática que me gustaría que se incluyera como parte de la curricula escolar a nivel nacional. Es una forma de prevenir que la discriminación a los indígenas siga creciendo.

He estado varias veces en Phoenix, Arizona, con los hermanos o'dam de allá. El contacto con ellos se dio porque una vez, en uno de tantos encuentros en la Ciudad de México, un activista que apoya las causas indígenas, Tupak Huehuecoyotl, estaba grabando entrevistas con varios compañeros y me preguntó si me podía hacer una. Cuando me preguntó de dónde era y le dije que era o'dam comentó que él conocía unos hermanos míos en Arizona. Me imaginé que eran algunos que andaban trabajando por allá y cuando terminamos con la entrevista me pidió que les mandara un mensaje en mi lengua. Me solté hablando y les dije que los saludaba, que les deseaba lo mejor y cosas así; unos meses después me llamó este señor y me dijo que se había difundido mi mensaje en la radio y "mis hermanos" lo habían escuchado, habían entendido algunas frases y me querían conocer; querían que fuera a verlos y ellos pagaban mis gastos. Entonces me di cuenta que hablaba de los tohono o'odham de Phoenix, Arizona. Viajé y los conocí; ellos dicen que somos de los mismos, nada más que nosotros nos venimos para el sur, para México, que todo el pueblo o'dam estaba en Phoenix y de allí se dispersaron. Desde entonces hemos tenido varios encuentros con ellos y se han unido a estas reuniones los de Sonora y Chihuahua. Una de esas reuniones tuvo como sede la ciudad Durango. Cuando nos dimos cuenta de que éramos los mismos nos pusimos muy contentos. Vimos que el idioma cambia porque ha pasado mucho tiempo sin estar contacto, pero hay frases y palabras que son las mismas. Cuando yo hablaba, sobre todo los señores y las mujeres mayores entendían mucho de lo que decía y hay palabras, por ejemplo de algunos animales, que se dicen

igual. No obstante, para algunos intercambios de ideas necesitamos traductor del inglés al español; ese papel lo ha hecho casi siempre Tupak Huehuecoyotl. Hasta la fecha mantenemos el contacto con ellos y ya estamos organizando otra reunión.

En 2009 en Puno, Perú, cerca del lago Titicaca, participé con una ponencia en dos eventos que tuvieron lugar simultáneamente: la IV Cumbre Continental de Pueblos y Nacionalidades Indígenas y la Primera Cumbre Continental de Mujeres Indígenas. De este país aprendí que en la lucha indígena las mujeres participan en forma muy organizada y que hay mujeres que la historia nacional reconoce como verdaderas luchadoras sociales. Allá las mujeres participan más en las asambleas y, en consecuencia, se involucran en la toma de decisiones. También fui a Ecuador por invitación de un pueblo indígena, para compartir mis experiencias con mujeres interesadas en conocer otras formas en que la mujer participa tanto en un movimiento indígena como en la comunidad particular. Ellas me preguntaron de diferentes formas si había un rechazo por parte de otros grupos por el solo hecho de ser mujer. Hoy día, que soy autoridad tradicional, pudiera platicarles más a profundidad sobre este asunto de género que les preocupaba. Ya veremos la forma de reunirnos de nuevo.

He estado varias veces en la sede de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Nueva York, para asistir a las sesiones de su Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas. La primera vez fue en 2014, asistí como parte de la AIPIN, una organización a la que pertenezco desde el año 2000. Las tres veces siguientes fui invitada por una fundación que se llama Seventh Generation Fund for Indigenous Peoples. Después fuimos tres mujeres al Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas, a presentar la agenda de las mujeres indígenas de México. Otra vez asistí a la sede de las Naciones Unidas en Ginebra, Suiza. Esta vez presenté una ponencia, en una reunión del Mecanismo de Expertos sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas. El tema expuesto fue el derecho a la comunicación de los pueblos indígenas. La Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) me apoyó con los gastos.

Mi trayectoria en la SEP definitivamente fue la más formativa y la que me permitió un acercamiento muy directo a los problemas que viven las comunidades indígenas. Justo esta formación me permitió ser valorada por otras instituciones que están en mayor o menor medida involucradas con la cuestión indígena. Me gustaría platicarle de estas

otras experiencias laborales. En 2014 la CDI me contrató para supervisar algunos proyectos. Entre los que más recuerdo están la construcción de un invernadero y de unas cabañas en la propiedad comunal de Temoaya, Mezquital, Durango. El invernadero producía tomate, que es un producto que no se cultivaba a gran escala en Temoaya y por lo mismo no se tenía experiencia técnica. Aprendí sobre las dificultades que surgen con la población cuando se trata de introducir un cultivo nuevo. La organización comunal para la producción, pienso yo, es todo un arte. En lo que respecta a la construcción de cabañas, se trata de un proyecto para fomentar el turismo ecológico. A la fecha se pueden visitar las instalaciones pero a simple vista se ve que la población de Temoaya no está involucrada. No me toca juzgar estos proyectos pero yo considero que, como están elaborados desde un escritorio, fallan a la hora de aterrizarlos en comunidades que no han sido debidamente sensibilizadas para emprender estas actividades económicas.

Después me contrató un ingeniero en un programa federal que se llama PESA, Proyecto Estratégico de Seguridad Alimentaria. Me encargaba de hacer la difusión de los proyectos entre la gente. Proponían pequeños proyectos de hortalizas, avicultura, reforestación, etcétera. Me correspondía además de difundir, organizar comités para la producción y explicarles cómo era el programa. Después de un año mi contrato no fue renovado sin mayor explicación. Sin embargo, pienso que se trataba de proyectos que tenían más aceptación entre los integrantes de la comunidad. Antes de platicarles sobre mi nuevo nombramiento, sólo les quiero mencionar que en 2011 me dieron el premio a La mujer del año en el estado de Durango.

Actualmente soy gobernadora tradicional de mi comunidad, la primera mujer en tener ese cargo. Hay pendientes en esta propiedad comunal y mencionaré algunos de ellos: poner en papel ciertas normativas sobre cómo tomamos las decisiones de carácter comunal, cuál es el proceso y quiénes participan. En ello estamos trabajando. Otra normativa tiene que ver también con poner en papel los usos y costumbres. Ciertamente los usos y costumbres no están escritos y consignados en ninguna instancia legal, son parte de nuestra tradicional oral; pero yo pienso que el destino ya nos alcanzó y tenemos que darlos a conocer por escrito, para que algunas autoridades no los tomen como pretexto para no involucrarse con problemas que surgen en nuestras poblaciones. Como toda sociedad, la vida comunitaria de Xoconostle está constantemente

cambiando y nosotros nos estamos ajustando a ello. Cuando ya publiquemos nuestros usos y costumbres se darán cuenta de que tienen que ver con asuntos muy internos que sólo tienen una explicación histórica. Estoy consciente de que mi tarea es amplia y diversa, hay asuntos que me parecen más urgentes que otros, por ejemplo, formar comités para atender nuestros recursos naturales, el bosque, el agua etcétera, y organizar el trabajo voluntario para beneficio de la comunidad. Otras cosas pueden esperar, pero no tanto. Por alguna razón me eligieron autoridad tradicional y yo espero responder a la altura de esas expectativas.

Hilario Molina Amarillas

Soy del pueblo yaqui, de la nación yaqui. Nací en 1957 en Pótam, allí viví la primera parte de mi vida y después me fui a Vícam. En aquel tiempo, cuando era niño, no había educación indígena en mi región y no había secundaria, a mí me tocó ser de la primera generación en Vícam, me iba desde Pótam, que está a 20 kilómetros. Cuando estaba saliendo de la secundaria llegaron de la Secretaría de Educación Pública (SEP) de México porque querían que entrara la educación indígena allá y también el Instituto Nacional Indigenista (INI), iban juntos. Entonces me dieron la oportunidad de ser parte del grupito de promotores que se creó, nos reclutaron a varios, fuimos como seis o siete, unos de la primaria y yo de la secundaria. Esto fue como en 1972 o 1973, tendría yo como 16 años, recuerdo que no había cumplido la mayoría de edad, estaba chico. Nos llevaron a capacitar a un lugar llamado Jyasu Solís en el municipio de Temascalcingo, Estado de México; un centro de capacitación que estaba en una exhacienda. Cuando regresamos tardamos dos años en poder trabajar en la comunidad y en que entrara el INI, porque las autoridades tradicionales no querían nada con las instituciones; íbamos a hablar con ellos y a reuniones, hasta que finalmente dijeron que sí y ya quedamos como promotores.

Allí en Vícam hice mi vida. No duré mucho tiempo dando clases porque luego me hice director y después duré muchos años como supervisor y jefe de sector. La vida mía ha sido fácil, he sido afortunado. Ya trabajando pude estudiar. Fui primero a Tepic, a la escuela normal, estuve dos años y me salí, después me fui a Gómez Palacios y allí volví a empezar y terminé. Hice la normal y posteriormente entré a la Universidad Pedagógica Nacional a la licenciatura y la acabé. De chamaco

duré también un tiempo como músico, es parte de lo que me gusta hacer. Mi papá era muy trabajador y también era mariachi; yo empecé a tocar violín, vihuela, guitarrón, todos los instrumentos menos la trompeta. Tocábamos en las fiestas y luego con los Hermanos Molina, un grupo de mariachi. Después toqué música norteña con acordeón y todo, yo tocaba bajo sexto, tarola e incluso la redova. Actualmente parte de lo que hago es ser músico de danzantes yaquis, de pascola y matachín. Con los pascolas toco arpa y con los matachines el violín, son unas tremendas amanecidas porque la tocada, la fiesta, a veces dura todo el día y toda la noche.

Siempre tuve la inquietud de hacer algo que no fuera digamos lo normal que vive la gente, hacer algo más y servir a los pueblos. Tuve influencia además de la efervescencia que había del pensamiento socialista en aquel tiempo, cuando era chamaco. También leía mucho a Elsie Rockwell y ese tipo de libros que influenciaron mi formación. Las experiencias que he vivido son interesantes, el amor que tiene uno por hacer algo por los pueblos hizo que nos moviéramos; todo lo que hemos hecho ha sido con todas las ganas de servir, desde los 80 ya andaba yo en los movimientos con algunos amigos y compañeros. Empecé a vincularme al movimiento indígena con Genaro Domínguez por ahí de 1983, en la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios. La coordinadora surgió del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, que fue creado por el gobierno en los años 70 y poco después Genaro, que era parte de ese consejo, se separó y formó la coordinadora. Él iba mucho a hablar con las autoridades tradicionales yaquis, quería ayudar en el asunto de la propiedad del territorio, que se respetara el decreto de Lázaro Cárdenas, porque siempre ha habido conflictos con eso.

Genaro tenía muchos problemas con el Estado, lo tenían bien fichado e incluso fue secuestrado por los soldados en aquel tiempo. Yo lo conocí allá en Sonora, platicábamos mucho y me uní a su movimiento. Hicimos algunas cosas, siempre era algo muy radical, por ejemplo ir a tumbar una estatua; me acuerdo que una vez tratamos de volarle la cabeza a la estatua de Colón en la Ciudad de México. Recuerdo también que una vez queríamos hacer un culto arriba de unas pirámides y no nos dejaban entrar, estaba la policía allí. Entramos a empujones y nos subimos a fuerza, hicimos lo que teníamos que hacer, el ceremonial ahí arriba; cuando bajamos pensábamos que iba a estar la policía esperándonos pero ya no estaban, nos respetaron y se movieron de lugar. También

hacíamos marchas, íbamos adelante con la bandera del movimiento. No recuerdo quién nos pagaba los pasajes o cómo le hacíamos, pero íbamos a la Ciudad de México a esas actividades.

En la región yaqui hacíamos algunas cosas también, en aquel tiempo teníamos siempre en mente la idea de tener una especie de confederación del noroeste, un organismo que sirviera para apoyar a los grupos. En 1989 conocimos el movimiento de los 500 años de resistencia. Llegaron con nosotros amigos como Gaudencio Mejía y Margarito Ruiz con esa idea. Margarito en aquel tiempo tenía un cargo, me parece que era diputado. No recuerdo exactamente cómo lo conocí pero se contactó directamente conmigo porque éramos muy pocos los que andábamos en esas cosas; él era y es un guerrerazo, muy interesado en los pueblos indígenas. De 1989 a 1992 anduvimos activando el movimiento, lo primero que hicimos fue visitar a los mayos, los guarijíos, los pimas y los tarahumaras y también fuimos a una parte de Baja California. Visitamos, por ejemplo, a los mayos para que se reorganizaran otra vez con sus autoridades tradicionales, porque ya estaba acabándose eso, entonces apoyamos para que lo reactivaran, hicimos surgir nuevamente a las autoridades tradicionales.

Cuando llegábamos con los guarijíos se ponían arriba de los cerros a vigilar y nos danzaban sus bailes tradicionales antes de las reuniones, era bien bonito. Había veces que tenían problemas entre ellos y nos hablaban, entonces teníamos que ir para allá en la noche. Salía yo como a las ocho de mi casa para pasar por un compañero a otra comunidad y nos íbamos juntos hasta allá, a la mera sierra. Llegábamos como a las 10 u 11 y hacíamos reunión toda la noche, a las seis de la mañana estaba de vuelta en el pueblo para irme a trabajar, porque no dejaba de trabajar, todo eso lo hacíamos fuera del horario de trabajo. En ese tiempo nos tenía muy cuestionado el gobierno del estado, porque decían que queríamos levantarnos en armas. Obviamente no era nuestra intención, aunque había gente como Margarito Nolasco, un hombre muy pertinaz que quería hacer algo por su pueblo, que era muy radical y sí decía que fuéramos a las armas. Recuerdo también que los comcaac –los seris– también querían levantarse en armas en ese tiempo y el gobierno me acusaba de ser el causante de eso.

Los que andábamos en el movimiento éramos pobres, no lo hacíamos con recursos de ningún tipo, circulábamos con lo que ganábamos en nuestro trabajo, éramos como cinco y nos íbamos hasta la zona rará-

muri y con los pimas. Teníamos un vochito y recuerdo que comprábamos latas de frijol, chiles, tortillas y queso para comer en el monte, nos la pasábamos bien a todo dar y con mucho ánimo activando el movimiento.

Estuvimos generando reuniones y por ahí nos encontramos con que la Fundación Ford podía apoyarnos. Hicimos contacto con ellos y nos dieron dinero para hacer una reunión. Con esos recursos hicimos varias, porque los manejábamos de tal manera que nos sirvieran para más, tratábamos de hacer rendir al máximo el dinero. Logramos juntar varias veces a representantes de todos los pueblos del norte y con el recurso pagábamos los pasajes de la gente, les regresábamos el dinerito que habían invertido en el camión para llegar.

Con todo el trabajo que hicimos logramos concretar la creación del Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora. Quedó solamente a nivel estatal porque ya no pudimos seguir activando a nivel noroeste en los otros estados. Entre otras cosas, desde el consejo se hacía mucha labor de gestoría sobre las necesidades de los pueblos, sobre todo para cuestiones de salud, porque la gente llegaba a los hospitales pero no tenía dinero, y teníamos que hacer muchas gestiones para que les liberaran los pagos; también hacíamos gestiones de tipo económico para proyectos y demás, hubo algunos logros. Después me retiré del consejo, quedó en manos de otra gente y no hace mucho desapareció, porque ya no les dieron presupuesto.

En 1993 me tocó hacer unos libros de texto de primaria en yaqui, para la Dirección General de Educación Indígena de la SEP. Fui autor de dos y entre varios hicimos otros. Tuve muchas discusiones con los intelectuales porque yo decía que la tribu necesitaba que los niños crecieran con lo que se vive en su comunidad, que tenían que conocer lo que hay en lo cultural y en lo económico, la tierra de cultivo y todo eso, y ellos decían que no. Pero nos dieron oportunidad de hacer el planteamiento libre, que quedaran como queríamos. Nuestra jefa era Ludka de Gortari, una muy buena compañera.

Esa etapa me gustó mucho, porque ligamos lo de los libros con el plan integral de desarrollo de la tribu que estábamos trabajando en ese tiempo. Luis Donaldo Colosio nos apoyó muchísimo en esa época, junto con Alfonso Durazo, cuando estaban en la Secretaría de Desarrollo Social. También participó con nosotros Plutarco Sánchez, que era un egresado de Chapingo, también amigo de Colosio. Me acuerdo que íbamos a Hermosillo y teníamos reuniones con los funcionarios en la noche para discutir lo

del plan; regresábamos a las cinco o seis de la mañana a la comunidad, nos tomábamos un café y después se iba a Ciudad Obregón porque allá vivía. Era lo máximo ese señor, acaba de fallecer hace unos meses.

Ese tiempo fue muy bueno porque teníamos recursos que venían etiquetados para nosotros desde México, aunque desgraciadamente no llegaban de manera directa, sino que tenían que pasar por el gobierno estatal, entonces siempre nos llegaban mochados; de cada 100 pesos llegaban como 70, porque no querían que tuviéramos un ejercicio de desarrollo. Dentro de ese plan me tocó crear el proyecto educativo de la tribu yaqui junto con otro compañero, e hice también el proyecto de granjas comunales y el de archivo y cultura. El de granjas era bien importante, lo teníamos ligado con las tiendas comunitarias, la idea era sembrar unas 50 hectáreas y tratar de establecer la necesidad de la tribu en alimento y vender barato el producto. Después el proyecto se paró, porque no se supieron utilizar bien los recursos del fondo revolvente, entonces ya no se generaron más.

Para el proyecto de cultura la intención era tener un archivo con videoteca, audioteca, biblioteca, hemeroteca y de todo. Fuimos al Archivo General de la Nación y sacamos copias de documentos sobre la tribu, fueron meses de trabajo y llevamos tres enormes cajas de fotocopias para nuestro archivo. También hicimos un montón de videos de señores mayores, de 90 o 100 años, que contaban sus historias, algunos habían andado en la Revolución. Desgraciadamente todo se quemó en 1995 porque hubo un corto circuito, todo se nos vino abajo, todo se perdió. Ojalá logremos hacer algo parecido otra vez. Ese plan integral de desarrollo empezó en 1989 y terminó como en 1998, después de que Zedillo sacó un decreto expropiatorio de parte de nuestro territorio; tuvo su temporalidad y lo acabó el gobierno, porque era un despertar del pueblo.

Cuando terminó todo lo de la campaña de los 500 años de resistencia seguimos en la lucha. Se creó la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, la ANIPA, y nos metimos en ese proceso. Íbamos a las asambleas que se hacían en diferentes partes del país bastante seguido, fue muy importante y también hicimos mucha labor a nivel nacional y en el norte. Primero fue analizado el concepto de autonomía, que en la tribu yaqui lo tenemos de facto, en la práctica; lo estuvimos promoviendo mucho y a mí me tocaba hablar en las asambleas sobre la autonomía yaqui. También activamos bastante con los guarijíos y con los tarahumaras, aunque no tanto como hicimos para los 500 años; con los tarahumaras

nos tocó estar cuando tenían problemas internos, fuimos como ANIPA y como Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora para apoyarlos en la búsqueda de la unidad.

También estuve en los diálogos de San Andrés Larráinzar. La invitación llegó directamente de los zapatistas al Consejo Tradicional de Pueblos Indios de Sonora, nos estaban solicitando como asesores, como parte de ellos, y me tocó ir a mí. Recuerdo algo que me impresionó mucho y no tiene que ver con los diálogos: estábamos en la presentación de un libro de Gilberto López y Rivas cuando empezó un temblor, se oía un ruido fuerte debajo de la tierra y todo se movía, la gente salió toda asustada; yo no me espanté, nada más me quedé parado recargado en una columna. Fue una experiencia bonita participar en las discusiones, mucha gente aportó para que por lo menos estuviera en los documentos lo central de las necesidades de los pueblos indígenas, pero desgraciadamente el acuerdo no se cumplió. Como siempre, el gobierno se compromete, incluso firma y no cumple. Luego surgió el Congreso Nacional Indígena, pero allí nunca me acerqué.

No recuerdo en qué año, debe haber sido por ahí de 1997 o 1998, me tocó también ir a Ginebra a la Organización de las Naciones Unidas, una experiencia tremendamente interesante. Ahí se planteó lo que normalmente se plantea, los problemas y las necesidades de los indígenas de México, estábamos muy optimistas. En cuanto a los yaquis había varios casos, entre ellos la expropiación que hizo Zedillo en 1997 a la tribu. Ese decreto fue un tremendo golpe y la gente no se dio cuenta del tamaño de la situación en ese momento, hubo también traidores a la tribu. Lo que se había acordado con las autoridades, el documento que circuló en la región, decía que nos iban a expropiar cierta cantidad de hectáreas y finalmente en el decreto nos quitaron mucho más.

En aquel tiempo el gobierno depositó 40 millones de pesos a la tribu a cambio de que se aceptara el decreto expropiatorio, pero la tribu no aceptó y metió una demanda de amparo. El dinero allí sigue en el Fifonafe, el Fideicomiso Fondo Nacional de Fomento Ejidal, y todavía no se resuelve el asunto del decreto, tenemos que lograr que sea borrado. Con el decreto mucha gente blanca se metió a las orillas de los linderos y cuando la tribu hizo el intento de recuperar esas tierras hubo muchos heridos y detenidos; por ejemplo, los yaquis agarraron a un fulano que resultó ser mafioso, lo entregaron al gobierno y lo soltaron inmediatamente.

En esa época participé también en unas reuniones que promovió José del Val cuando estaba de director del Instituto Indigenista Intera-

mericano. Se formó un equipo que no recuerdo el nombre que le pusieron, pero nos llamaban intelectuales indígenas. Del Val nos reunía y nos pagaba todos los pasajes y hoteles. Es un tipo muy interesante que siempre fue un tremendo apoyo para nosotros.

Después del 2000 seguí en el movimiento, pero ya menos activo, metido en los asuntos de la tribu, sobre todo en la cuestión del territorio y el agua, pero más dedicado a mi trabajo y a cuestiones de educación, de la lengua y en la música. En 2018 y 2019 fui parte del gobierno tradicional, fui secretario de la autoridad. Hay ocho gobernadores de ocho pueblos, de un lado se sientan los mayores, que vienen siendo los más sabios y que más conocen a todos, y a su lado están los que han sido gobernadores antes; es como el gobernador con su comitiva. Luego está la parte militar, el jefe arco, que es como el capitán y tiene su comandante con su tropa, los soldados yaquis.

Cuando llega una persona de fuera, por ejemplo un funcionario, se sienta frente a los gobernadores y el secretario es el traductor, que está sentado en determinado lugar. El gobernador empieza la plática; primero es el saludo que dura como media hora y luego la petición de bienestar, porque se saluda para todos los lados y todos se saludan y dan la bienvenida. Después ya le dicen al secretario que le dé la palabra a la visita y el secretario traduce. Aunque no le guste el acuerdo que tomen el secretario tiene que decirlo; por ejemplo, si la respuesta es un rotundo no, después de horas y horas de discurso y plática, uno tiene que decirle que el pueblo dijo que no, se le dan las gracias y se va.

Cuando fue López Obrador a visitarnos siendo todavía candidato, como era yo secretario, me tocó plantearle el tipo de problemas y necesidades que teníamos y afortunadamente nos abrió mucho las puertas y su corazón, pudimos establecer un vínculo con él que no ha parado. De él nació el Plan de Justicia para el Pueblo Yaqui, en el que estamos trabajando actualmente.

Hemos recorrido el territorio varias veces para definir bien hasta dónde llega, hemos estado yendo a los puntos naturales de lindero para encontrar las mojoneras; algunos son cerros muy altos, hay uno que se llama Moscobampo que te tardas cuatro horas en subir y cuatro en bajar, allá he ido tres veces, son recorridos muy interesantes. También estamos viendo cuánto tenemos hacia adentro del mar, que son como seis millas que incluyen la Isla de Lobos. Estamos además ubicando todas las áreas que fueron invadidas antes y después del decreto de

Zedillo y checando los papeles de quienes están ahí, a ver si son auténticos y desde cuándo entraron. Todo eso está sobre la mesa con el gobierno actual, para que se defina bien nuestro territorio y recuperemos lo que nos han quitado.

Otro tema en el que estamos trabajando es el del agua, porque nosotros somos dueños del 50% del agua que almacena la presa La Angostura, más una parte de la de Oviachic, los escurrimientos de la presa El Novillo –que es la del acueducto Independencia– y parte del acueducto que está en Guaymas; pero es agua que no tenemos, que otros se están llevando o están utilizando. Por ejemplo, de La Angostura se lleva agua entubada para las minas de Nacozari y también concesionaron agua nuestra a la cervecera Constellation Brands que está en Ciudad Obregón. El asunto es tremendo, prácticamente nos están dejando sin agua, entonces ya se está hablando de que se determinen los volúmenes de agua que nos corresponden y que nos llegue.

También estamos viendo el asunto del desarrollo porque, si bien tenemos muchas tierras de cultivo, hay mucha pobreza, la gente se mantiene por el trabajo en la maquila o en los centros agrícolas y abunda el rentismo; la gente de dinero alquila muchas tierras de nosotros y muchos viven de esas rentas, pero pobremente. Solucionar esto implica modificar esquemas y crear condiciones para que la gente se dedique a sembrar. Tenemos que cultivar mucho frijol, maíz, hortalizas y papa, para que pueda haber buenos niveles de nutrición. Necesitamos que el sistema crediticio mejore y para ello han venido los del Banco del Bienestar y estamos viendo eso. También estamos buscándole en la pesca y la ganadería y estamos en proceso de hacer un diagnóstico para bajar los niveles de pobreza, para crear un plan de desarrollo a corto y mediano plazo, que no sea solamente en este sexenio.

Además, se va a construir un hospital para que la gente se pueda atender aquí y no tenga que ir hasta Ciudad Obregón. Va a haber también una universidad yaqui, ya se tiene el terreno y estamos viendo qué carreras va a tener. Estamos trabajando en todos los niveles de educación para que se trate el tema de la tribu yaqui en su integridad. Estamos manejando nuevos enfoques en la educación para cambiar el concepto de pedagogía por el de comunagogía, para que se eduque a todos en su entorno, en nuestra historia, en los problemas que nos rodean. Ahora que estamos viendo eso me he dado cuenta que los libros jiak noki que yo hice en la SEP eran de comunagogía y eso me ha dado mucha satisfacción.

Por otro lado, ya cada pueblo se inscribió ante el Sistema de Administración Tributaria y va a tener personalidad jurídica, también se va a sacar un Registro Federal de Contribuyentes para todos los pueblos en conjunto, para toda la región yaqui. Eso va a ser un gran logro, porque vamos a poder recibir directamente recursos de la federación, recursos que hasta ahora nunca vemos, nunca llegan hasta acá. Con eso, estaríamos logrando obtener lo que constitucionalmente nos corresponde.

Es un mar de cosas lo que tenemos que hacer, pero estamos trabajando todo con orgullo y creo que vamos a lograr mucho. Hay problemas internos y algunos operadores de fuera que intentan intervenir, pero eso nunca falta. Se están generando muchos documentos de acuerdos y convenios y todo está siendo operado, ahora que el nuevo gobierno estatal será morenista va a ser más fácil avanzar. Yo estoy actualmente como director del centro coordinador del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas en la región, ahora desde ahí estoy trabajando en todo esto, yo creo que vamos a lograr bastante.

Sofía Robles Hernández

Soy Sofía Robles. Siempre me identifico como zapoteca de San Francisco Cajonos y mixe de Tlahuitoltepec porque pertenezco a las dos comunidades; a una por origen, porque allí nací –el 9 de septiembre de 1961–, y a la otra por adscripción, primero por adscripción marital y después por decisión propia. Cursé la primaria en San Francisco Cajonos y después me fui a Ixtlán de Juárez a seguir estudiando, porque no había escuela secundaria en mi región. El primer año viví en el internado que había en Guelatao, llamado Centro de Integración Social, eso implicaba caminar diariamente de Guelatao a Ixtlán. Los otros dos años ya viví en Ixtlán. Después me fui al Centro de Estudios Tecnológicos y Agropecuarios de Zaachila, a estudiar el bachillerato. Era muy difícil acceder a la educación, pero me apoyé en mis hermanas que ya eran promotoras bilingües y en mi mamá, que tuvo que trabajar un tiempo como empleada doméstica en México y después como cocinera en albergues escolares del INI (Instituto Nacional Indigenista).

Terminé el bachillerato en 1981 y regresé a mi región, porque a la escuela llegaron a contratar técnicos para el programa de Coplamar (Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados), yo entré y me asignaron a Cuajimoloyas, que está en la misma zona de mi comunidad. Ese trabajo me permitió involucrarme con la gente, fue un reencuentro con las comunidades y comencé a verlas de manera diferente, porque antes mi concepto de comunidad era por las fiestas, el baile y la música, la parte cultural, pero en esa etapa empecé a ver sus problemáticas, la falta de caminos, de educación y de atención en general; a darme cuenta de que no todo era bonito, sino que tenían sus complejidades. Me relacionaba mucho con las

autoridades agrarias por el tema de los apoyos al campo, nos tocaba sobre todo canalizar el fertilizante y hacer campañas de vacunación. Dependía de una dirección de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos que estaba en Guelatao, desde ahí nos coordinaban, pero en realidad nos dejaban solos y hacíamos lo que podíamos.

Las autoridades de las comunidades tenían que cruzar toda la cordillera para llegar a Cuajimoloyas, donde se hacían todas las reuniones, además se desató una discusión sobre la problemática de las comunidades y en algún momento decidieron hacerlas en el corazón de la zona zapoteca, donde le quedara a todos más cerca, ya desligándose de la dinámica de Conasupo. A partir de eso se empezó a hacer un proceso más autónomo de organización de las autoridades y de ahí surgió la Asamblea de Autoridades Zapotecas y Chinantecas (AZACHI). Ahí nos encontramos con compañeros yalaltecos como Joel Aquino, Juana Vásquez y Plutarco Aquino, y con paisanos de San Francisco Cajonos, entre ellos Álvaro Vázquez y Martha Colmenares. Con Álvaro, Martha y otros compañeros, Fernando Hernández y Teófilo Carpio entre otros, formamos el Comité de Consulta de la Asamblea, le llamamos Codeco. Éramos como acompañantes de las autoridades, hacíamos las relatorías de las asambleas y teníamos un boletín al que en asamblea se decidió llamar *El Topil*, porque daba el mensaje a las comunidades. Era un pequeño boletín con las noticias de la asamblea y otras, a mí me gustaba resumir y redactar las notas de las asambleas. Había que formatear, lo mandábamos a una imprenta, nos entregaban las tiras y nosotros lo armábamos, era con máquina de escribir y había que cortar y pegar a mano. Eran unos desvelos bien sabrosos. Todo eso era los fines de semana porque yo seguía en mi trabajo y esto era una cuestión voluntaria, yo invertía parte de mis ingresos en moverme para las asambleas.

En esos tiempos estaba el proceso de organización de Yalálag, la lucha contra el caciquismo; ellos hablaban de la autodeterminación comunitaria, de que las comunidades deberían definir qué hacer, esas fueron mis primeras lecciones sobre los derechos de los pueblos indígenas. Estuve tres años en ese proceso de la Asamblea de Autoridades Zapotecas Chinantecas, recorriendo las comunidades de la sierra en el sector Zoogocho, los Cajonos y Villa Alta. Fue un trabajo muy intenso, casi cada 15 días había asamblea y significaba caminar horas, no había transporte o había una línea, pero las condiciones de los caminos eran pésimas. Los pueblos estaban muy integrados al proceso porque

tenían mucho rezago en cuestiones de electrificación, caminos, aulas y todo eso, entonces era exigir al gobierno que atendiera esas necesidades. Teníamos con frecuencia audiencias en el palacio de gobierno y buscábamos siempre la interlocución con la gente. Una vez que fuimos a hablar con el gobierno nos reunimos en la sala de espera de la terminal de los camiones Flecha del Cempoaltépetl y allí hicimos la reunión previa.

Recuerdo mucho que yo no me atrevía a hablar, los escuchaba y pensaba pero me daba temor. También recuerdo que mi madre me decía que mejor me dedicara a mí, que siguiera estudiando, que Álvaro era ingeniero y Martha odontóloga, otros eran maestros y yo no era nada, que no tenía carrera ni trabajo seguro y que después nadie se iba a acordar de mí. Pero yo había decidido seguir en eso, entonces le comentaba lo que hacíamos y se emocionaba, siempre me apoyó. En ese tiempo (1983) estuve seis meses en Yalálag trabajando en el centro de educación prescolar como maestra interina, pero me costó mucho trabajar con los niños, sobre todo porque tenía que estar en un solo lugar y decidí que eso no era lo mío. Ahí conocí un poco más a los yalaltecos que ya conocía, entre ellos a Joel Aquino y su familia, y a Juana Vásquez, eran muy participativos y tenían más experiencia, ya hablaban de la libre determinación y yo no tenía ni idea de esos temas todavía. En esas reuniones y asambleas conocí a Floriberto Díaz como en 1982. En ese tiempo viajé a Costa Rica a participar en una reunión de la Coordinadora Regional de Pueblos Indios (CORPI), que formaba parte del Consejo Mundial de Pueblos Indígenas (CMPI). En ese consejo estaba Floriberto como representante del Comité de Defensa de los Recursos Humanos y Culturales de la Región Mixe (Codremi), Eleazar López del Cenami y Elpidio Domínguez, de Santa Fe de la Laguna, Michoacán, entre otros. Floriberto invitó a alguien de la Asamblea de Autoridades Zapotecas y Chinantecas e iba a ir Álvaro Vázquez, pero no pudo sacar su pasaporte y me tocó ir a mí. En este viaje llegamos hasta una región indígena de Costa Rica y José Carlos Morales –que era de allá– fue el coordinador de esta reunión.

Cuando se dio el proceso de la Asamblea de Autoridades Zapotecas y Chinantecas también se gestó otro más amplio, la Asamblea Regional de Autoridades Mixes, Zapotecas y Chinantecas. Como a mediados de 1983 se hizo el primer encuentro en Yalálag, que fue poco exitoso porque asistieron pocas autoridades, pero se hizo una segunda asamblea en Tlahuitoltepec; el CECAM (Centro de Capacitación Musical y Desarrollo

de la Cultura Mixe) fue la sede y la reunión el detonador, porque asistieron muchas autoridades. Allí se decidió hacer un tercer encuentro en San Juan Cotzocón, en el corazón de la zona mixe, a donde no se podía entrar en carro y había que caminar ocho horas para llegar; aun así fue muchísima gente. Los zapotecos celebramos una asamblea en Lachirioag, para prepararnos antes de ir, y los mixes hicieron la suya también previa en Cotzocón; llegaron muchas autoridades mixes de las zonas alta, media y baja. En ese tiempo el proceso fuerte era el de la zona mixe alta, que estaban organizados a través del Codremi, el cual a partir de ese encuentro se amplió y se convirtió en la Asamblea de Autoridades Mixes (ASAM).

Ese año fue muy desafortunado para mí porque, justo cuando estábamos en Cotzocón, falleció mi mamá y no me pudieron avisar. Llegué a mi casa y ella ya no estaba, entonces me quedé allí porque en ese momento no estaba trabajando. Pero el proceso regional de los pueblos mixes seguía y había que ir a la siguiente asamblea, en Puxmetacán, entonces fuimos para allá. En ese tiempo Codremi estaba organizando un encuentro mundial de pueblos indígenas y me involucré en el proceso, pero después se canceló por problemas de liderazgo. Entonces, en abril de 1984, el equipo mixe decidió regresar a Tlahuitoltepec y me fui también, para empezar a hacer una vida de pareja con Floriberto. Me fui integrando a la familia, me recibieron bien y los fui conociendo, hasta la fecha con mis cuñadas somos buenas aliadas. Me fui integrando también a la comunidad y empecé a aprender la lengua porque era necesario, entre otras cosas porque mi suegra no habla español. Eso fue un factor que ayudó a que se me abrieran espacios con la gente, les sorprendía que me gustara hablar mixe. Casi desde que llegué tuve cargos dentro de la comunidad, primero como esposa de Floriberto y después yo sola. Con Floriberto acompañé sus cargos de mayor de varas, presidente suplente, síndico y presidente de bienes comunales; después yo estuve en el comité de salud, el comité del DIF, madrina de velas en una fiesta, presidenta municipal y presidenta de la mayordomía de la capilla de Santa Ana.

Cuando llegué a Tlahuitoltepec había un proyecto que se llamaba Instrumentación de la Educación Básica Mixe, que consistía en hacer etnografías de los pueblos, ver la cuestión de la lengua y empezar a trabajar un alfabeto mixe; estuve colaborando en eso voluntariamente, y como parte de Codeco, había empezado asistir a las Semanas de Vida

y Lengua Mixe (Sevilem), primera época. Después me embaracé y de 1985 a 1989 me dediqué al proceso de crianza. Primero no quería dedicarme solamente a eso y a la casa, pero después de un segundo embarazo me convencí. Sin embargo, me integré con un grupo de mujeres que había en la comunidad en el que estaban mis cuñadas. Producían hortalizas y otras cosas, había talleres de cocina, nutrición, salud materna infantil y medicina natural; me aceptaron como parte del grupo y desde la primera reunión me tocó repartición de la producción que habían sacado, aunque yo no había hecho nada todavía. Mientras tanto, en 1985, Codremi se convirtió en la Asamblea de Autoridades Mixes, una organización regional más amplia, y en 1988 se creó Servicios del Pueblo Mixe, donde siempre participé.

En 1989 empezamos a hacer trabajo regional, replicamos en otras comunidades lo que hacíamos. El grupo Xaam Të'ëx (mujeres tlahuitoltepecanas) fue el que puso la base para el trabajo regional con mujeres y Servicios del Pueblo Mixe nos apoyó. Al principio teníamos un técnico que nos daba cuenta a nosotros y nos contaba qué decían las mujeres de otras comunidades, pero luego decidimos mejor ir nosotras, asumimos el trabajo y obtuvimos apoyo de Novib[1] para un taller sobre cocina, un taller nutricional en cinco comunidades. También en 1989 estaba buscando trabajo, pero supe que el Centro de Desarrollo Profesional para la Educación Agropecuaria impartía una licenciatura a distancia en Agronomía con especialización en Educación Agropuecuaria; quise estudiarla porque sentía que necesitaba más capacitación para el trabajo que estaba haciendo con las mujeres. Estuve yendo tres años a los cursos que eran cada mes, primero en la Ciudad de México y después en Celaya, Guanajuato, en el Instituto Superior de Educación Tecnológica Agropecuaria. Concluí las materias pero me faltó asistir a un seminario de tesis para terminar la carrera, ya no recuerdo por qué no pude ir. Después de algunos años quise terminarla pero ya estaba descontinuada, no se pudo.

En 1992, para el tema de los 500 años, se hicieron foros estatales en Oaxaca sobre la realidad indígena y negra y también nos vinculamos con el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas (Cenami), una instancia nacional donde hacíamos análisis de coyuntura. La figura visible de nuestro movimiento y el vocero era Floriberto, él escribía

[1] Organización Holandesa para Cooperación Internacional al Desarrollo.

artículos sobre el tema y era quien tenía la interlocución con el gobierno y las organizaciones internacionales, pero yo estaba en todas las reuniones que se hacían y me tocó ir a Ecuador, a un encuentro continental de pueblos indígenas. El tema fue precisamente que no había nada que celebrar porque fue una conquista, una masacre, fue un acabar con nuestras historias, nuestros templos, con todo. También se trataron las problemáticas que los pueblos seguían viviendo.

Cuando terminé de estudiar se había acabado también el proyecto con Novib y estaba viendo qué iba a hacer, entonces me enteré que había una convocatoria de la fundación MacArthur para una beca, Floriberto fue quien me comentó y dijo que me iba a apoyar. Empecé a hacer mi propuesta, a pensar qué iba a hacer. Mis hijos estaban chiquitos todavía, tenían seis, cuatro y tres años, pero yo seguía con la idea de que quería hacer algo más que ser mamá. Recuerdo que comencé a trabajar en mi propuesta cuando ya estaba muy cercana la fecha de vencimiento para presentarla y ese día había una asamblea de autoridades, entonces le dije a Floriberto que no iría porque estaba haciéndola. Me dijo que fuéramos y que luego me ayudaba. Cuando regresamos su ayuda fue decirme: "Mira, aquí está el formato y tienes que ir respondiendo las preguntas". Nada más me reí y me puse a hacerla. Luego llegó a ver cómo iba yo y cuando le dije que casi no había avanzado empezó a decirme que cómo era posible que no pudiera hacerla, si había ido a la escuela, entonces me picó el orgullo, pensé que tenía que poder y pude.

Finalmente hice toda la solicitud a mano porque todavía no sabía usar una computadora –era 1993– y había que enviarla por correo electrónico pero yo la llevé personalmente a las oficinas de la fundación en Ciudad de México. Pasé la primera etapa, luego la entrevista y conseguí la beca. El tema de mi proyecto fue la salud reproductiva en la región mixe para trabajar en cinco comunidades; ese apoyo me permitió continuar con el trabajo que estábamos haciendo con las mujeres y ampliarlo. Teníamos talleres de salud materna-infantil los domingos, así los llamábamos porque todavía no se manejaba el término de salud reproductiva. Trabajábamos temas como la salud de la madre en los embarazos, la salud de los hijos y la alimentación, pero las mujeres que no tenían niños chiquitos empezaron a demandar que se hicieran otras cosas. Entonces, además de salud reproductiva y los temas relacionados con la maternidad metimos temas de ecología y derechos humanos,

entre otros. También hicimos campañas de papanicoláu en las comunidades, porque platicábamos con las mujeres sobre el cáncer y preguntaban cómo podían saber si estaban mal si no había servicios de salud, entonces buscamos el apoyo de médicas e hicimos las campañas. La beca me la dieron por tres años, a partir de septiembre de 1993 y eso fue mi primer trabajo después de dedicarme básicamente a mis hijos, mi primer trabajo remunerado. La beca me permitió conocer a otras mujeres y otros procesos organizativos de mujeres, eso fortaleció mi trabajo en la región.

A finales de octubre de 1993 se hizo en Tlahuitoltepec un simposio indo latinoamericano. Ahí empezamos a hablar de los conceptos de los derechos de los pueblos indígenas, la libre determinación, la autonomía, etcétera. Fue mucha gente de distintas organizaciones regionales, de otros estados y de varios países, entre ellos Argentina, Nicaragua, Bolivia, Ecuador, Honduras, Guatemala, Bolivia, Panamá, Paraguay y Chile. Yo estuve poco involucrada porque estaba más metida en mi trabajo con mujeres, pero fue una buena experiencia. En ese tipo de reuniones se puede conocer a mucha gente, hacer alianzas y darnos cuenta de que los problemas son muy semejantes en todas partes: la lucha por la tierra, por el agua y los bosques, la autonomía y todo eso. Floriberto estuvo impulsando muchos talleres sobre esos temas y eso nos permitió hacer aportes importantes. Ese tipo de eventos fueron clave para que se llegara, años después, a la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

Desde que estábamos en el tema de los 500 años empezamos a preguntarnos cómo organizarnos como mujeres indígenas. Venía la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing y nosotras no teníamos espacios específicos para mujeres, estábamos en el movimiento mixto, pero el tema de la conferencia mundial nos abrió un poco el asunto. Se propuso hacer un encuentro continental de mujeres indígenas de Abya Yala y, por otro lado, yo estaba involucrada en un proceso de ONGs hacia Beijing aquí en Oaxaca, no específicamente de mujeres indígenas, y allí me nombraron representante junto con Catalina Aquino, una compañera del Grupo de Estudios sobre la Mujer Rosario Castellanos. Desde el simposio en Tlahuitoltepec había conocido a varias mujeres indígenas de otros países y ya más o menos teníamos una visión continental. Entre Servicios del Pueblo Mixe y Cenami convocamos a una pequeña reunión con compañeras de distintos estados para reflexionar

sobre los temas del simposio, ya desde la perspectiva de las mujeres, una reunión previa al encuentro continental, que fue en Quito, Ecuador, poco antes de la conferencia de Beijing. A Ecuador fui junto con una compañera de San Mateo del Mar, Beatriz Gutiérrez, y allá nos encontramos con Margarita Gutiérrez de la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), y con Martha Sánchez, del Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena. Allí se acordó que el segundo encuentro se hiciera en México, entonces las cuatro consideramos que teníamos que hacer antes un encuentro nacional, para crear las bases para el continental.

A Beijing fuimos realmente pocas mujeres indígenas, unas estuvieron en la parte oficial del evento y otras en el encuentro independiente. En ese tiempo lo que teníamos en mente era a los pueblos indígenas en general, no pensábamos tanto en la cuestión de las mujeres y nuestra demanda principal era el reconocimiento del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, pero obviamente también tratamos otros temas; yo presenté una ponencia sobre salud reproductiva en la región mixe. Después de Beijing, con el apoyo de algunas organizaciones como Kinal Anzetik, con Nellys Palomo que ya estaba impulsando la capacitación de las mujeres, con la comisión de mujeres del Congreso Nacional Indígena y con Servicios del Pueblo Mixe preparamos el encuentro nacional de mujeres indígenas, que se hizo en Oaxaca en agosto de 1997. Fue mucho trabajo, pero las organizaciones de Oaxaca nos apoyaron mucho y todos los compañeros de Servicios del Pueblo Mixe se involucraron. Allí se constituyó la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami) y también conseguimos que estuvieran presentes mujeres del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), entre ellas la comandante Ramona. Fue complicado por el asunto del transporte y la seguridad, era un riesgo, pero lo logramos.

En diciembre se realizó el encuentro continental en la Ciudad de México. Lo organizamos ya formalmente como Conami, pero entre varias organizaciones como la ANIPA, Servicios del Pueblo Mixe, Kinal Anzetik y otras más. Ahí inició el proceso de la Conami como organización, porque en el encuentro que se hizo en Oaxaca decidimos formar comisiones y se anotaron como 20 compañeras, pero al final no funcionó porque solamente asumimos unas cinco o seis de organizaciones distintas. Después, en 2000 o 2001 –no recuerdo– se hizo el segundo encuentro y ya se estructuró mejor como organización. Yo estuve en el

primer comité coordinador, después lo dejé y siguieron participando otras compañeras de Servicios del Pueblo Mixe, entre ellas Cándida Jiménez y Teresa Emeterio. Teníamos ciertas diferencias con algunas compañeras, porque dependíamos mucho de Kinal Anzetik y nosotras queríamos ser más autónomas, había cierta fricción y ya no era tan agradable ir a las reuniones, así que me retiré para dedicar más tiempo al trabajo regional. Pero estoy segura que la Conami hizo cosas buenas, se fortalecieron muchos liderazgos regionales, una muestra es que el proceso continúa.

En septiembre de 1995 falleció Floriberto. Estaba programado para octubre el segundo simposio indoamericano y desde el hospital él estaba coordinando la organización, pero ya no llegó. Como ya estaba todo preparado no podíamos cancelarlo y los compañeros Adelfo Regino y Hugo Aguilar, que estaban formándose como abogados, junto con Margarita Briones, antropóloga española, y los demás integrantes de Servicios del Pueblo Mixe, nos sumamos y sacamos adelante el evento, contando con todo el apoyo de la comunidad. Sin duda estos dos simposios fueron bases sólidas para la discusión de los derechos indígenas a nivel internacional.

También desde finales de 1995 asumí el cargo de secretaria general de Servicios del Pueblo Mixe. En agosto se había nombrado al nuevo equipo para que asumiéramos a principios en 1996, pero tuvimos que asumir inmediatamente, por el fallecimiento de Floriberto. Yo seguía con mi beca; de MacArthur, con ese trabajo y en el cargo. Cuando terminó mi beca planteé la situación a mis compañeros y a partir de entonces empecé a formar oficialmente parte del equipo operativo de Servicios del Pueblo Mixe. Me quedé allí y nuestras actividades tenían que ver mucho con reuniones con organizaciones indígenas, foros y todo el proceso del Congreso Nacional Indígena (CNI), además de atender las demandas de las autoridades sobre la problemática de las comunidades, pues Servicios del Pueblo Mixe siempre se ha distinguido por ocuparse de eso. Mi trabajo principal era sobre el tema de mujeres, pero tenía que involucrarme en todo y así me fui formando, en la práctica.

En el CNI se hicieron comisiones y a veces había que trabajar documentos, cada quien trabajaba la parte que le correspondía. Se hacían asambleas con las organizaciones y por regiones: sur, centro, norte. Exigíamos el reconocimiento a los derechos de los pueblos indígenas y nos involucrábamos en las actividades que hacía el EZLN, el CNI respaldaba

todas sus propuestas. Cuando se hizo la consulta en cinco mil municipios, a principios de 1997, nosotros organizamos desde el foro estatal de Oaxaca; nos tocó la región mixe, había que abrir el tema y hacer el vínculo con las autoridades. También participé en el III Congreso del CNI en Nurío, cuando fue la Marcha del Color de la Tierra en 2001, que culminó en el Congreso federal. Fue un trabajo muy intenso, hasta que el EZLN y el CNI decidieron que ya no habría más negociación con el gobierno, que había que trabajar en las regiones para lograr las autonomías locales de hecho, entonces dejamos todo eso para trabajar en las regiones, aunque en realidad siempre hemos estado allí.

De 1998 a 2001 fui coordinadora ejecutiva de Servicios del Pueblo Mixe. Antes el cargo era de coordinador general, pero le cambiamos el nombre porque mi visión era que yo solamente iba a ejecutar las decisiones que se tomaran en colectivo. A veces me pregunto cómo le hacía con tanta cosa, lo del CNI, la coordinación, el trabajo con las mujeres y mis tres hijos. Después de ser coordinadora ejecutiva seguí en distintos departamentos, conociendo todo el panorama del trabajo. Estuve un año en el área de cultura, unos tres años en desarrollo sostenible –que antes se llamaba Departamento Económico y de Promoción Social– y en el área de mujeres. En 2008 se creó específicamente el Departamento de Género y Mujer Mixe.

Desde Servicios del Pueblo Mixe he impulsado varios esfuerzos organizativos con mujeres, uno de ellos la Red de Mujeres Mixes (Redmi), proceso que inicio en 2005, en coordinación con Consorcio Oaxaca y la Red por los Derechos Sexuales y Reproductivos en México (DDESER), a esta última, que conmemoraba fechas emblemáticas, le propuse que en ese marco se apoyaran los encuentros regionales de mujeres mixes y así se fue consolidando la Redmi. DDESER fue otro espacio del que formé parte a partir del tema de la salud sexual y reproductiva; allí tuve la oportunidad de iniciar el trabajo con jóvenes, vinculando con instituciones educativas de nivel medio superior. Posteriormente, cuando se inició el Instituto Superior Intercultural Ayuuk (ISIA) empezamos a trabajar con jóvenes de esta institución. En 2010 empezamos la articulación de mujeres indígenas en el estado e iniciamos el proceso de la Asamblea de Mujeres Indígenas de Oaxaca (AMIO), como un espacio propio de capacitación e intercambio.

Mi corazón ha estado siempre en los temas de género, mujeres y desarrollo sustentable. En 2005 quería volver a estudiar para sacar un

título y entré al Centro de Estudios para el Desarrollo Rural en Zautla, Puebla, una iniciativa autónoma de educación. Allí estuve hasta 2010 y terminé la licenciatura en planeación para el desarrollo rural. En 2012 dejé el departamento en el que estaba trabajando en Servicios del Pueblo Mixe y me fui a la Presidencia Municipal de Tlahuitoltepec por un año; eso dura el cargo porque es gratuito, es decir, no remunerado, entonces nadie puede permanecer tres años. Fui elegida en asamblea pero me nombraron en ausencia; a la siguiente asamblea sí fui y me ratificaron, les pregunté si estaban seguros de que fuera yo la presidenta, si yo no había nacido allí ni hablaba bien la lengua y dijeron que sí. Luego, con mi cabildo, también les dije desde la primera reunión que si iba a haber problemas porque estuviera al frente siendo mujer me lo dijeran y de una vez renunciaba, pero me dijeron que si me salía se salían todos, que teníamos que estar unidos. Eso me animó mucho, empezamos a organizar el cambio y a planear todo lo que íbamos a hacer. Tuve un buen equipo y logramos hacer varias cosas, aunque fue difícil avanzar en el tema de las mujeres, no logramos crear una instancia específica. Sin embargo, allá hay una cultura de participación muy fuerte de las mujeres, quizá por eso los hombres sintieron que no era necesaria.

Después regresé a Servicios del Pueblo Mixe, al departamento en el que estaba pero ya no como responsable. En 2016 me nombraron presidenta de la organización, era el mismo cargo que la coordinación ejecutiva pero desde 2008 se denominaba Presidencia. Fui la cuarta presidenta de Servicios del Pueblo Mixe y acabo de entregar el cargo. Ahora estoy retomando el trabajo de mujeres y la cuestión del desarrollo sustentable en las comunidades. Ya estoy pensando en jubilarme, pero no sé quién me va a jubilar.

Alejandro Cruz López

Yo nací en Santiago Xanica, un poblado zapoteca del distrito de Miahuatlán, Oaxaca, el 4 de agosto de 1958. Estuve hasta los nueve años en mi comunidad permanentemente y después me tuve que ir a la ciudad de Oaxaca a continuar mis estudios de primaria. Mi madre falleció cuando yo tenía un año y medio, mi papá trabajaba y tenía cargos públicos –era presidente municipal–, eran muy difíciles las condiciones, además solamente había hasta tercer grado en la comunidad. En Oaxaca estudié en el Internado General Ignacio Mejía. Era un internado de aproximadamente 400 niños y nos llamaban los hijos del ejército porque teníamos una disciplina militar. Todo lo que hacían los soldados en grande nosotros lo hacíamos en chiquito; nos levantábamos a las cinco y media de la mañana, teníamos que hacer el aseo y si no nos parábamos a tiempo nos daban 30 segundos para vestirnos y estar formados afuera en el patio o teníamos que lavar los baños. Yo salí muy poco del internado porque no tenía familia en la ciudad, incluso en vacaciones me quedaba allí. Esos tres años de disciplina de alguna manera me marcaron.

Cuando terminé la primaria no había otro internado, entonces me ubicaron en el seminario pontificio de la Santa Cruz, donde los niños de secundaria empiezan a prepararse para una vida eclesiástica. Era la única manera de estudiar porque en lo económico no alcanzaba para más; allí terminé la secundaria y cursé dos años de preparatoria, pero después se me hizo muy difícil continuar internado y a la mitad del último año decidí que eso no era para mí, porque además yo no iba a ser sacerdote, por lo que no tenía caso seguir allí. Entonces me salí, me fui a vivir a otros lados, a trabajar y a estudiar. Así fue que hice la carrera de Derecho.

Lo que aprendimos en el seminario quedó muy marcado en nuestro sentir y en nuestra forma de vivir, siempre existió esa necesidad de trabajar con la gente y con los pueblos. Incluso cuando estudiaba la carrera de Derecho, todo el tiempo trabajaba en las colonias populares, iba los sábados y domingos a hacer mi trabajo social, por así decirlo. En esas colonias, en los suburbios de la ciudad de Oaxaca, tenía yo amigos y parientes que eran de mi pueblo y me invitaban, me decían si había una reunión o alguna actividad y siempre me gustó ese trabajo colectivo, esa labor organizativa con las comunidades. También trabajé con las comunidades eclesiales de base, que eran de una corriente de la Iglesia católica que se estaba generando en aquellos años. Dentro de ésta había una tendencia que hablaba de una nueva orientación, de una opción preferencial por los pobres. Ese movimiento se daba con mayor fuerza en Centroamérica y en el Cono Sur, pero también llegó a México, con Sergio Méndez Arceo, con Samuel Ruiz en Chiapas y aquí en Oaxaca con Bartolomé Carrasco, e influenció a muchos sacerdotes.

Lo que se hacía era desde la fe cristiana, nosotros veíamos la situación del pueblo, la situación en que se encontraba el país, hacíamos un análisis muy fuerte sobre la pobreza, sobre la desigualdad que existía, y también tratábamos de buscar soluciones a algunos problemas. Pero era muy difícil, porque solamente lográbamos entender lo que pasaba pero el análisis no daba para más. No lográbamos realmente hacer cosas concretas para cambiar una situación que estaba suscitándose en un territorio determinado como eran nuestras colonias, nuestro estado, nuestros pueblos; nos quedábamos siempre con la reflexión, por eso decimos que eso nos sirvió solamente para concientizarnos de alguna manera, pero no era lo que nosotros creíamos que necesitábamos hacer para transformar esa realidad. Sin embargo ahí estuvo la simiente, el inicio de esa formación digamos ideológica, o formación para poder entrar ya en el trabajo social que después realizamos, porque pensamos que eso influyó de alguna manera para que nosotros decidiéramos tener contacto, voy a decirlo así, con la gente de nuestro pueblo.

Como universitario uno tiene que definir si trabaja con la gente de los pueblos, se mete al gobierno, se dedica a servir a los empresarios o trabaja solamente con sus clientes; la formación que tuve me dio la posibilidad de pensar que podía trabajar con el pueblo, con la gente pobre. Aunque eso no diera lo suficiente para vivir era una opción y ese fue un momento de definición. Cuando terminé la carrera realmente pensé en

ejercerla y junto con un amigo pusimos un despacho. Vivimos muy bien unos dos años con lo que ganábamos como litigantes pero realmente no nos satisfacía, queríamos servir para algo más, poder trascender al servicio de otras personas. Dicho con toda contundencia, el dinero que ganábamos como abogados no llenaba nuestras expectativas, no queríamos vivir solamente para ganar dinero y tener una vida cómoda, veíamos la necesidad de mucha gente y muchos pueblos con problemas que nadie era capaz de enfrentar, porque eran problemas producidos por la violencia del Estado, los terratenientes, los grupos de poder regionales, los caciques, etcétera. Entonces empezamos a entender que solamente el poder del dinero y el poder político era lo que ponía el triunfo siempre al lado de los que tenían esa fuerza, pero los pobres no tenían una posibilidad de tener justicia porque el derecho siempre es para los que tienen el poder; en pocas palabras, para los que tienen el dinero para comprar la justicia.

Como yo había trabajado con los jesuitas en el trabajo de pastoral social me conocían varios sacerdotes. Algunos de ellos eran asesores de una lucha que se dio en la Trinidad Yaveo, cuando los terratenientes de Oaxaca y Veracruz se apoderaron de las tierras de la gente del pueblo. En esa lucha fueron asesinados 15 compañeros y como no la podían detener empezaron a fabricarles delitos a otros y detuvieron a 13. Los sacerdotes me llamaron para que los apoyara como abogado. Luego otro sacerdote me invitó a apoyarlo en el centro diocesano de pastoral indígena y allí estuve unos tres años trabajando. Allá llegaban asuntos muy fuertes sobre la lucha campesina, la lucha indígena y violaciones a los derechos humanos. El gobierno y los caciques regionales se apoyaban mutuamente; a cambio de los votos que daban al Partido Revolucionario Institucional (PRI) el gobierno dejaba hacer a los caciques lo que fuera con tal de seguir en el poder, entonces había asesinatos, despojo de tierras, mucha violencia. Cuando no alcanzaba la violencia de los gatilleros de los caciques, el Estado entraba a apoyar y sometía a los pueblos e imponía a sus autoridades, que eran incondicionales a los caciques y al gobierno; el pueblo tenía que luchar contra todo eso. De allí surgió mi organización: Organizaciones Indias por los Derechos Humanos en Oaxaca, OIDHO. La fundamos en 1990, cuando algunos abogados, entre ellos la compañera Anita Bayer, los compañeros Benito Niño, Mario Hernández, otro compañero y yo empezamos a apoyar la lucha del pueblo de Trinidad Yaveo, luego la de Mazatlán Villa de las

Flores y de Magdalena Ocotlán. Fueron luchas que duraron dos, tres, cuatro años y finalmente logramos estabilizar la situación en esos lugares.

A partir de que iniciamos ese trabajo llegaron muchas comunidades a pedirnos asesoría porque tenían conflictos muy fuertes y nos vimos en la necesidad de crear una organización. Le pusimos organizaciones en plural porque en cada comunidad donde tenemos presencia se forma un comité encargado de coordinar allí la actividad, digamos política, organizativa y social; entonces cada una de las comunidades es una organización, y cuando se juntan esas organizaciones o comunidades se forma OIDHO. Lo de indias es porque se discutía mucho si éramos indios, indígenas o pueblos originarios, y se utilizaba el nombre de indio como una forma de rechazo, una forma discriminatoria, entonces decidimos adoptarlo porque no nos sentíamos menos por ser indios. Creo que después los zapatistas hicieron lo mismo, se presentaron como indios, decían que eran indios necios. En cuanto al término de derechos humanos, considerábamos que era un concepto occidental pero lo adoptamos para cubrirnos de la violencia, más que nada en las regiones y de los caciques. Cuando se creó la Comisión Nacional de Derechos Humanos la gente pensaba que ya había vigilancia, ya no podían hacer tantos actos de violencia, tanta represión, los caciques pensaban que la comisión los iba a vigilar, entonces incluir derechos humanos en nuestro nombre nos sirvió de alguna manera porque la gente decía: "Hay que tener cuidado porque esos son de derechos humanos", aunque no sabían ni quiénes éramos, algunos hasta pensaban que éramos del Estado y en ese sentido teníamos una cobertura muy fuerte. No era que no nos tocaran pero sí por lo menos lo pensaban dos veces. Adoptamos el concepto pero lo manejamos como nosotros lo concebimos, en el sentido de que los derechos humanos no se pueden defender individualmente, nosotros siempre luchamos como pueblos, como colectivos, así lo asumimos y colectivamente como pueblos tenemos más posibilidades de enfrentar a ese poder, el poder del dinero, del gobierno, etcétera.

No pensamos en crear una oficina de derechos humanos a la que llegaran los violentados o las víctimas a poner una queja, se archivara en la computadora como una violación más, llenarnos de asuntos de violencia contra los pueblos o contra los compañeros y empezar a denunciar o llevar un proceso en contra de quienes violaron los derechos humanos. Decidimos no esperar a que se violentaran los derechos de los compañeros, a que los reprimieran, sino organizarnos para enfrentar

en un momento dado la represión, la violencia muchas veces institucionalizada, entonces creamos comités de derechos humanos en las comunidades para defendernos de manera colectiva.

Fundamos OIDHO ante esa violencia, para defender a los presos indígenas, para luchar contra la impunidad, por la defensa del territorio y desde luego también por el respeto a las autoridades nombradas legítimamente por el pueblo. Esas eran –y son, porque la organización continúa– las demandas y los objetivos centrales, porque eran los problemas más álgidos que había. Empezamos a crear comités en cada una de las comunidades que querían pertenecer a nuestra organización y así formamos 30, 50, 60 comités de OIDHO en distintas partes del estado. Teníamos una asamblea cada mes o cada dos meses, en donde discutíamos cuáles eran los problemas fundamentales que estábamos enfrentando en las comunidades, sobre todo en los temas que ya mencioné. Después las compañeras comenzaron a trabajar con las mujeres; nos dimos cuenta de que la fuerza de ellas era la mitad de la fuerza, que podía hacer la diferencia para tener una gran organización y enfrentar a esos caciques regionales y a un sistema muy violento, que en ese momento temía perder el control y el poder en las regiones. Se formaron comités de mujeres en todas las comunidades donde teníamos presencia y tenían sus propias asambleas; cuando hacíamos alguna actividad política la mitad de la lucha la daban las compañeras. Podemos decir que haber empezado desde el inicio el trabajo con las mujeres es parte del éxito que hemos tenido como organización.

Cuando ya se formaron los comités comunitarios creamos una sede en la ciudad de Oaxaca, donde se reunían los representantes de las comunidades, los comités de cada una de las organizaciones de OIDHO. Allí en asamblea nombrábamos a nuestros representantes a nivel estatal, se creaban comités y cada uno elegía a tres titulares y a sus suplentes: presidente, secretario y tesorero. Utilizamos los comités porque son una forma que usan los pueblos para hacer alguna actividad en concreto, por ejemplo para hacer las obras. Esto nos permitió hacer una alianza más grande, es decir, primero estaban las alianzas que se hacían en las comunidades, las organizaciones, y luego todas ellas se aliaron para formar la organización ya grande, a nivel estatal. En asamblea discutíamos cómo sería la forma organizativa, los reglamentos internos, por qué se elegía a tal o cual persona, etcétera. Fuimos formando una estructura lo más democrática posible, procurando que

también tuviera el modo de organizarse de los sistemas de cargos; es decir, para ser elegible para formar parte del comité central de OIDHO tenías que haber sido del comité de tu comunidad y terminado bien tu servicio. De allí se elegía a los compañeros que de alguna manera empezaban a conocer cómo funcionaban el gobierno estatal y el federal, porque finalmente tienes que conocer el régimen contra el que te vas a enfrentar y te vas a sentar a dialogar, tienes que conocer las leyes, tienes que saber cuál es su talón de Aquiles para poder ganar en una mesa de negociación tus demandas legítimas: si hay un preso político, si hay una autoridad elegida por el pueblo y el gobierno no la reconoce, si hay una violación a los derechos de los pueblos, si hay que defender nuestro territorio, nuestros bienes comunes, hay que luchar, y para dar todas esas luchas en contra del régimen se tienen que conocer al menos los intereses de éste y por qué actúa de tal o cual manera, porque si no lo sabes no lo vas a poder enfrentar, siempre te va a aplastar, pero cuando vas conociendo la forma como te quieren manipular, controlar e inducirte a hacer lo que ellos quieren, puedes analizarlo y actuar para evitar ser avasallado por ese sistema. Eso lo fuimos aprendiendo durante mucho tiempo.

Como mencioné, el primer asunto que llevamos como OIDHO fue el problema de Trinidad Yaveo y fue muy difícil. Los caciques terratenientes de Oaxaca y Veracruz se aliaron para despojar a la comunidad de 50 mil hectáreas, toda su tierra. Para eso habían asesinado a 15 representantes comunales, pues cada vez que se nombraba uno lo mataban, pero los compañeros siguieron organizándose y luchando. Esos caciques tenían mucho dinero, cada terrateniente, cada ganadero, tenía de dos mil a cinco mil hectáreas, mucho poder económico. Entonces compraban a los jueces, compraban al gobierno y empezaron a fabricar delitos y averiguaciones previas en contra de la gente; así detuvieron a 13 compañeros, primero a ocho y después a cinco. Cuando sólo ocho estaban detenidos el subprocurador de justicia me llamó un viernes y me dijo que el lunes iban a salir los presos. Me le quedé viendo, apenas estábamos en periodo de instrucción y no era posible que salieran todavía, pero me dijo textualmente: "Nosotros podemos todo". Yo me quedé preocupado porque sabía cómo era ese subprocurador. Al domingo siguiente entraron a la comunidad, mataron a un joven y detuvieron a los otros cinco. Esa era la liberación que me ofrecía, de esa naturaleza es la fuerza del poder y el dinero. Era algo maquiavélico. Yo era el abogado

de los 13, hacía poco que había salido de la universidad y todavía pensaba que había justicia. Litigué dos años el asunto y sentenciaron a ocho de los compañeros a 30 años de prisión. Recuerdo que fue una Navidad cuando les dictaron la sentencia, allí en las rejas, y cuando el actuario terminó de leerla los ocho se pusieron a llorar y yo, como su abogado, pensé: "Qué chingados hago, cómo los animo, qué les digo si yo estuve luchando dos años para que salieran y nada". Lo único que les dije fue que si no lograba sacarlos me retiraba de abogado para siempre. Recuerdo que me di la vuelta y me fui muy triste, sin saber qué iba a hacer. Entonces me di cuenta de que por la vía jurídica era imposible, había que buscar la solución por la vía política.

Yo no conocía la lucha política, yo hacía trabajo social, trabajo en las colonias, de alguna manera era asistencialismo o convivir con la gente, pero a partir de ese momento empecé a pensar que si con las leyes no se lograba nada, había que hacer otra cosa. Fui a la comunidad a hablar con la gente, a decirles que nos fuéramos a la lucha política, que había que buscar cómo; hacer marchas, tomarnos el palacio de gobierno, algo así, pero no juntábamos más de 150 personas en ese pueblo y estábamos empezando como organización, no teníamos ninguna fuerza. Sin embargo, reunimos a la gente de Mazatlán Villa de las Flores, que tenían un problema político con los caciques que llevaban 30 años dominando al pueblo, y a gente de Magdalena Ocotlán que tenían otro asunto, e hicimos una marcha hasta la Ciudad de México con aproximadamente 800 personas de las tres comunidades. No logramos gran cosa en México, pero le dimos difusión a los problemas.

Cuando regresamos seguimos luchando durante dos años, día y noche, pero seguíamos preguntándonos qué podíamos hacer. Entonces se dio una coyuntura favorable. Llevábamos casi dos años en plantón en el centro de la ciudad de Oaxaca y el presidente Carlos Salinas de Gortari iba a hacer una visita –eso fue en 1992– y el gobernador Heladio Ramírez estaba muy emocionado. Nos llamó y nos dijo que su amigo el presidente iba a llegar y quería llevarlo al palacio, entonces nos pedía que nos quitáramos de allí. Le dijimos que si sacaba a los presos nos íbamos. Su respuesta fue que podía sacar a 11, pero se quedaban los dos que estaban señalados como autores de la muerte de una persona. Con esto se veía claramente que era un acuerdo político, que eran presos políticos. Le dijimos que lo teníamos que discutir, estaban allí la hija y

la esposa de los dos presos que se iban a quedar y empezaron a llorar, no podíamos aceptar eso.

Cuando salí apareció un periodista del diario *Noticias* y me pidió que le diera la nota, que el asunto iba a ser la noticia principal del periódico porque ya llevábamos mucho tiempo allí y le iba a dar las ocho columnas. Le dije que nuestra respuesta a la propuesta del gobernador era que todos los familiares que estaban en el plantón, los 13 presos que estaban en Tuxtepec y Matías Romero y yo como su abogado, nos íbamos a una huelga de hambre. Fue una decisión que tomamos en ese momento. Al otro día tempranito, a las siete de la mañana, ya nos estaban buscando para decirnos que saldrían todos los compañeros. Fue una lucha muy difícil porque éramos pocos y estábamos luchando contra gente muy poderosa, en un pueblo muy pequeño, pero a la vez fue muy gratificante. Hemos dado muchas luchas como esa durante todos estos años, son largas y duras, no son de velocidad sino de resistencia. Hay que aguantar para lograr los objetivos, no hay otra manera.

El proceso de OIDHO ha sido en movimiento con los pueblos. Hemos tenido infinidad de conflictos sobre la tierra provocados por grupos regionales. Antes había muchos conflictos agrarios, a veces lamentablemente entre pueblos o comunidades, y muchas veces nosotros logramos mediar para que no hubiera tanta violencia. Logramos sentar a dialogar a comunidades que tenían enfrentamientos sobre todo en la época de siembra, porque los pueblos iban y trabajaban la tierra que consideraban suya y si dos pueblos consideraban suyo un terreno, allí era donde se daban los problemas. Lo que hacíamos era hablar con los dos pueblos para ver cómo se podía dar una tregua, pero muchas veces ambos decían que tenían que sembrar porque necesitaban el maíz para comer, entonces le hicimos una propuesta al Estado para que cooperara a detener la violencia: que le entregara cierta cantidad de maíz a cada una de las comunidades para que no trabajaran esa parte de las tierras y se detuviera el conflicto mientras podíamos resolverlo. En muchas ocasiones logramos que eso se hiciera y se detuvo la violencia.

Había confrontaciones que duraban muchos años, a veces conseguíamos detenerlas por uno, dos o tres años, pero cuando el Estado no quería, el problema continuaba. Siempre el Estado ha querido que los pueblos, sobre todo los pueblos indígenas de Oaxaca, estemos totalmente aislados, divididos. Cuando ves el mapa de la división territorial de Oaxaca encuentras 570 municipios, la cuarta parte de todos los

municipios del país; Oaxaca es el estado que tiene el mayor número de pueblos indígenas –son 16– y más de 70% de su población somos indígenas. Históricamente estos pueblos han sido divididos y una de las formas de dividirlos fue territorialmente por municipios, digamos jurisdiccionalmente, para ejercer sobre ellos el poder político. Eso creó un aislamiento entre los pueblos que ayudó al Estado a controlar los municipios y pensamos que muchos de los conflictos agrarios eran parte de eso, porque a veces no eran tan complicados pero al gobierno no le preocupaba arreglarlos porque sabía que tenía el control de esos lugares.

En muchas partes la violencia del Estado se daba –y se da– porque dejaba hacer a los dueños del dinero, los caciques, lo que quisieran. Son los que ejercían el poder regional con sus pistoleros, para imponer a sus autoridades y sus condiciones en todo tipo de actividades que se realizaban en la zona, incluso actividades de narcotráfico. Muchos compañeros habían sido asesinados o heridos, entonces nosotros luchamos para que los responsables fueran castigados por los delitos que cometían y, en efecto, en algunos casos lo conseguimos, pero en muchos no. Cuando lo lográbamos se detenía de alguna manera la violencia, pues sabemos que la base fundamental de la violencia es la impunidad.

Otra lucha que hemos dado con mucha fuerza y que continúa en la actualidad es por el respeto a las autoridades legítimas, como ya mencioné. En diferentes partes del estado se imponían las autoridades que el gobierno o los caciques querían, entonces nosotros llevábamos a cabo procesos de lucha de meses, a veces años, para denunciar y poder decir que esas autoridades eran ilegítimas y que se tenía que respetar la decisión del pueblo. Eso nos costó un desgaste descomunal, pelear contra el poder del Estado y el poder regional a veces era muy difícil porque tenían una alianza caciques-Estado; para los caciques estaba de por medio perder el poder y el control económico, y para el Estado el poder político. Este es uno de los asuntos más difíciles que hemos enfrentado.

En todas las luchas nosotros como organización de derechos humanos decidimos priorizar los problemas más álgidos de nuestras comunidades, denunciarlos, proponer al gobierno una solución y hacer actividades políticas para que los resolviera a fondo, así lo hicimos. Entonces nos vimos obligados a hacer actividades de movilización, de denuncias masivas, de tomas de instituciones, etcétera. Incluso nos llegamos a tomar la Comisión Estatal de Derechos Humanos porque

solamente estaba lavándole la cara al Estado y a la violencia que ejercía. Hacíamos análisis y decíamos: si estamos haciendo una actividad política, una movilización, por ejemplo, cuando lleguen los responsables o el comandante de la policía hay que dialogar con él o con ellos, decirles por qué estamos manifestándonos y que respeten nuestros derechos. Vamos a tratar de convencerlos, si no se puede trataremos de darle otra característica a la movilización, pero vamos a continuar con nuestra actividad política, teniendo mucho cuidado de no caer en la confrontación y tratando de dialogar. Pero si llegan los de la Comisión Estatal de Derechos Humanos hay que interpretarlo como que viene la represión, si llegan supuestamente a dar fe de lo que va a pasar hay que correr, porque seguro habrá enfrentamiento y la comisión va a decir que todo fue legal. Entonces llegamos a tener una frase entre nosotros: "mientras no esté la comisión podemos dialogar con la policía, pero si llegan hay que correr, hermanos".

OIDHO tiene dos lemas: "¡Basta de represión y miseria a los pueblos indígenas!" y "La victoria no es de los más poderosos sino de los mejor organizados". Con ellos hicimos nuestros primeros carteles y en 1992 sacamos otro en el que incluíamos a los negros o afrodescendientes y al movimiento popular, en alusión al movimiento de los 500 años de resistencia. Nosotros estábamos aprendiendo de otras luchas, de otros movimientos, entonces participamos en todos los eventos y foros habidos y por haber. Cuando salieron los zapatistas en 1994, nosotros ya teníamos nuestro lema y ese "basta" lo sacó de ahí el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), entonces llegamos a los foros zapatistas. Fuimos a la selva lacandona, estuvimos en la Convención Democrática de Aguascalientes –aquella en donde llovió y se cayó la lona– y oímos todo lo que se dijo; de allí para el real fuimos a todas las convocatorias del EZLN y estuvimos en el CNI pero, vamos a decirlo así, tuvimos un desgaste tremendo apoyando las iniciativas del EZLN y pensamos que finalmente lo que queda es el CNI, donde seguimos. También pasé por los diálogos de San Andrés Larráinzar pero no participé mucho, porque estábamos aquí en un proceso de construcción muy fuerte y la vida no nos daba para muchas cosas, pero nos dio mucho gusto que hubiera hermanos que coincidían con nosotros o nosotros con ellos; sabíamos que la diferencia era que ellos estaban en una lucha armada y nosotros en la vía política. Estábamos en un lugar en el que enfrentábamos otros poderes, poderes regionales y también el poder del Estado, pero desde

un punto de vista político y con la organización de nuestros pueblos; finalmente los conflictos de las comunidades eran diversos, no era un conflicto homogéneo, eran condiciones distintas. Pero sí estuvimos en ese proceso de crear la fuerza política que los hermanos zapatistas estaban impulsando para poder lograr el respeto a los pueblos originarios. Creo que ellos todavía moralmente siguen sosteniendo esa lucha, que se está haciendo desde abajo; ése es el mérito, que ellos no dejaron de organizarse y el Estado no pudo terminar con eso que sembraron, sino que allí está y a pesar de todo siguen.

Una de las cosas que hemos hecho y podemos decir que hemos puesto en ello la mitad de nuestros esfuerzos es formar alianzas. Así como le apostamos mucho trabajo al apoyo al EZLN, a sus llamados y convocatorias, hemos hecho un trabajo muy fuerte para buscar alianzas aquí en el estado. En 1994 formamos el Consejo de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Oaxaca, el COICO, conformado por aproximadamente 10 organizaciones. Sin embargo, finalmente el resultado fue que los compañeros se metieron a los partidos políticos, los partidos los absorbieron y, lamentablemente, podemos decir que allí se perdieron, porque desaparecieron esas organizaciones o quedaron muy debilitadas y varias pasaron a ser parte de algún partido político y se diluyeron.

Después, en 1997, formamos otra alianza muy fuerte, el Consejo Indígena Popular de Oaxaca Ricardo Flores Magón (CIPO-RFM), formada por OIDHO, el Comité de Defensa del Pueblo (CODEP), la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo, Ucizoni, y el Comité de Defensa Ciudadana, CODECI. Ahora nos referimos a él como el CIPO original, porque después de un tiempo un grupito de seis o siete personas que ni siquiera participaban en el CIPO, llegaron a decirnos que como no tenían o pertenecían a una organización como nosotros, ellos se iban a llamar CIPO, entonces se llevaron el nombre, por lo que decidimos diluir el CIPO original para no hacerle el caldo gordo a ese grupillo.

En 1998 el Estado nos dio un golpe muy fuerte e intentó desaparecer a dos compañeros, a los dirigentes de CODECI, el finado Catarino Torres Pereda[1] y Leandro Marcial. Los agarró la policía y después de dos o tres días no aparecían, entonces nosotros –las demás organizaciones que fueron del CIPO–, con tal de que aparecieran, nos tomamos en todo

[1] Catarino Torres fue asesinado en las oficinas de CODECI, en Tuxtepec, el 22 de octubre de 2010.

el estado ocho juzgados, 10 agencias del ministerio público, el tribunal y la subprocuraduría de la Cuenca del Papaloapan. Finalmente aparecieron los compañeros en Veracruz, los tenían en una celda clandestina, los sacaron torturados y nos los presentaron, pero no los dejaron libres, les fabricaron un expediente con varios delitos. Entonces decidimos seguir con la movilización, tenían que liberarlos. Allí fue cuando se vino una fuerte represión y detuvieron a 130 compañeros, entre ellos a mí. Nos iniciaron un proceso de secuestro, toma de vías de comunicación, robo y un montón de cosas. Estuvimos como tres o cuatro meses en la cárcel, hasta que logramos ser liberados mediante amparos y por la lucha de nuestros compañeros que hicieron movilizaciones en todo el estado y en la ciudad.

Posteriormente creamos otra alianza, en este caso yo propuse el nombre: Alianza Magonista Zapatista (AMZ), porque pensé que Zapata y Ricardo Flores Magón nunca lograron juntar su trabajo político u organizativo pero ¿qué hubiera pasado si lo hubieran hecho? Esta alianza es para nosotros más estratégica y a largo plazo, no es para hacer gestiones o actividad política, sino es más para hacer análisis y actividades más cerradas en cuanto a trabajo político organizativo; nos ha permitido no sentirnos solos en este trabajo que hemos realizado durante muchos años.

Más adelante construimos el Consejo Oaxaqueño de Organizaciones Autónomas (COA), una alianza que todavía tenemos actualmente formada por cinco organizaciones: la Unión Campesina Indígena de Oaxaca Emiliano Zapata (UCIO-EZ), la Coordinadora Indígena Popular Autónoma (CIPA), que es de los mixes, la Asamblea de Pueblos Indígenas del Istmo de Tehuantepec en Defensa de la Tierra y el Territorio, el Comité de Defensa de los Derechos Indígenas (CODEDI) y OIDHO. Caminamos juntos, en la diversidad desde luego, pero coincidimos sobre todo en que no participamos en ningún partido político y en que estamos afiliados al CNI.

Como OIDHO también nos metimos a hacer gestiones para las comunidades, a gestionar caminos, clínicas, médicos, medicinas, salud en general, escuelas, canchas deportivas y proyectos productivos, todo lo que era necesidad para nuestros pueblos. Lo hicimos basados en la solidaridad, lo discutimos y lo pensamos así; si queríamos apoyar a nuestras comunidades y atender las demandas más sentidas de los pueblos, estaríamos no solamente pensando en nosotros mismos –o cada quien en

su comunidad–, sino en todos los pueblos marginados. Considerábamos que eso era lo más importante en una organización, no tanto la cuestión de la gestoría nomás por la gestoría, sino que debía haber una línea de las necesidades y del sentir de los pueblos en las demandas. Así empezó a nacer la solidaridad entre las comunidades y logramos muchas veces que se llevaran a cabo las obras más prioritarias.

Un ejemplo de esto fue el caso de San Andrés Loveno en 1997. Esta comunidad estaba a 10 o 12 horas de camino de terracería para llegar al pueblo más cercano; es decir, la gente tenía que caminar todo un día para llegar a la carretera y tomar un camión que a veces pasaba solamente una vez a la semana, estaba totalmente aislada. Esa comunidad llevaba más de 20 años gestionando su agua potable, era importante para ellos porque en época de sequía, a partir de enero o febrero, tenían que caminar casi dos horas a un manantial para llevar agua a su casa; bajaban algunos con sus burros y los que no tenían bestias cargaban los botes en la espalda y hacían uno o dos viajes al día. Era una situación muy difícil y pedían que se les llevara el agua de un manantial que estaba a unos 20 km de su comunidad. Las palabras textuales de los funcionarios eran que jamás iban a tener ese beneficio porque la obra costaba muchísimo dinero, que ni Dios ni el diablo les iban a dar eso.

En OIDHO había más de 50 comunidades y desde luego más de 50 demandas, muchas tenían dos o tres. Cuando hicimos nuestra asamblea decidimos priorizar las demandas más sentidas, más necesarias, porque sabíamos que no nos iban a dar todo lo que pidiéramos. Todos estuvieron de acuerdo en que lo fundamental era el agua para San Andrés Loveno y que, aunque a nadie más le tocara su obra o su demanda, si conseguíamos eso estábamos contentos. Cuando planteamos el asunto al gobierno del estado, por medio del secretario general, empezó a palomear todas las demandas más pequeñas, que eran como 60, y dijo que ya estaba resuelta la mayoría del pliego petitorio, entonces nuestro planteamiento fue que no nos dieran todo eso, sino el agua para San Andrés. Nos contestó que políticamente eso no nos servía porque solamente se beneficiaba un pueblo y se dejaba a los demás sin beneficios. "Yo te lo digo porque conozco de política", nos dijo, era un zorro el señor. Le dijimos que esa era nuestra única demanda y que si no la aceptaba seguíamos con nuestras acciones, porque estábamos en una movilización muy fuerte. Entonces mandó llamar a los funcionarios que manejaban la cuestión del agua; resultó que ya había incluso un estudio sobre

la obra y habían calculado que costaba siete millones de pesos, que en esa época era muchísimo dinero y por eso decían que ni Dios ni el diablo iban a hacer eso en la comunidad. Lo que nos estaba ofreciendo el funcionario, las demandas pequeñas, no llegaban a esa cantidad. Después de una discusión finalmente el acuerdo fue que se iba a hacer la obra pero en dos etapas, la mitad ese año y la mitad el siguiente, porque era mucho dinero. Desde luego después de conseguir eso sacamos como 20 o 30 obras más pequeñas, o sea que no era cierto que sólo podía salir esa.

Allí es donde la gente muestra su solidaridad y su fraternidad, cuando entiende un proceso de lucha. Y así lo hicimos muchas veces, con los presos, con los asuntos agrarios, contra la impunidad; esa fue la forma de trabajo que realizamos durante todos estos años, que los pueblos fueran entendiendo que no es nada más el beneficio personal, también logramos hacer entender que dentro de una comunidad hay que apoyar a los que más lo necesiten. Muchas veces los dirigentes comunitarios no recibían ningún beneficio pero sí sus compañeros, eso nos daba mucha alegría porque los compañeros iban entendiendo el proceso de lucha, el hecho de que se pueden hacer muchas cosas si cada quien da un poco de sí mismo.

Después, de alguna manera, el gobierno empezó a ver que hacíamos gestiones y cuando teníamos un problema político, de presos, de impunidad, de tierras o de autoridades legítimas no reconocidas, nos quería ofrecer cosas para que dejáramos las demandas políticas prioritarias. Entonces creamos una regla dentro de la organización: no podemos presentar demandas económicas ni gestionar nada mientras no estén resueltos esos problemas, y así lo hicimos. Eso nos dio mejores resultados porque resolvíamos los asuntos fundamentales y después hacíamos la gestoría para obras y demás, entonces la gente empezó a ver que la lucha organizativa y la forma como se plantean los temas en una mesa de negociación te da el respeto del enemigo y la fortaleza política para tus demandas. Pensamos que por eso hemos tenido mucho éxito y hemos logrado solucionar los problemas políticos, de presos, de impunidad; porque además no nos movíamos del lugar en donde estábamos hasta que se resolvieran los asuntos, eso era también esencial.

Entre otras cosas nos ofrecían un montón de fertilizante, pero nosotros desde un principio dijimos que no íbamos a recibir ni un kilo, porque nuestra organización iba a trabajar en lo agroecológico. Desde luego

costó mucho trabajo que los compañeros entendieran eso, porque sabían lo que implicaba el fertilizante, cuánto avanzaban en sus trabajos y cómo se daba la milpa y todos los cultivos con su uso. Entonces empezamos a trabajar con lo orgánico, a hacer abonos, compostas y cursos sobre eso. No aceptamos nada de fertilizante, porque con eso el gobierno quería que dejáramos nuestras demandas prioritarias.

A lo largo de la historia de OIDHO hemos tenido casos muy difíciles. Cuando se presentaba algo primero hacíamos la denuncia y una manifestación para dar a conocer el atropello, la violación a los derechos, la represión, todo lo que implicaba. Se tenía que hacer primero una difusión muy fuerte ante los medios de comunicación y ante las mismas autoridades; si se tenía que ir a la Ciudad de México a denunciar, íbamos, incluso ante las embajadas o ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos, que una vez nos tomamos. Fue mucho trabajo político que se hizo durante muchos años, pero con eso el Estado empezó a ver que tenía que haber un cambio en Oaxaca, que no podía seguir como estaba; entonces así se fueron resolviendo muchos asuntos de nuestra organización y de otras, porque ya sabían que lo que se buscaba –y se busca– es el respeto a los pueblos y a las comunidades, eso fue un proceso bastante largo y difícil. Nosotros vamos a cumplir 30 años como organización y no ha sido fácil, los problemas que enfrentamos y que hemos ido resolviendo los fuimos conociendo en el camino y fuimos buscando la manera de cómo resolverlos también en el camino.

Uno de esos casos fue el de la ranchería de Unión y Progreso, ubicada en la agencia municipal de San Sebastián Yutanino, municipio de San Francisco Cahuacuá. Los de San Sebastián entraron y arrasaron esa pequeña comunidad, quemaron 80 casas y asesinaron a 10 personas, entre ellos a una mujer embarazada. Todo porque querían que forzosamente le dieran servicios a su comunidad, o sea que hicieran los servicios de topiles y demás, pero ellos decían que no podían porque también tenían sus necesidades. Entonces empezaron las fricciones y el problema se agudizó cuando los de Unión y Progreso gestionaron ante el gobierno del estado un sello para tener una representación comunitaria independiente de San Sebastián. Fue cuando entraron y quemaron el pueblo, tuvieron que irse exiliados a otra comunidad pero a los dos años ya no podían seguir allí, porque eran como 80 familias, había más de 50 niños y ni siquiera tenían agua. Estaban hacinados y no podían volver a su comunidad porque los de San Sebastián Yutanino

tenían un cacicazgo muy fuerte; uno de los señores más ricos de Oaxaca, el dueño de la tienda más grande de material escolar en el estado era de allá y tenía relación con el gobierno, con los jueces y con todo mundo, tenía mucho poder político y económico. Entonces llegaron a pedirnos apoyo para resolver su problema, querían regresar a su pueblo. Platicamos, ideamos cómo hacerle y les dijimos que nosotros, los de OIDHO, les íbamos a dar tierras y casas. Se quedaron sorprendidos y les preguntamos si estaban dispuestos a tomar tierras donde fuera, donde nosotros pensábamos que se debían tomar y a hacer casas donde nosotros propusiéramos. Preguntaron a dónde los íbamos a mandar y les dijimos que nos íbamos a tomar el zócalo de Oaxaca para hacer allí su pueblo.

Empezamos a construir casas en el zócalo, llegamos en camiones de redilas y día y noche estuvimos construyendo, fueron como 300 compañeros de OIDHO a apoyar y allí hicimos el pueblo. Construimos como 10 casas, hicimos hasta una capilla para la Virgen de Guadalupe, pusimos lavaderos, baños, hicimos una escuela, la gente llevó sus chivos, gallinas, todos sus animales y se hizo el pueblo completo en el zócalo. Esto fue en 1996 o 1997, no recuerdo exactamente. Cuando el gobierno vio eso, no entendían qué estaba pasando ¿esos qué están haciendo? ¿Por qué? Pues porque no tenían pueblo, no tenían a dónde ir, entonces allí iba a ser el pueblo. Allí estuvimos más de medio año, hasta que se vieron obligados a resolver el problema porque los chivos se acabaron las flores, cuando se acabaron las plantas del zócalo los llevamos a pastar a la alameda, eran como 50 chivos con su campanita y tenían su corral; también andaban las gallinas por todos lados y pues la gente estaba impresionada. ¿Cómo chingados iba a haber chivos en el zócalo? Hicimos las casas en los prados, la gente lavaba su ropa, pusimos la escuela en el corredor del Palacio de Gobierno y los de la sección 22 iban a dar clases allí a los niños de ocho de la mañana a una de la tarde. Los domingos contratábamos a un cura para que fuera a dar misa en la capilla, aunque no había muchos que se arriesgaran pero dos sí iban. El 12 de diciembre hicimos la fiesta así como si fuera en el pueblo, chingón.

Allí estuvimos más de medio año, hasta que se vieron obligados a resolver el problema. El gobierno tuvo que detener a los asesinos y después fuimos a llevar a los compañeros a su comunidad. Así fue como regresaron a su pueblo y se solucionó el asunto. Es una de las cosas que hemos hecho con mucha imaginación y con el apoyo de muchos compañeros de la organización, nos turnábamos para ir a apoyar. Hasta lo

disfrutamos, porque finalmente era nuestro pueblo, ahí estábamos, ahí hicimos nuestro lugar para vivir, ahí dormíamos, comíamos y estábamos todos los días. La gente miraba y nos daban despensas, comida, sabían que estábamos exiliados. Empezó a haber conflicto entre el municipio y el gobierno estatal porque decían que se estaba jodiendo todo, que cómo iban a estar esos animales allí. Cuando vimos que no querían resolver el problema hicimos una conferencia de prensa y dijimos que llevaríamos los bueyes, las mulas y los burros; que allí íbamos a seguir con nuestro proyecto de pueblo. Se vieron muy presionados pero tampoco podían aventarnos a la policía porque pues era gente exiliada; además hicimos una fuerte difusión y todo el mundo sabía cuál era el problema. Forzamos al Estado a llegar a una negociación en favor de nuestra gente. Actualmente el gobierno ya prefiere arreglar esos asuntos porque sabe lo que somos capaces de hacer.

Otro caso importante que resolvimos fue el de Santo Domingo Teojomulco, cuando en 2002 fueron detenidas 17 personas acusadas de haber realizado una masacre en un lugar llamado Agua Fría. Dentro de los presos había dos niños de 15 años y un anciano de 69 con su esposa de 70. Cuando empezamos a luchar por la salida de estos compañeros se nos vino toda la fuerza del Estado y la difusión de que eran asesinos de lo peor, que habían caminado en la montaña día y noche para ir a matar, etcétera. Pero cuando la gente vio que había dos ancianos y dos niños ya no lo creyeron, una matanza así solo la hacen profesionales con armas de alto poder, no niños y ancianos. Esa lucha duró más de tres años, hasta que logramos la libertad de los compañeros.

Lo que pasó fue que había un conflicto de límites entre dos comunidades, Santo Domingo Teojomulco y Santiago Xochiltepec; supuestamente los de Teojomulco mataron a 26 personas de Santiago Xochiltepec en Agua Fría. El mismo gobernador, José Murat, nos dijo después en corto que la masacre había sido organizada para tirarlo de la silla –como sucedió en Guerrero con la matanza en Aguas Blancas– y que por eso había tenido que reaccionar rápido. Eso nos lo dijo ya que finalmente tuvo que liberar a los compañeros, porque hicimos una presión muy fuerte que lo obligó a negociar su salida. Lo que hicimos no fue cualquier cosa, estuvimos a punto de suspender la fiesta de la Guelaguetza por primera vez en 80 años. Los compañeros se tomaron el auditorio, teníamos más de 300 personas ya adentro pero la policía pensó que solamente estábamos rodeando desde afuera, entonces sacaron

sus perros doberman y pastor alemán para echárnoslos encima y pasó algo muy chusco; las compañeras decían que esos perros nos iban a matar, entonces se fueron a la central de abastos a recoger todos los perros que encontraron y los llevaron para allá. Decían que por lo menos así se iban a pelear entre los perros y que los de ellas eran más bravos que los de la policía. Finalmente ese día a las siete de la mañana se dio la negociación con el gobierno y ya nos dijeron que salían los presos. Fue algo también muy fuerte, nos jugamos el todo por el todo y finalmente así se resolvió el asunto. Han sido momentos muy álgidos de la lucha, pero digamos que, con imaginación y con organización sobre todo, se logran los objetivos; el poder del Estado es muy fuerte, pero hay coyunturas que te permiten actuar. Estos son solo algunos ejemplos de cómo ha sido nuestra lucha, de cómo hemos logrado resolver los conflictos.

En 2005 nos tomamos la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) junto con otras organizaciones indígenas oaxaqueñas. Creo que fuimos los primeros en hacerlo. Teníamos un conflicto muy fuerte con el gobierno de Ulises Ruiz Ortiz, porque a principios de enero la policía hirió a tres compañeros de Santiago Xanica cuando estaban realizando un tequio, a Abraham Ramírez y otros dos. Nosotros sabíamos que el gobierno había mandado a quitarle la vida a Abraham, habían dicho que quitándolo de en medio se resolvería un problema que había en la comunidad, por la imposición de un presidente municipal. Los tres fueron llevados a una clínica, allí los retuvieron y los llevaron a la cárcel todavía heridos. A Abraham le querían cortar la pierna aunque no lo ameritaba y nosotros hicimos todo lo que se pudo para evitarlo, hicimos actividades políticas muy fuertes y nos tomamos la CNDH. Platicamos con el presidente, que era José Luis Soberanes, para destrabar el asunto de los compañeros presos. Llamó a Ulises Ruiz y éste nos dio una cita en Oaxaca, supuestamente para tratar el problema; dejamos un contingente en la CNDH y algunos compañeros nos fuimos para Oaxaca. Cuando llegamos tres de nosotros fuimos detenidos por la policía de Ruiz y nos llevaron a la cárcel de Ixcotel, o sea que estábamos pidiendo la libertad de los compañeros de Xanica y resultamos presos también. Se llegó a un acuerdo con Soberanes para que hiciera público lo que estaba sucediendo en Oaxaca y se vio obligado a sacar un desplegado en la prensa de toda una plana sobre la violación a los derechos humanos en el estado por parte de Ulises Ruiz. Eso fue muy importante porque

rompimos el cerco informativo y logramos dar a conocer a nivel nacional la violencia que había, fue un golpe muy fuerte para Ulises. Pero los compañeros no dejaron la CNDH, siguieron allí y nosotros en la cárcel. Los funcionarios de Ruiz llegaban y nos decían en la cárcel que desalojáramos la CNDH y nos dejaban libres, nosotros les decíamos que no negociábamos con una pistola en la cabeza; que si querían platicar y negociar con nosotros tenía que ser afuera, libres. Pasó como un mes y medio hasta que tuvieron que liberarnos. Ya después vino lo de la APPO (Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca), pero en 2005, cuando fuimos detenidos, comenzó la represión de Ulises Ruiz, ya había metido a autoridades de diferentes comunidades y a otras personas a la cárcel, era muy violento y represor.

El 14 de junio de 2006 nos tocó la represión en el Zócalo, estábamos con los compañeros del magisterio y otras cuatro organizaciones, éramos los únicos allí. Después de eso se sumó toda la gente, todo el pueblo. Luego Ulises Ruiz trató de hablar con nosotros para detener la lucha pero no le contestamos, le dijimos al que nos quería comunicar con él que eso no se podía ya detener, que no íbamos a hablar con él porque era un mentiroso, no tenía palabra y así no se podía ejercer el poder, ya no creíamos en ese tipo. Entonces creció el movimiento hasta que fue rebasado y ahí estuvimos todo el tiempo. La de la APPO fue una lucha que se hizo con mucha gente del pueblo y de la ciudad de Oaxaca, fue un proceso bastante interesante, importante; finalmente a lo mejor no se logró ni siquiera la destitución de ese señor, pero logramos algo importante, que después del movimiento ya no hubo represión en la ciudad, me refiero a la represión masiva, porque la selectiva sigue y siguen los muertos, pero ya en Oaxaca todo mundo se puede expresar sin miedo porque ya el gobierno sabe lo que puede pasar si empieza la represión.

Cuando estábamos en eso me hicieron un atentado. Llegaron un día en la tarde a mi casa en un coche, bajaron unas personas, sacaron sus armas e hicieron unos disparos, yo me metí detrás de un muro. No se atrevieron a entrar a la casa y ya en la noche regresaron y tiraron unas bombas molotov. Desde luego mi familia ya había salido de la casa y yo estaba ahí cerca, pero afuera, porque sabíamos que podía venir la represión. Cuando está el movimiento más fuerte es cuando uno corre mucho riesgo, porque se tocan intereses que no se sabe hasta dónde pueden llegar a afectar al gobierno o al sistema. Después de eso me fui con la comisión única de diálogo a México y hablamos con el secretario

de Gobernación, Carlos Abascal. Era un tipo que se persignaba todo el tiempo pero también era un mentiroso, decía: "En nombre de Dios juro que no habrá represión" y después fueron a chingar a la gente a Oaxaca. Yo tuve que salir del estado, estuve fuera casi un año; después regresé y estuve cerca de la ciudad pero no salía, hasta que se fue Ulises Ruiz volví a salir a la vida pública.

Me reincorporé al trabajo en OIDHO y desde entonces aquí sigo, en lo mismo de siempre, a ver hasta dónde. Hacemos lo que podemos y hasta donde podemos, pero son muchos temas y cada uno es una lucha, una lucha política, social, económica, ecológica, es el capitalismo en su máxima expresión, quieren arrasar con todo, destruir todo lo que hay y cambiarlo por lo que ellos piensan que debe ser y ante eso, en lugares como Oaxaca, se tiene que dar una resistencia fuerte.

Julián Valdez Manuel

Mi nombre es Julián Valdez Manuel, nací el 28 de enero de 1963. Mi padre es Claudio Valdez Mariano y mi mamá Esperanza Manuel Macario. Ellos son originarios de Piedra de Amolar, municipio de San Miguel Soyaltepec, Oaxaca. Yo soy originario de allí también, soy mazateco. Desde pequeño cuando veía, por ejemplo, que a mi papá no le respetaban sus derechos yo me molestaba y decía que eso era injusto; ya más tarde, conforme fueron pasando los años, me metí a la lucha social. Antes de eso me dedicaba al campo y a la pesca, concluí la secundaria y luego con mucho esfuerzo terminé la preparatoria.

A la lucha social entré ya de lleno a partir de 1993. Primero porque en Piedra de Amolar hubo un maestro que intentó violar a una niña en la escuela primaria. Entonces yo reuní a la mayoría de la gente del pueblo e inmediatamente me quejé ante el presidente municipal, pero el maestro se fugó de la comunidad. Al que era agente de policía, la autoridad de la comunidad, lo tuvimos que destituir de su cargo por ser cómplice de los hechos. Una vez que salió ese señor también promoví el cambio del comisariado ejidal y del consejo de vigilancia; ya después que estábamos bien organizados cambiamos al comité de la capilla, al de la escuela y al de la fiesta patronal. Como no había apoyo de la autoridad municipal se sumó gente de otras comunidades a la lucha, de San Lucas Ojitlán, de Acatlán de Pérez Figueroa, de San Pedro Ixcatlán, y así se extendió la organización.

En ese tiempo, todavía en 1993, llegó a la región Margarito Ruiz Hernández. Yo ya tenía organizada a la gente de Piedra de Amolar y un compañero que se llama Venancio Sánchez Hilario –él es chinanteco– me fue a ver y me dijo que había conocido a un tal Margarito Ruiz que había

llegado a Tuxtepec a casa de Juan Rojas Morales y que traía una organización. Me propuso que nos uniéramos a él ya como pueblo, porque yo ya dirigía el movimiento y me respetaban mucho. Hubo oportunidad de platicar con Margarito, nos habló de la necesidad de unificarnos en una sola lucha para pelear por la defensa de los derechos indígenas en el país, porque las injusticias eran palpables en todas partes. En la región mazateca nos golpeaba eso también, las autoridades municipales no atendían a las comunidades.

Después se hizo un evento grande y creamos en la región un consejo que se denominó Consejo Regional Chinanteco, Mazateco y Cuicateco; le pusimos las siglas de CORECHIMAC-FIPI, FIPI por el Frente Independiente de Pueblos Indios, la organización que encabezaba Margarito. Nombramos una directiva y desde 1994 formalmente nos metimos al FIPI. En ese entonces llegaron también Araceli Burguete Cal y Mayor y Cecilio Solís con Margarito y empezamos a reunirnos; en ese tiempo me nombraron como delegado del FIPI en Piedra de Amolar. Empezamos a caminar y a hacer gestiones ya a nivel regional, invitamos a la gente de los municipios de la Cuenca del Papaloapan y les dijimos que había necesidad de luchar para transformar la región y que viéramos asuntos importantes de infraestructura, caminos, drenaje, luz eléctrica, todo lo que es el tema de servicios, pues; y luego las escuelas, las clínicas, porque no había. La gente aceptó, empezamos a avanzar y siempre tuvimos el acompañamiento de Margarito Ruiz y Araceli Burguete. Ya organizados como CORECHIMAC decidimos tomar la Presidencia Municipal de San Miguel Soyaltepec, por las injusticias que se vivían en aquel tiempo y que se viven todavía. Logramos la destitución del presidente municipal, Castro Virgen Alcalá. Allí estuvo casi de manera permanente con nosotros la socióloga Araceli y con Margarito íbamos a ver al gobernador, a tratar temas de salud, educación e infraestructura, porque todas las comunidades estaban abandonadas, a pesar de que en nuestro territorio tenemos la hidroeléctrica más grande del país.

También en 1994, una vez que logramos la destitución del presidente municipal, tomamos un predio de 68 hectáreas en Piedra de Amolar que era parte del ejido, sólo que dos caciques de San Pedro Ixcatlán se habían adueñado de él. Recuerdo que tomamos el predio el 12 de octubre y hasta el 16 de septiembre siguiente nos llamaron a una plática. Primero nos recibió el gobernador, Diódoro Carrasco, y solamente me preguntó si la gente que llevaba estaba armada. Le dije que traíamos algunos

fierros viejos, rifles 16, escopetas y puro machete, por la pobreza, pero no cuernos de chivo como él creía. Entonces me dijo que no había problema, pero que el asunto no era con él, sino con la Secretaría de la Reforma Agraria, y nos mandó con el delegado de la secretaría en Oaxaca, un tal Roberto Olivares Arellano.

Cuando llegamos con ese señor, yo creo que pensó que no podíamos defendernos. Iba yo con el comisariado, Julián Esteban Hipólito, con el agente de policía, Domingo Gutiérrez Ricardo y con Anacleto Juan Bolaños, otro señor de la comunidad, que era consejo de vigilancia. Yo iba con mis chanclas viejitas y un pantalón de mezclilla viejito, veníamos del campo. Entonces el señor Olivares nos ofendió, nos dijo: "Pinches indios hijos de la chingada ¿qué no saben que es día festivo? Yo debería estar marchando con los funcionarios y miren dónde chingados estoy". Yo le dije: "Señor, pensé encontrarme con una persona preparada, pero ya veo que usted es un burro". Me levanté, les dije en mazateco a las autoridades que nos fuéramos y nos salimos; luego él nos fue a alcanzar, nos pidió que regresáramos y ya el trato fue más cordial. Finalmente llegamos a un acuerdo y se comprometió con nosotros a que iba a hacer personalmente el dictamen a favor del ejido. Después fuimos hasta México, a la colonia Condesa, a casa de ese señor y allí nos entregó el dictamen. Cuando regresé allá a donde estaba la toma de la tierra ya los compañeros tenían ahí una tarima altísima y me pidieron que me subiera a informar que habíamos ganado. Entonces repartimos las tierras a la gente que no tenía y hasta la fecha están sembrando allí diversos productos.

A raíz de la toma de la Presidencia Municipal se abrió la oportunidad de sentarnos con las instancias gubernamentales federales y estatales para llegar a distintos acuerdos en beneficio de las comunidades, entre ellos la electrificación de algunas de ellas. No fue fácil, porque Diódoro Carrasco Altamirano decía que donde no había carretera no podía haber electrificación, porque no había cómo llevar el material necesario. Había comunidades como Arroyo Caracol, Cerro Agua Platanal, Pescadito de Arriba, la isla Málzaga, Soyaltepec, Plan de las Flores y Valle Nacional que estaban metidas allá en la presa y en las montañas donde no había carretera. Nos organizamos y le dijimos a los de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) que nos pusieran todo el material en la orilla de la presa, los postes, los transformadores, los cables y todo lo que se necesitaba, que nosotros lo íbamos a llevar a las comunidades.

Los que tenían lanchas las prestaron, la gente cooperó para la gasolina y a través del tequio se llevó todo el material. Juntamos las lanchas de tres toneladas con tablones y allí los compañeros montaron los postes, los rollos de cable y todo lo que se necesitaba, hasta una grúa de la CFE se llevó para el lado de las comunidades. Luego le dijimos al gobierno que habíamos hecho ese trabajo y les llevamos fotografías; lo que decían que era imposible fue posible por el esfuerzo de la organización. Así se logró que llegara la luz eléctrica a esas comunidades y logramos que se electrificaran otras 41, muchas de las cuales fueron afectadas en 1955 por la construcción de la presa hidroeléctrica Miguel Alemán y después de 40 años todavía no tenían luz. El movimiento fue a nivel regional y se reflejó en hechos, pero fue por la insistencia y por la lucha que se dio. También se construyeron algunas clínicas, entre ellas la de Piedra de Amolar.

Por otro lado, en esos años comencé a participar también en el movimiento indígena a nivel nacional. Nos sumamos como organización a la ANIPA (Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía) desde sus inicios, cuando estaba de coordinador Margarito Ruiz, y asistía yo a las asambleas. Incluso años después, en 2006, fui parte de la directiva nacional como secretario, cuando fue coordinador Domingo Rodríguez Martell. También estuve participando en 1995 en las mesas de trabajo que se llevaron a cabo en San Cristóbal de las Casas con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Fui como parte del FIPI con otros dos compañeros de la región, Bartolo Cruz Palma y Crispín Meneses; estuvimos en el proceso hasta la firma de los acuerdos de San Andrés.

En mi municipio, San Miguel Soyaltepec, participé en política en varias ocasiones. Tuve dos veces la oportunidad de ser regidor pero nunca acepté. La primera vez fue en 1996, cuando ganamos cuatro regidurías con el Partido del Trabajo (PT), partido al que entré desde 1994, cuando fue candidata a la presidencia Cecilia Soto. Me tocaba una de esas regidurías pero la regalé a otro compañero –que por cierto después se pasó al Partido Revolucionario Institucional (PRI)– porque, como siempre había gobernado el PRI en el municipio, pensé que aunque estuviera allí nunca le iban a hacer justicia a los mazatecos. Además no tenía tiempo porque seguíamos en el movimiento a nivel regional. Ese año tuvimos que tomar la Presidencia Municipal de San Lucas Ojitlán porque el presidente se portaba mal con los chinantecos, entonces lo quitamos. En ese tiempo yo era coordinador de Prensa y Propaganda

del CORECHIMAC, hacía todos los documentos que se usaban y el coordinador general era el señor Juan Rojas Morales. Luego, en 1998, jugué como candidato a la presidencia municipal de Soyaltepec y las dos regidurías que ganamos las pasé también a otros, nunca asumí el cargo. Para entonces estaba yo en la dirección regional del PT. Creo que el poder hay que tomarlo pensando siempre en la raza, en la gente; tomarlo para servir y ayudar, pero yo veo que la mayoría de los políticos lo único que hacen es utilizar a medio mundo para sus cosas personales.

En 1997 tomamos la hidroeléctrica de Temascal. Fue para reclamar muchas cosas: no había servicios de salud, no había hospitales, no había caminos, no había escuelas, no había nada. Además, cuando se hizo la presa, el gobierno federal prometió muchos beneficios a los mazatecos y chinantecos pero nunca cumplió; hasta la fecha ese tema sigue en el olvido. En 1996 personal de la Comisión Nacional del Agua y del gobierno del estado dijeron que iba a subir otra vez el nivel del agua y le reclamamos al gobierno porque iba a afectar a muchas familias, entonces hicieron un censo y hablaban de reacomodar a la gente, alrededor de tres mil 668 personas de los municipios de San Pedro Ixcatlán, San Miguel Soyaltepec, San Lucas Ojitlán, Acatlán de Pérez Figueroa, San José Independencia y parte de Chilchota. Ese asunto quedó pendiente y hasta la fecha cada año, cuando sube el nivel del agua de la presa, se inundan las casas y la gente migra; se acomodan en otras comunidades con familiares o donde puedan y cuando vuelve a bajar el agua regresan a sus casas. Es un problema latente que la Comisión Nacional del Agua y el gobierno federal no han querido resolver.

A la toma de la hidroeléctrica vino gente reubicada de Uxpanapa, de Nuevo Ixcatlán, Nuevo San Martín y de otras comunidades del estado de Veracruz, porque fui a buscar a los que habían reubicado en esos lugares cuando construyeron la presa. Estuvo muy bonito porque nos acompañó mucha gente, fue un acto muy participativo de más de ocho mil personas y la toma demoró más de 15 días. Al final no resolvimos gran cosa, hubo mucha presión del gobierno porque paramos la hidroeléctrica un rato, hubo mucha gente encarcelada, agarraron a varios compañeros y a algunos los fueron a tirar al estado de Veracruz, pero afortunadamente regresaron a sus casas. Otros duraron un buen tiempo en la cárcel, entre ellos dos de mis hermanos, Silvestre y Eugenio Valdez Manuel, y Venancio Sánchez Hilario.

Yo tuve suerte y no me agarraron, nunca me han detenido porque he tenido precaución, dejé de tomar y me cuido de lo que hago. Por ejemplo, precisamente cuando estábamos en la hidroeléctrica, llegaba una muchacha como de 13 años y me decía que le gustaba cómo me expresaba, que si quería llevarla a algún lado ella iría conmigo, pero jamás le creí y me pareció sospechoso, porque siempre he sido muy desconfiado. Luego le pedí a unos compañeros que la vigilaran porque no era parte del grupo, entonces se dieron cuenta de que andaba con los policías judiciales de Veracruz. Siempre he traído la desconfianza en la cabeza porque uno tiene que prevenir muchas cosas, está canijo, no es fácil.

A Juan Rojas Morales, que era el coordinador de CORECHIMAC, sí lo tomaron preso. Nos dijeron que los gobiernos de Veracruz y Oaxaca querían dialogar con nosotros y que la plática iba a darse en Tres Valles, Veracruz; nos fuimos para allá pero cuando llegamos los funcionarios huyeron, inventaron el chisme de que los íbamos a secuestrar, que los íbamos a golpear. Los del gobierno de Oaxaca estaban en Tuxtepec y también se fueron, entonces ya no hubo diálogo. Después de eso intentamos ir a la Ciudad de México, pero al llegar al puente Caracol estaban allí los judiciales, la policía estatal, la federal, los policías de tránsito y todas las corporaciones policiacas; ahí fue donde agarraron a Juan Rojas y a otro compañero de Veracruz, Juan Zamora. A él lo trasladaron a la cárcel de Perote porque pertenecía a Veracruz y a Juan Rojas lo dejaron en Oaxaca. Después de la toma querían encarcelar a todo el mundo y nos tenían vigilados. A mí en lo particular no me podían ver ya haciendo reuniones, se enojaron mucho.

Tardamos mucho en lograr sacar a los compañeros de la cárcel y a mí me costó mucho dinero andar en eso. Margarito Ruiz me acompañaba en México a hacer las gestiones con la gente de la CFE, finalmente logramos la libertad de varios de ellos y después salió Juan Rojas. Yo movilizaba a la gente para ver al presidente del Tribunal Superior de Justicia, a veces me llevaba cuatro o cinco camiones llenos a la ciudad de Oaxaca a protestar para que liberaran a Juan; anduvimos en las comunidades recabando firmas porque teníamos que desvirtuar los expedientes penales que él tenía. Nos costó mucho que lo liberaran, tanto que Margarito me decía que ya lo dejara, porque habíamos tenido problemas con él y pensaba que nos iba a traicionar. Y así fue, se vendió al gobierno y se pasó al PRI.

Cuando por fin logramos que saliera de la cárcel, en 1998, me pidió que convocara a la gente para hacer una fiesta, pero nunca me dijo que iba a llegar con personas del gobierno y de la Confederación Nacional Campesina (CNC). Ya con la gente reunida, cuando estaba yo con el aparato de sonido anunciando lo que íbamos a hacer, diciendo que íbamos a recibir al compañero Juan porque había estado preso, llegó a pedirme que anunciara a José Soto, que era delegado del gobierno en la cuenca del Papaloapan y a Juan Díaz Pimentel de la CNC. Le dije que entonces tomara él el micrófono, que yo no iba a anunciar esos nombres porque eran enemigos de los pueblos. Luego hablé en mazateco y dije que ese señor estaba haciendo otra cosa y que mejor nos fuéramos; que el que quisiera se quedara pero yo me fui, entonces la gente también se retiró.

Al día siguiente fue a verme, me reclamó porque lo había hecho quedar mal y me dijo que tenía dinero, que José Murat –el gobernador– había reactivado todos los apoyos que había para las comunidades y él tenía ese dinero. Eran 9 millones 300 mil pesos y me ofreció la mitad. Yo le dije: "Te vas a la chingada, aquí perdiste un amigo, quédate con ese pinche dinero porque yo no soy capaz de engañar a mi raza, yo siempre he andado con la gente y por mí están allí, no por ti, a los compañeros los respeto y me respetan". Hasta ahí quedó la historia de Juan Rojas, todavía quiso hacer cosas en contra mía pero todo el mundo se dio cuenta de que el que andaba mal era él. Todos se preguntaban qué seguía, qué hacíamos porque ese canijo se había vendido. Yo también estaba desanimado, pero cuando vi que la gente seguía puesta le hablé a Margarito Ruiz y le dije que mejor le quitáramos el apoyo a CORECHIMAC y nos quedáramos sólo como FIPI. Entonces, ya casi a finales de 1999, hicimos un congreso con todos los integrantes del FIPI en la región, me eligieron como coordinador general y empezamos a movernos otra vez. A ese congreso vinieron de fuera los compañeros Cecilio Solís e Hilario Molina; nos acompañó también Joaquín Vela González, que era diputado local del PT en el Estado de México.

Después de eso, ya en el 2000, armamos una serie de documentos ya como FIPI, porque como CORECHIMAC sólo juntábamos las propuestas y necesidades de las comunidades y hacíamos movilizaciones, pero el FIPI sentó las bases para construir un documento que hablara de manera puntual y ordenada, mencionando cada uno de los problemas y proponiendo alternativas para solucionarlos. Por ejemplo, uno de los problemas más fuertes en esa época era el servicio deficiente de la luz

eléctrica y las tarifas elevadas; la solución que propusimos fue que se construyera una subestación eléctrica en Jalapa de Díaz, porque la electricidad en la zona no provenía de la hidroeléctrica de Temascal, sino de Chicoasén, Chiapas. También planteamos que la CFE debía de condonar el cobro de energía para todas las comunidades afectadas por la presa. Ese mismo año fuimos a hablar con Fox, junto con Carlos de Jesús Alejandro[1] y compañeros de la ANIPA de todo el país, y le entregamos un documento sobre ese problema.

En 2003 escribimos un Plan de Desarrollo Regional de la zona Mazateca Baja, documento en el cual hablamos de cinco municipios: San Miguel Soyaltepec, Jalapa de Díaz, San Pedro Ixcatlán, San José Independencia y Acatlán de Pérez Figueroa. A ese plan le hicimos un apartado de problemáticas y algunas propuestas de solución, todo bien planteadito. Se lo llevé a los que estaban como candidatos a la gubernatura; a Ulises Ruiz se lo entregué y le dije que, por ejemplo, al menos en cada cabecera municipal debía haber un hospital con personal médico calificado, con el equipo necesario y medicamentos, como una deuda que se tenía con la gente de la región por parte del Estado mexicano.

Luego fuimos con compañeros de otros estados a Los Pinos a hablar otra vez con Fox. Nos recibió Xóchitl Gálvez, que era todavía la encargada de la oficina de la Presidencia para la atención a los indígenas, y hubo acuerdos. Nosotros planteamos otra vez el problema del bajo voltaje de la energía eléctrica y la necesidad de que se construyera la subestación en Jalapa de Díaz; entonces, por instrucciones de Fox, vino Xóchitl Gálvez a la región. Esa vez yo convoqué a los presidentes municipales de toda la zona a la reunión con Xóchitl, allá donde está el monumento a Miguel Alemán, junto a la presa en Temascal, que es la cabecera municipal de San Miguel Soyaltepec. Fueron todos, incluso el presidente de Tuxtepec y además llegó mucha gente. Eso fue a mediados de 2003.

Después de esa reunión Xóchitl Gálvez instruyó a la gente de la CFE que hicieran un diagnóstico a nivel regional para revisar las redes, los transformadores y todo lo que conlleva el sistema de energía eléctrica para ver cómo se podía solucionar el problema. En 2004, ya con el

[1] Coordinador general de la ANIPA en esa época, previamente fue uno de los dirigentes del Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas, Guerrero y de 2012 a 2015 fue diputado federal.

diagnóstico, tuvieron que empezar a construir la subestación pero primero intentaron sobornarme para no hacerla. Un día llegaron los de la CFE a mi casa y me dijeron que mi luz estaba bien, que no se necesitaba la subestación. Les dije que el asunto no era personal, sino de toda la región y que tenía por escrito el aval de los presidentes municipales firmado y sellado, porque yo siempre he manejado así los documentos. Entonces me ofrecieron camionetas, lanchas y hasta un yate para que me paseara por la presa; también me dijeron que pensara en ganar una presidencia municipal o una diputación porque "los pinches indios" no me iban a dar nada, pero yo les dije que no. Siguieron insistiendo hasta que les dije que iba a ir de nuevo con Fox para decirle que me querían sobornar; entonces ya le bajaron y, después de mucha insistencia, se inició la construcción de la subestación ese mismo año y se terminó a finales de 2006. Fue un gran logro de la lucha del FIPI-Oaxaca y de la ANIPA, una gestión fuerte y relevante.

El problema de los altos costos de la energía eléctrica no se resolvió con la subestación, entonces armé un proyecto como FIPI para tratar ese tema exclusivamente. Lo avalaron los presidentes municipales y en 2006 lo hablé personalmente con Xóchitl Gálvez. En ese tiempo era yo consejero de la CDI (Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas) en representación del pueblo mazateco. Me habían elegido en una reunión a la que asistieron los presidentes municipales de la región, fue algo muy representativo. Entonces, en una reunión del Consejo Consultivo en Cancún, me encontré con Xóchitl, le planteé el asunto y me dijo: "Ya sabes cabrón, desde acá yo te apoyo, pero ya sabes cómo es la maniobra, tú síguele en la lucha y yo te respaldo desde la institución". Cuando regresé a la región fui a hablar con el presidente municipal de San Pedro Ixcatlán y no quiso apoyar, luego fui con el de Jalapa de Díaz y tampoco. Ningún presidente quiso apoyar económicamente, me decían que sí les interesaba, pero querían que yo hiciera todo y no pusieron ni un peso para que yo me moviera. Entonces hice lo posible por llevar el proyecto a las dependencias, pero luego dejé el asunto porque nomás estaba gastando mi dinero y ya no tenía. Yo vivo del trabajo en el campo, de la pesca y de cualquier trabajo que salga; a veces alguien me pide ayuda para hacer algún documento o algún presidente municipal me pide que lo apoye en sus gestiones y me paga algo, pero no siempre me alcanza para moverme.

En ese mismo año se dio el movimiento de la APPO (Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca) en el estado. Estuvo bien pero finalmente no era una lucha de los pueblos sino de los maestros y, al final, de algunos oportunistas que quisieron sacarle provecho, como Flavio Sosa, que se puso al frente del movimiento y lo que quería era dinero y algún cargo; después llegó a ser diputado local del Partido del Trabajo. Asistí a algunas reuniones con otros compañeros de la región y nos dimos cuenta de que la política no era ayudar a los pueblos. Cuando se fue agravando el problema me invitaron a una reunión en la Secretaría de Gobernación a la que asistieron exgobernadores, diputados, senadores, empresarios, obispos y otras personalidades de Oaxaca, como el pintor Francisco Toledo y el rector de la Universidad Benito Juárez. Fuimos convocados cuatro compañeros indígenas, Joel Aquino, Adelfo Regino, Aldo González y yo. Lo que hicimos fue fijar una postura en un documento de una cuartilla que leyó Joel; luego dijimos que no podíamos ser parte de esa negociación porque no estaban presentes los verdaderos actores, que eran los maestros de la sección 22. Nos salimos del salón, Toledo y algunos otros personajes se sumaron y se salieron con nosotros.

De 2008 a 2010 fui regidor en Jalapa de Díaz. En esa época vivía allá y la gente siempre me decía que le entrara a participar porque cualquier problema que tenían los compañeros yo les ayudaba a resolverlo. Esa vez habíamos nombrado a otra persona pero, como siempre ocurre, se vendió; entonces me propusieron a mí e hicimos los movimientos y trámites necesarios para que yo quedara. Fue con el PT, el partido al que yo pertenecía y del que me salí como cinco años después, junto con otros 16 compañeros de la directiva estatal, por problemas internos. Cuando estaba de regidor intenté formar una unión de presidentes municipales de la región, pero luego llegó un tipo que era del gobierno y los dividió. Después vino el tiempo de las elecciones y hasta ahí quedó eso. El tema principal para unir a los presidentes era el de las altas tarifas de luz, porque todos los municipios debían –y deben– millones de pesos a la CFE.

Desde entonces hasta la fecha seguimos trabajando como FIPI-Oaxaca, reclamando los derechos de los pueblos, batallando con propuestas, con movimiento y con todo. Tenemos más de dos mil compañeros registrados en toda la región, son los que están más comprometidos, mazatecos, chinantecos y algunos cuicatecos; pero aparte de esos, si nos paramos a hacer una asamblea en una comunidad la gente va porque

cree en nosotros. Además de los proyectos que traemos como organización, tratamos de resolver los problemas de las comunidades y de gente que nos busca para que los apoyemos en temas legales o agrarios. Por ejemplo, en 2013 arreglamos un problema del ejido Emiliano Zapata que pertenece a San Pedro Ixcatlán y colinda con San José Tenango, porque allí las tierras no estaban regularizadas. Metimos un amparo y lo ganamos; luego el tribunal emitió un fallo a favor del ejido y reconoció a los ejidatarios. Después había que regularizar la tenencia de la tierra e hice el trámite correspondiente ante el Registro Agrario Nacional. Cuando se midió el área hubo un problema con gente del municipio de San José Tenango porque querían agarrar tierras del ejido y, como pertenecía a otro municipio el asunto estaba complicado, pero finalmente lo resolvimos todo y quedó regularizado.

También apoyamos en asuntos legales que los abogados no pueden resolver, de compañeros de las comunidades que son detenidos injustamente, a veces por cuestiones políticas y otras por cualquier razón, pero se violan sus derechos. Por ejemplo, hubo siete compañeros de Piedra de Amolar acusados de haber matado a un muchacho y les dieron una sentencia de 21 años. Ya que tenían la sentencia, la familia me pidió ayuda porque eran inocentes, el muchacho se había pegado en una piedra al caerse del caballo porque iba borracho. Entonces estudié el expediente y noté que había muchas incongruencias, no les habían dado oportunidad de defenderse, no les pusieron intérprete ni los dejaron presentar testigos. Era un desastre el expediente. Entonces me fui al Tribunal Superior de Justicia del estado, logré que se revisara el caso y que se diera la reposición del procedimiento. Teníamos las pruebas, los testigos y todo, y logramos que salieran libres.

En 2017 fui autoridad en mi comunidad. Ya otras veces me habían propuesto para eso, pero no había aceptado porque estaba ocupado con la organización; esa vez sí acepté porque estaban pasando muchas cosas en el pueblo, ya era un desorden; había mucho ratero, muchos jóvenes dedicados a la delincuencia, ya había robo domiciliario, asaltos en la carretera, robo de ganado y varios muertos. La elección es por usos y costumbres y el día que me eligieron participó todo el pueblo, fueron como mil 200 personas, hombres y mujeres. Había otro candidato que era del PRI que repartió láminas y despensas antes de la elección; hasta con dinero llegaron porque no querían que fuera yo agente municipal, pero perdieron. El presidente municipal se molestó, nada más me tomó

protesta y se fue, ni siquiera se quedó a comer, ni el acta hizo. Ya después se la llevé a Temascal, nos dieron las credenciales y empezamos a organizarnos.

Cuando entré no había nada en la agencia municipal, estaba tan mal que hasta le entraba agua. Tuvimos que buscar sillas, un escritorio, computadora, aparato de sonido, teléfono, radios de comunicación para los policías, etcétera. Primero le pedí apoyo al presidente municipal y no me dio nada, entonces lo fuimos consiguiendo con amigos y con la misma gente del pueblo que colaboró. Con un amigo conseguí pintura para la agencia y el salón social; un señor del pueblo que se llama Fidel Bolaños Hipólito, que vive en la Ciudad de México, donó un equipo de radio para los policías; otro muchacho me mandó unas cachuchas también para los policías y otro señor puso mil pesos para que compráramos sillas. Así fuimos consiguiendo todo lo que se necesitaba.

El primer compromiso que hice fue poner orden en la comunidad. Les dije que iba a haber orden, disciplina y respeto, que se iba a castigar parejo a quien cometiera algún delito, sin coqueteos, sin corrupción. Le dije a mis policías que si alguno fallaba se iba a la cárcel porque éramos los encargados del orden y de impartir justicia; que si yo hacía algo malo también podía entrar a la cárcel. Luego cité a la gente que estaba haciendo el desorden, uno por uno. Citaba al ratero, a sus hijos y a sus papás, a la familia, pues. Nos llevamos como una semana en eso porque eran muchos. Llegaban y los terapeaba, les decía: "Miren señores, aquí yo soy la autoridad, no es por gusto sino porque así lo decidió la asamblea y pues vamos para adelante, a trabajar. Vamos a calmar esto porque ya se está desbordando, está feo y ya están hablando mal de nosotros, ya cuando ven a alguien de Piedra de Amolar dicen que es malo y eso está mal. ¿Qué ejemplo vamos a dar así a los hijos, a los nietos?". Y les decía que la justicia se iba a aplicar allí mismo, ya no los iba a mandar a Temascal con el síndico o con el agente del Ministerio Público.

Como a los ocho días de que estaba yo como autoridad cayó el primer canijo que había robado y me amenazó, dijo que me iba a matar. Lo metimos a la cárcel, reuní a los señores del pueblo, les dije que no iba a dejar que me mataran y que al otro día íbamos a sacar a pasear al delincuente. Al día siguiente lo saqué y lo llevamos lejos, con el pueblo detrás; luego fuimos a la casa de los otros rateros y de ahí rumbo a Jalapa de Díaz, ya fuera del pueblo, siempre con la gente detrás. Cuando se enteró el presidente municipal se enojó y el Ministerio Público también,

todos estaban en contra mía, pero les dije que la justicia del gobierno nunca había funcionado, que si cuestionaban lo que hacía me llevaran a la cárcel, pero yo iba a defender siempre los derechos colectivos de mi pueblo y no los derechos personales de un cabrón. Así empezamos a frenar la delincuencia y llegó la paz. La gente ya dormía tranquila, ya podía uno andar por el pueblo en la noche y se acabaron los robos, ya no se robaban los guajolotes, los cochinos o los borregos.

Desde el principio hice una reunión con todos los maestros de todos los niveles y les dije que iba a haber respeto y coordinación con ellos, que los iba a apoyar en lo que necesitaran, pero que tenían que trabajar, porque se iban cuando querían y trabajaban como querían. Les dije: "Ustedes son de la sección 22 y hablan de lucha, entonces demostremos eso con hechos". Poco a poco fueron entendiendo. Empezamos a hacer faenas para limpiar, arreglar la entrada a la comunidad, pintar la iglesia y otras cosas que se necesitaban. Reuní a los transportistas y a la gente que tenía carro para que cooperaran y compraran grava para arreglar el camino; le pedí al presidente municipal de Jalapa de Díaz –porque el de Soyaltepec nunca nos dio nada– que nos apoyara con unos viajes de grava y que nos prestara la máquina para el camino; así, con la cooperación de la gente, pudimos arreglar y hacer muchas cosas. También conseguí la pavimentación de un kilómetro de la calle que entra al pueblo y gestioné con el gobierno estatal el techado de la cancha de la escuela, pero ese salió después, apenas lo estamos haciendo.

Cuando se acercaba el día de la fiesta no había dinero, entonces le pedí a la gente que cooperara y juntamos algo para contratar dos grupos musicales; los presidentes municipales de San Pedro Ixcatlán y de Jalapa de Díaz me regalaron juegos pirotécnicos y toritos, cosa que nunca habíamos tenido en las fiestas de Piedra de Amolar. Todos decían que era la mejor fiesta que se había hecho en el pueblo. Antes de arrancar el baile le dije a la gente que por favor hiciéramos que el acto fuera un asunto de convivencia, sin peleas; que se tomaran sus cervezas pero no dejaran que la cerveza los tomara a ellos. El baile salió muy bonito, nadie peleó y, por lo tanto, nadie cayó en la cárcel.

Desde que salí del cargo y hasta la fecha la lucha que traemos como FIPI es contra los altos costos de la energía eléctrica, un problema que sigue presente. Seguimos con la idea de unir a los presidentes municipales y estamos trabajando en coordinación con ellos, porque todos los municipios le deben cantidades millonarias a la CFE y ningún presiden-

te puede pagar completamente esa deuda, pues no se tiene un rubro de donde se pueda tomar ese dinero; el raquítico presupuesto que le llega a los municipios viene etiquetado y no incluye eso, entonces la deuda va creciendo. También a la gente le llegan recibos altísimos, algunos de miles de pesos.

No solamente estamos peleando eso, tenemos un gran proyecto que incluye darle más vida a las presas, programas de reforestación, salud, educación y en general servicios eficientes. Es una cuestión de justicia, porque es paradójico que los habitantes de la zona dieron todo, tierra, vida y cultura a cambio de nada, sólo promesas incumplidas e injusticia. No puede ser que después de décadas sin beneficios en la región siga latente el problema de la injusticia. Por ejemplo, desde que se construyó la presa a La Raya, Ixcatlán, le deben 270 hectáreas que quedaron bajo el agua y a Piedra de Amolar 93. Llevamos más de 70 años en el olvido y eso es una burla para los mazatecos y chinantecos de parte del gobierno federal.

Por eso nosotros decimos que esta lucha tiene que estar bien planteada y es lo que estamos haciendo, en coordinación con los presidentes municipales. Tenemos un documento de gestión grande que presenta toda la historia desde que se construyó la presa Miguel Alemán, todo el daño que nos hicieron y todo lo que nos deben, junto con una serie de propuestas. Lo vamos a entregar al INPI (Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas), al presidente y a las instituciones involucradas. Estamos diciendo: "Aquí nos duele y pues el dolor cuesta tanto, repárennos el daño, se trata de resarcir el daño que se le ha ocasionado a los mazatecos y chinantecos de la región". Dicho documento se denomina: "Las Deudas Históricas del Estado Mexicano por la Construcción de las Presas Miguel Alemán Valdés (Temascal) y Miguel De la Madrid Hurtado (Cerro de Oro)". Estamos en 2021, a más de 70 años. Subsanar los daños procedentes del etnocidio y ecocidio sería un acto de paz con justicia social y humano. ¡La lucha sigue, sigue y sigue!

Juana Vásquez Vásquez

Soy Juana Vásquez. Nací en la comunidad de Villa Hidalgo Yalálag en 1944. Mi papá era mixe y mi mamá zapoteca de la comunidad, ella era monolingüe, no hablaba español, pero mi papá hablaba mixe, español y zapoteco. Yo crecí en el campo, mi papá tenía terrenos en Tierra Caliente con muchos árboles frutales, ciruelas, mangos, papayas, plátano y limones, íbamos a cargar nuestra canasta de fruta hasta allá, caminábamos como dos horas. Luego salíamos temprano a vender en los pueblos vecinos y en esa época todavía existía el trueque, cambiábamos la fruta por huevo, tortillas, ejotes, mecate o lo que fuera, mi mamá decía que todo se necesitaba; llegábamos a la casa con un montón de productos para comer.

Cuando cursé la educación primaria estaba totalmente prohibido hablar el zapoteco, si alguien pronunciaba una palabra en zapoteco lo sacaban del salón, de castigo le ponían una piedra en la mano y lo dejaban un rato en el sol, nos decían que teníamos que hablar español porque si no íbamos a seguir siendo pobres, pero yo digo que ahora hablo español y sigo siendo pobre. Mientras estaba en la primaria trabajé con un comerciante muy conocido en la comunidad que tenía amistad con mi mamá. Le hacía mandados y me ganaba mi caramelo, también cuidaba a su hija y barría la tienda. Tenían mucho dinero y a veces lo dejaban tirado, yo lo recogía y lo ponía en la mesa porque mi mamá siempre me decía que jamás tomara una cosa ajena, que era mejor pedir que tomar, entonces me tenían mucha confianza. Jamás me regalaron un lápiz o un cuaderno, pero me ganaba la comida, que era lo importante. Ahí pude ver cómo comerciaban, cómo recibían mercancías y eso me motivó a estar allí y aprender el español. A este comerciante le llegaban

periódicos como *Excélsior*, *El Universal* y otros y yo los leía. Con ellos mi gran premio fue que me llevaron a Oaxaca en avioneta, porque en ese tiempo era lo que daba servicio de transporte para los que tenían dinero o cuando había alguien enfermo así lo sacaban de la comunidad.

Seguí trabajando con comerciantes, fue una experiencia bastante dura ver cómo se movían y cómo se enriquecieron. Luego me fui a la región mixe a trabajar con una señora que se dedicaba a la compra y venta de café, por una deuda que tenían mis padres; se practicaba mucho la usura y habían solicitado un préstamo, pero los intereses estaban generando más intereses. Mi papá iba a Zacatepec Mixe a vender estampas y velas, un día nos llevó a mi hermano y a mí, eran dos días caminando para llegar a esa población. Cuando mi padre estaba en su puesto vendiendo llegó la señora a cobrarle, como no tenía para pagarle le pidió que se quedara mi hermano a trabajar con ella pero él no quiso; le dijo a mi madre que me quedara yo y me quedé, tenía como nueve años. La señora me enseñó cómo pesar el café y guardarlo en los costales, era analfabeta pero sabía bien cómo controlar el envío de sus costales, cada viaje que hacía marcaba con cal en la pared los quintales que salían para Yalálag y me pedía que lo apuntara en un papel. Así pagué la deuda que teníamos con la señora y además conocí la cultura de Zacatepec Mixe.

Terminé la primaria en 1958 y no tuve oportunidad de continuar estudiando, seguí trabajando y luego decidí irme a México, para ver cómo le hacía para terminar la secundaria. En ese tiempo se hacían dos días de camino de Yalálag a Tlacolula, donde ya había transporte, llegué a la ciudad México en tren. Mi primo me consiguió pronto un trabajo en casa porque era la única forma, como no conocía la cultura de la ciudad la alternativa era esa. Por suerte mía caí en casa de un pintor que se apellidaba Del Río, un artista que tenía su biblioteca llena de libros de grandes pintores como Rembrandt y Picasso; en mis ratos libres los agarraba y los leía, él me dijo que podía tomar lo que quisiera. Mientras estaba trabajando con esa familia se mudaron a vivir a la Zona Rosa, porque el señor abrió allí una galería. Me pidió que le ayudara a atenderla y le pedí permiso para ir a estudiar inglés, porque los clientes eran casi todos extranjeros. Cerca de la casa estaba el Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales y allí iba en las tardes. Se me hizo muy fácil aprender el inglés porque hablaba el zapoteco, un poco de la lengua mixe y español. Pasó el tiempo, hubo muchos

problemas con esa familia y decidí regresar a Yalálag, ya tenía 28 años y no había logrado cursar la secundaria, pero seguía con la inquietud de llegar a la universidad.

Cuando volví todavía estaba funcionando la escuela secundaria particular incorporada Benito Juárez, que se inauguró en 1959 por iniciativa de un grupo de maestros comprometidos y padres de familia que venían luchando por la educación. En 1972 ya estaba en las últimas, pero la volvimos a levantar con otras dos generaciones, aunque no teníamos maestros para todas las materias. Faltaba un maestro de inglés, revisé el programa y vi que yo lo podía dar. Así fue que cursé la secundaria ya a los 28 años, dando clases y estudiando a la vez, aunque las clases no eran remuneradas. El director de la escuela tuvo que hacer trámites y pedir permiso a la Secretaría de Educación Pública para que pudiera yo estudiar, porque había pasado el límite de edad para entrar a la secundaria. Estando ahí en Yalálag acudíamos a la autoridad municipal para solicitar su apoyo con material didáctico y libros, pero no estaba en sus prioridades la educación, entonces hacíamos bailes para conseguir recursos para todo lo que se necesitaba. Ahora me da risa cada vez que me acuerdo, porque teníamos que bailar con los muchachos y con los señores porque cuando pasábamos a cobrarles decían que no tenían con quién bailar, entonces bailábamos con ellos para que pagaran. Pero yo me preguntaba cómo era posible que tuviéramos que hacer eso para solventar los gastos, mientras los funcionarios sólo desviaban recursos y la educación no estaba en sus prioridades. Así tenían a los pueblos, sin educación secundaria, era duro. Los pueblos no hemos desaparecido porque siempre buscamos la forma de proveernos de recursos para solventar las necesidades más urgentes, pero no alcanza para que los hijos estudien, por eso la gente no se queda con los brazos cruzados y muchas familias se ven obligadas a emigrar hacia la ciudad.

Mientras estaba en la secundaria, como ya tenía conciencia de lo que pasaba en la escuela y de cómo la autoridad no atendía, decidí participar en 1974 en promover la participación de las mujeres en las elecciones municipales. Es importante destacar el papel que jugaron ellas en la lucha contra el cacicazgo. Me buscaron las señoras de avanzada edad, junto con una madre joven, para suplicarme que las acompañara en los aparatos de sonido para invitar a las mujeres a la elección de la autoridad. Dijeron: “Necesitamos tener mayoría para que reconozcan a nuestro presidente municipal”. Por primera vez participaron las mujeres en

una elección local, pero los funcionarios no reconocieron a nuestro candidato. Ese mismo año tuve la oportunidad de ir a Chiapas con unas religiosas que estuvieron en Yalálag, cuando se organizó el primer congreso indígena que convocó don Samuel Ruiz. Ahí me di cuenta de la situación de los pueblos en Chiapas, era muy deprimente porque hablaban de cómo les habían quitado sus tierras, de que los finqueros tenían el control de todo y había peones acasillados. Vi también cómo don Samuel había aprendido su lengua y hablaba con la gente, pensé: qué maravilla de obispo, no como los nuestros que sólo cobraban por los sacramentos.

Acabé la secundaria en 1975 y me fui a México a continuar estudiando. Hice mi examen para entrar al Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) Vallejo y a la vez a una escuela de trabajo social; me aceptaron en los dos, entonces iba en la mañana a una y en la tarde al otro, mi hermano me apoyó mucho. Terminé los dos y pasé a estudiar medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ya cuando estaba en la carrera me empezaron a llamar las compañeras y algunos compañeros de Yalálag para que me regresara, porque necesitaban que apoyara a las mujeres que estaban en la lucha. Lo pensé mucho y hablé con varias jóvenes de la comunidad que estaban también estudiando en la Ciudad de México, porque allí nos reuníamos y teníamos un grupo cultural. Me insistieron en que regresara y dijeron que ellas terminando la carrera también volverían a la comunidad, entonces me regresé. Todavía un año después hice el intento de seguir estudiando, pero no pude porque se necesitaba mucha constancia, entonces mejor dejé la carrera porque consideré importante la lucha que habían emprendido las compañeras, sobre todo en el tema de la educación.

Regresé y me incorporé con las compañeras. Eran muchas y ya estaban organizadas porque sentían mucho cómo habían sido golpeados sus compañeros. El día 29 de diciembre de 1980 se había acordado con el Departamento Jurídico del gobierno del estado que el 31 de diciembre se iba a realizar un plebiscito en Yalálag. Así fue como más de 400 mujeres, hombres, jóvenes, ancianos y niños nos congregamos ese día a temprana hora en el atrio de la iglesia de San Juan Bautista, ubicada en el centro de la población. Estábamos a la espera de los representantes de gobierno para llevar a cabo dicho plebiscito cuando, ya en la tarde, llegó un telegrama diciendo que se suspendía, entonces las mujeres mayores de edad determinaron la toma pacífica del palacio municipal.

Dijeron: "Ahora que tenemos suficiente maíz y frijol hay que resolver este problema, podemos permanecer allí los días que sean necesarios hasta que nos hagan caso". Luego se encaminaron hacia el palacio, acompañadas de todos los presentes. Adentro no había gente y nos instalamos en la planta baja. Las compañeras, enojadas por tanto engaño del Departamento Jurídico, permanecimos ocho días en la toma del palacio y salían comisiones de mujeres y hombres a negociar con el gobierno del estado. En todo este proceso me pedían acompañarlas.

El 8 de enero de 1981 impusieron una autoridad de coalición. La expresión comunitaria aceptó esa determinación porque amenazaban con enviar una junta de administración civil y además para empezar a atender las demandas más sentidas de la comunidad, como eran la educación, salud y comunicación, las más urgentes. En todo el proceso mi papel fue de interlocutora con el exterior y de traductora. La lucha que se dio fue sumamente importante, también hay que comentar que había mucho machismo y en el momento en que participaron las mujeres los hombres entendieron un poco la situación, empezaron a tener conciencia de la importancia de la participación de ellas en la lucha y en la cuestión política. Entonces ya dejaban ir a la esposa, por ejemplo, cuando había que ir a alguna comisión a la ciudad de Oaxaca o cuando la Unión de Mujeres Yalaltecas tenía una reunión.

En los 80 estuvimos todos en la gestoría, porque así se hacían las cosas antes, había que hacer el pliego petitorio e ir a cada dependencia a llevar la solicitud. Las recibían pero no hacían caso, entonces teníamos que hacer grandes recorridos para abordar al gobernador en algún lugar en el que supiéramos que iba a estar, porque en el palacio de gobierno nomás no se abrían las puertas para los indígenas. Le presentábamos los documentos y decía que iba a hacer algo, pero no hacía nada. Si sabíamos que venía el presidente de la República a Oaxaca también íbamos a tratar de entregarle nuestro pliego petitorio. Recuerdo una vez que vino De la Madrid e hicimos un documento donde se señalaban las necesidades y los problemas de la comunidad; cuando llegué al acto alguien del equipo del presidente me preguntó si iba a participar y si llevaba algún documento. Le respondí que sí y me dijo que lo leyera; me pidieron que le quitara una parte donde decía que los presidentes tenían a los pueblos olvidados o algo así. ¿Cómo lo iba a quitar o cambiar si había sido un acuerdo de todos ponerlo? Les dije que no y me salí.

En esa época las mujeres de Veracruz empezaron a reunirse para reflexionar sobre las causas de la situación deprimente de las campesinas y constituyeron la Coordinadora de Mujeres Campesinas del Sureste de México. Empezaron con encuentros cada año en diferentes estados para analizar la situación que privaba en la vida de las mujeres indígenas y campesinas. Me tocó asistir a uno en San Cristóbal de las Casas y a otro en Veracruz; luego se hizo uno en Yalálag, en 1985. Ahí dijimos que se tenía que cambiar el nombre de la organización porque ya no solamente era de campesinas, entonces se le puso Coordinadora de Mujeres Campesinas e Indígenas del Sureste de México y con ese nombre siguió trabajando. Fue una experiencia importante, porque ayudó a las compañeras a darse cuenta de lo que eran capaces de hacer si se organizaban.

La Unión de Mujeres Yalaltecas trabajó hombro con hombro con los hombres en todas las obras que se llevaron a cabo, como la construcción de un local adecuado para la clínica, escuelas y la reparación del palacio municipal. Luego las mujeres empezaron a tener cargos en el ayuntamiento, aunque generalmente eran las solteras a las que nombraban, porque decían que las casadas no podían por el trabajo en el hogar. Yo pienso que las mujeres casadas pueden desempeñar cargos importantes en el cabildo municipal, los hombres tienen que apoyar y asumir las tareas de la mujer. A mí me tocó ser secretaria municipal en 1987. De mediados de los 80 a los 90 se dio un gran movimiento a nivel mundial por los 500 años de la llegada de Colón a América, yo participé poco en los eventos, pero estuve en 1992 en un simposio que organizó el hermano Floriberto Díaz en Santa María Tlahuitoltepec, en la región mixe.

Donde sí estuve fue en los Diálogos de San Andrés, con los zapatistas. No sé por qué me llamaron a participar, yo creo que fue por la visita que hice a Chiapas en 1974. Fuimos varios compañeros, yo fui la única mujer de la región que asistió, del estado fueron más. Estuvo muy interesante, porque aquí llevábamos otra forma de vida y vi la explotación que sufrían los hermanos zapatistas. También estuve en la creación del Congreso Nacional Indígena (CNI) y en varios de sus eventos. En esas reuniones uno se da cuenta de las limitaciones que se viven en cada región del país y va entendiendo que hay algo mucho más arriba que está tratando de controlar a los pueblos, de tenerlos marginados. Allí es donde ves que tenemos que estar preparados porque de otra manera no

podemos plantear nuestras demandas, por eso niegan la educación a los pueblos, para que la gente no exija sus derechos.

En 1998 vino el golpe, cuando nos sacaron del ayuntamiento. Desde Oaxaca ordenaron la desaparición de poderes en nuestro pueblo indígena, decían que la autoridad que teníamos no era legítima y mandaron a un señor llamado administrador, ajeno a la vida comunitaria. Eso no fue casual, porque ese año se incrementaron los recursos municipales y el grupo contrario lo sabía. Ese administrador taló los árboles que había delante de la iglesia que estaban muy bonitos y hasta la fecha sigue la iglesia pelona. De ahí empezaron a hacer todo lo que querían hasta el 2000, cuando hubo un enfrentamiento y como consecuencia un muerto y varios encarcelados. La expresión comunitaria en ningún momento planeó una lucha violenta, las demandas se hacían con documentos avalados por el Consejo de Ancianos y la Unión de Mujeres Yalaltecas.

Hasta antes del golpe todo el trabajo se hacía a través del ayuntamiento, el trabajo de la construcción de escuelas, clínicas y todo lo concerniente a la vida comunitaria, participaban mucho las mujeres, los hombres, los ancianos, los jóvenes y los niños. Todo era en beneficio de la comunidad, pero después de que llegó el administrador de Oaxaca toda la gente se decepcionó. La visión de las compañeras mayores de edad en ese tiempo fue muy importante, tenían claridad de la situación política de Yalálag porque ya la habían vivido anteriormente, hoy todas ellas están bajo tierra, descansando, pero prendieron la vela de la esperanza. Como Unión de Mujeres Yalaltecas empezaron por echar a andar un molino comunal, porque el que había era de la parte contraria y las maltrataban cuando llevaban a moler su nixtamal. Determinaron entre ellas cooperar, compraron el molino y luego empezó a funcionar, después decidieron comprar un local para tener un espacio propio no sólo para el molino, sino para reuniones y actividades. Había un terreno en venta en un buen lugar, a la orilla del camino, y teníamos en el banco el dinero de un proyecto que habíamos gestionado para una tienda comunal que no se pudo hacer; con eso, con cooperación y préstamos se compró.

Las mujeres jóvenes, que tenían entre 20 y 30 años, consiguieron tierra en el barrio de Santa Catarina y empezaron a hacer adobes, sacaron como cinco mil para construir, sólo que se necesitaban recursos. Una amiga me llamó y me invitó a ir con ella a ver a Josefina Vázquez Mota, que era secretaria de Sedesol (Secretaría de Desarrollo Social),

entonces fui y presenté el proyecto para la construcción. Le gustó mucho, pero dijo que como estábamos a finales de año no había recursos, aunque a mi amiga sí le dio porque ya la conocía. Me regresé, pero llegando a Oaxaca encontré a una amiga que venía de Estados Unidos; estaba acompañada de la directora de la Fundación Alfredo Harp Helú y les empecé a platicar de mi viaje a la Ciudad de México. Ese mismo día me informaron que la fundación iba a apoyar el proyecto de la Unión de Mujeres Yalaltecas.

Así se empezó a construir la casa, el dinero destinado para un piso alcanzó para dos, porque hubo buena adminisración de los recursos y todos echaron la mano; la expresión comunitaria cooperó muchísimo en la construcción, reprodujeron lo que se había hecho en el ayuntamiento. Así fue que se hizo el Centro Cultural Zapoteco Uken Ke Uken. Al terminar la obra vieron la necesidad de ponerle tejas, pues esto significaba recuperar la tradición de usarlas en los techos. Las compañeras de la unión se encargaron de buscar al maestro tejero y organizar todo el trabajo, desde la construcción del horno. Todo mundo se acercó al lugar donde se estaban preparando las tejas para ayudar a ponerlas, fue una gran convivencia. El centro tiene una biblioteca con una buena cantidad de libros y ahí está la banda de música, se hacen talleres y cursos de distintas ramas cuando alguien se ofrece; por ejemplo, vinieron unas compañeras de México y dieron un curso de encuadernación para los niños, otros vienen a dar talleres de lectura o pintura. Con la migración muchos de nuestros jóvenes se han ido al extranjero y quedamos pocos atendiendo el centro, ahora estamos abriéndolo por las tardes, pero tenemos la esperanza de que llegue una generación de jóvenes a revitalizarlo. Yo abro la biblioteca en las tardes, en la mañana no hay nadie porque los niños están en la escuela.

En 2011 fui regidora suplente de educación, fui nombrada en la asamblea comunitaria. Ahora, desde hace muchos años, me dedico a la paleografía y traducción de documentos coloniales escritos en lengua zapoteca, básicamente de los siglos XVII y XVIII. La paleografía es difícil, pero se entiende lo que dicen, hay muchos documentos en Oaxaca, aparte están los del Archivo General de la Nación y los del Archivo de Indias. A veces me pregunto cómo es posible que nuestros abuelos en ese tiempo, tan pronto aprendieron el alfabeto latino, registraron lo que veían, lo que oían o de lo que eran víctimas cuando eran acusados de idolatría. Los antepasados sufrieron mucho con los españoles, a pesar de tantas

injusticias presentaban sus documentos en lengua zapoteca, para denunciar al alcalde mayor porque los tenían encarcelados injustamente y a través de escribanos se redactaban sus testamentos; en cambio, en tiempos de más civilización eso ya no se hizo.

Así ha sido mi vida, vivir en el campo es muy bonito pero tiene sus implicaciones, sobre todo en cuanto a las carencias en salud, educación y comunicación, que es lo más duro para las comunidades indígenas, lo demás lo podemos sacar adelante.

Marisol Berlín Villafaña

Soy Sofía Marisol Berlín Villafaña, originaria de la población de Tunkás, Yucatán, antigua zona henequenera cercana a Izamal. En mi casa la cultura maya siempre estuvo a la orden del cada día. Acompañé a mi madre a todos los sitios donde decidió trabajar porque ella fue la primera mujer guía de turistas en Yucatán. Los recuerdos que tengo de mi infancia son en Chichén Itzá, donde me imaginaba que era la princesa maya y me pasaba todos los días en la plataforma de jaguares y águilas frente al llamado castillo o pirámide de Kukulkán, en el cenote o el juego de pelota, siempre con la gente de la comunidad. Luego la acompañé a Tulum, Uxmal y Palenque. Por otro lado, mi padre era médico del pueblo de Tunkás, de la comunidad.

Todo eso me influenció para participar tiempo después en el movimiento indígena. Además, en 1974, cuando tenía yo 10 años, mataron a Efraín Calderón Lara, un dirigente sindical que era mi vecino, y se armó en Mérida una movilización muy grande que selló a toda una generación. En mi casa se hablaba mucho del tema y eso también me marcó. Estoy hecha en la práctica, trunqué mis estudios en la preparatoria. Como preparatoriana en la Universidad de Yucatán empecé a trabajar de voluntaria en Radio Universidad Autónoma de Yucatán, Radio UADY. Ahí produje "Por los caminos del Mayab", una serie que retomaba diversos temas de la identidad maya. Después produje "10 con tema yucateco", programas unitarios dramatizados de leyendas y otros temas históricos. En esa época me vinculé con organizaciones culturales de la península, como la Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües, A. C. (ANPIBAC) y la Organización Popular del Sureste.

En Radio UADY trabajé hasta 1988; en eso a mí y a mi pareja, Carlos Chablé, nos invitaron a trabajar en Quintana Roo en el Sistema Quintanarroense de Comunicación Social (SQCS) en Radio Chan Santa Cruz, emisora bilingüe con sede en Felipe Carrillo Puerto. Allí exploramos hacer una radio comunitaria, con bastante éxito los primeros nueve meses de ese año. Luego se dio una situación de carácter político, derivada de las elecciones de aquel año, que hizo que el proyecto de radio comunitaria abortara. Entonces nos retiramos del SQCS, él tras una desgastante huelga de hambre y yo un año después, pero decidimos quedarnos a trabajar en Quintana Roo como parte de la sociedad civil. A la región se le conocía ya como el corazón de la zona maya y nosotros lo reconocíamos como el enclave de los mayas herederos de la Guerra de Castas, autodenominados masewales.

Integramos el Centro Quintanarroense de Desarrollo (Ceqroode), una asociación civil que trabajaba en proyectos de comunicación y de educación popular con las comunidades mayas en la región. Tuvimos el apoyo de organizaciones como Casa y Ciudad, de la Ciudad de México; ellos nos apoyaron mucho para concretar la asociación civil y buscar un primer financiamiento. Habiendo trabajado con damnificados, Casa y Ciudad tenía bastante experiencia que solidaria y desinteresadamente compartió con Ceqroode.

Estábamos precisamente en septiembre de 1988, ante un despido injustificado de dos miembros de nuestro equipo por represalias políticas, cuando entró el huracán Gilberto, entonces vimos la necesidad de ir a las comunidades a hacer diagnósticos comunitarios y programas de radio que plantearan la situación real de los damnificados. Hicimos eco de lo que demandaban, ¿cómo vivieron el huracán?, ¿cómo querían mejorar sus comunidades?, ¿cómo veían ellos la atención que les estaban dando las instancias gubernamentales? En la misma emisora, Radio Chan Santa Cruz del SQCS, conseguimos una hora a la semana para transmitir los mensajes de las comunidades y al mismo tiempo comenzamos a buscar la forma de que las propias comunidades pudieran tener equipos de sonido que trabajaran como radios.

Paso a paso, con proyectos de Pacmyc,[1] con el dinero de algunos premios que ganamos en ese entonces y con otros recursos, pudimos

[1] En esa época, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias, después renombrado como Programa de Acciones Culturales Multilingües y Comunitarias.

dotar de equipos de sonido a siete comunidades. Llegamos a tener lo que llamamos el Sistema de Comunicación Alternativa en la Región Maya (SCARM). El programa de radio "Nuestra Tierra K-Lu'umi" era el integrador, se difundía en la radio gubernamental y las emisoras de altoparlantes. La gente de la comunidad tenía su propia programación, ponía su música, avisos, saludos y todo lo que se esperaba se hiciera en una pequeña radio comunitaria. La radio artesanal con altoparlantes fue una experiencia que repliqué, porque la conocí en mi pueblo, Tunkás, donde desde las cinco de la mañana en el sonido ya se estaba anunciando que en casa de Fulano había venta de carne de cerdo, que felicidades a la niña Zutanita por su cumpleaños, que hay tamales o panuchos con doña Perengana, etcétera. Era una hermosa manera de cohesionar a la comunidad y en las comunidades de Tepich, Chunyah, Hobompich, Filomeno Mata, Santa María Poniente, Chan Santa Cruz y Trapich no fue la excepción.

Ese mismo año tuvimos la oportunidad de ser invitados a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, por Margarito Ruiz, Antonio Hernández y Araceli Burguete, compañeros que estaban haciendo ya un trabajo en el movimiento indígena. Carlos Chablé, esta servidora y la compañera Margarita Caamal Koyoc tomamos en San Cristóbal talleres de derechos humanos y derechos indígenas que después incorporamos a nuestro trabajo comunitario. Fue también la primera vez que tuvimos contacto con gente de Chiapas, Oaxaca, Guerrero, Veracruz y otras partes. Nuestro equipo había crecido con la participación de Alfredo Pat Chí, Hermelindo Bé Cituk, Gregorio Vázquez, Mario Collí y Mario Tullú, entre otros; nos dedicamos a hacer círculos de radioescuchas en cada comunidad, se comentaban los programas, se reunía la gente, los escuchaba y platicaba sobre eso. Al principio los programas trataban sobre los huracanes y después de que tomamos los talleres en Chiapas fuimos incorporando esos nuevos temas, hablábamos sobre el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, sobre la historia y los problemas cotidianos de las comunidades.

Luego se programaron talleres de capacitación en derechos humanos y derechos indígenas. El equipo siguió creciendo en cantidad, calidad y extensión; se incorporaron varios compañeros más. Nos involucramos mucho en las fiestas, en las manifestaciones culturales, en el mayapax; nos acercamos a los dignatarios de los centros ceremoniales mayas católicos y a quienes desde otras regiones impulsaban el Consejo Mexicano

500 años de Resistencia Indígena, Negra y Popular. Fue un trabajo de servicio a la comunidad muy bonito y enriquecedor. En agosto de 1990 se hizo la primera reunión de lo que sería el Consejo Maya Peninsular 500 años de Resistencia Indígena y Popular. Vinieron compañeros de otros estados a hacer la promoción, entre ellos recuerdo a Juan de Dios Gómez de Oaxaca. Así pues, Ceqroode, los grupos organizados en los círculos comunitarios, los centros ceremoniales y la Unión de Ejidos Productores Forestales de la Zona Maya (UEPF), con sede en Carrillo Puerto que aglutinaba a 16 ejidos de la región, fueron los afluentes que se integraron al Consejo Maya Peninsular. De Yucatán se sumó la gente de Mayaón, donde estaban don Valerio Canché y don Bartolomé Alonso Caamal, que venían trabajando con un grupo de maestros de educación indígena y formaban parte de la Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües. También se sumó gente de Campeche, no recuerdo muchos nombres, pero recuerdo el apellido Ku Herrera.

La segunda reunión fue en septiembre, en Tixcacal Guardia, donde se constituyó formalmente el consejo. Allí se hizo un manifiesto con nuestras demandas y entre ellas estaba el resarcimiento económico, la creación de un banco de recursos para las comunidades mayas, el respeto y la oficialización de la lengua, etcétera. Eran los planteamientos que salían de las bases: nos invadieron, nos conquistaron, ahorita estamos en una situación de desventaja y queremos revertir eso; ¿cómo?, con la organización y con la posibilidad de contar con recursos para el desarrollo propio.

El consejo creció mucho y después, a iniciativa del FIPI, del que éramos parte, se formó la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo. Nosotros seguimos como Ceqroode y trabajamos un proyecto de fortalecimiento de la identidad para consolidar el Consejo Maya Peninsular 500 años de Resistencia Indígena y Popular. Estando en un lugar donde la identidad es algo que se vive y se siente, no teníamos que estar inventando cosas, era simplemente remover un poquito y dar voz a la gente para decir su palabra. Los trabajos que hicimos nos vincularon a la Asociación Mundial de Radios Comunitarias, Amarc. De hecho, Mario Tullú y yo fuimos delegados a la V Asamblea Mundial de Radios Comunitarias, junto con compañeros de XEPET INI, la Agencia Internacional de Prensa India (AIPIN) y otras experiencias radiofónicas indígenas de todo el país.

El Consejo Maya Peninsular 500 años promovió en la región la candidatura de Rigoberta Menchú al Premio Nobel. Entonces se buscaron

firmas y se fue a las comunidades, los abuelos conocían el trabajo de Rigoberta y la respaldaron. Ceqroode tenía vínculos con algunas organizaciones de Guatemala, entre ellas el Comité de Unidad Campesina (CUC), donde militó el papá de Rigoberta, y nos llegaba información de ellos cuando bajaban hasta las comunidades mayas masewales. Varias organizaciones del Consejo Maya Peninsular sufrieron amenazas porque el Estado nos vinculaba arbitrariamente con la guerrilla guatemalteca, con la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria y con quienes se les antojaba. El Consejo Maya no estaba en eso. Incluso se manejó en los medios de comunicación que éramos gente de Genaro Vázquez pero no había tal vínculo, para empezar no era ni siquiera el mismo tiempo.

En esa época de los 80 comenzó la llegada de los migrantes guatemaltecos desplazados por la guerra; entonces los abuelos, los generales mayas, se pronunciaron en varias ocasiones por darles tierras y ofrecer buenas condiciones a los mayas que venían de Guatemala. Por otro lado, había problemas políticos entre los dignatarios, porque algunos estaban en el Consejo Supremo Maya del Partido Revolcionario Institucional (PRI) y otros luchaban por ser reconocidos como centros ceremoniales separados de esa organización, para lo cual vieron en el Consejo Maya Peninsular su espacio propio.

A la movilización de octubre de 1992 fue una gran delegación de acá, obviamente conformada por hombres, eran los compañeros los que asistían a los congresos, encuentros y demás. Las mujeres estábamos más en cuestiones técnicas de producción radiofónica, de diseñar talleres y cosas así. Esa delegación se sentó con Salinas de Gortari a la histórica negociación, punto máximo del movimiento en el aniversario 500 de la invasión española a territorio americano. Entre los planteamientos se solicitó que hubiera una radiodifusora indígena, que se regresara el Centro Ceremonial de la Cruz Parlante a los dignatarios, que se permitiera a los mayas acceder libremente a las zonas arqueológicas y que no hubiera frontera, es decir, que pudieran pasar a Guatemala o a Belice para visitar a sus hermanos y que los de allá no tuvieran problemas para venir acá. En la minuta firmada por los representantes de organizaciones en 1992 se especificaban los acuerdos.

También era la época en que el Consejo Maya y representantes del Encuentro del Águila y el Cóndor se dieron cita en Carrillo Puerto haciéndose las primeras ceremonias no mayas masewales en la región. Por ejemplo, se compartió la medicina wixarika y ceremonias del fuego

procedentes de Guatemala. Se criticó al programa turístico Mundo Maya porque se decía que ya había hecho muchas cosas, pero no había tales y no se tomaba en cuenta a las comunidades. El caso es que en esa época se hicieron muchas actividades. Se organizaron festivales y una gran campaña informativa en los medios tras romper el cerco inicial. Desde la corresponsalía de Notimex, Carlos Chablé y quien aquí escribe desarrollamos un flujo de información importante. Si la prensa local excluía a las comunidades y no se daba la información de lo que sucedía acá, entonces llegaba por el hilo nacional de Notimex, así que ya los medios de aquí la comenzaron a publicar. Luego el *Diario de Yucatán* también nos propuso la corresponsalía del medio regional más prestigiado, donde las autoridades locales o estatales no tenían incidencia.

Recuerdo que en ese tiempo *Novedades de Quintana Roo* jugó un papel importante, pues el corresponsal, Pedro Canché, y el director del periódico llegaron a un acuerdo verbal con el Consejo Maya para publicar semanalmente artículos del movimiento latinoamericano contra el "Encuentro de dos mundos". Con todo eso se fue ganando cierto terreno en los medios y se generó un ambiente diferente en 1992, tanto así que de alguna manera se tuvieron que hacer mesas radiofónicas donde se discutía si se iba a celebrar el encuentro de dos mundos o los 500 años de resistencia; éstas se hicieron en la radio gubernamental que, por cierto, ya no tenía el enfoque comunitario de 1988.

De las demandas presentadas en la movilización de octubre de 1992 se lograron algunas cosas; por ejemplo, algunas iglesias mayas fueron apoyadas con financiamiento para su construcción o conclusión, se construyeron caminos, se compraron más equipos de comunicación, se construyeron edificios para las delegaciones, algunos proyectos productivos, se inició la capacitación de videastas comunitarios en Oaxaca, etcétera. En 1993 y 1994 todavía venían los del Instituto Nacional Indigenista (INI) a negociar con el Consejo Maya, porque decían que tenía que mostrar y reunir a toda la comunidad para que ellos pudieran validar lo que se había firmado en la minuta en la Ciudad de México.

En 1994, cuando surge el zapatismo, el Ceqroode y la UEPF pagaron los platos rotos, porque en nuestra asociación civil hubo un evento intimidador, tipo robo selectivo, pues se llevaron equipo con información, como el fax y el cerebro de la computadora, cortaron cables pero dejaron todo el equipo de grabación y de proyección. Era un mensaje muy claro: "Estense quietos porque se les está monitoreando". A los compañeros

de la UEPF los acusaron de tener armas y les sembraron algunas balas, por lo que metieron a la cárcel a uno de los dirigentes. Todo eso a pesar de que las organizaciones habían colaborado en la integración del plan de desarrollo del gobernador Mario Villanueva, quien respondió con un llamado programa de etnodesarrollo, en el cual pretendía atender a la gente de manera individual y no como grupos organizados. Era un programa para acabar con los avances organizativos logrados hasta entonces. De alguna manera, esa situación de la represión gubernamental por un lado y el zapatismo por el otro desequilibró el proceso local. Sin embargo, se mantuvo la participación de los líderes del Ceqroode, de la UEPF y varias organizaciones del Consejo Maya en los eventos de los zapatistas. Aunque, hay que repetirlo, sólo iban los hombres: era la "división natural del trabajo en la familia y la comunidad". En mi caso iba Carlos Chablé, mi pareja, mientras yo me quedaba en casa dando cohesión y soporte económico a la familia.

Tiempo después fuimos parte de la ANIPA (Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía), como Ceqroode participaba en las discusiones locales sobre los estatutos y demás, pero él era quien iba a las reuniones nacionales. Lo mismo sucedía con otras compañeras en diferentes estados; creo que de eso se desprendió que el movimiento indígena siguiera por una parte como el colectivo general y que por la otra se creara la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (Conami), de la cual soy parte actualmente.

En 1995 tuvimos muchos problemas económicos derivados de políticas nacionales porque se cerraron las puertas a fundaciones internacionales que daban apoyo directamente a las organizaciones y el Pacmyc, por ejemplo, ya no daba tanto apoyo como al principio; yo siento que hubo un bloqueo económico hacia las organizaciones del Consejo Maya Peninsular. En lo personal, entré en una etapa de depresión. Venía trabajando en ese entonces como corresponsal de *Novedades de Quintana Roo* pero, por varios factores, decidí retirarme y hacer cositas por aquí y por allá, caminitos con piedras en el patio de mi casa o simplemente divagar, hasta que un día, después de una plática con mi compañera Miriam Morales, decidí cambiar de actitud. Me acerqué al Partido de la Revolución Democrática (PRD) y busqué la posibilidad de ser candidata a la Presidencia Municipal; lo logré y trabajé afanosamente en el partido para lograr remontar un difícil bache organizativo de 1990 a 1996. La campaña fue bonita, hubo mucha participación, so-

bre todo de mujeres. Era la primera vez que había una mujer candidata; no sé si por curiosidad o por interés genuino en la izquierda salió mucha gente a mítines y visitas. No gané la presidencia, quedé en tercer lugar pero eso me permitió ser regidora de 1996 a 1999 y desde la regiduría se pudo trabajar, siempre por la valoración de la cultura, la lengua maya y la organización comunitaria. Estuve en las comisiones de turismo, participación ciudadana y de salud y asistencia social, era la única regidora con tres comisiones y creo que aproveché bien el puesto y el momento coyuntural tanto en el cabildo, en la sociedad, como en el Partido de la Revolución Democrática.

En las alcaldías[2] de Tihosuco y Chunhuhub, que dependen del municipio de Felipe Carrillo Puerto, por primera vez ganó gente que no era del PRI y tuvimos mucho respaldo de esas comunidades grandes. Además, en ese entonces el PRD capacitó mucho a sus regidores y teníamos asesoría continua por parte del subsecretario de Formación Política, el yucateco Uuc-Kib Espadas Ancona, actualmente consejero nacional electoral del Instituto Nacional Electoral (INE). Para entonces ya éramos parte de la ANIPA y teníamos un diputado local maya que era de esta organización, Rosendo Urich Mis. El gobernador, Mario Villanueva, hizo una ley indígena, quiso ser el primero en el país en hacerla porque ya estaban hablando de eso con los zapatistas en Chiapas y también en Oaxaca, entonces él se adelantó. No fue la mejor, pero la discutimos y la aprobamos, el compañero de la ANIPA fue uno de sus defensores en la tribuna.

Mientras yo era regidora, Carlos Chablé Mendoza se desempeñaba como asesor de la fracción parlamentaria del PRD, que contaba con tres diputados locales, dos de ellos maya hablantes: el compañero Rosendo, principal organizador de la ANIPA en Quintana Roo, e Isaías Gongora Basto, del municipio de Lázaro Cárdenas. Era la época de "la otra campaña" zapatista y, como a muchos otros lados del país, llegaron dos delegados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional a Carrillo Puerto para difundir su causa y hacer proselitismo, a lo cual solidariamente accedimos, se visitó parte del municipio e hicieron asambleas en pue-

[2] En la normatividad de Quintana Roo los municipios cuentan con una cabecera municipal y varias alcaldías, delegaciones y decenas de subdelegaciones que son órganos de ayuda a la administración municipal. Las alcaldías están en las villas con varios miles de habitantes. En Carillo Puerto en 1996-1999 existían únicamente dos delegaciones, Tihosuco y Chunhuhub.

blos y ciudades. Había un avance importante, vinieron un hombre y una mujer jóvenes como nosotros que no se quitaban el pasamontañas ni para comer.

Más o menos en el 2000 los yucatecos tomaron la iniciativa de reunirse con mayas de Guatemala y de Belice y se hizo el Primer Encuentro Lingüístico y Cultural de los Pueblos Mayas de Guatemala, México y Belice en la región Itzá de Guatemala. Después participamos en la organización de una serie de encuentros hasta 2010. El segundo se hizo en Valladolid en 2002, el siguiente en Belice en 2003, luego nos fuimos a Guatemala en 2004 y en 2005 el encuentro se realizó en Felipe Carrillo Puerto. Allí contamos con la participación del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas (INALI), del gobierno estatal y de los ayuntamientos. Fueron 260 delegados de los tres países. Esa vez se solicitó al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) que nos dejara hacer una ceremonia en una zona arqueológica; para ello apelamos a la ley indígena del estado y la delegada del INAH, Adriana Velázquez Morlet, extendió el permiso para hacerla en Cobá. Hicimos una gran ceremonia del fuego sagrado; creo que fue la primera que se pudo hacer en una ciudad sagrada o zona arqueológica, porque en Yucatán no lo permitieron y en Guatemala se hizo junto a la zona, pero afuera. En 2006, cuando el encuentro fue en Campeche, también se hizo dentro de la zona aunque con ciertas restricciones; luego en Belice, como no había legislación al respecto, sí se hizo en el centro de Xunantunich. El décimo encuentro se hizo otra vez en Valladolid y la ceremonia fue en el centro ceremonial vigente de Xocén, "el centro del mundo".

En el 2000 había entrado a trabajar al Instituto Quintanarroense de Cultura (IQC), como parte del equipo de promoción cultural de la Casa de Cultura de Carrillo Puerto. En diferentes partes del país se estaba trabajando el tema de los derechos lingüísticos, y los de Ceqroode-Consejo Maya Peninsular ya estábamos hablando sobre la educación en maya, oficializar la lengua maya y cosas de ese tipo. En ese contexto, Jorge Cocom Pech, de Escritores en Lenguas Indígenas, A. C. (ELIAC), promovió y organizó un encuentro continental de escritores indígenas en Carrillo Puerto. Como resultado de ese evento y de ese trabajo que ya se estaba haciendo en otros estados, la institución se propuso promover la integración de una academia de la lengua maya, entonces encargó al director de la oficina local, Marco Antonio Carballo Tadeo, y a mí lanzar la convocatoria. Entre la gente que respondió estaban

varios que habían sido parte del Consejo Maya Peninsular de los 500 años de resistencia. En 2003 quedó constituida la Academia de Lengua y Cultura Maya de Quintana Roo, Acamaya. El IQC ofreció que la academia fuera un apéndice del instituto, pero en asamblea se tomó la decisión de trabajar como sociedad civil. Era el camino más difícil porque había que buscar financiamiento y pugnar por mantener la autonomía e independencia económica del organismo. El primer presidente de la Academia Maya fue el profesor Martiniano Pérez Angulo y esta servidora la tesorera; trabajamos en armonía y con buen rumbo de 2003 a 2008 aproximadamente.

En ese tiempo estaba el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en el estado, concretamente en un proyecto de apoyo a la Reserva de la Biósfera de Sian Ka'an y subvencionaron dos proyectos, uno a la academia y otro a Ceqroode. El de la academia consistió en hacer una investigación para un breve compendio de biodiversidad y toponimias de la reserva de la biósfera y ahí siguieron llegando compañeros, sumándose como promotores comunitarios que se mantienen trabajando como promotores culturales. El proyecto de Ceqroode fue para hacer difusión de los proyectos comunitarios que existían en la región como experiencias organizativas. Ceqroode compró tiempo en medios de comunicación y se produjeron programas bilingües. Cuando el personaje hablaba en maya se le ponía voz en primer plano en español y si hablaban en español se ponía la voz en primer plano en maya. Entonces se notaba que estábamos diciendo lo que decía la gente, no lo que se nos ocurría a nosotros, era un trabajo de transcripción y traducción significativo que aumentó la confianza en el trabajo de nuestro colectivo.

Otro de los pilares del trabajo fueron los convenios con el IQC que se hicieron con la academia para la creación de la revista *Nikte' T'aan*, "Palabra en flor", en la que participaban editores, escritores, poetas, caricaturistas y artistas de varias disciplinas, muchos de los cuales venían desde el Consejo Maya Peninsular. Para hacer realidad el periódico tabloide diseñé un diagnóstico con encuestas sobre qué características debía tener la revista, en qué lengua había que hacerla, su nombre, todo se sometió a consulta. De la primera época de *Nikte' T'aan* se editaron 16 números de 17 páginas que se distribuían ampliamente por parte del IQC y la asociación Periodistas Unidos de Quintana Roo. En el IQC, varias formas de comunicación comunitaria y de promoción

cultural pudieron implementarse siguiendo la lógica aprendida durante mi niñez en Yucatán y otros estados. Por ejemplo, cuando yo era niña, en la refresquería de Tunkás se alquilaban cuentos; cualquiera podía leer *Kalimán* por 50 centavos, lo volvías a colgar y luego lo leía otro chico, así podías leer a un precio módico cuanto quisieras o lo permitiera el bolsillo. Entonces, se promovió en la casa de la cultura poner un tendedero con revistas nuestras como *Nikte' T'aan* y otras como *National Geographic*, *Muy Interesante*, revistas de arquitectura, cine o infantiles y la gente llegaba a leerlas. Eso le gustó mucho a la directora y lo exportó a otros centros culturales del estado. El hilo blanco es difícil de inventar, pero retomar lo que la comunidad genera es altamente gratificante y eficaz.

En 2002 me llamaron al Congreso de Quintana Roo pues era diputada suplente, así que, cuando algunos compañeros perredistas decidieron buscar candidaturas, a dos compañeros y a mí nos tocó estar unos tres o cuatro meses. Entró también Tulio Arrollo Marroquín, un luchador social vinculado a la defensa del parque Ombligo Verde en Cancún, y César Castro Sahuí, un antropólogo que venía de un liderazgo en un sindicato de taxistas. Cuando asumimos ya estaba todo integrado, todo encarrilado y era poco lo que podíamos hacer con autonomía. Aprendimos mucho y pasamos por mil cosas, en algún momento nos rebelamos a la coordinación parlamentaria, pues ninguno de los tres nuevos diputados veníamos del trabajo partidista sino de movimientos sociales. Pero logramos algunas cosas interesantes, como que Carrillo Puerto tuviera un recurso específico que se le restó a la partida que manejaba el gobernador de manera discrecional, etiquetado para desarrollo económico en la zona maya. Fue algo extraordinario, quizá derivado de que en ese momento había tres diputados de Carrillo Puerto: el de mayoría, Marcelo Carreón, aquel miembro de la UEPF que en los primeros momentos del zapatismo había ido a la cárcel para intimidar y desalentar el trabajo organizativo; otro del Partido Acción Nacional, Felipe López Meneses, con quien me tocó competir cuando la candidatura a la Presidencia Municipal; y yo como plurinominales. Entonces había una real representación del municipio maya en la novena legislatura estatal.

Terminada la encomienda en el Congreso local, en respuesta a una convocatoria del PNUD, me integré junto con dos compañeros de Carrillo Puerto a aprender cuestiones de gestión de riesgo, que es un tema que cambia la perspectiva de la vida. El asunto de saber el ciclo de los

desastres, dónde puedes intervenir y cómo, permite generar más incidencia y logramos hacer la Unidad Micro Regional de Atención a Contingencias, con sus planes de desarrollo para las cooperativas pesqueras y para otras organizaciones. En 2003 y 2004 tuvimos una fuerte participación en las primeras decisiones que se tomaron en el INALI. En 2003 se aprobó la Ley General de Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas, pero no pasó nada; no se había publicado ni habían hecho el nombramiento para dirigir el instituto. Cuando vino el presidente Fox a Felipe Carrillo Puerto, la Academia Maya hizo todo un operativo en el que, a cada paso que daba, recibía una carpeta donde se le cuestionaba sobre el asunto. A los tres días de su visita se publicó la ley y en ella se marcaban 90 días para nombrar titular del INALI, cosa que tampoco sucedió. Entonces aprovechamos el Encuentro Lingüístico y Cultural de los Pueblos Mayas de Guatemala, México y Belice, que fue en Guatemala, para pedir a las organizaciones que participaron que nos respaldaran para solicitar al gobierno mexicano que se nombrara ya un director del INALI.

Regresando se elaboraron los documentos y se enviaron al Senado, a la SEP y a la Presidencia de la República; en poco tiempo ya nos estaban llamando los que querían el puesto. El primero que nos llamó pidiendo nuestro apoyo fue Javier López, pero nosotros ya teníamos nuestro candidato, Fidencio Briceño Chel. No quedaron ni Javier ni Fidencio, sino Fernando Nava, pero de alguna manera nos miró con respeto, trabajamos bien con él y así fue que apoyó el encuentro de pueblos mayas que se hizo en Carrillo Puerto y otras propuestas de la organización en la península de Yucatán.

Otra lucha importante que se dio en Quintana Roo fue para la integración de la Universidad Intercultural Maya. Como parte del resultado de los encuentros lingüísticos y culturales de los pueblos mayas estaba la demanda de crear universidades interculturales; el tema se trató particularmente en la reunión de 2005. Después se llevó el planteamiento a Xóchitl Gálvez, la directora de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y en 2007 comenzó a funcionar la universidad en el municipio de José María Morelos. Los miembros de la Academia de la Lengua y Cultura Maya de Quintana Roo querían que se hiciera en Carrillo Puerto, pero había una disputa política entre los ayuntamientos y tuvimos que lidiar entre amacharnos en que fuera aquí, no se hiciera o fuera en otro lado. Finalmente acordamos que

fuera allá, dejando abierta la posibilidad de que se hicieran otros campus en Carrillo Puerto o en otros municipios. Cuando inició la Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo le dieron un espacio físico a la academia, eso fue como un reconocimiento importante a su incidencia en la creación de la universidad, además de que permitió que se mantuviera el trabajo de la academia fuera de Carrillo Puerto, donde está la sede oficial.

De 2018 a la fecha colaboro en la Conami local. El equipo liderado por la licenciada Maritza del Carmen Yeh Chan, una joven muy activa que ahora es coordinadora de la región sur-península, y por otras compañeras jóvenes que están vinculadas con el Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas (ECMIA), busca enfocarse hacia el trabajo comunitario, el fortalecimiento de mujeres jóvenes y su capacitación como líderes, trabajan para abrir una Casa de Atención a la Mujer Indígena (CAMI). La Academia de Lengua y Cultura Mayas de Quintana Roo, Asociación Civil, me ha dado la oportunidad por dos periodos consecutivos de ser su presidenta, mi encomienda incluye hasta 2022; en este periodo se celebrará el vigésimo aniversario de la organización, que pretende ser una institución lingüística y sociocultural maya con autoridad moral y científica, que instrumente políticas públicas de desarrollo integral sustentadas en la visión holística del pueblo maya y vigile su aplicación con la participación de los demás sectores de la sociedad quintanarroense. Suena fácil, pero la ruta es larga y sinuosa. Los trabajos de la Academia Maya ocupan el tiempo que no estoy en el trabajo oficial remunerado. Soy administradora de la Radio Chan Santa Cruz del SQCS. Vueltas que da la vida, regresé a la institución que me hizo dejar mi entidad federativa de nacimiento para venir a Quintana Roo.

Tengo dos hijos y una hija. Mi trabajo como madre lo pasé ya con buenas calificaciones, como miembro de una familia de la cual no me puedo quejar. Mi hija mayor es parte de una organización que trabaja con jóvenes en temas de salud sexual y reproductiva; es maestra de preescolar con maestría en Educación Intercultural y una excelente mediadora de lectura y tallerista. El mediano, el mayor de los hombres, es egresado de la Universidad Intercultural Maya de José María Morelos en la carrera de Lengua y Cultura; es músico y es maestro de lenguas; habla muy bien el maya, el español y el inglés y hace canciones de reggae en los tres idiomas en un grupo emblemático que, con el nombre de Chan Santa Roots, pone

en el mapa del mundo a su comunidad Santa Cruz X Báalam Naj –"La casa del Jaguar"– en festivales internacionales. El más joven de los tres actualmente es subdirector de cultura del ayuntamiento de Carrillo Puerto, es un excelente gestor cultural manejador de las TIC, además de un trovador que da a conocer las leyendas de su región. No siempre me vi tan rica en experiencias y en el contexto familiar como ahora.

Mi vida dio un vuelco radical hace unos años. De haber estado en dos mundos al mismo tiempo, como acompañante de procesos sociales y responsable de la economía y estabilidad familiar, un día me vi con la posibilidad de entrar al mundo de las mujeres independientes, autónomas, con un control absoluto sobre su cuerpo-territorio. Altas expectativas y temores se me presentaron a torrentes y en cascadas. Desorientada, errática, deprimida en los primeros momentos, pasé meses hasta que una tarde bajo el signo de Aj –el retoño– decidí cambiar. Me reconcilié con parte de mi tribu e hice caso a las voces que me animaban a escribir sobre lo que les había llamado la atención de mis conferencias en 2012: hablar de las mujeres durante la Guerra de Castas, rememorar la historia de la Academia Maya, volver a ser parte de algún colectivo sin ser necesariamente la cabeza.

Así empecé a redactar una novela sobre el papel de las mujeres en el siglo XIX, a escribir de Hilaria Nahuat y María Petrona Uicab, heroínas con un soporte histórico, pero son tantas las mujeres de las que no se ha hablado, que sus voces llegaron como remolinos a mi corazón y mi mente. En mis manos depositaron su alma y tomaron cuerpo haciéndose responsables de contar sus vidas. Recientemente terminé la primera versión de mi opera prima. No será la única, ¡de eso estoy segura! Me anima saber que las mujeres, yo incluida, hemos jugado importantes papeles en los movimientos sociales de todas las épocas, pero que estos roles son invisibles por leyes patriarcales y la costumbre de ser parte de todo pero sin conciencia de nuestra gran responsabilidad y capacidad de incidencia.

Estoy en la punta de un tsunami, aprovechando el detonante personal que me hizo revisarme, para evaluar y revalorar el camino de las mujeres mayas y no mayas escrito desde el principio de los tiempos en la Vía Láctea. Debo enfocarme en que no estoy sola en eso, que estamos en el manto nocturno donde se enseñorea la diosa Ixchel, diosa de la luna, la fertilidad y la medicina, con millones de estrellas titilantes, recordando que trabajo por un nuevo amanecer.

Carlos Chablé Mendoza

Mi nombre es Carlos Chablé Mendoza, nací en Mérida, Yucatán, en 1960. El linaje al que pertenezco tuvo raíces que se encontraban en una antigua población maya llamada Chablé que, según la cartografía antigua, se ubicaba entre lo que actualmente son los municipios de Bacalar y Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo. Los ancestros y las ancestras de Chablé migraron hacia Ti'jo', lo que es actualmente la ciudad de Mérida, así que podrían haber sido, junto con otros linajes mayas, habitantes antiguos de ese importante lugar. Mi infancia transcurrió viviendo y estudiando en Mérida, así como en diferentes lugares a donde mi padre debía trasladarse llevando a su familia, pues era empleado de salud. Así, recuerdo mucho Izamal y Maxcanú, lugares importantes de la llamada zona henequenera. Nos establecimos en Mérida cuando mi hermana mayor inició sus estudios de secundaria.

Mi experiencia directa en política comenzó en los años 70; fui, como muchas personas, participante en el movimiento estudiantil de 1974. Entonces tenía yo 14 años, era estudiante de secundaria y recuerdo que me interesó mucho lo que ocurría alrededor de la escuela, estaba en una especie de corredor estudiantil que empezaba desde la Facultad de Ingeniería, pasaba por la Preparatoria número 1 y el lugar que nos concentraba mucho a los chavos era la cancha de futbol de la prepa; luego estaba la secundaria Vadillo. Todo lo que ocurría en ese entonces me llamaba mucho la atención, en ese tiempo había un movimiento estudiantil popular muy fuerte que exigía el esclarecimiento de la desaparición de Efraín Calderón Lara, un líder sindical pasante de leyes que asesoraba la formación de sindicatos independientes, entre ellos el de la universidad. Para el gobierno del estado Efraín, conocido como

Charras, representaba un peligro; lo secuestraron, lo desaparecieron y finalmente lo asesinaron. Apareció muerto cerca de Felipe Carrillo Puerto, rumbo a Chetumal. Esto pasó en febrero de 1974.

Me interesé como muchos jóvenes, comenzó mi militancia en el frente estudiantil y después un poco en el frente sindical. A través de estos frentes llegué a conocer a gente del Partido Comunista (PC) al que ingresé y, después de una experiencia un poco accidentada, pues como jóvenes finalmente no nos gustaba mucho la disciplina partidaria, nos fuimos separando, tomando otros caminos. En el caso mío busqué participar en la construcción de organizaciones que fueran siempre de izquierda pero con un pensamiento menos cuadrado, más libertario. Nos metimos al trabajo campesino y así participamos en el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) y conformamos la Comisión Organizadora Popular del Sureste; en ese proceso conocimos y retomamos la experiencia del Partido Socialista del Sureste (PSS), que construyó Felipe Carrillo Puerto junto con un gran equipo de propagandistas. Aquella era parte de la historia poco conocida de la izquierda y nosotros la rescatamos porque creíamos que era muy importante. La izquierda de ese momento no se interesaba por la historia de la izquierda que había antes y que significa una gran experiencia en la construcción y organización de un partido de masas, como llegó a ser el Partido Socialista del Sureste; se dice que en su momento fue el más grande partido socialista de América.

Yo tenía mucho de dónde agarrarme, mi abuelo fue militante del PSS. Conociendo ya parte de esa historia platicaba con él y me contaba cómo veía el partido en ese entonces, cuál era su participación, cómo veían a Felipe Carrillo Puerto, como un amigo, un compañero, un vecino, no como una persona intocable. Hablaba de Felipe como si fuera el vecino de al lado de su casa, eso me impactó y me permitió conocer un poco de esa experiencia socialista en Yucatán y del gobierno de Carrillo Puerto, pero no lo suficiente porque mi abuelo murió a los pocos años de haber iniciado esas charlas con él. Recuerdo mucho que poco antes de morir leyó el *Diario del Che en Bolivia*; así como él me hablaba de cosas que no sabía, yo le hablé del Che, le llevé el libro que me habían prestado y se lo leyó todito. Luego me dijo que el Che era como Felipe, como cualquiera de nosotros, con la única diferencia de que eran muy valientes y decididos para hacer las cosas, pero eran tan humanos como nosotros. Esto dejó una semillita en mí, de la que resulta fundamental conocer la

historia regional como basamento para cualquier proyecto político, cultural y productivo.

Y así me involucré en Mérida en el trabajo estudiantil, sindical y campesino, pero siempre procurando que ese trabajo tuviera la perspectiva de retomar la historia regional, el carrillismo y el socialismo de Yucatán, que se basaron en la cultura maya. El sindicalismo yucateco también tenía su pasado, había cosas que no se conocían mucho y había que retomarlas. Fue una experiencia muy corta, muy breve. Con todos los antecedentes y experiencia que obtuvimos en los años 70 llegué a Carrillo Puerto como a mediados de los 80, atraído por la historia de ese lugar que apenas empezaba a conocer, por la llamada Guerra de Castas y sus resultados. En las escuelas de Yucatán muy poco se habla de esa guerra, no es algo fundamental en el proceso educativo a pesar de que determinó el rumbo histórico, económico, social, político y cultural de la península de Yucatán. Tal vez lo vimos un poco en la preparatoria, pero no se le daba la importancia debida.

Yo estuve en la preparatoria de la Universidad Autónoma de Yucatán y en el Tecnológico de Mérida, pero no terminé mis estudios. Algo que marcó mucho mi vida fue que, dentro del movimiento iniciado en 1974 y que se prolongó para mí hasta 1976, tenía acceso a las facultades de Economía y Antropología, gracias a mis amigos del Frente Estudiantil Democrático Independiente (FEDI). A pesar de mi edad y de que no tenía yo ni la preparatoria terminada, eran épocas en las que tuve la oportunidad de entrar a tomar clases con destacados maestros. Me invitaban a clases de economía política, filosofía, materialismo histórico y cosas que me interesaban mucho. De esa manera se fue formando en mí un interés específico que llevó a que algunos me vieran como una persona con la formación de antropólogo; me preguntaban si lo era por lo que pensaba, decía y por lo que hacía. Llegué a Carrillo Puerto precisamente cuando empezaba a gestarse esa coyuntura que iba a cambiar el país, el cardenismo o nuevo cardenismo; primero presencié la transformación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) al Partido Mexicano Socialista (PMS) y cubrí como periodista algunas acciones de esos partidos. Luego hubo un brevísimo proceso del PMS al Partido de la Revolución Democrática (PRD), pasando por la experiencia del Frente Democrático Nacional, el FDN, que postuló a Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia.

Trabajé para una radiodifusora que pertenecía al Sistema Quintanarroense de Comunicación Social, Radio Chan Santa Cruz, fui director de noticieros. Después de toda esa efervescencia de las elecciones de 1988 ocurrió una especie de periplo o regreso de Cárdenas a los lugares para seguir su resistencia y llegó a Felipe Carrillo Puerto. Su presencia movilizó a mucha gente en ese momento, a pesar del fraude electoral; recuerdo mucho que lo entrevistamos en la radio cubriendo todas las formalidades, como pedir permiso al sistema de radio estatal, etcétera. Terminando la entrevista nos llamaron preguntando quién rayos la había autorizado y se armó un merequetengue que culminó con nuestro despido. Primero amenazaron con que se despediría a todo el personal de la radio por haber hecho algo que no estaba autorizado. El director y yo dijimos que, en todo caso, la responsabilidad era del director de la radio o de quienes estuvimos en la entrevista, aunque no aceptábamos que hubiera sido algo indebido, ya que había sido autorizado por el mismo director general del Sistema Quintanarroense de Comunicación, don Rosendo Leal.

Finalmente nos despidieron a los dos, esto fue en septiembre del 88. En la búsqueda de que se nos reinstalara –porque el despido era injusto– se armó en Carrillo Puerto una movilización de la gente, básicamente de campesinos, pero sectores del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y la cámara de comercio local también participaron. No se logró nuestra reinstalación, entonces optamos por unirnos a una huelga de hambre que iniciaba en Cancún un periodista despedido de Notimex por intervención del gobierno, el compañero Raymundo Martín Gómez. El 12 de octubre de ese año me incorporé al ayuno, luego se unió el director de radio Chan Santa Cruz, José Segoviano. Así, junto con otros periodistas que habían sido despedidos por situaciones parecidas, nos sumamos a la huelga de hambre que obtuvo el apoyo masivo también de colonos, sobre todo de mujeres, de las regiones de Cancún.

Era la época de Miguel Borge Martín como gobernador de Quintana Roo, aquel que como diputado quiso agredir a Porfirio Muñoz Ledo en el Congreso. Después de 12 días de huelga de hambre en mi caso y 20 días desde que inició y continuó hasta el final el compañero Raymundo, sólo reinstalaron a algunos y se formalizó nuestro despido con nuestras liquidaciones conforme a la ley. Se negaron a reinstalarnos y, aunque no estaba yo de acuerdo, fue la última posición del Estado que aceptamos finalmente. Nos había impactado la muerte de un campesino, José

Guadalupe Xool, participante en las protestas y el bloqueo de la carretera Carrillo Puerto-Chetumal. Levantada la huelga y al retornar a Carrillo Puerto visitamos a su viuda quien, visiblemente afectada, nos dijo llorando que gente del gobierno le había dicho que ambos, Segoviano y yo, estábamos ya muertos también. Después de todo ese movimiento, para algunos lo que había que hacer era agarrar nuestras cosas y largarnos, pero otros decidimos quedarnos luego de que colonos y activistas que apoyaron y defendieron la huelga de hambre en Cancún nos pidieron, algunas señoras con llanto, que nos quedáramos en Quintana Roo. Qué días aquellos, en uno de éstos, por alguna razón, un jefe militar llegó en un helicóptero a la explanada frente al Ayuntamiento de Benito Juárez, donde hacíamos aquel ayuno colectivo. Imagínense, las señoras de las colonias hicieron una cadena para protegernos, pensaron que iban por nosotros. Con tranquilidad, aquel militar de grado que nunca supe quién era explicó que sólo iba a una reunión con el presidente municipal y no había nada contra nosotros. Solidaridad activa del pueblo que casi me hizo llorar de emoción.

Y así empezó en mi caso, en el municipio de Carrillo Puerto, junto con otras personas muy valientes como Marisol Berlín y Hermelindo Be Cituk, nuestra experiencia de trabajo como organización no gubernamental, cuando creamos en 1989 una asociación llamada Centro Quintanarroense de Desarrollo, A. C. (Ceqroode). Creo que fuimos por aquí la primera que se autonombró o reconoció como ONG, nos gustaba esa definición de organismo no gubernamental para distinguirnos de los demás grupos. Iniciamos así un proceso de comunicación popular alternativa dirigida a las comunidades indígenas mayas, porque pensábamos que todos teníamos derecho a acceder a los medios de comunicación y expresarnos libremente, pero que en especial los indígenas no habían podido ejercer ese derecho. Trabajamos por varios años en 15 comunidades del municipio de Carrillo Puerto, cada una de ellas perteneciente a algún centro ceremonial maya cruzo'ob. Teníamos la preocupación, como se decía en ese momento, de recuperar la memoria histórica y fortalecerla mediante el rescate de la historia que nacía de la misma voz de las personas, de los descendientes mayas de participantes en la mal llamada Guerra de Castas, memoria que considerábamos empezaba a perderse.

Hacíamos talleres comunitarios en los que se formaban círculos de radioescuchas que luego se transformaron en círculos comunitarios

de la cultura maya. Cada uno tenía y manejaba su propio medio de comunicación que eran equipos de sonido, unos postes con altavoces o encima de techos de las subdelegaciones municipales que funcionaban como radio artesanal. A través de estas radios se difundía la historia oral que se recuperaba, la música que interpretaban los mismos habitantes y producciones de las series que hacíamos en español y maya. Ese sistema de comunicación alternativo fue tan exitoso que la producción que teníamos le interesó a la radio indigenista Xepet de Peto, Yucatán, que se escuchaba en comunidades de Carrillo Puerto, y les llevábamos nuestro material para que se transmitiera a nivel peninsular, porque esa radio del Instituto Nacional Indigenista (INI) tenía cobertura en todo Yucatán. A raíz de la participación en esa radio nuestra presencia se extendió a otras comunidades fuera del ámbito municipal. Éramos un equipo muy joven, algunos nos llamaban periodistas en ese entonces, pero nosotros nos preferíamos llamar comunicadores populares. Cada quien tenía su propio trabajo, yo en periódicos regionales fui corresponsal del *Diario de Yucatán*, de Notimex, uno de los primeros corresponsales de *Por Esto!* en Quintana Roo y colaborador de revistas como *Nuevo Siglo* y *Posdata*; la compañera Marisol Berlín estaba aún en el Sistema Quintanarroense de Comunicación Social, otros eran promotores de la Unidad de Culturas Populares y había también jóvenes que todavía estudiaban, casi todos maya hablantes. Esto nos facilitaba el trabajo en la comunidad y la producción de series radiofónicas bilingües. En 1991 obtuvimos como Ceqroode el Premio Nacional INI de Radiodifusión Indígena, y Marisol Berlín obtuvo una mención honorífica en el Premio Estatal de Periodismo por la producción de unos programas en apoyo a la educación especial.

Con esos antecedentes y nuestro trabajo radiofónico, artesanal y sin tener una antena, llegamos a ser miembros de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias, Amarc, y a partir de ahí varios compañeros participaron en eventos de esa asociación, estuvieron en su congreso mundial realizado en 1992 en Oaxtepec, Morelos. También como Ceqroode teníamos vínculos con organizaciones que hacían un trabajo similar al nuestro, similar en tanto la forma de entender y considerar la importancia de la comunicación popular, por ejemplo con el Centro de Coordinación de Proyectos Ecuménicos (Cecope), con Casa y Ciudad, A. C. que trabajaba básicamente con damnificados del terremoto de 1985 y con gente de Equipo Pueblo. Luego entramos en contacto con el

Frente Independiente de Pueblos Indios, el FIPI, y con otras organizaciones mayas de Chiapas, que a su vez nos permitieron conocer a compañeros y compañeras de otros estados del sur del país.

Recuerdo que asistimos a un evento en Chiapas que nos dejó mucha huella, cuando se formó el Consejo de Pueblos Mayas Tojol-ab'ales. Fue en un ejido llamado Plan de Ayala en el municipio de Las Margaritas. Llegamos y nos impactó mucho cómo se realizaban sus reuniones y asambleas, cómo le daban lugar privilegiado a la espiritualidad, todo era en su lengua, y cómo era respetada la autoridad indígena. Todo eso nos ayudó mucho para considerar que lo que se tenía en Quintana Roo era igualmente importante; el pasado histórico y la organización tradicional maya vigente. Estuvimos en otros encuentros y talleres sobre derechos indígenas en Chiapas convocados por el FIPI, del que fuimos parte, y en uno de estos se constituyó la Coordinadora de Organizaciones en Lucha del Pueblo Maya para su Liberación, COLPUMALI, en la que también participamos. Dentro de esas experiencias hubo otra que se llamó Frente Nacional de Pueblos Indígenas (Frenapi) que, si no recuerdo mal, lo promovía la Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo, la Ucizoni.

Para asistir a todas esas reuniones buscábamos la manera de hacer el viaje, aunque fuera en camión hasta México, pero estábamos en la reunión, y al día siguiente nos regresábamos en el camioncito, dados en la madre, pero habíamos asistido y participado en la planeación de actividades. En el caso nuestro íbamos muchas veces con recursos de Ceqroode, de otra manera no hubiera sido posible asistir. Toda esta participación fortaleció al equipo y así entramos a la campaña de los 500 años de resistencia, fortalecidos; no nacimos con el movimiento de los 500 años, nos interesó cuando supimos de la campaña continental en sus primeras expresiones, tuvimos la oportunidad de vincularnos con los compañeros de la Ucizoni y nos hicimos cargo, junto con otros grupos, de constituir el Consejo Maya Peninsular 500 Años. Ceqroode era como el eco de las comunidades, no quiero decir su voz porque ellos realmente siempre han tenido voz, lo que no habían tenido era eco. La prensa estaba controlada, los medios estaban controlados y nosotros ya teníamos –entre 1988 y 1991, antes de que surgiera la campaña de los 500 años– un trabajo de promoción de los derechos humanos cuando no había comisión nacional ni comisión estatal de derechos humanos. Creamos nuestra propia comisión de educación, promoción y defensa

de los derechos humanos dentro de Ceqroode y nos vinculamos con algunos organismos como el Cecope, el Centro Nacional de Comunicación Social, Cencos, que presidía don José Álvarez Icaza, con la Liga Mexicana para la Defensa de Los Derechos Humanos, que apareció por acá en esa época, y con personas de la Comisión Mexicana de Derechos Humanos. No todo era historia, hacíamos también un trabajo de difusión de la problemática que padecían las comunidades indígenas, queríamos hacerlo todo, nuestro lema era: "Educación, comunicación y cultura popular", después lo cambiamos a "Educación, comunicación y cultura al servicio del pueblo" y, finalmente, creo que "Comunicación para el desarrollo".

Éramos más que nada comunicadores y hacíamos mucho más radio. Con nuestros aliados logramos obtener equipamiento, presentamos proyectos de lo que queríamos hacer –comunicación con los mayas– y logramos adquirir equipo para eso, no profesional sino el que se nos ocurría que podíamos usar en cualquier lugar en donde hubiera corriente eléctrica, sin depender del voltaje o de una antena; además tenía que ser equipo no muy grande, para que pudiéramos salir corriendo si alguien nos perseguía. Por ejemplo, una casetera doble, una reproductora de discos compactos, micrófonos y amplificadores, así armábamos los equipos. Marisol tenía experiencia como productora de programas de radio desde tiempo antes, pues trabajó en Radio Universidad de Yucatán, de la actual Universidad Autónoma de Yucatán. Así consolidamos un buen equipo de producción que llamamos formalmente Centro de Producción Radiofónica de la Zona Maya. En las series que hacíamos recogíamos la problemática de comunidades, su historia oral, más lo que obteníamos de algunos libros sobre historia regional y al transmitirlas logramos mucho reconocimiento de la gente. Como ya mencioné, los casetes se difundían en los altoparlantes y se mandaba también el material a la radio indigenista en Peto, para su difusión a nivel peninsular. Hacíamos una minuciosa selección y revisión de lecturas, con lo menos racista y colonialista que pudiera haber. Así, Renato Ravelo llegó a ser nuestro clásico, porque escribió una versión diferente de la Guerra de Castas y la organización del pueblo maya, muchas copias de su libro fueron repartidas entre lectores de comunidades.

Mientras tanto, gente del gobierno municipal y estatal ya nos tenía mal catalogados, decían que éramos guerrilleros, agitadores, culpables de la violencia en la zona maya, porque recuerdo que aquella era una

época en la que si no se atendía el asunto de una comunidad o ejido, ésta determinaba retener a los empleados, funcionarios y vehículos de las instituciones. Con frecuencia nos echaban la culpa a nosotros o a mí de manera directa y nos lanzaban madrazos desde la prensa. Éramos sujetos de persecución, amedrentamiento, amenazas; se nos llegó a acusar ridículamente de ser parte de la guerrilla y hasta llegaron a publicar en un diario que Carlos Chablé era el contacto en Quintana Roo de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria y de Genaro Vázquez. De ese tamaño fueron los intentos de desinformación, pues al famoso profesor guerrillero Genaro Vázquez y a su grupo los eliminaron creo a principios de los años 70 en el estado de Guerrero.

En algún momento recibimos recursos de una fundación para un proyecto y, en medios adictos al régimen priista imperante, malintencionadamente se difundió que la fundación extranjera financiaba "la agitación" que hacíamos. Llegó un momento en el que agentes de gobernación estatal y del Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN) acudían a mi casa para actualizar fotos de mi persona, incluso en una ocasión funcionarios municipales festejaron mi detención en Tabasco, hasta donde extendieron mi fama. Se trataba de un homónimo detenido durante la intervención policiaca para disolver bloqueos que creo encabezaba López Obrador en esa época. Por aquella situación decidimos –yo lo propuse– entrar al PRD para contar con una especie de protección o cobertura política legal, como parte de un proyecto nacional, procurábamos algo que nos protegiera. Así formamos parte del grupo fundador del PRD en Quintana Roo. Hay que reconocer que en ese momento había gente honesta al frente del partido, combativa y con capacidad, buenos abogados, buenos activistas. Les planteamos el asunto y nos defendieron, de alguna manera aminoraron la persecución y el hostigamiento; eso nos permitió seguir nuestra labor como organización no gubernamental (ONG) con cierta confianza de no ser reprimidos, con mucha inocencia de nuestra parte.

El primer contacto que tuvimos con la campaña continental de los 500 años de resistencia indígena fue a través de dos compañeros, uno yucateco y otro oaxaqueño, que conocía de la época estudiantil cuando vivía en Mérida, Yucatán. Los dos, Juan de Dios Gómez y Marciano Itzá, participaban en la edición de publicaciones de la Ucizoni, se acordaron de nosotros y nos fueron a visitar. Fue así como pudimos con ellos editar folletos y carteles, compartir algo de nuestro trabajo; hacía-

mos una selección específica de publicaciones que fortalecieran la campaña y se nos invitó a incorporarnos al Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, hasta ser promotores y fundadores de la instancia regional, el Consejo Maya Peninsular 500 Años. Ceqroode, junto con otras personas y organizaciones que aceptaron nuestra invitación, promocionamos la campaña entre ejidos forestales y centros ceremoniales con los que ya teníamos trabajo. Después hicimos contacto en Yucatán con grupos como Mayaón, la cooperativa Chak Lol, con el Consejo Regional Indígena Popular de Xpujil de Campeche y otros tantos. Recuerdo que en agosto de 1990 hicimos la primera asamblea y allí se acordó convocar al mes siguiente, el 8 y 9 de septiembre de 1990, a constituir el Consejo Maya Peninsular 500 Años, en Tixcacal Guardia. Luego se fueron agregando otros, por ejemplo pastores de la iglesia evangélica, entre los que estaba Pedro Uc; la campaña era tan diversa a nivel continental que se sumaron más personas como él. Ya como Consejo Maya Peninsular participamos en diversas actividades en la península y en otros estados. Estuvimos en Chiapas, Oaxaca, Morelos, el Estado de México y en la capital del país, e incluso en eventos internacionales de pueblos indígenas en Guatemala y Panamá. Recuerdo un encuentro de organizaciones y pueblos indígenas muy grande en Xochimilco y otro en el centro ceremonial hñahñú de Temoaya, no estoy seguro si fue antes o después de 1992.

En el estado de Morelos, en Tetelcingo, conocimos a don Félix Serdán, jaramillista. Él nos recibió en dos ocasiones allá y nos hablaba acerca de Rubén Jaramillo y su lucha por la tierra, así como del pasado zapatista; pudimos intercambiar mucha información sobre la relación que tuvo Carrillo Puerto con Emiliano Zapata, por eso hablábamos mucho de zapatismo y carrillismo. Zapata había sido jefe de Carrillo Puerto, él lo nombró coronel y de alguna manera le dijo que fuera a su tierra, a Yucatán, para hacer lo mismo que él estaba haciendo; lo primero que sucedió, creo que en 1915, fue que a Felipe lo detuvieron por ser zapatista al llegar al puerto de Progreso, por orden del general Alvarado.

Todos los eventos descritos fueron previos a la gran movilización del 12 de octubre de 1992, en la que participamos representantes de Ceqroode y de la comisión promotora de la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo, organización que constituimos formalmente poco después. Fuimos y participamos junto con el general Isidro Caamal Cituk, el comandante Marcelino Poot Ek y el patrono Isidro Ek Cab, de

Tixcacal Guardia, el centro ceremonial más importante de la región. Gregorio Vázquez Canché, Mario Tullú Puch, Gervasio May Tuk y Aniceto Poot Huchin fueron otros de los que integramos la delegación proveniente de Quintana Roo.

Cuando estábamos en México se anunció que se otorgaba a Rigoberta Menchú Tum el Premio Nobel de la Paz; los jefes mayas la habían conocido personalmente antes, junto con Gregorio Vázquez, en una reunión indígena internacional. Nos pusimos muy contentos, recuerdo que ya instalados en cuartos de hotel pudimos tomar un buen licor para celebrar. Antes pernoctamos en la explanada de la basílica de Guadalupe, en el Zócalo de la Ciudad de México y en el gimnasio Juan de la Barrera, cerca del centro. Antes de trasladarnos las delegaciones participantes en la movilización indígena a dicho gimnasio nos recibió en su despacho Marcelo Ebrard, secretario general del entonces Departamento del Distrito Federal, cuando era regente Manuel Camacho Solís. Desde antes de la movilización del 12 de octubre de 1992 ya teníamos demandas recopiladas en talleres con las comunidades; las canalizábamos cuando se podía, porque más bien lo que hacíamos era difundir la problemática, darla a conocer a las instancias de gobierno pertinentes. Sin embargo, había una serie de demandas pendientes, clínicas de salud no terminadas o ni siquiera iniciadas, caminos y carreteras pendientes de construir, problemas agrarios, falta de apoyos puntuales a la producción agrícola, atención a las tiendas comunitarias de abasto y otras. Había también demandas concretas de los centros ceremoniales, por ejemplo pedían apoyo para la rehabilitación de sus cuarteles. Hay que decir que había una actitud paternalista y clientelar del Estado hacia los mayas y ellos, como tal vez los indígenas de todo el país, pedían porque sabían que había dinero para ellos o porque se los habían dado en algún momento y ahora se los negaban. Hablo de programas como los de Coplamar, forestales, productivos y de abasto, a los que les metieron millones y millones de pesos y ya no existen.

A mí en lo personal me costaba trabajo subir o canalizar esas peticiones, porque nosotros estábamos más en lo cultural, en lo testimonial, le dábamos mucha importancia al pasado histórico, en ese entonces me gustaba la frase que decía: "Nuestra grandeza antigua, el presente difícil y el desarrollo" con la que se identificaba la Radio Chan Santa Cruz en la que trabajé hasta antes de aquel arbitrario despido. Nuestro proceso como Ceqroode era más con atención al tema de la identidad, de

trabajar para fortalecer la organización tradicional maya masewal. Considerábamos que la identidad y la memoria histórica eran legado importante, que había que fortalecer la identidad antes que cualquier cosa y que esta era la base para cualquier proyecto, porque llegaban proyectos productivos y fracasaban, llegaban proyectos radiofónicos, proyectos culturales institucionales y fracasaban, porque o relegaban lo maya o lo folclorizaban y comercializaban. Nosotros teníamos otra óptica, le hacíamos mucho caso, le dábamos mucha importancia a lo que nos decían los abuelos, en términos proféticos, en términos de historia antigua, de cómo entendían ellos su pasado, de cómo veían lo que venía. Tampoco nos interesaba ser extensionistas agrícolas y resolver problemas de tierras, veíamos a los que lo estaban haciendo con sus aciertos y sus errores; tampoco éramos antropólogos, agrónomos ni arqueólogos.

Cuando se constituyó el Consejo Maya Peninsular 500 Años, ya con gente de Campeche y de Yucatán, además de Quintana Roo, se incorporaron otras demandas. Se propuso, por ejemplo, la creación de un banco maya –estaba por desaparecer Banrural– como fuente de financiamiento a la producción agrícola, se pidió apoyo a la educación para que fuera bilingüe y que los maestros fueran mayas, estábamos todavía en pañales, no se hablaba de interculturalidad; se pidió que los apoyos para la producción del campo fueran puntuales y cosas así. Era tan diverso el consejo que llegaron colonos del sur de Quintana Roo o de Campeche y agregaron demandas de apoyo con riego a las tierras mecanizables, por aquí no hay muchas tierras mecanizables, pero había que incorporar las demandas de todos. También se incorporaron peticiones de rehabilitación o reconstrucción de iglesias mayas católicas, porque aquí casi cada comunidad tiene su iglesia maya resultado de la guerra, con su sacerdote campesino y sus rezadores. Se habla de sincretismo, pero es más bien una nueva religión que nació como resultado del levantamiento maya de 1847. Aquí se le reza a la Santísima Cruz, como deidad que unifica y permite la resistencia. La Santísima mantuvo una nación maya autónoma por medio siglo; acuerpó, habló con los abuelos y abuelas, ellos la hicieron persona.

En nuestra lista de demandas también se pidió apoyo para la música maya, el mayapax que nació con la llamada Guerra de Castas; solicitamos que se les dotara de equipo y se pagara a los maestros que todavía existían para que enseñaran y no se perdiera, mucho de todo esto se

logró atender con la movilización de 1992. Eran tantas peticiones que un compañero, buen aliado nuestro –siempre hay amigos y aliados, gente que no es indígena pero que se la rifa con nosotros– hizo un recuento de las demandas captadas y me dijo que había propuestas también de educación, de salud, cultura, agroforestería, comunicación, etcétera; que si organizábamos todo eso podíamos hacer un plan de desarrollo integral maya masewal. Entonces lo hicimos, muy mecánico tal vez, no había mayor análisis, no nos interesaba aplicar ni el marxismo ni nada por el estilo, creo que la manera de hacerlo era reflejo de nuestro bagaje y nuestra capacidad de análisis, había mucha práctica. Cuando hacíamos las reuniones y cada quien ponía su parte, nos sorprendía. No era algo que se nos hubiera ocurrido, todo lo sistematizado era resultado de los talleres comunitarios, de las visitas y el trabajo en las comunidades, reflejo de las demandas que la gente planteaba. Entonces se elaboró el Plan Regional de Desarrollo del Pueblo Maya Masewual de Quintana Roo, así se llamó, se expuso a funcionarios del Instituto Nacional Indigenista en las mesas de negociación, instaladas luego de que tomamos las instalaciones como parte de la movilización nacional y como presión nuestra ante la cerrazón del régimen. Por cierto, también estaba la propuesta de los jefes de Tixcacal Guardia de que fuera yo nombrado delegado estatal del INI en Quintana Roo.

Todo eso, el pliego de demandas, se llevó con el aval de las comunidades que atendíamos como Ceqroode, apoyado, firmado como resultado de las asambleas y los talleres que hicimos. Se sumaron otras organizaciones como la Organización de Ejidos Forestales, que tenía su propia dinámica y a veces coincidíamos en algunas comunidades; se incorporaron y asumieron las propuestas los centros ceremoniales, incluido Tulum, donde habían sido un poco reacios con nosotros. Fue muy importante que la representación de Quintana Roo se integrara con jefes de los centros ceremoniales, que no fuéramos solamente los jovencitos, sino que ellos asumieran que era su documento, porque ante cualquier cosa ellos podían decir que lo habían hecho con nosotros. Buena parte de las demandas que llevamos se resolvieron; se concluyeron clínicas, caminos, se rehabilitaron iglesias y nos dijeron que se iban a crear los fondos regionales de solidaridad para atender el apoyo a la producción del campo. Eso nos prestigió mucho, se fortaleció el respeto y la confianza de la gente hacia nosotros.

Después de la movilización de octubre de 1992 nos dedicamos a formar la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo. Convocamos al congreso constitutivo e invitamos a Margarito Ruiz, entonces dirigente del FIPI, fue una invitación muy especial. Allí sometimos a la asamblea la decisión de ser parte del FIPI y la asamblea lo aprobó. También nos dedicamos a informar de los resultados, los avances y las soluciones que se obtuvieron del pliego de demandas que llevamos a la movilización nacional. Muchas de las demandas, como ya dije, fueron atendidas, y la estrategia del INI fue –yo así lo interpreté– crear los fondos regionales de solidaridad, pero el primer requisito para tener acceso a esos fondos era renunciar a la pertenencia a nuestra organización. Así fue al menos en nuestro caso, le preguntaban a la gente si estaba en el Consejo Maya Peninsular o en la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo y les decían que, para tener acceso a los apoyos del fondo, no podían estar ahí. No puedo afirmar que eso pasara en el resto de la península, pero así fue con nuestra recién formada Unión de Comunidades. Así perdimos cuadros, pero algunos otros se mantuvieron y llegaron a ser autoridades comunitarias, formaron –muchos siguen formando– parte de la organización tradicional militar y religiosa maya, son comandantes, cabos, tenientes y demás.

Nuestro desarrollo aquí en Quintana Roo como Consejo Maya Peninsular dejó bastante huella, porque era la época de crisis de los llamados consejos supremos indígenas. Los consejos supremos mayas, tanto el de Yucatán como el de aquí, estaban en crisis, ya habían perdido toda su legitimidad por sus vínculos con el oficialismo, con el priismo y en especial con la CNC, porque el cardenismo había emergido con fuerza y los pueblos indígenas se le habían sumado. Entonces, cuando surge el Consejo Maya Peninsular, gente como la de Tixcacal Guardia recupera su fuerza legítima y lo primero que hacemos es respaldar su decisión de desconocer al Consejo Supremo Maya para que los centros ceremoniales como tales, no como Consejo Maya Peninsular, asumieran y fueran reconocidos como representantes reales de los mayas de Quintana Roo. Claro, el tratamiento que les dio luego el gobierno del estado fue también de mucho apapacho para que salieran de nuestra órbita, así inició la cooptación. Creó un programa de etnodesarrollo que afirmo fue como un plagio de nuestra propuesta de Plan Regional de Desarrollo del Pueblo Maya Masewal de Quintana Roo. Cuando llevamos nuestra propuesta al INI la recibieron para someterla a estudio y se compro-

metieron a convocarnos para ser parte de una especie de instancia de revisión; recuerdo que estaba allí un antropólogo, Jesús Rubiel, que pareció era un aliado en ese momento y fue muy receptivo, pero finalmente se nos plagió la idea y luego el gobierno del estado presentó su propuesta de programa de etnodesarrollo del pueblo maya y nos invitaron a ser partícipes, como para legitimarlo, pero no aceptamos; aunque no asistimos nos mandaron nuestros reconocimientos, porque querían a fuerza decir que nosotros lo avalábamos.

Desde la movilización de 1992 hasta 1994 se dio una especie de infiltración desde las bases y, al mismo tiempo, desde la Presidencia de la República –Salinas era el presidente– se obligó al director del INI a atender nuestras demandas, pero muchos compañeros se fueron por el Pronasol, la Sedesol, todo eso que terminaba en "sol", el Programa Nacional de Solidaridad. La única manera de acceder a servicios básicos era a través de esos programas. Hubo también varios encuentros de pueblos indígenas, aquí en México y en otros países, que mantuvieron encendida la llama del Consejo Mexicano 500 Años y las organizaciones que aglutinaba. A mí me tocó por ejemplo ir como delegado del FIPI a Panamá a un encuentro continental y a finales de 1993 estuve en el festival de teatro de Cádiz, para participar en el foro América Indígena.

El Consejo Maya Peninsular 500 Años mantuvo su actividad y su presencia hasta 1994, cuando se diluyó. Con el levantamiento zapatista de Chiapas, un grupo de activistas en Yucatán retomó el nombre. A nivel nacional, no recuerdo si hasta 1994 se seguía hablando del Consejo Mexicano 500 Años, pero había que darle continuidad al movimiento y casi coincidiendo con el levantamiento en Chiapas empieza a surgir la propuesta organizativa que dio lugar a la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA) y muchos se fueron a ella; nosotros no entramos desde el principio, sino después, cuando vino Margarito Ruiz a promoverla a Carrillo Puerto. También conocimos la propuesta de las Regiones Autónomas Pluriétnicas en Chiapas y asistimos incluso a algunos de sus talleres. Actualmente, lo que quedó de ANIPA es solamente la ANIPA Quintana Roo, porque la retomamos a nivel estatal, incluso se constituyó como asociación civil. Yo me mantuve en contacto con la ANIPA nacional hasta 2006, cuando Martha Sánchez fue coordinadora. Diseñé algunos carteles para sus eventos y nos mantenían informados de lo que se hacía. Con su apoyo una joven obtuvo espacio para estudiar medicina en Cuba por esos años.

En esa misma época resolvimos con la gente un problema agrario importante, es algo que recuerdo con mucho aprecio. En ese momento llevábamos un programa en el que presentábamos videos sobre temas indígenas en las comunidades. Conseguimos el apoyo de una ONG que nos proporcionó una pantalla enorme y una videocasetera VHS, junto con una dotación de videos de movimientos sociales y temas históricos de diversos países. Así conocimos y mostramos en las comunidades la experiencia de la Conaie en Ecuador, de Panamá, Perú y Cuba. Se hacía una explicación en maya, se pasaba el video y después se analizaba en ese idioma. Entonces la gente veía cosas que refrescaban su memoria, no era algo muy desconocido o que no hubieran hecho en tiempos diferentes, era más osado lo que habían hecho sus abuelos que lo que veían en los videos de luchas indígenas en otros países, pero se había dejado de hacer, de luchar. Entonces, si mostrabas eso, pues la gente pedía ayuda para luchar por algún asunto y en este caso fue un problema agrario.

Ninguno de nosotros era extensionista agrario ni nada parecido, teníamos otro perfil y lo que nos permitía acercarnos mucho con la gente y que nos hablaran de sus problemas era que se hablaba en su idioma. Cuando llegábamos a una comunidad nuestra relación inmediata era con la iglesia maya, con el sacerdote y con toda la estructura que de ahí se desprendía; después se iban acercando las fuerzas vivas de la comunidad y nos presentaban sus problemas: el representante del comisariado ejidal, el subdelegado municipal, el maestro o la maestra, etcétera. En una ocasión estábamos en la comunidad de Santa María Poniente, que era anexo de un ejido más grande, y se acercó el representante ejidal con otras personas para decirnos que estaban cansados de que los trataran mal y querían separarse de aquel ejido. La dirigencia ejidal estaba integrada principalmente por colonos que llegaron con la creación del estado en los años 70. Venían de entidades en donde el problema era la falta de tierras y aquí "sobraban" las tierras, mucha selva y fauna, "sobraba todo"; los mayas estaban solos en medio de la selva, pero era gracias a ellos, a que habían hecho la guerra, que esa riqueza y esa biodiversidad existían todavía. Pero llegaron los colonos y se formaron ejidos con sus respectivos dirigentes campesinos al modo de sus regiones, cuando los mayas ni siquiera habían terminado de asimilar qué era eso de los ejidos, porque para ellos la tierra es de todos.

Recuerdo que cuando había pláticas y discusiones en términos de agrarismo decían: "Pero ¿por qué me vas a dar un ejido de aquí para

allá, si todo es mío?, si todo eso Dios nos lo dio a nosotros, somos los elegidos de Dios". Te encontrabas opiniones y palabras mesiánicas y tan simbólicas que te sorprendía escucharlas. En este caso de Santa María los dirigentes ejidales hablaban de los mayas como si fuesen ignorantes, se referían a ellos llamándolos "tribu", cuando eran ellos los que aportaban, por llamarle de alguna manera, si no lo principal sí lo más grande: las riquezas forestales de la región. Le preguntamos al representante ejidal quién era el dirigente del ejido y cuando nos dio el nombre nos asombramos. Su apodo era el Diablo. ¿Con ese nos íbamos a enfrentar? Lo discutimos, nos preguntamos qué podíamos perder o qué podíamos ganar; podíamos perder la vida, nada más, pero había que ser consecuentes con lo que decíamos, entonces le entramos. Se hizo todo el proceso, no me gustaba mucho hacer ese tipo de gestiones, pero los acompañé varias veces. A la tercera le pedí a Margarito Ruiz que me echara la mano porque no era mi tema, los demás compañeros no podían ir y tampoco sabían de procedimientos. Pese a que algunos decían que era imposible lograrlo, lo logramos juntos. Obtuvimos mediante gestiones en la Ciudad de México los planos de la primera dotación del ejido y vimos que existía a su alrededor la posibilidad de dotación adicional para ellos, por lo que había manera de que la "tribu" de Santa María pudiera tener su ejido. Eso era algo difícil, pero en menos de un año lo logramos juntos.

Recuerdo mucho que un día vino a Carrillo Puerto un funcionario federal de la Secretaría de la Reforma Agraria, a una audiencia de esas en las que había mucha política y demagogia. Antes, muy temprano, llegaron conmigo los de Santa María Poniente, me enseñaron un documento que habían hecho con el maestro y me pidieron que lo checara. Lo leí y contenía un excelente discurso; hablaban de los 500 años, porque hace 500 años sucedió tal cosa y hace 500 años tal y tal y por ese motivo exigimos agilización de nuestro trámite para constituirnos como ejido, porque es un derecho de los pueblos, etcétera. Estaban decididos a leer su ponencia a como diera lugar y así, como pudo, un compañero se metió, pidió la palabra y lo leyó. Lograron su objetivo. Hasta la fecha están muy agradecidos con nosotros.

En 1994 o 1995 fui con Margarito y otros compañeros y compañeras a un encuentro centroamericano de líderes comunitarios en Quetzaltenango, Guatemala. Ese evento lo coordinó Mirna Cunningham y asistió quien era entonces el vicepresidente de Bolivia, Víctor Hugo Cárdenas,

que fue el primer vicepresidente indígena en el continente. Ese encuentro me gustó mucho porque el ayuntamiento de Quetzaltenango estaba gobernado por una organización de la sociedad civil con identidad maya y a cada uno de nosotros le entregó un acta de cabildo en el que se nos declaró ciudadanos distinguidos del municipio. Además, porque me tocó coordinar una mesa sobre derechos indígenas con el vicepresidente de Bolivia. Se organizaron las mesas de trabajo y alguien nos propuso a los dos; el señor se me acercó y me dijo: "Prefiero que tú seas el coordinador", le respondí que mejor fuera yo el relator y aceptó. Como muy pocas veces me ocurría, aquella participación con gente tan diversa me puso nervioso, era una reunión muy grande. El señor Víctor Hugo Cárdenas y yo cumplimos nuestra encomienda.

En enero de 1994, al día siguiente de que se dio a conocer el levantamiento zapatista, asaltaron nuestra oficina. Fue al parecer una acción selectiva y planeada, cortaron la luz en toda la manzana donde se ubicaba nuestra sede, se llevaron el cerebro de la computadora, archivos y dañaron nuestro fax. Cuando denunciamos se hizo una supuesta investigación y el entonces procurador dijo que entre nosotros estaba el culpable. Querían enfrentarnos a los integrantes del equipo. Después "sembraron" balas de metralleta en la oficina a un dirigente de la Organización de Ejidos Forestales y las "descubrieron" en un cateo; se armó todo un ambiente de persecución hacia nosotros y hacia esa organización, era una situación de mucha amenaza, nos tachaban de agitadores a los de Ceqroode. Fue una campaña contra nosotros dirigida desde oficinas de gobierno del estado y eso nos obligó a buscar alternativas de blindaje y optamos por la partidista, nos involucramos más en el PRD; luego estuvimos a punto de ganar la Presidencia Municipal precisamente en 1994. Yo fui candidato a diputado por mayoría.

Ese mismo año me pidieron que hablara en una actividad para inaugurar el local del PRD y recuerdo que dije que nos íbamos a acostumbrar a vivir en un contexto en el que sabríamos que había una guerrilla en el monte, y que seguro algunos dirían: "Quién sabe qué hacen", como dudando de ellos, pero llamé a no pensar así porque nosotros estábamos en una lucha política democrática, asumiendo también todos los riesgos. Recuerdo que en esa época parecía que los priistas jugaban al tiro al blanco con los perredistas; los zapatistas estaban luchando a su manera allá en el monte de Chiapas también por algo igualmente importante y debíamos respetarlos.

Luego del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) asistimos a la Convención Nacional Democrática de Aguascalientes en la Selva Lacandona, en agosto de 1994, en representación de Ceqroode y de la Unión de Comunidades Mayas de Quintana Roo; después recibí la invitación del EZLN, como otros y otras compañeras, para ser asesor en los diálogos de San Andrés Larráinzar. Recuerdo que asistí en dos ocasiones, una en San Andrés y otra en San Cristóbal de las Casas. Algunos compañeros participaron también en el cordón de la paz y participamos en la consulta nacional por la paz y diálogo que organizó Alianza Cívica. Nos mandaron un paquete con las boletas, nosotros pusimos las casillas y organizamos todo. Lo hicimos con mucho gusto y fue una buena actividad, eso incluso nos permitió retomar nuestro trabajo como sociedad civil organizada y volvió a aparecer Ceqroode abiertamente, después de las hostilidades contra nosotros. Recuerdo también que asistí a una reunión nacional en donde algunos propusieron la creación del Congreso Nacional Indígena (CNI). El motivo principal de la creación del CNI era porque no estaban de acuerdo con la gente de la ANIPA, no sé por qué. La verdad yo nunca supe quiénes eran los dirigentes del CNI, de dónde venían, pero siempre supe de dónde venían Margarito Ruiz, Araceli Burguete, Martín Equihua, Carlos Beas, Pedro de Jesús y la gran cantidad de gente que conocimos en ese período del 91 al 94. En su discurso, para los impulsores del CNI, la historia del movimiento indígena iniciaba con el levantamiento zapatista y eso fue, creo, motivo de una pugna. El movimiento indígena no nació con el levantamiento zapatista, ya existía, y la postura que asume alguna gente muy vinculada al zapatismo es la de que el movimiento indígena nació con el EZLN. No fue así, hubo antecedentes importantes, heroicos, valiosos. No sería justo decir que nuestra historia de resistencia empezó en el 94, ya había un proceso iniciado antes. Lo había, si no es exagerar mucho, desde los años 40, cuando fue el Congreso Indigenista Interamericano en Pátzcuaro, desde ahí empieza la voz disidente del indigenismo y eso es importante señalarlo. Además, en los hechos, la resistencia maya inició desde 1517, con la llegada de los españoles a lo que es actualmente Quintana Roo.

Se creó formalmente el CNI y su conflicto con la ANIPA afectó al movimiento, evitó que se consolidara de manera unificada, no permitió que hubiera un proceso articulado, una coordinación nacional. Sin embargo, pienso que el levantamiento zapatista ayudó mucho a poner

el tema indígena en primer plano, esto no se puede negar. Además, el levantamiento obligó al Estado mexicano a reformarse, obligó a que cambiara el sistema electoral, a que se ampliaran los espacios de representación popular y se benefició a la sociedad civil en general. Creo que avanzó la democracia en México, se abrió y permitió el triunfo de Fox; que ganara el Partido Acción Nacional (PAN) y que luego regresara el PRI como parte de la involución. Se ampliaron los derechos políticos democráticos y se avanzó muchísimo en poco tiempo. Todo eso se debe al EZLN y a todo lo que tras él se generó, que se potenció con la solidaridad nacional e internacional, con toda la simpatía que obtuvo. Eso hay que reconocerlo. Recuerdo mucho la gira que hicieron a nivel nacional en 2006, cuando pasó Marcos por Carrillo Puerto. Ya estaba trabajando en la Casa de Cultura, no participé entonces, pero sí apoyamos y preparamos las mejores condiciones para que estuvieran. También asistí a algunas reuniones en Mérida, cuando se creaba el Frente Zapatista de Liberación Nacional, pero eran muy cerrados, muy selectivos.

En 1996 me propusieron como candidato a la presidencia municipal de Carrillo Puerto y no acepté. Muchos dijeron que era un error, porque tenía una presencia que se debía aprovechar, pero estaba yo muy desencantado ya del rumbo que tomaban las cosas. Marisol Berlín asumió el reto y como candidata –la primera mujer aspirante a la Presidencia Municipal– levantó la votación del PRD, posicionándolo como segunda fuerza y quedó como regidora. Lo que sí acepté fue sumarme al trabajo para buscar candidaturas para indígenas dentro del partido. Tuve que batallar mucho para que el comité estatal perredista le asignara recursos a mi propuesta de trabajo político con esta característica, no les parecía, para ellos era lo mismo campesino que indígena, no aceptaban fácilmente el trabajo indígena y mucho menos con el perfil que nosotros le dábamos. Pero a pesar de eso, aceptaron e hicimos dos asambleas estatales. Finalmente no sólo metimos un candidato indígena sino dos, cosa que no le agradó mucho a la dirigencia estatal y demás corrientes internas, pero así fue. Logramos tres diputados, integrando así el grupo parlamentario del PRD, cuando nunca antes la izquierda había tenido más de uno. Cada diputado tenía derecho a proponer un asesor; propuse que era mejor trabajar como grupo parlamentario y que los asesores fueran de todo el grupo, para promover la unidad y que no se mantuviera el malestar que se dio porque habíamos metido a dos diputados indígenas. Se aprobó mi propuesta y acepté ser uno de los asesores, quedamos

un asesor jurídico, uno de logística y manejo de medios y yo como asesor político. Los diputados indígenas eran Rosendo Urich, de la comunidad de Xyatil en el municipio de Carrillo Puerto y parte de ANIPA, e Isaías Góngora de Kantunilkín, del municipio de Lázaro Cárdenas; el otro era Luis Pérez Escobedo, de Cancún, que aceptamos quedara como coordinador parlamentario.

Rosendo Urich fue el primer diputado en pronunciarse en lengua maya en el Congreso del Estado. Nos tocó revisar la propuesta de ley indígena que presentó el gobernador, Mario Villanueva, y no me gustó. Hicimos algunas propuestas de cambio y no las aceptaron, pero se tomaron el trabajo de hacérnosla llegar antes de presentarla, de dárnosla a revisar. No nos gustó porque era oportunista, fue la primera ley indígena del país después del levantamiento zapatista, pero era nada más demagogia. Otra cosa que hicimos desde el congreso fue apoyar las convocatorias que hacía el EZLN. A la mitad del periodo decidí renunciar a mi cargo como asesor y retomar el periodismo. Inicié una etapa en la que me dediqué más a ello, había sido ya corresponsal del *Diario de Yucatán*, *Por Esto!* y de la agencia Notimex. En esta última, me hice amigo de un corresponsal que vino a cubrir las elecciones en Carrillo Puerto en 1994. Tenía mis reservas porque la agencia era oficialista, pero el muchacho era muy abierto y me pidió información y facilidades para hacer su trabajo, entonces le conseguí una línea telefónica durante la jornada electoral. Luego, a los pocos días, me llamó y me dijo que me estaba proponiendo como corresponsal de Notimex, que si aceptaba. Él sabía de nuestro trabajo como asociación y conocía mi perfil. La propuesta se daba en un momento en que nos estaban golpeando otra vez muy grueso, con nuevas acusaciones de subversivos y con amenazas directas de que me iban a sacar del municipio con todo y mi familia.

Entonces no lo pensé mucho y acepté, los ataques eran fundamentalmente contra mí y era una situación difícil, sobre todo porque estaban de por medio mis hijos, mi familia. Un día tuve que desaparecer de allá, al regresar fui a visitar al corresponsal de *Novedades* y cuando entré a su oficina se pegó un gran susto. Resulta que había salido en la prensa que yo estaba detenido o muerto en una movilización en Tabasco y que, incluso, según me contó, el secretario general del ayuntamiento había hecho fiesta porque ya se habían desecho de mí. Mi trabajo como corresponsal de Notimex –dependía de su oficina en Mérida– nos ayudó muchísimo, ya habíamos restituido con esfuerzo y gestiones el

equipo que nos habían robado, teníamos fax y computadoras otra vez en Ceqroode y eso me permitió trabajar más cómodamente. Subía información poco conocida sobre las tradiciones y costumbres de las comunidades mayas, sus problemáticas y también información que no manejaban los medios locales por el cerco que había; lograba subirla hasta el hilo nacional e internacional, trabajo que difundía también nuestra labor como asociación civil. Recuerdo ahorita que en aquella época, cuando la guerra de Estados Unidos contra Irak, capté una transmisión radiofónica en onda corta acerca de la postura de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) ante la invasión gringa; la grabé, transcribí y envié, me pidieron la grabación, la envié junto con la nota que subieron al hilo nacional y la divulgó hasta Televisa: "Postura de la OLP ante la invasión a Irak desde la Zona Maya".

En el peor momento ayudó muchísimo nuestra presencia en los medios, Marisol Berlín estaba como corresponsal del *Diario de Yucatán*. En el año 2000 me otorgaron el Premio Estatal de Periodismo en el género de editorial. Poco antes Marisol, que era entonces mi esposa, obtuvo mención honorífica en la categoría de reportaje y no fue del agrado de algunos políticos como periodistas oficialistas, al menos así lo demostraron. En el caso de Marisol, hasta los periodistas supuestamente democráticos, independientes y antigobiernistas de la Unión de Periodistas Democráticos pusieron en duda que mereciera una mención honorífica por su trabajo, en todos lados existen envidias y deslealtades. Cuando hablé con el presidente de esa organización me dijo, muy altanero, que le parecía una actitud traidora al periodismo aceptar la mención y lo mandé al carajo, porque si alguien sabía lo que le estaba ocurriendo a nuestra familia, sobre las amenazas y la persecución, era él y nunca se pronunció la organización a nuestro favor ni en nuestra defensa. Además, los reconocimientos fueron a labores periodísticas realizadas siempre con un gran compromiso y a favor de la gente, en especial de los mayas.

En 2001 tuvimos una etapa de esas en la que todo parecía desmoronarse, penurias en lo económico y la familia creciendo, estudiando, con necesidades que cubrir; entonces entré a trabajar al Instituto Quintanarroense de Cultura (IQC), pude hacerlo con cierta libertad, hacía proyectos y ponía los temas, por ejemplo campamentos para fortalecer la memoria histórica y promover la identidad cultural entre alumnos y alumnas de primaria; talleres de lectura y un proyecto que se llamó

"Detrás de la mirada", que era cine, proyección de películas y talleres sobre los temas que se abordaban en ellas. Mi hija Ceci fue un gran apoyo, pues estudiaba la normal preescolar y ayudó en este proyecto y otro de lectura. Fueron los tres proyectos que más me gustaron, eran bien justificados en términos de la normatividad de la institución y, aunque tardaban en resolver, finalmente eran aprobados y sus resultados fueron apreciados por los padres de familia, que después preguntaban si habría una segunda etapa.

En los campamentos se trataban temas que tenían que ver con la memoria y la identidad cultural, mucho sobre el patrimonio cultural y el patrimonio natural, porque muchas familias y muchos jóvenes no sabían lo que ocurría en las comunidades y sus centros ceremoniales mayas, no tenían ni la menor información. Entonces sus hijos y nietos menos lo iban a saber. Así conocí a gente de Cancún o Playa del Carmen, proveniente de otros estados, que se sorprendía cuando les contaba lo que hay por acá y sobre nuestra historia. En los espacios de lectura se hacía una selección de libros para que los niños leyeran por gusto y terminaban jugando; cuando desaparecía un libro sabía que le había gustado mucho a quien se lo había llevado, ocurría también que llegaban niños que no estaban inscritos. Cuando no había continuidad inmediata de algún proyecto acudía a las escuelas, me encontraba en la secundaria con los niños que habían participado en alguna de las actividades anteriores y había conocido en tercero o en sexto año y se acordaban de los talleres y campamentos que hacíamos. Un importante logro fue constituirnos con otros compañeros y compañeras en grupo editor de la gaceta *Nikte' T'aan*, "Palabra en flor", para dar a conocer el arte, la cultura e historia de esta región maya, fueron 14 números en su primera época y otros cuatro en la segunda, la primera con respaldo gestionado por el Instituto de Cultura y la segunda ya como Academia Maya, con la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

De 2001 a 2010 participamos, Ceqroode y la Academia Maya, en los encuentros lingüísticos y culturales del pueblo maya que se realizaban en México, Guatemala y Belice. Allí se trataban temas de identidad, derechos lingüísticos, educación bilingüe intercultural y espiritualidad. Durante tres años, entre 2003 y 2006, si no me equivoco, fui miembro de la junta cargadora, que se formó tomando en cuenta la cosmovisión maya. Cuatro puntos cardinales, cuatro regiones y cuatro cargadores; yo fui uno de ellos y nos encargamos de la organización de los encuentros.

Como Ceqroode nos pareció importante participar porque la cultura y la espiritualidad maya eran los temas principales. Araceli Burguete me había presentado años atrás a un sacerdote maya de Guatemala de nombre Domingo; con él platiqué mucho acerca del tema de la espiritualidad en una ocasión muy especial, cosas de las que yo tenía poco conocimiento, pero él me compartió su sabiduría y muchos detalles. Con ese antecedente, cuando nos invitaron al proceso de los encuentros me incorporé con gusto y mayor claridad.

Cuando nos invitaron al primer encuentro varios compañeros y compañeras de Ceqroode éramos parte del equipo promotor para la creación de la Academia de la Lengua Maya de Quintana Roo. Surgió la idea de crearla porque los interesados en este tema estábamos desperdigados y queríamos continuar haciendo cosas ya no sólo en el municipio, sino hacer algo a nivel estatal; a fin de cuentas Quintana Roo es tierra maya. Cuando comenzamos, el IQC ofreció asesoría y comisionó al poeta maya Jorge Cocom como enlace con nosotros. Luego de varias sesiones de trabajo y después de algunas actividades como comité pro academia, decidimos no aceptar el ofrecimiento de que la academia se creara como una instancia gubernamental; nos insistieron, pero dijimos que no y hasta le pusimos un nombre especial. Como participábamos en el esfuerzo lingüistas, comunicadores, cronistas, pintores y artistas mayas, decidimos constituirnos como la Academia de la Lengua y Cultura Mayas de Quintana Roo (Acamaya), asociación civil, eligiendo como primer presidente al destacado maestro Martiniano Pérez Angulo, docente en el municipio José María Morelos. Cuando tomó posesión la primera directiva electa asistió el gobernador del estado, Joaquín Hendricks, y tomó la protesta al primer consejo directivo.

Desde 2000 inicié junto con Mario Chan, otro periodista local, una investigación, consulta y recopilación de documentos acerca la fundación de Noj Kaaj Santa Cruz Xbáalam Naj, actual ciudad de Felipe Carrillo Puerto. Al organizarse la celebración de los 150 años de la ciudad hicimos la propuesta, sustentada en los documentos consultados, de reconocer el 15 de octubre de 1850 como la fecha de nacimiento de la ciudad, pero el cabildo de entonces no lo aprobó. Sin embargo, con ese trabajo realizado seguí insistiendo con esta propuesta ante el cabildo del ayuntamiento de 2005 a 2008, que finalmente acordó y aprobó celebrar la fundación de la ciudad los días 15 de octubre de cada año. Un 15 octubre de 2006 fui nombrado también cronista de la ciudad, por

acuerdo unánime del cabildo. Mi desempeño como tal ha incluido desde recopilar fechas antiguas de nuestra historia local y regional, hasta hechos contemporáneos, de 1990 a la actualidad; impartir charlas y conferencias, producir y conducir programas de radio; publicaciones en la prensa, asesoría a estudiantes de diversas escuelas de nivel superior como el Instituto Tecnológico Superior de Carrillo Puerto, el Instituto Tecnológico de Chetumal, la Universidad de Quintana Roo y la Escuela Normal de Educación Preescolar. Por supuesto, no he dejado de opinar sobre alguna coyuntura social, política y cultural especial.

He insistido también por varios años en que la creación del estado de Quintana Roo fue resultado de la Guerra de Castas; que nuestra ciudad, Felipe Carrillo Puerto, antigua Noj Kaaj Santa Cruz, es el centro y génesis de la entidad. Aún se sigue hablando del desarrollo en el sur y el norte de Quintana Roo y seguiremos insistiendo en que nosotros no somos ni sur ni norte, somos centro, génesis y origen del estado, resultado de la mal llamada Guerra de Castas que fue realmente un gran levantamiento del pueblo maya por la libertad y para frenar el despojo de su territorio, levantamiento iniciado en 1847 y cuyos últimos disparos contra el ejército mexicano los tiraron nuestros ancestros en 1933, en Dzulá.

Entre 2005 y 2006 participé junto con otros compañeros y compañeras de la Acamaya en las gestiones para crear la Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo (UIMQROO); su establecimiento en el municipio de José María Morelos fue polémico pues originalmente, luego de un proceso de gestión y diagnóstico, se había acordado instalarla en el municipio de Felipe Carrillo Puerto. Los intereses políticos se impusieron, pues el ayuntamiento de ese entonces había surgido del triunfo de una coalición opositora al PRI y el gobierno estatal decidió crearla en el municipio vecino gobernado por su partido. Sabia y constructiva, en medio de la grilla, la Acamaya se abrió paso e impulsó el diálogo, destacando la creación de esta Universidad Intercultural para todo el pueblo maya y no como beneficio y propiedad de José María Morelos. “No debemos prestarnos al juego de enfrentarnos entre nosotros en esta disputa estéril por la universidad, esto no es más que un enfrentamiento ficticio iniciado por algunos grupos a los que sólo les importan sus intereses partidistas y sectarios, nuestra universidad beneficiará no sólo a la zona maya sino a toda la península de Yucatán”,

palabras más, palabras menos, ésta fue la posición de la Acamaya en ese entonces y de la que participamos activamente.

En 2011 regresé a la actividad política porque entendí que, para levantar nuevamente el trabajo como organización de la sociedad civil, faltaban recursos para fortalecerse con estructura institucional: existíamos como OSC, teníamos un museo comunitario que manteníamos entre el Ceqroode y la Acamaya, teníamos que buscar, hacer gestiones que tardaban para pagar la renta, la luz, teléfono, etcétera. Así que participé de nuevo en la política partidista y así pude canalizar recursos. Pedí licencia sin goce de sueldo al IQC y me incorporé como miembro de la sociedad civil organizada a la mega coalición de partidos contrarios al PRI, una alianza de PRD, PAN, PT (Partido del Trabajo) y MC (Movimiento Ciudadano); así ganamos la Presidencia Municipal de Felipe Carrillo Puerto. Quedé como segundo regidor y participé en las comisiones de gobierno y cultura. Desde allí pude apoyar con recursos al museo comunitario, a la Acamaya y al Ceqroode.

Cuando terminé la regiduría me reincorporé al IQC y a la semana de hacerlo me despidieron. Aseguraron los jefes inmediatos que no era por cuestiones políticas sino por razones de "la ingeniería administrativa", pero yo lo interpreté de otra manera: nuestro ayuntamiento surgido de la oposición había "causado problemas" al gobierno estatal y yo había tenido algunos conflictos con funcionarios estatales ante la política de ahorcamiento y presiones que aplicaron siempre sobre nuestro ayuntamiento, que pese a esto hizo mucha obra pública y acción social con el lema "Identidad maya, compromiso ciudadano". Cuando acepté mi liquidación dijeron que eso iba a tardar y me molesté mucho. Como a los tres meses Marisol Berlín me puso en contacto con una amiga suya que fue candidata del PRI, que se ofreció a averiguar lo que pasaba con mi pago y aligerar la gestión. Así pasaron los meses, dos, tres, y seguían sin pagarme, entonces viajé a Chetumal, fui al palacio de gobierno y pedí hablar con el responsable de la Oficialía Mayor, pero no me quiso recibir. Entonces dije a la persona que me atendió que me iba a quedar allí hasta que me recibiera aquel funcionario y me apachurré en una silla en la sala. Dieron las tres de la tarde, era la hora de salida de los empleados y ya se querían ir todos, me invitaron a retirarme, pero no me moví. Alguien sugirió llamar a la fuerza pública pero finalmente, cerca de las seis de la tarde, fui recibido en la oficina de otro edificio, en donde me entregaron mi cheque de liquidación, que por cierto tenía fecha de haber sido emitido tres meses antes.

Tomé la decisión de invertir casi todo en la instalación de un café que fuera además espacio cultural alternativo, pero luego de dos años no pudimos sostener el negocio y lo cerré con mucha tristeza. Ahora continúo como cronista de la ciudad de Felipe Carrillo Puerto, cargo que tengo hace 14 años, sigo escribiendo y colaborando en medios de comunicación. Dirijo la página INDICE, soy vocal de difusión de Acamaya, participé en la Plataforma Regional Indígena contra el COVID y me sumé a la Red de Comunicación Indígena que lidera el Fondo de Desarrollo de Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe (FILAC). He participado como coautor en dos libros y soy autor del titulado *Xbáalam Naj 500 años después* (2019), editado con respaldo del Ayuntamiento de Felipe Carrillo Puerto; también soy coautor con Georgina Rosado, mi nueva pareja, de la historia novelada que titulamos *En busca de María Uicab, reina y patrona de los mayas rebeldes* (2020), impreso con el apoyo del Consejo de Promoción turística de Quintana Roo.

Estanislao Arias Torres

Soy Estanislao Arias Torres, tengo 50 años y soy yokot'an (chontal) del poblado de Guaytalpa, municipio de Nacajuca. Para mí la lucha comenzó desde que entré a la primaria, el primer día. Empezó porque no nos entendíamos con la maestra, no hablábamos español y ella no hablaba el chontal. Decían que íbamos a aprender a leer y a escribir, pero cómo, si no sabíamos hablar español; entonces mi lucha comenzó al tener que aprender otro idioma. Fue difícil asimilar otra lengua totalmente distinta y aprender a leer y escribir al mismo tiempo, o sea, tres cosas. Afortunadamente en dos, tres meses aprendimos a leer, bueno, a medio leer y escribir. Ya con los libros más o menos íbamos avanzando, sobre todo con el diccionario y con la maestra, que le preguntábamos qué significaban las palabras. Cuando estábamos en quinto o sexto de primaria visitó el pueblo un candidato a gobernador, Leandro Rovirosa Wade, y los maestros me dijeron que se necesitaba que alguien leyera una ponencia, una petición para el candidato, y que iba a ser yo. En ese entonces en el dormitorio del albergue donde estábamos hacía mucho calor y dentro de lo que pedíamos estaba la instalación de ventiladores. ¿Qué nos contestó el candidato? Nos dijo: "Ustedes los indígenas necesitan sacrificarse más, no tienen derecho a eso porque para estudiar hay que sacrificarse". Eso me dejó muy marcado.

Después fuimos a la secundaria y tuvimos la oportunidad de salir del pueblo, de la comunidad. Llegamos a la ciudad y todo era diferente, vimos que había situaciones distintas entre los alumnos, la diferencia social, económica y todo eso. Estudié en el plantel 1 del Colegio de Bachilleres en Villahermosa y fue cuando comenzamos a notar cierta diferencia, que había ciertos privilegios de algunos alumnos que, con el

solo hecho de tener familiares o conocidos en las dependencias públicas, contaban con apoyo y llegaban de manera distinta, con zapatos y estrenando uniformes todo el tiempo. La única ropa que llevábamos los que veníamos de más abajo era un uniforme y nos preguntábamos: ¿por qué ellos sí y los demás no? Porque les daban becas, inclusive un empleo aunque no fueran a trabajar. Allí empezamos a notar la diferencia y comenzó esa inquietud de ver qué podíamos hacer. Eso fue en 1984 o 1985.

Cuando me tocó la materia de Estudios Socioeconómicos de México me cuestionaba: ¿Cuáles son las condiciones del país, de la región, de los estados, de los municipios?, ¿cuál es la función que tienen los partidos políticos en la vida de las comunidades, de los pueblos? Eso me interesaba y en ese tiempo mi hermano mayor estaba apoyando en cierta forma la causa social en la comunidad. Él se había interesado en apoyar y obviamente para hacerlo tenía que ligarse a alguna organización política, y en ese entonces era la Conferación Nacional Campesina (CNC). Se integró al grupo que estaba en el poder en el municipio de Nacajuca y empezó a ver algunas cuestiones allí. Los fines de semana que llegaba a mi casa platicaba con él, porque se suponía que él sabía qué es lo que hacían; nos pasábamos horas hablando, a veces hasta la madrugada. Me decía que ellos iban con los grupos organizados, los grupos ejidales, los campesinos y que los líderes les decían que eran soldados del gobierno y tenían que estar a su servicio porque recibían apoyo de su parte. Esa era la mentalidad pero él veía que eso no estaba bien. Pasaba el tiempo y nos preguntábamos qué podíamos hacer. La gente estaba durmiendo y todo estaba tranquilo, pero tranquilos no íbamos a cambiar el mundo. ¿Para qué los utilizaban?, porque cualquier reunión que hubiera en las campañas políticas iban los líderes y decían: "Necesitamos que vayan 30 o 40 personas", mandaban un camión y la gente allí estaba. Nos parecía que eso estaba mal porque ¿qué estaban haciendo los de arriba?, ¿qué planes, qué programas o proyectos para la gente? Pues nada, simplemente estaban cuidando la casa, el hueso. Hablábamos mucho y eso concluíamos, hasta que en un momento le dije que yo creía que sí podíamos hacer algo.

Para empezar, el problema era que a la gente le habían metido en la cabeza que eran soldados del gobierno y ellos se lo creían; había que revertir el asunto, podíamos ir y decirle a los que de alguna manera se veía como servidores que ellos eran los que mandaban. Porque para

empezar, los estatutos del partido y la Constitución dicen que los pueblos tienen derechos y además tienen, sobre todo, hasta la facultad de poner a sus propios representantes y no que se los impongan, como venía sucediendo desde siempre. Imponían diputados, presidente municipal y algunas veces hasta al presidente del comisariado ejidal y la gente lo aceptaba. Además, otro de los argumentos era que si la mayoría de las comunidades de Nacajuca eran indígenas y campesinas ¿por qué tenían que mandar un candidato que fuera de la Confederación Nacional Obrero Campesina (CNOP) o de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que eran líderes sindicales? Nosotros no éramos sindicalizados ni pertenecíamos a ningún gremio sindical. Desde allí podíamos empezar, por decirle a la gente que teníamos derechos, que teníamos la facultad de nombrar a nuestros representantes y que si éramos campesinos indígenas, por lo menos dentro del partido debería salir un candidato campesino indígena nombrado por el pueblo. Se comenzó a dar ese mensaje en 1985 o 1986. Claro, con cierta estrategia porque adentro era muy difícil manejar eso, la CNC municipal tenía a alguien cuidando. La Secretaría Municipal coordinaba la política interna del municipio y estaba al cuidado del sistema y meter otra idea a ellos no les convenía, era una afrenta.

El caso es que se fue trabajando por debajo y cuando empezamos a analizar vimos que había algunas personas, líderes de la CNC en el municipio, que también tenían cierta inconformidad pero no podían hacer nada tampoco. Pero con esa estrategia de platicar con la gente, de decirles que sí se podían cambiar las cosas, fuimos avanzando. El problema estaba en la mentalidad de la gente, en hacer que creyeran que tenían derechos y no eran solamente servidores de la nación, que a final de cuentas los usaban como servidores para los políticos. Transcurrieron dos años, 1986 y 1987, en que esto fue permeando y la gente ya decía: "Pues sí es cierto, así como en nuestra comunidad nos reunimos y nombramos representantes que luego los ayuntamientos denominan como comisariados o delegados municipales, ¿por qué no lo vamos a hacer también para elegir a nuestros candidatos a diputados o a presidente municipal?".

Fueron dos años de trabajo intenso, reuniones, información, concientización de la población. Luego vino según eso la apertura del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que era el partido hegemónico; en ese entonces no había otro partido en Tabasco, si querías participar

en política tenía que ser a través del PRI. Entonces se abrió la consulta para elegir candidatos a la diputación y a presidentes municipales en todo el estado para las elecciones de 1988 y la gente decía: "Ya estamos preparados, ahora nos toca a nosotros y lo vamos a hacer" y nombraron candidato a la Presidencia Municipal. Resulta que ganó el candidato de los pueblos indígenas y campesinos, pero el partido utilizó todas sus artimañas; secuestraron las urnas, quemaron todas las boletas y después dijeron que Fulano era el ganador. Todavía la gente, pensando en la buena fe de los dirigentes, armó comisiones para ir a hablar con ellos y hacer valer el triunfo de su candidato, pero la palabra de los líderes estatales fue una sola: "Fulano es el ganador".

¿Qué pasó luego? Que la gente dijo: "Ahora nosotros vamos en contra del partido". Hubo un fraude, hubo manipulación de la elección y entonces rompimos con el partido. A mí todavía no me tocaba votar pero estaba muy pendiente de lo que pasaba. Se dio el rompimiento y los pueblos, los indígenas en su mayoría sin instrucción escolar, campesinos y obreros, empezaron a dar una lucha política muy fuerte. Bloqueamos carreteras, se restringieron los accesos a las comunidades indígenas, no podía pasar ningún funcionario del ayuntamiento ni los automóviles oficiales. Se tomaron esas acciones y ya no hubo diálogo, se rompió todo. Fue cuando la gente se preguntaba: "¿Ahora qué hacemos?". Había que continuar, pero si el PRI ya no daba espacio ¿con quién íbamos?

Entonces llegaron otros partidos, primero el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), el Partido Popular Socialista (PPS) y luego el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, que se estaba formando en ese tiempo. Llegaron los líderes pero la gente no los conocía y no confiaba en ellos. La gente se seguía preguntando ¿ahora con quién vamos?, ¿a dónde? Salieron voces por ahí diciendo que el único al que le teníamos confianza era al licenciado Andrés Manuel López Obrador. Lo conocíamos porque estuvo trabajando con nosotros, trabajó en las comunidades. Cuando él llegó a la comunidad mucha gente sentía que tenía derechos porque él lo decía. Por ejemplo, cuando se empezaron a dar apoyos para vivienda para los pueblos indígenas salieron algunas voces diciendo que no aceptaran las viviendas porque venían de Fidel Castro, que si las aceptaban a lo mejor Fidel Castro iba a llegar a adueñarse de todo. Algunos se resistían y no querían aceptar el apoyo porque no querían compromisos con nadie. Y fue López Obrador el que les

dijo que ese era un derecho de ellos, que era un recurso del presupuesto y por lo tanto no tenían compromiso con nadie. Él logró convencer a la mayoría de la gente, Andrés Manuel hizo su trabajo de 1977 a 1982. En ese entonces estuvo trabajando y viviendo con nosotros en los pueblos yokot'an y creo que eso ayudó mucho para impulsar el movimiento.

Pero en ese tiempo él estaba en la Ciudad de México, como director del Instituto Nacional del Consumidor y estaba trabajando muy fuerte. Recuerdo que en una ocasión en el noticiero *24 Horas* de la tarde Jacobo Zabludovsky dijo que se estaban cerrando comercios por alterar los precios y eso no había pasado nunca. Vimos que López Obrador era el que estaba haciendo eso y sabíamos que era auténtico, porque él no quería hacer negocios o que le dieran su tajada, quería que las cosas se hicieran bien, que todos respetaran la legalidad. Entonces un diputado local que era indígena, que había llegado al cargo con apoyo de Andrés Manuel tenía contacto con él y fuimos a verlo y lo llamó. Le explicó lo que estaba pasando y le dijo que la gente quería que él los apoyara, los asesorara. Al otro día llegó y lo fuimos a ver a su casa en la colonia Galaxia. Le dijimos que ya no queríamos nada con el PRI y los compañeros le contaron lo que había pasado. Preguntó si ya lo habíamos pensado bien y le dijeron: "Pues no lo pensamos pero ya nos metimos y aquí estamos". Preguntó si teníamos bien amarrados los pantalones y dijimos que sí, que por eso estábamos pidiendo su apoyo, bromeamos un poco con él. Luego, ya serio, nos dijo que sí y nos pidió que a partir de ese momento "nada con el gobierno", porque él sabía que de alguna manera había cierta relación de los grupos indígenas, con el Consejo de Pueblos Indígenas, cierta vinculación política con las instituciones de gobierno que incluso él había ayudado a construir como funcionario del Instituto Nacional Indigenista (INI).

El caso es que cuando dijo "bueno" todos se quedaron callados. Entonces dijo que de momento no dijeran nada, porque no sabían a lo que se estaban enfrentando; también preguntó eso y la gente respondió que no sabía, pero allí estábamos. Pidió que le diéramos una semana porque no era tan sencillo lo que le pedíamos, que había muchos intereses, que él se había ido de allá por eso; que mantuviéramos las manifestaciones y los bloqueos y que él tenía que hablar con varias personas, porque en el estado no había nadie que se estuviera enfrentando al gobierno, nadie. A nivel nacional el único era el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y había que hablar con él. Dijo que se tenía que preparar bien

el camino, hacer los contactos necesarios y lograr la fuerza suficiente para entrarle a la lucha. Y la gente le dijo: "Perfecto, licenciado, lo que usted diga, usted es el que nos va a guiar en lo que vamos a hacer con este movimiento". En ese momento nosotros, los indígenas yokot'an chontal de Nacajuca, le pasamos la bandera del movimiento democrático en Tabasco, que habíamos gestado desde nuestras comunidades, con la absoluta confianza de que esa bandera estaría en muy buenas manos y con la seguridad de que jamás nos traicionaría por nada en el mundo. Ahora, como presidente de la república, seguimos confiando en él.

A la semana llegó un carro blanco y se bajó una señora, la gente decía que no pasaba, pero cuando vieron que era la esposa del licenciado Andrés Manuel hasta con flores la recibieron. Llegó la licenciada Rocío, que en paz descanse, y dijo que Andrés Manuel la había mandado a decirles que siguieran adelante, que contaban con su apoyo. Que él ya estaba viendo todo lo que tenía que ver en México y que en su momento vendría, pero había que esperarlo tantito. La gente estaba contenta porque el asunto ya había agarrado forma. Se nombró un candidato de la comunidad para que participara en la contienda electoral y así se empezó a armar el movimiento, el famoso 88 de Tabasco, con López Obrador y los pueblos indígenas al frente. Llegó gente de todos los municipios indígenas a Nacajuca a apoyar para enfrentar la lucha contra el gobierno, no nos sentíamos solos. Pero claro que necesitábamos a alguien que nos guiara y fue Andrés Manuel al que le dimos la bandera, porque desde 1977 que llegó a Nacajuca llegó a trabajar muy duro, como trabaja ahora, se ganó nuestra confianza. No había más, eran los pueblos indígenas y López Obrador. Recuerdo que en las manifestaciones que hacíamos, en la primera ocasión veníamos caminando en dos filas, en la segunda ya eran tres y así poco a poco fue aumentando, después ya éramos más de mil, luego tres mil, cinco mil, los que nos manifestábamos en el centro de Villahermosa con Andrés Manuel al frente. En ese tiempo nadie se atrevía a hacerlo. El movimiento democrático en Tabasco detonó con los pueblos indígenas y fue lo que le dio impulso a López Obrador para que comenzara una trayectoria política, desde allí empezó. Por eso Andrés Manuel dice que no se olvida de los chontales, que los lleva en el corazón.

En el llamado "Éxodo por la democracia" que hizo Andrés Manuel de Villahermosa a la Ciudad de México en 1991, la caminata que llevó más de dos meses, fueron nuestros pueblos indígenas los que apoyaron ese

movimiento, que se dio por el fraude electoral y contra la imposición del gobierno del estado. En 1994 llenamos la Plaza de la Revolución y la plaza de toros de Villahermosa, éramos más de 20 mil personas, ya era un movimiento muy fuerte, aunque el gobierno era el PRI y las cosas no eran tan fáciles, pero dimos la batalla para protestar otra vez por el fraude electoral que se dio en el estado en las elecciones para gobernador, diputados, presidentes municipales y todo. Los que impulsamos el movimiento democrático –así le llamamos en Tabasco– fuimos los pueblos indígenas y campesinos, pero al final se fue integrando gente de todos los estratos sociales, participaban muchas personas y por eso se lograron ganar algunos municipios. Andrés Manuel repitió una marcha a México en 1995, llamada "Caravana por la Democracia". Fue también en protesta por el fraude electoral, fuimos a la Ciudad de México y estuvimos casi dos meses plantados; los que estábamos éramos de las comunidades indígenas.

Así se dio nuestra lucha política, obviamente a la par con el movimiento indígena, al que nos empezamos a integrar a nivel nacional en 1992. Ese año se hizo en Tabasco un encuentro americano de pueblos indígenas a través del Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI) con Margarito Ruiz, que encabezaba en ese entonces ese movimiento nacional. Llegó mucha gente de fuera y se hizo un evento como de tres días. El encuentro fue en Nacajuca, como apoyo a nuestro movimiento, porque cuando en 1988 dijimos que no queríamos nada que tuviera que ver con el gobierno inclusive cerramos las instalaciones del INI como cinco años, porque desde que Andrés Manuel se fue el INI se volvió un elefante blanco, un aparato burocrático nada más y la gente decía que ya no hacía falta. Luego nos cerraron la radio del INI y eso también detonó un problema, porque nos estaban quitando un medio de comunicación. Allí fue donde se perdió toda relación con el gobierno. Cuando se hizo el encuentro teníamos cerradas las instalaciones y eso era emblemático, participó mucha gente.

Con la conmemoración de los 500 años de invasión, de saqueo y resistencia de los pueblos indígenas todo estaba prendido en ese tiempo, todo el movimiento indígena y eso también nos llevó a la participación nacional. Nos integramos al FIPI y después, cuando se constituyó la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, la ANIPA, también participamos. A la gran movilización de 1992 no pudimos ir porque estábamos aquí con un problema muy fuerte, con todo lo del movimiento

democrático, y no podíamos estar en un lado y en otro, pero sí teníamos comunicación, sobre todo con Margarito; éramos parte del movimiento y moralmente nosotros apoyábamos. Después incluso Margarito estuvo en Nacajuca, trabajando varias cuestiones con nosotros para impulsar algunos proyectos. Para 1994, ya sumados a los movimientos nacionales indígenas, los pueblos de la zona chontal continuamos fortaleciendo nuestra presencia, inclusive logramos varios espacios políticos, por ejemplo, Auldárico Hernández llegó a ser senador. Aunque para nosotros ese puesto era para López Obrador en ese entonces, sin embargo, en reconocimiento a la lucha de los pueblos indígenas y para que tuviéramos representación, él propuso que fuera Auldárico. Luego el compañero se perdió en la esfera política y ya no supo ni dónde tenía los pies, sin embargo para nosotros fue un logro, porque nunca se había visto que un indígena llegara al Senado de la República y nosotros los chontales lo pudimos hacer; se rompió el estereotipo de que solamente los que tenían una figura política o poder económico podían estar ahí. En ese entonces estábamos con el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y la gente lo tomó como un instrumento político, igual que antes al PRI, porque se supone que los partidos políticos deben ser un instrumento para los pueblos, para las comunidades, no son otra cosa más que eso, no podemos estar supeditados a un partido pero, mientras sirva para beneficio del pueblo, adelante. Así hemos tomado la situación política y por ahí hemos ido caminando.

Cuando el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), la insurrección de los indígenas de Chiapas, me tocó participar en el Foro Nacional Indígena de San Cristóbal de las Casas. En ese entonces participó con nosotros el sacerdote Avelino Cortés Téllez; junto con él nos entrevistamos con el obispo Samuel Ruiz en la catedral de San Cristóbal de las Casas, nos recibió con mucha amabilidad y nos condujo a su oficina, modesta pero muy digna de un representante de la iglesia que predica la humildad y la justicia. Estuve en el panel que se dio sobre los derechos de los pueblos indígenas, fuimos varios compañeros de Tabasco; desde entonces estuvimos participando en diversas reuniones y talleres a nivel nacional. Esos tiempos fueron muy difíciles y muy intensos porque estaba la efervescencia del movimiento y la amenaza del ejército de intervenir en Chiapas. Ahí es donde estaba el centro de atención en ese momento y nosotros participábamos como

pueblo indígena, con nuestras propias ideas y formas de ver las cosas, no precisamente como EZLN.

Luego, ya desde el movimiento que integramos como ANIPA, le fuimos dando seguimiento desde la parte más política a las propuestas, las ideas sobre los derechos indígenas, etcétera, con mis compañeros Margarito Ruiz, Carlos y Pedro de Jesús, Cecilio Solís, Marcelino Díaz, Julio Atenco y otros que conocí allí. Eran los que traían movimientos más fuertes en Oaxaca, Guerrero y otros estados; así se fue consolidando el movimiento hasta llegar a espacios a nivel internacional, que fue donde más se impulsó que se reconocieran los derechos de los pueblos indígenas en México porque aquí era muy difícil, en el Congreso no se hablaba de eso. Claro que el movimiento zapatista también empujó muchas cosas en ese entonces con el Congreso Nacional Indígena (CNI), pero en la ANIPA, donde participamos, igual estuvimos empujando para que se diera la reforma constitucional.

Ahora ya están los derechos aprobados pero hay que hacerlos realidad, hay que hacer que esas leyes aterricen, esa es la lucha que estamos enfrentando ahora, que se apliquen esos derechos que tenemos en la Constitución para una mejor forma de vida en nuestras comunidades. También que se respeten sus recursos naturales, tanta riqueza que hay en nuestros pueblos, minerales, flora, fauna, que también es necesario proteger. En la ANIPA también se hablaba de autonomía y nosotros considerábamos que no podíamos tener autonomía si no contábamos con la preparación y la educación necesaria como para ser, primero que nada, autónomos en nuestras ideas, para luego hacer las cosas según nuestra propia forma de pensar y para eso necesitábamos una formación. Por eso pensamos que era muy importante la cuestión educativa, por lo que en 1999 impulsamos la creación de la Universidad Indígena Latinoamericana. El pueblo se organizó y, con la asesoría del profesor Rogelio Barriga Díaz, catedrático de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (UJAT), se fue construyendo la universidad indígena, que se fundó en 2001 en Vicente Guerrero, municipio de Centla, antes de que existieran las universidades interculturales. Funcionaba con la colaboración de la gente, sobre todo de los padres de familia, en instalaciones prestadas; algunos de los maestros eran de las comunidades y otros llegaban de fuera a apoyar, pero era muy difícil sostenerla así. En esa ocasión se dio una lucha muy fuerte contra el Estado, porque no querían aceptar que los pueblos indígenas tuvieran una universidad.

Hubo mucha presión política; al final se tuvo que cerrar, negociar que los alumnos que cursaban el cuarto o quinto semestre se fueran a alguna de las universidades públicas y les reconocieran los semestres que habían aprobado, porque la universidad indígena sí contaba con calidad y sus planes y programas de estudios eran como los de cualquier universidad. A raíz de eso muchos jóvenes lograron tener una carrera.

Posteriormente se implantó la universidad intercultural, pero no se dio como nosotros pensábamos, se hizo por decreto gubernamental, sin ningún estudio técnico ni nada, simplemente para darle un golpe político al proyecto original de la Universidad Indígena Latinoamericana. Nuestra idea era hacer cuatro módulos, uno en Nacajuca, uno en Centla, otro en Macuspana y otro en Tacotalpa, pero el gobierno lo que hizo fue decir: "Ahí les va la universidad que proponen, la intercultural, pero no donde ustedes quieren, se va a Oxolotán, en Tacotalpa", pero mucha gente no podía ir para allá porque era más costoso y el acceso era difícil, casi no había transporte. Hasta ahora, desde hace dos años, ya se abrió una universidad intercultural en Vicente Guerrero y otra en el municipio de Centro; ya hay tres módulos pero falta el cuarto en Nacajuca. Ahora estamos viendo eso. Esa lucha que emprendimos entonces para crear la universidad indígena fue muy importante y al final dio frutos a nivel nacional; ahora cuando menos ya hay universidades para los indígenas -las interculturales– y se dio el primer paso, se avanzó en algo, aunque se podrían mejorar.

En 2002 participamos en la fundación de la RITA, la Red Indígena de Turismo de México. Estuve primero en 2001 en un taller que se hizo en Tulum y después en su fundación en 2002 en Tlaxcala. Me dio gusto haber participado, sobre todo porque fue crear un instrumento para ayudar a los pueblos a organizarse económicamente, para trabajar y aprovechar sus recursos naturales y centros ceremoniales. Fue una etapa en la que vimos qué era lo conducente para los pueblos, la organización. En ese tiempo me tocó ver a López Obrador en el Zócalo de la Ciudad de México cuando era jefe de gobierno, en su primer año. Yo andaba por ahí y él iba saliendo de un evento, iba cruzando la calle para llegar a su oficina y se paró en el semáforo para peatones, yo me quedé parado en la acera; soy muy poco de acercarme a saludar y pensé que igual ni se acordaba de mí. En eso me vio, me hizo señas y ya me tuve que acercar a saludarlo. Nos saludamos, hablamos un poco y me dijo que fuera a verlo a su oficina, pero nunca pude ir. Ya que estaba constituida

la RITA dejamos que siguiera con los demás compañeros y yo me regresé al trabajo social y comunitario, fue cuando una corriente interna que apoyamos ganó la dirigencia municipal del PRD, en 2004. En ese entonces apoyamos a un compañero para que fuera el líder municipal y logramos que ganara. Ya que ganó me pidió que le ayudara, que no lo dejara solo; le propuse que me diera la Secretaría de Organización porque yo sabía lo que había que hacer allí. El partido estaba hecho pedazos, había que volver a armar todo.

Me metí a trabajar en eso y obviamente era de tiempo completo; en ese tiempo Andrés Manuel estaba trabajando desde las seis de la mañana y allá había que ser consecuentes, entonces antes de las siete ya todo el mundo estaba en la oficina, salíamos hasta las nueve o diez de la noche y trabajábamos hasta sábados y domingos. Como pudimos lo fuimos sobrellevando y logramos ganar la Presidencia Municipal nuevamente, por segunda ocasión. Luego me tocó trabajar en un programa de manejo del ayuntamiento, un programa federal del ramo 33, que son los recursos que se manejan para obras en las comunidades. Ese programa exige que se constituyan comités para cada obra y las reuniones eran casi siempre los fines de semana o a veces en las noches. No solamente dejé la RITA, sino que dejé hasta a mi familia, porque cuando llegaba ya estaban durmiendo y me salía antes de las seis de la mañana. Pero quedó la satisfacción de haber hecho algo importante, de dejar huellas positivas, porque se trabajó mucho y se hicieron muchas obras, eso la gente lo recuerda, e hicimos muchas amistades en las comunidades. Más adelante me reintegré a RITA, ya en 2012. Entonces ya estaba en proyecto la creación de CIELO, la Federación Indígena Empresarial y Comunidades Locales de México que ahora allí está desde octubre de 2014 y también somos parte de ella.

Aparte de nuestra participación en RITA y en CIELO hemos estado un poco retraídos de movimientos nacionales porque muchos perdieron el camino. Por ejemplo, los del EZLN, que ya ni zapatos tienen, hablan de zapatismo pero ya la gente no les cree nada. ¿Cómo es posible que cuando todo el país estaba inmerso en un cambio ellos decían que no, que siguiera el mismo sistema? ¿Qué es lo que buscan? No compartimos esas ideas que nos quieren regresar al pasado, no estamos de acuerdo con la posición de Marcos; para nosotros se volvió como un cuento, si es que alguna vez existió, porque no sabemos si es real pues nunca lo conocimos, nunca dio la cara. El único que batió lodo con nosotros en

las comunidades fue Andrés Manuel, es el que dio la cara y no necesitó capucha para enfrentar al sistema. Pero sí estamos dentro de la Red Nacional Indígena, aunque ahora a través de las redes sociales; está pendiente una asamblea nacional pero no se ha podido hacer.

Hace seis años –en 2014 más o menos– hicimos un movimiento muy fuerte en contra de Petróleos Mexicanos, Pemex. Hicimos bloqueos en los pozos y logramos sentar a las instituciones estatales, federales y a Pemex a negociar, porque ya llevamos más de 40 años de explotación de nuestras tierras. Se han llevado petróleo, gas natural y de todo y no nos han pagado nada; sólo migajitas, miserias, y eso porque presionamos. Se llevan todo y contaminan todo, el suelo y el agua. Se metieron diciendo que eran terrenos nacionales, pero eran –y son– territorios indígenas, de los pueblos originarios; y eso hasta la fecha no lo han querido reconocer. Hasta ahora se reconocen los territorios indígenas en la Constitución y en el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, pero tenemos que luchar por ellos. La Comisión Federal de Electricidad (CFE) nos quiere cobrar la luz pero, si sacamos cuentas de todo lo que nos han perjudicado y todos los recursos que han sacado, hasta nos salen debiendo; en lugar de que nosotros paguemos los servicios de luz y agua nos deberían pagar por lo menos el agua con la que generan energía, ¿cuándo nos terminarían de pagar? Cuando sentamos a Pemex a dialogar fue para presentar un plan de desarrollo sustentable para nuestra región, para nuestros pueblos indígenas. El plan incluía la construcción de un hospital regional para las comunidades indígenas yokot'an de Nacajuca, un plan hidráulico y la construcción de la universidad. Pemex decía que ellos no hacían hospitales ni escuelas, pero nosotros les dijimos que eso ya lo sabíamos; queríamos que supieran para qué queríamos el dinero que ellos tenían y que nos correspondía por todos los recursos que sacaban de nuestras tierras, porque se estaban llevando todo y a nosotros no nos dejaban nada.

Desde mucho tiempo atrás teníamos la preocupación de que era necesario hacer un plan hidráulico para el saneamiento, tratamiento, manejo, aprovechamiento y control del agua, para que el agua se utilizara para la agricultura, la ganadería y para un plan de piscicultura; para aprovechar el recurso al 100% y más que nada poder garantizar la autosuficiencia alimentaria en la región. Había que construir un sistema de drenaje integral en todas las comunidades, con sus respectivas plantas de tratamiento de aguas residuales y cárcamos de bombeo,

para que el agua saliera debidamente tratada y llegara limpia a los afluentes de los ríos y las lagunas. En ese plan ya se avanzó como un 90%, ya se construyeron alrededor de 12 km. de drenajes de aguas residuales y tres cárcamos de bombeo; falta nada más terminar la construcción de la planta de tratamiento de aguas residuales y un bordo de protección contra inundaciones. Eso nos va a permitir rescatar alrededor de 15 mil hectáreas de terreno que ahora no se utilizan porque la mayoría del tiempo están dentro del agua. Queremos que esas tierras se rescaten y sirvan para la producción agrícola y ganadera, eso podría ser como un granero para la región, de productos como maíz y frijol. En nuestra zona también la producción de peces es muy rica, hay una variedad que sólo se da aquí en Tabasco y no se está aprovechando. Lo que planteamos es que se tienen que hacer canales para el riego y para la ganadería y allí mismo aprovechar para la producción de diversas especies de peces. El río está totalmente contaminado porque todo el drenaje se iba para allá; con el drenaje nuevo eso tiene que cambiar y se tiene que hacer también un desazolve de todos los ríos. Todo eso nos va a servir para impulsar el desarrollo turístico sustentable en la región, porque hay mucho que ofrecer, hay lagunas, ríos y zonas vírgenes que no se han explotado, no se han aprovechado y eso simplemente hace que Pemex vaya avanzando más y lo que queremos es evitar que siga avanzando en la medida que a eso se le dé vida, se le dé otro uso.

Además hay muchos artesanos y diversos tipos de artesanía como el tejido de palma, tallado en madera, escultores y otros; también tenemos la música y la danza tradicional, la gente todavía conserva parte de sus tradiciones culturales. Hay muchas cosas que se pueden hacer, sólo falta que se invierta en eso. Tabasco no se ha promovido turísticamente y por eso se tienen que crear las condiciones para que se integre dentro de los destinos del sureste, pero lo que planteamos es que se desarrollen los proyectos en las comunidades, que sean los pueblos indígenas los actores, que la inversión sea directamente en las comunidades, no con inversionistas de fuera, porque la tierra y el agua las tenemos nosotros. Consideramos que es posible hacer muchas cosas. Lo que nos tiene más preocupados es cómo aprovechar mejor los recursos naturales, sobre todo el agua, porque la gente puede tener dinero o lo que sea, pero si no tiene qué comer, no puede comer dinero; por eso necesitamos producir y hacer que el agua se aproveche bien para beneficio de todos. También hemos estado insistiendo en la construcción de la universidad

indígena en Nacajuca, para que los jóvenes se preparen y sean los que diseñen las formas para conservar y aprovechar bien nuestros recursos.

Yo tengo la idea y la convicción de que en el movimiento indígena, a nivel nacional o donde sea, una parte sustantiva tiene que ser la educación; tenemos que ver cómo plantearnos la educación para seguir preparando a las nuevas generaciones pero ya con una idea clara sobre nuestra cultura, nuestra identidad y cómo convertir eso en hechos que se traduzcan en desarrollo para nuestras comunidades. Nosotros hemos manejado el concepto de que la universidad debe ir a los pueblos y debe incorporar los conocimientos de las comunidades, porque el problema ahora es que la desculturización viene porque los jóvenes que salen de su comunidad y se van a la universidad; van a una cultura diferente y se desarraigan porque la formación es totalmente distinta. Eso también es lo que ha provocado que se vayan perdiendo la identidad y los valores; eso ha hecho mucho daño a nuestras comunidades.

Esa es la forma como podemos aspirar a una autonomía, porque de otra manera, si no sabemos lo que tenemos que hacer y cómo lo tenemos que hacer, vamos a depender de ayuda de fuera y así no podemos ser autónomos. Si es necesario enviar a nuestros jóvenes a especializarse a otros países también lo tenemos que hacer. Nosotros estamos en ese plan porque tenemos muchos recursos pero no los hemos aprovechado como debe ser. Pero aquí estamos, en la búsqueda constante de cómo mejorar las condiciones de vida de nuestras comunidades, aunque eso tiene que ser con la preparación de las nuevas generaciones.

Romel González Díaz

Mi nombre es Romel Rubén González Díaz. Mi padre es maya kanjobal de Guatemala y mi madre era xochimilca. Nací en 1958 en la Ciudad de México. Mi papá sí hablaba su lengua natal y por parte de mi madre mi abuela hablaba náhuatl, pero por el contexto de esa época en que lo indígena era de clase social inferior, aunado a su forma de pensar, no me enseñaron ni el náhuatl ni el maya kanjobal, pero siempre tuve una relación con mis líneas genealógicas, la sangre llama. Mis abuelos maternos vivían cerca del mercado de La Viga, por donde estaba la Preparatoria 7, y allí me tocó ver en 1968 cómo los granaderos entraban a sacar a los estudiantes de las vecindades y cómo entraron a la casa de mis abuelos, los golpearon y ensangrentaron. Eso me marcó de alguna manera.

Siempre fui muy activo, vivía en la colonia Portales, un barrio agresivo. Como a los 16 años un amigo de Oaxaca, que era mayor que yo y venía de la sierra de Santa Catarina, me dio dos libros, *El Increíble Mao Tse Tung* y el *Diario del Che en Bolivia*; eso me rompió el esquema de lo que yo venía pensando y me generó otro proceso de conocimiento, me hizo cambiar. Después me vinculé con las llamadas comunidades eclesiales de base y la relación que tuve con algunos sacerdotes de la Teología de Liberación me hizo ver las cosas de otro modo, eso me provocó todavía más un viraje en la vida y en 1976 me fui un tiempo a Chiapas. Estuve en la región de Chicomuselo, conocí lo que hacía la pastoral de Samuel Ruiz y la situación allá. Después regresé y a través de un amigo de mi papá, Alfonso Castillo, comencé a vincularme con el trabajo en colonias populares. Él fue de los formadores de la Unión de Colonias Populares que abarcó varios barrios de la ciudad y del Estado de México,

organizó movimientos muy fuertes. Por iniciativa propia comencé a hacer investigación en colonias populares y pude ver los problemas que había en las ciudades perdidas. También me vinculé al movimiento obrero, con los trabajadores de la Mundet y de Panam, entre otros.

En 1980 entré a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) a estudiar Antropología Social y también estudié Teología. Aunque estaba estudiando, nunca me alejé del proceso organizativo. El cambio más fuerte de mi vida fue cuando me vinculé a la Unión Popular Martín Carrera. A partir de eso asistía a las asambleas, iba nada más a escuchar hasta que en una ocasión me di cuenta de que se estaban cometiendo muchos errores, entonces un compañero escuchó la crítica que estaba yo haciendo en voz baja y me dijo que hablara, que participara. En ese momento supe que iba a cambiar mi vida, porque de ahí en adelante comencé a asumir cargos de dirección. Por distintas causas me retiré de Martín Carrera y me fui a San Agustín, a la Unión de Colonias Populares donde estaba Alfonso. Allí me vinculé más fuerte y después asumí la dirección general de la unión en Ecatepec. Crecimos y hacíamos muchas manifestaciones con los compañeros de otras colonias, a mí me tocó coordinar varias organizaciones.

También pertenecí y fui parte de la dirección nacional del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), lo que me permitió tener contacto y participar con mucha gente y con varias organizaciones, por ejemplo con la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), con Héctor Camero, de Monterrey, y con gente del movimiento indígena y campesino de Nayarit y Sinaloa. Había gente de las inmobiliarias y del gobierno priista a la que no le gustaba lo que estábamos haciendo. No estábamos organizados nada más para invadir terrenos, sino que comenzamos a hacer diseños con la gente del movimiento de los talleres de autogobierno de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México. Hacíamos proyectos más pensados y ordenados y formamos cooperativas de vivienda en varios lugares, algunas todavía existen. En esos procesos atentaron contra mí varias veces, una vez me intentaron secuestrar y otra darme balazos, pero afortunadamente no me pasó nada. Eso dio pie a que me fuera a organizar a Chalco, pero en cuanto me detectaron comenzaron de nuevo las agresiones, por lo que tuve que alejarme también de allí.

Me fui a Yucatán, porque allá tuve la oportunidad de conseguir un trabajo y porque había un movimiento que se estaba generando y estaban

pidiendo apoyo con la organización. Trabajé en el Fondo Nacional de Habitaciones Populares (Fonhapo) y comencé a vincularme al movimiento urbano y al movimiento campesino e indígena, entre otros con los henequeneros. Por el trabajo tenía oportunidad de ir a diferentes partes de la península y comencé a organizar en muchos lugares como Cancún y Campeche. Esto fue en 1985. Un compañero de la ENAH me dijo que su papá estaba en Opichén y que estaban luchando por la tierra, que por qué no iba a ayudarlos, entonces fui para allá y comencé a organizar el movimiento. Fui de los pocos que iniciamos en la península el rompimiento del esquema de la Confederación Nacional Campesina (CNC) con los ejidos en la región, porque hasta los sellos de los ejidos decían CNC-PRI. Primero fue en Opichén –donde ganamos 200 hectáreas–, luego en Calcehtok y después en Santa Cruz. Participé también en la Coordinadora Nacional Plan de Ayala, la CNPA, y después de todas las luchas que dimos fui parte de su dirección nacional. Ese movimiento contra el priismo y la CNC generó que nos reprimieran y detuvieran a dos compañeros, presos políticos. Los acusaron de todo y los golpearon, pero los sacamos. La base priista se nos vino encima y tuvimos que salir de Yucatán. Nos fuimos 80 personas a la Ciudad de México y estuvimos tres meses allá movilizándonos.

Seguimos organizándonos y el movimiento creció, entonces buscamos una personalidad jurídica e hicimos una cooperativa que se llama Chac Lol en Muna, Yucatán. En ese proceso fuimos creciendo, hicimos una cadena productiva, centros de acopio, talleres de capacitación y muchas cosas, pero el Estado siempre se opuso y nos ponía muchas trabas. Para conseguir recursos metimos proyectos a fundaciones nacionales e internacionales y con eso capitalizamos la cooperativa. Tuvimos zapaterías, tortillerías, panaderías, granjas de puercos, producción y venta de artesanías. Logramos crecer hasta Quintana Roo y en Yucatán llegamos hasta Temax, Chemax, Texán y a otros lugares. La cooperativa existe todavía, pero con menos personas. Tenemos un problema de vejez; cuando se fundó la mayoría de los miembros tenían entre 50 y 60 años y ahora ya tienen 80 o 90, algunos ya murieron. El problema fue que no supimos vincular a las generaciones más jóvenes, entonces ahora somos una cooperativa de viejitos.

Todos esos procesos generaron que nos viera mal el gobierno. De hecho un día me habló la secretaria de Víctor Cervera Pacheco, el gobernador, y me dijo que me fuera del estado o me atuviera a las consecuen-

cias; me expulsaron de Yucatán. Varias veces tuve que salir escondido de donde estaba porque me habían ido a buscar. En esos procesos fue donde conocimos a la gente del FIPI (Frente Independiente de Pueblos Indios) y de otras organizaciones, entre ellos a Cecilio Solís, con quien años después participamos en la RITA (Red Indígena de Turismo de México). A muchos de ellos los conocí en diversos encuentros y talleres del Instituto Nacional de Desarrollo Social (Indesol) y del Instituto Nacional para el Desarrollo de Capacidades del Sector Rural, INCA Rural, porque había programas de capacitación de distintas cosas. Allí comenzamos a vincularnos con muchas organizaciones. Conocí a Margarito Ruiz, a Genaro Domínguez, a Araceli Burguete, a Margarito Montes, a Efrén Capiz, a Julio Atenco y a muchos otros compañeros de distintas organizaciones. Nos vinculamos con todos, porque yo he sido siempre más de pensamiento abierto a las alianzas. Todo eso fue más o menos en 1988 y 1989.

En ese tiempo comenzamos como a buscar nuestras raíces. Veíamos las ceremonias religiosas, la lengua, las costumbres, y vimos que éramos mucho más que ejidatarios o campesinos; empezamos a decirnos y a auto adscribirnos como indígenas, a buscar esa identidad. Para ello invitamos a gente de todos lados y a indígenas de otros lugares, para que nos hablaran de la identidad cultural. Comenzamos a hablar del territorio, del derecho consuetudinario y a reflexionar sobre todo eso. Entre los que nos ayudaron en ese proceso recuerdo a Cecilio Solís, Margarito Ruiz y Araceli Burguete. Cuando uno lee o escucha a Araceli entiende varias cosas. Con ellos conocimos también el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). A mi manera de ver Margarito era muy romántico en sus planteamientos y Cecilio era más pragmático.

También hubo un sacerdote canadiense que nos influyó mucho, porque decía que para poder hacer cambios en un país se requería de una identidad. Nos ponía de ejemplo a los vascos, incluso me ayudó para que fuera yo a conocerlos y me impresionó mucho su identidad cultural. Por otro lado, me influyó también la teología indígena de Samuel Ruiz y un vicario que trabajaba con él, Óscar Salinas Nájera. Todo eso dio pie a que me metiera a leer más sobre el tema y comenzamos a estudiar más el maya. Fue importante porque nos permitió darle más línea a lo que hacíamos. Seguimos creciendo como cooperativa y hacíamos cosas que al Estado no le gustaban. A unos compañeros los

acusaron de robo y tuvimos un enfrentamiento con la policía, algunos compañeros que se sabían defender bien golpearon a los policías y eso ocasionó que viniera la represión ya en serio; todos tuvieron que huir del estado. A mí en una ocasión Cervera Pacheco me tendió una trampa, me dijo que fuera con el presidente municipal y que él llegaría allí después. Yo le creí, pero cuando llegué a la Presidencia me empujaron hacia adentro y todos mis compañeros se quedaron afuera. Allí me hostigaron y me pegaron, pero como no me doblé al final el presidente municipal firmó el documento que queríamos.

Me salí de Yucatán y fui a Campeche, a Xpujil. Allí comenzamos a organizar desde 1992. Ese mismo año estuve en la movilización del Zócalo por los 500 años de resistencia indígena. Fuimos a apoyar, pero no formamos parte del Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, sólo éramos aliados. También formamos parte del Consejo Maya Peninsular un tiempo. De 1992 a 1995 estuve principalmente en Campeche, organizando. Estuve en distintos movimientos, tomábamos municipios, hacíamos movilizaciones y demás. Ganamos una junta municipal con un compañero y fue el único lugar del estado en que la comisaría era independiente, pero nos comenzaron a cerrar todo. También me tocó formar la cooperativa Sˆcajel Ti Matye´el en el municipio de Calakmul, que todavía existe, y en 1996 fundamos formalmente el Consejo Regional Indígena y Popular de Xpujil (CRIPX). Junto con la cooperativa Chac Lol en Muna, fueron los tres procesos que construimos prácticamente de manera paralela en los años 90.

En 1995, cuando estábamos en Xpujil ya trabajando en lo que sería el consejo, se dio una movilización muy fuerte. De por sí en esa zona hay muy poca agua, pero entonces llevábamos dos años con sequía y ya había problemas de deshidratación en la gente, recuerdo incluso a una señora que murió por eso. Cerramos la carretera y a mí me tocaba hablar con la gente en los autobuses. También me tocó ir a hablar con el gobernador, Salomón Azar, con otros compañeros. Cuando estábamos con él dijo que tenía al comandante del batallón esperando su orden para comenzar a tirar si la gente seguía avanzando, que lo que pasara sería mi responsabilidad. Tuve que decirles que pararan, aunque después me regañaron por eso, pero pudo haber una masacre, fue una situación muy difícil. El gobernador nos retó, dijo que nos daba tinacos, jagüeyes y un programa de borregos si nos constituíamos jurídicamente como organización, pero nos dijo que no íbamos a poder, hasta se reía

de nosotros y decía que éramos pinches indígenas que no iban a hacer nada. Fue cuando formamos el CRIPX ya oficialmente, en tres meses hicimos todos los trámites y nos tuvo que entregar todo. Desde entonces se distribuye el agua con pipas que la traen de diferentes lugares, nosotros tenemos una pipa en la comunidad de Los Ángeles que sigue repartiendo a unas 2,700 personas.

Como CRIPX formamos parte del Congreso Nacional Indígena (CNI). Yo estuve en su fundación en la Ciudad de México junto con otros compañeros. Antes de eso me tocó ir a Chiapas varias veces a hacer intercambios con los zapatistas. A las reuniones del CNI van otros compañeros y compañeras, a mí no me permiten participar mucho porque dicen que soy muy crítico con ellos, pero como organización hemos estado en casi todas las reuniones que convocan. El CNI es la única organización con la que nos hemos casado, por así decirlo. El CRIPX ha sido más de hacer alianzas pero sin ser parte de las organizaciones; de esa manera se puede ser más crítico y mantener cierta neutralidad. Yo estuve, por ejemplo, cuando se formó la ANIPA (Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía), pero nunca nos anexamos como organización. Primero quisimos reconocernos a nosotros mismos y después abrirnos a distintas alianzas, no con una organización, sino con las que se pudiera, tanto a nivel nacional como internacional. Algunos compañeros han viajado a Canadá y a Venezuela, por ejemplo.

A mí me tocó ir a Panamá a principios de 2008. Una organización de Morelos nos vinculó con Carlos Ponce y él me invitó a una reunión en la que se fundó lo que hoy se llama Red Latinoamericana y del Caribe para la Democracia. Allí se agrupan poblaciones LGBTIQ, afrodescendientes, indígenas y comunidades religiosas progresistas. Yo soy parte del consejo coordinador como representante del CRIPX y me ha tocado coordinar eventos y otras actividades. Uno de los objetivos de la red es incidir en las políticas públicas de la Organización de Estados Americanos, de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y de la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Me tocó participar, por ejemplo, en República Dominicana en la reunión sobre la Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas.

Cuando inició el CRIPX nuestro principal objetivo era el desarrollo sustentable. Como hemos caminado y hecho cosas, también hemos ido modificando nuestros objetivos. Actualmente trabajamos tres líneas: la soberanía alimentaria, la capacitación y la libre determinación. La

soberanía alimentaria la vinculamos con la nutrición, entonces buscamos el mejoramiento de los suelos y la producción orgánica. El responsable de esto es un compañero que se llama Jesús y se trabaja directamente en las comunidades con comités locales de producción. Se han logrado cosas sorprendentes, por ejemplo, la media de producción de maíz en la región es de 900 kilos por hectárea y, con el trabajo de Jesús con la gente, sacamos dos toneladas y media. Tenemos 10 parcelas demostrativas y una experimental.

Para la cuestión de la capacitación comenzamos haciendo talleres y cursos aislados, pero nos dimos cuenta de que tenía que ser una capacitación más permanente y especializada, entonces formamos una escuela municipalista de la que ya salieron ocho generaciones y varios de nuestros estudiantes han llegado a tener cargos públicos en sus municipios o son autoridades de sus comunidades. Vienen alumnos de Quintana Roo, Campeche y Yucatán. Trabajamos toda la cuestión municipal: qué es un municipio indígena, planeación, finanzas y temas como el buen vivir y el desarrollo, derecho ambiental, derecho agrario, derechos indígenas, incidencia en políticas públicas, territorio y manejo sustentable de recursos naturales. Hacemos viajes de estudio para conocer diversas experiencias o invitamos a compañeros, por ejemplo, de Cherán, o gente como Manuel Vázquez,[1] que vino a compartirnos la experiencia de Ayutla de los Libres o Carlos de Jesús que nos habló de la policía comunitaria de Guerrero y otros temas. Invitamos a gente de distintos lugares, porque no queremos ideologizar la escuela. Tenemos un diplomado que contiene siete u ocho módulos y financiamos la escuela con apoyo de fundaciones, principalmente internacionales.

Trabajamos también diversas actividades productivas como la elaboración de velas aromáticas y de llaveros, además tenemos un centro ecoturístico que funciona bien, se llama Raíz del Futuro y está en la comunidad Unión 20 de Junio. Hay turismo de montaña, senderismo y espacio para acampar. Estamos tratando de teorizar la parte de lo que llamamos turismo biocultural, con la idea de que somos una cultura viva, que es más que el turismo rural o paisajista. Con esos proyectos participamos en la RITA y en CIELO (Federación Indígena Empresarial y

[1] Abogado mixteco que encabezó la parte jurídica del proceso del municipio de Ayutla de los Libres, Guerrero, para conseguir que se hicieran elecciones municipales por sistema normativo propio o por "usos y costumbres", cuestión que se logró en 2018.

Comunidades Locales de México). En Muna tenemos también distintos proyectos con la cooperativa. En todo eso hemos estado y seguimos caminando.

Patricia Torres Sandoval

Me llamo Dulce Patricia Torres Sandoval, mi primer nombre casi no me gusta, creo que no combina con mi personalidad porque lo que menos soy es "dulce". Y es que ser dulce, ser una mujer dulce, sumisa y obediente, ha sido uno de los principales desafíos de mi vida. Entre las resistencias en los movimientos sociales –las luchas del magisterio, de los pueblos indígenas, de las mujeres indígenas– y las resistencias a las violencias, lo menos que he buscado es convertirme en una mujer sumisa, dulce y obediente. Por el contrario, me identifico con la fuerza, con la fortaleza que dan la resistencia y la voz, con la perseverancia –o terquedad– para alcanzar los sueños, algunos individuales y muchos colectivos. Me identifico como pilar, como sostén, como mujer andante por caminos sinuosos, pedregosos, y también por caminos limpios y claros. Mi energía es fuerte, en ocasiones confundida con energía animal de león, de águila; o con la energía del carbón que, como mineral, es origen, raíz y fuente de generación de más energía; o con la obsidiana, piedra representativa del fuego hecho mineral, que cura, que sana, que descontractura los tejidos corporales en medio de una ceremonia ritual, que alivia tanto el cuerpo individual, como el cuerpo colectivo. Me gusta que me llamen Paty, me identifico más con el hipocorístico de mi segundo nombre, con más fuerza o tal vez es sólo la intención de no nombrar la parte sensible; y todo esto, para mí, es un privilegio.

Soy p'urhépecha, de Pichátaro y Cucuchucho, lugares emblemáticos en la historia de nuestro pueblo. Soy hija de un matrimonio formado por Abelardo Torres, originario de Pichátaro, un lugar de la Meseta P'urhépecha, y Tomasa Sandoval, de Cucuchucho, en la zona del lago de Pátzcuaro. Ambos, Abelardo y Tomasa, son reconocidos por su larga

trayectoria en la lucha social, primero magisterial y posteriormente en defensa de los derechos de los pueblos indígenas y de las mujeres indígenas en Michoacán, a nivel nacional y a nivel internacional. De alguna manera mi historia comienza incluso mucho antes de que yo naciera. Podría decir que este es mi primer privilegio, haber nacido bajo el seno de una familia de luchadores sociales, con un abuelo que fue autoridad comunitaria como juez de tenencia; con un padre que trabajó en diversos espacios, como docente, como parte de la Secretaría de Educación Pública dentro del área de la Dirección de Educación Indígena, entre otros muchos espacios y trincheras; con una madre sembradora de sueños y proyectos para que las mujeres de la comunidad –Pichátaro– tuvieran acceso a la autonomía financiera por medio de talleres para aprender a elaborar medicina tradicional, jabones, nuevos diseños en punto de cruz, la tortillería, la panadería; mi madre como fundadora de espacios de participación de mujeres p'urhépechas y muchas otras compañeras de otros pueblos en México y en el extranjero; entre estos espacios, la fundación, junto con otras compañeras valientes, de la Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas en México, la Conami.

Este privilegio del origen también se enriquece con la identidad que desde niña me inculcaron, identidad construida al portar el traje p'urhépecha en las fiestas de San Isidro, patrono de los agricultores en Pichátaro, o en las fiestas patronales que se celebran en agosto, en la fiesta del Corpus, o en la fiesta de San Bartolo Segundo, santo patrono de mi barrio. Esta identidad que fue construida por mi abuelo al contarme las historias de cómo se formó Pichátaro, de los nueve pueblos del origen y de los siete pueblos que aceptaron congregarse en uno solo para hacer comunidad. De las historias de los ojos de agua, de conocer el territorio y sus linderos por haberlos caminado con él desde pequeña, aunque con renuencia de su parte, porque yo era niña y las niñas no iban al cerro. Construida por aquellas enseñanzas prácticas de mi abuela paterna para aprender a hacer comida simple y por algunas palabras en nuestro idioma; o por las enseñanzas de mi tía Guille, mi otra mamá, para aprender la cocina tradicional, por su paciencia como docente con las muchas explicaciones de tareas cuando estaba en la primaria, principalmente sobre la historia de Pichátaro, por enseñarme a ir al molino y regresar con la masa equivalente al nixtamal que se mandó moler.

Esta identidad construida también por las enseñanzas de mi madre, que se sabía mujer p'urhépecha y, aunque no era de Pichátaro, su ciuda-

danía ya era válida en esa comunidad; mujer perseverante sembradora de caminos, docente, capacitadora, defensora de derechos individuales y colectivos, mujer valiente y contestataria, mujer orgullosa de sus raíces. Digamos que mi origen también implica reconocerme como parte de una comunidad indígena desde muy temprana edad, alguien a quien desde pequeña, mi abuelo paterno instruyó para que "por lo menos estudiara la preparatoria". La historia comienza con una entrevista que ha sido fundamental para este trabajo. Una amiga antropóloga ha tenido la intención de realizar un libro sobre trayectorias y la posibilidad de tener miradas intergeneracionales. Esto implica revisar lo que he querido contar y cómo lo he querido contar. Ella, mi amiga, estuvo en Michoacán por cuestiones de trabajo, por lo que se trasladó a Morelia a entrevistar a mi padre como luchador social y referente en la lucha organizada de los pueblos a nivel local, nacional y continental. Me parece interesante que varias de las escenas son melancólicas y necesito tomar aire para contarlas.

Sentada en un café me pregunta qué quiero comentar y cómo inicia mi involucramiento en el movimiento indígena. El espacio me parece adecuado, es un lugar sin ruido estruendoso, donde después de hablar con mi papá mi amiga comienza a preguntar: "Paty, ¿y cómo es que te involucras tú?, pues muchos hijos de referentes de la lucha social lo que buscan es alejarse lo más posible de esas luchas". Eso me hizo repensarme, voltear a ver en qué momento decidí tomar el activismo como un ejercicio de vida. Aquí me vienen muchas ideas, cada una con situaciones determinantes en las que me involucro. Yo creo que todo comienza desde que nací, el 26 de octubre de 1985 en la clínica del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado de Morelia, porque mis papás, como docentes, tenían acceso a ese servicio. Vivíamos en Pichátaro en la casa de mis abuelos paternos. Mi abuelo se llamaba Lorenzo Torres y mi abuela Magdalena Cortés, ellos estaban a cargo de nosotros y también estaba mi tía, con la que dormía. Mi mamá estaba adscrita a la primaria de allí y mi papá trabajaba en ese tiempo en la Ciudad de México y lo veíamos cada 15 días. Recuerdo que mi abuela me llevaba a veces a la hora del recreo a la primaria para que mi mamá me amamantara, tenía yo como dos años. Tengo cuatro hermanos: Marisol, Blanca Estela, Lenin Abelardo y Diana, la única más pequeña que yo, y todos fuimos al jardín y a la primaria en Pichátaro.

De manera recurrente también vienen otras escenas claves en mi vida: entre broma y broma, algunas compañeras de la Conami dicen que estoy en el movimiento indígena desde mi concepción. Recuerdo las primeras marchas en las que participaba, era yo muy niña y acompañaba a mis papás; tengo una foto donde voy con otras niñas y niños encabezando el contingente con una banderita p'urhépecha, un 12 de octubre. También me gustaba ir a las reuniones de los mayores con mis papás, en aquel entonces de niña latosa, inquieta y ávida por conocer cosas, me gustaba escucharlos. No sé si entendía todo o la mitad, pero me apasionaba estar dentro de las reuniones, sobre todo las de lo que en un primer momento era la Organización Nación Purépecha y luego la Organización Nación Purépecha Zapatista (ONPZ). Creo que todo eso ayudó a que me involucrara en esos procesos. Mi abuelo, el papá de mi papá, era un campesino que estudió hasta tercer año de primaria, y uno de los sueños que tenía era que su hijo y nosotras pudiéramos estudiar por lo menos la preparatoria. En aquél entonces pensar la preparatoria era lo máximo y, en ese mismo sentido, yo siempre lo vi como un referente. Él tenía una tienda pequeñita en la comunidad y siempre estaba en el mostrador leyendo el periódico.

Cuando surgió el zapatismo en Chiapas yo estaba en primaria y mis papás se iban a acompañar el proceso, porque dentro del movimiento indígena, a nivel continental, ya ellos eran una referencia, y mi papá fue llamado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) como asesor en los diálogos de San Andrés. En casa se hablaba de todos los temas que se trataban allá y yo ya entendía, aunque no estaba involucrada directamente. Además, era noticia a nivel internacional y era todo un orgullo para mí saber que mis papás estaban participando, que tenían una claridad política y social muy vasta y que estaban ayudando a construir algo en aquel proceso. Los nombres de López y Rivas, José del Val, Julio Moguel y otros académicos que también apoyaban el proceso y estaban ayudando a construir varias cosas, me eran familiares desde entonces. Recuerdo que a finales de 1996 o principios de 1997 hubo una consulta para que la gente opinara si era conveniente que el EZLN se convirtiera en partido político y yo, que estaba en sexto de primaria, andaba con las boletas repartiéndolas a mis compañeros en la escuela. Me movía hacer algo, si mis papás estaban acompañando a los zapatistas yo pensaba que tenía que participar también, además el EZLN

estaba conformado por indígenas y yo sabía que nosotros éramos indígenas, siempre me asumí como tal.

Recuerdo que mis papás en esa época fueron a Washington a una reunión de la Organización de Estados Americanos sobre pueblos indígenas, que mi mamá participó en varios eventos de la Conami a nivel continental y mi papá viajó a Costa Rica, a París y a Ginebra a la Organización de Naciones Unidas, a hacer incidencia en distintas reuniones de organismos internacionales y a mí me emocionaba mucho que estuvieran en esos espacios. Terminé la primaria en Pichátaro y fui a estudiar a un internado para señoritas que está en las afueras de Morelia llamado La Huerta. Ahí habían estudiado también mis hermanas y allí cursé los tres años de secundaria.

Cuando salí de la secundaria tenía 14 años y se convocó a una reunión de la Conami a la que mi mamá no pudo ir. Había otra compañera p'urhépecha que también participaba e iba a ir ella, pero no quería ir sola porque no conocía la Ciudad de México y decía que no hablaba bien español, entonces yo me ofrecí a acompañarla. Al principio mi mamá no quería dejarme participar, primero por mi juventud, pero también por los muchos prejuicios que existen sobre la participación de mujeres en espacios nacionales. Casi al final del día previo la convencí y fui. Fue mi primera participación en la Conami, mi probadita de estar en esas reuniones con mujeres poderosas, con mujeres fuertes, con mujeres con una claridad política impresionante y me quedé emocionada, aunque ya no volví hasta unos dos años después.

En las siguientes reuniones en que participé, primero era una especie de ayudante en la cuestión logística: checar la lista, ayudar a algunas compañeras a cruzar la calle o subir al metro, sobre todo con grupos de mujeres monolingües que iban a algunas capacitaciones a la Ciudad de México y había que encabezar el contingente para viajar en el metro desde Xola hasta la estación Zócalo o a Allende, cosas así. Me gustaba, aprendí mucho y poco a poco me fui involucrando más. Cuando tenía como 17 años Martha Sánchez estaba dejando la coordinación de la Conami y se le hizo fácil proponer que me quedara yo en su lugar, pero mi mamá no estuvo de acuerdo; dijo en la asamblea que todavía era muy joven y tenía que estudiar, que además no era tan fácil como yo creía y tendría que vivir en la ciudad y trabajar, porque de la Conami no me iba a mantener. Conforme iba comentando varias cosas, enumerando los desafíos, entendí que tenía razón.

La preparatoria la estudié en Morelia. Entré a la Preparatoria 1 de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, que tiene la carga histórica de que fue la escuela de Hidalgo, de Morelos y de Melchor Ocampo. Como siempre me ha gustado el tema de la participación y la movilización, del activismo, junto con varios compañeros formamos un grupo que se llamaba Jóvenes en Movimiento por la Izquierda (Jomiz) y participamos para ser consejeros estudiantiles. También participamos en un grupo más amplio que se llamaba Avance Espíritu Nicolaita, que era la filial de la preparatoria de un grupo formado por estudiantes de la Facultad de Derecho, llamado Avance Nicolaita. Fui encargada de formación política de Jomiz y me encantaba, aunque no recuerdo mucho qué hubiéramos realizado por mi poco tiempo de involucramiento, particularmente en ese año de la preparatoria.

La particularidad tuvo un motivo importante, aquí siento la necesidad de mencionar esto: en aquel momento yo no sabía que el hecho de que te abracen, de que te toquen, de que te saluden y te sientas incómoda, es acoso. Yo sentía eso con uno de mis maestros, una sensación incómoda cuando estás en el aula con muy pocas personas, o sólo con él; la extrema atención del profe hacia mí, que tuviera que exponer mis trabajos o mis tareas frente al grupo, pedirme tareas especiales o que recibiera elogios, aun cuando otros compañeros y compañeras también habían realizado las mismas tareas y los mismos trabajos que yo. Llegó un momento de mayor temor y a la vez hartazgo, en el que decidí no presentarme al examen final, aunque era de las buenas estudiantes. Decidí no presentar el examen porque había muchos comentarios sobre ese maestro y la verdad me dio miedo, entonces descansé un semestre, me dieron "banca". Eso me dio la posibilidad de ir a las reuniones de la Conami y ahí, en la agenda, estaban los temas de los derechos sexuales y reproductivos y de la participación política de las mujeres indígenas, entonces supe que eso se llamaba acoso, que era muy difícil de denunciar y la mayoría de mujeres se callan porque la persona que las acosa tiene cierta jerarquía ante ellas. Aprendí de eso, de mi experiencia y de las experiencias de varias compañeras, ahora hermanas de Conami, y no perdí el tiempo.

Después me reincorporé a la escuela, ya con el aprendizaje de no permitir que me acosaran, y terminé bien la preparatoria. Estudié el bachillerato en Ciencias Químico-Biológicas porque mi intención era estudiar Medicina, pero luego cambié de opinión. Una de mis compañeras

me dijo un día que veía que tenía yo más madera para estudiar Derecho que Medicina y luego pensé que no me veía yo en un hospital, que me iba a querer morir apenas se me muriera un paciente. Por otro lado, desde que aprendí a leer, como a los cuatro años y medio, tomaba libros que había en casa de mi abuelo y los leía; alguna vez encontré uno de antropología social y me llamó mucho la atención. Además, en alguna reunión de la Conami conocí a Teresa Sierra y a Aída Hernández, del Centro de Estudios Superiores en Antropología Social y pensé que me gustaría estudiar Antropología Social, pero era una carrera que no había en Michoacán.

Como salí de la preparatoria fuera de tiempo para entrar a la universidad ese año, pasé seis meses en Pichátaro y acompañaba a mi tía a Uruapan, porque ella trabajaba allá. Tenía un coche pero no sabía manejar, entonces yo la llevaba y traía todos los días. Una vez me sugirió que fuera a pedir informes a una universidad privada de ahí de Uruapan, la Universidad Don Vasco, así que fui. Cuando llegué me atendió el director técnico de la Escuela de Derecho, quien me mencionó la currícula de materias e hizo énfasis en que mi formación previa era distinta a la esperada para ingresar a Derecho, por lo que seguramente me costaría más trabajo y debería esforzarme mucho para estar al nivel de mis compañeros que sí habían estudiado el bachillerato de Ciencias Histórico-Sociales; pero que de ahí en más, no tendría ningún problema y obtendría mi título expedido por la Universidad Nacional Autónoma de México, porque es una escuela con el régimen de incorporación. Finalmente me decidí por estudiar esa carrera en esa universidad, porque en la pública no me hubieran validado el bachillerato de químico-biológicas. Creo que ha sido de las mejores decisiones que he tomado en la vida.

Mientras estuve en el bachillerato en Morelia tenía relación con personas de diferentes ambientes, de la cuestión política, amigos que eran skatos o de lo que llaman tribus urbanas o alternativas y, como era muy estudiosa, muy ñoña, también tenía amigos así. En Uruapan, en la universidad, era una dinámica diferente, había muchas niñas fresas de ahí, gente de Tierra Caliente y jóvenes de comunidades rurales e indígenas. De alguna manera fue lo más cercano a ver una diferencia de clases dentro del salón. La mayoría no éramos fresas, no encajábamos en ese estatus, así que nos juntábamos para estudiar, para salir a bailar, para ir a la cafetería, para ir a comer o a alguna fiesta. Ese lapso de mi vida fue muy rico, por poder verme desde otro contexto, reconocer la

riqueza cultural de mis amigas, compañeras, compañeros. Conocer otra perspectiva de vida.

En algún momento hubo una persona que me hizo sentir mal por ser indígena. Yo estaba pasando por un duelo, estaba triste y enojada con el mundo. Él era de esos tipos que de todo se burlan, entonces no aguanté sus comentarios, me hizo sentir mal, me enojé y le grité, pero eso me sirvió muchísimo. Fue como una dinámica interna de encontrarme, de entender que siempre iba a haber gente que intentara hacerme sentir mal por mis orígenes y dependería de mí si me molestaba o no. Fue una etapa en la que repensé muchas cosas en ese sentido, en el sentido de la identidad, y también revisé los privilegios que tenía, porque el hecho de que mis papás fueran maestros de educación indígena permitió que pudiéramos salir de la comunidad, acceder a la educación, mantener nuestra identidad y que nunca nos faltara qué comer.

Mis papás y mi tía aportaban para la colegiatura y mis gastos. El primer año de estudios vivía todavía en Pichátaro y fue complicado porque diario iba a Uruapan y regresaba, pero a partir del segundo año renté un espacio junto con una compañera y ya pude entrar a trabajar en un despacho jurídico como ayudante del abogado titular, allí redactaba documentos para litigio y daba consultorías jurídicas. También hice mi servicio social allá en Uruapan con una asociación civil, aunque no estaba muy de acuerdo con lo que hacían, pero lo importante era liberarlo. En ese tiempo me fui dando cuenta de cómo es el procedimiento en cuestión jurisdiccional; en los juzgados y con los magistrados, cuando de repente tienes que dar dinero a los secretarios para que agilicen un trámite y todo ese tipo de cosas. Eso no me gustaba, fue mi gran decepción en el tema del ejercicio del Derecho como litigante.

Para mi tesis comencé trabajando el tema de la ley reglamentaria en materia indígena en Michoacán, pero como no había maestros que conocieran el tema tuve que cambiar a la cuestión agraria. En materia agraria sí había muy buenos maestros, pero lo que me decía mi asesor que hiciera no era lo que yo quería hacer; al final me cambiaron de asesor y me pusieron a una maestra que sabía de Derecho Internacional. Conocía el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas y además era cercana al movimiento zapatista; entonces terminé haciendo un análisis de los instrumentos internacionales y del artículo 2º constitucional, más enfocada al tema del territorio

e incluyendo el derecho a la consulta. Mi papá me ayudó también a darle forma a la tesis, me prestó documentos y la terminé en 2010; se tardaron tanto en revisarla que quedó mal, porque yo hacía referencia todavía al artículo 4 de la Constitución, sin tomar en cuenta la modificación al artículo primero, que fue en 2011. De todas formas, fue publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México. Mientras revisaban mi tesis estuve viviendo con mis papás en Morelia. Me llamó la atención un diplomado que vi para ser perito en balística forense y lo cursé. Me gustó, pero no tuve oportunidad de ejercer de manera técnica. Tenía también la intención de entrar a la Universidad Pedagógica Nacional en lo que me titulaba y conseguía trabajo, porque había la posibilidad de, en pocos años, quedarme con la plaza de educación indígena que tenía mi tía cuando ella se jubilara, pero finalmente no lo hice. Además varios de los procedimientos cambiaron, por lo que ya no era posible proponer a un familiar para poder ocupar la plaza de docente.

En ese tiempo también me involucré en la política, en el Partido de la Revolución Democrática, y fui propuesta para ser candidata a regidora en el municipio de Tingambato; entonces me metí en la campaña. Después de los acomodos internos del partido por el tema de la paridad de género, finalmente quedé como suplente para síndico. El compañero que iba para titular me decía que me dejaba a mí ese espacio y que él se quedaba de suplente; pero, por un lado, había que aportar recursos de acuerdo al cargo y nosotros, mi familia, no teníamos la cantidad necesaria; por otro lado, la seguridad en Michoacán en esos años estaba muy mal, era un infierno, entre la guerra contra el narco, los levantones, secuestros y demás. Entonces, desde mi perspectiva, era mejor que estuviera un hombre al frente. En aquella elección (2011) en Pichátaro ganó el Partido Revolucionario Institucional por muy poca diferencia, siempre ha sido una comunidad priista. Pero a nivel municipal ganamos, con gran margen de votación. Eso me permitió colaborar como asesora jurídica del síndico, con experiencia previa en la parte que me gusta: dar asesorías, intentar hacer conciliaciones, poner en práctica los conocimientos que había adquirido en la universidad y todo lo que había aprendido en la Conami.

Por otro lado, también en 2011, conformamos una red de abogadas indígenas, para desde allí revisar que el derecho válido tiene que ser el que te permita llegar a una solución de los problemas y a veces ese derecho no es el que está en el sistema jurídico mexicano, sino que es la

conjunción del derecho que tienes desde el nivel comunitario, tal vez entremezclado con la otra parte. Esa etapa para mí fue muy rica y muy interesante, aunque también dejé parte de mi ser y mi salud, me descuidé mucho personalmente, pero tuve el reconocimiento no solamente dentro del municipio, sino de otras regiones. Había gente que llamaba por teléfono y pedía hablar conmigo para realizar una consulta o para solicitar una asesoría, porque les habían dicho que la síndica de Tingambato era muy buena para asesorar; yo ni siquiera era la síndica oficialmente.

Estuve un tiempo como titular de la sindicatura, cuando el presidente municipal pidió licencia para ser candidato a una diputación local y el síndico quedó como presidente. En ese momento llegó un grupo de autodefensas al municipio y corrieron a los policías, entonces fue una dinámica muy tensa, porque se estaba decidiendo la creación del mando único policial en el estado y Cherán y Tingambato no iban a unirse, pero después de tres meses tuvimos que entrarle. Toda mi estancia en el ayuntamiento fue de enseñanzas muy fuertes, en cuestión del manejo de la seguridad, en el ámbito político y el electoral. También viví la experiencia de lo que implicaba asumir un compromiso con la conciencia de que las personas habían votado y confiado en ti para que hicieras un buen trabajo; había que tomar la responsabilidad y dar buenos resultados. Me gustó mucho trabajar ahí.

Siempre estuve y he estado en la Conami. Por un tiempo no tuvimos una estructura bien organizada, no había oficina y quienes estuvieron en la coordinación tenían además un cargo en su región, entonces se les dificultaba hacer el trabajo, pero después entró Fabiola Jurado y reorganizó todo. Me volví a sumar de lleno, porque además mi mamá estaba trabajando en el gobierno estatal y no podía ir a las reuniones porque eran de varios días, entonces iba siempre yo representando a la ONPZ, organización en la que siempre he participado. Fabiola delegaba muchas cosas, por ello me tocó ir a varios eventos en representación de la coordinadora en distintos estados. Por otro lado, Carlos de Jesús, cuando fue diputado, abrió muchos espacios de participación para la Conami, fuimos, por ejemplo, a la celebración del Día Internacional de la Lengua Materna a Chihuahua. También apoyó con pasajes para nuestras reuniones e hicimos una en la península de Yucatán, estuvimos en Mérida e hicimos un recorrido por distintas comunidades hasta Carrillo Puerto. Con ese tipo de actividades fue que la Conami jaló nuevamente a esos

liderazgos que estaban dispersos. Estuve también involucrada en el proceso de la comisión de niñas y jóvenes del Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas.

Uno de los temas que más manejo es el de la participación política de las mujeres indígenas. También el de violencia contra las mujeres y el de derechos sexuales y reproductivos pero, si bien es fundamental, decidí hacerlo un poco a un lado y enfocarme más en la cuestión de la participación política. Creo que la participación de las mujeres tiene que ser un referente. Así, me doy cuenta que he ido caminando con el acompañamiento de la organización que fundaron mis papás y otras personas; pero también venir de personas que son importantes dentro del movimiento, como son mis papás, implica una carga pesada porque, quieras o no, estás bajo la lupa, el reflector que está dirigido a ellos alcanza a alumbrarte. Eso se vuelve un gran compromiso, porque tienes la responsabilidad de seguir su camino, el de los mayores y las mayoras, y construir.

David Ruiz Aguilar

Soy José David Ruiz Aguilar, originario de la comunidad Jotanaj, municipio de Las Margaritas, Chiapas. Es curioso cómo me inserto en el movimiento indígena ya plenamente consciente, porque de inicio había una especie de resistencia a hacer lo mismo que mi padre. Para Margarito, mi papá, su familia eran los compas y vivía para el movimiento, a la casa casi no llegaba. Siendo yo muy niño una vez llegó en la noche y cuando me fue a saludar traía, según yo, un bastón, pero cuando lo puso al lado de la cama vi que era un arma. Le pregunté y me dijo que se la habían encargado para guardarla. Después mi mamá me contó que lo estaban persiguiendo y se tenía que cuidar. Ahí me di cuenta de que realmente estaba en algo muy serio.

Crecí solo y ya después me encontré con mis otros hermanos, hijos de mi papá. Estudié primaria y secundaria en Las Margaritas. En los dos últimos años de primaria me negaba a hablar tojol-ab'al, fue un proceso de rebeldía como el que se da en muchos casos, los chavos indígenas no queríamos asumirnos como indígenas por el tema de la discriminación, pero mi mamá me decía: "Aquí se habla tojol-ab'al, si no hablas tojol-ab'al yo no te entiendo y si no me pides la comida en tojol-ab'al no hay comida". Pero la discriminación era fuerte, aunque yo no la sufría tanto pero veía cómo otros compañeros indígenas eran discriminados por no hablar bien español y por sus formas –venían de las comunidades y yo vivía en la cabecera municipal– y yo no quería sufrir lo mismo, por eso no quería hablar tojol-ab'al.

En la secundaria es cuando comencé inconscientemente a estar dentro de las posiciones indígenas, porque seguían los procesos de discriminación y el *bullying*, aunque todavía no existía ese concepto.

Una vez me encontré a uno de mis "amigos" golpeando a un tseltal y yo defendí al tseltal; cuando le pregunte al otro por qué le pegaba me molestó mucho cuando dijo que le estaba pegando porque era indio. Eso dio pie a que me buscaran mucho los compañeros y las compañeras indígenas, se corrió la voz de que si los molestaban le decían a David, porque además yo era de los más altos, ya tenía casi la estatura que tengo ahora. Entonces comenzó a bajar el *bullying*. También me buscaban para que les ayudara con sus tareas; para eso me buscaban mis compañeros indígenas y no indígenas. La orientadora educativa se dio cuenta de que yo ya no tenía miedo de decir que era indígena y, como los chavos indígenas tienen más dificultad para aprender por la barrera del lenguaje, armó un programita de asesorías. Ahí comencé a relacionarme más con los compañeros, porque prácticamente todas las semanas tenía dos sesiones de asesoría de matemáticas y de química. Eso generó un primer momento de lazos con esos compañeros y también que los maestros me impulsaran como una especie de líder estudiantil.

Desde que tengo memoria a mi casa llegaban todo el tiempo compañeros, se quedaban a dormir, comían allí, era como la posada de los compas. Esa maña la dejó Margarito porque siempre llegaba con alguien, pero también Delfina, mi mamá, siempre estuvo acompañando el proceso. Sin embargo mi padre no tenía una fuente de ingreso, por lo mismo siempre había conflictos por la cuestión económica, nunca teníamos dinero, pero aun así recibíamos a los compas, que a veces llevaban unos kilos de maíz, algo de frijol, un racimo de plátano o algo, así vivíamos. Cuando mis padres iniciaron en el movimiento ambos trabajaban en el magisterio, Margarito lo dejó cuando se metió de lleno a la lucha y mi mamá siguió un tiempo, hasta que yo nací, en 1979. Cuando quiso regresar ya no tenía plaza, entonces estuvo trabajando en el Instituto Nacional Indigenista un tiempo, seguía saliendo a las comunidades y yo me quedaba solo en la casa. Cuando ya estaba un poco más grande, Margarito estaba en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y me llevaba a las reuniones y a las marchas y los compas me empezaron a decir el Pesumito. Luego mi mamá puso un comedor, ahí llegaban todos y todos me conocían, la gente de las comunidades.

En el último año de la secundaria, otra parte que comenzó a detonar en mí el gusanito de participar en el movimiento –con todo y mi resistencia– fue el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994. El 1 de enero pasó temprano por mí un primo porque

íbamos a ir a una laguna a tirar; teníamos nuestros rifles porque nos mandaban al monte por zacate para los puercos que tenían mi mamá y mi tía, nos dieron los rifles para cazar y para que nos defendiéramos, aunque en realidad no había de qué defenderse. Ese día nos fuimos en bicicleta y cuando pasamos por la Presidencia Municipal vimos a un policía que estaba sentado pero agachado, pensamos que estaba bolo y vimos a otro que estaba como recostado debajo de un camión. No nos dimos cuenta de que estaban muertos. Luego vimos a unos que pensamos que eran soldados pero luego supimos que eran los compas. Llegamos a una veredita y vimos un cuerpo, un tipo tirado con un machetazo en la cara. Ahí nos cayó el veinte de que algo estaba pasando, entonces fuimos a dejar los rifles con un señor conocido de por ahí y nos regresamos en chinga a la casa asustados.

Cuando llegamos estaba con mi mamá un compañero y traía un pasamontañas. Le reconocí la voz y lo saludé "Hola Temo" y me agarró la cabeza y me dijo: "¡Cállate! No soy Temo, soy el teniente Salvador". Estuvo a punto de decirme Pesumito pero se calló, aunque luego me dijo David, o sea que de todas formas fue obvio que me conocía y que era Temo. Entonces mi mamá me llevó aparte y me explicó más o menos lo que pasaba. Le dijeron que no se preocupara, que todo estaba bien pero de preferencia que no saliera, porque no sabían cuándo iba a llegar el ejército; que se resguardara, que iban a estar dando comunicados, que iban a pasar en carros con altavoces, pero que todo estaba bien. Le dijeron también que si tenía algo de comida que les pudiera compartir. Entonces lo primero que hicimos mi primo y yo, por orden de mi madre, fue ir a cortar naranjas de los árboles que había en la casa, llenamos un costal y se las llevamos. Se corrió la voz y a medio día a la casa ya estaban llegando los vecinos a dejar comida. No la llevaban directamente arriba –al salón de usos múltiples del municipio, a donde estaban los compas– porque tenían miedo, entonces nos llevamos una chinga mi primo y yo porque nos pasamos toda la tarde subiendo comida en la bici.

Antes de eso, cuando era más chico, a veces íbamos a las comunidades y veía a los compañeros cantando canciones revolucionarias, recuerdo que estaban tocando guitarra y bebiendo pox. Vi todo ese proceso pero no lo entendía, sabía que mi papá estaba en el movimiento, que en esos entonces no se llamaba como tal movimiento indígena, lo que más sonaba era movimiento campesino. Además en las comunidades

veía que en una casita de tres por tres vivían siete u ocho personas y ahí mismo estaban la cocina y las camas que en realidad eran tablas; nos quedábamos a dormir junto al fogón y regresábamos llenos de pulgas. No entendía qué canijos estaba haciendo, por ejemplo, mi mamá allá, hasta mucho después me di cuenta de que estaba trabajando temas de género y otras cosas, ella se convirtió en un referente dentro de las comunidades tojol-ab'ales porque siempre andaba por ahí. Pero yo no entendía la importancia de todo eso y tampoco lo sentía, porque de alguna forma yo había crecido en el pueblo y, a pesar de que había carencias económicas y del tema de la discriminación, no había sufrido todo lo que se sufre dentro de la comunidad. Pero el 94 fue para mí un detonante, allí comencé a entender y me di cuenta de que había mucho que hacer.

En la secundaria había un maestro de química que era tsotsil e insistía en que me fuera a estudiar a Chapingo, le decía a todos que allí iban a seguir aprendiendo cómo trabajar en el campo, para saber más de lo que sabían sus papás. Me motivó mucho y me fui a Chapingo. Allá me encontré también con un proceso de discriminación, sobre todo de los del norte hacia los de Oaxaca, pero también encontré las sociedades de los estudiantes que estaban organizados y peleaban por sus derechos; además había mucha simpatía con el EZLN y a los chiapanecos nos preguntaban mucho sobre eso. En primer semestre quedé como consejero de la generación ante el consejo estudiantil. Ahí comencé a enterarme de lo que era la grilla desde la perspectiva de los estudiantes. Me tocó salir en los camiones a tomar casetas y bloquear carreteras por varios temas y en solidaridad con distintos movimientos. Fue allí que comencé a entender las letras de las canciones que escuchaba de niño en mi casa y la fuerza que tenían muchas de las letras de Víctor Jara, Violeta Parra, Silvio Rodríguez, Amparo Ochoa, todo ese tipo de música. Pero todavía en el ambiente estudiantil el tema indígena no era un tema, menos en Chapingo, donde la cuestión era todo lo relacionado a lo agrario y a los campesinos. En ese tiempo comencé a leer los libros que escribía Araceli Burguete sobre autonomía, conocí y escuché a Héctor Díaz Polanco y entendí que el tema indígena era importante, porque antes de que hubiera campesinos habíamos pueblos indígenas.

Terminando el primer año tomé la decisión de cambiarme al Instituto Politécnico Nacional (IPN), porque yo quería estudiar biotecnología. Me di de baja en Chapingo y ya estaba haciendo los trámites en el IPN pero no le dije a mis papás. Cuando les dije, Margarito puso el grito en el

cielo porque no les había consultado, entonces me mandaron de regreso a Chiapas y me quedé en San Cristóbal a acabar la preparatoria. Nuevamente me tocó el problema de la discriminación, ahora de los coletos hacia nosotros, aunque a mí no me discriminaban porque no tengo rasgos tseltales o tsotsiles. Cuando había que elegir un taller yo quería entrar a robótica pero estaba saturado, entonces me metí a oratoria. Para el primer concurso que hubo le pedí a Araceli que me recomendara un tema, algo que pudiera impactar. Me sugirió que hablara de los derechos indígenas, pero con esa mentalidad colonizada que teníamos muchos le pregunté por qué había necesidad de hablar específicamente de los indígenas, porque sí había discriminación y pobreza pero no solamente la sufrían los indígenas. Entonces ella me cuestionó y me explicó la importancia de los derechos de los pueblos indígenas, entre otras cosas, me dijo:

> Si tú vives en tu casa y llega alguien y te quiere sacar ¿tú crees que está en su derecho? El que tiene derecho es el que vive en la casa, ¿no? Pues así los pueblos indígenas tienen derecho sobre los territorios, porque fueron los primeros en vivir ahí, les quitaron sus tierras y fueron violentados por gente totalmente ajena al lugar. ¿Te parece justo que a tu abuelo le pegaran con el fuete del caballo y que tuviera que trabajar muchas hectáreas para sólo llevarse un costalito de maíz? Todo eso es parte de los derechos de los pueblos indígenas.

Me prestó varios libros sobre el tema, especialmente sobre la autonomía y gané el concurso con ese tema.

En ese tiempo ya colaboraba yo con el Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI) y con Maya'ik pero más que nada en cuestiones técnicas, en el manejo del correo electrónico, por ejemplo, que para ese entonces pocos manejaban. También escuchaba las reuniones y prácticamente versaban sobre cuáles proyectos iban a presentar y qué se tenía que hacer para exigir o conseguir recursos; no escuchaba mucho de la filosofía que había escuchado antes, de la lucha por la tierra y por los derechos. Pensé que las necesidades habían cambiado, pero cuando escuchaba a Margarito él no hablaba de proyectos sino del proyecto, y el proyecto eran los pueblos indígenas; hablaba de los derechos, de las Regiones Autónomas Pluriétnicas (RAP), de las experiencias en Nicaragua y en otros países. Viendo ya todo el proceso en el FIPI me cayó el

veinte de todo lo que decía Margarito y la importancia que tenía lo que decía y lo que hacía. Yo tenía cierto resentimiento hacia él por el abandono de niño, lo había extrañado mucho, pero hubo un momento en que pensé decirle: "Creo que te perdono, creo que valió la pena que nos hayas abandonado, porque lo que haces es mucho más grande que lo que pudiste estar haciéndo cuidándome nomás en la casa", tenía yo como 16 o 17 años. Entonces me sugirió que estudiara ciencias políticas y que retomara el tema, pero le dije que no abusara, que yo quería ser científico. Lo admiraba –y lo admiro– pero no quería hacer lo mismo que él.

Terminé la prepa como becario de la Secretaría de Pueblos Indígenas (Sepi) y, realmente, el discurso que manejaba con mi papá de que no quería estar en los mismos asuntos que él era contrario a mi práctica, porque en todas las reuniones de becarios mis participaciones siempre estaban enfocadas en esos temas. Hablaba mucho sobre cómo combatir la discriminación y cómo disminuir o abatir la brecha en los procesos de enseñanza-aprendizaje, cómo los indígenas teníamos que poner de nuestra parte y teníamos que hacer un esfuerzo por dominar el español, obviamente sin olvidar nuestra lengua. Yo tenía la hipótesis de que no hablar bien español era en parte por decisión, aunque fuera inconscientemente, como una forma de decir: "No tengo que hacer lo que tú me dices que haga". Años después, cuando yo daba clases en la universidad, lo comprobé un poco, porque los alumnos indígenas tenían muchos problemas con los artículos, por ejemplo, o con algunas palabras; entonces hice un ejercicio, les pregunté qué les gustaba o qué tema les interesaba, trabajamos en eso y, por ejemplo, una chica que le gustaba la poesía en sus poemas usaba un español fluido y usaba bien las palabras que en un contexto diferente decía mal. Allí entendí que era un tema de resistencia. Entonces yo comentaba en nuestros encuentros que, si nos discriminaban porque no hablábamos bien español, pues que lo habláramos bien, podíamos hacerlo ¿no? Nosotros teníamos esa obligación, no solamente de pedir sino también de hacer un esfuerzo, justo para ir disminuyendo el tema de la discriminación.

Durante mi época de becario de la Sepi algunas veces me tocaba ser orador en eventos oficiales. Me pasaban un guión que solamente era para dar las gracias, pero yo le cambiaba, pedía que gestionaran más becas, que se organizaran eventos en los que se hablara de nuestros derechos, que no nos dijeran cómo nos podíamos insertar en el mundo laboral para ser robots que trabajaran para las empresas, sino que queríamos

hacer las cosas de otra manera, ser emprendedores en pleno ejercicio de nuestros derechos. Retomaba como ejemplo a Maya'ik y hablaba también de que tenía que haber científicos o ingenieros indígenas, que se necesitaban en las comunidades, o médicos que hablaran nuestras lenguas, porque sólo nos hablaban de ser maestros o abogados. Luego me reclamaban por cambiar el discurso, pero no me importaba.

Después me fui al IPN y me metí a la Unidad Profesional Interdisciplinaria de Biotecnología, que era una escuela muy buena y bastante integral desde el punto de vista de que no solamente se hablaba de ciencia y tecnología, sino también de temas de administración, economía y cuestiones sociales. Hacíamos análisis de diferentes microrregiones y de cómo se podía aplicar la biotecnología dependiendo de los contextos. No todo era la biotecnología de última generación en los laboratorios, sin embargo también nos hacían ver que podíamos hacer ciencia de primer mundo. Junto con otros compañeros formamos un colectivo que se llamaba Colectivo Paliacate, como parte de los grupos de apoyo de la sociedad civil al EZLN. Éramos de diferentes partes y nos reuníamos a ver las necesidades de nuestras comunidades. Había un compañero de Atenco y nos contaba de todos los problemas de allá, porque justo enfrentaban el tema del aeropuerto. Nos hablaba de cómo los amedrentaban, los golpeaban, los encarcelaban y los desaparecían. A él lo agarraron un día entrando a su casa, lo golpearon, lo metieron al bote y nosotros estuvimos acompañando el proceso para que saliera; allí intercedió el IPN y también nos apoyó la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA). Fue la primera vez que me vi involucrado en una situación donde el Estado estaba violentando los derechos de los pueblos, y había un sentimiento de desesperanza y de encabronamiento.

Nuestras actividades eran hacer mantas y ese tipo de cosas, además sacábamos un boletín donde publicábamos lo que sabíamos que sucedía en distintas partes del país respecto a los pueblos indígenas. Fue cuando comencé a enterarme de que en todas partes había desplazamientos, por ejemplo. La discusión en el colectivo era bastante rica, porque había compañeros que simpatizaban con distintos partidos políticos y había diferentes ideas. Allí comencé a investigar sobre las violaciones a los derechos indígenas, particularmente sobre los desplazamientos por megaproyectos. Por otro lado comencé a vincularme con la ANIPA, porque sus oficinas estaban en mi casa; cuando llegué no les

hacía caso, pero poco a poco los fui escuchando y ya opinaba yo también. Después apoyaron para que liberaran al compañero de Atenco; entonces comencé a apoyarlos y a veces jalaba a los del colectivo para hacer chamba de ANIPA, aunque siempre estaba con el perfil de técnico, así me veían.

Otro momento importante que ayudó a sensibilizarme y a empezar a trabajar fue cuando de la ANIPA me mandaron a un taller sobre manejo básico de internet, que daba una organización llamada Servicios Profesionales de Apoyo al Desarrollo Integral Indígena (Sepradi), con un proyecto para incorporar a las organizaciones indígenas al uso de internet. Lo coordinaba Margarita Warnholtz y como en el taller vio que yo sabía ya bastante más que lo básico del tema, me contrató para que fuera a dar capacitaciones a distintas organizaciones. Entonces tuve la oportunidad de ir a campo, fui a Xilitla, a la zona mazateca de Oaxaca y a Hidalgo. En Oaxaca, por ejemplo, estuve con Julián Valdez, un compañero del FIPI que ya conocía, y me estuvo platicando de las experiencias de lucha de allá; eso fue bastante interesante, formativo y orientador para mí. Después, en Xilitla, el taller era con una organización cafetalera y allí los problemas que tenían eran otros. Me di cuenta de que el tema de la comunicación era algo urgente y muy importante; hasta la fecha todavía manejo eso en los procesos en los que estoy trabajando. La transmisión de la información es vital porque, si no se transmite, podemos hacer movimientos y manifestaciones, pero si le preguntas a la gente qué está haciendo, muchas veces su respuesta es que los trajo "Fulanito", pero no saben realmente a qué, no hay esa apropiación real del movimiento, entonces es muy fácil para los otros diluir, manipular o que los jalen para otro lado. Esa etapa con Sepradi me ayudó mucho a entender eso.

Terminé la universidad y comencé a buscar trabajo. La carrera era nueva y casi desconocida, entonces yo iba con mi currículum y me decían que necesitaban un microbiólogo, no un biotecnólogo, aunque yo sabía hacer lo que querían. Siempre he sido bastante autónomo en lo que hago, no me gusta que me estén abriendo puertas, desde que terminé la primaria quise irme a inscribir yo solo, aunque mi mamá me quería acompañar. Le dije que si no podía regresaba e iba con ella, pero sí pude. Entonces, cuando Margarito me dijo que podía llamar a algunos amigos a ver si me daban trabajo le dije que no, pero después de tres meses de buscar le dije que siempre sí. Fui a tres entrevistas de trabajo

recomendado por él y en todas me ofrecieron puestos para los cuales todavía no tenía experiencia, incluso puestos de dirección. Me pareció que tenía yo que ser responsable y estar consciente de mis capacidades, estaba recién egresado y pensé que los puestos me quedaban grandes.

Entonces me fui a Chiapas y comencé a recorrer comunidades porque tenía la idea de trabajar temas de medicina tradicional y quería hacer mi maestría en fitoquímica de plantas medicinales. Cuando fui a comunidades que me quedaban más lejos pedí permiso para dormir en una clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) que había por allá y a la semana estaba contratado por el IMSS en un programa de medicina tradicional; los médicos dijeron que había un atarantado que andaba en las comunidades, me mandaron llamar a las oficinas de San Cristóbal y me ofrecieron trabajo. Quedé encargado del programa de medicina tradicional de la zona; lo que tenía que hacer básicamente era recopilar información y coordinarme con los médicos. Me la pasaba en el campo con la gente, nos íbamos a trabajar en la milpa y mientras platicábamos conseguía yo información; obviamente esa metodología la agarré en Chapingo, donde nos decían que no había que estar sentadito, sino ir a donde estaba la gente. Allí vi también todas esas carencias que se vivían en las comunidades y que ya se me estaban olvidando, sobre todo los problemas de salud que había. Dentro del mismo IMSS los médicos eran unos hijos de la chingada que trataban muy mal a los pacientes y además les decían que no fueran al "brujo" y cosas así. Había algunas enfermeras tsotsiles que le explicaban las cosas a la gente y suavizaban un poco el mal trato, pero los médicos, mujeres y hombres, maltrataban mucho a las personas. Entonces me surgió otra vez el encabronamiento y fui a la sede del IMSS a decirles que su programa sonaba muy bonito, pero en la práctica estaba muy mal. Sugerí que buscaran médicos tseltales o tsotsiles e hice una serie de observaciones, pero dijeron que no. Entonces, junto con las enfermeras, metimos una queja que mandamos a la Ciudad de México, pidiendo que se viera la posibilidad de que hubiera mayor "pertinencia cultural" con el personal que estaba en las comunidades. Nos respondieron que teníamos toda la razón, pero hasta ahí quedó el asunto.

Después de eso me fui a hacer una maestría al Instituto de Biotecnología de la UNAM (IBT), en Morelos. Entrar allí era difícil y era aspiración de muchos desde que estábamos en la carrera, por el alto nivel que tenía y porque allí estaba uno de los padres de la biología molecular moderna,

Francisco Bolívar Zapata. El primer día el jefe de grupo de investigación, el doctor Horjales, nos dijo que, además de asistir a los seminarios y demás obligaciones académicas, teníamos que leer un libro a la semana con un tema totalmente diferente al de nuestro proyecto; que a partir del segundo semestre teníamos que estar dando clases y hacer un análisis de la situación de cualquier lugar del mundo, pero de preferencia de México o de Morelos, porque no quería "estúpidos altamente especializados". Sus palabras nos parecieron muy fuertes; sin embargo hoy digo que estaba en su papel de formador con gran resposabilidad. Mi tutora fue la doctora Brenda Valderrama y tenía fama de ser muy exigente. Yo llegaba al laboratorio a las seis de la mañana y me iba a veces hasta las dos de la madrugada, estaba clavadísimo. Ella se quedaba hasta las 11 o 12 de la noche. Además teníamos grupos de análisis y de discusión, donde hablábamos de los libros que estábamos leyendo e íbamos a echar billar o a jugar ajedrez. En segundo semestre, siguiendo las instrucciones del jefe de grupo, comencé a dar clases, primero en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y luego en la Universidad Politécnica de Morelos y en la del Valle de México.

En el instituto no había más que un indígena de Oaxaca y era el primer experto en bioestadística, muy reconocido en el medio, el doctor Ernesto Pérez Rueda. A mí me llamó mucho la atención que hubiera un indígena y además reconocido por todos como experto, pero tenía, a mi parecer, una mentalidad totalmente colonizada. Un día hablando con él se me ocurrió que podíamos hacer una asociación de profesionistas indígenas. Le comenté a mi jefa, Brenda, y le pareció buena idea, siempre y cuando lo hiciera en mi tiempo libre. Entonces fui a la delegación de la entonces Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), le conté mi idea a la delegada, le pareció bien y ofreció apoyarme con combustible para que me pudiera mover. Comencé a ir menos al laboratorio y a visitar distintos institutos de allí de Morelos y formamos un colectivo de posgraduados indígenas; la finalidad era ver cómo desde nuestro proceso de formación podíamos incidir en los pueblos indígenas. Comenzamos a trabajar en un tema que sugirió Brenda pero, como siempre, cuando la CDI dejó de darnos recursos para movernos ya nadie quiso seguir. Recibíamos una beca del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, entonces yo propuse que cooperáramos todos para la gasolina y yo ponía el coche, pero no aceptaron. Yo veía ese colectivo como una forma de iniciar un movimiento de indígenas preparados,

teníamos un padrón de 172 en posgrado sólo en Morelos, la mayoría en "ciencias duras" y también algunos de humanidades. Cuando empezamos el IBT decidió aplicar una política alternativa, aunque fuera simbólica: todo aquel que se asumiera como indígena tendría mínimo derecho a café gratis; era como un experimento, pero no apareció nadie. Lo que hizo entonces el instituto fue poner una cuota de ingreso para indígenas del 10%, siempre y cuando pasaran el examen de admisión.

Terminando la maestría, cuando estaba haciendo la tesis, un día me dijo Brenda que la quería terminada en 15 días, porque me iba a ir a trabajar a una empresa que necesitaba un "experto en purificación". Yo nunca le había dicho que quería un trabajo, pero me dijo que si aceptaba iba a aprender muchísimo, que trabajara allí un año y luego hiciera el doctorado. Terminé la tesis y entré a ese trabajo en la industria privada. No estuve un año, sino tres años y ocho meses. Allí recuperé la memoria de lo que había estado viviendo, recuperé esa conciencia de trabajar, de compartir lo poco o mucho que sabía y recordé el lema del Politécnico: "La técnica al servicio de la patria". Un día supe que unos compañeros del IPN tenían esclerosis múltiple y no tenían cómo comprar su medicamento. En la empresa estaba yo trabajando en la optimización de un proceso de purificación de un interferón y sabía que tenían un lote que no iban a comercializar, pero le podía servir a estos compañeros. Fui a la fundación de la empresa a pedir que apoyaran con eso y me dijeron que eran una empresa socialmente responsable pero no de beneficencia y no quisieron. Eso me molestó mucho.

Poco después de eso me invitaron de la Secretaría de Pueblos Indígenas de Chiapas a dar un discurso en mi calidad de exbecario en un acto con el gobernador. Igual que lo hacía antes, no sólo di las gracias, sino que pedí al gobernador que se buscaran más recursos, que los programas de la secretaría fueran más interdisciplinarios, etcétera. Otra vez me reclamaron, pero al otro día me mandó llamar el gobernador, Juan Sabines Guerrero. Me pidió que le platicara de la biotecnología, le hablé del tema y le dije que sería sumamente interesante que en Chiapas se impulsara el desarrollo científico y tecnológico; le hablé de los millones que representa la biotecnología en el mercado y cómo en otros estados ya se estaba impulsando eso. Me propuso que armara un proyecto para montar un laboratorio en el estado y le diera el presupuesto. Me regresé a la Ciudad de México, hablé con algunos compañeros y armamos el proyecto. Se lo llevamos y me dijo que lo aprobaba.

En esa misma época yo andaba con una chica de San Cristóbal y en una ocasión, en una de mis escapadas a visitarla, fuimos a comprar pox a Cruzton; llegando a la destilería vi que el proceso de producción era muy artesanal, con un uso sumamente ineficiente de leña, y le comenté que, sin quitarle lo artesanal, se podría eficientar el proceso. Entonces ella me dijo que si no sería más ético regresarme a Chiapas y trabajar en ese tipo de cosas que favorecieran el medio ambiente, la salud y la economía de los pueblos indígenas, en lugar de estar en esa empresa privada que de socialmente responsable no tenía nada. Sumando la propuesta del gobernador con lo que me dijo esta chica, decidí regresar a Chiapas. Llegué, fui con el gobernador a ver cómo iba el asunto del laboratorio y me dijo que estábamos en crisis y no había presupuesto por el momento, pero me ofreció otro trabajo que consistía en formar una agencia de desarrollo rural dentro de un programa del Proyecto Estratégico para la Seguridad Alimentaria y la Food and Agriculture Organization (FAO) de la ONU. Me ofreció millón y medio de pesos para comenzar a trabajar un diagnóstico y acepté porque el trabajo era con las comunidades, podía yo hacer biotecnología en ellas.

Comencé a reclutar a gente de la Universidad Intercultural de Chiapas (UNICH) y de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH) y me llevé el primer chasco, los chavos no querían ir a las comunidades, decían que precisamente habían entrado a estudiar para no tener que "batir lodo". Finalmente aceptaron el trabajo, cuando les dije que yo también iba a batir lodo con ellos. Salíamos a las cinco de la mañana, los iba dejando en las comunidades y yo me iba a las más lejanas, y vieron además que yo caminaba, tomaba pozol y hacía todo lo que se hace en la comunidad. Así comenzó un proceso de sensibilización y capacitación con ellos y al final se volvieron bien pilas. Hubo un momento en que éramos 20 personas en el equipo.

Hicimos un buen trabajo de diagnóstico en 30 comunidades de Tenejapa y la gente estaba contenta. En una comunidad las mujeres dijeron que lo que realmente necesitaban era gas para cocinar, para no tumbar árboles y no enfermarse con el humo de la leña. Les habían dado unas estufas pero salía muy caro ir hasta San Cristóbal a comprar gas; entonces les dije que si se fletaban a batir mierda podían producirlo ellas, les expliqué cómo y les llevé videos y todo. Allí comencé a hablar un poco de tseltal porque todo el mundo me hablaba en ese idioma, entonces fui aprendiendo, porque además es muy similar al tojol-ab'al. En las

comunidades aplicamos una herramienta para ver cuánto tiempo trabajaban los hombres y cuánto las mujeres y resultó que las mujeres trabajaban mucho más y además generaban más dinero, eso sensibilizó a los señores en ese aspecto.

Entregamos el diagnóstico y en la FAO estaban muy contentos, pero la secretaría del campo del gobierno del estado, que ejercía los recursos, salió con que ya estaban los paquetes de hortalizas y pollitos para las comunidades y que sólo eso les iban a dar porque era lo que financiaban los proveedores. Otro chasco. Me fui a pelear a Tuxtla Gutiérrez porque se estaban quebrantando la filosofía y los objetivos del proyecto, además de que habíamos invertido mucho en hacer el diagnóstico, pero no logré nada. Después comenzaron las campañas para la gubernatura y nos dijeron que teníamos que trabajar para tal candidato pero no acepté, entonces me ofrecieron un puesto y les dije que no. En eso estaba cuando me hablaron de la UNICH para ofrecerme trabajo y decidí irme mejor a la academia. Estuve trabajando un tiempo corto allí y después se enteraron en la Universidad Tecnológica de la Selva que había un biotecnólogo en la UNICH, y como necesitaban un especialista en tejidos vegetales pidieron que me fuera para allá prestado por un tiempo. Llegué y me ofrecieron que me quedara de tiempo completo. Acepté porque además me dieron un laboratorio de biotecnología, no tenía insumos pero yo podía conseguirlos.

Cuando leí el decreto de creación de la universidad vi que se había creado como un intento de respuesta a los Acuerdos de San Andrés, para otorgar educación de calidad a los pueblos indígenas, pero no había nada relacionado con ellos. Entonces hablé sobre eso con el rector y me dijo que era una universidad tecnológica, que eso se lo dejara a los de ciencias sociales. Le sugerí varias cosas que se podían hacer; podíamos, por ejemplo, incidir en los sistemas de producción de la región, establecer viveros y generar capacidades. Me respondió que mientras cumpliera con mis obligaciones como docente e investigador, hiciera lo que quisiera. A los seis meses quitaron al rector por cuestiones políticas y se armó una huelga para evitar que saliera. Sin darme cuenta terminé involucrado en la huelga y me convertí en uno de los líderes; junto con una compañera formamos un equipo de comunicación y también hacíamos labores de inteligencia para ver por dónde nos iban a chingar. Los alumnos nos tenían bien cuidados, dejábamos nuestros vehículos lejos y ellos nos llevaban desde el plantón hasta allá, para que nadie supiera dónde estábamos.

Para tener más fuerza fuimos a visitar a los zapatistas hasta La Realidad. Hablé con Tacho en tojol-ab'al, le dije que la universidad se había creado para ellos o para nosotros los indígenas y le pedí que apoyaran, pero dijo que ellos no se podían involucrar porque la universidad era del gobierno y no les interesaba, pues ellos ya tenían sus propias escuelas; que lo único que podían hacer era emitir un comunicado pidiendo que se respetara la decisión de los trabajadores. Finalmente no se permitió que entrara el rector que querían poner pero quedó otro, un paisano de Las Margaritas. Al principio me dijo que me daba todo el apoyo para el trabajo con los pueblos indígenas, entonces seguimos trabajando e iniciamos un proceso de gestión para tener un banco de germoplasma. También se comenzó a trabajar con los temas asociados a los conocimientos indígenas y la propiedad intelectual. Nosotros le sugeríamos a la gente de las comunidades que fueran a la universidad a pedir que participara en los procesos, que los apoyara; comenzaron a ir pero entonces el rector perdió el encanto por el tema y me reclamó. Le insistí en el asunto, pero no quiso y más bien comenzó a gestarse un proceso de golpeteo hacia mí. Terminó mandándome como director a la unidad académica de Benemérito de las Américas. Allá estuve haciendo también trabajo con las comunidades. La gente me decía que era la primera vez que los visitaba gente de la universidad y les ofrecía apoyo, que ni siquiera sabían que había una universidad. Como al año el rector me mandó llamar de regreso.

Cuando se acercaba la 13 Conferencia de las Partes sobre Biodiversidad (COP13), que iba a ser en Cancún, hice un evento sobre el tema con los estudiantes y conseguí 20 lugares para que fueran a un foro regional que se iba a hacer en Oaxaca con indígenas para prepararnos para la COP y tres lugares para ir a Cancún. El rector aceptó eso porque vio que se iba a posesionar la universidad en un encuentro internacional, pero al final hubo problemas con el registro, se armó todo un lío y no me quisieron dar permiso para ir. Finalmente metí días económicos y me fui. Para entonces yo ya estaba colaborando con la Red Indígena de Turismo de México, la RITA, y tenía con ellos el compromiso de facilitar unos talleres en relación a la COP.

En la universidad seguí organizando eventos y salíamos a las comunidades pero ya sin viáticos y sin orden institucional. Éramos brigadas de voluntarios que salíamos los fines de semana; llegábamos a una comunidad y decíamos que éramos de la universidad e íbamos a ver en

qué podíamos apoyar. Dábamos tallercitos y hacíamos reuniones; ahí salían las necesidades de las comunidades. Nosotros sugeríamos soluciones y ayudábamos haciendo los proyectos para que ellos los gestionaran. Un estudiante me dijo una vez que en el aula era bueno, pero que en el campo les enseñaba yo mucho más. Íbamos a comunidades zapatistas y los compas nos contaban de las necesidades y de sus avances; lamentablemente también de cómo ya se estaban dividiendo por los conflictos agrarios y de la mano dura que tenían los zapatistas allá adentro. Ahí vi también el impacto positivo que tuvo el EZLN en temas de género.

El rector me volvió a mandar a la selva, esta vez a Crucero San Javier y ya no como director, sino para que estuviera aislado. A los cuatro meses regresé a Ocosingo y unos días después me corrieron. Estaba sindicalizado pero el sindicato se hizo pato. Puse una demanda –que todavía sigue en curso– y me fui a apoyar a la RITA para construir un proyecto de protocolos comunitarios bioculturales. Invité a Araceli y formamos un equipo académicamente sólido para presentar el proyecto.

Para entonces ya tenía yo contacto con la Red Nacional Indígena (RNI) y apoyaba en algunas cosas, entonces pensé: ya pasé por la industria privada, por la academia, por las organizaciones de la sociedad civil y por el gobierno y todo está jodido, ahora sí me voy con las organizaciones indígenas. Entonces seguí en la RITA y en la RNI. En la RNI un compañero de la vieja guardia cuestionó mi participación en algunos eventos, supuestamente por mi falta de experiencia, porque no era "líder histórico", pero el resto me apoyó y estuve participando en distintos proyectos. Tuve la oportunidad de involucrarme y ser ajonjolí de muchos moles. Luego hubo algunos desencuentros en la RITA, aunque seguimos caminando. Entonces decidí, junto con los compañeros, que era mejor hacer más trabajo de base y me regresé a Chiapas, a trabajar con varias comunidades. Al mismo tiempo estuve apoyando desde lejitos el proceso de Oxchuc, les armaba comunicados y algunos volantes.

Participé también en la campaña para la presidencia municipal de Las Margaritas, convencí a una compañera tojol-ab'al que aceptara la candidatura y la estuve acompañando en todo el proceso, aunque en algunas actividades le quedé mal porque tenía trabajos con la RITA. No ganamos las elecciones pero sí ganamos un proceso de reconstitución y restructuración, entonces formamos el Consejo Popular de Pueblos Indígenas y Comunidades Locales, para comenzar a trabajar en el municipio y en el distrito electoral. Establecimos como filosofía que este

consejo no iba a buscar sólo el tema de puestos o de proyectos, sino que se iba a tener una agenda indígena con todas las vertientes necesarias; no trabajar nada más por proyectos sino, como decía Margarito, por el proyecto de los pueblos indígenas, lamentablemente la mayoría de los que conformaron el proyecto pronto se comenzaron a desencantar porque, a pesar de lo dicho, ellos esperaban proyectos productivos.

En algún momento, en 2018, me invitaron a una reunión en la Ciudad de México en la que estaba Adelfo Regino; platiqué un rato con él y me invitó a participar en las reuniones en las que se estaba construyendo lo que sería después el Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI). Fue un proceso interesante y ahora estoy trabajando en el INPI, en un proyecto donde vamos a buscar constituir la estructura de las organizaciones dentro de la comunidad, pero no de las organizaciones *per se* sino de la organización comunitaria; vi en esto una verdadera ventana de oportunidad para poner mi granito de arena en la construcción de la nueva relación de los pueblos indígenas con el Estado mexicano.

Paralelamente he venido colaborando en la coordinación de Kintiltik, organización indígena del estado de Chiapas mediante la que buscamos incidir para que las instituciones del Estado respeten los derechos de los pueblos y comunidades indígenas y afromexicanas, exigiendo pertinencia cultural en la difusión de información y organizando foros de diálogo entre actores de nuestros pueblos, para visibilizar la necesidad del pluralismo jurídico en todos los ámbitos que impacten en nuestros territorios.

Definitivamente no me he divorciado de la ciencia; más bien tomé la decisión de que lo que se pueda ir haciendo en la construcción de este proceso complejo se tiene que hacer desde la sociedad civil, desde nuestros propios pueblos. En algún momento en la RNI Julio Atenco dijo que yo era un muchacho que tenía que aprender a caminar; yo lo tomé como el pleno reconocimiento de que –a pesar de que tengo 40 años, he estado involucrado en el tema indígena y mamé la lucha desde que era pequeño– no había una decisión de ser partícipe y estar como actor dentro de los diferentes procesos, y ahora sí la hay. Hay una preocupación muy fuerte que compartimos varios de mi generación y es justo el tema de cómo revertir esa deformación que están sufriendo los procesos de organización social.

Siglas y acrónimos

Acamaya	Academia de la Lengua y Cultura Mayas de Quintana Roo
AIPIN	Agencia Internacional de Prensa India
Amarc	Asociación Mundial de Radios Comunitarias
AMIO	Asamblea de Mujeres Indígenas de Oaxaca
AMPII	Asociación Mexicana de Profesionales Indígenas e Intelectuales
AMZ	Alianza Magonista Zapatista
ANIPA	Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía
Anpibac	Alianza Nacional de Profesionistas Indígenas Bilingües, A. C.
APN	Agrupación Política Nacional
APPO	Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca
ARIC	Asociación Rural de Interés Colectivo
ASAM	Asamblea de Autoridades Mixes
AZACHI	Asamblea de Autoridades Zapotecas y Chinantecas
CADDIAC	Comité de Apoyo y Defensa de los Derechos Indios
CAMI	Casa de Atención a la Mujer Indígena
Camis	Casas de la Mujer Indígena
CCH	Colegio de Ciencias y Humanidades
CDB	Convenio sobre la Diversidad Biológica
CDI	Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas
Cecadepi	Centro de Capacitación para el Autodesarrollo de los Pueblos Indígenas
CECAM	Centro de Capacitación Musical y Desarrollo de la Cultura Mixe

Cecope	Centro de Coordinación de Proyectos Ecuménicos
CEMOS	Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista
Cenami	Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas
Cencos	Centro Nacional de Comunicación Social
Ceneval	Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior
Ceqroode	Centro Quintanarroense de Desarrollo, A.C.
CETEG	Coordinadora Estatal de los Trabajadores de la Educación de Guerrero
CFE	Comisión Federal de Electricidad
CG500ARI	Consejo Guerrerense 500 Años de Resistencia Indígena
CIELO	Federación Indígena Empresarial y Comunidades Locales de México
CIOAC	Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos
CIPA	Coordinadora Indígena Popular Autónoma
CIPO-RFM	Consejo Indígena Popular de Oaxaca Ricardo Flores Magón
CISEN	Centro de Investigación y Seguridad Nacional
CLETA	Centro Libre de Experimentación Teatral y Artística
CMPI	Consejo Mundial de Pueblos Indígenas
CNC	Confederación Nacional Campesina
CNDH	Comisión Nacional de Derechos Humanos
CNI	Congreso Nacional Indígena
CNOP	Confederación Nacional de Organizaciones Populares
CNPA	Coordinadora Nacional Plan de Ayala
CNPI	Consejo Nacional de Pueblos Indígenas
CNPI	Coordinadora Nacional de Pueblos Indios
CNTE	Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación
COA	Consejo Oaxaqueño de Organizaciones Autónomas
Cocopa	Comisión de Concordia y Pacificación
CODECI	Comité de Defensa Ciudadana
Codeco	Comité de Consulta de la Asamblea
CODEDI	Comité de Defensa de los Derechos Indígenas
CODEP	Comité de Defensa del Pueblo
Codremi	Comité de Defensa de los Recursos Humanos y Culturales de la Región Mixe
COEMICH	Coordinadora Estatal de Mujeres Indígenas de Chiapas

COI	Congreso de Organizaciones Indias de Centroamérica, México y Panamá
COICA	Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica
COICO	Consejo de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Oaxaca
COLPUMALI	Coordinadora de Organizaciones en Lucha del Pueblo Maya para su Liberación
Conaculta	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Conacyt	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Conaie	Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador
Conami	Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas
Conamup	Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular
Conasupo	Compañía Nacional de Subsistencias Populares
COP13	13 Conferencia de las Partes sobre Biodiversidad
Coplamar	Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados
CORDESI	Coordinadora Regional de Desarrollo con Identidad
CORECHIMAC	Consejo Regional Chinanteco, Mazateco y Cuicateco
Corepi	Consejo Restaurador de los Pueblos Indios
CORPI	Coordinadora Regional de Pueblos Indígenas de México, Centroamérica y Panamá
CORPI	Coordinadora Regional de Pueblos Indios
COVAC	Comunidades del Valle del Mezquital A. C.
CPNAB	Consejo de Pueblos Nahuas del Alto Balsas
CRIPX	Consejo Regional Indígena y Popular de Xpujil
CROISZ	Coordinadora Regional de Organizaciones Indígenas de la Sierra de Zongolica
CTM	Confederación de Trabajadores de México
CUC	Comité de Unidad Campesina
DAI	Departamento de Asuntos Indígenas
DDESER	Red por los Derechos Sexuales y Reproductivos en México
Diconsa	Distribuidora e Impulsora Comercial Conasupo
ECMIA	Enlace Continental de Mujeres Indígenas de las Américas
ECOSOC	Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas
Ecosur	El Colegio de la Frontera Sur

ELIAC	Escritores en Lenguas Indígenas, A.C.
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
EPR	Ejército Popolar Revolucionario
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FAO	Food and Agriculture Organization
FDN	Frente Democrático Nacional
FEDI	Frente Estudiantil Democrático Independiente
FICIM	Frente Independiente de Comunidades Indígenas de Michoacán
Fifonafe	Fideicomiso Fondo Nacional de Fomento Ejidal
FILAC	Fondo para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de América Latina y el Caribe
FIPI	Frente Independiente de Pueblos Indios
Flacso	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
Fonhapo	Fondo Nacional de Habitaciones Populares
Frenapi	Frente Nacional de Pueblos Indígenas
FZLN	Frente Zapatista de Liberación Nacional
IBT	Instituto de Biotecnología de la UNAM
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
INALI	Instituto Nacional de Lenguas Indígenas
Indesol	Instituto Nacional de Desarrollo Social
INE	Instituto Nacional Electoral
INI	Instituto Nacional Indigenista
INPI	Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas
IPN	Instituto Politécnico Nacional
IQC	Instituto Quintanarroense de Cultura
ISIA	Instituto Superior Intercultural Ayuuk
Jomiz	Jóvenes en Movimiento por la Izquierda
MC	Movimiento Ciudadano
MIN	Movimiento Indígena Nacional
Minugua	Misión de la ONU para la Paz en Guatemala
Morena	Movimiento Regeneración Nacional
Mosol	Movimiento Social Nuevo Sol
MRP	Movimiento Revolucionario del Pueblo
OCEZ	Organización Campesina Emiliano Zapata

OIDHO	Organizaciones Indias por los Derechos Humanos en Oaxaca
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
OMIECH	Organización de Médicos Indígenas de Chiapas
ONP	Organización Nación Purépecha
ONPZ	Organización Nación Purépecha Zapatista
ONU	Organización de las Naciones Unidas
Opinac	Organización de Profesionistas Indígenas Nahuas, A. C.
Pacmyc	Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias
PAN	Partido Acción Nacional
PCM	Partido Comunista Mexicano
Pemex	Petróleos Mexicanos
PESA	Proyecto Estratégico de Seguridad Alimentaria
PGR	Procuraduría General de la República
PMS	Partido Mexicano Socialista
PNUD	Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo
PPR	Partido Patriótico Revolucionario
PPS	Partido Popular Socialista
PRD	Partido de la Revolución Democrática
PRI	Partido Revolucionario Institucional
Profepa	Procuraduría Federal de Protección al Ambiente
Pronasol	Programa Nacional de Solidaridad
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PSS	Partido Socialista del Sureste
PSUM	Partido Socialista Unificado de México
PT	Partido del Trabajo
PUIC	Programa Universitario de Estudios de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad
RAP	Regiones Autónomas Pluriétnicas
Redmi	Red de Mujeres Mixes
RITA	Red Indígena de Turismo de México
RNI	Red Nacional Indígena
Sagarpa	Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación
SARH	Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos
SCARM	Sistema de Comunicación Alternativa en la Región Maya

Sedesol	Secretaría de Desarrollo Social
Sedespi	Secretaría para el Desarrollo Sustentable de los Pueblos Indígenas [de Chiapas]
Semarnat	Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales
Sepi	Secretaría de Pueblos Indios [de Chiapas]
Sepradi	Servicios Profesionales de Apoyo al Desarrollo Integral Indígena, A. C.
Sevilem	Semanas de Vida y Lengua Mixe
SNTE	Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación
SQCS	Sistema Quintanarroense de Comunicación Social
UADY	Universidad Autónoma de Yucatán
UAG	Universidad Autónoma de Guerrero
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UCEZ	Unión de Comuneros Emiliano Zapata
UCIO-EZ	Unión Campesina Indígena de Oaxaca Emiliano Zapata
Ucizoni	Unión de Comunidades Indígenas de la Zona Norte del Istmo
UEPF	Unión de Ejidos Productores Forestales de la Zona Maya
UIMQROO	Universidad Intercultural Maya de Quintana Roo
UJAT	Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
UNACH	Universidad Autónoma de Chiapas
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNCAFAECSA	Unión Nacional de Crédito Agropecuario, Forestal y de Agroindustrias, de Ejidatarios, Comuneros y Pequeños Propietarios Minifundistas, S.A. de C.V.
UNICH	Universidad Intercultural de Chiapas
UNORCA	Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas
UPN	Universidad Pedagógica Nacional
URECCH	Unión Regional de Ejidos de la Costa Chica
URNG	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca

Voces de liderazgos indígenas en México, editado por el PUIC – UNAM,
se terminó de imprimir el 30 de noviembre de 2021 en los talleres de
Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309,
Col. San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec,
Estado de México.
Para su composición se utilizó la tipografía SybillaPro-Book 11/14.
El tiro consta de 500 ejemplares impresos mediante offset,
interiores en papel bond ahuesado de 90 g
y los forros en cartulina sulfatada de 14 pts.
Formación: Carlos A. Orenda Trujano.
Corrección de estilo: Armando y Bernardo López Carrillo.
Cuidado editorial: Mariana Barrueta Núñez.
Coordinación editorial: Juan Mario Pérez Martínez.

Dieciocho historias de vida, algunas contadas con el corazón en la mano, otras con orgullo, otras con sencillez, todas con honestidad. Testimonios de protagonistas de luchas indígenas nacionales, estatales o regionales que han dedicado su vida a pelear por los derechos de sus pueblos desde diversas trincheras. En este libro se encuentran detallados temas tan diversos como el trabajo en la infancia, los movimientos indígenas chiapanecos previos al EZLN, la pelea cotidiana contra la discriminación, la organización de empresas indígenas, la incidencia en foros internacionales, las batallas para conservar el territorio, el surgimiento del movimiento de mujeres indígenas, la búsqueda de justicia para desplazados, la reivindicación de la cultura, las amenazas y los encarcelamientos, momentos de dificultades o de logros y cantidad de anécdotas. Se trata de un documento elaborado con historias personales que en conjunto reflejan y expresan la realidad de los pueblos indígenas de México y su resistencia.

Coordinación de Humanidades
Diversidad Cultural e Interculturalidad
Programa Universitario